LUIS ROMERO

EL FINAL DE LA GUERRA



Puede afirmarse que desde los primeros meses de 1967 en que Luis Romero publicó *Tres días de julio,* comenzó a trabajar en el presente volumen, pues el único libro suyo aparecido desde entonces, *Desastre en Cartagena* (1971), fue ampliación de un episodio ignorado o tergiversado hasta entonces desde ambos bandos. En estos nueve años de paciente labor ha ido acumulando datos, compulsando hechos, consultando —estudiando— libros, folletos, documentos, periódicos, entrevistando en España o en el extranjero a actores y testigos, intercambiando correspondencia, examinando fotografías, inquiriendo a todos los niveles, ahondando en experiencias propias y ordenando y cotejando recuerdos ajenos, esforzándose en perseguir la verdad a través del laberinto que en muchos aspectos la mantiene secuestrada entre equívocos que la tiñen de leyenda, liberándola de subjetivismos exagerados, de pasión política, de deformaciones acentuadas por los años o exaltaciones antiguas o actualizadas.

Una impresionante acumulación de datos, de versiones coincidentes o discordantes, un propósito de objetivización e imparcialidad rigurosos, la decidida voluntad de ver claro para explicar con claridad un profundo conocimiento de los hechos y de las circunstancias, el análisis del carácter y situaciones de protagonistas, actores secundarios y testigos, lo han conducido lentamente a esta pormenorizada exposición e interpretación de los episodios finales de la guerra civil, no de los últimos tres días como han supuesto algunos de quienes tenían noticia de que Luis Romero andaba metido en tan ingente tarea, pues son los tres últimos meses los que estudia en profundidad, para lo cual previamente establece un resumen del curso militar y político de la guerra desde sus comienzos.

En este libro el autor abandona la fórmula literaria (que con impropiedad calificaron algunos de novelada) de que se sirvió en sus dos anteriores libros, y se entrega a un relato de los hechos, explicados en ocasiones desde distintos puntos de vista, al análisis de esos acontecimientos, a confrontar datos, cifras y versiones, expresar dudas, plantear interrogantes, a facilitar fuentes y a valorarlas, y solo con mesura, que incluye paradójicamente dosis de

tolerancia y reconvenciones, emite allí y aquí juicios referidos a sucesos, actitudes, testimonios o personas.

Nos hallamos ante un libro importante en que el autor de nuevo viene a demostrar lo independiente de su postura, su exigencia de libertad de juicio y expresión, la voluntad que le guía de inquirir la verdad donde se encuentre, y pone de relieve una notable capacidad de comprensión de los hombres que participaron en la guerra. Igual que sus dos anteriores obras, *El final de la guerra* constituye una aportación histórica valiosa y clarificadora que obligará al replanteamiento de muchas cuestiones, y del final de la guerra mismo.



Luis Romero

El final de la guerra

ePub r1.0
Titivillus 22.04.15

Título original: *El final de la guerra*
Luis Romero, 1976

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



PRÓLOGO

Estando destinado este libro a narrar y comentar los episodios finales de la guerra de España, la primera pregunta que nos planteamos es la de cuándo comienza ese final. La segunda sería ¿cuáles fueron las causas que al mismo condujeron? ¿Comienza el fin de la guerra durante la batalla del Ebro? ¿Al decidirse, tras las resistencias iniciales, la ofensiva de Cataluña? ¿El día 26 de enero de 1939 que con la pérdida de Barcelona desaparece la organización del estado republicano? ¿En el momento en que las tropas nacionales clavan sus banderas en la frontera francesa? ¿Cuando Inglaterra y Francia reconocen al gobierno de Burgos? ¿A la dimisión de Azaña? En cuanto a las causas que llevan a la derrota del bando republicano, también pueden formularse interrogantes y encadenarlos unos a otros: ¿Fue a causa de que el Consejo de Defensa de Casado derribara al gobierno de Negrín y este decidiera abandonar el territorio republicano? ¿Como resultado del avance implacable del victorioso ejército nacional y de su aplastante superioridad? ¿Por desánimo de quienes creían haber perdido la guerra y por carencia de auténtico impulso de resistencia por parte de los que propugnaban precisamente la resistencia? ¿Se produce el colapso como efecto secundario de los reajustes que en este período se llevan a cabo entre las grandes potencias y de los juegos diplomáticos que comportan? Y ¿no serán todos ellos y otros más, factores coadyuvantes que precipitan un final irremediable? Nos proponemos a través de las páginas de este libro, en la medida de lo posible, dar respuesta a estos interrogantes y a los demás que vayan planteándose al estudiar el conjunto de hechos y situaciones que llevarán a los tres últimos días de marzo y a aquel primero de abril de 1939, en que un solo parte de guerra será al tiempo proclama de

victoria y epitafio.

Cuando me propuse escribir este libro —hacia 1967— se habían publicado ya muchos sobre el mismo tema, empezando por las historias generales y aquellos dedicados en exclusiva a los últimos meses tan agitados, confusos y polémicos. Pero un elevado número de estos trabajos, más que a esclarecer los hechos tendían a la autojustificación personal o partidista y a anatematizar a quienes hubiesen sostenido posiciones antagónicas.[1]

Páginas dedicadas a la glorificación o al insulto, escritas bajo efectos de pasiones arrebatadoras, sin preocuparse de investigar aquellos hechos desarrollados fuera de la percepción inmediata de quienes escribían y aduciendo el único testimonio de amigos pertenecientes al mismo bando o bandería. Estas obras, polémicas más que históricas, aclaraban actitudes, circunstancias y acciones parciales, siempre que no aparecieran magnificadas, tergiversadas o equivocadas. De entonces acá se han publicado muchos más libros; en algunos de ellos se trata en exclusiva del final de la guerra, con lo cual bastante es lo que se lleva avanzado por ese camino sin que, a mi entender, ni esos libros, meritorios y esclarecedores, ni este que voy a presentar, puedan calificarse de «definitivos». Algunas de las preguntas que nos planteamos solo con hipótesis, mejor o peor fundamentadas, pueden responderse; todavía subsisten incógnitas relacionadas con hechos o con cúmulos de hechos importantes, que nos hacen vacilar sobre la definitividad de algunas conclusiones.

Muchos de quienes tuvieron en sus manos decisiones supremas no han hablado; una mayoría de ellos, ya no hablarán. Ni Negrín,[2] ni Togliatti, ni Stepanov, ni aquellas personas relevantes o menos relevantes encastilladas en la lejana «Casa» explicaron motivos y porqués de resoluciones que llegarían a evidenciarse solo por sendas tortuosas y secretas imposibles de desentrañar desde el hoy. Tampoco ha hablado Franco, ni, por motivos obvios, sus más cercanos colaboradores. Segismundo Casado escribió un libro —dos, si se prefiere— pero hay que preguntarse si va destinado a quienes desean conocer la historia de unos sucesos o trata de justificar una postura que se tradujo en actos, arriesgados en lo físico y moral, que, por no haberse resuelto con éxito, se ha visto obligado a explicar acoplándolos a unos esquemas discutibles. Esta manipulación no debe ser motivo de acusación especial, pues es

algo que se repitió y se sigue repitiendo desde diversos y aun opuestos puntos de vista.

Quienes se interesan en desentrañar la historia de la guerra civil española —interesarse es leer, hablar, investigar y, en última instancia, escribir— no ignoran que de lo mucho que sobre ella llegó a publicarse solía superar por su valor informativo aquello que lo fue en zona republicana primero y en el exilio después, a cuanto, paralelamente y en sentido opuesto, se estaba escribiendo en la zona nacional y más adelante en la totalidad del territorio español. Las causas son muchas, matizadas y de diversa índole; podría redactarse una monografía que las analizara ilustrándolas. El bando nacional fue monolítico desde el principio, y aun desde «antes», por influencia de herencias que reivindicaba. Las personas que lo integraron se mostraban poco inclinadas a la autocrítica; pensamiento y acción se imbricaban hasta el extremo en que la acción era en ocasiones una forma de pensamiento. La infalibilidad fue dogma, y el dogmatismo defecto —o virtud— muy acusado que se aplicaba, salvo excepciones, de manera permanente. La censura se ejercía con rigor totalitario y tan convencidos estaban quienes la promulgaron y manejaban de su oportunidad, necesidad y justicia, que ha podido sobrevivir hasta nuestros días, atenuándose en sucesivos escalones, sin que nadie la discutiera a fondo desde dentro. La oficialización de la verdad ha sido postulado que, en razón de su propia esencia, no admitía dudas ni vacilaciones. En el bando nacional se legislaba por la gracia de Dios y la autoridad se ejercía en su nombre. Todo tenía que ser considerado santo, beneficioso, acertado, obligatorio. Pocos resquicios, pues, quedaban a la crítica, a cualquier estudio o consideración, que no fueran parciales en ambas acepciones; la palabra escrita o hablada iba sin excepción dirigida a glorificar a unos y a la condena, sin formación de causa, del enemigo y del tibio. No entra en mis propósitos discutir aquí las razones de tan cerrado sistema; el hecho de haber ganado la guerra, utilizándolo sin desmayo, desautoriza cualquier condena desde supuestos de índole pragmática. En otras profundidades no entro por el momento.

¿Significa lo antedicho que a la hora de emprender un trabajo histórico pueda prescindirse o prestar escasa atención a los libros que con sentido amplio calificamos de «nacionales»? Hacer tal cosa

equivaldría a privarnos de muchos y buenos datos que hallaremos en sus páginas. No solo en los clásicos, denominación en la cual englobaríamos a aquellas historias, por lo común militares, que citan incluso quienes escriben desde campo enemigo, sino en otros muchos referidos a campañas, episodios, o restringidos a experiencias personales, que conviene manejar con tacto y prudencia. Algunos de esos libros son meritorios y útiles; fueron escritos en momentos en que la pasión nublaba el sentido crítico, y la información, por el peso de diversas causas, era limitada, desigual y escasa, en particular la que se refería al campo enemigo. Para conocimiento de lo que ocurrió en zona gubernamental no conviene recurrir a fuentes nacionales. La animadversión y el desprecio llevaban al desconocimiento casi absoluto, al error burdo. Esa actitud pudo en ocasiones erigirse en obstáculo, y no pequeño, para la buena marcha de la guerra, y lo fue también para la pacificación posterior del país y para conseguir el sosiego de los espíritus no alcanzado todavía. ¿Que de las obras publicadas por quienes componían el conglomerado republicano podría decirse otro tanto? Posiblemente; pero nunca con un grado de incomprensión semejante; sin contar que, como queda dicho, el bando nacional era más homogéneo en su conjunto.

Pocas excepciones podrían hacerse entre los libros que conozco. *Mis cuadernos de guerra* del general Kindelán sería la principal. Pero los «cuadernos» son breves y algunas de las críticas que se formulan adolecen de imprecisión por respetuosas y requieren un esfuerzo interpretativo que diluye los valores críticos. También pudieran habérsele deslizado al general Kindelán defectos de información sobre los efectivos aéreos del enemigo, en particular sobre las fuerzas de aviación que se le enfrentaron en la batalla que él llama de Gandesa y nosotros del Ebro. En *Guerra de liberación española,* del general García Valiño, se dan, de manera más atenuada y críptica, los comentarios críticos de ciertas operaciones; parecen explicaciones o quejas dirigidas a alguien que no es precisamente el lector. Como las operaciones bélicas llevadas a cabo por el ejército nacional tienen que ser estudiadas con preferencia en sus propias fuentes, resulta difícil llegar a conclusiones que merezcan garantía plena. Los protagonistas han escrito muy poco; los demás recibieron datos que englobaban la propaganda. Así, cuando se trataba de

exaltar el heroísmo propio, podía abultarse el número de las bajas, que en otras ocasiones disminuirían para multiplicar las ajenas y demostrar con datos trucados lo terminante de la derrota infligida. El tono exaltado y propagandístico que imprime carácter de epinicio a la prosa nacional no necesita demostración, viene implícita en sus páginas.

Vamos a extendernos, a manera de ejemplo, en uno significativo. Al tratar de la batalla del Ebro se niega por sistema el hecho de que la ofensiva republicana sorprendiera a los mandos nacionales. En apoyo de esta negativa se aducen los informes y referencias que se poseían sobre la inminencia del ataque. A continuación pasan a relatarse los hechos y describirse los primeros combates. Que los defensores de la orilla derecha fueron sorprendidos, y como tal arrollados, se deduce de manera clarísima e indiscutible pero apenas se comenta. De estar prevenidas y reforzadas las tropas que guarnecían la orilla y su inmediata retaguardia, se hubieran adoptado algunas precauciones capaces de convertir lo que fue indiscutible éxito republicano en desastre. Cualquier lego en ciencias militares puede llegar a la conclusión de que, si la ventaja gubernamental en la segunda fase de la batalla vino determinada por la posesión de los observatorios y de todas las alturas que dominaban el escenario de los combates, hubiese resultado factible y eficaz para los nacionales situar guarniciones atrincheradas y comenzar la batalla, si es que deseaba aceptarse el reto con la ventaja que se le cedió al enemigo, cesión que fue causa de un elevado número de bajas propias. Este razonamiento invalida la teoría, o el rumor que se puso en circulación, de que se permitió el paso a los republicanos deliberadamente para destruir su ejército de maniobra.

El silencio y la ignorancia que sobre ciertos aspectos de la batalla del Ebro se observan en cuanto se ha escrito, inducen a plantearse interrogantes a los cuales resulta imposible por el momento dar respuestas satisfactorias. ¿Pudiera ser que la planificación y ejecución del paso del Ebro coincidiera con el desmantelamiento de los servicios secretos que los nacionales mantenían en Cataluña? ¿Pudiera ser que en habilísima jugada el SIM republicano hubiera sustituido a los agentes encarcelados por elementos propios que transmitieran falsas informaciones, e incluso

conseguido que alguno de aquellos agentes sometido a irresistibles presiones colaborara en la trampa? Que en la guerra unos ganan las batallas y otros las pierden, sin excluir las de los servicios secretos, es algo que debe ser reconocido; llega a pensarse que el afán de infalibilidad y la discreción que se mantiene todavía sobre determinados aspectos, resistiéndose a poner las cartas boca arriba, pueden menoscabar la verdad histórica sin evitar tampoco que la leyenda se deteriore. ¿Pesaría más en el ánimo de quienes tomaban las decisiones el contenido de informes que se suponían enviados por agentes que conectaban con las redes extendidas por Francia, que los otros informes que provenían de la aviación, del interrogatorio de prisioneros o evadidos y de la observación efectuada desde los mismos frentes? Lo cierto es que los republicanos tampoco suministran aclaraciones al respecto, y, si embargo, la más cruenta de las batallas de la historia moderna española se inicia con una inexplicable e inexplicada sorpresa en la madrugada del 25 de julio de 1938, festividad de Santiago Apóstol.

Que la batalla del Ebro tendría resultados decisorios en cuanto a la suerte de la guerra parece demostrado por los propios hechos. El espectacular paso del río y los avances que le siguieron alumbran la última ilusión de los partidarios de la república dentro y fuera del país y a ambos lados de las trincheras. Eso no significa que *a priori* la influencia que la batalla del Ebro ejerció sobre la marcha general de la guerra tuviera que ser definitiva como resultó serlo después. Si el armamento enviado por la URSS hubiese hallado pronto y fácil paso como lo tuvo por diferente vía el suministrado a los nacionales por Alemania, la posterior ofensiva sobre Cataluña habría sido distinta a lo que fue. La moral de los combatientes republicanos, bien armados, protegidos por artillería y aviación suficientes, abastecidos con largueza, no tenía por qué decaer como lo hizo. Pero estamos entregándonos a especulaciones sobre hechos que no sucedieron y lo que interesa es el análisis de lo que sucedió y tal como sucedió. Los historiadores prorepublicanos y aquellas personas pertenecientes al mismo bando que han publicado sus memorias y protagonizaron o intervinieron muy directamente en los hechos, desde el jefe del Estado Mayor al subsecretario del Ejército de Tierra o el jefe del Ejército del Ebro y sus inmediatos subordinados, coinciden en resaltar que la obstinación del mando

nacional en aceptar aquella batalla frontal fue la causa de que se saldara con tan elevado y doloroso número de bajas y explican las maniobras que su enemigo hubiese podido llevar a cabo para anular la ventaja republicana inicial. Los argumentos parecen válidos. Pero habría que preguntarles a ellos por qué el ejército republicano se empeñó también en aquella sangrienta batalla después de que, fracasados los objetivos estratégicos se sabía que la superioridad en armamento y reservas del enemigo hacía previsible la trituración de los efectivos propios. Pregunta no formulada pero que queda sin respuesta, porque alargar la duración de la guerra para mantener el prestigio o inducidos por vagas esperanzas de que se produjeran aleatorios conflictos internacionales —que no se produjeron— parecen motivaciones insuficientes. Y si es cierto que la retirada del Ebro fue, al igual que el ataque inicial, operación bien planeada y ejecutada, también lo es que ni el V ni el XV Cuerpos de Ejército consiguieron rehacerse del tremendo castigo que recibieron en la orilla derecha. Es criterio general que la operación final sobre Cataluña se decidió militarmente en aquella sangrienta batalla.

Puede afirmarse que los libros publicados en zona nacional y durante muchos años en España, por culpa de sus tonos elogiosos y del riguroso ejercicio de la censura, exigen hoy considerable esfuerzo de comprobación con otras fuentes y que, salvo excepciones, apenas resultan utilizables para informarse de lo que ocurría al otro lado de las líneas del frente. En los últimos tiempos, cambios de orientación de signo favorable y una evidente relajación de las censuras han propiciado las aportaciones de historiadores jóvenes (o relativamente jóvenes), que han tenido acceso a fuentes documentales, y que por primera vez se han «asomado» al campo enemigo con espíritu abierto y auténtico deseo de comprender. Están publicándose en España obras que suponen un considerable avance, y la iniciación de posturas altamente prometedoras, que imprimen a la historiografía un viraje de noventa grados.[3]

La historia o la literatura de guerra procedentes del bando republicano adolecen también, y en paralela medida, de partidismo exagerado; quien escribía sobre el tema, más que un análisis de la situación o un relato de los hechos, se proponía presentar aquellos que vinieran a demostrar la razón de convicciones inamovibles, aunque para ello fuera necesario distorsionar la verdad. Podrían

considerarse en su conjunto como excelentes armas propagandísticas, instrumentos de guerra (guerra que desde ambos bandos algunos prolongan indefinidamente) destinados a producir impacto emocional en el lector. Los más de esos libros están escritos desde el exilio, sin documentación para consultar o apoyados en documentación escasa y de carácter casi personal. Se confía demasiado en la memoria y en aquello que otros han escrito cuando la cita o el dato favorecen. No resulta difícil hallar errores, comprobables e indiscutibles, que han ido repitiéndose por haberse ido copiando unos a otros; en determinados casos es factible averiguar de dónde proviene el error. Sucede que las variadas ideologías, posturas y bandos que concurren en aquel que englobamos bajo la denominación genérica de «republicano», son proclives a la discusión, a la crítica y a la polémica, que alcanzaron niveles de exacerbación y que hasta el presente no han sido acalladas apenas. De ahí que en esos libros se manifiesten opiniones contrastadas que permitan al lector recibir sobre un hecho diferentes interpretaciones y aun versiones, si bien en este último caso plantean nuevas dificultades para elegir entre ellas la que más pudiera aproximarse a la verdad.

Autores extranjeros han llevado a cabo meritorios esfuerzos bien intencionados desde la plataforma de sus personales convicciones. Pero si para los españoles resulta dificultoso separar la verdad de la mentira o el error, dar interpretación adecuada a algunos hechos y llegar a comprender determinadas situaciones, para el autor extranjero, y más aún si por razones de edad no vivía en aquella época, las dificultades se multiplican. Estos autores (citemos como ejemplos no excluyentes a Hugh Thomas, a Jackson y a Broué y Témime) suelen estar bien informados sobre las cuestiones internacionales relacionadas con la guerra. Podría reprocharse a algunos el dar excesivo crédito y relieve a las versiones de corresponsales extranjeros que no se distinguieron por su objetividad ni alcanzaron por lo común niveles aceptables de veracidad; también destacan actuaciones personales de amigos o conocidos que no pasan de lo anecdótico, o se apoyan en testimonios de escaso valor probatorio. Estos historiadores tuvieron que enfrentarse con peligros que les han resultado difíciles de soslayar, y alguno de ellos trata ahora de ir enmendando errores

mediante nuevas comprobaciones.

Entre los muchísimos libros procedentes del campo republicano hay principalmente dos que merecen aquí especial referencia: uno sería *Historia de la república española* y el otro *¡Alerta los pueblos!* escritos por Julián Zugazagoitia y el general Vicente Rojo, respectivamente. No era Zugazagoitia historiador, pero sí aventajado periodista, muy bien situado para informarse de primera o segunda mano de cuanto estaba ocurriendo en su derredor. El tono que preside su libro, publicado en 1940, da la medida del esfuerzo que tendría que imponerse entonces para lograr cierto grado de imparcialidad histórica. Al mismo tiempo, la proximidad de los hechos le resta perspectiva suficiente, y en algunas de sus noticias y opiniones se advierte el eco de la crisis en que se debatía el Partido Socialista, que tuvo que influir desfavorablemente en su ánimo. Por lo que respecta al período que nos proponemos estudiar en el presente libro, las noticias que aporta Zugazagoitia hay que usarlas con prudencia y someterlas a comprobación sistemática, pues cuanto ocurrió en la zona republicana después de finalizada la ofensiva nacional sobre Cataluña le fue contado a él por personas que tenían versiones partidistas e incompletas. Pero, si de libros estamos hablando, parece de justicia aludir a Zugazagoitia que, en pequeña medida, fue adelantado, con limitaciones de tiempo y circunstancia, de posiciones que hoy serían de mucho beneficio y utilidad si otros le hubiesen seguido por aquel camino.

De obra importante para conocer uno de los postreros capítulos de la guerra debe ser calificada *¡Alerta los pueblos!,* por esta causa la hemos estudiado con detenimiento. El jefe del Estado Mayor Central, que era el verdadero generalísimo del ejército republicano —pues la única autoridad superior, el ministro de Defensa, era un civil—, se recluyó en Vernet-les-Bains, junto a la frontera española, y, muy recientes aún los acontecimientos, escribió sobre ellos de tal forma que, si asoma en sus páginas el inevitable partidismo, del cual posiblemente ni se diera cuenta, se advierten deseos de objetivización. Por la rapidez con que la obra fue redactada y publicada y a causa de la proximidad de los hechos, se manifiestan en ella defectos achacables a la precipitación. A pesar de las numerosas lecciones históricas que pueden deducirse y de la alteza de miras que la preside, se evidencia un propósito de

autojustificación y el deseo de defender, tampoco censurable aunque se declare apolítico, a quienes fueron para él los mejores colaboradores, y asimismo al dirigente en el cual creyó y a quien obedeció; me refiero a los militares y comisarios comunistas y a don Juan Negrín.

Hemos señalado que el general Rojo trata de justificarse, y así es; en los aspectos militares cargará todo el peso de la derrota —de las sucesivas derrotas— a la cuenta de los elementos civiles, de los paisanos, sin excluir a nadie salvo al presidente del Gobierno, acusa al Comité, o mejor, a la política de No Intervención, a los catalanes, y, olvidando los elogios que les dedica en otras páginas, culpa en ocasiones a los soldados, y al «pueblo», a quien también antes y después alaba como ente abstracto y casi literario. Y aún bosqueja otra justificación que, en el momento en que publicó el libro, debió parecerle que resultaba conveniente formularla ante su propia conciencia o ante la opinión pública. Se trata de su conducta en relación al último episodio ocurrido en zona republicana. Tras la derrota de Cataluña considera Rojo perdida la guerra. Como soldado consciente y disciplinado ha ido esforzándose en llevar a cabo una retirada en las mejores condiciones posibles. La operación, o sucesión de operaciones, la describe en *¡Alerta los pueblos!,* y sus explicaciones contribuyen mejor que ningún otro relato a comprenderla; y no es extraño que así sea pues dirigía el Estado Mayor de uno de los dos ejércitos en liza. En el relato se observa un fenómeno de desdoblamiento como, probablemente, sufrió un desdoblamiento la propia personalidad del general. Con trazos firmes va describiendo la caótica situación en que se debatían las acosadas unidades combatientes, las demás fuerzas militares, la maquinaria estatal, organizaciones sindicales y políticas y aquellas multitudes sufrientes y heterogéneas que en idioma militar se califican de «retaguardia». En la segunda o tercera fase de la batalla el caos es casi total. Paralelamente, él, jefe del Estado Mayor de ese ejército en derrota, se complace describiéndonos con detalle las órdenes que cursa, proyectos que imagina, las directrices que imparte, aun a sabiendas, como él mismo confiesa, que no resultaba posible su cumplimiento. De acuerdo con lo que el propio Rojo nos declara, observamos cómo el tinglado burocrático-militar resulta inoperante. Leyéndole, no deja de sentirse admiración hacia ese

militar dedicado a un trabajo frío, cálido él en su condición humana, inteligente, desengañado, que atribuye extraordinaria importancia al gesto, y el «gesto» podía consistir en aquella ocasión en dar órdenes que sabe que no van a cumplirse.

Deduciéndolo de lo que él escribe y porque todos los testigos así lo corroboran, conocemos la intención de Rojo, tras internarse en Francia, de dar por cumplida y terminada su misión, pues está convencido de que es imposible continuar la guerra. Presenta entonces su dimisión por escrito, acompañándola de una carta dirigida a Negrín, cuyo texto, que sería altamente ilustrativo, no transcribe. También, según él mismo cuenta, le escribe a Miaja para que evite que en el Centro ocurra lo mismo que en Cataluña. Más adelante, olvidándose de que ha dimitido, se extraña de que jefes y comisarios comunistas del Ejército del Ebro sean trasladados en avión desde Toulouse a la zona Centro-Sur sin su conocimiento. Añade que se le hicieron insinuaciones y se le prodigaron halagos para que él también se trasladara a territorio republicano. No declara de quién procedían halagos e insinuaciones, si bien afirma que no procedían del jefe del Gobierno. En París, y después de dimitido Azaña, se presenta Rojo a Martínez Barrio, quien le entrega un telegrama de Negrín requiriéndolo para que se traslade a Madrid. Y cuenta que así se disponía a hacerlo, acompañando al jefe del Estado (Martínez Barrio), «puesto que este tuvo la atención de exponerme su criterio político en relación con el gobierno del país y con la dirección de la guerra, y decirme que pensaba salir para aquella zona». Hoy sabemos que Martínez Barrio, si hubiese estado dispuesto a regresar a España, no sería para dirigir la guerra ni la política del país sino con el exclusivo propósito de negociar una paz inmediata. Tampoco hay evidencias de que don Diego tuviera propósito alguno de presentarse en Madrid. Escribe Rojo que se puso en camino pero que en eso le llegó la noticia del golpe de estado de Casado, la salida del Gobierno y su llegada a Francia. Esta parte del libro, que resulta confusa y contradictoria con los demás testimonios, parece un añadido de circunstancias. Todo hace suponer que el general Rojo, al cruzar la raya de Cataluña, no estaba dispuesto a cooperar en alargamientos de la lucha armada ni a responsabilizarse en forma alguna de las consecuencias que de esa prolongación tenían que derivarse. En la página 522 de la primera

edición, la de Buenos Aires, de la *Historia de la guerra de España,* Julián Zugazagoitia emite un juicio duro sobre la conducta del general Vicente Rojo precisamente por haberse negado a regresar a la zona republicana, para lo cual le requería el propio Zugazagoitia en su calidad de secretario general del Ministerio de Defensa, y en nombre del ministro y presidente Juan Negrín. No nos proponemos enjuiciar conductas y sí, en cambio, tratar de que las cosas queden claras. En una nota se da extracto del informe que sobre el hecho relatado redactó el cónsul en Perpiñán, Rafael Menéndez, en cuya presencia se desarrolló la escena. *¡Alerta los pueblos!* fue publicado con anterioridad al libro de Zugazagoitia; no parece que lo hubiese leído el antiguo director de *El Socialista.*

Además de su fe militarista, que en el general Rojo se manifiesta por una constante repulsa a los políticos y personas civiles, a quienes atribuye la responsabilidad de todos los males, resalta en este libro una animosidad contra los catalanes que no deja de patentizar en cuantas ocasiones cree oportuno. Hay que suponer que las obligaciones del cargo que desempeñaba y las enormes responsabilidades que gravitaban sobre su ánimo, agravadas por la extrema tensión con que vivió aquella época, no le permitieron ver con claridad los demás problemas que lo rodeaban y dejaron la puerta abierta para que afloraran reminiscencias muy comunes a sus compañeros de profesión en aquellas fechas, y eso a despecho de su condición de valenciano y del apellido materno de evidente catalanidad.[4] No tuvo en cuenta el general Rojo Lluch que a los catalanes de 1938 podía, generalizando clasificárseles en cinco grandes grupos: 1) aquellos impulsados por ideologías o posiciones primordialmente revolucionarias, entre los cuales los más numerosos serían los libertarios, y a continuación los miembros del POUM; 2) los catalanistas de izquierda o de centro-izquierda y los grupos casi separatistas; 3) los indiferentes, que deseaban salvar lo más posible, escapar de privaciones, amenazas y sufrimientos, y a ningún precio perder la vida; 4) quienes más o menos resueltamente, se sentían nacionales o franquistas. Los pertenecientes a los dos primeros grupos, que podían comprender en su conjunto bastante menos de la mitad de los varones (movilizados o no), tenían que hallarse desmoralizados, pues a pesar de que la batalla se libraba en su propio territorio, apenas

defendían lo específicamente suyo: la revolución, por un lado, y la autonomía, por otro, habían sido menoscabadas. Solo un corto número lucharon con decisión y coraje hasta el final. Quienes pueden clasificarse como incluidos en el tercer grupo no podían ser buenos soldados por razones obvias, con excepciones aisladas de valor individual movido por el amor propio, el compañerismo o esporádicos entusiasmos. En el cuarto grupo, mucho más numeroso de lo que entonces se suponía, elementos más o menos activos, más o menos encubiertos, componían la lista no escrita de los enemigos. Existía un quinto grupo que, en sus buenos deseos de jefe, consideraba Rojo que era el mayoritario y obligado para todos, y que le servía a él de medida para sus juicios. Estaba formado por los comunistas, incluido el PSUC, negrinistas de procedencia socialista o republicana y luchadores temperamentales. Su número entre los soldados rasos no podían ser elevado; tras dos años y medio de lucha sus componentes habían ascendido a oficiales o se integraban en el comisariado. A la luz de estos grupos o de otros semejantes hubiese convenido entonces enjuiciar la conducta de los catalanes. [5]

El verdadero estado de ánimo lo mismo de los catalanes que del conjunto de los habitantes de la zona republicana no fue suficientemente tenido en cuenta por los gobernantes, dirigentes políticos y sindicales y jefes del ejército, proclives todos ellos a sintetizar sin entrar en consideraciones ni distingos. Es posible que dentro del ejército los comisarios percibieran mejor el ambiente; pero se trataba de hombres muy politizados, fervientes en sus entusiasmos y, por tanto, inclinados a medir a los demás utilizando la propia medida.

En la *Gaceta* de la república del 18 de agosto de 1938, en su número 230, se publicó un decreto al cual algunos historiadores aluden pero sin atribuirle la importancia que tuvo con relación a la batalla de Cataluña. En ese decreto, don Juan Negrín, como presidente del Consejo de Ministros, concede amplia amnistía a prófugos y desertores. La batalla del Ebro se hallaba en su apogeo y el apogeo de cualquier batalla se caracteriza por el mayor número de muertos y heridos. En zona republicana estaban movilizadas numerosas quintas (más que en la nacional) y nuevas llamadas de reemplazos solo podían aportar contingentes de muchachos cuya extremada juventud, unida a su falta de entrenamiento e

instrucción, les hacía poco aptos para el combate, o adultos, que tanto por su edad como por su condición de padres de familia, se hallaban mermados en sus facultades bélicas. Cárceles, campos a los que se llamaba «de trabajo», prisiones militares en cuarteles, castillos y otros locales habilitados en las ciudades o en la proximidad de las grandes unidades se encontraban repletos de soldados sometidos o no a procesos, o condenados. Tan elevada población penal (sumada a los numerosos presos políticos) creaba un problema de difícil solución, pues si peligroso y contraproducente resulta el empleo de la mano dura, contraproducente y peligroso es, asimismo, el empleo de la mano blanda. Numerosos eran aquellos que por desafección, pusilanimidad o cansancio, oportunismo, desengaño o rabioso deseo de conservar la vida aun a riesgo de jugársela, se encontraban ocultos en ciudades, pueblos, aldeas y refugios de diversa índole, de los cuales eran desalojados y detenidos en batidas que exigían costosos despliegues de las fuerzas de orden público y que se resolvían aumentando el número de los presos. Decidió el Gobierno afrontar estos problemas y solucionarlos de un golpe; a tal efecto promulgó el decreto que, además, se hallaba de acuerdo con el espíritu de los trece puntos que centraban en aquellos días la política y la propaganda. Se intentaba, por un lado, disminuir la agobiante población penal y, en cierta medida, desbaratar y dispersar aquella difusa y fantasmagórica «quinta columna» que ni siquiera la enérgica y eficaz acción del SIM había conseguido erradicar. Por otra parte, se recuperaba material humano con el fin de cubrir bajas con elementos de aptitudes dudosas pero que, distribuidos en unidades de choque, politizadas y con combatientes entusiastas, con cuadros de confianza y duros en sus procedimientos disciplinarios, podían desempeñar un papel en batallas de las características de aquella que se estaba desarrollando. Mejor que muera —y el planteamiento es correcto— un desafecto o un vacilante que cualquier veterano de probada fidelidad.

El texto del decreto es de redacción un tanto ambigua pero su aplicación se hizo con amplitud; incluso prisioneros de guerra fueron incorporados a filas. ¿Era generosa como se pretendía en el propio texto? Habría que plantearse qué significado y alcance tiene la generosidad empleada para cuestiones políticas y en ocasión de

guerra. Este decreto afectó en Cataluña a muchos millares de hombres; en su totalidad o en su mayor parte iban siendo incorporados al Ejército del Ebro. Carezco de información suficiente sobre lo que ocurrió en la zona central donde el número de desertores y «camuflados» era inferior en proporción, y que tampoco se veía afectada por la carnicería del Ebro. En Barcelona los amnistiados, que pasaban por las oficinas del CRIM, iban siendo concentrados en el cuartel Francesc Maciá, convento cuya construcción había quedado interrumpida en la avenida del Valle de Hebrón. Desde allí, en periódicas expediciones eran enviados al frente y distribuidos en distintas unidades. No hay razón para silenciar que algunos jefes recibieron muy mal a estos amnistiados y que, fuese por descargar su malhumor o para escarmiento anticipado, diezmaron a los componentes de varias expediciones sin discriminación ni mayores averiguaciones. Cuando el Ejército del Ebro fue retirado del frente y sus unidades pasaron a la reserva en plan de descanso y reorganización (tengamos en cuenta que habían sido retirados todos los «internacionales»), los amnistiados representaban una elevada proporción. Al iniciarse la ofensiva nacional sobre Cataluña el 23 de diciembre de 1938, lo mismo el V que el XV Cuerpos de Ejército tuvieron que ser trasladados con urgencia a los escenarios del combate. Si se estudiara cuanto se refiere a la actuación de estas unidades que habían figurado entre las mejores, se observará su escaso rendimiento a lo largo de la retirada. Nadie, apenas, ha profundizado en las causas. Mientras los cuadros de mando se batían con coraje y los veteranos daban en ocasiones rendimiento superior a aquel que de ellos podía esperarse, los amnistiados fueron por lo general no solo malos soldados sino elementos que incitaban a los más tibios y desengañados al derrotismo, lo que costó la vida a más de uno y de dos. A su presencia en las filas enemigas, a su deficiente actuación militar dentro de ellas, podría atribuirse una proporción, aunque fuese pequeña, del éxito ininterrumpido de las tropas nacionales en aquella campaña.

Los gobernantes y dirigentes de ambas zonas, mucho más politizados en la republicana que en la nacional, se dejaron arrastrar hacia el ejercicio de un proselitismo exacerbado, apoyado en la violencia de sus convicciones y en los medios coercitivos de

que disponían. Pocos serían quienes se entretuvieran en un análisis que les proporcionara datos sobre la verdad de una situación interna que necesariamente tenía que influir en la marcha general de la guerra y en todas las actividades con ella relacionadas, que eran la totalidad de las que se desarrollaban en los respectivos territorios. Dominados por la certidumbre de su propia razón, que excluía las demás, imaginaban a todos de acuerdo con sus postulados, creencias, formas de actuar, palabras y hasta pensamientos: solo admitían la presencia de unas minorías disidentes, descarriadas por irracionales, malvadas, por lo menos en la zona de su mando. Sus seguidores en los sucesivos escalones descendientes hasta llegar a soldado raso, simple ciudadano o campesino, participaban de idéntica convicción, siempre que estuvieran identificados con los fines y dominados por el entusiasmo propio del bando en que se hallaran geográficamente situados. Un estado mental de exaltación les perturbaba el entendimiento hasta el punto de que cuanto observaran a su derredor que no coincidiera con sus creencias o deseos lo consideraban excepción vituperable; de acuerdo con su temperamento, sentimientos o posición, compadecían a quienes no pensaran como ellos calificándoles de víctimas de extravío, los despreciaban como a seres pervertidos, o contribuían a su destrucción. Muchas gentes se encogían de hombros ante la noticia de atropellos, encarcelamientos, torturas o fusilamientos, creyéndolos justos, necesarios o, por lo menos, irremediables. La convicción de que todos los españoles participaban de las propias creencias, corroborada por la actitud de quienes precisamente no participaban y aun las combatían en secreto, motivada por razonable miedo, prudencia o táctica dirigida a un fin, caló tan hondo, que, aun después de comprobado lo contrario a la luz del día, sigue asomándose a los libros, a los discursos y a las actitudes externas, lo mismo de quienes en España se quedaron como triunfadores, que de quienes hablaban, escribían y trataban de actuar desde otros países o desde la clandestinidad. Los dirigentes de ambos bandos se erigieron en paladines indiscutibles de los españoles y aun de España como ente abstracto (en zona republicana ocurriría con algún retraso, pues en los primeros tiempos los postulados principales fueron otros) o, por lo menos, de

la gran mayoría de hombres, mujeres y niños que no estuvieran culpablemente equivocados o fueran traidores, cobardes, ladrones, asesinos…

Resulta aún más difícil comprender la guerra de España cuando se echa mano de simplificaciones como aquellas a las cuales se han mostrado tan inclinados muchos de quienes escribieron sobre la plataforma de uno u otro bando. Nada sería tan interesante y aleccionador como un estudio ideológico y estadístico, lo más pormenorizado posible, de quienes lucharon en el frente —ambos frentes— y de quienes apoyaban las respectivas retaguardias, de las personas que adoptaron actitudes pasivas y de aquellos que en distintos grados favorecían a los contrarios geográficos. Convendría completarlo con análisis psicológicos aunque fuesen generalizadores. De ahí que las obras literarias, que los historiadores suelen considerar en poco, puedan representar una ayuda considerable, siempre que quien escriba lo haga con un mínimo de responsabilidad y conocimiento de causa. El estudio a que me refiero resultaría muy difícil, por no decir imposible, y, de llevarse a cabo, adolecería de subjetivismo.

Los únicos datos que poseemos, y aún son discutibles y evanescentes, son los resultados de las elecciones que se celebraron en febrero de 1936, que en opinión de muchos fueron prefiguración de los dos bandos en que iba a escindirse la nación a partir de los cruciales días de julio. A la vista de los datos de estas elecciones se disuelve la pretensión de los portavoces de ambos bandos de atribuirse la representación masiva del pueblo español. Si la repulsa hacia las izquierdas y su política hubiese sido tan mayoritaria, se hubiese reflejado en las votaciones, y si quienes apoyaban al Frente Popular y cuanto este significaba eran la casi totalidad de los españoles, habría obtenido el sufragio en la misma proporción de manera indubitable. Quedan como incógnitas las posturas de aquellos que no emitieron voto y la de aquellos que por edad no figuraban en el censo y que pocos meses después iban a ser, por paradoja mayoría numérica y los más decididos combatientes en ambos ejércitos. Pero estas minorías que quedaron silenciosas pueden ser adscritas sin temor a error (que, de haberlo, sería mínimo) a los dos grandes bloques en parecida proporción que los votantes. Quienes se abstuvieron de votar solían sentirse inclinados

hacia uno de los bandos —de las coaliciones, digamos mejor— pero rechazaban algunos aspectos de los programas o la personalidad de los candidatos más próximos a su sentir. Las abstenciones reflejaban indiferencia pero también descontento y grados superiores de matización, de exigencia, o simple desconfianza en el sistema electoral. En cuanto a los jóvenes que no habían alcanzado la edad de votar y sí la de combatirse a muerte —la de morir—, debieron escindirse en dos mitades, como lo hicieron los incluidos en el censo, sin que necesariamente cayeran del mismo bando que sus respectivas familias.

¿Se le ha ocurrido a alguien precisar que el hachazo que desgajó a la nación pasaba por una delgada línea que en lo político corría por medio del antiguo Partido Radical? Martínez Barrio y los suyos se integraron en el Frente Popular, y muchos de los seguidores de Lerroux se inclinaron, o les inclinaron, hacia los nacionales. En Cataluña la divisoria transcurría entre Acció Catalana y la Lliga; los que militaban a la izquierda dentro de este último partido y quienes lo hacían en la derecha de Acció Catalana se hallaban separados por diferencias tan sutiles que resultarían difíciles de establecer.

Javier Tusell Gómez ha escrito un amplio estudio sobre *Las elecciones del Frente Popular*; los resultados que él da para la primera vuelta, que en su conjunto merecen mejor garantía que los de la segunda —que tuvo lugar en circunstancias especiales—, son los siguientes:

	Votos
Frente Popular	4.555.410
Id. aliado con el centro (en Lugo)	98.715
Nacionalistas vascos	125.714
Centro, donde acudió solo a las urnas	400.901
Derechas	1.866.981
Derechas	2.636.524

unidas al
centro

Siguiendo los números de Tusell y manejándolos como él lo hace, resulta que el Frente Popular, añadiéndole las casi cien mil papeletas conseguidas en Lugo, aliado a los centristas, obtuvo el
34,3
por ciento del censo electoral, mientras que las derechas sumadas al centro donde las candidaturas se presentaron juntas, alcanzaron un porcentaje del
33,2
. Los 125.714 votos de los nacionalistas vascos, dada la posición que adoptaron estos el 18 de julio, deben considerarse incorporados al bando «republicano». En cuanto a los que aportaron los 400.000 votos a los candidatos centristas, se distribuirían al iniciarse el conflicto armado entre ambos bandos. El número de votantes fue ligeramente inferior a los diez millones; un 72 por ciento del total del censo. Como es sabido votaron las mujeres, lo cual hace suponer a algunos que haría bascular hacia la derecha los porcentajes, suposición muy discutible.

Suele atribuirse demasiada importancia al número de los diputados que consiguieron el acta, número cuyo significado es escaso por depender en gran medida de la ley electoral y de otra serie de circunstancias. Si a esa mayoría de diputados con escaño en las Cortes se le da un sentido de legalidad democrática, sí adquiere entonces un valor de orden ético-político; pero como manifestación de la voluntad del país el único dato que a ella puede aproximarnos es el número de votos. Aunque quizá en menor proporción que en anteriores consultas, hubo trampas, pucherazos, voto de difuntos, coacciones, compra de sufragios, falsificación de actas y los demás trucos y martingalas electorales que los partidos, y en particular los del centro que actuaban desde el gobierno, pusieron en práctica en la medida que les fue posible. Esas trampas, tan vergonzosas como al parecer inevitables, solo eran denunciadas y condenadas por nefandas cuando beneficiaban al contrario. Es posible que favorecieran algo, solo algo, al centro y a la derecha, aunque se carece de datos que autoricen afirmaciones rotundas. En el conjunto nacional de votos la importancia numérica de los espúreos no debió

ser excesiva, pues nadie aspiraba a una demostración plebiscitaria y se pugnaba solo por conseguir una mayoría en ciudades, provincias y aun colegios electorales, de acuerdo con la naturaleza de la consulta y de la ley electoral.

Del examen de los datos parciales de estas elecciones, se llega a la conclusión de que los anarcosindicalistas no votaron en bloque como después algunos han pretendido que hicieron. Sus líderes eran, por principio, contrarios al sufragio; tras algunas discusiones se acordó que en circunstancias tan extremas podía cada militante obrar de acuerdo con su propio criterio. No presentando candidatos propios, los votos de quienes hicieron uso de las papeletas engrosaron los del Frente Popular con cuyos principios y programa estaban en desacuerdo. Un análisis desapasionado por provincias permite suponer que, si bien los votos libertarios pesaron en la balanza (en Barcelona y su entorno industrial, por ejemplo), un elevado número de militantes hay que contabilizarlo entre los abstencionistas. Los líderes planteaban la cuestión desde otra perspectiva y se desinteresaban de antemano del resultado de la consulta. Estaban decididos a resolver el dilema por medio de la lucha callejera, revolucionaria, que consideraban fatal e inaplazable. Si ganaban las elecciones las derechas, una vez que estas se adueñaran del poder gobernarían a la manera fascista, lo cual obligaría a los obreros a lanzarse al combate revolucionario. De ganar las izquierdas, serían las derechas fascistas las que darían el golpe de fuerza, con lo cual la situación tendría que resolverse también en la calle. Sin pretender que el planteamiento fuese correcto en todos sus extremos, y menos que fuese fatal y deseable que así sucediera, el razonamiento se basaba en experiencias y suposiciones nada desdeñables, y los hechos vinieron a corroborar lo acertado de aquella afirmación. Lo que en consecuencia hicieron los líderes libertarios fue prepararse para la acción; en unos lugares lo hicieron mejor que en otros.

En relación a ese recuento de fuerzas en que *a posteriori* se convirtieron las elecciones, conviene añadir que las dos zonas en que la nación iba a dividirse en el espacio de tres días coincidieron en el mapa con bastante exactitud con los resultados electorales de febrero, con algunas diferencias atribuibles a la decisión o indecisión de jefes militares o de las fuerzas de orden público.

Quien no se plantee la guerra tomando muy en cuenta las radicales diferencias que enfrentaban a dos grupos de españoles numéricamente no muy diferenciados, difícilmente llegará a comprender lo ocurrido y correrá el riesgo de interpretar la historia desde supuestos equivocados. Partiendo, por el contrario, de aquel hecho indubitable, pueden formularse las observaciones políticas que se deseen o acusar al contrario de lo que se le acuse; negar a ese contrario su existencia real, numerosa y activa, es incurrir en error. Y no conduce a nada porque la guerra —la Historia en general— circuló por unos cauces y resulta inútil pretender enmendarla a fuerza de palabras.

¿Qué desplazamientos pudieron producirse entre ambos bandos una vez comenzada la contienda? Resulta arriesgado querer interpretarlo estadísticamente entre otros motivos porque se carece de datos. Debieron producirse y alcanzar cierta importancia numérica, pero es plausible que, considerando las cifras totales en ambos bandos, lleguen también a compensarse. Hacia el final de la guerra, cuando el cansancio, las privaciones y el deseo vehemente de que terminara aquella matanza y aquella destrucción iban abriéndose camino en el ánimo de muchos españoles, pudo romperse el equilibrio en favor de los nacionales, no tanto por doblegar convicciones sino porque su triunfo era previsible a corto plazo. A partir de la victoria nacional, el sombrío panorama de la posguerra, la decepción de quienes se habían ilusionado con esperanzas que no se cumplían, la reaparición de privaciones y dificultades, el rigor y la prolongada duración de las represalias que enlutaban familias o hacían víctimas entre quienes confiaban eludir tan triste contingencia, es posible que originaran un reflujo. Pero comentar estos fenómenos no entra en el objeto de este libro, al cual pondremos punto final el día 1 de abril, que los nacionales denominaron de la Victoria.

Pudiéramos extendernos en el análisis de cuáles pudieron ser cualitativamente aquellos desplazamientos de opinión —opinión que significaba jugarse la vida a cara o cruz en muchos casos— que tuvieron lugar durante la contienda. Digamos, resumiendo, que las personas situadas al centro, más al real, humano y efectivo, que al de la adscripción a partidos políticos de tal carácter, pudieron cambiar *in pectore* de bando, fuese por motivos geográficos,

oportunismos interesados o de matiz defensivo, por reacción ante el espectáculo de las represalias que les situaría «en contra», por razones emocionales o compromisos contraídos, por convicción, afán aventurero, necesidad de quitarse de en medio de allí donde eran conocidos por sus ideas, compañerismo y solidaridad con los combatientes de un frente al cual habían sido incorporados por obligación, crisis de índole religiosa, desencanto, embriaguez producida por gestos y canciones, amores tumultuosos y condicionantes, ofensas recibidas o temor ante las infligidas, espíritu vindicativo, imposibilidad de retroceder tras haberse comprometido peligrosamente, pura casualidad… Los deslizamientos se produjeron en ambos sentidos y también se equilibrarían. Entre los combatientes, haciendo salvedad de aquellos que se arriesgaban a pasarse «al enemigo», se darían más bien a favor del bando en el cual se vieron alistados, con ventaja para el nacional, ventaja influida por distintas causas entre las cuales hay que considerar los resultados de las campañas militares. En la retaguardia, los padecimientos, la experiencia familiar o la noticia de crueldades en ambos bandos, la persecución religiosa y el desorden en la zona gubernamental, los ataques a intereses materiales, y la comprobación palpable de realidades negativas, el efecto de los bombardeos aéreos, contribuirían a idealizar el bando contrario. La propaganda masiva, alucinante en ambas zonas, no ayudaría a ganar un número considerable de adeptos; resultaba convincente y apta para exaltar a quienes de antemano estaban convencidos.

Visto con óptica actual se advierte que en ambos bandos se esforzaron por dominar al enemigo que quedó en las respectivas retaguardias y defenderse del peligro que suponía; para lograrlo no se escatimaron medios y muchos admitieron que la eliminación física era entre esos medios el más resolutivo. Pocos esfuerzos, en cambio, se hicieron por atraerlo, o los sistemas empleados eran tan burdos que se hallaban condenados al fracaso. Hay que aceptar la posibilidad de que los mejores cerebros estuvieran acaparados por el esfuerzo bélico y que la propaganda se dirigiera más a los partidarios y a influir fuera de las fronteras que a la captación del enemigo. La propaganda mejor dirigida, o quizá la tentativa política más acertada en el sentido de atracción, se realizó por parte de

Negrín pero fue tardía. Los tibios del primer momento, algunos de convicciones o carácter vacilantes, aquellos que hubiesen podido cambiar de bando, habían sufrido demasiado, y, testigos o víctimas de lo que ocurrió durante los primeros meses, su captación era ya difícil. Y actuaba con carácter negativo, contrarrestando los efectos de la propaganda o de la actitud negrinista, la convicción de que la guerra iban a perderla los republicanos; y también las escaseces de toda índole pesaban demasiado.

Las elecciones hubiesen podido utilizarse para efectuar un recuento general de fuerzas; nadie parece que interpretara sus resultados en ese sentido, pues ambos bandos se suponían intérpretes absolutos de la voluntad del país. El espíritu con que se acudía a las urnas era de signo combativo; más que a un triunfo democrático que permitiera realizar una labor constructiva de gobierno, se aspiraba a disponer de los instrumentos necesarios para aniquilar para siempre al enemigo. Se presentía que aquella iba a ser la última consulta electoral, y lo peor es que quienes tal presentían acertaron.

Los partidos que se denominaban de centro pesaban poco, y política y electoralmente fracasaron. Es factible desde el hoy imaginar lo que hubiese podido ser el centro político; entonces era inimaginable e inviable. Una CEDA expurgada de extremistas de derecha, los agrarios, la Lliga Catalana, los seguidores de Miguel Maura y los de Melquíades Álvarez, los radicales que quedaban, si es que quedaba alguno, los de Portela Valladares y Alcalá Zamora… todos ellos hubiesen constituido la derecha de ese centro, a cuya izquierda, pero dentro del mismo, estarían los de Unión Republicana, los de Sánchez Román, Acció Catalana, Izquierda Republicana, probablemente la Esquerra Catalana y hasta socialistas reformistas, más algunas personalidades aisladas y pequeños partidos de significación e influencia locales. Y los nacionalistas vascos que, aunque de difícil clasificación, pudieran haberse integrado en ese grupo centrista. Nos hallamos en el terreno de la especulación pero hay que reconocer que, de haber resultado viable, esta coalición tenía garantizada la mayoría en todos los parlamentos. Se objetará que la oposición entre unos y otros grupos, y en especial la de carácter religioso, era insalvable; y no le faltará razón a quien tal objete, pero ¿no se aliaron ultracatólicos de la

CEDA con los viejos demagogos lerrouxistas? Alianza difícil entre vaticanistas y masones pero que resultó factible. En sentido inverso, y a pesar de la sistemática persecución religiosa, una vez iniciada la guerra y por tanto radicalizadas las posturas respectivas, los nacionalistas vascos, católicos a machamartillo, formaron junto a las izquierdas más extremas, mientras que algunos otros católicos lo hicieron a título personal, como ciertos militares profesionales entre los que destacaremos al general Aranguren, a Escobar, Joaquín Pérez Salas, y al propio Vicente Rojo. Por lo que a masones se refiere, es notorio, aunque se hablase de ello en voz baja, que bastantes de filiación conocida o menos conocida formaron en las filas franquistas y principalmente en el ejército. Ninguna alianza era imposible, pues otras frágiles y conflictivas se consiguieron, a pesar de que hay que reconocer que a la larga sus resultados fueron mediocres.

El término «cruzada» aplicado a la guerra civil gozó en la zona nacional de protección oficial y fue instaurado con amplio consenso y carácter de obligatoriedad, pero no dejó de ser palabra de tono propagandístico y mitinesco por el solo hecho de que llegara a convencer a quienes la empleaban. Desplazada aquí de aquel sentido unilateral y místico-militar-propagandístico que todavía suele ser en ocasiones empleado, podría afirmarse que si acaso existió alguna cruzada fue la del odio, que se asentó con firmeza en los dos bandos. Con violencia que degeneró en crueldad, se enfrentaron los «antis»: antifascistas contra antimarxistas (antifascistas que se cargaban a un demócrata-cristiano, pongamos por caso, o antimarxistas que apiolaban a un ácrata en nombre del antimarxismo), anticatalanistas contra antiespañolistas, antirreligiosos contra antilibrepensadores…, antiburgueses, antisoviéticos, anticlericales, antimilitaristas, antiobreristas, antitodo. Mejor que para exaltar una ilusión o creencia se tremolaba la bandera contra algo o alguien que había que destruir, eliminar. La lucha se planteaba sin cuartel en lo físico y en lo moral. Cualquier arma, cualquier método, resultaban buenos. En la cruzada del odio a las palabras se les atribuye valor secundario, lo que cuenta es el alarido. La única razón es la privativa de cada bando y se ejerce contra el enemigo. El insulto es la más leve de las agresiones. La muerte del contrario se considera tan justificada que

apenas levanta compasión. Fue en gran parte una cruzada de caínes contra caínes y contra abeles cainizados cuya condición abelita venía determinada no por inclinación sino por debilidad. ¿Hubo excepciones? Sí, las hubo; y también diversos grados de sentir ese odio o esa indiferencia hacia el sufrimiento de quienes se clasificaban como enemigos. Y llegaron a darse casos de generosidad para con ellos.

Estas consideraciones condenatorias, o por lo menos amargas, son hasta cierto punto marginales y podrían considerarse exponente de posturas hoy generalizadas entre muchos de quienes participaron en la guerra, y más generales aún entre aquellos que por razones de edad no alcanzaron a participar en ella. La severidad de juicio se acentúa en los jóvenes para quienes la guerra es historia remota y se sienten defraudados o se rebelan porque los ecos de algo tan alejado de su época actúa de manera tangible y opresiva en la sociedad en que ellos nacieron instalados. Con independencia del ánimo con que el hombre de hoy juzgue lo que sucedió entonces, con independencia de su criterio sobre los condicionamientos ideológicos, económicos, religiosos, de justicia o dignidad, entendidos de maneras distintas y encontradas, que se debatieron con tan singular ahínco y aun encono, para leer un libro sobre la guerra (y el tema de la nuestra no es excepcional con respecto a cualquier otra de naturaleza semejante), para comprender los sucesos, las reacciones, los actos colectivos o individuales, para que no se disuelva el verdadero sentido y alcance de fidelidades, acuerdos, deslealtades, proclamas, actitudes y gestos, conviene que el lector se traslade en espíritu a la época en que los hechos se desarrollaban y trate de interpretar las circunstancias en que aquello se producía. Si el escritor o los lectores, cara y cruz de la misma moneda, formulan por escrito o en el pensamiento juicios severos sobre los actores individuales o colectivos que irán apareciendo, con su nombre o no, sobre el papel, conviene que se detengan un instante para volver unos —los viejos— la vista atrás, y que los otros —los jóvenes— traten de imaginar cómo hubiesen obrado ellos colocados en idénticas circunstancias. El hecho de haberse vanagloriado quienes participaron en la guerra les valió la repulsa de las generaciones que les han sucedido. Si pertenecer a una generación determinada, a unos reemplazos, no entraña en sí

mérito alguno, el mismo criterio debe aplicárseles a los jóvenes; el no haber participado en la guerra por razones de edad, tampoco es meritorio.

En el supuesto de que se consiguiera escribir una historia de la guerra acomodada a la verdad de los hechos, a casi ninguno de quienes participaron y siguen hoy considerándose comprometidos podría satisfacerle. Tampoco a los jóvenes que dentro o fuera de España buscan no la lección que de aquella hecatombe nacional pudiera deducirse sino la confirmación de posiciones actuales, que desearían demostrar con hechos, ciertos o no, que previamente han acomodado a sus teorías.

Debiera la historia ser narración verídica, razonada, ecuánime, de cuanto sucedió, no de lo que cada cual deseó que sucediera, ni de lo que hoy desean que hubiese sucedido. Las verdades, si es que las hay absolutas y puede llegarse hasta ellas a través de los laberintos que las circundan y despojarlas de gangas inútiles, a nadie pueden ofender ni perjudicar. Sucedieron *aquellos* acontecimientos, incluidos los errores, defectos de información, las ilusiones que creaban espejismos, los empecinamientos. Distorsionarlos puede ser servidumbre impuesta por la propaganda política, por la soberbia o la terquedad; los desfigura la nostalgia, el odio, la frustración, la mala conciencia, el temor a encararse con verdades desagradables, los respetos excesivos; o todo ello entremezclado en proporciones distintas, aderezadas por ráfagas de olvido.

El haberse creído y seguirse creyendo depositarios en exclusiva de la suma de las razones, que suele aún manifestarse con frases que desprenden olor a naftalina, anula cualquier posibilidad de llegar al fondo de los problemas por el camino de la inquisición, la busca del dato cierto, comprobable, incluso lógico y evidente. Datos trucados, frases de contenido exclusivamente político y polémico, exageraciones, ocultaciones que fueron manejadas como un arma más porque en la guerra cualquier arma es válida, hoy carecen de aplicación legítima, hay que desterrarlas por descalificadas. Al panfletista de cualquier bando o facción no le importó hacer imputaciones, falsas acusaciones, o llegar a la calumnia y al insulto, a pesar que la falsedad o la exageración sean desmentidas por la misma lógica o por afirmaciones de signo distinto que unas páginas

más adelante quedan escritas en el mismo texto y por la mima mano.

Hemos trabajado mucho en este libro y nos hemos esforzado en ser veraces. Nadie está libre de errores; pero dejamos testimonio de que una parte considerable de este tiempo lo hemos dedicado a evitar su infiltración en estas páginas.

I

La república del 14 de abril de 1931 muere el 18 de julio de 1936, o el 20, si se quiere ser más exacto; la del Frente Popular, consecuencia de las elecciones de febrero, todavía es la misma del 14 de abril que ha ido dando algunos tumbos a derecha e izquierda, tumbos que no han servido precisamente para reforzarla. Lo que a partir del 20 de julio llamaremos república es heredera de la anterior, pero a la manera de un primogénito que anduviera a la greña con el segundón.[1] Conviene tener presente que el alzamiento se produce en la mayor parte de España bajo bandera republicana y que, hasta finales de agosto de 1936, no se institucionaliza oficialmente la enseña bicolor; el decreto lo firma un general de probado republicanismo, don Miguel Cabanellas, el 27 de agosto. El himno de Riego, que era el nacional republicano, va dejando primero de tocarse y luego olvidándose y sustituyéndose paulatinamente, y solo en 1937 pasa a ser himno oficial, entre los nacionales, la marcha granadera que, porque lo había sido, solía llamarse Marcha Real. Cuando en los primeros momentos de confusión las fuerzas sublevadas firman bandos y proclamas, lo hacen en nombre de la república, y cuando vitorean a la misma república, creer que se trata de estratagema para desconcertar a los enemigos supone error en la mayor parte de los casos. Un alto porcentaje de los militares comprometidos y de los que se incorporaron en el último momento al movimiento insurreccional lo hacen dentro del régimen republicano; incluso en el ánimo de algunos prevalece la idea y el propósito de salvarlo, interpretando a su manera tanto la idea republicana como el método de salvación. Para otros sublevados la república es un régimen odioso, para los demás la forma definitiva de gobierno ocupa lugar secundario entre

los propósitos que les impulsan o deciden. Si en los periódicos de entonces se leen bandos y proclamas se podrán comprobar estas afirmaciones. Los monárquicos no son los dirigentes exclusivos del alzamiento militar, que es el que cuenta, y entre los paisanos que apoyan de manera activa o que colaboran, son monárquicos los tradicionalistas —los requetés—, los de Renovación Española y miembros de algunos grupos menores, pero para aquellos que proporcionarán una masa más considerable, salvo los carlistas, la forma de gobierno en sí no les preocupa demasiado; ni de los falangistas ni cedistas puede afirmarse que fueran monárquicos. Se levantan en armas contra el gobierno del Frente Popular; por el momento, eso es todo. Que después las posiciones se fueran radicalizando era lógica reacción que se produce en cualquier situación extrema.

Justificaciones posteriores aparte, y dejadas de lado consideraciones de orden subjetivo, quienes se sublevan contra la legalidad establecida son los militares y los grupos que les apoyan, y aún resulta aleatorio establecer quién se subleva y quién se deja arrastrar a la sublevación. Como consecuencia de ello, la ventaja inicial se inclina hacia el Gobierno, que cambia y se tambalea, pero que no llega a ser derribado ni desalojado. Y lo mismo puede decirse del Gobierno autónomo de la Generalitat de Cataluña. Los militares en activo que se sublevan suman aproximadamente la mitad de las plantillas y una proporción difícil de calcular lo hace por disciplina. Algo semejante ocurre con las fuerzas de orden público. También en lo militar España se escinde en dos mitades. Una contrarrevolución que estalla a bordo de muchos navíos da en el mar la ventaja al Gobierno. Los resultados electorales de febrero marcan en gran parte del territorio los límites geográficos de lo que en julio se convertirá en separación sangrienta; los dos bandos estaban prefigurados cuando suena el toque de rebato que muchos, por defender sus ideas y atacar las del adversario, y otros por romper la opresión de la angustia, estaban deseando oír, deseándolo imprudentemente. La guerra participa de un prestigio romántico que enardece y compromete; musiquillas ramplonas como puede ser *Banderita, tú eres roja…* despiertan resonancias que levantan entusiasmos. Hasta que se aprenden nuevos himnos o himnos nuevos que solo los iniciados conocen, se cantara por ejemplo *La*

Marsellesa, olvidando que es himno nacional de un país extranjero, y canciones regionales aptas para ambos bandos, marchas y cantares de las guerras civiles, de la guerra de África, y se les pondrá letra española a himnos o canciones que constituirán la principal aportación «cultural» de tudescos e italianos, mientras que en el bando opuesto serán músicas centroeuropeas o norteamericanas, y, por supuesto, *La Internacional.*

Ocurre que por parte del Gobierno y con el fin de detener el aluvión que, increíblemente, le coge desprevenido, decide aplicar dos medidas que contribuyan a mantener la ventaja inicial; y por paradoja son esas medidas las que quizás hacen que empiece a perderse la guerra. La primera es el licenciamiento de las unidades en rebeldía, lo cual influye para que la sublevación fracase en algún punto concreto, como pudiera ser Madrid, que por tradicional sentido centralista hay quien confunde con toda España, y da orden de que se armen a unas milicias, militarmente improvisadas, que obedecen a los partidos políticos y a las sindicales, pero no al Gobierno, al cual desbordan. En Barcelona la situación también se le escapa de la mano al Gobierno autónomo. Las fuerzas a sus órdenes, de efectivos limitados, han sostenido una lucha callejera, como consecuencia de la cual se han debilitado, desorganizado y contagiado en distintas medidas del fervor revolucionario. Los extremistas, cuya participación en la lucha ha inclinado la balanza, se han armado asaltando los parques de armamento o los cuarteles, y en los lugares en que la sublevación ha sido sofocada no se acierta en los primeros momentos a reorganizar las unidades y a utilizar aquellos oficiales que no han participado en la rebelión, pero sobre cuya lealtad caen sospechas.

En todo el territorio español se produce el caos, pero los rebeldes conservan vertebrada una organización cuya estructura evita que la zona que dominan se descomponga por completo y a través de esa estructura la reconstrucción, mejor o peor, será rápida y eficiente. Las guarniciones sublevadas mantienen conexión, incluso con aquellas que permanecen aisladas, y disponen de un código eficacísimo. Contrariamente a lo que se ha afirmado, no cuentan con una maquinaria de Estado, y el ejército organizará en su derredor una administración rudimentaria pero capaz de funcionar. Cuenta, además, con las mejores tropas, las de África,

entre cuyos jefes y oficiales no ha existido la unanimidad que, por motivos opuestos, se ha declarado desde ambos bandos; pero la unanimidad se consigue en pocos días por procedimientos drásticos. El Gobierno es desbordado en todos los puntos y niveles, posee teóricamente el poder pero este ha cambiado de mano incluidas las zonas que domina. Se emplean, asimismo, medidas drásticas, pero no se consigue suficiente disciplina ni siquiera cohesión. Las organizaciones revolucionarias, que ascienden a primer plano y ejercen, atomizándolo, el poder, carecen de preparación para cumplir las misiones que se adjudican o imponen, y el ejército, que ha sido disuelto, queda reducido a grupos de jefes y oficiales, compañías, baterías y unidades fraccionadas, apenas conectadas entre sí, sometidas a la obediencia relativa de poderes que surgen arrolladores. Funciona un Ministerio de la Guerra y un Estado Mayor, se suceden nombramientos y destituciones, se clasifica, se delata, se incorpora, se encarcela, pero el ejército está en crisis, deshuesado. En el papel conserva el Gobierno el dominio sobre la maquinaria estatal, sobre una parte considerable del Ejército, de la Marina, de la Aviación, de las fuerzas de orden público, de la justicia, de la policía, de la administración del Estado, de la hacienda, de las comunicaciones, de la industria, de los puertos, de la población, pero el control que le es dable ejercer es precario cuando puede ejercer alguno y donde consigue ejercerlo. La crisis afecta con mayor peligrosidad al Gobierno, que se debate en el seno de las mismas contradicciones que le han dado la ventaja inicial, ventaja que no consigue aprovechar porque la maquinaria se ha descompuesto. En el aspecto militar las unidades de infantería, artillería, ingenieros, el regimiento de carros de combate, los parques de armamento, aviones, buques, todo ello se ve envuelto en el torbellino de la crisis y, salvo en algunos puntos y ocasiones, se utiliza con escaso rendimiento. En los momentos decisivos en que la sublevación militar y la revolución popular que se le opone van a convertirse en una guerra, a los militares que han permanecido leales al Gobierno se les considera con marcada desconfianza, salvo a aquellos que poseen historial político, y se desea utilizar solo sus conocimientos profesionales manteniéndolos al margen de una organización militar vertebrada. Tampoco suele considerarse que la lealtad al Gobierno o la adscripción a partidos políticos o a

organizaciones, como pueda ser la masonería, o a grupos extremistas, no se halla en relación directa con la capacidad profesional. ¿Comienza en esos días iniciales a perder la guerra la república? ¿Comienza a perderla por la misma acción de quienes acaban de salvarla?

En la marcha de las operaciones militares, que durarán treinta y seis meses, las ayudas extranjeras tendrán gran influencia; lo mismo ocurrirá en la política de ambas zonas y en las cuestiones internacionales que vayan planteándose. La ayuda que recibirá el bando nacional será superior, mejor organizada y dosificada en su conjunto, y, subrayémoslo, mejor aprovechada también, todo lo cual le proporcionará indiscutible ventaja. La crisis que en su planteamiento revolucionario se produce en Madrid, Barcelona, Valencia, en las provincias del Norte y en las demás en las cuales fracasa el levantamiento militar, el hundimiento y desbordamiento del Gobierno del Frente Popular, que es el fracaso de los hombres que gobernaban, influirá en los próximos meses sobre la actitud que van a adoptar los gobiernos de Inglaterra y Francia, postura más o menos neutralista, que hará que su apoyo real a los gubernamentales sea relativamente débil, condicionado y receloso, y más de palabras y gestos que de acciones resolutivas. Porque, ya lo hemos dicho, la república del 14 de abril ha dejado de existir, la república de julio no procede tanto de las urnas como de las armas y el poder del Gobierno ha de compartirlo, cuando consigue hacerlo, con nuevos poderes que han salido de la calle, de los campos, de las fábricas, las minas, los transportes… y que han irrumpido con energía iracunda y reivindicativa. Pero el poder, al dividirse, se ha debilitado, descoordinado y en muchos aspectos se ha hecho arbitrario e irresponsable. En Euzkadi se ha instalado un gobierno autónomo en que la preponderancia del Partido Nacionalista, católico y burgués —capitalista—, ha conseguido frenar algunos aspectos de la revolución y aminorar desmanes, pero tampoco puede hablarse de normalidad y menos estando el país en pie de guerra. Una parte considerable de los vascos han quedado en zona nacional y es en Navarra donde los sublevados han hallado los más ardientes y combativos partidarios; en los primeros meses de la guerra más amplias zonas del País Vasco son conquistadas por los nacionales. La situación revolucionaria del territorio republicano

despierta recelos en las democracias ¿no empieza a perderse la guerra por parte del bando gubernamental al crearse estados de opinión desfavorables o recelosos en los gobiernos democráticos y aun entre muchos de sus ciudadanos que hubiesen apoyado incondicionalmente al Gobierno legal? ¿No se producirían reacciones negativas entre quienes, siendo decididamente —o menos decididamente— antifascistas (por emplear una palabra tópico), estaban acomodados en el mundo capitalista y democrático? No se trata de esgrimir razones o de calcular posibilidades sino de enfrentarse con las cosas tal como se produjeron, porque el caos que dominó en los primeros tiempos —del cual nunca llegaría a recuperarse totalmente— y el fraccionamiento y dispersión de la autoridad, de los centros de mando y decisión, pudo influir en la conducta de gobernantes extranjeros y de fuerzas influyentes, tuvo también enorme repercusión en la marcha de las operaciones bélicas, en la distribución del armamento, en la utilización de los buques de guerra, de los aviones disponibles o de los que se recibieron en los inicios, en la formación de taifas territoriales o de partidos y organizaciones. Y esos males nunca llegaron a solucionarse más que parcialmente. Achacar la culpa de penurias y desasistencias a los demás, es una manera de enmascarar las consecuencias de contradicciones, pugnas, incapacidades y tensiones internas, de limitaciones de capacidad política, defectos de organización y de dirección militar. Pelotear con la responsabilidad echándosela de unos a otros equivale a confesar, solapadamente, defectos globales en un intento exculpatorio de cargar la responsabilidad a los «demás», sin detenerse a considerar que la suma de los «demás» era el conjunto del bando «republicano». ¿Necesitó el Gobierno apoyarse, armándolas incluso, o permitiendo que se armaran aprovechando el desorden, de la colaboración de las masas y organizaciones revolucionarias para hacer frente a la sublevación? Nadie puede ponerlo en duda. ¿Necesitaba España, más que ningún otro país civilizado, que se cumpliera una acción revolucionaria que las izquierdas burguesas y democráticas no podían poner en marcha ni siquiera liberadas del lastre de las derechas? También parece evidente, pues la injusticia social en que se vivía era tan espantosa como anacrónica.

Como guiados por una misma consigna, ambos bandos se apresuran a poner en práctica aquello de lo cual acusaban a los enemigos en la propaganda electoral de febrero. Arden las iglesias, se asesina a sacerdotes, frailes y hasta monjas, a burgueses, aristócratas y «fascistas», se ataca la propiedad —¡la sacrosanta propiedad!—, el desorden y la arbitrariedad vindicativa de los incontrolados se impone por encima de cualquier ley. Se barre o frena la tímida obra de justicia social emprendida por la república, los latifundistas recobran sus tierras y el peonaje —menos que *lumpenproletariat*— queda a su merced, las libertades públicas son erradicadas, hay quienes se atribuyen el derecho a utilizar el vergajo, las autonomías regionales y hasta la personalidad evidente de esas regiones —o nacionalidades, que la palabra poco importa— se combate o se ignora; y también se asesina a obreros, a demócratas, masones, líderes sociales… Con debilidad y escasa eficacia se trata de llevar a la práctica aquello que en los programas electorales respectivos podía haber de positivo, de constructivo. Desde ambos bandos se da la razón al enemigo de las elecciones. Y, al mismo tiempo, sería injusto olvidar que se producen impetuosas corrientes de entusiasmo, de valor, abnegación, altruismo, y que lo mejor de la juventud, los niños, las mujeres, los adultos, los viejos, se sienten conmovidos, arrastrados, arrebatados por sentimientos en que lo ideal, lo generoso y lo heroico se conjugan porque la situación no da cabida a las medias tintas.

En seguida quedan configuradas las posiciones de ambos bandos, y ya en los primerísimos días desde esos dos bandos se solicita ayuda al extranjero, porque advierten que un equilibrio de fuerzas, o debilidades, conduce a la guerra, aunque todavía nadie supone que será larga, entendiendo por larga la duración que iba a tener, porque larga significaba en aquellos momentos cuatro o cinco meses en los ánimos más pesimistas. Los sublevados —nacionalistas, o nacionales— aglutinan fuerzas y propósitos muy diversos pero dentro de su campo las tensiones son menores y se manifiestan menos enconadas; el ejército mantiene la disciplina y de sus jefes parten las órdenes que todos acatarán. Patriotismo (entendido a su manera), religión, orden y respeto a la propiedad y a los privilegios de quienes los disfrutan, salvo si son personas catalogadas como enemigas, son los pilares fundamentales sobre los que descansa un

Estado que está naciendo a la sombra de las derechas electorales cuyo programa se ha exacerbado. La Iglesia suministra argumentos teológicos e imparte bendiciones y absoluciones. Una fuerza reciente, decidida y juvenil, ha irrumpido con una pujanza que nadie podía prever; su patriotismo es exaltado, en religiosidad fervorosa pero condicionada, el orden lo hacen respetar a su manera, y su principal aportación es de carácter social: la revolución nacional-sindicalista, que nadie sabe en puridad en qué consiste porque doctrina y organización, inmaduras todavía, quedaron desvirtuada una y triturada la otra por efectos de la guerra. Los terratenientes, los grandes burgueses y financieros, una porción considerable del clero y en particular las altas jerarquías, los militares más reaccionarios, monárquicos o precavidos, ven a esta nueva fuerza con poco o moderada simpatía y con desconfianza que puede llegar a la animadversión. La aceptan en razón de su empuje y porque las ideas que preconizan confusa y poéticamente son dinámicas y prometedoras, aquello que pudiera encender algún entusiasmo o, por lo menos ser aceptado por algunos de los enemigos de ayer que representan un porcentaje de población al cual convendría absorber. Los falangistas, que crecen en número entre la juventud por incorporación de los jóvenes de la JAP y de otros sectores derechistas y aun izquierdistas o apolíticos, van al frente en unidades propias —centurias y banderas— y con las tropas de reemplazo; los falangistas están en la retaguardia, en el campo, en los talleres, en los transportes, van adueñándose de la propaganda y crean una mitología y simbolismos, una mística. Renuevan con sus aspiraciones y aportaciones, algo vagas en su formulación, las bases sobre las que está cimentándose un Estado embrionario. Constituyen el contrapeso ideológico, alocado y discursivo, de un revolucionarismo no peligroso, de valores sólidos y estables en el sentir de la derecha conservadora. Otra fuerza dinámica y juvenil son los requetés, que movilizan millares de combatientes y que no están tan distanciados como parece de los falangistas, con quienes se hallan hermanados en afanes comunes, en la lucha y en la muerte. Grandes propietarios rurales y urbanos, industriales y comerciantes, profesionales calificados, acabarán en crecida proporción vistiendo la camisa azul; curas pocos, porque usaban sotana, pero sí bastantes militares (una minoría por

convicción) porque saben que quienes mandan son ellos. Unos y otros están convencidos de que una vez terminada la guerra las cosas volverán al punto que consideran de óptimo equilibrio. Algunos cambios habrá que aceptarlos, se cederá tras regateo en ciertos extremos, pero España —se dicen— es depositaría de unos valores tradicionales e inalterables y conocen cuál es el peso social y el nombre de esos «valores» que defenderán desde las posiciones ventajosas en las cuales se están instalando. La Iglesia es mimada por todos, pues la Iglesia aglutina, junto al ejército, los principios elementales que constituyen el credo de las derechas. Las pequeñas crisis, las tensiones internas, que no dejarán de producirse, pertenecen a la anécdota.

Italia, Alemania y Portugal apoyan incondicionalmente a los nacionales, aunque no sin reservas y reticencias por parte de Alemania y aun de desconfianzas, pues los dirigentes del III Reich no acaban de comprender bien lo que ocurre en España, y ciertamente sus embajadores, poco sutiles, parecen desconocer que los nacionales hacen *su* guerra. Algo semejante les ocurre a los fascistas italianos; su ministro de Asuntos Exteriores lo demuestra en su célebre *Diario.* Pero la ayuda de ambos gobiernos es importantísima, eficaz, y hasta generosa por imperativo de las circunstancias. Más amplia y espectacular es la italiana, con sus tropas, sus himnos, sus plumeros, sus letreros de «W il Duce», la colaboración naval y algunas exageraciones de su prensa.[2] En resumen, en la España que unos llaman rebelde o facciosa —y luego «invadida»— y otros nacionalista o nacional, que se afirma y configura con celeridad, apenas existen contradicciones internas y las que se dan se remiten al futuro, a «cuando la guerra termine», y gentes de orden, monárquicos de dos o tres dinastías, demócratas y catalanistas *sui generis,* falangistas de cepa sindicalista, banqueros, industriales, propietarios, grandes y pequeños burgueses, campesinos y hasta obreros, se esfuerzan en lograr una mayor preponderancia y se resignan a soportar sacrificios físicos, materiales o políticos con el único fin de ganar la guerra. El ejército y la Iglesia, hasta cierto punto vinculados a distintos grupos ideológicos o político-sociales, saben que ya es suya la preponderancia.

Dentro del campo o bando que llamamos republicano las cosas

han sucedido y suceden de manera distinta. A una república burguesa, gobernada por ese centro que, de no haber sido porque la historia de España conduce a una rabiosa manera de concebir la política y a ahondar en la escisión entre esas dos Españas irreconciliables podría haberse unido al otro centro que ya milita con el enemigo, sucede, de la noche a la mañana, una situación de signo revolucionario. El Estado se ha dispersado y es una entidad distinta en cada ciudad, en cada barrio, en cada centro político o sindical, en cada región, en cada pueblo, en cada unidad combatiente y en la intimidad de cada una de las personas que luchan y apoyan a ese Gobierno inexistente casi. Los efectos de esa situación revolucionaria son contradictorios. El dinamismo de los grupos revolucionarios, de unos más que de otros, es superior en cualidades de improvisación y de eficacia a lo previsible. Han reconstruido desde el desorden, han mantenido milagrosamente una fachada de legalidad cuya inestabilidad les perjudica pero que no ha llegado a desautorizarles, están creando el núcleo de un ejército distinto al tradicional, tarea en la cual colaboran jefes y oficiales de diferentes creencias, incluso más de uno y de dos que, sentimentalmente y por compañerismo, preferirían el triunfo del enemigo, con dirigentes políticos y sindicales entre los cuales destacan los miembros de un partido cuyos efectivos eran insignificantes pocos años atrás, minoritarios el 18 de julio y que crecen con celeridad en popularidad, eficacia y poder. La represión inconsiderada, desordenada y no siempre justificada ni siquiera desde el punto de vista bélico, va siendo sustituida por otro orden de persecución, menor y mejor dirigida, que se orienta con preferencia hacia quienes pueden ser peligrosos por actuantes u organizados, más que a personas antipáticas u odiosas en razón de sus creencias, títulos, hábitos o el uniforme que vistieron. Pero ese impulso popular y revolucionario, que por el apresuramiento y la improvisación a que la urgencia de las situaciones obliga, y porque se ejerce por presión de criterios diversos, cuando no divergentes, ha ido consiguiendo meritorios logros en aspectos en los cuales durante siglos enteros apenas se había avanzado, ese entusiasmo revolucionario capaz de crear, es al mismo tiempo elemento disgregador, resta que no suma del esfuerzo común tanto en la guerra como en las tareas de gobierno. La organización estatal, que

la sublevación hizo tambalear, quedó triturada en los primeros días de exaltación revolucionaria. Rehacerla, reconstruirla sin directrices unitarias y acatadas por todos resulta imposible. A la España republicana le falta un caudillo, le faltará siempre; ni surgirá ni en caso de que hubiese aparecido (Negrín es solo una aproximación) nadie se habría sometido a su autoridad, ni tampoco ese jefe natural, caudillo con minúscula, hubiese conseguido reunir y aglutinar la fuerza necesaria para imponerse. Libertad y revolución —o más tímidamente, democracia— eran objetivos comunes a quienes integraban el bando gubernamental; la libertad andaba algo malparada, pero no había sido barrida como sucedía en el campo enemigo, y eso resultaba a la larga y a la corta motivo de desunión, vehículo para atizar las desuniones ya existentes, y en cuanto a la revolución, a quienes se mostraban partidarios de darle prioridad a expensas de disminuir el esfuerzo bélico, se oponían quienes por el momento se sentían satisfechos con los cambios impuestos durante los primeros meses y trataban de reglamentarla y aplazarla, frenarla en suma, con miras a imponer en el momento oportuno «su revolución», no la de los demás.

La guerra seguía inexorable y los nacionales iban cumpliendo sus objetivos. Las milicias populares de sindicales o partidos, defectuosamente armadas y no siempre por carencia de armas como se pretende y sí por acaparamiento y pésima distribución de las existentes, mal dirigidas e indisciplinadas y actuando sin apenas conexión entre los distintos frentes, iban siendo derrotadas por tropas mejor organizadas que se habían adiestrado en la acción colonial y peleaban de manera que en aquellos momentos, como no se demostró lo contrario, conviene reconocer que era idónea.

Madrid se salva de los insistentes ataques a que fue sometido; se produce un cierto grado de confianza en el mando y el entusiasmo propicia la unión. Llegan sustanciosas ayudas en aviones, tanques y armamento de todas clases de la URSS, las tropas internacionales, que cortas en cuanto a número de combatientes pelean en todos los frentes y así se multiplican, y un Estado Mayor —o unos Estados Mayores— improvisados pero competentes, asesorados por militares soviéticos a todos los escalones,[3] producen resultados favorables

que tienden a restablecer el equilibrio. Se suceden ofensivas y contraofensivas pero a pesar de que los progresos son notorios la deseable e indispensable unión no se consigue. En la batalla de Guadalajara vuelve a salvarse Madrid y se logra un excelente impacto propagandístico y elevar la confianza de los mandos, de los soldados, de los dirigentes, de la población civil partidaria. La campaña del Norte —Bilbao, Santander y Asturias, sucesivamente— en la cual se han decidido varias guerras de taifas, es un tremendo golpe que la república se ve obligada a encajar. Se pierden minas, industrias, puertos, la totalidad del material de guerra, y un material humano que, en su mayoría, será utilizado por el enemigo; y bien utilizado. Lo mismo que con los productos mineros e industriales ocurre con los recursos agrícolas y ganaderos; la república los ha defendido mal, y al decir la república no se personaliza en el Gobierno de Madrid —que reside en Valencia— sino en el de Euzkadi y en los distintos organismos autónomos que regían en la Montaña y en Asturias, y en los dirigentes políticos y sindicales. Todos contribuyeron a hacer posible una derrota demasiado rápida que, hasta cierto punto, se justificaría por la superioridad del material enemigo,[4] pero sobre todo por la desunión entre los mandos, por la defectuosa utilización de los recursos propios que nadie estaba dispuesto a ceder a los demás, y porque cada cual hacía su propia guerra que todos ellos iban a perder. La cancelación del frente del Norte y la incorporación a los nacionales de las costas, industrias, territorio y potencial humano, que para los republicanos supone su pérdida (además de un ejército con su material y armamento), podría considerarse como gozne sobre el cual gira el equilibrio; la victoria franquista resulta desde entonces probable, o previsible en mayor grado.

Si la caótica situación inicial del bando republicano se ha atenuado de manera notable, Francia y aún más Gran Bretaña, o sus respectivos gobiernos, permanecen suspicaces y expectantes. No simpatizan con los rebeldes, con los llamados nacionales; no simpatizan con el militarismo, el clericalismo, el nacionalismo exacerbado, la enemiga que propugnan contra las democracias que es, precisamente, la forma de gobierno en ambos países. Pero, a causa de intereses económicos y de previsora prudencia, a causa del recelo con que observan la creciente influencia de la URSS en zona

gubernamental, mantienen relaciones oficiosas con Burgos. A las potencias democráticas no les interesa el triunfo de Franco —Franco es quien representa y personaliza esa media España—, pero menos aún el triunfo de los anarquistas, cuyo declive comienza, ni el de los comunistas, ni siquiera el de los socialistas revolucionarios; en cuanto a reformistas y demócratas, no se les escapa que su poder es mas nominal que real. Lo que las democracias desearían es un arreglo entre los contendientes del cual saliera una nación debilitada, que por inestable necesitara su protección, y que escapara, en razón de una paz negociada, de la influencia nazi-fascista y de la soviética. Para conseguirlo pugnan y maniobran. No lo conseguirán; es imposible. «Las democracias» es principalmente Inglaterra; Francia, debilitada y vacilante, ha pasado en la práctica a ocupar un lugar secundario.

El apoyo que a los republicanos les *llega* (y subrayamos la palabra) de la URSS es inferior y peor organizado que el que los contrarios reciben de Italia y Alemania y, por si fuera poco, la URSS lo cobra en buena moneda, las reservas de oro casi íntegras del Gobierno español: un alto precio. Rusia está lejos y el material expedido por vía marítima no siempre alcanza su destino, pues Italia guarda, con mayor o menor disimulo, los estrechos —y con mayor o menor efectividad— y la escuadra nacional, que ha incrementado sus efectivos, se mantiene vigilante.[5] El material soviético es bueno, y en determinados tipos de aviones y en los carros de combate supera al italiano y alemán; pero llega con irregularidad también por tierra, pues Francia, que permite «contrabando», experimenta vaivenes políticos relacionados con la situación interna e internacional y con el compromiso de la No Intervención.[6]

Cuando los republicanos atacan y conquistan Teruel —única capital de provincia que toman a lo largo de la guerra, pues lo de Albacete ocurrió en su planteamiento—, se restablece en lo militar un cierto equilibrio ya que, por añadidura, consiguen desbaratar una nueva ofensiva que los nacionales se proponían emprender contra Madrid, siempre Madrid. Esto sucede en el tránsito del año 1937 al 1938. En lo político, el Gobierno de Negrín, secundado por el ya poderosísimo Partido Comunista, también ha conseguido cierta estabilización, más aparente que profunda, aunque real y

operante.

La batalla de Teruel, que se ha saldado con ventaja republicana, provoca una durísima réplica. Juegan en la guerra de España factores muy peculiares y heterodoxos; es una guerra entre hermanos y al prestigio bien o mal entendido, al amor propio, suele atribuírsele papel preponderante. Los nacionales replican en Teruel y la batalla o sucesión de batallas va corriéndose y ampliando su escenario. Hay un momento en que parecería que la guerra toca a su fin. El frente de Aragón se ha derrumbado y fracasan todos los esfuerzos republicanos destinados a restablecerlo. La ofensiva nacional se convierte en galopada que les lleva hasta Cataluña: se conquista Lérida, se desciende por el Ebro abajo, se machacan las unidades internacionales, se desbaratan las mejores fuerzas de maniobra, se consigue importante botín en armas y pertrechos, se hacen numerosos prisioneros. Barcelona, donde el Gobierno se ha establecido, es fuertemente bombardeada; pánico y desconcierto llegan a la capital accidental de la república. De pronto, la ofensiva, que parece imparable, se detiene por voluntad del alto mando nacional y cambia de escenario para proseguir con lentitud y dificultades. Nadie, ni siquiera hoy, conoce con plena certeza los motivos de ese cambio, impuesto al parecer por una persona: Franco. Hay quien supone que el gobierno francés amenazó con entrar tropas en Cataluña antes que consentir que los nacionales, con alemanes e italianos, se establecieran en su frontera. Hay quien cree que se trató de una medida previsora —y genial— ante el peligro que suponía el avance de las vanguardias, que hendiendo el territorio enemigo, se distanciaban de sus bases de aprovisionamiento, pues la motorización en aquella época era relativa, los medios de que disponían ambos ejércitos limitados, y no resultaba imposible que los republicanos reaccionaran y que, al hacerse fuertes en una línea, convirtieran en derrota el victorioso avance. Es cierto también que la situación internacional estaba muy tensa. Por el momento, los motivos para adoptar aquella medida, que parece dio origen a discusiones, no quedan aclarados de manera fehaciente. Cuando Franco mantiene reserva sobre un punto cualquiera, los que fueron sus más próximos colaboradores hacen lo mismo. Pero en este caso, de fuentes extranjeras tampoco han llegado explicaciones documentadas.

Tras la espectacular batalla de Aragón, la del Maestrazgo culmina en Vinaroz y en el subsiguiente ataque sobre Castellón de la Plana. Los nacionales se asoman al mar Mediterráneo; han cortado en dos el territorio republicano. Otro hito decisivo; también en este momento, 15 de abril de 1938, comienza el final de la guerra.

Pero ¿puede hablarse de derrota cuando Negrín ha ido imprimiendo un favorable viraje a la política gubernamental, ha proclamado y difundido sus trece puntos, y las fuerzas republicanas, que quedan teóricamente copadas en la región del Centro, son capaces de frenar una briosa ofensiva que se desencadena desde las nuevas posiciones nacionales en dirección a Valencia? Porque, contra lo que unos deseaban y los otros temían, que se operara sobre Barcelona y la frontera francesa, operación que estaban convencidos de que, si se desarrollaba con éxito, representaba el final de la guerra (como meses después quedó demostrado), Franco desvía al sur la punta de su lanza. No solo el ejército republicano va deteniendo la ofensiva nacional y fijando el frente; en la retaguardia se están operando reacciones favorables. De nuevo se abren las espitas internacionales y llega armamento. Los trece puntos de Negrín son un eslogan propagandístico que hay que calificar de acertado. ¿Qué quieren decir, en definitiva? ¿Que si triunfa será benévolo con los vencidos? ¿Que si desde fuera se impone una paz, esos puntos servirán de base para una reconciliación nacional? ¿O que cualquier acuerdo directo entre ambos bandos tendrá como base de partida esos puntos? Desde el Gobierno y por otros conductos se han ido haciendo tímidos tanteos para conseguir un acuerdo negociado, sin resultados positivos. ¿Puede suponer Negrín que los nacionales, que consideran que están ganando la guerra y que evidentemente disfrutan de una posición ventajosísima, aceptarán someter a plebiscito lo que decidieron imponer por la fuerza de las armas? Negrín sabe muy bien que eso no sucederá. A través de los textos de los distintos personajes republicanos que han escrito sobre operaciones militares, política, o sus memorias, se asoma una confianza, que hoy parece exagerada —y ayer también a los más clarividentes—, de que se produjeran sublevaciones o movimientos de opinión resolutivos en la retaguardia nacional; pero sería exagerado suponer que esa vaga y mal fundamentada

confianza pudiera llegar a ofuscarles. Otro acierto de la política negrinista y de su propaganda consiste en desterrar o arrinconar algunos tópicos revolucionarios —de hecho está produciéndose una ponderada contrarrevolución— y cargar el acento en la unión de todos los españoles «de un lado y otro de las trincheras» contra «la invasión extranjera». La propaganda de Negrín da como hecho cierto que, si alemanes e italianos abandonan el suelo español se producirá un nuevo abrazo de Vergara, en el cual se reserva el papel de Espartero, pues queda implícito que Franco y sus directos colaboradores no tendrán plaza en el nuevo Estado y él sí. Esa propaganda —o programa— peca de exceso de ambigüedad y nunca conoceremos sus intenciones; lo que parece más cierto es que los trece puntos fuesen meros balones de ensayo y fórmula no comprometida de propaganda de altos vuelos.

Que esa propaganda despierta ecos es evidente, y como era lógico suponer, su mayor resonancia la alcanzó entre quienes ya desde las elecciones se agrupaban en lo que se convertiría en uno de los dos bandos en lucha. Resulta aceptable creer que desplace también un corto número de aquellas opiniones fluctuantes que se dejan influir, y aun convencer, con relativa facilidad. También son los trece puntos ilusión subjetiva; Negrín se ve gobernando un Estado fuerte, con un ejército poderoso y experimentado, respaldado por un pueblo con ganas de vivir tras la pesadilla de la guerra, de cuyo final feliz él ha sido artífice al eliminar a los italianos y a los de la Legión Cóndor, que servirán de chivos expiatorios, repatriando al Rif natal a los moros y… a Rusia a los rusos; y, como consecuencia inmediata, debilitada la todopoderosa influencia del Partido Comunista, que le resultará factible reducir a un partido más dentro del juego democrático. A los libertarios, posiblemente consideraba como cuestión de orden público someterlos a la obediencia y a una disciplinada acción sindical. Resulta más complicado conjeturar qué haría con los falangistas, tradicionalistas, monárquicos y demás, tras ese supuesto e inconcreto abrazo de Vergara. Tampoco de Negrín conocemos testimonio escrito que pudiera ilustrarnos. Personaje controvertido y contradictorio, denostado hasta la exageración por los enemigos de ambos lados de la trinchera y ensalzado por sus amigos, ¿quién era en realidad don Juan Negrín[7]? y ¿qué pensaba, qué deseaba,

en qué creía y esperaba?

La salud de la república, tras ese otro «principio del fin» que representa en hundimiento del frente de Aragón y la llegada al mar de los nacionales, se demostrará por un golpe —o contragolpe— increíble y, como queda dicho, bastante inexplicable: el paso del Ebro. Y antes, la organización del Ejército del Ebro, cuyos mandos superiores no son siquiera militares profesionales sino procedentes de milicias: Modesto, Líster, Tagüeña y, en reserva, Etelvino Vega. Detrás está, naturalmente, Vicente Rojo y su Estado Mayor, y cada unidad, empezando por los tres Cuerpos de Ejército, tiene sus respectivos Estados Mayores, al frente de los cuales suele haber un militar competente. La época de los consejeros soviéticos está comenzando a periclitar, pero los consejeros permanecen y actúan. La república ha logrado poner en pie un ejército poderoso, calificado, y que se mostrará eficaz y combativo. Quizá la cobertura de aviación y la artillería no sean suficientes, quizás algunos mandos superiores e intermedios carezcan de la necesaria preparación profesional y la política asuma un papel demasiado importante en la selección, pero el comisariado, desconocido y nunca experimentado en los ejércitos occidentales, cumple misiones que se revelan influyentes. La homogeneidad de este Ejército del Ebro —comunistas sus mandos, la mayoría de sus cuadros y el comisariado— resulta positiva. Dice con razón Ricardo de la Cierva que se trata de un ejército rojo; lo es.

Creen algunos que la batalla del Ebro es la encrucijada decisiva, y no faltan motivos para suponerlo así, aunque en punto a decisiones finales y resolutivas es aventurado señalar con el dedo.

A mediados de abril comienza a trabajarse en el proyecto. Desde la perspectiva del Estado Mayor republicano y del Gobierno —del jefe del Gobierno, que es quien toma las decisiones como tal, como ministro de Defensa, y como don Juan Negrín que es, contando siempre con el acuerdo del Partido Comunista y, por tanto, de la URSS, a través de sus consejeros— la operación es comprensible y acertada. Hay que levantar la moral del combatiente y de la retaguardia apuntándose un éxito militar, que la propaganda se cuidará de sobrevalorar; se impone recuperar crédito de aquel que está perdiéndose entre quienes en el extranjero defienden con entusiasmo y tesón a la república, entre quienes aún creen en la

posibilidad de un triunfo, y, al mismo tiempo, influir sobre el ánimo de los vacilantes y candidatos a tránsfugas, sobre aquellos otros políticos y gobernantes que ignoran lo que quieren pero conocen lo que temen, hay que estimular dentro y fuera de las fronteras la maltrecha fama republicana, desconcertar al enemigo venciéndole, aunque la operación resultara más espectacular que efectiva, y, en último término, y si resulta factible, explorar las ventajas tácticas en las cuales se confía.

¿Está suficientemente preparado el ejército republicano, y en concreto el del Ebro, para asestar ese golpe y conseguir esos éxitos, por lo menos tácticos? A ello se aplican mandos capacitados a cuyo servicio va a ponerse el mejor armamento del cual pueda disponerse, que, como a lo largo de la batalla y del formidable desgaste que origina se demostrará, va a resultar insuficiente, y que el Gobierno, aquejado por la circunstancia desfavorable de la división de su territorio en dos zonas, no será capaz de superar. Están pagándose pasados errores cada día más difíciles de enmendar y tampoco se vislumbra voluntad de hacerlo. ¿Se ha previsto la superioridad enemiga en cuanto a reservas, facilidades y acierto para movilizarlas? ¿Se han calculado las dificultades geográficas y políticas para poner en juego las propias?

Confían en el éxito de esta operación que comportará una cadena de éxitos, y se le brinda al Partido Comunista por varias razones: primera, porque es el preferido de la URSS, su representante e instrumento, después porque los cuadros del Ejército del Ebro y una mayoría de sus veteranos, entre los que se incluye una crecida proporción de los internacionales que se salvaron de la rota de Aragón, son los más disciplinados, enérgicos y mejor entrenados. Si se consigue hundir el frente nacional y avanzar en dos direcciones, hacia el mar y hacia Zaragoza, se creará al enemigo una situación difícil. En la guerra todo es posible, posible pero no probable, menos, mucho menos que probable, y eso no se le escapa ni al general Rojo ni al presidente del Gobierno; tampoco, es de suponer, a los consejeros soviéticos, ni siquiera a los jefes de las grandes unidades que se preparan y se disponen a cumplir con los primeros objetivos que se les han señalado, difíciles y espectaculares pero no resolutivos. Estos objetivos pueden resumirse en los siguientes: recobrar una iniciativa que evidencie

impulso ofensivo, crear una amenaza al enemigo y conseguir un éxito propagandístico que proporcione una base política, y detener la operación de ataque contra Valencia, que es el más ambicioso de los tres. La situación internacional en plena crisis marca el momento óptimo; conservar la iniciativa y mantener el equilibrio bélico durante algún tiempo puede resultar decisivo.

Las causas por las cuales los nacionales fueron sorprendidos por una operación de tamaña envergadura, ya queda dicho que con los datos de que se dispone no acertamos a comprenderlas. Y de que existió sorpresa no ha quedado duda, pues los hechos la demuestran. Algunos panegiristas nacionales han aventurado la hipótesis de que se trataba de una finta, trampa genial y maquiavélica destinada a atrapar y destruir a lo mejor del ejército republicano. Esta afirmación tiene en contra demasiadas evidencias; aparte de la ya enunciada, de que en tal caso no se hubiesen cedido al enemigo las posiciones dominantes del campo de batalla, ni la de que a sabiendas ningún jefe somete a su ejército a tan tremenda sangría como sufrió el nacional, hay que considerar que, si a lo largo de la batalla o inmediatamente después, las circunstancias internacionales y otras concomitantes hubiesen resultado favorables a una entrada masiva de material de guerra, o pudo cambiar la suerte de la batalla o hacerse todavía más mortífera. En el mejor de los casos, la ofensiva de Cataluña se hubiese iniciado teniéndose que enfrentar nuevamente con un ejército republicano poderosísimo y con más elevada moral a todos sus niveles. La Conferencia de Múnich, cuya convocatoria y resultados eran imprevisibles en el mes de julio, no se desarrolló hasta el 29 de septiembre.

Lo históricamente válido es que la batalla del Ebro tuvo el desenlace que tuvo y que, como consecuencia, el poder del ejército republicano en Cataluña quedó muy quebrantado y que su moral, a pesar de los esfuerzos de una propaganda acertadamente dirigida, descendió mucho. Se ganó tiempo, posiblemente, más de aquel en que el Gobierno confiaba, pero Múnich fue una baza —¡y qué baza! — perdida, sin que a los republicanos se les diera siquiera opción a jugarla, y la situación quedó muy deteriorada. Comenzaba, ahora sí, salvo que algún remedio providencial llegara de fuera —y la llegada parecía improbable— el final de la guerra.

Pocos días después de terminada la batalla del Ebro, el jefe del

Estado Mayor republicano eleva un informe al ministro de Defensa. Parece enterado, con las naturales equivocaciones, de detalles relativos a la ofensiva sobre Cataluña que ya está disponiéndose por parte de los nacionales. Pero no por los resultados que esta ofensiva supone iba a tener, que eso pertenecía al futuro, sino por los efectivos de que disponía en Cataluña el ejército republicano y por las pérdidas sufridas, agravadas por la retirada de los internacionales, el informe peca de optimista, incluso dentro de la óptica del momento, cuando declara que «podrá resistir la acometida». ¿Confía en las armas de todo tipo que llegarían con retraso, cuando el ejército estaba desbaratado, el espacio de maniobra se había reducido demasiado y la maquinaria estatal se hallaba en quiebra? O ¿se equivocaba con respecto a factores psicológicos y políticos en relación a su propio bando y al enemigo?

El algunos libros prorepublicanos suele acusarse a Franco de que inició la ofensiva sobre Cataluña el día 23 de diciembre, sin respetar —alegan ellos— la tregua de Navidad que había sugerido el Papa. Parece un tanto ridículo, partiendo esas alegaciones de un bando cuyo respeto en materia religiosa no le caracterizó. Es una de esas observaciones pintorescas que van copiándose unos a otros. Existe un punto sobre el cual Franco podía disponer de información, y si no la tenía acertó también al no admitir la tregua y lanzarse a una ofensiva que venía retrasándose a causa del mal tiempo. Según declara Vicente Rojo, a finales de diciembre llegaron a Cataluña las primeras entregas de material soviético. Después vuelve a aludir a entregas apresuradas e incompletas que iban haciéndose a las unidades combatientes en distintos momentos de la ofensiva y, como se sabe, grandes cantidades de material fueron recuperados en puertos y estaciones ferroviarias sin que quedara tiempo ni ocasión no ya de utilizarlo sino de desembarcarlo y distribuirlo. Por otras fuentes conocemos la llegada a los aeródromos de Cassá de la Selva, Celrá y Vilajuiga de treinta o cuarenta «Super-Chatos» (CC I-15B), aviones biplanos, monoplaza, con cuatro ametralladoras y capaces de hacer 420 kilómetros por hora. Debieron llegar hacia mediados de enero. Respetar las festividades navideñas y aceptar una tregua hubiese sido un tremendo error: no puede reprochársele a Franco que no lo hiciera, militarmente hablando. Podría, en todo caso, por parte de los republicanos, lamentarse de que su probada

devoción y los deseos de complacer al Romano Pontífice, hubiesen resultado insuficientes para inclinar la voluntad del Caudillo de la Cruzada.

Leyendo al general Rojo, a Modesto, a Líster y a Tagüeña, sin olvidar al clásico Zugazagoitia, utilizando también el testimonio de aviadores y otros libros a manera de complemento según las disponibilidades bibliográficas del lector, tomando del otro lado las historias de Aznar, Lojendio, Díaz de Villegas y las más modernas y mucho mejor documentadas —La Cierva, Jesús y Ramón Salas, Martínez Bande…—, podemos formarnos una idea bastante clara de cómo se desarrollaron las operaciones, y de cómo, a partir de los encuentros iniciales en los cuales chaqueteó una brigada de carabineros, el final era inexorable y previsible.

II

Desde antes de comenzar la batalla ambos ejércitos estaban desplegados desde la frontera francesa al mar. Sus efectivos en cuanto a hombres eran bastante semejantes y se hallaban más o menos equilibrados en cuanto a distribución. Respecto a armamento, la superioridad nacional era evidente y más acentuada por lo que a aviones puestos en acción se refiere. Las cifras que suelen dar muchos de quienes han escrito sobre esta batalla, en general contradictorias y confusas, suelen ser inexactas; pueden considerarse como justificativas de la derrota que sufrieron.[1] Se trata de una excusa fácil y pueril pero que se vuelve cual bumerán una vez compulsados o averiguados datos más rigurosos. Después de escrito el borrador o primera versión de esta obra, Ramón Salas ha publicado su *Historia del Ejército Popular de la república,* formidable acopio de datos sacados de los archivos a los cuales tuvo acceso durante años, y ocasión de desarrollar una meritoria faena de recopilación y síntesis. Según la documentación examinada por él, de la cual da amplia noticia, las fuerzas de infantería estarían equilibradas en cuanto a número y la superioridad del ejército nacional se manifestaría en cuanto a piezas de artillería, carros de combate, y más en aviación. En el arma aérea es donde la diferencia resultaría más acentuada; establece la proporción de cinco a tres facilitando datos precisos. Estas proporciones se refieren al momento en que la ofensiva va a iniciarse, pues una vez puesta en marcha, los efectos de los reveses sufridos por los republicanos no podrán compensarse con la entrada en combate de nuevas tropas y armamento. Los republicanos tendrían a su favor el hecho de batirse a la defensiva y disponer de una serie de líneas fortificadas que se escalonaban en profundidad; asimismo, lo abrupto del terreno en

muchos escenarios, de manera principal en aquellos en que iban a desarrollarse las operaciones contra el Ejército del Este, es decir, la mitad norte del dispositivo.

Sin restarles autoridad a los papeles ni negarles fuerza probatoria, siempre he creído que la última verdad no reside exclusivamente en los documentos que pueden inducir a sacar consecuencias no tan exactas como se supone. ¿Funcionaban todas las piezas de artillería, todos los ingenios blindados, y en particular los aviones? ¿Pueden los documentos enmascarar defectos de organización, anormalidades en los talleres, transportes, parques de municionamiento, incompetencia de algunos mandos? ¿Se disponía de adecuados medios de transporte, de carburantes para utilizarlos con eficacia de acuerdo con las necesidades, de munición apropiada y suficiente? Son preguntas que cabe plantearse porque determinadas respuestas incidirían sobre el valor probatorio de los números, y eso sin olvidar que los defectos de organización son achacables al ejército que los padece y deben ser colocados en el mismo plano que la falta de capacidad combativa de las unidades o la ineptitud de jefes y oficiales entre los que las mandan.[2]

Veamos cómo se planteó la batalla y cómo esta iba a quedar decidida desde los primeros días. Lluvias y nieves, temporales que anticiparon el invierno, retrasaron la ofensiva nacional. La tregua de Navidad, que hubiera dado ocasión a ganar tiempo y a que entraran grandes cantidades de armamento que estaba en Francia, no tuvo lugar. En la madrugada del 23 de diciembre los nacionales iniciaron la ofensiva. En la parte norte, en el sector de Tremp, la 26 División, de origen y componente básico confederal, que mandaba Ricardo Sanz, aguantó el envite aprovechando lo montañoso del terreno. Pero la principal línea de ataque partía de la cabeza de puente de Seros y estaba encomendada al Cuerpo de Tropas Voluntarias (italianos e ítalo-españoles) y al Cuerpo de Ejército de Navarra. A las primeras de cambio saltó el dispositivo republicano por culpa de una brigada de carabineros y otra de infantería de marina que arrastraron a la 16 División que les cubría la retaguardia y que, contagiada del pánico de aquellas, también se dispersó perdiendo muchos hombres y material. Una amplia brecha quedó abierta y por ella penetraron las vanguardias nacionales. Este fracaso inicial, que tardó en conocerse algunas horas en sus

desastrosas y verdaderas consecuencias, obligó a los Cuerpos de Ejército XV y V, mandados respectivamente por Tagüeña y Líster, que se mantenían en reserva, destinados a atacar por el sur y norte de la cuña nacional que se esperaba iba a producirse, aunque no de manera tan inmediata, a emplearse con precipitación y en malas condiciones. En lugar de emprender con ellos la prevista contraofensiva sobre fuerzas desgastadas por la acción inicial, a las cuales se intentaría arrollar o copar, tuvo que afrontarse con premura la marcha de aproximación para taponar la brecha e impedir que fuera desbordado el resto del frente. Durante el día 24 de diciembre el Ejército del Ebro se movió hacia el campo de batalla, con lo cual al segundo día quedaron embebidas las principales reservas, batiéndose a la defensiva. La fama del Ejército de] Ebro, alentada por la propaganda, era en aquellos momentos desproporcionada con su auténtica potencia y capacidad combativa. Rojo, que en ocasiones se deshace en alabanzas dirigidas a los combatientes, el pueblo en armas, ¿llegó a advertir que la capacidad combativa de los soldados que venían incorporándose a las unidades veteranas sería muy escasa tan pronto entraran en fuego? Sospecho que no, y que anduvo más atento a los efectos que acertado en comprender las causas. Así, escribe: «Tenemos en las razones que justifican nuestra guerra, tal abundancia de asuntos y argumentos y de tan sólidos cimientos que parece inexplicable como nuestro Ejército puede sufrir quiebras en su fortaleza moral. Sin embargo, que existen estas no ofrece lugar a dudas». Los jefes de grandes unidades confiaron demasiado en los antiguos cuadros que entonces estaban ya en inferioridad numérica y no conjeturaron que a la hora de combatir se ejerce una especie de plebiscito tácito. Las características de la lucha en el Ebro favorecían el mantenimiento de la disciplina por métodos enérgicos y en campo abierto se hacía más difícil aplicarlos. En particular, cuando algunos mandos inferiores acusaban el cansancio de la guerra y las unidades se habían completado con nuevas quintas —demasiado viejos o demasiado jóvenes— y, como hemos adelantado, con aportes de prisioneros, desertores amnistiados o elementos desposeídos de sus cómodos «enchufes» de retaguardia, inclinando en disfavor de la combatividad la proporción numérica. Los jefes del Ejército del Ebro escriben sus memorias partiendo de su personal estado de

ánimo y del de aquellos veteranos, oficiales, comisarios y soldados con quienes sostenían trato directo, pero no advirtieron lo que sucedía en las escalas inferiores, en los batallones, en las compañías, a los hombres a quienes se exigía que, fusil en mano y en primera instancia, dieran cara al enemigo. Era Tagüeña quien mejor había percibido la inconsistencia de una considerable masa de sus soldados, si bien a la hora del combate poco podía hacer por mejorarla. Circunstancias de orden político volvían a ejercer considerable influencia en los resultados de las operaciones y se iban acumulando las consecuencias negativas de antiguos errores, defectos de planteamiento y la equivocación, común a ambos bandos, de suponer que contaban con la totalidad de los españoles descontado un corto número de espúreos, traidores, cobardes y mercenarios. Solo que el error perjudicaba más a quien iba perdiendo, que el perder disgrega mientras que el ganar aglutina.

Tras unos días de violentos enfrentamientos ambos cuerpos de ejército quedaron triturados y si pelearon hasta el último día lo hicieron en retirada, sin conseguir rehacerse, con un corto número de hombres que trataban de evitar lo inevitable sin conseguirlo. A las unidades tremendamente castigadas desde los primeros choques no se consiguió rehacerlas, solo aplicarles algún parche. Los nacionales, con moral de victoria, avanzaron hasta ocupar los nudos de comunicaciones principales —Granadella y Borjas Blancas, luego Montblanc— y ya no se detuvieron.

En *Tres días de julio* sostenía con convicción que no me ha abandonado, que el estallido de la guerra española fue cuestión de orden interno, el rompimiento de un equilibrio precario de fuerzas contrapuestas y fatal consecuencia de tensiones históricas nunca resueltas sino agravadas por el ingreso, lento y refrenado, de la nación en el concierto de los países civilizados tal como iba configurándose desde el último tercio del siglo XIX, y de manera principal tras la llamada guerra europea y su inmediata posguerra. Principales culpables de la lentitud en el proceso evolutivo, que provocaba enfrentamientos y conflictos, eran las derechas orientadas y dirigidas por pensadores reaccionarios, una mayoría dentro de la Iglesia, aristócratas, terratenientes, financieros,

industriales y comerciantes, en cuya intransigencia se entreveraban idealismos con intereses materiales, en los casos más excusables sin advertirlo siquiera, es decir, sin malicia, lo cual podía hacerles más intransigentes, egoístas y agresivos por creerse a la justa defensiva. Todo esto no significa que la explosión fuese inevitable sino que lo fue solo en la medida en que se produjo.

A pesar de la confusión de los primeros días, se advirtió en ambos bandos que el golpe militar fracasaba a medias, y que resultaría indispensable para sofocarlo por parte del Gobierno y de las fuerzas políticas y sindicales que lo apoyaban, y para hacerlo prevalecer y dominar la totalidad del país por parte de los militares alzados y de las fuerzas económico-sociales y religiosas que les impulsaban, sostener una campaña cuya duración era imprevisible pero que ambas partes supusieron mucho más corta de lo que después sería. Las decisiones fueron rápidas y tanto los militares sublevados como el Gobierno recurrieron de inmediato a aquellos gobiernos extranjeros que, por diferentes causas, supusieron que estarían predispuestos a facilitarles armamento. De no recibir auxilio de fuera, pasado un corto tiempo, las batallas hubieran tenido que sustanciarse a bayonetazos y culatazos. Quien antes consiguiera, pues, el material necesario podía decidir la contienda a su favor en plazo breve.

Así comenzó la internacionalización del conflicto. Tras unos días de vacilaciones por parte de unos y otros gobiernos, que prestaron apoyos mínimos y en ocasiones en virtud de decisiones e iniciativas casi personales (apoyos que tuvieron considerable influencia, sin embargo), la internacionalización fue creciendo y complicando a las potencias en un juego sutil o burdo, engañoso, difícil, amasado de agresividad, fintas, estiras y aflojas y trampas diplomáticas que tendían, en vaivenes sucesivos, más que a solucionar el conflicto y evitar matanzas y destrucciones, a escapar cada cual de verse peligrosamente implicado, o a sacar de la lucha entablada el máximo provecho por los más diversos medios, desde las ventajas económicas a las estratégicas, desde el entrenamiento de cuadros de mando, aviadores y especialistas, al ensayo práctico de nuevos modelos de armas o sistemas, e información sobre el resultado de los ensayos de quienes en un futuro próximo podían convertirse en enemigos activos, desde influir sobre la política interna de los

bandos en lucha, hasta aprovechar las circunstancias para situarse ventajosamente en vistas al porvenir o utilizar la baza española en el tablero diplomático.

El desarrollo de la guerra hay, pues, que contemplarlo también con óptica internacional sin dejarse ganar por espejismos exagerados; la guerra se decidía en los campos de batalla y en las retaguardias respectivas.

Al pacto de Múnich puede considerársele gozne, al girar sobre el cual las tensiones internacionales hacen crisis y se produce en la dinámica de las relaciones entre potencias una corta etapa de relajación que afecta más a la superficie que al fondo. No puede estudiarse la política internacional de esa época si no es haciéndolo con amplitud e información suficientes, pues ningún tipo de alianza resulta estable, y en el ánimo de los gobernantes —los agresivos y los defensivos— están continuamente configurándose proyectos y planes contradictorios, soluciones de repuesto para afrontar cualquier eventualidad, y, por si fuera poco, esa movilidad estratégica viene complicada por lo que cada cancillería supone eran intenciones por parte de aliados, semialiados o adversarios, unas veces con acierto y otras con error. Todo ello contribuye a que el panorama resulte aún más inestable, inasible y en ningún momento de fácil análisis.

Entre el 29 de septiembre de 1938, en que se firma el pacto de Múnich, y el 15 de marzo de 1939, día en que las tropas del Reich ocupan Praga, la guerra civil se ha decidido en los campos de batalla españoles y también en las cancillerías extranjeras. ¿En qué momento la URSS abandona la causa de la república? Resulta aventurado dar respuesta satisfactoria; hay quienes aseguran que no llegó a abandonarla, a pesar de que los hechos parecen desmentirlo de manera irrebatible. Podría coincidir la primera idea de abandono, esa de apoyos efectivos, con la conferencia de Múnich, a la cual la URSS no fue siquiera invitada.[3] Acostumbran los historiadores a enjuiciar el pacto de Múnich desde perspectivas alcanzadas muchos años después, y convendría considerarlo desde entonces como lo vieron los gobernantes y ciudadanos de aquella época. Stalin lo consideraría claudicación de las democracias, cobardía o necesidad de sus dirigentes de ceder ante Hitler para no enemistarse con él, y desviar así la amenaza potencial que suponía

la actitud alemana —secundada por Italia y de más lejos por el Japón— que gravitaba sobre esas democracias cuya preparación bélica era insuficiente. La política exterior de la URSS da un pequeño viraje y tiende al aislamiento. La idea de un pacto con la Alemania nazi, un pacto de no agresión que desviara los propósitos revanchistas del Reich hacia Occidente, venía configurándose por lo menos desde 1936, en que tuvo lugar algún tanteo. La posibilidad de establecer acuerdos más o menos precarios con Alemania había sido probablemente una de las alternativas larvadas en el contexto de la política exterior soviética. Múnich pudo decidir a Stalin a tratar de ponerla en práctica, para lo cual había que plantearse el abandono de la república española cuya suerte estaba ya muy comprometida.

La noticia del último envío de armas conocido nos lo proporciona Hidalgo de Cisneros, pero no precisa fechas y su libro es de clara intención propagandística apologética y, estando escrito bastantes años después y basándose en la memoria —que en reiterados casos se advierte irregular— conviene acoger los datos con extremada prudencia. La descripción de su viaje a Moscú y su entrevista con Stalin, Vorochilov y Molotov, y la cena a que le invitan con su esposa, tiene interés anecdótico-histórico, pero la cuestión fundamental, la del suministro de armas, no queda suficientemente precisada… «Unos días antes de esta gran ofensiva fascista contra Cataluña…». Después, cuenta que se cargaron siete buques en Murmansk, con gran cantidad de tanques, aviones, cañones, ametralladoras y municiones, que importaban «cien y pico de millones de dólares» y se extiende en consideraciones políticas y en insistir en que las democracias —Francia en este caso— retuvieron deliberadamente el material para que la república fuese destruida. Hemos dado antes algunas noticias y datos escritos por el general Rojo, más riguroso que Hidalgo de Cisneros en cuanto a cifras y fechas; a la vista de ellos no parece fundada, es decir, verdadera, la afirmación de que el material estuviese retenido en Francia mucho tiempo, si es que se trataba del material a que Hidalgo se refiere. Hay diversos testigos coincidentes de la llegada de material a Cataluña con retraso para su utilización eficaz; pero ese material tuvo que llegar con anterioridad a febrero. Si *pocos días* antes de Navidad salió Hidalgo de Cisneros hacia la URSS, cenó con

los dirigentes, se dio orden de entregar el material, se reunió este y se trasladó a Murmansk, lo embarcaron, se hizo el transporte por mar hasta Burdeos y de allí a la frontera catalana o a puertos del Mediterráneo francés para descargarlo en Port de la Selva o algún otro punto de la costa de Gerona, la acusación de Hidalgo de Cisneros no parece fundada y hay que reputarla de injuria sea por error de memoria o por motivaciones políticas. Supone Ramón Salas que el viaje de Hidalgo a la URSS fue durante el mes de octubre, y otro autor, Ignacio Iglesias, aduciendo pruebas cuestionables, llega a la conclusión de que ese envío de armas que cuenta Hidalgo de Cisneros pudiera ser pura fábula. ¿Las armas que llegaron a Cataluña procederían de depósitos más antiguos retenidos en Francia, a los cuales se dio vía libre por parte del gobierno Daladier en el último momento? Faltan suficientes pruebas para pronunciarse sobre este punto porque a Hidalgo de Cisneros pudo interesarle demostrar cuando escribía el libro, que en diciembre de 1938 los soviéticos no habían abandonado a la república, antes bien la ayudaban con generoso entusiasmo. Del testimonio de Hidalgo de Cisneros se han hecho eco otros autores pero tanto la fecha como las cantidades de armamento citadas, como el crédito abierto en ese último momento a la república, parecen de poca consistencia y escasamente convincentes.

Algunos políticos comunistas, después de abandonar la URSS y tomar posiciones contrarias al Partido, han escrito sobre el abandono por parte de los soviéticos de la república española, de cuyos síntomas y efectos ellos se declaran testigos directos a pesar de que su profunda fe, en aquellos momentos, no les permitía darse cuenta de lo que ocurría, o lo excusaban, si hemos de creer sus versiones. Suele tratarse de testimonios aportados en libros de memorias escritos con intención directamente política y de exculpación personal; no suelen mostrarse objetivos ni sistemáticamente rigurosos al narrar otros hechos y al interpretarlos. Según esos autores el despegue soviético fue paulatino. En el conocido libro de Jesús Hernández, la marcha apresurada del general Borov, consejero soviético, al enterarse del golpe del coronel Casado, está descrita con vigor narrativo y produce en el lector una sensación de abandono definitivo, de portazo, no solo político sino personal. La frase que pronuncia

«aquel cernícalo con entorchados», según la transcribe Jesús Hernández, resulta terminante e inapelable: «Me marcho, y ahora mismo. Mi deber está cumplido. Esto de ahora ya no es asunto nuestro, sino de los españoles». Es posible que ocurriera tal como Hernández lo cuenta, pero la escena y el diálogo tienen regustos literarios.

¿Se perdió la guerra en marzo de 1939 porque la URSS abandonó definitivamente a la república? ¿Abandonó la URSS a la república porque un cambio en el tablero internacional se lo exigía y consideraba, además, que la guerra estaba perdida desde que se hundió el frente de Cataluña, o quizá desde antes? Probablemente nunca recibiremos respuestas con suficiente autoridad y la cuestión quedará abierta al debate y la interpretación. Y aun pudiera ocurrir algo peor en un futuro impreciso: que la cuestión se zanje no por virtud de una investigación exhaustiva de la verdad sino mediante imposición de una «verdad» oficial. Y lo grave entonces sería que esa «verdad», además de impuesta, fuese creída.

Vamos a fijar un hecho, una fecha de arranque; la conquista de Barcelona por parte de los nacionales el 26 de enero de 1939. Tal día, aquellos que le preceden y los que vendrán detrás, se manifiestan neos en acontecimientos de toda índole. Es en estas fechas cuando se produce el derrumbe del estado republicano que había conseguido sobrevivir a conmociones tan violentas como la que sufrió en los días críticos de julio de 1936, en los principios de noviembre del mismo año cuando su aparato tuvo que trasladarse a Valencia a uña de caballo, y a los desgastes padecidos con cambios políticos, conmociones revolucionarias de distinto signo, los reveses militares, el desorden y ruina económica, la excesiva influencia de la URSS y los contratiempos diplomáticos.

El 23 de enero de 1939 las tropas republicanas estaban derrotadas a lo largo de toda la línea de Cataluña y se batían en retirada sin más orden que el que podían imponer, a un cada vez más escaso número de combatientes, los jefes y comisarios del Ejército del Ebro que aún permanecían al frente de sus unidades; el Ejército del Este, que mandaba el coronel Perea, se hallaba menos desgastado y la zona en que se defendía (Oeste y Norte) le resultaba más favorable, pero también había sido desbordado y dispersadas muchas de sus unidades. El acoso nacional era sistemático y

continuado y no daba lugar a reposo ni a reorganización. Avanzaban las unidades de Franco por medio de maniobras sucesivas o ataques frontales en los cuales audacia y prudencia se combinaban y dosificaban. Las enormes destrucciones de puentes, calzadas, vías férreas, alcantarillas y de cuanto resultaba indispensable para la progresión de los elementos motorizados, aprovisionamientos y aun artillería, que llevaban a cabo unidades de zapadores y otras de especialistas, y las escaramuzas defensivas de algunos grupos decididos a impedir o dificultar el avance, permitían que este no se saliera de cauces más o menos normales. La tenaza, que se inició el 23 de diciembre, va cerrándose sobre la ciudad que en aquel momento era capital de la España republicana; Manresa, Igualada y Sitges han sido conquistadas. Más al norte, unidades nacionales del Cuerpo de Ejército de Urgel, llegan al Segre en Coll de Nargó y avanzarán, aguas arriba, hasta Seo de Urgel. El general Yagüe despliega sus soldados por El Prat de Llobregat y la orilla derecha de este río, última y precaria defensa de Barcelona por el sur, mientras que tropas del XV Cuerpo republicano pasaban a la orilla izquierda en Molins de Rey.

A las diez horas del lunes 23 de enero, según cuenta Zugazagoitia, que era secretario del Ministerio de Defensa, el ministro, que era asimismo presidente del Consejo, le manda convocar a los altos funcionarios dependientes de su departamento para que los organismos burocráticos, usando de la máxima reserva que las circunstancia y el hecho en sí permitan, se dispongan a la evacuación de Barcelona. Concurrieron a la reunión el subsecretario del Ejército de Tierra, coronel Antonio Cordón, el intendente general, Trifón Gómez, el doctor Puche que era director general de Sanidad, y algún alto funcionario. Las órdenes de Negrín eran claras aunque no explícitas: que trasladaran a lugares —indeterminados— de la provincia de Gerona o sus inmediaciones todo el aparato burocrático y que dejaran dos o tres funcionarios en Barcelona para atender a los teléfonos. «… No se trata de un traslado del Gobierno sino de poner en sitio seguro todo el aparato del Gobierno». Tales fueron las palabras de Negrín.

La misma orden que a Zugazagoitia debió ser cursada a los demás Ministerios. Resultaba imposible, pues, mantener la reserva. Ocurrió que también se carecía de medios de transporte, pues quien

disponía de cualquier vehículo no estaba dispuesto a cederlo y la mayor parte de los que pertenecían al ejército se hallaba a las órdenes del Estado Mayor, situado muy a retaguardia; las unidades militares disponían asimismo de camiones y automóviles para su servicio, pero en número muy inferior a lo que las necesidades exigían.

Fue Zugazagoitia el encargado nominal de suministrar a los Ministerios y demás organismos los medios de desplazamiento. El ministro de Comunicaciones, don Bernardo Giner de los Ríos, fue el único que concretó su petición a través del subsecretario, y era de un crecido número de unidades. Zugazagoitia no disponía en verdad ni de un solo camión. Entonces se decidió que aquellos documentos que no pudieran evacuarse, que eran casi todos, fueran destruidos o entregados al fuego.

Comienza así la autodestrucción del aparato estatal y la dispersión de sus servidores. Ya no resultará factible, en plena retirada, reconstruirlo ni poco ni mucho.

Antonio Cordón nos explica lo mismo con una pequeña variación, pues en su calidad de militar dice que la orden tuvo voz preventiva y ejecutiva, situando aquella dos días antes. Ambos pueden tener razón: carece de importancia. Lo que se sabe con certeza es que aquella misma noche la totalidad de los organismos gubernamentales, de los cuales apenas quedará el esqueleto, se dispersan camino del norte. Unos lo callan y otros lo confiesan; el camino emprendido es el de la frontera francesa. Bastantes funcionarios permanecerán en Barcelona esperando a los vencedores. Una parte de la documentación, que venía dando tumbos desde Madrid, quedó destruida a lo largo de aquel día. Otra parte pasaría a mano de los nacionales, que seleccionarían los documentos; aquellos que se consideró oportuno, fueron enviados al gran archivo central de Salamanca que, cuando pueda ser mejor ordenado y consultado, proporcionará importantes noticias sobre aspectos de la guerra no bien conocidos.

Mientras el Estado republicano abandonaba Barcelona y se desintegraba, el ejército, en un alarde de optimismo, pensaba en resistir. Se afirma que así lo había dispuesto el jefe del Grupo de Ejércitos de la Región Oriental, general Hernández Saravia. En lo militar se contaba para la defensa de la ciudad con fuerzas que se

consideraban suficientes; el núcleo principal lo formaban los guardias de asalto, hombres bien armados e instruidos, y hasta alimentados, a los cuales se creía especialmente aptos para la lucha en las calles. Había cinco grupos (batallones), más dos batallones de Carabineros, otro batallón de los llamados de Retaguardia y uno más de Ametralladoras, artilleros de la Defensa de Costa y diversos blindados. Se contaba, naturalmente, con los restos de las divisiones de Tagüeña, que se replegarían hacia el interior de la ciudad, pero estas tropas estaban tan mermadas que resulta imposible una evaluación numérica aproximada.

Quienes desde el bando republicano han escrito sobre la frustrada defensa de la ciudad no andan acordes sobre quién debía ejercer el mando de la plaza y suelen barajarse tres nombres. La confusión de los momentos, las designaciones de quienes no podían llegar a posesionarse de su destino y el hecho de confiar a la memoria nombres y cargos dan lugar a equivocaciones en las que, asimismo, puede incurrir quien confíe demasiado en los papeles que quedan escritos y que en ocasiones reflejan órdenes o propósitos incumplidos que solo alcanzaron realidad burocrática.

La defensa de la plaza le fue primero confiada al coronel de artillería José Brandarís, que había sido sustituido en su anterior cargo de gobernador, o comandante militar de Menorca, por González Ubieta. Pero Brandarís no llegó a asumir su nuevo destino y parece que fue nombrado comandante militar de Olot. A los coroneles Romero y Velasco se les cita indistintamente como encargados de la defensa de la plaza; el coronel Romero era, al parecer, comandante de la plaza y Velasco su jefe de Estado Mayor. De la artillería era jefe el teniente coronel Goiri. Mientras se evacuaban los ministerios barceloneses, las consejerías de la Generalitat y los demás organismos oficiales, el general Saravia y su Estado Mayor permanecían aún en Barcelona dispuestos a defenderla. Lo cierto es que el derrumbamiento fue muy rápido e inexistente el entusiasmo y solidaridad de la población civil y más inexistente su apoyo a cualquier intento de defensa.

En esa misma fecha se proclamaba, por fin, el estado de guerra en el conjunto de la zona republicana. Solo el 12 de enero, el día en que se perdía Tarragona, se había decretado la movilización general, con llamada a las quintas de 1921, 1920 y 1919, cuyos

movilizados deberían presentarse a filas con calzado, manta, plato y cuchara. Y para trabajos de fortificación u otros que fueran necesarios para fines de guerra se requería a las personas de ambos sexos comprendidas entre los 17 y 55 años y a los jubilados de cualquier edad que percibieran pensiones del Estado. Igualmente se militarizaban industrias, transportes y abastecimientos. Esta llamada tardía y desesperada no dio los resultados esperados, si es que en verdad se esperaba alguno, como tampoco fue apenas atendida la movilización ordenada por los sindicatos. Los barceloneses, los catalanes en general, se desinteresaban de la guerra, salvo aquellos que huían; muchos de los que no deseaban, por convicciones o desengaños, el triunfo de las armas franquistas, esperaban que la guerra terminara pronto y con ella sufrimientos, privaciones, amenazas y decepciones. Los jefes militares que han escrito memorias pasan por alto o no advirtieron en su momento que, a medida que los pueblos catalanes iban cayendo en poder de los nacionales, un crecido porcentaje de soldados, no solo de los últimos reemplazos movilizados sino también de los veteranos, se pasaban al «enemigo» o se dejaban hacer prisioneros. De los soldados que en retirada pasaron por la ciudad o sus alrededores, fueron muchos los que no continuaron el camino hacia el norte. Probablemente se exagera el número de combatientes que pasaron a Francia porque esta enorme «sangría», muy superior a las bajas propiamente bélicas, no se ha acertado a contabilizar con rigor. Tampoco el número de prisioneros y pasados que daban los nacionales respondían a las cifras reales de las mermas del potencial humano enemigo. Trataban los soldados de esquivar controles y evitar su ingreso en campos de concentración; algunos llegaban a sus casas tras, largas caminatas por montes o parajes despoblados, otros quedaron ocultos algún tiempo en masías, pueblos o ciudades, mientras que sus familias gestionaban los indispensables avales.

Describe Julián Zugazagoitia el aspecto de la ciudad en aquellos días; lo hace con amargura más que con indignación. Barcelona no iba a ser otro Madrid como por algún tiempo pretendió la propaganda. Las circunstancias eran distintas. Por falta de medios de transporte y quizá por incuria, quedaron los almacenes abarrotados de comestibles en medio de una población famélica que se lanzó al saqueo, saqueo más que justificado. En la plaza no había

autoridad y ni la amenaza de bombardeos sobre la zona portuaria intimidaban a la gente acuciada por el hambre, que se disputaba las, vituallas acumuladas en el depósito franco. En el Hotel Colón, sede del PSUC y también del PCE, quedaron algunos dirigentes que pretendían animar a los defensores; pero se vieron incapaces. Modesto, jefe del Ejército del Ebro, de paso por Barcelona en plena retirada, se entrevistó en el Comité Central con Vicente Uribe, ministro de Agricultura, con Santiago Carrillo, Luis González Giorla, Manuel Delicado y Antonio Mije. No decidieron nada. Modesto se retiró hacia el norte. Quedaba en el puerto material de guerra desembarcado; no fue posible desembalarlo, transportarlo, distribuirlo. En los hospitales de sangre se hacinaban 20.000 heridos; muchos consiguieron ser evacuados, algunos no deseaban serlo. En la estación del ferrocarril de Sants, en estaciones del metro, se hallaban tendidos en el suelo, a la espera de trenes, de camiones, o entregados a la fatalidad de su desgracia.

Una orden del ministro de Gobernación del día 24 ordenaba a los guardias de asalto, que dependían de este ministerio y no del de Defensa, que se trasladaran a Gerona. Santiago Carrillo visitó a Tagüeña para pedirle que los soldados que le quedaban realizaran un último esfuerzo —uno más— para retrasar el avance enemigo y dar lugar a que la plaza se defendiera.

El único refuerzo que llegó a Cataluña de la zona Centro Sur: la Brigada 196 que, tras penosos traslados en ferrocarril y camión, fue embarcada y traída por mar. El día 23 estaba colocada en línea; al iniciarse el combate se dispersó.

El V Cuerpo ocupaba el flanco derecho del XV y era batido en toda la línea. El día 25 Tagüeña instala el puesto de mando en la cumbre de San Pedro Mártir, en las afueras de la ciudad. Desde allí oye y presencia la batalla sin poder precisar si algunas tropas que se aproximan son las propias que retroceden o el enemigo que avanza. En esas condiciones no puede emplear contra ellas la artillería que dispara contra objetivos lejanos. Durante la noche el puesto de mando es asaltado y conquistado a bombazos de mano; el jefe del XV Cuerpo y algunos otros consiguen salir con vida. Los atacantes eran de la 13 División nacional que mandaba Fernando Barrón, los mismos hombres que ante Gandesa detuvieron el avance de los que ahora se retiraban. Cuenta Tagüeña en *Testimonio de dos guerras,*

que en esa noche aciaga sus efectivos no pasarían de los dos mil combatientes.

Camiones, coches, carros, soldados perdidos, hombres y mujeres buscaban la huida por la carretera de Francia. Francisco Antón, Santiago Carrillo y algunos dirigentes del PSUC todavía creían posible la defensa de la ciudad, aunque probablemente se trataba más de contribuir a un ¿esto que de confianza en posibilidades efectivas.

Rojo destituye al general Hernández Saravia y nombra para sustituirle al general Jurado. La causa de esta destitución fulminante, que ya no puede calificarse de inoportuna, fue debida a que el jefe del Grupo de Ejércitos se proponía despojar del mando a Modesto. El relevo es perfectamente inútil; nada podrá remediar Enrique Jurado, que acepta el cargo con disciplinada resignación. Ni el propio Saravia puede proporcionarle otra cosa que noticias vagas sobre el estado de los frentes y la situación de las unidades, algunas de las cuales no existen más que sobre el papel.

En la mañana del día 26 de enero, jueves, tropas de la 5.* División de Navarra ascienden a las cumbres del Tibidabo y de Vallvidrera, mientras que las fuerzas de Yagüe suben a Montjuich y liberan a 1.200 presos del castillo. La 4.ª de Navarra avanza por Sardañola y Monteada, y el CTV, desde Tarrasa y San Quirico, lanza una columna motorizada hacia la parte norte de Barcelona.

Algunas patrullas nacionales van penetrando en la ciudad. Los barceloneses permanecen tensos. Todavía el ejército republicano se retira a lo largo de las calles. Muchos soldados arrojan las armas. La resistencia no se ha producido. Una señora que ha salido de su casa para conseguir alimentos y averiguar lo que está ocurriendo, es interrogada por unos soldados —fusil colgado al hombro, manta en bandolera— que le preguntaban hacia dónde se halla la boca del puerto. Les señala hacia la plaza de Palacio y Barceloneta adelante, y observa, emocionada, que son soldados «distintos». Nada se atreve a preguntarles, escarmentada como está, y nada le aclaran tampoco aquellos muchachos que siguen caminando hacia su objetivo, transitando entre gentes asustadas o ilusionadas y enemigos en fuga o actitud expectante.

A primeras horas de la tarde tropas del Cuerpo de Ejército Marroquí penetran por Sants, y las que manda Solchaga descienden

desde el Tibidabo y Vallvidrera. Los barceloneses comienzan a salir a la calle para verles entrar. Aparecen los presos, los que permanecían ocultos, los que esperaron treinta largos meses, acuden curiosos y aquellos que se sitúan siempre al lado de los vencedores. Hay también quienes tienen miedo, quienes se dejan abatir por el cansancio, por la desilusión, los que se complacen ante la posibilidad abierta para ejercer venganzas, que llamarán justicia, quienes desearon ardientemente que terminara la guerra y ahora temen que sus males tampoco tengan remedio. Para todos los barceloneses es un día histórico y se sienten conmovidos, aunque sea por razones opuestas, hasta lo más hondo de su ser. Tropas y civiles, barceloneses y forasteros, van convergiendo hacia el centro de la ciudad.

La caída, conquista o liberación de Barcelona, que el verbo no altera los hechos y solo es exponente de la posición desde la cual son considerados, representa el último viraje de la guerra que desembocará en la derrota republicana. La importancia de Barcelona es enorme y la ciudad ha sido ocupada sin encontrar apenas resistencia. En los libros que posteriormente han escrito algunos de los protagonistas y jefes del ejército que se retiraba hacia la frontera, apenas se atribuye importancia al hecho, al cual se alude casi de pasada como a una incidencia más dentro de la batalla.[4] Aunque con signo opuesto, idéntica importancia que para los nacionales tuvo la conquista de la ciudad la tuvo para los republicanos su pérdida.

III

La caída de Barcelona causa un considerable efecto en la zona Centro-Sur. Habían confiado en que la ciudad que batió a los sublevados el 19 de julio se defendería, como en su momento lo hizo Madrid. Lo cierto es que desde el punto de vista militar las fuerzas de la zona que manda el general Miaja tampoco han contribuido, como se les ordenó y se habían comprometido a hacerlo, a la defensa de Cataluña por medio de ataques eficaces, proporcionados a los efectivos de que disponían, y que debían dar como resultado paralizar la ofensiva nacional en Cataluña o frenar su impetuoso ritmo.

El jefe del Estado Mayor Central se había trasladado anteriormente a Valencia y mantuvo contacto con el general Miaja y con los mandos y Estado Mayor de la Agrupación de Ejércitos del Centro, Vicente Rojo les dejó instrucciones sobre las operaciones planeadas con objeto de aliviar la situación en que iba a encontrarse Cataluña una vez que se iniciara el ataque nacional, sobre cuya inminencia disponía de datos fehacientes. Consistían en una acción de desembarco en Motril combinada con un ataque por el frente de Granada; en este ataque, que sorprendería al enemigo, se ponían muchas esperanzas, confiando, sin demasiado fundamento, en que sería apoyado por la población civil. Unidades dé la flota cooperarían para asegurar el éxito del desembarco. Unos días después se atacaría escalonadamente en Extremadura, en determinado sector del frente de Madrid y en Peñarroya, proponiéndose objetivos muy ambiciosos.

El mismo día en que debía iniciarse la acción sobre Motril, detonador y pieza clave de aquella sucesión de operaciones y de la cual se esperaba ejerciera gran influencia moral, de signo opuesto,

claro, en ambos bandos, el jefe del Estado Mayor Central, que estaba en Cataluña, recibió una carta del general Miaja en la cual «de una manera terminante se oponía a la ejecución del ataque a Motril, el cual, como ya se ha dicho, constituía la primera fase del plan de maniobra trazado». Conviene añadir, para subrayar el despropósito, que la carta tardó tres días en llegar a poder del jefe del Estado Mayor Central y del ministro de Defensa. Desde el 20 de octubre Miaja estaba informado de la operación, y la carta fue escrita el 8 de diciembre. Ni el jefe de Estado Mayor ni el ministro de Defensa reaccionaron ante esa negativa que alteraba todos los planes, sin justificación. Aceptaron la negativa de Miaja; solo después, escribiendo sus memorias, Rojo la critica —tampoco con mucha severidad—, pero añade: «… la batalla de Cataluña comenzó a perderse al suspender la operación sobre Motril», lo cual probablemente sea exagerado y vaya destinada la afirmación a cargar las culpas sobre el prójimo, a pesar de que ese prójimo sea el general Miaja, que debía hallarse a sus órdenes y a las del ministro de Defensa.

La ofensiva en el frente de Madrid tenía que realizarse sobre Brunete y la dirigía Segismundo Casado en su calidad de jefe del Ejército del Centro; se saldó con una derrota inmediata. La intensidad y precisión del fuego enemigo ni siquiera permitieron iniciarla, lo cual es comprensible cuando se sabe que la orden de operaciones le fue entregada en mano al enemigo, ya que el capitán encargado de redactarla mecanografió una copia más con destino al mando nacional.

Las otras dos ofensivas se llevaron a efecto con éxitos iniciales. Su desarrollo e incidencias están descritos en distintos libros. No cumplieron sus objetivos tácticos ni estratégicos, ni obligaron a detener el avance nacional en Cataluña a pesar de la importancia de los efectivos movilizados y de la duración de las operaciones de Extremadura, última de las batallas que se libraron en aquellos frentes. Puede afirmarse que fue poco lo que en la zona Centro-Sur se hizo para colaborar con el Grupo de Ejércitos de la Región Oriental, y que si a la derrota de Cataluña se asistía con angustiado interés, 'la colaboración careció de eficacia. Como sabemos, se envió por mar una sola brigada que apenas llegó a combatir.

A esta insolidaridad hay que buscarle una explicación, pues los

militares de la zona Centro-Sur {los políticos más destacados se hallaban en Cataluña, con el Gobierno) sabían que, una vez liquidado el frente catalán, el poderoso ejército de Franco se volvería contra ellos.

Aunque hoy día resulte difícil de comprender, la incomunicación del Gobierno y sus organismos y del Estado Mayor Central con la zona Centro-Sur fue casi absoluta desde que la escisión del territorio se produjo. Hemos visto cómo la notificación de algo de tanta importancia como era la negativa a cumplir las órdenes de poner en marcha una operación que se consideraba vital, tardó tres días en llegar a su destino. Probablemente sería encomendada al correo que trasladaban submarinos que navegaban por una franja marítima cuya costa dominaban los nacionales. Así funcionaban las cosas; el propio Rojo no parece atribuirle demasiada importancia cuando declara: «… las comunicaciones con la región central al faltar el enlace de radio, se hicieron muy precarias. Ciertamente se limitaron mucho las relaciones normales con aquella región, no solo porque la situación consumía toda la atención sobre Cataluña, sino porque aquel Grupo de Ejércitos tenía ya instrucciones respecto a la conducta que debía observar y no había motivos para modificarla». De cómo se cumplían las instrucciones hemos dado noticia.

Si no es cierto lo que Casado y otros afirman, y muchos repiten, de que Negrín y su Gobierno anduvieran por Francia muchos días, sí es verdad, en cambio, que los enlaces fueron precarios y que la incomunicación con la zona Centro-Sur fue creciendo desde que los nacionales cortaron en dos el territorio gubernamental, y que desde que se inició la batalla de Cataluña prácticamente no la hubo.

Fue durante este período cuando en la amplia zona gubernamental que quedaba separada de Cataluña fue madurando y cobrando forma un estado de opinión que en algunos venía de antiguo: que estando perdida la guerra, se imponía buscar la manera de hacer la paz con el enemigo en las mejores condiciones posibles. A pesar de que desde el subconsciente de muchos la palabra y el concepto «rendición» pugnaría por aflorar al consciente, era sistemáticamente rechazado. La fatídica palabra ni se escribía ni se pronunciaba; si se conseguía «un arreglo», tenía que

ser «con condiciones», que para unos representaban un valor y para otros valores distintos.

Los primeros en decidirse a concretar algo, aunque de manera imperfecta e imprecisa, fueron los militares profesionales procedentes del antiguo ejército. De sobra se les alcanzaba que los trece puntos de Negrín no podían servir de base para negociar una paz, pues la única a la cual podían referirse sería a una paz negrinista o, si se prefiere, de signo republicano; y tal paz solo podía propugnarse desde una posición militar de señalada ventaja. Los militares republicanos partieron de un error psicológico: separados de sus antiguos compañeros de armas por barrera infranqueable, desconocían los sentimientos que animaban a los jefes nacionales. Aislados en un ambiente paradójicamente antimilitarista, aunque bélico, debieron sentir la llamada de la camaradería castrense e imaginar, zarandeados por distintas propagandas, que los militares de ambos bandos defendían, *en el fondo,* objetivos bastante similares. Suponían también que la leve enemiga que los nacionales pudieran sentir, en mayor o menor grado, hacia italianos y alemanes, era superior a la que en realidad sentían, y descontaban por añadidura otros sentimientos de solidaridad y hasta agradecimiento. Algunos establecerían paralelos entre los alemanes y los consejeros rusos, dando por cierto que la presencia de oficiales, soldados, aviadores, técnicos y demás elementos extranjeros tenían que humillar a los militares españoles que luchaban en el lado contrario, cuyo patriotismo reconocían, a pesar de que la propaganda propia transcurriera por muy distintas vías y ellos debían interpretar a su manera. En esa creencia, y confiando en los ecos de antigua camaradería nacida en las academias, en África o en las guarniciones peninsulares, fue creciendo una esperanza que más tarde se revelaría ilusoria, y llevaría a bastantes ante el pelotón y a todos a comparecer en consejos de guerra. Los conceptos de compañerismo, «aquí no ha pasado nada», y hasta de perdón, antes se desarrollan entre quienes están perdiendo una guerra que en las filas de los que la ganan. Olvidaron que la represión contra los militares que participaron en el levantamiento había sido severa en las guarniciones en que había fracasado. Olvidaban que la ley la dictan las vencedores y que al Código de Justicia Militar se le da la vuelta como a un calcetín y se

esgrime contra quienes se consideraban leales, si los tribunales interpretan la lealtad a la inversa. Tampoco les sirvió de advertencia el criterio con que habían sido juzgados los militares que no se sublevaron o se opusieron al alzamiento (Batet, Salcedo, Caridad Pita, Campins, Núñez del Prado, Romerales y muchos más) y aquellos que habían sido hechos prisioneros con posterioridad. La ilusión llegó tan lejos que había quienes confiaban en que se les conservaría empleo y sueldo siempre que no se hubiesen señalado en actos represivos, acusaciones o denuncias. Pensaron que el principal y casi único inconveniente que se interponía para llegar a una «paz honrosa» eran los comunistas, la influencia de la URSS y la errada política de Negrín y los negrinistas empeñados en continuar una resistencia que se revelaba inútil. Desde el segundo año de la guerra ya corrieron bulos entre los elementos nacionalistas de la zona republicana relativos a que, en los últimos momentos, militares profesionales de carácter moderado se harían cargo del poder y mantendrían el orden, evitando represalias y depredaciones hasta la llegada de tropas franquistas. Como eventualmente comprometidos se señalaba en voz baja a jefes y oficiales de asalto y de la guardia nacional republicana, y también del ejército, con preferencia aquellos que pertenecían a unidades que no se hallaban en los frentes. Como antecedente de lo que luego sería «casadismo», pero con carácter más pasivo, podemos citar algunas juntas, cuya existencia es conocida pero sin detalles sobre extensión y composición. El arresto en Cartagena del coronel Basilio Fuentes a finales de 1938, con otros comprometidos, podría ser una evidencia de la existencia de esas juntas. En una amplia operación policíaca el SIM desmontó algunas de estas organizaciones que no eran propiamente «quintacolumnistas». La posterior sublevación de Cartagena también fue en gran medida acción de esos junteros, y circuló la noticia de que la guerra había terminado, creencia que atrajo muchos adeptos.

Lo que luego se convertiría en sublevación casadista comenzó por un estado de opinión, pasó a tema de tertulias militares y poco a poco fue perfeccionándose y ampliándose. Esto queda bastante reflejado en los hechos posteriores, pero existen además algunos indicios ciertos. De otra manera, el final de la guerra, tal como se produjo, no tendría pies ni cabeza. Hay que añadir que de esa

difusa y engañosa ilusión de los militares profesionales participaban elementos civiles, políticos, sindicales, empezando por los miembros de partidos más centristas, hasta llegar a los anarcosindicalistas, que en el terreno de la «paz honorable» se mostraban los más escépticos. Las máximas esperanzas podrían situarse en algunos de los militares y a partir de ahí la escala descendería. Republicanos, socialistas y anarquistas consideran que, eliminados los partidarios y seguidores de Negrín y los comunistas, aún podrá prolongarse la resistencia mientras se negocian condiciones. Los que más se han significado o comprometido están dispuestos a expatriarse, por lo menos durante algún tiempo.

Cuando el 3 de enero de 1939 se proclama el estado de guerra en todo el territorio gubernamental, el poder, en especial en la zona Centro-Sur, donde apenas existe comunicación con el Gobierno, queda de hecho y derecho en manos de los militares. Debido a esa incomunicación, en la cual insistimos para que los sucesos puedan ser mejor comprendidos, el 8 de febrero se nombraba al general Miaja jefe de los Ejércitos de Tierra, Mar y Aire, y delegado del ministro de Defensa, con plenos poderes, y se le asciende a teniente general, graduación que fue necesario reponer pues había sido suprimida del escalafón por las leyes republicanas. El general Manuel Matallana, que era jefe del Estado Mayor, pasa a mandar en sustitución de Miaja el Grupo de Ejércitos de la zona Centro-Sur.

El personaje que en estos días comienza a cobrar un auge antes imprevisible es el jefe del Ejército del Centro, coronel don Segismundo Casado López. Difícil resulta, desde la atalaya de los libros publicados con posterioridad, hacerse cargo de cuál pudo ser la personalidad de este militar, pues aquellos que pasaron a ser sus encarnizados enemigos han difundido calumnias que extienden a épocas anteriores a aquella en que se planteó el conflicto. Para juzgar a Casado conviene desconfiar de cualquier publicación cuyo pie editorial sea posterior al 5 de marzo de 1939, porque las verdades que puedan contener estarán mezcladas con acusaciones injustificadas. De la misma manera es aconsejable proceder con tacto, echar mano de informaciones supletorias y realizar comprobaciones antes de dar por buenas muchas de las

afirmaciones que él hace en su conocido libro *¡Así cayó Madrid,* que es segunda edición, o traducción con escasas variantes, del que publicó en Londres y en inglés en 1939.

Era Casado hombre de valía, cultura por encima de la común entre los de su profesión y época, dotes de mando y espíritu militar. Pertenecía al arma de caballería y era francmasón como muchos de sus compañeros del ejército, de ideas moderadas, demócrata y republicano, alejado de cualquier extremismo, y se consideraba católico. Había sido primero ayudante de Alcalá Zamora y después de Azaña, con quien convivió durante las horas dramáticas del alzamiento. Fue Casado quien aconsejó al presidente de la República que se trasladara a Madrid desde El Pardo, con lo cual es posible que le salvara de ser secuestrado por los oficiales del Regimiento de Transmisiones, que se replegaron con sus hombres a lo que sería zona nacional. Durante la guerra desempeñó diversos cargos y mandos; los juicios desfavorables provienen de comentarios posteriores a su golpe de estado. Se le acusa reiteradamente de ambicioso y quizás el adjetivo no haya sido correctamente empleado. Casado sufre de una úlcera de duodeno que le produce enormes padecimientos físicos y que provendría de tensiones internas, un conflicto personal, político e histórico que le atormentaba y no era capaz de resolver. En un momento dado, y no precisamente por «ambición», pagado de su prestigio y de la seriedad con que ha ejercido los cometidos que le fueron encomendados y del hecho de no haberse visto envuelto en la represión contra sus antiguos compañeros ni contra quienes militan en el bando enemigo, seguro de la autoridad que goza entre sus subordinados, y sobre todo en su calidad de jefe del Ejército del Centro, se considera capaz y hasta predestinado a pasar desde los planos oscuros en que hasta el momento se ha desenvuelto a un primer plano radiante, no por éxitos militares, que considera imposibles y que descarta, sino como artífice de una paz difícil y digna. Descubre la posibilidad de convertirse en El Héroe Vencido y de hacer partícipes de parecido honor a quienes se arriesguen a colaborar con él. No es solo por ambición personal; está convencido de que prestará un alto servicio a la patria y salvará, en cierta medida, el honor de la república a la cual ha defendido sin reservas. Esa idea, ese anteproyecto, debió de ir madurando y

perfeccionándose en sus ocios de jefe de un sector bastante tranquilo y en las conversaciones con sus íntimos, especialmente compañeros de armas. ¿Quiénes son obstáculo para conseguir la anhelada paz? ¿Quiénes no se avienen a reconocer que la guerra está decidida y se obstinan, sea en exigir condiciones inadmisibles para quienes se consideran, y lo son, virtuales vencedores, sea en empeñarse en continuar la guerra a ultranza? Los militares nacionales, a los cuales conoce porque fueron sus compañeros y aun amigos, no aceptarán ningún trato con los comunistas ni tampoco con Negrín y su Gobierno.

La conspiración casadista comienza sin ser aún «casadista» ni apenas «conspiración», como consecuencia del aislamiento de la zona Centro-Sur, primero durante la batalla del Ebro y, más adelante, durante la batalla de Cataluña. Va perfeccionándose a partir de la pérdida de Barcelona y del consiguiente hundimiento del aparato estatal. Casado no es todavía cabeza de esa difusa conspiración frente a los demás; lo es ante sí, *in pectore,* y obrará como catalizador.

El ministro sin cartera Tomás Bilbao hizo una visita a la zona Centro-Sur en época inconcreta, pero que hay que situar durante el otoño de 1938, y al regresar a Cataluña advirtió al Gobierno que debía prestarse mayor atención a lo que ocurría en Madrid, pues aunque no podía aportar pruebas, había percibido que las cosas funcionaban de manera sospechosa, en particular entre los mandos militares y sus estados mayores, y que en Madrid existía la posibilidad de que fuese desarrollándose una autoridad paralela a la del Gobierno. Ni las circunstancias ni la celeridad con que los hechos adversos se sucedían permitieron a Negrín, al Estado Mayor Central y a los organismos gubernamentales, prestar atención a aquella difusa denuncia del ministro, en cuyo informe se incluían al parecer apreciaciones negativas sobre la actitud de Besteiro. Observaremos que la actitud de Casares Quiroga cuando iba a producirse el levantamiento de julio irá repitiéndose de manera bastante similar en el postrer episodio de la guerra, por lo menos en algunos de sus aspectos.

En conversaciones privadas ha ido pulsando Casado el estado de ánimo de diversos militares. La primitiva queja acompañada de vagas proposiciones a quienes todavía no puede calificarse de

conspiradores y menos de conjurados consiste en comentar que el Gobierno tiene abandonado al ejército y a cuantos se hallan en la zona Centro-Sur, comentario que, en buena medida, es cierto. Se pasaba a decir que, como consecuencia de esa situación, resultaba indispensable la presencia de una autoridad real y operante, y que la única que existe con carácter legal es la de los militares; la misión que ellos pueden asumir es gestionar una «paz digna», frase que no compromete demasiado y que puede utilizarse como concurrencia de diferentes opiniones.

Como hemos precisado, es cierto que la zona queda desatendida y que el Gobierno se diluye antes de la pérdida de Barcelona, pero no lo es que Negrín se quede en Francia, puesto que pasa la frontera el 9 de febrero y ese mismo día reúne a los ministros en Toulouse para celebrar consejo, y el viernes, día 10, acompañado por Álvarez del Vayo, aterriza en Alicante, se traslada a Valencia y comienza a celebrar entrevistas con los jefes militares.

La afirmación de que los militares son lo mejor y más representativo de cada nación debe ser desechada por lo que tiene de exagerado y de injusto para los demás miembros de la comunidad, y porque a la hora de la verdad, es decir, de la guerra, quienes eligieron otras profesiones, actividades o trabajos, y en particular todos los jóvenes, se sacrifican, sufren y mueren por lo menos en igual proporción, cuando no mayor, que aquellos que hicieron oficio de las armas. También conviene rechazar, por inexacta y extrema, la opinión que expresan los antimilitaristas; que el militar pertenece a una casta aparte, segregada del resto de sus connacionales. Puede darse un cierto grado de separación pero en parecida medida se da en otras profesiones, como los cómicos, notarios, ingenieros de caminos, los sacerdotes —y no hablemos de monjes, frailes y religiosos en general—, los funcionarios públicos, ferroviarios, taxistas y pescadores… No es totalmente cierto que pueda considerarse al estamento militar como «casta»; la leyenda del aislamiento que impone el cuarto de banderas —o estandartes— y los pabellones, es excesiva. En cuanto a la palabra y el concepto de casta es un tópico, porque de hecho los militares procedían y pertenecía a distintas castas. Si una tradición histórica había decantado una auténtica carta —la aristocrática— manteniéndola al servicio del rey o la dinastía de padres a hijos (entre cuyos

componentes fue menor la proporción de quienes acataron el régimen republicano), coexistían, integrados en el cuerpo de oficiales, aquellos, incluso también familias, que hicieron de las armas profesión, segundones sin fortuna, mal pagados en la milicia, y también los residuos de aquellos que se incorporaron al ejército con el apresuramiento creado por la demanda y el entusiasmo, durante guerras antiguas o menos antiguas como las civiles del siglo XIX o las campañas coloniales; habría, asimismo, que contar a los descendientes, por sangre o tradición, de los militares liberales —y entre ellos podríamos situar muchos de los apellidos catalanes a los que hemos hecho referencia— sin olvidar por último a los hijos de suboficiales, a los nativos de ciudades en las cuales se hallaban establecidas academias, y aquellos otros que, rebeldes al riesgo, trabajos y disciplina de la vida civil, aceptaban riesgos, trabajos y disciplina militares. Que más adelante la convivencia, las enseñanzas recibidas, los intereses profesionales, la organización jerárquica, la tradición y el género especial de vida que la milicia impone, imprimieran en todos ellos ciertos rasgos comunes, es cosa cierta. La escisión que la guerra civil provocó dentro del ejército viene a negar la existencia de esa casta monolítica. Descendiendo a lo que algunos pueden tachar de anecdótico y no lo es, porque nunca la conducta humana, y menos en ocasión en que tanto se arriesga en una decisión, puede calificarse de anecdótica, observaremos que entre los militares que permanecen fieles al Gobierno podemos encontrar aristócratas y católicos practicantes, artilleros, jinetes, marinos y aviadores, miembros de familias hidalgas, africanistas, jefes y oficiales procedentes de cualquiera de los demás campos ideológicos y sociales que venían conviviendo dentro del ejército. Y en las filas nacionales lucharon militares de conocida ejecutoria republicana, masones, miembros de familias humildes… Ocurre que en uno y otro bando estos componentes, que pudiéramos calificar de «disidentes potenciales», estuvieron en minoría.

Los militares republicanos y en particular aquellos que por la categoría de sus mandos o la naturaleza de sus destinos se hallaban en la retaguardia, no habían perdido contacto con la población civil y se hacían eco, con mayor o menor conciencia y energía, de los problemas que afectaban a sus amigos y familiares, a los habitantes

de la zona. El deseo de paz, la convicción de que la guerra estaba perdida y se hacía necesario y urgente intentar algo para que el final no fuera catastrófico, eran deseo y convicción casi unánimes que presionaban de abajo a arriba. En esos anhelos de pacificación la influencia de las mujeres debía manifestarse con mayor franqueza e insistencia.

Los miembros del Partido Comunista y las gentes cuyo ideario polariza —dirigentes, militantes, paisanos y militares— y los negrinistas, que sin formar partido son seguidores de una bandera personal tras la cual se agrupan socialistas, republicanos y partidarios de otras fracciones, además de un crecido número de oportunistas que se han arrimado al sol que más calienta, jugarán un importantísimo papel en esta fase final de la guerra. La conspiración casadista, aun antes de corporeizarse, se aglutina como reacción anticomunista y, por ende, antinegrinista. Vendrá Casado a convertirse en líder de anhelos pacifistas de aquellos que quieren salvar algo y se resisten a caer víctimas de un final numantino. También cataliza las resultantes de odios y rivalidades que a lo largo de la guerra, y aquí no entramos a discutir razones o sinrazones sino que registramos la presencia de algo activo y operante, han ido desarrollándose hasta alcanzar el paroxismo. Los libertarios han sido perseguidos y marginados, su actitud revolucionaria ha sido obstaculizada, combatida y condenada, los republicanos y los socialistas que no se han doblegado a lo que ellos califican de dictadura comunista-negrinista han quedado, asimismo, marginados, los partidos democráticos apenas cuentan y los ministros que les representan en el Gobierno tienen limitadas sus facultades decisorias y no llega hasta ellos más información que la que el presidente quiere proporcionarles. Lo mismo les ocurre a los militares que no han aceptado el carnet del PCE o se han resignado a mantener con ese mismo partido relaciones que equivalen a dejarse doblegar la propia voluntad y a aceptar una subversión que se manifiesta en preferencias o favoritismos que consideran arbitrarios. Quedan, perviven, algunas islas independientes y personalidades que se han limitado a acatar la disciplina con reservas mentales.

Cuando las tropas de Franco entran en Barcelona, los ánimos de muchos están maduros para afrontar un cambio de manos del poder

gubernamental; para imponerlo por la fuerza, si resulta preciso recurrir a ella. Muchos son los que expresa o tácitamente están de acuerdo. Media España de la media España se dispone, pues, a sublevarse.

En Cataluña, donde reside el Gobierno y la mayor parte de las dirigentes políticos y sindicales, funcionarios y mandos militares que carecen de destino en la otra zona, se ha reunido una considerable cantidad de personas que han ido acudiendo procedentes de otros puntos de España, aparte de aquellos que suele calificarse de «refugiados» que fueron evacuados de provincias conquistadas por el enemigo. Los más se concentran en Barcelona y sus alrededores, el resto se distribuye por diversas ciudades y pueblos. Algunos historiadores, o quienes al escribir manejan los números a la ligera o según conveniencias de lo que tratan de demostrar, hacen ascender el número de forasteros alojados en Barcelona a un millón. Probablemente la cifra aproximada no alcanzaría un tercio de la reseñada; son muchos trescientos mil forasteros para una ciudad como era entonces Barcelona (1.050.671 habitantes en 1936) pues aún habría que añadir, a la población de refugiados más o menos estable, cierto número de soldados de paso, heridos en los hospitales y aquellos que, aislados de sus hogares, aprovechaban la proximidad de la gran ciudad para pasar en ella sus permisos. Entre los dirigentes políticos, sindicales y las personas adscritas al funcionariado, sin excluir un alto porcentaje de jefes militares, entre los cuales no hay que contar a los comunistas, se advierten movimientos de opinión y ánimo —o desánimo— paralelos a los que se producen en la zona Centro-Sur. Deseos de que se ponga fin a la guerra, deseos que vienen de lejos y que en los últimos tiempos se van concretando. Aparte de idealismos que se diluyen o decoloran, lo que les mantiene unidos al Gobierno y a la situación de guerra, es el miedo al enemigo, a las represalias físicas, materiales y morales, aunque quizás estas últimas estén dispuestos a afrontarlas porque las suponen pasajeras. Esa inhibición y el deseo de que la guerra termine pronto están entreverados de animosidad contra quienes propugnan la resistencia a ultranza: los comunistas y negrinistas. Ya se ha comentado cuál podía ser el estado de ánimo

de una parte considerable de la población autóctona, los catalanes en primer término y aquellos inmigrantes que radicaban en Barcelona y en otros puntos desde antes de producirse el conflicto. La principal diferencia entre los que se hallan en Cataluña (excluyamos a los franquistas activos o pasivos) sean catalanes o forasteros, incluidos los refugiados, y los «republicanos» que habitan en Madrid, Murcia, Ciudad Real, Valencia o Almería, es que aquellos tienen próxima y relativamente asequible la frontera francesa.

Hay un movimiento de desánimo, probablemente de tremenda tristeza; muchas ilusiones que estallaron en aquel alboral 14 de abril de 1931, se renovaron en febrero de 1936, y en unos más y en otros menos, tuvieron gozosa y dramática explosión el 19 de julio, han ido degradándose. El proceso ha sido lento y doloroso y está llegando al final. Las posibilidades de reacción positiva solo afectan a minorías. La caída de Barcelona es el postrer golpe; no hace falta más que leer el trágico éxodo de unos y la desgana de los otros para comprender lo que ocurría en aquellos momentos. La unanimidad de los escritores republicanos es absoluta y en este punto es a ellos, actores o testigos, a quienes conviene otorgar crédito. Sería erróneo pretender que el elevado número de dirigentes que se quedaron en Francia tras la derrota de Cataluña y consiguieron eludir los campos de concentración, y que la actitud de otros que por diversas causas, que las más de las veces eran pretextos, permanecieron en el extranjero, se interpretara como plebiscito. Pero es muy significativo que personas caracterizadas y con cargos de responsabilidad en la política, en las organizaciones obreras y en el ejército, permanezcan en países extranjeros como espectadores del final. A España regresarían los ministros, arrastrados por Negrín, un reducido número de jefes y comisarios, casi todos del Ejército del Ebro, un puñado de dirigentes comunistas, algunos funcionarios y nadie más. Es una resistencia pasiva, un dar por terminada la guerra, renunciar a ella. A la mayoría, especialmente de combatientes, que permanecía entre alambradas, no se le dio opción.

Tras la pérdida de Barcelona termina la resistencia que merezca el nombre de tal; solo el espíritu firme y leal de unos cuantos jefes, oficiales y comisarios, apoyados por fieles veteranos y algunos

soldados más, hacen el milagro de que la derrota no se convierta en pavoroso desastre. El avance nacional es rápido pero no una carrera en que puedan confiarse.

El día uno de febrero se produce un hecho políticamente importante: la reunión de las Cortes en el castillo de Figueras. Las circunstancias dramáticas de esta última sesión del Parlamento republicano nos han sido relatadas por diversos testigos presenciales. Son los carabineros quienes, aunque parezca extraño, improvisan y decoran el escenario que conseguirá cierto ambiente de solemnidad a pesar de la escasez de medios y de que tropiezan con la falta de comodidades que ofrece el vetusto castillo de San Fernando. Los diputados no se reúnen en un torreón, como ha escrito alguien, sino en un sótano, entre otros motivos porque el castillo es fortaleza de tipo Vauban y carece de torres.

Curiosa es la versión que del discurso del presidente Negrín da Julián Zugazagoitia. Viene a explicarnos algo así como que ha olvidado la letra pero recuerda la música a la cual prodiga emocionadas alabanzas. Analizando hoy el discurso en los textos publicados y situándolos en su circunstancia, las manifestaciones de Zugazagoitia, hombre por lo general verídico, vienen a demostrar que existen verdades subjetivas alejadas de las verdades a secas, que, sin embargo, no pueden calificarse de mentiras, pues un estado emocional extremo puede arrastrar a un testigo a interpretar de manera incongruente, en la cual el oyente pone mucho de sí mismo superponiéndolo a cuanto oye porque el borbotón de los sentimientos le despoja de agudeza crítica y le anula la memoria para el futuro. El poder de Negrín, su fuerza personal, la capacidad de influir sobre los demás y el magnetismo que ejercía tuvo que ser enorme. Lo había demostrado en muchas ocasiones y lo demostraría hasta su muerte. En lo que a sesiones de Cortes se refiere ya lo evidenció en la celebrada en el monasterio de San Cugat del Vallés, donde muchos diputados se hallaban dispuestos a derribarlo y se habían puesto de acuerdo para ello. Bastaron unas palabras de Negrín para que la actitud de los diputados cambiara y le otorgaran un voto de confianza. Pero la reunión de Figueras era un trámite, los diputados tenían prisa porque terminara la sesión y los más cruzaron la frontera francesa aquella misma noche.

Escribió Zugazagoitia:

> Su último discurso a los diputados, una reducción considerable de los Trece Puntos, vale, no por las palabras que contiene, que todas ellas están, no diciendo nada o expresando muy poco, en el Diccionario de la Lengua, sino por la angustia indecible con que se pronunciaron. Las he olvidado; pero conservo inalterable el tono de la voz, el acento profundo del orador que daba una vida nueva a pensamientos sin relieve en fuerza de haber hecho de ellos comercio habitual e indiferente. No era necesaria una especial receptividad para sintonizar con la emoción de Negrín, pero quizá resultase indispensable una guía de su intimidad verdadera para darse cuenta exacta de lo que aquella emoción representaba como sufrimiento y, a la vez, como potencia. Le oí como a un confesante público obstinado en publicar su único pecado; el orgullo de ser español y de amar a su patria. A trompicones, sin método, con una frase directa y nada literaria, nos enseñó a pronunciar en la comunión de angustias de aquella noche, las tres sílabas de la palabra que le tema subyugado: España. Sonaba ¿cómo sonaba?, a rumor de mieses en Castilla, a soleá de torero, a jarcias zurradas por las rachas del Cantábrico, a jota de segador, a andadura de merinos por Extremadura, a zorzico de piloto, a estremecimiento de chopos a orillas del Duero, a sardana de payés, a frotamiento de cepas riojanas, a folia de tabaquero… ¿A qué suenas, tú, España, cuando no suenas a muerte? A eso que suenas, a eso sonaste para mí la noche del castillo de Figueras.

Y después cuenta que Negrín había tenido sendas entrevistas con el embajador de Francia y el encargado de Negocios de Gran Bretaña, y les había comunicado que estaba dispuesto a deponer las armas a cambio de que no ejercieran represalias, y a entregar la flota, el armamento incluido el que se hallaba en Francia, los recursos bloqueados en el extranjero, y que, en fin, ofrecía su propia persona en holocausto.

El efecto que el discurso de don Juan Negrín produce a un lector desapasionado apenas guarda relación con las impresiones subjetivas de Zugazagoitia y este divorcio no implica juicios de valoración. El texto de que disponemos acredita un discurso más

bien sereno y meditado en lo que las circunstancias externas lo permitían, un discurso político de hombre de estado que se encuentra ante una situación extrema y que, sin embargo, ha sido capaz de construir su exposición y dosificar los distintos elementos que la componen. Uno se pregunta: ¿a quién va dirigido ese discurso? Porque en ningún momento parece que el jefe del Gobierno hable para los pocos diputados que ha conseguido reunir en los sótanos o caballerizas de un castillo fronterizo. Hoy sabemos que todos, y el propio Negrín, daban por perdida Cataluña, y también la guerra, por lo cual podría achacársele al discurso presidencial un exceso de optimismo al asegurar que los peores momentos quedaban atrás y que se estaban consolidando unas líneas, cuando los partes de operaciones y el testimonio unánime de los jefes del ejército, de su ejército, explican claramente lo contrario. Ese optimismo de Negrín, que en muchas ocasiones le sirvió para hacer frente a la adversidad ¿no vendría a la larga y por abuso a ejercer efectos opuestos a los que se proponía? ¿No sería ese mismo optimismo del cual hacía gala y exponía con argumentos distantes de la verdad, uno de los elementos que provocaron la reacción que pondría a la guerra final desastroso en lo humano —cancelando cualquier posibilidad de evacuación— y en lo político creando una hostilidad y división internas que se prolongarían años y que aún perduran en cuanto se vuelve la vista, o la pluma, atrás?

El discurso de Negrín no produce el efecto de entrecortado sino de meditado y medido. ¿Es a manera de testamento exculpatorio? ¿Desesperado intento de hallar interlocutor entre los enemigos del otro lado de la trinchera? ¿Alegato ante las potencias amigas, menos amigas, y aun enemigas, de las cuales aún espera mediación impuesta, ya que no apoyo? Se trata de un discurso ponderado, de buena factura dialéctica, propia de quien sabe exponer, argumentar, sacar partido de verdades lo mismo que de exageraciones, argumentación política que no prescinde de la tergiversación de una verdad que no pueden desconocer ni él ni cuantos le escuchan. El presidente del Gobierno está convencido de que la propuesta de paz que formula en su discurso no tiene mínima posibilidad de ser aceptada por el enemigo; sabe más, que ni siquiera será considerada como tal propuesta, dados los términos en que la fórmula y los supuestos que le sirven de arranque. Martínez Barrio, presidente de

las Cortes, al comenzar la sesión dijo refiriéndose a España: «… se encuentra actualmente mancillada y hollada por la planta de los invasores extranjeros y de sus auxiliares y servidores nacionales…», lo cual, y dada la proporción de fuerzas que tomaban parte en la ofensiva nacional, convertía la frase en desahogo verbal que no parecía el más apropiado para formular proposiciones leales de paz. Proposiciones que aun en el caso de haber sido en verdad reales, ciertas y, por supuesto moderadas, dada la situación de ambos bandos y considerando el estado comparativo de fuerzas, tampoco tenían posibilidades de prosperar. En la última parte del discurso Negrín eleva el tono y sus palabras adquieren cierta grandeza profética y apocalíptica que el hecho de que la historia futura se encargara de desmentir en lo más extremoso, no le resta autoridad y grandeza, excepto en lo que tenía de político y oportunista. Este discurso de Negrín en la sesión de las Cortes de Figueras va a ser el canto del cisne del presidente del Consejo —y de la misma república—, oración final, y aunque él no lo manifieste, como tal hay que tomarlo por la fuerza de las circunstancias y acontecimientos que se sucedieron en los dos meses de supervivencia.

Que el discurso presidencial impresionaría a alguno de los diputados reunidos queda demostrado por lo que nos cuenta Zugazagoitia, y por lo que consta en el *Diario de Sesiones* que exclamó un diputado en arrebato que no comprometía demasiado: «Y para que viva la Patria española en lo porvenir, están estos soldados en las trincheras, y estos legisladores dispuestos a quitarse la toga para acudir a las armas…». La alusión a la metafórica toga evidencia que se trataba de imagen literaria. A esta sesión solo asistieron sesenta y dos diputados de un total de unos 475. Faltaban, desde luego, la totalidad de los diputados de derechas y casi todos los de centro, los muertos en una y otra zona, que eran un porcentaje elevado y algunos que quizá no pudieron desplazarse; pero un recuento, por encima, de nombres permite sospechar que la convocatoria fue desatendida por muchos.

Dejó sentado en su discurso el presidente del Gobierno que continuaría la lucha, lo cual se avenía mal con la propuesta que hizo a los representantes de Francia e Inglaterra. La afirmación podría ser interpretada como argucia dialéctica si diez días después

no se hubiese trasladado a Alicante con la finalidad de continuar la lucha.

El discurso de Negrín en Figueras es de mucho interés, dentro siempre del relativo interés que conviene atribuir a cualquier discurso, y bastará, a manera de ejemplo, transcribir unas palabras pronunciadas al referirse a la situación mundial: «… Es la disputa entre dos civilizaciones: veinte y pico de siglos de civilización cristiana y helénica y una nueva aparición que ha habido en la Historia, que se asemeja mucho a ciertos reflujos de barbarie, que también ha conocido la historia del mundo». Puesta en boca de cualquiera de sus enemigos —los nacionales— no se haría necesario alterar ni suprimir una sola palabra.

IV

Después de la reunión de las Cortes en Figueras se produce el derrumbamiento. No era cierto, como el presidente proclamaba —para que lo creyera o lo oyera ¿quién?— que la ofensiva enemiga había sido contenida y que pudiera confiarse en unas líneas establecidas. Ninguna posibilidad de resistencia. Los mejores se esforzaban y sacrificaban para no dar definitivamente la espalda al enemigo; cuestión de puntillo, de pundonor guerrero.

Los políticos y el Estado Mayor se instalaron a pocos pasos de la frontera y fueron cruzándola para ponerse a salvo todos ellos. Dolorosos y trágicos fueron durante aquellos días los forcejeos con las autoridades francesas, y el éxodo de hombres, mujeres y niños de cualquier categoría y condición que abandonaban su tierra, su hogar y, en muchos casos, su familia.

A mi entender se ha exagerado el número, que, por otra parte, resulta difícil de establecer, pues las bases que se utilicen para la evaluación pueden inducir a error. Los franceses, que fueron desbordados por la avalancha y que han conservado cierta dosis de mala conciencia por lo que sucedió después, se sentirán inclinados a hinchar las cifras que, por distintas razones, cada jefe de campo ya exageraría entonces. Un conocido historiador habla de cerca del millón, lo que puede considerarse cifra simbólica pero ni remotamente real. El mismo historiador, que ha evaluado los efectivos del ejército en Cataluña al comenzar la ofensiva en 230.000 hombres, no vacila después al afirmar que solo en los últimos cinco días pasaron a Francia 250.000 combatientes. Cabría atribuir esos 20.000 hombres de exceso, y aún algunos más, a militares y soldados que estuvieran adscritos a servicios que no pertenecieran a los Ejércitos del Este y del Ebro, como por ejemplo

a las baterías de costa, a unidades de Carabineros o Asalto, a sanitarios no dependientes de aquellas grandes unidades, a los de Aviación. Aun así, la cifra no puede ser exacta —de ser cierta la primera—, pues a lo largo de toda la batalla se produjeron muertos, heridos que no podrían ser evacuados y un alto porcentaje de prisioneros y evadidos a los que habría que añadir muchos millares que se refugiaron en sus casas, en las de familiares o paisanos. Añade ese historiador la cifra de 170.000 mujeres y niños, 60.000 civiles (varones) y 10.000 heridos; en conjunto suman 490.000, muy distante de la cifra de un millón que él mismo ha dado antes, y probablemente más próxima a la verdad. En este aspecto arriesgan equivocarse quienes le concedan crédito en cuanto al manejo de cifras se refiere, y no son pocos los que ya han caído en error.[1] Zugazagoitia, que vivió de cerca aquellas circunstancias trágicas, escribe: «Francia ofreció asilo a 40.000 refugiados y recibió, sin pensar en impedirles la entrada, de doscientos a trescientos mil». ¿Se trata de un cálculo estimativo? ¿Poseía algún dato que le sirviera de base, siquiera fuese aproximada, para evaluar el número de los que cruzaron la frontera?

Si recurrimos al testimonio de Líster hallaremos alteraciones sensibles: «… al pasar a Francia, del Ejército del Ebro quedaban 18.000 hombres, del Ejército del Este, 45.000…». Es decir, 63.000 en total, a los cuales podrían añadirse unos millares de combatientes procedentes de unidades no encuadradas en el Grupo de Ejércitos o por lo menos en los dos ejércitos que la integraban. Añade Líster más adelante: «El V Cuerpo de Ejército que al entrar en la batalla del Ebro contaba con 35.000 hombres, al comenzar la de Cataluña tenía 22.000, y al cruzar la frontera sus efectivos no llegaban a 8.000 hombres en activo y unos 3.000 heridos…».

No se pretende que las cifras que proporciona Líster sean mejores que las que facilitan otros autores. En general no se usa de ningún rigor, y, como queda dicho, las cifras de combatientes, las bajas, los muertos, se engordan o enflaquecen según lo que se trata de demostrar, sin aprensión a incurrir en el disparate o en contradicciones fácilmente comprobables. El mismo Líster en la página siguiente alude a la cifra de 30.000 de estos soldados muertos en la guerra mundial, más 10.000 fallecidos en campos de concentración nazis. La proporción parece demasiado elevada,

aunque hubiese que sumar soldados evacuados en otras circunstancias y desde otros lugares.[2]

Nos esforzamos por ajustar a la verdad las cifras, lo que no está en nuestro ánimo es regatear la suma de dolores acumulados, la fuerza negativa de ese inmenso sufrimiento que los números apenas altera, y bastaría la convicción de que fue muchísimo. Nadie quiso entonces ni tampoco lo desea ahora asumir la responsabilidad de esa gigantesca acumulación de dolores individuales que procede de aquellas masas humanas en que se confunde la desesperación del combatiente derrotado, de los niños de la guardería que se evacua, de presos conducidos por sus guardianes irritados, de funcionarios y militantes obreros, de mujeres que siguen a su esposo o le buscan, o escapan de él, de heridos trasladados en las peores condiciones, de enfermos, intelectuales comprometidos, de políticos, de hombres o mujeres arrastrados por el pánico, de huérfanos, de madres y hermanas, de refugiados que llegaron de tierras distantes a quienes no se dio tiempo ni ocasión de echar raíces, víctimas de otras huidas en las que perdieron seres queridos, pertenencias, herramientas y paisajes, de quienes tratan de escapar de su propia conciencia que les inspira terror, ya que no arrepentimiento, de quienes no saben por qué escapan. Dolor del hambre, el frío, la incertidumbre, de los bombardeos, del abuso del más fuerte, de las órdenes ciegas y desorientadas, del enemigo que avanza amenazador, dolor de la fatiga, del peso que hay que transportar, de la avería del camión en el cual se consiguió plaza, dolor de las despedidas, del extravío del camarada, del hermano, del hijo, del abuelo, dolor por lo que queda atrás y por lo que espera delante, dolor del dolor. Nadie admitirá ser culpable; aún hoy resulta más fácil achacarse la culpa unos a otros como pelota que rebota y quema. Aquellos hombres huían ante un ejército victorioso que avanzaba y no dejaría otra escapatoria que los pasos de la frontera; temían la represión, temían con más o menos fundamento a los consejos de guerra, a los fusilamientos, las cárceles y campos de concentración, a las duras condiciones que impondrían los vencedores, cuyo ejército se autotitulaba «de ocupación». Algunos, probablemente los que estarían con razón más acobardados, habían escapado ya de Extremadura, Castilla la Nueva, Málaga y Aragón. No eran solo «víctimas engañadas por la propaganda marxista», que

resulta fácil disculpa; era la verdad conocida y cierta de unos métodos bíblicos e Implacables cuyo rigor no se atemperaría hasta que todo enemigo, o supuesto enemigo, hubiese sido castigado. Paralelamente, en esa tumultuosa huida, iban también, añadiendo sufrimiento al sufrimiento, quienes habían difundido la exageración, patrañas y verdades que la propaganda exaltaba y que en aquel momento atizaban el pánico en el cual ellos mismos se veían envueltos. Y ese pánico nadie resultaba capaz de atajarlo. Suponer que los gobernantes republicanos provocaron intencionadamente el terrible éxodo no es para ser creído, pero sí que las armas de la propaganda desmesurada, del odio violento, se volvieron en su contra, y disputándose el mismo vehículo, o cargados con iguales fardos bajo la lluvia, huían aterrorizados la mujer que leyó el panfleto y temía que sus hijas fueran violadas por los moros y quien elevó el hecho, cierto pero aislado, a sistemático con el fin de acrecentar el odio y ponerlo al servicio de la violencia ciega.

Escribe Zugazagoitia páginas cargadas de desesperación y angustia sobre las jornadas del éxodo, que él vivió de cerca y que por eso están teñidas de fuerte realismo y emoción. Se refiere a los últimos momentos en La Bajol, en las proximidades de la mina que se había acondicionado para guardar tesoros artísticos y menos artísticos. Su tono es muy distinto al que emplea, referido a los mismos lugares geográficos y parecidas circunstancias, Cipriano Rivas Cherif (o Xerif, como se firmaba últimamente), quien cae en lo quejumbroso y agrio y que, rodeado de tragedia por todas partes, concede excesiva importancia a pequeñas privaciones y molestias que las circunstancias imponen a su cuñado el presidente de la República y a él mismo. Zugazagoitia participa, le duele el dolor de los otros y, en alguna medida, se siente responsable. «… Eran riquezas que estaban evacuándose con el sigilo que operación tan delicada imponía. Las inmediaciones de la mina se habían cuajado de unidades militares que caminaban, en derrota, hacia Francia… La oficialidad se había despojada de guerreras e insignias. Los pies hacían, al tropezar, los hallazgos más inesperados. Gorras, otros días orgullosas con su inclinación antirreglamentaria; correajes, cartucheras, fundas de pistolas, folletos de propaganda comunista, carteras militares, cascos, pantalones, cajas de cigarros con la

litografía descolorida… Y, predominando, como trazo simbólico, una materia de la que los ojos y los pies cuidaban apartarse con la misma repugnancia. Si tuvo virtudes fecundantes, los árboles de ese bosque habrán conocido una primavera admirable de verdura. Toda la vanidad estúpida de las insignias inmerecidas, de las jactancias y de las crueldades, se había estilizado a sí misma en un residuo sucio. ¿Cómo dudar que estábamos ante la derrota?»[3].

Si en Barcelona se había disuelto el Estado, y si el Parlamento o sus residuos había pronunciado su amén en Figueras, la república se descabezaría en la raya de Francia. El día 4 de febrero cruzaba la frontera por las trochas pirenaicas Manuel Azaña, presidente de una República moribunda, Diego Martínez Barrio, presidente de las Cortes y sustituto legal de faltar aquel. Por los mismos caminos e igual día lo hicieron los presidentes de la Generalitat y del Gobierno de Euzkadi. Ninguno de ellos regresaría. Es decir, uno de ellos sí lo hizo, para morir, pero en circunstancias trágicas, lamentables y adolescentes de ilegalidad. Negrín, que acompañó al presidente Azaña hasta tierra francesa, regresó para permanecer cuatro días más en suelo español. Su último puesto de mando, desde el cual no mandaba nada porque no había nada que mandar, fue una casa de la acera española de El Perthus. Las últimas tropas se fueron retirando; Modesto con Tagüeña, el comisario Antón y miembros del EM del Ebro presenciaron el desfile, simbólico, de los restos de la que fue 35 División. A medida que pasaban la frontera se veían obligados a entregar las armas. Las vanguardias de Solchaga venían detrás y fueron ocupando los puestos fronterizos. A las 11,35 h del día 9 de febrero izaban su bandera en El Perthus. Algunos puntos de la frontera tardaron más en ocuparse; así Ricardo Sanz, que mandaba la 26 División, declara que cruzó la frontera en Puigcerdá el día 10. En Molió, cercanías de Camprodón, quedaron unas fuerzas republicanas, que parece eran los restos de la 60 División. Avellí Artís-Gener afirma que cruzaron la frontera en la madrugada del 14, pero él mismo cita una noticia de *L’Indépendant* de Perpiñán de la cual parece deducirse que el paso se produjo el

día 12.

Diez días antes de que las vanguardias nacionales alcanzaran los puestos fronterizos, el general Franco, generalísimo de los ejércitos de Tierra, Mar y Aire, jefe del Estado y del Gobierno, y jefe nacional de FET y de las JONS, había cursado una orden en la cual se decía: «Las noticias que se reciben por conductos que merecen crédito respecto a la situación del enemigo aconsejan aprovechar su decaimiento moral y material para no darle punto de reposo, a fin de terminar la campaña en el menor plazo posible, y emprender cuanto antes la gran obra de reconstrucción y reorganización nacional. Precisa pues empezar a adoptar aquellas medidas preliminares que contribuyan a acortar el plazo que ha de mediar entre el fin de las operaciones de Cataluña y el comienzo de las que han de realizarse en la zona Central. A este efecto he decidido que los efectivos del Sur, Centro y Levante se dediquen a su inmediata reorganización…». Esta orden fue cursada el día antes del discurso de Negrín en Figueras; resulta evidente que cuando el representante de Inglaterra, Mr Hodgson, presentara en Burgos, el 5 de febrero, los tres puntos como base de negociación —y lo haría con timidez desencantada— no estaban destinados a tener eco; como si hubiesen sido los trece, o uno solo.

Es posible también que, cumpliendo el compromiso que Jules Henri contrajo junto a la frontera con Negrín y Álvarez del Vayo, monsieur Bérard, que se entrevistó el sábado 4 con el conde de Jordana, le expusiera formulariamente las ofertas de paz de Negrín. Estas conversaciones, que continuaron el lunes, eran prolegómenos para el reconocimiento por parte del gobierno francés del de Burgos, reconocimiento que implicaría una amplia gama de concesiones por parte de Francia. Lo mismo este país que Gran Bretaña daban por decidida la guerra y se disponían a ponerse a bien con el vencedor. Las relaciones entre las democracias y los nacionales nunca fueron tan malas como algunas manifestaciones externas y hechos aislados podrían —y pudieron— hacer creer.

Se caracterizaron estos días por una intensa actividad diplomática que tenía por centro a Burgos. Mientras los representantes de las democracias se apresuran a allanar los caminos que conducirán a una normalización de relaciones, Alemania ejerce presiones para que España se adhiera al Pacto Anti-

Komintern. El gobierno nacional da largas al asunto, resiste las presiones y pospone cualquier decisión a cuando termine la guerra, con lo cual quedarían desmentidos en parte los temores manifestados por Negrín. Lo que Burgos está tratando es de crearse una posición internacional firme, lo más firme posible, para hacer frente a la paz —su paz— que por primera vez y con fundamento se ve próxima.

V

Entre el 29 de septiembre de 1938 y el 15 de marzo de 1939, fecha esta última en que Hitler invadió Checoslovaquia a partir del país de los Sudetes, que le había sido cedido en virtud de los acuerdos de Múnich, Europa vivió en un moderado clima de distensión. Este plazo de algo más de cinco meses vino caracterizado por un reajuste de las relaciones —mejor diríamos de los conflictos— entre las potencias mundiales. Hasta que el III Reich tomó la iniciativa de invadir un país no germano, los gobernantes democráticos y una considerable parte de la opinión pública de sus respectivos países creían todavía posible el mantenimiento de *la* paz por virtud de lo que se calificó de política de apaciguamiento. Existía, abierta o soterrada, cierta dosis de mala conciencia colectiva dimanante de las condiciones que a los alemanes se les había impuesto en el Tratado de Versalles. Este sentimiento, que no era general ni compartido por todos, ejercía influencia en las decisiones políticas. Los antiguos aliados fueron poco a poco cediendo: plebiscito del Sarre, remilitarización de Renania, el *Anschluss,* anexión de la parte de Checoslovaquia con mayoría de población alemana… Cuando Hitler entró en Praga y cuando al día siguiente se declaró «protector» de Eslovaquia, territorio que había proclamado su independencia unos días antes, las democracias llegaron a la conclusión de que la guerra era inevitable. Hasta la invasión de Polonia se sucederían diversos y complejos acontecimientos y cambios de frente en el tablero internacional; el más espectacular e influyente sería el pacto germano-soviético, verdadera sorpresa para las cancillerías y para los europeos todos.

A raíz del Pacto de Múnich y a pesar del moderado optimismo de Chamberlain, Gran Bretaña entró en una actividad diplomática

destinada a asegurarse alianzas y a neutralizar posibles enemigos. Por lo que afecta al conjunto de la guerra de España y mientras unos afirman que la actitud inglesa fue favorable a los republicanos, los contrarios no dudan en que se inclinó hacia Burgos.[1] Inglaterra —lo repetimos— no deseaba el triunfo de ninguno de los dos bandos ni el eventual renacimiento de un estado fuerte del signo que fuese. El interés de Gran Bretaña fue históricamente el mismo: una España debilitada y políticamente inestable, que necesitara un grado de protección no onerosa ni que comprometiera demasiado, y facilidades para mantener un comercio ventajoso y para el desarrollo de las empresas e intereses ingleses en territorio español. El verdadero juego de Gran Bretaña se manifestó en aquella tremenda farsa, como se califica con rara unanimidad, que fue la llamada No Intervención, que se sacaron de la manga. Era la manera de mantener localizado el conflicto, de que no degenerase en guerra general en la cual Inglaterra se viera involucrada, y de que los cuantiosos intereses británicos en la península no fueran menoscabados en exceso. En mucha parte lo consiguió cuando las circunstancias parecían más desfavorables, con lo cual hay que reconocer que, si la posición puede parecemos egoísta a nosotros los españoles, desde su insular punto de vista obraban con un pragmatismo defensivo que no pueden autorreprocharse.

La posición de Alemania era más compleja; por una parte le convenía una España fuerte en lo militar y político, aliada a ellos por agradecimiento y conveniencia, pero tampoco les interesaba que se industrializara hasta surgir como nueva potencia. En el aspecto económico necesitaban una España predominantemente agrícola y minera, dependiente de Alemania en cuanto esta nación sería su principal cliente de minerales para las industrias y en particular las militares. De ahí que, aunque no descartaban la posibilidad de que se llegara a una paz negociada, nunca se decidieron a presionar a Franco para conseguirlo; podía resultar debilitada la posición política alemana y dar al traste con esperanzas y proyectos, así como malograr los capitales y esfuerzos invertidos en la ayuda.

Casi todos los intentos de mediación que se dieron a lo largo de la guerra fueron de iniciativa —o con intervención— inglesa; propugnaban por una mediación orquestada por su diplomacia. El

triunfo de Franco inclinaría la balanza en favor de las potencias totalitarias, y en caso de ganar la república, tal como se había ido configurando su estructura, significaba la afirmación de influencias soviéticas en el Mediterráneo, asomándose al Atlántico, y compartir el dominio del estrecho de Gibraltar. Una paz negociada, un gobierno —¿cuál?— inestable y en deuda moral y material con Gran Bretaña era lo que más podía satisfacer a su diplomacia. La reconstrucción del país se haría bajo protección inglesa y nunca una nación grande ha protegido a un menor sin obtener sustanciosas ventajas y aún beneficios a la larga o a la corta.

A medida que las operaciones militares hacían prever el triunfo de Franco, el posible y teórico arreglo iba cambiando el matiz; cuando en el último momento solo podía concebirse la victoria franquista se imponía limitarla, reducirla. Trataron entonces de justificar sus propósitos de intervención solapada con móviles humanitarios; pero también estamos autorizados a mostrarnos relativamente escépticos: los británicos, a lo largo de la historia, nunca se mostraron blandos en sus campañas, en sistemas de explotación colonial ni en nada. Quizás el «humanitarismo» sea algo que los gobiernos y la prensa de cualquier país invocan cuando les conviene, cuando erigirlo en bandera puede resultan útil a las ideas o intereses que defienden, o cuando no les compromete. Los ejemplos son tantos y tan evidentes que no merecen mayor comentario. Ese humanitarismo de conveniencia se eclipsa desde el momento en que al propio país le corresponde limitar castigos que cree merecidos, mitigar durezas que considera justificadas para el mantenimiento del orden entre propios o extraños. Y no es achacable en exclusiva a Gran Bretaña, aunque por haber dominado esta nación vastos territorios se ha visto mayormente obligada a aplicar la mano dura mientras que su postura democrática le inclinaba paralelamente a criticar a los demás. Conocida es la situación en que se hallaban los trabajadores ingleses, incluidos niños y mujeres, en el campo, las industrias y las minas, al tiempo que la Real Armada combatía el esclavismo en los mares y sus colonias se hallaban saturadas de esclavos.

La muestra efectiva de esa actividad pacificadora en España es la rendición de Menorca, episodio insuficientemente aclarado y que se explica de maneras no coincidentes en diversos libros. De todos

ellos se deduce un hecho cierto: que interviene en la mediación un oficial de la marina inglesa a bordo de cuyo navío, el *Devonshire,* se celebran las entrevistas entre españoles de ambos bandos, y que a bordo del mismo crucero se firma la capitulación que lleva aneja el evacuar alrededor de medio millar de militares, marinos, funcionarios, paisanos, mujeres y niños. ¿Fueron 300, 400 o 600 los evacuados? El número exacto, sobre el cual no existe acuerdo, tampoco interesa demasiado.

La conquista de Cataluña por parte de los nacionales dejaba a la isla de Menorca, a pesar de sus formidables defensas, en estado sumamente inseguro y debió cundir el desánimo entre las fuerzas que defendían la isla. La proximidad de Mallorca, importante base aérea hispanoitaliana, a cuyos puertos se acogían las unidades de la titulada escuadra de bloqueo, no debía resultar tranquilizadora para los republicanos menorquines. Cuenta el coronel Martínez Bande que el plan «de ocupación de la isla», que' suponemos debe significar la capitulación de sus guarniciones, fue idea del jefe de la Región Aérea de Baleares, teniente coronel Fernando Sartorius, que lo propuso a su superior, el general Kindelán, y que el 28 de enero mereció la aprobación del Generalísimo. No sabemos en qué consistía aquel plan ni por qué el jefe de la Región Aérea había llegado a la convicción de su viabilidad. Podía conjeturarse que existían contactos personales entre oficiales de ambas islas, pero la suposición queda coja al ignorar si esos contactos eran de índole personal o familiar, y si agentes ingleses intervininieron, cosa que parece probable. Están de acuerdo los que escriben sobre la rendición de la isla en que fueron arrojadas proclamas incitando a la rendición, en que se concedía un corto plazo, y en que esas octavillas comenzaron a lanzarse desde aviones «mallorquines» el día 3 de febrero. Como sabemos, el coronel Brandarís, aquel a quien se propuso para la comandancia de Barcelona y al fin se le dio el mismo cargo en Olot, había abandonado recientemente la isla. Fue nombrado nuevo gobernador militar Luis González Ubieta, que hasta entonces había mandado la flota republicana. Sospechan algunos que esta designación fue intencionada, con vistas a la rendición, pero no se expresan al respecto con la debida claridad.

Su condición de marino y miembro de la masonería pudieran ser datos a tener en cuenta.

El 4 de febrero se entrevistó el teniente coronel Sartorius con el cónsul inglés en Mallorca, capitán Alian Hillgarth, quien puso a disposición del representante nacionalista un crucero, el *Devonshire,* cuyo capitán, Muirheard-Gould, intervino, aunque solo lo hiciera en forma de «notario», en las negociaciones. No parece posible que un cónsul, sin haberlo consultado previamente con el Foreign Office y con el Almirantazgo, se arriesgara a patrocinar operación de tal naturaleza. Un joven historiador inglés, Michael Alpert, que ha consultado los archivos británicos, aclara que «la primera reacción en Londres fue que no podía permitir que ningún funcionario ni oficial inglés pudiera mediar en el conflicto». También le parecía indispensable que se recabara autorización del gobierno de Franco y del republicano. De acuerdo siempre con lo que escribe Alpert, el cónsul Hillgarth contestó «que Burgos había aprobado el plan y, por lo que se refería al gobierno Negrín, este se encontraba desparramado por la carretera entre Barcelona y la frontera francesa e incomunicado con la isla de Menorca». Otro de los argumentos esgrimidos por el cónsul fue que «tendría el probable efecto de evitar una presencia italiana en la Isla», argumento este que pareció decidir al Foreign Office.

En las primeras horas de la mañana del 7 de febrero el *Devonshire* fondeó en la bahía de Mahón. Parece que la primera entrevista con Ubieta la sostuvo a solas el comandante inglés; después se entrevistaron en su presencia los representantes de ambos bandos. El representante nacional, Fernando Sartorius, que era conde de San Luis, y que con nombre o título suele ser designado indistintamente, conminaba a la rendición de la isla con amenaza de bombardeos aéreos y firme bloqueo y ofrecía al tiempo que, en caso de deponer las armas pacíficamente, podrían abandonarla cuantos lo deseasen con la garantía del marino inglés. Manifestó Ubieta que necesitaba autorización del Gobierno para negociar la rendición y parece que se reunió, con el mismo fin, con representantes del Frente Popular, y que se cursaron avisos a los militares y demás personas que se consideraran comprometidos, que podían expatriarse.

Mientras que al día siguiente volvían a reunirse en el buque

inglés los representantes nacional y republicano, tres batallones se sublevaron en la parte occidental de la isla: Ciudadela, Ferrerías y San Cristóbal. Con tal motivo, dos hidroaviones se trasladan desde la base de Pollensa a Ciudadela para unirse a los sublevados y, poco después, dos lanchas torpederas con soldados de aviación a bordo {medio centenar) zarpaban hacia la costa occidental con el mismo propósito. El general Cánovas, comandante militar de Baleares, dispone por su parte que embarquen fuerzas de tierra; es como si se hubiese establecido una desordenada carrera. Algunas unidades gubernamentales reaccionan contra los sublevados y marchan contra ellos. Aviones italianos bombardeaban Mahón: según Martínez Bande lo hacen sobre el castillo de la Mola en represalia de que un avión nacional haya sido derribado por la artillería antiaérea. Jesús Salas Larrazábal no menciona este derribo ni tampoco otros autores que se ocupan de estos episodios. El bombardeo causó viva indignación en el capitán Muirheard-Gould, pues era contrario a lo estipulado de interrumpir toda acción aérea hasta que el crucero terminara su misión, y a punto estuvo de suspenderse su intervención y levar anclas el crucero inglés. Ante estos hechos confusos hay que plantearse una pregunta: Si Sartorius era jefe de la Región Aérea de Baleares, ¿cómo los aviones volaban y bombardeaban sin su conocimiento y autorización? La respuesta, que no resulta difícil de conjeturar, y que Broué y Témime habían propuesto con anterioridad, viene ahora confirmada por el citado Michael Alpert: «Según el informe del Cónsul, tres aviones "Savoia" bombardearon Mahófi a las 16 h del 8 de febrero, matando a tres personas, hiriendo a diez y causando extensos destrozos». Fue un acto de indisciplina de los aviadores italianos despechados por el sigilo con que se habían llevado los parlamentos y quizá —supone Alpert— con «deseo intencionado de perjudicar las negociaciones». Estas continuaron y se acordó que, provisionalmente, el coronel retirado Useletti se hiciera cargo del mando de la isla, mientras que en Ciudadela mandaba el comandante de la aviación nacional Noreña, trasladado por aire desde Pollensa.

Si fuera cierto que Ubieta deseaba consultar con el Gobierno, no podía hacerlo porque este se hallaba en bancarrota y su presidente, único capaz de decidir (si es que no había dado previamente instrucciones), el día 8 se hallaba reunido en Agullana con el jefe

del Estado Mayor Central y altos mandos del ejército. Allí mismo dio la orden de pasar la frontera; ni podía ser localizado ni puede suponerse que su ánimo se hallara propicio a ocuparse de lo que ocurría en Menorca.

Cuenta Benavides que Ubieta comunicó por telégrafo con Miaja solicitando aviación, marina de guerra y municiones antiaéreas (lo cual equivalía a pedir la luna) y que Miaja contestó de inmediato que le resultaba imposible enviar ayuda. Nada se sabe de las fuentes utilizadas por Benavides; todo, en cambio, permite suponer que se trata de un error o de una información falsa, lo mismo que cuando afirma que Negrín se hallaba en Francia.

Algunos jefes y bastantes oficiales optaron por quedarse voluntariamente en la isla; otros no pudieron ser advertidos a tiempo para embarcar. El *Devonshire* zarpó durante la noche del 8 al 9, llevando a bordo a González Ubieta, al delegado gubernativo, y a jefes, oficiales y civiles cuyo número exacto resulta difícil de determinar. Se hicieron además a la mar el motovelero *Carmen Picó* de 247 Tm y alguna embarcación menor. A la misma hora —hacia las 3 de la madrugada del 9— zarpaban de Barcelona tropas de la 105 División nacional que ocuparían la isla.

El episodio de la rendición de Menorca queda bastante claro en cuanto a su desarrollo y menos por lo que hace a su origen y gestación. Quienes podrían estar mejor enterados han guardado silencio.[2] En la literatura bélica de inspiración nacional apenas solía citarse hasta épocas recientes, bien fuera por su simultaneidad con acontecimientos de mayor importancia, bien porque no deseara aludirse a la intervención, mayor o menor pero evidente, de Inglaterra.

Escriben Broué y Témime que la radio inglesa negó que el gobierno británico participara en el acuerdo, declarando que el comandante del *Devonshire* obró por su cuenta. Añaden los citados historiadores que el conde de Jordana, ministro de Asuntos Exteriores en Burgos, aseguró a los alemanes que no existía ningún acuerdo sobre Menorca entre su Gobierno y el inglés. Pero concluyen: «Se trata de afirmaciones diplomáticas».

Leyendo los telegramas cruzados entre el Ministerio de Asuntos Extranjeros alemán y la embajada alemana en España, entre los días 9 y 12 de febrero, en la documentación publicada bajo el epígrafe

Archives secretes de la Wilhelmstrasse,[3] se llega a la conclusión de que los alemanes nada sabían sobre los tratos en que se andaba para la rendición de la isla. El primer telegrama lleva fecha del 9 y lo motiva el hecho de que en el Ministerio de Berlín se hayan enterado de la intervención británica por la lectura de la prensa «inglesa y francesa» y de que Franco se comprometía a «no enviar a la isla más que tropas puramente españolas». De la Wilhelmstrasse se piden aclaraciones inmediatas, pero muestran mayor preocupación ante la sospecha de que la mediación británica pudiera ser más amplia, sospecha que se acentúa por el viaje del senador francés Bérard a Burgos. Al día siguiente contesta telegráficamente Von Stohrer, quien da sobre Menorca algunos de los datos esenciales que conocemos (no menciona para nada la sublevación de Ciudadela), y subraya que el traslado de tropas se ha hecho exclusivamente en buques españoles sin que haya averiguado nada sobre compromisos previos de Franco y los británicos, relativos a que solo la infantería y artillería españolas ocuparían la isla, y sí de que las negociaciones se llevaron «bajo mano» (sin que lo supieran alemanes ni italianos, añadimos nosotros) desde un tiempo atrás. Se deduce que el día 11 el embajador alemán hizo una visita al conde de Jordana quejándose de que lo que estaba ocurriendo pudiera dar la impresión de «que España acogía con los brazos abiertos a sus antiguos adversarios» (Inglaterra y Francia). El ministro de Franco le tranquilizó con sutiles argumentos sobre los puntos generales que más preocupaban a los alemanes, y sobre lo acontecido en Menorca hizo manifestaciones que pueden resumirse en que se trataba de rendir la isla evitando derramamientos de sangre. Por faltar algunas palabras se ignora si se dieron algunas explicaciones más pero se conjetura que no debían ser, en todo caso, importantes. Y también se deduce que la información alemana —como casi siempre— era débil e incompleta aun dentro de la zona nacional.

La capitulación de Menorca tendría repercusión política entre quienes en la zona Centro-Sur estaban disponiéndose a tratar lo que calificaban de «paz honrosa». El hecho de que en Menorca los nacionales hubiesen negociado con Luis González Ubieta les parecería sintomático; también el hecho de que en la isla permanecieran algunos militares republicanos les haría suponer que habrían recibido promesas o, por lo menos, garantías.



Mientras las tropas republicanas abandonan Barcelona, la población hambrienta asalta los Doks y otros depósitos de víveres.

Dos destacados jefes procedentes de milicias: Pedro Mateo Merino y Manuel Tagüeña.





Junto a la Pasionaria y un grupo de muchachas se retratan Modesto, Cordón y el ministro de Agricultura Vicente Uribe.



Julián Zugazagoitia.



Febrero 1939: soldados y civiles en El Perthus

Prisioneros republicanos en una cárcel nacional

VI

El día 9 abandonó Negrín El Perthus y lo hizo por indicación del general Fagalde, jefe de la división francesa con sede en Montpellier. El militar francés se portó correctamente con los últimos republicanos, aunque un testigo presencial apunta que se trataba de «corrección fría». Una foto en que se le ve saludando al general Bautista Sánchez, que llegó pocas horas después, permite conjeturar que la acogida a los «otros españoles» debió ser más calurosa.

El presidente del Consejo se trasladó a Perpiñán y de allí a Toulouse, en cuyo consulado español le esperaban los ministros, excepto Giral, que había acompañado a París al presidente de la República. En la capital francesa Azaña se había instalado en la embajada y estaba resuelto de manera firme y conocida a no regresar a la zona Centro-Sur. En evitación de cualquier maniobra de Negrín para conducirle allí contra su voluntad, desde tiempo atrás se había negado a emprender vuelos en avión.

En Toulouse se celebró Consejo de Ministros sin que nadie haya dejado testimonio escrito de lo que se trató. Por los hechos que se sucedieron cabe deducir que Negrín impuso su voluntad. Es sabido que los ministros, salvo Álvarez del Vayo y Uribe, no deseaban aquel traslado; pero es posible que ni siquiera se mostraran enérgicos en la resistencia. ¿Qué argumentación emplearía Negrín ante los componentes del gabinete? ¿Que se proponía continuar la guerra a ultranza? ¿Que les necesitaba en España para seguir insistiendo en las gestiones de paz? ¿Que regresaban a territorio republicano para dar sensación de firmeza, ganar tiempo y poder emprender una ordenada evacuación de quienes desearan abandonar España? ¿Que estaban a punto de llegar a puertos de

Levante grandes cantidades de material? Probablemente un poco de todo lo apuntado; no acostumbraba a dar muchas explicaciones, solo las que consideraba indispensables para que los demás obedecieran, y esas explicaciones podían ser verdaderas o no serlo. Quien mejor estaba en el secreto de que no iban a recibirse apoyos internacionales era Álvarez del Vayo, y se mostraba decidido partidario de continuar resistiendo.[1]

A la mañana siguiente, sábado 10 de febrero, Negrín, a quien acompañaban el ministro de Estado y Santiago Garcés, jefe del SIM, aterrizaron en Alicante. Parece que almorzaron en el Peñón de Ifach con el general Miaja, Matallana, y algunos creen que con Hidalgo de Cisneros, lo que no debe ser cierto puesto que Hidalgo se había trasladado a París ocupándose en algunas gestiones antes de regresar a España. Aquella misma tarde marcharon a Valencia, donde otros autores suponen que se celebró la reunión con los militares.

El día anterior, el general Miaja había sido nombrado jefe supremo de las Fuerzas de Tierra, Mar y Aire, y Matallana del Grupo de Ejércitos. El mismo día anterior, Miaja, en presencia del comisario del Grupo de Ejércitos, el comunista Jesús Hernández, miembro del Politburó y la persona más significativa del Partido, después de La Pasionaria, había desmentido ante los periodistas que «miembros de su Estado Mayor estuvieran en relación con el enemigo para supuestas negociaciones», bulo que, según él, había sido difundido por la prensa extranjera.

Vamos a enfrentarnos con el período caótico, frenético, desconcertante, de la agonía republicana que se prolongará hasta el momento en que Franco firme el último parte de guerra, con lo cual esta quedó oficialmente cancelada, pues la redacción castrense de aquel último parte es sentencia en la cual no creyeron ni quisieron ni podían creer muchos de quienes habían puesto sus ilusiones y arriesgado la vida a una carta que nunca supusieron que podía perder. La gran losa sepulcral cayó sobre la tumba de la segunda república, o de la tercera, que tanto monta. Durante casi cuarenta años se han venido haciendo vaticinios, se ha esperado, confiado, se han mantenido encendidos fuegos sagrados, se ha seguido

sacrificando al recuerdo. Si el porvenir se orienta, y quizá nunca ha dejado de orientarse, por las más inexplicables vías, hacia realidades futuras que puedan equivaler a resurrecciones parciales, aquella república quedó enterrada definitivamente entonces. Nuevas gentes aportarán nuevas esperanzas pero la plataforma histórica, la realidad nacional y universal serán, son, distintas. Distintos serán, si la ocasión llega, quienes pondrán en pie y uso nuevas realidades, y si en ese momento quedan supervivientes, ellos mismos habrán cambiado. La guerra de 1936-1939 es historia; a que las lecciones que de su estudio puedan deducirse sirvan de provecho, y a conseguir que los españoles no recaigan en los mismos errores u otros parecidos deben ir dirigidos los libros que sobre el tema se escriben.

El triunfo de los nacionales representó la irrupción del pasado en la historia contemporánea, un frenazo en la marcha de esa historia, de los sucesos que la configuran; un retroceso, en suma. Sin caer en un determinismo extemporáneo hay que reconocer ciertas dosis de fatalidad en aquel triunfo, porque dentro de la república, una considerable suma de los principios en que se fundamentaba, de las metas que por diferentes caminos se proponían los hombres que lucharon bajo su bandera, cayeron por el peso de los propios errores y vicios, por la dispersión de esfuerzos y sacrificios, por los antagonismos tercos, por inmadurez política de alguno de sus paladines, porque también una alta proporción del abigarrado bagaje, que era su patrimonio y el pie forzado a que su actuación se hallaba sometida, pertenecían también al pasado de aquel 1936, y en el conglomerado, que nunca consiguió homogeneizarse, entraban sustancias explosivas, ardientes propósitos que disparaban hacia dianas más allá de las posibilidades inmediatas, abstracciones idealistas tocadas de utopía, y propugnaban la puesta en práctica de métodos que el sentido práctico de un elevado número de españoles rechazaban (o se resistían a aceptar) porque no deseaban caer en un oscuro túnel cuya salida, si en verdad existía y se podía llegar a ella, solo la alcanzarían los nietos o los biznietos. La pasión dominó al pensamiento, la casualidad jugó su papel, en veinticuatro horas demasiados españoles se vieron constreñidos a tomar decisiones, guiados por la velocidad adquirida, por el instinto, por el arrebato,

y, considerando lo trascendental de la elección, sin suficientes elementos de juicio. Y resultaba preferible participar de aquella embriaguez colectiva y extremosa que mantenerse lúcido y vigilante pues aparte de la dificultad que esto representaba hubiera podido conducir a la desesperación o a la locura.

Para explicar este final de la guerra, para llegar a matizar hasta el fondo el caos que se produce en el campo gubernamental en la postrera fase, no son suficientes los datos que se poseen. Existen algunas incógnitas imposibles de despejar por el momento; solo los dogmáticos se salen del trance con simplificaciones cuya inconsistencia queda evidenciada por sus propias contradicciones. De las incógnitas que resultan difíciles de poner en claro de manera indubitable y, por tal, satisfactoria, la principal se llama Juan Negrín, la segunda, Segismundo Casado, la tercera, Josef Stalin; las demás se relacionan con la conciencia, las intenciones y el proceder de una porción de militares y políticos, de personajes que se mueven, debaten, agitan en este postrer período y que han dejado escasas trazas de su conducta, mientras que una barrera de silencio se ha corrido sobre el auténtico fondo de sus pensamientos, que pudiera ocurrir que tampoco fuesen claros y que ni ellos mismos resultaran capaces de explicarlos hoy con coherencia y sinceridad.

A partir de su incorporación a la cumbre política del país, la personalidad de Negrín es la más fuerte y destacada de cuantas componen el bando republicano y resulta difícil orientarse y llegar a conclusiones a través de muchas y contrapuestas páginas que sobre él han quedado escritas. Raro es conseguir una iluminación satisfactoria que permita interpretar con seguridad los hechos de que fue protagonista y que en muchas ocasiones también fueron contradictorios y desconcertantes. Entre sus frases hay una que se ha repetido y que conviene considerarla significativa: «Eso no se lo cuento yo ni al cuello de mi camisa». De la conversación o correspondencia con personas que le conocieron o trataron, tampoco se llega a conclusiones convincentes, pues Negrín fue, y sigue siendo, sujeto y objeto de pasión. Más fácil resulta averiguar algo sobre su vida anterior que sobre aquel nuevo personaje que se manifestó a partir de mayo de 1937 al ocupar la presidencia del Gobierno, o quizá antes, cuando Largo Caballero le nombró ministro de Hacienda, que fue el momento en que el cambio se

inició en la intimidad de su persona y en su actuación en el seno del Partido Socialista, porque a través de Stashevsky, del embajador Rosemberg, o de otros agentes comienzan en la URSS a ver con simpatía al docto profesor que la guerra iba a conducir a situaciones inesperadas.

Sus enemigos —y sus amigos no suelen negarlo— resaltan algunos aspectos de su vitalidad siempre insatisfecha, referida a dos «pecados capitales» concretos: la gula y la lujuria, dando por seguro que la soberbia era condición dominante de su carácter. Acostumbran los enemigos a presentar esas, llamemos flaquezas, en forma negativa y antipática, y de hecho quizá lo fueran por ejercitarse en circunstancias en que la gula significaba ofensa para el hambre colectiva y la lujuria podía convertirse en vehículo de miserables transacciones o inducir a confianzas imprudentes. Parecería que las alusiones a la vida privada, a las costumbres personales de Negrín, fueran solo malintencionado chismorreo.[2] De hecho, esas «acusaciones» pudieran ser desahogos de enemigos que no le faltaron, si bien señalar esos excesos sirve para definir los contornos de una personalidad fuerte y compleja y contribuyen a su mejor entendimiento.

Quienes han escrito sobre Negrín, y son cuantos lo han hecho sobre la guerra, dan de él una imagen de acuerdo con sus propias simpatías o antipatías, que de origen político han pasado a personales. Los comunistas, que fueron quienes con mayor eficacia lanzaron a la publicidad el «mito» Negrín, lo fueron después rebajando hasta llegar a atacarlo con malevolencia que busca la destrucción y que encaja mal con cuanto quedó escrito en su momento. Los comunistas disidentes arrecian con mayor saña en sus ataques, pero tampoco conviene dejarse convencer por sus acusaciones. En el campo socialista cuenta Negrín con encarnizados enemigos y es natural que así sea. Lo mismo ocurre entre los anarquistas y, en general, entre cuantos al final de la guerra se alinearon con Casado y Besteiro. De los libros aparecidos en España hasta hace unos años nada puede deducirse sobre la personalidad del último jefe de Gobierno, pues lo aluden con tópicos agresivos carentes de valor histórico, como cuando calificaban al Gobierno de comité, o de milicianos a los soldados.

De la lectura atenta de referencias que sobre él se dan, de su

conducta política, de escenas más o menos verídicas que se nos relatan —y lo difícil es establecer el grado de veracidad— y de otros elementos dispersos, podemos llegar a algunas conclusiones. En primer término, se deduce que Negrín, que en esta época contaba cuarenta y siete años, no fue aquella figura monolítica que se pretende sino que, como hombre dotado de alto nivel de inteligencia, su carácter era complejo y matizado. Un predominio de la energía, al cual no sería ajena su constitución física, le permitía mostrarse firme a la hora de adoptar o sostener decisiones, si bien esa firmeza, que en algunos casos era manifestación de seguridad interior, pudiera servirle en ocasiones para enmascarar ante los demás sus propias dudas y vacilaciones. Que su soberbia era grande parece evidente, aunque era también susceptible de atemperarse por la educación. Se consideraba en cualquier momento por encima de las personas que le rodeaban, de las cuales se servía para sus propios fines, limitando sus funciones a aquello que él consideraba podía encargarles, delegando una parcela de su propio yo. Confiaba en los conocimientos militares de Rojo, en la eficacia de Modesto, que venía apoyada por el PCE, y en el arrojo de Líster, que conducía a sus tropas a las más duras misiones y cuyo éxito hacia afuera estaba garantizado por la propaganda; confiaba en aquellos a quienes podía atar corto o controlar. En el fondo, no confiaba más que en sí mismo. Y esa soberbia era su fuerza y su debilidad en una sola pieza; de ella emanaba su confianza y su desconfianza. Se consideraba formidable director de una orquesta integrada por unos cuantos solistas discretos y por músicos que desafinaban tan pronto como desatendían su magistral batuta. En ello había una parte, solo una parte, de verdad. A veces le acometían fallos psíquicos, descensos de vitalidad, desconfianzas, desilusiones; sus planes se disolvían en la nada. Entonces achacaba la culpa de sus errores a los enemigos, a los aliados, a sus colaboradores, a la fatalidad… Es difícil averiguar, pues eso tampoco se lo confiaba ni al cuello de su camisa, si descubría sus propios fallos, sus fracasos, aunque fuesen los achacables a imprevisión, al no haber sabido prever esos fallos, fatalidades o deslealtades.

Cuenta Zugazagoitia la emoción que se apoderó de todos —y en esos «todos» está incluido Negrín— cuando buscaron refugio en las

casas de la acera española de El Perthus, emoción que confiesa se resolvió en lágrimas que trataban de ocultarse unos a otros. No lo precisa, pero es posible que Negrín también se entregara a ese desahogo a lo Boabdil, actitud comprensible considerando lo dramático del momento. Jesús Hernández lo describe en los últimos días de Elda: el presidente ha andado perdido unas horas, horas cruciales en que su presencia resultaba imprescindible, nadie sabe adónde ha ido (a ninguna parte, a pasear, a ocultarse, a cualquier sitio inútil…). Le pinta fatigado, desaliñado, encasquetado el sombrero flexible, húmedo, y como *inri* con abrazaderas de las que utilizaban los ciclistas ciñéndole los bajos de los pantalones de paisano. Si tenemos testimonios de esos hundimientos depresivos, los mismos testigos nos informan de su capacidad de recuperación. Su otra capacidad, la del disfrute de los placeres, también viene avalada por testimonios diversos; y que se convertía en necesidad que estaba obligado a satisfacer. ¿Podría suponer una búsqueda de evasiones, hacer saltar una válvula de escape para que la tensión angustiosa, contenida y disimulada, se resolviese en la huida hacia la embriaguez y el espasmo? Porque, paralelamente, nadie le niega ni regatea capacidad de trabajo que, acuciado por la desconfianza hacia los demás, le llevaba de una parte a otra, sugiriendo, controlando, decidiendo, comunicando ánimos. Hay algo que parece probado: el dominio que ejercía sobre los que le rodeaban. ¿Provenía de una superioridad innata, del cargo que ocupaba, del prestigio con que le habían ungido? ¿Necesitaban los demás sentirse guiados y protegidos sumergiéndose en una confianza de carácter mesiánico? ¿Añoraban la jefatura de la que, a pesar de todo, se sentían huérfanos? A despecho de que impusiera su voluntad por procedimientos poco democráticos, no llegó a convertirse en dictador. En los Consejos de Ministros su voz dominaba y consintió que Indalecio Prieto, el único que podía enfrentársele, fuese defenestrado por los comunistas. No se entregó a Moscú y, si tuvo que resignarse ante imposiciones de la nación que le proporcionaba armas, asistencia y ayuda, lo hizo contra su voluntad, confiado en que llegaría la oportunidad de liberarse de aquella servidumbre. Tampoco vale considerarle anticomunista, especialmente en momentos en que «el peligro comunista» consistía en la infiltración sistemática de sus miembros en los puestos rectores, pero

mostrándose moderados en cuanto a acción revolucionaria cuya realidad se aplazaba *sine die*. Para oponerse a la revolución marxista confiaba Negrín en atraerse el apoyo de las democracias, si se ganaba la guerra o quedaba la partida en tablas y en situación tal que a él le fuera posible levantar cabeza y polarizar, junto a sus partidarios, aquellos otros con quienes creía contar en zona enemiga.

Por parte de los nacionales, a Negrín se le acusa de crueldades y se le hace responsable de cuantas ocurrieron mientras duró el Gobierno y, si conviene, de lo que sucedió antes… y hasta después. No se trata de acusar ni exculpar a nadie. En la época de Negrín se estableció un cierto orden en la retaguardia, funcionaba el SIM y lo que ellos calificaban de «preventorios» y los que los sufrieron de «chekas», se organizaron los «campos de trabajo» y se produjeron determinados hechos luctuosos, y es cierto también que en algunas unidades combatientes las pistolas andaban fáciles al servicio de procedimientos expeditivos. Pero España se hallaba en guerra, en guerra civil, y quien esté libre de pecado que arroje la primera piedra, y mejor será no establecer comparaciones. ¿Que Negrín estaba dispuesto a continuar la guerra sin atender a los enormes sacrificios y sufrimientos de la población civil? No irá a acusársele, por ejemplo, de aquellos que provenían del bombardeo de ciudades y pueblos. Tampoco es válido ensalzar la conducta de numantinos y saguntinos, como se les enseñó a los niños españoles de muchas generaciones, y condenar a Negrín por aquel intento de numantinismo tan atenuado.

Se erigió Negrín en campeón de la democracia y, como es sabido, ninguna palabra resulta tan elástica como esta. Cada uno la emplea con arreglo a su personal concepción de lo que representa, que suele estar de acuerdo con la conveniencia política que le mueve: desde la pretendidamente modélica democracia ateniense, que se ejercía en una ciudad la mayoría de cuyos habitantes eran esclavos, hasta la decimonónica democracia inglesa, o la de muchas repúblicas iberoamericanas. Nos parece obvio precisar las causas por las que se excluye de comentario a las democracias orgánicas y las populares que en época de Negrín aún no se habían inventado. Si se autoerigió en campeón de la democracia es porque en la vaguedad del término podía asentar su fuerza; el apoyo que recibía

de su partido, el PSOE, era escaso, fraccionado, y se le regateaba, y los demás partidos o sindicales tenían sus propios líderes. Los enemigos le califican de dictador; no lo fue, ni disponía de más fuerza que la que emanaba de sí mismo, del equilibrio entre opuestas tensiones, de la inhibición del presidente de la República y de que a Moscú le convenía que figurara al frente del Gobierno persona no afiliada a su partido. Madera de dictador sí tenía Negrín, pero vistió siempre de paisano, y a lo más que condescendió fue a usar algún atuendo de cintura para abajo mixto de militar y excursionista. Como ministro de Defensa que era, de haberse sentido militarista habría conseguido inventarse un uniforme apropiado, como hicieron otros, pero tendía a erigirse en representante del poder civil —pseudodemocrático— que, aun estando el país en guerra, mantenía supremacía y autoridad sobre los militares.

Reproducimos, por creerlas significativas, unas palabras de su discurso de Figueras que resulta difícil dictaminar si traslucen cierto grado admirativo, o son expresiones de forzosa moderación acopladas en pieza oratoria de circunstancias: «Los señores Mussolini y Hitler, a quienes yo no puedo negar una gran audacia, no puedo negar una continuidad de pensamiento, no puedo negar que son hombres de estado que saben lo que quieren, porque aunque sean enemigos nuestros y no pueden contar con nuestra estimación, desde luego no son de esos sujetos por los cuales se pueda sentir desprecio Y ¿en qué concepto —nos preguntamos— tendría Negrín a Franco? Sería curioso saberlo, aunque hay que sospechar que la última verdad a este respecto tampoco se la confiaría ni al cuello de su camisa.

El bando republicano careció de unidad en el ejército y en la retaguardia, en las ideas, en los planteamientos y también en los propósitos. Negrín estaba capacitado para imponer esa unidad; pudo ser jefe, caudillo y hasta, si se quiere, dictador de esa nación, media nación en guerra, y por su voluntad lo hubiera sido; pues, aunque fuese demócrata a su manera y levemente socialista, obraba con pragmatismo que no admitía réplica.

¿En qué momento supo perdida la guerra? No lo averiguaremos nunca. Quien de labios para afuera encarnaba el espíritu de la resistencia a ultranza a nadie podía hacer confidencias. Su drama

íntimo, aquel en el cual se debatía durante los meses cuyas peripecias estamos tratando de poner en claro, era consecuencia de la intransigente actitud de los nacionales, de Franco, para quien las circunstancias sí le resultaban propicias para el ejercicio del mando único, no por consenso de la mayoría, que resultaba difícil de consultar, pero sí de los más fuertes. Ahí radica el drama político y humano del último presidente del Consejo; no encontrar puerta de salida, ni siquiera entreabierta, darse de narices contra un muro infranqueable que le empujaba hacia la desesperación y a buscar soluciones extremas en las cuales tampoco confiaba. Probablemente ya desde la primavera de 1938 se interesaba por una paz mínimamente negociada. Y no la consiguió.

Solo tratando de comprender a Negrín podrá seguirse el intrincado laberinto en que se vieron acorralados los hombres que a cualquier nivel militaron en el bando republicano durante los últimos cincuenta días en que la república agonizó, murió y fue sepultada.

¿Y Azaña? Azaña era el presidente de la República, un cargo y un hombre meramente simbólicos a partir del 18 de julio de 1936, si es que el hombre no comenzó a serlo a raíz de su elevación a la presidencia. Representaba la conciencia de la república, la conciencia lúcida, crítica e impotente. Azaña era feo y esa fealdad física modeló lo más íntimo de su ser e influyó en la trayectoria de su existencia durante la cual se esforzó en trascender esa fealdad que le abrumaba. Tuvo partidarios, muchos, pero en general no fue estimado y ese desvío hacia su persona quedó evidenciado a lo largo de la guerra. Más allá de lo individual, la figura de Azaña como conciencia de la república ya ha empezado a crecer y aún crecerá más. Sus memorias son documentos de primer orden y en virtud de esas páginas su autor se proyectará en la historia con más coherencia que Negrín. Fueron personalidades opuestas y de esa dicotomía surge también el drama y entra a formar parte de las causas que empujan al hundimiento de la república, que arrastra a las demás fuerzas que la apoyaron o buscaron su apoyo para conseguir el triunfo, que no era unitario sino de varias caras. Es Azaña testigo histórico de singular valor que influye poco en la

marcha de los acontecimientos a los que deliberadamente sorteaba. Su influencia derivaría de omisión y esa clase de influencias resultan difíciles de rastrear y como materia opinable se agitan en el movedizo terreno de las hipótesis. Si hemos dicho que sus memorias o diarios son una de las piezas capitales de la bibliografía de la guerra española, los cuadernos anteriores a 1936 pueden utilizarse como una perfecta introducción al tema. Que nadie, sin embargo, busque en las memorias de Azaña lo que no ha de encontrar porque en tal caso le decepcionarán y tratará de disminuir su valor documental. Cualquier lector observará desde que lea las primeras páginas que no están escritas para complacer a nadie y, que si en algún momento imaginó que pudieran ser publicadas sin introducir enmiendas o correcciones, no tuvo empacho en mantener la sinceridad de transcribir lo que iba pensando sin cuidarse de si pudiera o no molestar —herir— a amigos y enemigos. La superioridad documental de este libro con respecto a los muchos que se han publicado consiste entre otras cosas en la puntualidad con que va anotando datos y sensaciones percibidas a través de hechos o personas y la concisión con que deja testimonio de sus opiniones, pensamientos y de la impresión que recibía de estímulos políticos, filosóficos, históricos o del entorno paisajístico. Nada en sus memorias es elaborado a posteriori (y parece cierto que los editores han obrado con escrupulosidad al publicar los manuscritos), a la vista de acontecimientos que permitieran acomodar, consciente o inconscientemente, el hecho a la conveniencia del momento en que va a darse a conocer. Eso y la extremada lucidez de Azaña, que ni siquiera anubla la evidente soberbia salvo en algunas ocasiones referidas a situaciones secundarias, confieren a su testimonio una enorme superioridad sobre cualquiera de los demás.

Las memorias del presidente de la República nos muestran el envés de la trama, el patético envés de la trama. Que nadie suponga que se trata del catecismo y que estemos obligados a tomar las afirmaciones o juicios que él formula y mucho menos las confidencias o los chismes de que es receptor o se hace eco, al pie de la letra; a la vista saltan sus cambios de criterio sobre determinadas personas y aún las simpatías o antipatías que no trata de disimular. Además del enorme interés que más que su lectura su

estudio despierta desde ángulos humanos —humanos pero inscritos en la Historia—, aporta numerosos datos que conviene sean interpretados con conocimiento de las cuestiones, y cautela. Citaríamos a manera de ejemplo su actitud durante la guerra con respecto al gobierno autónomo de Cataluña, frente a Luis Companys, y los juicios relacionados con los anarcosindicalistas; convendría, sin embargo, que todos, colocándose la mano sobre el pecho, sepan distinguir la proporción de razón o razones que pudieran asistirle, y que habrían de rastrearse entre posiciones previas de rechazo, de repulsa que afloran de convicciones y razonamientos políticos pero también de insoslayables impulsos viscerales potenciados por circunstancias de nacimiento, formación y egolatría. Para el historiador los datos que proporcionan las memorias deben ser sometidos a criba; no puede creerse, por poner un ejemplo, lo que le cuenta Saravia el 16 de enero de 1939; que el ejército en Cataluña contaba al comenzar la ofensiva con 90.000 fusiles y que en aquella fecha solo disponía de 31.000. También demuestra que su información sobre los efectivos italianos era floja el 10 de octubre de 1937, si creía que los combatientes italianos sumaban 105.000. La fuerza del documento consiste además en descubrirnos los defectos de información que aquejaban al solitario presidente de un Estado que esta disolviéndose. En otros aspectos su lucidez es notable y quienes le acusan de pesimismo es porque no han advertido la verdadera situación en que se hallaba, la rotundidad de sus convicciones, y algo más grave, que con optimismo panglosiano no se gana una guerra, y si la voluntad de vencer es un elemento que pudo contribuir al éxito, no era garantía suficiente para alcanzarlo, que condujo a muchos extravíos que pudieron ser concausas de la derrota. Ante las memorias del presidente de la República, guste o no guste un documento estremecedor y esclarecedor, no debe adoptarse una actitud de aceptación o rechazo simple y lineal. Hay que lamentar las lagunas temporales, los períodos en que el presidente dio descanso a la pluma, calló. Estos diarios serán en el futuro un documento de primer rango, confesión general de quien, con errores como cualquier nacido, se atrevió a mirar hacia dentro y no se contentó con atribuir toda la culpa a los demás, porque Azaña era el presidente de la República y se consideraba a sí mismo como el

espíritu, el alma de ella.

¿Puede, en verdad, comprenderse en época de paz, por personas normales y equilibradas, cuanto acontece en las guerras? Urgido por otros problemas, sentimientos y preocupaciones, el hombre de la paz se entera por los periódicos, por la TV, por fotografías o películas, por los medios de comunicación con que continuamente se le machaca, de lo que está sucediendo en los países de la guerra, de lo que en otras fechas sucedió en su propio país, y en los libros podemos informarnos de detalles sobre la guerra de Troya, de los Treinta Años y de aquellos inicuos genocidios que se explican en la Biblia. El hombre de la paz se ha creado unas defensas y las hace funcionar automáticamente, con mayor o menor energía inhibitoria, en cuanto los sucesos estén menos o más próximos a su sensibilidad. En virtud de esos mecanismos las degollinas bíblicas, las matanzas de la Reconquista o las llevadas a cabo por el colonialismo europeo dejan relativamente frío al español; le impresionarán algo más las crueldades de las guerras carlistas, en especial si se refieren a pueblos o comarcas que conoce o familias que las relatan con vivacidad, relacionándolas con objetos tangibles por haberles acontecido a próximos antepasados. La última guerra mundial oscureció en el ánimo de las personas sensibles la memoria de los horrores de la llamada Guerra Europea, y ningunos horrores han sido tan explicados, exhibidos y denunciados como los del Vietnam, pues, aparte de las motivaciones políticas, los adelantos técnico-económicos han resultado propicios a las tareas de captación y difusión. Pero el hombre de la paz, tras experimentar un estremecimiento ligero y momentáneo, se aplica en seguida, porque necesita hacerlo, a sus labores, obligaciones y esparcimientos, o a la divagación. Nadie podría sobrevivir a la continua asimilación, aunque solo fuese de una parte pequeña, de los horrores universales de cada día y no solo de la guerra sino de los países en paz: asesinatos, extorsiones, abusos de fuerza, torturas, agresiones, violación, humillaciones inferidas a los débiles, y también agonías, enfermedades, intervenciones quirúrgicas… Cada uno utiliza las defensas con que la propia naturaleza le ha dotado para escapar al dolor ajeno, sin excluir el de los seres más queridos, aunque ahí es

donde pueden fallar los resortes durante plazos más o menos largos.

Estamos refiriéndonos al hombre de la paz y ocurre algo muy distinto con el hombre de la guerra. Existen en él esas mismas defensas, que cambian de grado e intensidad de unos a otros individuos, pero que se sitúan en puntos mucho más distantes del respeto a la vida, a la libertad, al bienestar ajeno y aun propio. La sensibilidad del hombre de la guerra se manifiesta muy amortiguada en esos aspectos. Y la sensibilidad o inclinación al sentimentalismo suele ir disminuyendo, atrofiándose a medida que sea superior la categoría militar o política del sujeto. Y es necesario —no bueno— que así ocurra. Para empezar, se borra el rostro humano del enemigo a quien hay que matar, destruir, aniquilar, y cuando no resulta posible, mutilarle, herirle, infligirle sufrimientos, privaciones, aterrorizarle, conseguir que enloquezca. No puede tener rostro, se impone negarle una condición humana que incline a la fraternidad. Se dispara sobre «objetivos», se bombardean depósitos, líneas de comunicación, cuarteles, ciudades, puertos, y se causan «bajas», cuantas más se causen mayor será el éxito de la operación. Se abre fuego contra vehículos, formaciones, trincheras, nidos, bultos que se mueven, contra atacantes, contra quienes van a ser atacados, contra aviones de tal o cual tipo. No suele verse el rostro de quien se mata a sangre caliente en ese demencial y extremado deporte que es la guerra en campo abierto o en trincheras. Hay que anular cualquier sensibilidad y creer a pies juntillas que todo enemigo es enemigo. Los errores tampoco suelen lamentarse demasiado, ni queda tiempo ni ocasión para ello, pues entre tantas muertes ¿qué importa alguna más? Ocasiones se dan en que al enemigo se le ve la cara, se le oye la voz y se advierten expresiones de terror, desafío o resignación; es la parte más sucia de la guerra, aquella que obliga a maltratar o matar a quienes se encuentran desarmados. De este menester suelen encargarse quienes están mejor dotados de recursos inhibitorios —los verdugos profesionales o de afición— o quienes por imperativos de la ocasión bélica han trasladado aquellas barreras sentimentales a increíbles distancias del hombre normal, o les domina el odio o el afán de venganza. Los que matan, maltratan, hacen sufrir o torturan, reciben órdenes más o menos imprecisas; y de alguien emanan esas órdenes.

No siempre se trata del enemigo; también está el amigo, el camarada, el subordinado, aquellos que militan en el mismo bando. Con ellos se hace indispensable ejercer, asimismo, la crueldad, que suele disfrazarse, y se termina creyendo en el disfraz. Cada vez que se moviliza un reemplazo, que se presencia un desfile, se revisa una unidad o se dan órdenes, se sabe que son muchos los que van a perecer. Cualquier operación sobre la que se cursan órdenes, desde las que emanan del Estado Mayor hasta la voz ejecutiva del cabo, se emprende con la certidumbre de que la muerte, la mutilación y el dolor cobrarán su impuesto, y en ocasiones se sabe de antemano que va a ser excepcionalmente elevado. El hombre de la paz y el de la guerra se sienten más indulgentes con quienes, aun impartiendo órdenes, participan del peligro, porque esa misma participación descarga de la responsabilidad de dar la orden de afrontarlo.

Nos extendemos en disquisiciones que quizá no sean más que lugares comunes. Nos proponíamos significar que para comprender la guerra civil española, lo mismo que cualquier otra guerra, por parte de quienes la padecieron, y con mayor motivo por quienes no la vivieron, se hace indispensable no situarse en actitud mental de jueces intransigentes —o vengativos— de acuerdo con simpatías y antipatías sino esforzarse por conseguir un nivel de imparcialidad que permita mantener limpia la visión. Cuanto aquí trato de explicar en frío estaba aconteciendo en caliente, en distintos planos morales y hasta físicos, paralelos y con escasos puntos de conexión con aquello que podemos considerar la ponderación y el equilibrio, subjetivos pero mayoritarios.

A medida que la guerra avanza se va advirtiendo con mayor claridad que se aproxima el final y que habrá que afrontarlo con los problemas que comporte. No domina aquel deseo vehemente, intuitivo, un tanto irracional, de triunfo inmediato con que ambos bandos se lanzaron a la contienda. A la falta de previsión y a los posibilismos iniciales, que han ido demostrándose ilusorios, sucede una mayor ponderación de las posibilidades propias y de las del enemigo que se fueron desarrollando sobre un tablero complejo. Persisten ilusiones esperanzadas, que se confunden con datos ciertos, pero las experiencias han ido aleccionando a dirigentes y

dirigidos. Fuertes dosis de inercia se confunden con los impulsos, y también interviene con solapado influjo el temor a lo desconocido, a que se rompa el equilibrio y sean barridos estos acomodos provisionales con que está viviéndose la gran aventura, acomodos que permiten desviar la mirada del futuro y que se sustituya y escamotee la realidad difícil de ese futuro con frases embriagadoras, dirigidas a los demás y dirigidas a uno mismo.

¿En qué momento los jefes, aquellos que dirigen —o creen dirigir— la guerra en ambos bandos, comienzan a plantearse con lucidez que el final, a despecho de frases, y de casualidades de cualquier género en las cuales se confía, se aproxima, y que tendrá que afrontarse en circunstancias dictadas no solo por la propia voluntad y convicciones, sino por imposición de la mecánica de los hechos que van a precipitarse?

Tres actitudes se configuran entonces, un entonces que situaremos de manera fluida a partir de los momentos en que la batalla del Ebro está decidiéndose, y cada bando hace balance de las pérdidas propias y de las posibilidades ciertas de superarlas, y que corre en el tiempo hasta que la campaña de Cataluña, tras los tanteos iniciales, puede también considerarse decidida.

Nada parece rígido y absoluto, todo se manifiesta cambiante e inseguro, pero la guerra ha durado demasiado para que no deje de perfilarse, cada día con probabilidades que se traducen en certidumbres, que el final se aproxima. Si en su informe al ministro de Defensa, el jefe del Estado Mayor republicano, al dar noticia de los despliegues de fuerzas, llega a la conclusión de que podrá resistirse, hay que interpretarlo más como expresión de deseo ferviente que como fundada confianza, y porque aceptar la derrota antes de comprometer las tropas en una batalla debe ser incompatible con las obligaciones de un jefe de Estado Mayor. Para probar este aserto, él mismo se desmentirá más adelante.

Entre los gubernamentales las esperanzas de victoria se han diluido; nadie confía en ella de labios para adentro. Se especula con una evanescente paz de compromiso y, por conseguirla, se combate.

Ante la previsión de que la guerra está alcanzando su momento final, se dibujan con claridad tres posiciones principales, aparte de algunas secundarias en las cuales serían factores dominantes el fatalismo y la inercia.

La primera de ellas vendría personificada por Franco, y tras él habría que alinear a los altos jefes militares apenas sin excepción, a los dirigentes políticos de cualquier matiz, a las fuerzas vivas —autoridades, terratenientes, grandes industriales y ganaderos, financieros, representantes de intereses económicos nacionales o extranjeros— las clases medias altas, salvo quienes por sus ideas o por haber sufrido en carne propia represalias o persecuciones están en contra, pequeña burguesía, agricultores, considerables proporciones de funcionarios en activo y algunos obreros de la ciudad y el campo, la mayor parte de los combatientes, familiares de todos ellos, y la Iglesia poco menos que en bloque (excluyendo el clero vasco nacionalista) y dejando corto margen para alguna que otra excepción. Para resumir y evitar omisiones, diremos que con Franco están la mayor parte de «los nacionales», que no significa la mayoría de los habitantes de la zona nacional. Hay que añadir a aquellos que en las regiones bajo jurisdicción gubernamental son sus equivalentes más o menos encubiertos, con reservas por parte de quienes por conveniencia, miedo, falta de previsión, o por imperativo de las circunstancias, han colaborado con el «enemigo».

La posición que llamaremos franquista es clara y consecuente. Conscientes de su superioridad, de la favorable coyuntura internacional, predominando lo militar y religioso sobre lo político, entendiendo en bloque la economía como fomento de la riqueza de terratenientes, grandes industriales, financieros y comerciantes —con excepción de algunas minorías falangistas y tradicionalistas, y desoyendo los consejos alemanes—, solo desean el triunfo militar absoluto, la derrota y aniquilamiento del enemigo, cuya legislación ha sido barrida y lo será en toda España, en particular la referente a aquella tímida reforma agraria. El nacionalismo exacerbado —delirante en ocasiones—, el odio, el orgullo herido por inesperadas derrotas iniciales, unido todo ello al carácter mesiánico de Franco y al sentido de cruzada atribuido a una guerra civil internacionalizada, contribuyen con su peso a que esas posiciones y propósitos no se discutan. Entre los propiamente «nacionales» existe un acuerdo más que mayoritario, casi unánime. La ejemplaridad de los castigos forma parte del triunfo militar y apenas será atenuada por los sentimientos religiosos —auténticos en la mayoría de los casos— de sacerdotes, militares y civiles, hombres y mujeres.

Fueron muchos los sufrimientos, demasiados los muertos en el frente y en la retaguardia enemiga, numerosas las incertidumbres y humillaciones derivadas de situaciones inexcusables, inmenso, fervoroso, el amor hacia Dios y España, y uno y otra —que casi se tienden a confundir— han sido gravemente injuriados por el enemigo; mucho es también el influjo del miedo. La pena de talión no parece suficiente y ocurrirá que la represión, que comenzó con la guerra y que se prolongará tantos años después, hará víctimas también entre padres e hijos, hermanos, amigos y seres queridos de los propios vindicadores a cualquier nivel.

La actitud nacional es explícita. Han llegado a lo largo de la guerra voces de mediación, propuestas veladas de arreglos para una paz de compromiso o para un armisticio que la haga posible. La respuesta ha sido siempre idéntica: rendición incondicional, que el enemigo quede a merced del vencedor. Cuando en Santoña un general italiano otorgó por su cuenta algunas condiciones a los batallones vascos que depusieron las armas, se le desautorizó y no fueron respetadas las condiciones. Otra de las características consiste en no admitir mediadores: ni Francia, Inglaterra, repúblicas hispanoamericanas, ni el Vaticano, ni Italia. Nadie. La única excepción es lo ocurrido en Menorca donde se daban condiciones especiales. Para los canjes, no tan numerosos como podría suponerse, la Cruz Roja.

Quien más había deseado la paz y quien con más desesperado afán aspiraba a conseguirla era don Juan Negrín; necesitaba negociar la paz a cualquier precio —a pesar de evidentes cautelas— para no hundirse en el fracaso y hundir a esa media nación que gobernaba en condiciones tan extraordinarias como se producen en cualquier guerra civil. Era consciente de los lazos que le mantenían en situación de dependencia con respecto a la URSS, al Komintern y al PCE y, al mismo tiempo, que esa servidumbre tenía como causa principal el hecho de que los demócratas, salvo Francia en el primer impulso, le habían dado escaso apoyo mostrando mayor generosidad en buenas palabras, propaganda retribuida o gratuita, y alguna ayuda periférica como ambulancias, *comed beef* o leche en polvo, visitas de personajes y presiones en los organismos internacionales. La recluta de los combatientes de las llamadas Brigadas Internacionales y la adquisición y el paso de armamento

por la frontera, entraba —frenado por las circunstancias— en las que pudiéramos calificar de obligaciones básicas de las democracias. Necesitó, como el aire que respiraba, el material de guerra que le llegaba de la URSS con irregularidades, agravadas por la No Intervención, que disminuían su eficacia a la hora de utilizarlo. Tampoco podía olvidar que su dependencia de la URSS tuvo origen en un acto de complicidad —ante una situación desesperada, aclaremos— que le abrió las puertas del poder con las sucesivas eliminaciones de Largo Caballero y Prieto, pero que le llevó a aceptar, probablemente a contrapelo, la intromisión de sus representantes —extranjeros o españoles— en la política, el ejército, la policía, las industrias de guerra… en menoscabo de su poder. Negrín se debatía entre contradicciones que le angustiaban y le empujaban a concebir soluciones ilusorias. No estaba vencido ni entregado a Moscú, estaba atenazado por múltiples poderes e influencias que le desbordaban y le obligaban, muchas veces, a doblegarse, porque no hacerlo implicaba ser eliminado y sustituido por alguien verdaderamente «entregado»; o perder la guerra.

Los trece puntos son arma propagandística, pero al mismo tiempo una oferta, llamada de auxilio a las democracias, chapucera pasarela tendida al enemigo en espera de contrapropuesta mínima. A medida que la guerra se desploma hacia el fin, Negrín se debate en la impotencia, y el hecho de sentirse acorralado por el silencio enemigo le obliga a aceptar el envite y a proclamar la voluntad de decidirse por una resistencia que tampoco es factible. En público se muestra seguro, arrogante, exige condiciones que sabe no le serán otorgadas, se desconcierta, se ilusiona con generalizaciones del conflicto bélico que leves síntomas le autorizan a considerar posible pero no probable.

Cuando el 10 de febrero de 1938 regresa a la zona Centro-Sur ¿sabía él mismo a qué venía? ¿Se trataba de un empecinamiento lindante con la irracionalidad? ¿De mantener el desafío frente al enemigo con la vaga esperanza de que las propuestas formuladas antes de cruzar la frontera pudieran dar mínimos resultados? ¿Desea comprobar sobre el terreno con qué fuerzas y con qué hombres cuenta ante una eventual prolongación de la guerra? ¿Viene decidido a una evacuación ordenada bajo control del Gobierno con ayuda de la flota y progresiva retirada sobre los

puertos mediterráneos? Cabe suponer que, ante la inminencia del desastre, muchos planes se barajan en su cabeza y que el desconcierto, que procede de atrás, aflora a su conducta externa, que durante el último mes no es congruente. Nadie ha sabido explicarla más que recurriendo a simplificaciones partidistas. Lo cierto es que, tras de aparentar una firmeza extrema, al primer amago de los enemigos que salen de su costado, como Eva salió del de Adán, escapa aceptando una derrota que le exime de la grande, de la verdadera.

El 13 de febrero se publica en Burgos la llamada Ley de Responsabilidades Políticas. Parece demasiado pronto para tratarse de una réplica indirecta a las últimas tentativas de negociación intentadas por el gobierno de Negrín, y tampoco hay que extremar la malicia hasta suponer que pudiera guardar relación con los primeros sondeos del coronel Segismundo Casado, que por esas fechas ha iniciado sus contactos con el SIPM, que equivale a decir con un tentáculo del Cuartel General del Generalísimo. Dicha ley, considerada con óptica de hoy, es muy dura, pues se superpone a la ley marcial, que es la que rige y viene aplicándose. Hay que interpretarla como complemento, malla más tupida, una repesca. Sobre la severidad del Código de Justicia Militar nadie duda.

Los periódicos nacionales destacaron con grandes titulares la promulgación de la Ley de Responsabilidades Políticas y de su articulado publicaron amplias referencias. El espíritu de la misma es implacable, terapéutico, y de «paternal» severidad: «… próxima la liberación total de España el Gobierno considera llegado el momento de dictar una ley de responsabilidades políticas que sirva para liquidar las culpas de este orden por quienes contribuyeron con actos u omisiones graves a forjar la subversión roja y mantenerla viva durante más de dos años y entorpecer el triunfo providencial e históricamente ineludible del Movimiento Nacional, que traduzca en efectividades prácticas las responsabilidades civiles de las personas culpables y que permita que los españoles, que en apretado haz, han salvado nuestro país y nuestra civilización y aquellos otros que borren sus yerros pasados mediante el cumplimiento de sanciones justas y firme voluntad de no volver a

extraviarse, puedan convivir dentro de una España Grande…». Bajo el peso de esta ley caían las personas tanto jurídicas como físicas, y se castigaba no solo los hechos sino también pasividades calificadas de graves; su retroactividad no se limitaba al 18 de julio de 1936, las responsabilidades alcanzaban hasta el 1.° de octubre de 1934. Partidos políticos del Frente Popular y otros de menor importancia o locales, los sindicatos y asociaciones como ateneos libertarios, Unió de Rabassaires, Socorro Rojo Internacional, desde luego las logias masónicas, y «cualquier otra entidad, agrupación o partido filial o de análoga significación…, etc». En pocas palabras, no se escapaba ni Dios, pues la ley estaba bien estructurada y, a pesar de la concreción aparente, dejaba zonas de vaguedad en las cuales cualquiera podía ser incluido. Que la ley no se aplicara después al pie de la letra y de manera generalizada, entre otras cosas porque resultaba imposible, no significaba que la amenaza dejase de poder hacerse efectiva contra cualquiera que no presentara impecables antecedentes derechistas y le hubiese sorprendido la guerra fuera de la zona gubernamental, pues excepciones y atenuaciones eran escasas. «Se exceptúa de esta responsabilidad a los menores de catorce años; a los que hayan prestado servicios al Movimiento; a los que en su defensa hayan obtenido la Cruz Laureada de San Fernando o Medalla Militar Individual, hayan resultado gravemente heridos en el Ejército, en el caso de que se hayan incorporado desde el primer momento del Movimiento, voluntariamente, o lo hayan verificado por lo menos con seis meses de antelación al llamamiento de su quinta y los que hayan resultado caballeros mutilados absolutos. Asimismo será motivo de atenuante el arrepentimiento público anterior al 18 de julio, seguido de adhesión y colaboración con el Movimiento. También será circunstancia atenuante la de ser el responsable menor de 18 años, haber prestado eficaces servicios al Movimiento o con seis meses de antelación al llamamiento de su quinta, haber observado buen comportamiento en filas, haber perdido a un hijo o el padre por muerte en defensa del Movimiento, haber sido asesinado en zona roja uno de los padres o un hijo del responsable y cualquier otra circunstancia análoga». Se preveían asimismo circunstancias agravantes, y una de ellas era la categoría social y cultural, etc., o su prestigio dentro de la vida nacional, y el haber obtenido en la masonería grados entre el 18 y el 33, ambos

inclusive. Los castigos eran diversos: extrañamiento, destierro, incautación total o parcial de bienes, pago de cantidades en moneda y hasta pérdida de la nacionalidad. La ley no era generosa y la oportunidad de su promulgación no permitía concebir grandes esperanzas a quienes se esforzaban por concluir una paz, aunque fuese mínimamente negociada.

La promulgación en estas fechas ¿fue un hecho casual? ¿Una disposición encaminada a resolver con severidad problemas que iban a presentarse al finalizar la guerra? ¿Un matiz a añadir a la justicia vindicativa? ¿Advertencia para desengañar públicamente a quienes pretendían rendirse y, al tiempo, ocasión de pactar alguna benevolencia o atenuación de los castigos?

La aplicación de castigos rigurosos a quienes militaron en el bando contrario, incluso aquellos que pecaron por omisión, era generalmente aceptada por amplios sectores de la opinión. Se cita, como una de las excepciones al principio de la guerra, al obispo de Vitoria y algún otro caso aislado ante hechos extremos. Y se alude al general Yagüe y a su discurso de Burgos, pero a lo que se refería no era tanto a un auténtico perdón como a la oportunidad que debía dárseles a los enemigos para cambiar de bando y poder ser aprovechada su colaboración en la guerra y en la paz. Se trató, naturalmente, de mitigar el rigor de las leyes, en los casos referidos a parientes, amigos, conocidos, personas recomendadas; y ahí podían jugar razones cristianas, humanitarias, sentimentales.

Más de treinta y cinco años llevan transcurridos desde el final de la guerra y la línea que separaba ambos frentes no ha sido totalmente borrada. Uno se pregunta si los calificados de ultras, inmovilistas y demás, aparte de por móviles «patrióticos», de «acendrado españolismo», de fervor religioso, de amantes del orden, etc., entendidos a su manera ¿no temerán, consciente o inconscientemente, que una relajación en el ejercicio de la autoridad que emana de aquella lejana victoria pudiera derivar hacia situaciones en que la justicia, cambiando de dirección, pudiera volverse contra ellos con proporcionado rigor? Y esa interrogante conduce a otra: ¿Existen entre los que resultaron vencidos quienes, a pesar de la distancia en años de aquella derrota, abrigan sentimientos conducentes a ejercer su justicia con parecido o aún mayor rigor? Y puestos a plantearnos preguntas, añadiremos

otra: ¿De triunfar los gubernamentales, las fracciones que los componían se hubiesen mostrado unánimemente conciliadores y clementes?

Como presidente que fue del Gobierno durante casi dos años, Negrín era directamente responsable de las incidencias de la guerra y de la política; el caso en que se encontraba el coronel Segismundo Casado era muy distinto, pues era un militar que había cumplido su deber en funciones de su profesión. Así se veía él, y así supuso que le veían sus antiguos compañeros convertidos en enemigos.

En su libro *Los cien últimos días de la república* el coronel Martínez Bande ha ampliado algo más, a través de documentos que se hallan en el Archivo Histórico Militar, las noticias que se tenían sobre los contactos del jefe del Ejército del Centro con la zona enemiga. También ha aportado pequeñas precisiones sobre las actividades de dos catedráticos, don Antonio Luna y don Julio Palacios que, si conocidas por quien esto escribe, lo eran de manera aún más vaga de lo que todavía siguen siendo. Como consecuencia de que el propio Casado lo manifestaba en ámbitos restringidos, se conocía su deseo de entrar en relación con la llamada «quinta columna» y se sabe también, a través del libro —o libros— escrito por él mismo, cómo se cumplieron sus propósitos. Señala Martínez Bande la fecha del 1.° de febrero como aquella en que se produjeron los primeros contactos del coronel Casado con los representantes nacionales, momento en el cual, tras breves tanteos, se colocan las cartas boca arriba. Es el mismo día en que se celebra la reunión de las cortes en Figueras; pura coincidencia.

Al contrario que Negrín, Casado persigue unas condiciones mínimas de paz por medio del trato directo con representantes del enemigo. A pesar de que las gestiones las lleva a cabo de manera personal y de que en ningún momento parece que descubriera todo el juego ante sus propios colaboradores, no se muestra tan secreto y absorbente como el presidente del Consejo. También Casado pretende salvar el honor de la república, tal como él la concibe, como aquella que el pueblo votó el 14 de abril de 1931, como régimen legal que ha sido derrotado por la sublevación militar y derechista, apoyada por potencias extranjeras. Juzga como

aberraciones la política comunista, la influencia que ha venido ejerciendo la URSS en la marcha de los acontecimientos y la actitud de Negrín y sus seguidores. Busca y consigue el apoyo de las fracciones políticas que forman el Frente Popular, con exclusión de comunistas y de quienes opina que ante ellos se han doblegado. Incorpora a su conspiración a los libertarios porque, como les ocurre a algunos falangistas y militares del bando opuesto, les considera de cepa muy española. Confía en Matallana, Menéndez y otros jefes militares procedentes del antiguo ejército. Ni confía ni siente simpatía por el general Miaja; se verá forzado a pactar con él porque es el máximo jefe militar de la zona y por el prestigio de héroe oficial que le rodea, cuyo nombre nadie será capaz de destruir de un plumazo.

Lo que Casado se propone es dar un final digno a la guerra, un remate del cual no salga en lo personal excesivamente perjudicado; y tampoco quienes le apoyen. Comprende que muchos tendrán que expatriarse y lo acepta en la confianza de que puedan hacerlo en las mejores condiciones. Cualquier guerra comporta unos excesos, crueldades e injusticias, necesarios e inevitables; a los más directamente implicados les tocará pagar. Su odio hacia los comunistas ha ido aumentando, perfeccionándose, y en sus primeros tratos con el enemigo cae en algunas vacilaciones; pero no desea entregar a nadie a la venganza o a la justicia del vencedor. Y no lo hará, aunque después se le acuse de ello. A Casado se le ha calificado de traidor y no ha gozado de amplias simpatías, me atrevería a afirmar que incluso entre muchos de los que con él colaboraron. Era hombre complejo, difícil, jugaba un juego que lindaba con el imposible. Se equivocó, pero con Casado o sin Casado el fin hubiese sido igualmente catastrófico para el conjunto de los republicanos. Conviene tener presente que la actitud casadista fue consecuencia de la política de los comunistas y de la de Negrín. En sus negociaciones, primero secretas y más adelante casi públicas, trató de presionar sobre el enemigo con la velada amenaza de prolongar la guerra, con vaticinios de una hecatombe que pudiera provocar la intransigencia excesiva, con la posibilidad de que se produjeran destrucciones, asesinatos masivos, voladuras, la ruina del tesoro artístico… Una vez iniciadas las negociaciones estaba perdido; su postura carecía de solidez y una considerable

proporción de su propio ejército, que no le obedecía, llegó a enfrentársele en abierta y prolongada lucha. Sus poderes de negociador, su prestigio de jefe que se declaraba capaz de prolongar la resistencia se vino abajo.

Si de Negrín puede afirmarse que fracasó porque perdió la guerra, fracasó Casado porque fue quien la liquidó y en las peores condiciones.

VII

Al día siguiente de su llegada a España acompañando al presidente Negrín, el ministro de Estado regresó a Francia para llevar a cabo diversas gestiones, la principal de las cuales consistía en instar al presidente de la República para que regresara a la zona Centro-Sur (a la España no invadida, como suele llamársela en algunos escritos). Conviene suponer que el requerimiento a don Manuel Azaña entraba en el orden de lo formulario, pues les constaba que se negaría, como así ocurrió. La actitud del presidente de la República era conocida y se sabía firme.

No es fácil suponer que se abrigaran esperanzas de que el Gobierno francés autorizara a volar a zona republicana a los aviones que habían aterrizado en territorio francés y que iban concentrándose en Toulouse, Más que esperanzas parecerían ilusiones. Tampoco podía confiarse en que los combatientes, a quienes se internaba en campos, fueran a ser trasladados —¿cómo?— a la zona republicana. En la frontera, los franceses iban incautándose de todo el material que se logró colocar a salvo; aparte de desarmar a los soldados, se quedaban con la artillería, carros de combate y elementos de transporte, sin excluir las caballerías. Álvarez del Vayo podía estar entonces insuficientemente informado, pero cuando años después publica *Les batailles de la liberté* continúa afirmando: «todo permitía pensar que las negociaciones del gobierno para asegurarse los suministros de guerra esenciales se verían coronados por el éxito». Para entonces el senador Léon Bérard se había entrevistado en dos ocasiones con el conde de Jordana, los días 4 y 6 de febrero, y una de las exigencias del ministro franquista eran precisamente los armamentos y demás materiales de guerra que estaban llegando a Francia; y el senador

hispanista había sido enviado por iniciativa del Gobierno francés. El jefe de la aviación republicana, Hidalgo de Cisneros, se hallaba en parís y se entrevistó con el exministro del Aire, Pierre Cot, que siempre se había mostrado propicio a favorecer a los gubernamentales, para pedirle que interpusiera su influencia con respecto a la devolución de los aviones. Nada se consiguió.

Fue durante la estancia en París del general Hidalgo de Cisneros cuando tuvo lugar en la embajada española la conocida reunión en la cual el presidente Azaña preguntó al general Rojo, al general Jurado, y al propio Hidalgo de Cisneros sus opiniones respectivas sobre la situación real después de la pérdida de Cataluña. Les solicitó a continuación que redactaran por escrito un informe precisando las opiniones que verbalmente le habían expuesto. Se negaron, al sospechar que, atribuyendo a aquellas opiniones verbales carácter oficial, pretendiera Azaña fundamentar su dimisión. Afirma Hidalgo de Cisneros que replicó a Azaña que debía solicitarlo por conducto reglamentario, es decir, del ministro de Defensa, es decir, del propio Negrín. Lo que no es cierto es lo que afirma para terminar este capítulo: «… los gobiernos francés e inglés tomaron como pretexto la dimisión de Azaña para reconocer a Franco, cuando todavía la República tenía en su poder casi media España y contaba con un gobierno legal que, cumpliendo su deber, había regresado a territorio republicano». Como es público, Azaña esperó a presentar la dimisión (por lo menos de manera oficial) al reconocimiento de Franco por parte de Inglaterra y Francia.

El domingo día 12, el mismo día en que Álvarez del Vayo regresa de Francia con la confirmación de la negativa de Azaña, el presidente del Consejo se traslada desde Levante a Madrid tras haber cambiado impresiones con diversos jefes militares. En el edificio de la Presidencia se reúne con el coronel Casado, al cual ha citado por teléfono y de quien es evidente que desconfía, puesto que sus actividades conspiratorias son del dominio público. Pero para esas fechas estaban más adelantadas de lo que suponían enemigos y amigos, puesto que sus contactos con el SIPM nacional se hallaban en estado bastante avanzado.

De la entrevista entre el presidente y el coronel no poseemos otra referencia que la que nos proporciona este último. Según él, le pintó a Negrín la situación de la zona en general y la de Madrid en

particular con tintas negras, que respondían a la realidad. Desmoralización en el frente y en la retaguardia, escaseces, sufrimientos, penuria de transporte, insuficiencia en las industrias de guerra, carencia de materias primas, falta de armas, ruina de la aviación, mal estado sanitario, etc. Añade que señaló al presidente que el enemigo, «con una elevada moral de victoria», concentraba efectivos bélicos para asestar a Madrid el golpe de gracia.

Sin dejar de reconocer lo crítico de la situación, contestó Negrín que se imponía la resistencia, pues el enemigo no dejaba otra opción al obstinarse en rechazar cualquier posibilidad de acuerdo. Igualmente hizo alusión a las gestiones emprendidas para que Francia permitiera el paso del material que quedó retenido en la frontera, más otras partidas de material nuevo que se había conseguido. Prometió adoptar medidas eficaces para resolver las escaseces de abastecimiento, medios de transporte y todo lo demás.

Como nuevamente preguntara a Casado cuál era su opinión, este le contradijo. No podía confiarse en Inglaterra y Francia, que estaban en tratos para reconocer a Franco, y por la misma causa nunca llegarían ni el material ni los hombres que se hallaban retenidos en Francia. Tampoco confiaba en que pudiera remediarse la penuria de suministros. Sugirió al jefe del Gobierno que convocara a los altos mandos militares, al almirante de la flota, y al jefe de las Fuerzas Aéreas «para que todos y cada uno de ellos expongan lo que a su juicio conviene hacer». Asegura Casado que el presidente le contestó: «Estoy de acuerdo con ese criterio pero yo no puedo renunciar a la consigna de resistir». De esa frase (y se supone del empleo de la palabra «consigna») infiere que estaba mediatizado por la Unión Soviética de manera indisoluble. Son muchos los autores hoy convencidos de que, desde esa fecha y aun desde antes, la URSS estaba liquidando su intervención en España. Puede pensarse que Casado recibió entonces la impresión de que estaba mediatizado, cuando aún no podía sospecharse, como nadie al parecer sospechó, que la URSS abandonaba la república y se batía en retirada.

En los días en que el aislamiento se ha hecho total, es decir, en las postrimerías de enero, se produjeron tanteos entre Casado y algunos elementos políticos. Están de acuerdo en que el Gobierno se ha vaciado de lo que le quedaba de representatividad y eficacia y en

que convendría ir a la constitución de una junta que le sustituyese, con el único fin de gestionar la paz. A pesar de esos acuerdos de principio, nadie se muestra decidido a tomar iniciativas; cansancio e inercia frustran las posibilidades de articular una verdadera conspiración o de un plan de actuación decidida. En fecha difícil de precisar, que algunos autores señalan como el 2 de febrero pero que parece problemática si se considera que la entrevista tendría lugar en Valencia y que a Casado le sabemos en Madrid el día 1, y el 2 recibe la visita de Pedrero, se reúnen —necesariamente, insistimos, en Valencia— Miaja, Matallana, Menéndez y Casado, y es este último quien plantea la cuestión de manera directa. Inexistencia del Gobierno debido a su aislamiento y silencio; legalidad y presencia de la autoridad militar encabezada por el general Miaja; necesidad de constituir una junta o consejo que llene el hueco dejado por el Gobierno y que le eliminara en el caso, improbable, de que regresara a Madrid; conveniencia de iniciar contactos con el enemigo para gestionar la paz; oportunidad de que en esa junta intervinieran elementos civiles representando a los partidos políticos y organizaciones obreras, exceptuando a los comunistas, pues la junta necesitaría el respaldo popular y que todos se responsabilizaran de las decisiones y hechos.

Los generales se mostraron de acuerdo y desde ese instante Casado les consideró comprometidos; lo que no queda claro, puesto que el único testimonio de que disponemos lo aporta Casado, es cuál fue el verdadero alcance del compromiso y cuáles las misiones respectivas de cada cual, si es que algo en firme se concertó. He leído una carta autógrafa de Casado que contiene calificaciones muy severas para Miaja por la actitud que adoptaría cuando la reunión de Los Llanos, en contradicción con lo acordado en esta entrevista de Valencia.

Si con independencia de la fecha exacta de esta entrevista, Casado había tomado contacto el día 1.° con representantes de Falange, precisamente el día 2 don Julián Besteiro manifiesta su deseo de visitar a Casado y le envía como emisario a Ángel Pedrero, jefe del SIM del Centro, y socialista.

No es este lugar para pretender destacar la personalidad de

Julián Besteiro, catedrático de Lógica de la Universidad Central, antiguo presidente de la UGT y uno de los dirigentes socialistas de mayor prestigio y acusada personalidad. Durante las Cortes Constituyentes fue su presidente y era persona generalmente estimada y respetada. En 1937, cuando la coronación del rey Jorge VI de Inglaterra, fue designado para representar al jefe del Estado español en los actos que se celebraron en Londres; esta representación resultaba un tanto insólita pues no desempeñaba ningún cargo oficial que la justificara. Se hizo por sugerencia del propio presidente de la República, quien, personalmente y en secreto, le encargó que efectuara tanteos encaminados a una mediación que llevara a una paz de compromiso. Los resultados no parece fueran brillantes ni esperanzadores siquiera; y se dio, además, la circunstancia de que a su regreso de Londres había entrado a presidir el Gobierno el doctor Negrín, quien desaprobaba la gestión y fingió ignorarla, desautorizando así al presidente Azaña. No era secreto en Madrid que Besteiro se mostraba partidario de llegar a una paz lo antes posible y había corrido el rumor de que se iba a destituir a Negrín y encargar a Besteiro de formar nuevo gobierno para poner fin a las hostilidades. Como también era público —público en privado—, que el coronel Segismundo Casado se manifestaba igualmente partidario de gestionar la paz, no resulta sorprendente que el contacto entre ambos se produjera, a pesar de que no se conocían personalmente.

A Segismundo Casado le alegró recibir recado de Besteiro y no debieron quedarle dudas sobre la significación y propósito del mensaje. Andrés Saborit, biógrafo de Besteiro y antiguo dirigente socialista, no proporciona detalles de la entrevista por cuyo motivo hemos de recurrir, también en este caso, a lo que nos cuenta Casado.

En señal de deferencia fue Casado quien visitó a Besteiro en su domicilio. Tras las primeras cortesías, y como Besteiro pidiera al coronel que le informara sobre la situación, le expuso su acuerdo de principio con Miaja, Matallana y Menéndez —que tenía que ser recentísimo— para formar una junta, consejo o gobierno que sustituyera a aquel que en Cataluña se había esfumado, y en consideración a que la única autoridad era la militar. Añadió que de esa junta formarían parte partidos y sindicales con la única

excepción del PCE, y que su misión exclusiva consistiría en negociar la paz. Aprovechó Casado lo favorable de la coyuntura para ofrecerle a Besteiro la presidencia del proyectado gobierno. Respondió este que se hallaba dispuesto a formar parte del mismo, puesto que su único deseo era negociar el fin de las hostilidades, pero que, teniendo en cuenta las circunstancias legales que concurrían, declinaba el honor de presidirlo y que en su opinión la presidencia debía asumirla un militar. Cabe suponer que Casado le manifestara que acababa de tomar contacto con el enemigo; no hay constancia de si lo hizo así o no.

La incorporación de Besteiro fue muy bien recibida por cuantos estaban decididos a eliminar al Gobierno y a los comunistas. De la importancia que Casado otorgó al acuerdo con el prestigioso socialista tenemos prueba en el hecho de que en la primera ocasión que se le presentó lo comunicara a los elementos nacionales con quienes mantenía contactos, para que, a su vez, lo anunciaran en el Cuartel General de Burgos.

Entre las relaciones personales que había mantenido el coronel Casado durante la guerra, una de las que vendrían a convertirse en más decisiva fue la que sostuvo con elementos de la CNT y la FAI de la Regional del Centro. A pesar de que el poder comunista se había ido acentuando y amenazaba con arrinconar a los libertarios, mantenían estos cierto vigor y en su filas no se habían producido deserciones, como sucedía con los socialistas y con miembros de los partidos republicanos burgueses atraídos por la política personalista de Negrín o que habían engrosado las filas del PCE o se hallaban bajo la órbita de su influencia directa. A raíz de los sucesos de mayo de 1937 en Barcelona los anarcosindicalistas habían perdido gran parte de su poder y la disolución del Consejo de Aragón, ocurrida aquel mismo verano, fue otro duro golpe, asestado precisamente en una de las regiones en que se había manifestado su preponderancia. La militarización, la infiltración comunista a través del comisariado, el relativo control que el PCE ejercía sobre el SIM, la influencia creciente de la URSS, la distribución de armamento que favorecía por sistema a las unidades mandadas por jefes comunistas (Brúñete, Belchite, Teruel, el Ebro…), la censura, la propaganda, todo

contribuía a que los anarquistas, que tuvieron al principio tan enorme pujanza, vieran como esta iba degradándose. A los libertarios se les había planteado el dilema de que para evitar que el enemigo común les venciera a todos no les quedaba otra alternativa que la colaboración con el Gobierno, y, por ende, con los comunistas; y así lo hicieron, reservándose un discreto derecho al pataleo, y manteniéndose alerta por si se presentaba ocasión de desquite. En la Región Central, y concretamente en Madrid, el movimiento libertario, que nunca había alcanzado la preponderancia que ejerció en las zonas industriales catalanas, con Barcelona a la cabeza, en Zaragoza (a pesar de que el 18 de julio fracasara), en Sevilla, y en puntos de Levante, Andalucía y Asturias, conservaba, sin embargo, solidez y se mantuvo firme y vigilante, sin experimentar en alto grado las alternativas políticas de la guerra.

Las buenas relaciones entre Casado y los libertarios no tienen una explicación suficientemente clara puesto que aquel era militar profesional, y del arma de caballería, y nada personal o ideológico parecía inclinarle hacia el anarcosindicalismo. Sin embargo, una especie de simpatía o atracción mutua llegó a producirse; pudieran buscarse sus causas más hondas en la enemiga que el coronel sentía hacia los comunistas. Los primeros contactos o relaciones se establecerían durante los días de la defensa de Madrid e irían en aumento cuando Casado fue destinado a la Jefatura del Ejército del Centro; a partir de ese momento, él mismo debió preocuparse de mantener las relaciones y en acentuar su carácter personal.

De los cuatro cuerpos que componían el Ejército del Centro, uno de ellos estaba mandado por un anarquista, Cipriano Mera, que había sido secretario del Sindicato de la Construcción antes de iniciarse la guerra. Hombre de rectitud intachable, comenzó en las milicias y fue escalando mandos hasta alcanzar la graduación de teniente coronel y mandar el IV Cuerpo, que defendía el frente de Guadalajara y Cuenca. Albañil de oficio, persona de cultura muy limitada, consiguió rodearse de militares profesionales de probada fidelidad, en determinados casos más personal que ideológica o política, y se había aplicado al estudio de las artes bélicas en la medida de sus posibilidades, pues entendía que para luchar contra un ejército resultaba necesario hacerlo oponiéndole otro ejército. Se trataba de un idealista de temperamento ascético y luchador,

dotado del instinto de la guerra, como antaño les sucedió a grandes caudillos populares. El IV Cuerpo era de carácter predominantemente libertario, pero la disciplina que Mera se había impuesto a sí mismo y a sus hombres era estricta, y quienes procedían de otros partidos o de la UGT {y recuérdese el feroz enfrentamiento de ambas sindicales los días anteriores al 20 de julio, con motivo de la huelga del ramo de la construcción) no solo no trataban de hacer proselitismo sino que obedecían y respetaban a su jefe, que tampoco lo hacía por su parte.

Partiendo de orígenes familiares y sociales tan distanciados, habiendo vivido trayectorias casi opuestas, coincidían Casado y Mera en el espíritu castrense, en su visión de la marcha de la guerra y en la austeridad de conducta que a ambos les caracterizaba dentro de sus personales medidas. Se respetaban y se estableció entre los dos militares, el profesional y el de milicias, un cierto grado de amistad basado en mutuas fidelidades.

A quien tanteó Casado cuando daba los primeros pasos para coordinar fuerzas y apoyos, una vez que Cataluña se consideró perdida, fue a Eduardo Val, que desde 1933 era secretario del Comité de Defensa de la Regional del Centro. Había nacido en Jaca treinta años antes, pero su actividad de luchador obrero la desarrolló en Madrid. Temperamentalmente también austero y de convicciones muy firmes, militaba en la FAI, y entre 1933 y los inicios de la guerra había conseguido mantener secreta su calidad de secretario del Comité de Defensa, aun dentro del seno del propio Comité Regional donde actuaba por medio de su secretario Antonio Moreno, pues así creía él que lo exigían las normas de prudencia conspirativa. Era hombre reservado, secreto, idealista y pragmático: un revolucionario integral.

Intervino, asimismo, en aquellos primeros contactos Manuel Salgado, también libertario y antiguo empleado de una compañía de seguros. Había sido jefe de los Servicios Especiales del Ministerio de la Guerra y dirigió *Frente Libertario*.

Eduardo Val le había ofrecido al coronel Casado el apoyo de los anarcosindicalistas si decidía hacerse con el poder, pero confiado en su influencia personal, la que podía ejercer desde su puesto, no había planteado la cosa de manera orgánica; prefería mantener el secreto a que este, al ser compartido por muchos y tratado en

reuniones, se difundiera. Advirtamos que, independientemente y con bastante unanimidad, los libertarios deseaban eliminar a Negrín y a los comunistas y se mostraban partidarios de formar nuevo Gobierno —o Consejo, denominación que les era grata en memoria del de Aragón, única experiencia anarcosindicalista de la historia universal— a base del Frente Popular y ambas sindicales; y el acuerdo expreso o tácito se extendía a cerrar filas y entrar en tratos con el enemigo desde una posición de fuerza. Aceptaban ese pacto con los partidos burgueses porque no disponían de fuerza suficiente para intentar un golpe con la sola colaboración de la UGT y de los sectores socialistas que mantenían una actitud consecuente con sus principios revolucionarios.

Entre los días 20 y 23 de enero se había celebrado en Valencia un pleno nacional de regionales del movimiento libertario, al cual no habían podido acudir las regionales de Cataluña que se hallaban en Barcelona. En ese pleno, que no lo fue, se había planteado la cuestión de la movilización general decretada por el Gobierno, que algunos libertarios consideraban como atentado contra su organización, sospechando que se trataba de desmantelarla, mientras que otros preconizaban acudir en bloque para evitar que aumentara aún más la preponderancia comunista en el ejército.

A lo largo de la guerra habían ido surgiendo discrepancias —o acentuándose las existentes— en el seno del movimiento libertario, en el cual los síntomas de desunión se manifestaban por enfrentamientos entre la Confederación Nacional del Trabajo, por un lado, y la FAI y las Juventudes Libertarias por el opuesto, y también a causa de la posición de los catalanes, apoyados en ocasiones por los levantinos, con respecto a la militancia de otras regiones. Una tercera postura, menos doctrinaria y más posibilista, había surgido dirigida por Horacio Prieto. En los últimos tiempos, a causa de lo anormal de las circunstancias, las organizaciones libertarias habían complicado sus estructuras al superponerse diversos organismos que, al crear alguna confusión, abonaban los enfrentamientos.

El principal acuerdo que se tomó en aquel pleno de Valencia fue que se trasladaran a Barcelona tres compañeros significados: Eduardo Val, Juan López, antiguo trentista que ocupó la cartera de Comercio en el ministerio de Largo Caballero, y Manuel Amil,

exmiembro del Comité Nacional de la CNT. Consistía su misión en ponerse en contacto en Barcelona con el Comité Nacional y todos juntos visitar a Negrín para plantearle la cuestión política, exigirle información y convencerle de la necesidad de establecer en la capital catalana, que lo era también de la república, unas condiciones revolucionarias que crearan el clima necesario para su defensa. Más que como plaza militar la consideraban como símbolo de enorme resonancia política, cuya pérdida resultaría fatal, como así ocurrió.

Tenían que esperar en Albacete un avión de la LAPE que les trasladaría a Barcelona, pero entretanto la capital catalana fue conquistada por los nacionales. El desplazamiento aéreo sufría dilaciones y cuando consiguieron plaza el aparato no pudo aterrizar ni siquiera en Figueras y les condujo a Toulouse.

En Toulouse coincidieron con Segundo Blanco, que representaba a la CNT dentro del Gobierno. Se había reunido con los demás ministros, excepto con tres: el de Agricultura Vicente Uribe, Álvarez del Vayo, que estaba aún con Negrín en la frontera, y Giral, que acompañó a París al presidente Azaña. Los ministros acababan de decidir no regresar a España a menos que Azaña lo hiciera antes que ellos, circunstancia que estaban seguros de que no iba a producirse.

Después que Juan López consiguiera ponerse en contacto telefónico con Mariano Rodríguez Vázquez, secretario nacional de la CNT, que estaba instalado en París desde fecha muy reciente, se decidió que los comisionados de Valencia, acompañados por Segundo Blanco, se trasladaran aquella misma noche a la capital francesa para entrevistarse con los escasos miembros del Comité Nacional que pudieran reunirse, pues, a pesar de que atravesaron juntos la frontera, andaban dispersos y algunos de ellos, que no habían conseguido eludir la vigilancia, se hallaban encerrados en campos de concentración franceses.

Al día siguiente, 8 de febrero, se reunieron en París, en un local cualquiera que les cedió un compañero,[1] Mariano Rodríguez Vázquez, llamado «Marianet» en los medios confederales barceloneses, Juan García Oliver, Boer, Segundo Blanco y los delegados del pleno de las regionales: Val, López y Amil. Hizo Vázquez una exposición de lo ocurrido en Cataluña desde que se

produjo la incomunicación del Comité Nacional con las Regionales, de cómo los libertarios habían propuesto la formación de un nuevo Gobierno a base de personalidades que pudieran participar de un prestigio popular e internacional (Besteiro era una de ellas) y del fracaso de la propuesta, que nadie tomó en consideración. Por su parte, Blanco hacía constar que Azaña no iba a regresar a España y que los ministros tampoco lo harían. García Oliver consideraba la guerra perdida y afirmó que Negrín encarnaba el espíritu de la resistencia y que, habiendo fracasado esa resistencia y ese espíritu, se imponía la formación de un nuevo Gobierno que, reuniendo las condiciones imprescindibles para conseguir el apoyo de las democracias, se propusiera buscar condiciones para la paz. Intervino Eduardo Val para manifestar que tenía noticia de que Negrín había telegrafiado en clave a sus amigos socialistas de Madrid recomendándoles que se dispusieran a organizar la evacuación de los compañeros y de los bienes que pudieran salvarse, con lo cual se evidenciaba la falacia de su postura pública de resistencia. La opinión de López era que antes de liquidar la guerra, y para conseguirlo en mejores condiciones, había que hallarse dispuestos a resistir pero no con Negrín y su Gobierno. En este último punto el acuerdo fue unánime, salvo Blanco, que tampoco se mostró abiertamente disconforme.

Aquel mismo día, García Oliver inició algunas gestiones dirigidas a proponer en nombre de la CNT un cambio de Gobierno. En la embajada española no consiguió entrevistarse con Azaña, y el ministro Giral se mostró disconforme con la renovación ministerial.

Una de las cosas que acordaron fue que Segundo Blanco planteara en el Qmsejo de Ministros su dimisión para provocar por este medio la crisis del gabinete.

No le pareció a Eduardo Val que la actitud de los miembros del Comité Nacional, y en particular la de Mariano Vázquez, fuese suficientemente decidida en el sentido de los planes que él tenía hechos, y sacó la impresión de que tampoco se mostraban dispuestos a trasladarse a la zona Centro-Sur. Sin comunicárselo a sus compañeros López y Amil, que de nada estaban enterados, telefoneó a Madrid y dijo a Salgado que se entrevistara con el coronel Casado, lo cual significaba que las gestiones conspirativas, emprendidas de manera casi personal, debían seguir adelante. Val

se decidía a hacerlo sin contar con la aquiescencia expresa del Comité Nacional ni de su secretario.

Aquella misma noche los comisionados y el ministro regresaron a Toulouse sin que la reunión produjera apenas resultados, y quedaron en mayor evidencia las contradicciones en que se debatía el movimiento libertario.

El 9 se presentó Negrín en Toulouse y se celebró Consejo de Ministros, que duró hasta altas horas de la noche. La presión ejercida por el presidente sobre los ministros les «convenció» de que todos debían regresar a España, incluido el socialista González Peña, a quien se ha atribuido la frase, «a mí no me llevan ni atado». Nada de crisis; Segundo Blanco, o no planteó su dimisión o la propuso con tan poca energía y convicción que no le hicieron caso.

Los comisionados de Valencia deseaban regresar a España, pero en el consulado español les daban largas, actitud que ellos atribuyeron a malevolencia y a que se pretendía mantenerles aislados de sus compañeros. En fecha que resulta difícil de precisar —20 o 21 de febrero—, y tras violentos incidentes con el cónsul, consiguieron plaza en un avión de LAPE para Albacete (la compañía francesa había suprimido esos días la escala en Alicante de la línea a Orán y Casablanca) en el vuelo siguiente a aquel en que numerosos jefes militares y comisarios comunistas regresaron a España.[2]

Entretanto, y sabedores de que el presidente Negrín se hallaba en Valencia, los libertarios, que según García Pradas aflojaron un tanto sus posiciones radicales (obsérvese que Val estaba ausente), porque «… si el Gobierno venía, lo admitirían, pero con la condición de que diera cuenta de sus actos al Frente Popular, y derogase las dos medidas que consideraban inoportunas», decidieron plantearle personalmente la cuestión. Sobre la entrevista existen varias versiones, que solo difieren en los detalles. Parece que Negrín se resistía a recibirlos y cuando por fin lo hizo recusó a uno de los miembros —el que llevaba la representación de la FAI— que era argentino de nacionalidad.[3] Pretendía el presidente echarle del despacho alegando que le estaba vedado abordar secretos del Estado español en presencia de un súbdito extranjero. La escena provocó un estado de tirantez que acabó por desmoralizar a los delegados, que se dejaron dominar por Negrín y que, en

opinión de otros dirigentes sindicalistas que no formaban parte de la comisión, se mostraron incapaces de reaccionar con la energía adecuada. La reunión se disolvió sin dar ningún resultado; sirvió para convencer a los libertarios de que no resultaba factible conseguir que Negrín modificara su conducta ni que aceptara sugerencias ni que les tuviera informados de la marcha de los acontecimientos. Los anarcosindicalistas, que estaban representados en el Gobierno por medio de Segundo Blanco, habían perdido la confianza en su ministro y creían que Negrín solo le informaba sobre los asuntos que quería llegaran a conocimiento de ellos, y que lo manejaba como instrumento de su política personalista.

La prensa republicana del 13 de febrero publica un manifiesto o nota oficial con ocasión de la primera reunión del Gobierno en Madrid. «El Gobierno español, al celebrar su primer Consejo de Ministros en Madrid, dirige desde la capital de la España no invadida un saludo fervoroso a las fuerzas de Tierra, Mar y Aire, y a la población civil del territorio leal». El tono de la nota es más bien declamatorio, con elogios al pueblo madrileño que se reiteran; en esencia es una llamada a la unidad de todas las fuerzas bajo la autoridad del Gobierno. «No hay margen para otra política que la identificación absoluta con este intento supremo a que el Gobierno se lanza a defender a la España no invadida mientras llega el momento de la paz con la independencia». Conoce Negrín los vientos de fronda que corren, pero no supone se trate de una conspiración estructurada que, en esa fecha, no existe todavía, y así no emplea la violencia ni la amenaza, pretende reconstruir la unidad, bajo su autoridad única, por supuesto: «O todos nos salvamos o todos nos hundimos en la exterminación y el oprobio. Nuestra suerte está echada, y solo depende de nosotros mismos el salir del trance difícil por nuestra voluntad y nuestra resolución común». Hace una llamada a militares y civiles, a los partidos, y a la prensa, y añade: «… le será posible al Gobierno dirigir la resistencia hasta lograr los fines por los que viene luchando el pueblo español…», fines que resume en los tres puntos de Figueras, con exclusión de cualquier otro, y «evitará que nuestro país se sumerja en un mar de sangre, de odio y de persecuciones que hagan

imposible por muchas generaciones una patria española unida por algo más que la dominación extranjera, la violencia y el terror». Conviene reconocer que, salvo la exageración a la cual se entregaban todos en época de guerra y el error común a los republicanos sobre los compromisos de Franco con Italia y Alemania, que comportaría una auténtica dependencia, sumada a cesiones territoriales, que además de tópico propagandístico debía ser sincera convicción, esta nota oficial, cuya impronta negrinista se entrevé, no carece, por desgracia, de ciertos atisbos proféticos. Su principal fallo consistiría —vista desde hoy— en que, aunque se hubiese mantenido la unidad que él exigía, que era demasiado exigir, tampoco se hubiese evitado la derrota con las catastróficas consecuencias que para quienes iban a perder la guerra acarrearía. El mismo día que en zona republicana se publica la proclama gubernamental aparece en los diarios de la nacional la Ley de Responsabilidades Políticas, que ya ha sido comentada.

Dos días antes han terminado las reuniones del PCE en Madrid y se ha llegado, entre otras, a la conclusión de que se apoyará al Gobierno de manera incondicional en sus propósitos de resistencia.

De nuevo nos enfrentamos con incógnitas de difícil respuesta' ¿Pretendía resistir Negrín? No hallamos suficiente base probatoria en las respuestas simplistas que se han dado al respecto —unas afirmativas y otras negativas—, y, a mayor abundamiento, en el ánimo del presidente debían entrecruzarse en aquellos días muchos y variados propósitos, y junto a decisiones de cierta firmeza alternarían otras que no pasaban de proyectos o ilusiones. Históricamente resulta importante la proyección externa de lo que fueron intenciones o propósitos íntimos, y eso a pesar de que la fachada podía ser mero decorado. La proclama gubernamental —negrinista— es clara: resistencia hasta que los tres puntos de Figueras sirvan de base para poner fin a la contienda.

Hemos insistido que el contenido de aquellos tres puntos, y el lenguaje que venía empleándose, antes podían irritar al enemigo que inclinarle a prestar atención y que hay que considerar que el disparo • pacifista iba dirigido por elevación hacia las democracias, en particular Inglaterra, que era la que más podía contar y de la cual se esperaba pudiera imponer una paz. El Gobierno conservador, y en especial su jefe, Chamberlain, el del

apaciguamiento, desea que la guerra de España termine. Han pasado los tiempos en que Edén expresaba su deseo de que se prolongara. Ahora, solo cuando el gobierno republicano, por las buenas o las malas, desaparezca, podrá entrar la Gran Bretaña en plenitud de relaciones con Burgos —con la España del futuro, que ya en el momento máximo de crisis declaró su propósito de neutralidad— sin soliviantar demasiado a amplios sectores de la opinión pública, de la prensa, incluso de políticos conservadores y disminuyendo, casi contrarrestando, las razones de laboristas y liberales, cuya oposición al reconocimiento quedará reducido a votación perdida, a gesto romántico. Por estas fechas ya está en Burgos Mr Hodgson, y al Gobierno británico no se le alcanzan las posibilidades de mediación pacificadora tomando los tres puntos de Figueras, ni siquiera como base de partida.

Embajador de la república en Londres es don Pablo de Azcárate, republicano de estirpe, moderado en política, muy fiel al Gobierno, persona de prestigio que ha desempeñado sus funciones, a pesar de las dificultades que comportaban, con eficacia y dignidad. Sabe Azcárate que la situación, en especial desde la pérdida de Barcelona, es muy difícil y considera el reconocimiento de Franco como algo que va a producirse de manera irremediable. De acuerdo con el Gobierno, se esfuerza en dar sensación de firmeza, en «amenazar» con la resistencia a ultranza poniendo de manifiesto los efectivos militares, territoriales y humanos de que aún disponen. Afirma que la guerra se prolongará de manera indefinida, salvo que presiones o mediación inglesa abrieran paso a soluciones aceptables. Desarrolla, dentro de la limitada realidad de su fuerza, una considerable actividad diplomática; su propósito personal va dirigido a evitar que la derrota completa origine, por parte de los vencedores, represalias sin freno; pero continuaba, de acuerdo con la orientación gubernamental, refiriéndose a los tres puntos. Las gestiones del embajador cerca de lord Halifax eran paralelas a las promovidas por el Gobierno antes de abandonar Cataluña. A los ingleses se les hacía igualmente patente que solo una vez terminada la guerra podría prescindir Franco de las fuerzas alemanas e italianas que se hallaban en la península, lo cual era un motivo a

añadir para que tuviesen prisa en que se dieran las circunstancias adecuadas para la evacuación de esas fuerzas cuya presencia les desazonaba.

Veía Azcárate que la situación se deterioraba por horas y que la marcha del Gobierno había acelerado el deterioro. El 12 de febrero envió el siguiente telegrama al ministro de Estado: «Últimas cuarenta y ocho horas marcada evolución idea reconocimiento rebeldes. Ante esta eventualidad propongo gestión directa cerca gobierno británico recordando gobierno español dispuesto a examinar posible arreglo inmediato sobre base tres puntos enunciados presidente consejo ministros Cortes. Objeto gestión sería contener reconocimiento inmediato estimulando interés Inglaterra asegurar gracias a su intervención término inmediato lucha. Urge decisión e instrucciones». Al día siguiente recibió respuesta autorizándole la gestión «debiendo apoyarse sobre posibilidades resistencia ofrécense aquí». Obsérvese la coincidencia de fechas con la declaración del Gobierno publicada en los diarios.

El 14 de febrero entregó el embajador un memorándum en el Foreign Office. «El gobierno español, instalado ya en Madrid, capital del Estado…», y abundaba en la resolución de resistir, enumeraba las fuerzas con que todavía contaba, e insistía en la moderación de las pretensiones para llegar a una paz basada en los tres puntos. Venía a hacer responsable al Gobierno británico de las consecuencias que pudieran derivarse del hecho de no lograr un armisticio, pues precisaba: «… el gobierno español estima que ha cumplido su deber: *a)* habiendo hecho saber lealmente al gobierno del Reino Unido, en este momento solemne, que cuenta con todos los elementos necesarios para resistir en la zona centro-sur, *b)* habiendo enumerado los tres puntos, moderados y razonables, como base para un arreglo, y *c)* habiendo anunciado en términos inequívocos su firme determinación de resistir hasta el último extremo, si el gobierno británico se declarase impotente para asegurar la aceptación de estos tres puntos como base para una solución inmediata de la cuestión española».

En estas fechas el Gobierno británico mantenía relaciones oficiosas con el duque de Alba y recibía informes directos de Mr Hodgson, que se hallaba en Burgos, y es posible que también indirectos de Mr Cowan, que sabemos tuvo contactos con el coronel

Casado y, probablemente, con algunas otras personalidades republicanas, entre las cuales algunos señalan a Besteiro, sin que haya constancia fidedigna de que así ocurriese. Digamos, de paso, que Casado en sus memorias ignora la existencia de Mr Cowan.

El presidente de la República se había instalado en la embajada española de París y allí recibía visitas de amigos políticos de entre los emigrados que habían abandonado cualquier propósito de regresar a España. A Diego Martínez Barrio, que era uno de los visitantes, no le parecía mal el propósito de Azaña de no regresar; lo que le aconsejaba, era que no dimitiera por ningún concepto; los motivos de este consejo quedarían evidenciados cuando, a la dimisión de Azaña, tuvo aquel que enfrentarse con la situación. También acudían a aquello que podía calificarse de tertulia, republicanos como Antonio Lara, Agustín Barcia y Casares Quiroga que, tras su desgraciada actuación en los días de la rebelión militar, había sufrido prolongado eclipse. A estos, a Largo Caballero y a Luis Araquistain, consultó el presidente sobre si debía atender al requerimiento de regresar a España que en nombre del Gobierno le hizo Álvarez del Vayo. La consulta no pasaba de formularia, dirigida a conseguir respaldo para su previa decisión de no hacerlo, que era firme, y conociendo Azaña las posiciones de todos los nombrados, sabía de antemano que estarían de acuerdo con él.

En Londres advertía Azcárate que la situación internacional empeoraba, y Londres significaba París, en donde surgían críticas sobre la permanencia del presidente de la República española. Entre el día 14, en que se entregó el memorándum al Foreign Office y el día 16, o debió hacer un viaje a París para entrevistarse con Álvarez del Vayo, o bien se puso en comunicación con él por otro procedimiento; lo cierto es que tuvo que batirse en retirada dentro del terreno diplomático y lo hizo de acuerdo con el ministro de Estado; y es dable suponer que este contaría con el acuerdo, tácito o expreso, de Negrín. Resulta significativo el texto del siguiente telegrama, fechado el 16 de febrero en Londres, dirigido a Álvarez del Vayo, que se alojaba en la embajada de París: «Siguiendo instrucciones de V.E. ayer en París he informado Halifax gobierno español concentra interés punto represalias. Stop. Halifax desea saber cuanto antes si puede decir a rebeldes que gobierno español estaría dispuesto a cesar hostilidades si, bajo reserva acuerdo

aplicación, aceptasen una propuesta británica consistente renuncia aplicación represalias políticas, responsables crímenes comunes juzgados por tribunales ordinarios y facilidades salir de España elementos directivos».

Este telegrama, que exigía respuesta urgente por parte del Gobierno —es decir, de Negrín—, es la primera proposición razonable de paz, dadas las circunstancias. El gobierno inglés se apresura a recogerla y, al parecer, se dispone a patrocinarla. Este telegrama plantea una nueva incógnita que hasta el presente nadie ha resuelto y que hubiese podido aclarar las verdaderas intenciones de Negrín en este postrer período. Contando con que Negrín tuviera verdaderas intenciones y no se hallara dominado de cierta dosis de vaguedad inhibitoria, de sonambulismo fatalista que le indujera a no contestar al telegrama, renunciando por pasividad a dar por perdida la guerra, de la misma manera que no tomó providencia enérgicas y posibles que le hubiesen permitido controlar el final de la guerra y responsabilizarse ante la historia de los alcances de aquel final.

Desde su observatorio diplomático londinense Azcárate es consciente de que se ha iniciado la agonía de la república y que se impone acudir con los pobres remedios que, para paliar sus peores efectos, aún resultan posibles si se movilizan con extrema urgencia. La entrevista con lord Halifax, a que se aludía en texto del anterior telegrama, tuvo lugar a las diez de la mañana. Convinieron en celebrar una segunda entrevista durante el día; lord Halifax le mostraría el borrador del telegrama que estaba dispuesto a enviar al representante, todavía oficioso, de Gran Bretaña en Burgos, sir Richard Hodgson. La segunda entrevista fue a las siete de la tarde del mismo día 16 de febrero, pero a esa hora Azcárate no había recibido respuesta del ministro de Estado. Ignoro si la transcripción es textual, y hay que considerar que se trataba de un borrador que quedó en eso, borrador. El Gobierno británico pedía —hubiese pedido— a Franco «que diera facilidades para que pudiera salir de España toda personalidad republicana de relieve, que no se tomaran represalias políticas contra personas que en una forma o en otra aparecieran identificadas con el gobierno republicano, y que toda persona acusada de actos criminales fuera juzgada dentro de un plazo razonable y según un procedimiento establecido por una ley

española». Azcárate comunica a Álvarez del Vayo, que sigue en París, el texto de este borrador pero, dada la urgencia con que debe darse contestación, él mismo se traslada a París donde se ha centralizado, con la presencia del ministro, lo que se refiere a las relaciones internacionales del Gobierno republicano. Del Vayo no quiso tomar sobre sí las responsabilidades de una determinación tan importante, y en la misma mañana del 17 enviaron —el embajador en Londres estaba ya con el nuevo telegrama a Negrín, solicitando urgente respuesta para trasmitirla al secretario de Estado inglés, lord Halifax.

La presencia del ministro de Estado y de Azcárate en París está confirmada por el testimonio de Cipriano Rivas Cherif, que cuenta que almorzaron con Azaña. Todo permite suponer que no le confiaron el estado de las negociaciones ni tampoco que esperaban la respuesta del jefe del Gobierno. Azaña permanecía en París y seguía siendo presidente de la República de manera un tanto absurda, y no queda constancia de que se ocupara en gestiones dirigidas a la consecución de la paz, que había anunciado ser el único propósito que le animaba a permanecer en Francia y a conservar la presidencia.

El telegrama enviado al presidente del Consejo fue repetido en días sucesivos, utilizando diferentes conductos, sin obtener contestación. Aunque sea anticipar hechos y fechas, diremos que el 21 de febrero el Foreign Office comunicó al embajador Azcárate que, de no recibir respuesta durante el día 22, el Gobierno británico recobraría su libertad de acción, frase que equivalía a decir que reconocería al gobierno de Burgos, prescindiendo de la gestión —o presión— referente a la evacuación y moderación legal en las represalias. De nuevo Azcárate, que estaba en Londres, telegrafió al jefe del Gobierno y al ministro de Estado, comunicándoles lo urgentísimo que se estaba haciendo recibir respuesta afirmativa a la propuesta de Halifax. La contestación de Negrín, por cierto afirmativa, llegó el día 25, con retraso que la inutilizaba. Hasta el presente nadie ha explicado satisfactoriamente este silencio prolongado a una consulta tan fundamental, o que pudo serlo. Don Pablo de Azcárate, que después mantuvo buenas relaciones con Negrín, recibió de este una contestación evasiva y poco convincente: que el telegrama no llegó a sus manos hasta el último

momento, cuando había perdido su virtualidad. Hay quien afirma que fue interceptado por Casado, otros que por Pedrero. Parece improbable y la misma reiteración del mensaje lo hace todavía más improbable. En *Les batailles de la liberté* Álvarez del Vayo ni siquiera alude a este telegrama, y sí hace referencia a que las pretensiones gubernamentales se redujeron a los términos en que el telegrama venía redactado. Pero esta actitud gubernamental, al no haberle dado respuesta expresa a lord Halifax, quedó en platónica, una vez descartada la única vía que podía conferirle eficacia: la presión británica sobre Franco.[4]

¿Qué ocurrió en realidad? ¿Se resistió Negrín a convertirse pública y oficialmente en liquidador de la guerra? ¿Pudo en él, más que el deseo de conseguir aquellas mínimas condiciones, que no eran tan mínimas, el amor propio que le vedaba presidir la rendición? ¿Confiaba en alargar la guerra algún tiempo? ¿Le inducía la esperanza de que cargaran otros con el peso de la derrota?

VIII

Para confirmar lo confuso y complicado de la situación y justificar el desorden cronológico a que cualquier relato se ve constreñido, vamos a referirnos a dos hechos de los cuales no existe otra versión que lo declarado por sus protagonistas.

Cuando el general Miaja se hallaba ya comprometido con los altos mandos militares en aquella primera versión de lo que después cristalizaría en el golpe de Casado, compromiso no aclarado en sus alcances pero cierto y existente, envió a Francia un emisario de su confianza, sin darles cuenta, que se sepa, a sus compañeros de las gestiones que le encomendaba, y a espaldas de Casado. El emisario fue el entonces capitán Antonio López Fernández, antiguo sargento taquígrafo, que cumplía funciones de secretario cerca del general.

Relata el mentado capitán que el 9 de febrero por la mañana llegó en avión a Toulouse y que a las diez de la noche consiguió una entrevista con Negrín en la cual expuso que por intermedio suyo el general Miaja recababa autorización para establecer contactos con el enemigo con propósito de poner fin a la guerra, pues consideraba que carecía de medios materiales y morales para continuarla. Declara el capitán López que a la entrevista asistió también Álvarez del Vayo. Preguntó Negrín qué medios necesitaba Miaja para resistir, y tras de manifestar que era tema aquel que requería meditación, dio por terminada la audiencia. Al día siguiente, el emisario averiguó que el jefe del Gobierno y el ministro de Estado habían regresado a España. Es de suponer que, como ya tenían decidido el desplazamiento, no tomaron en consideración el mensaje de Miaja y se limitaron a escuchar al emisario y mantener en secreto el viaje que iban a emprender. No se deduce de este testimonio que Negrín manifestara asombro o indignación ante los

propósitos o propuestas de Miaja, que era no solo la máxima autoridad en zona republicana sino que ostentaba la plena representación del jefe del Gobierno.

El capitán López, en libro que ignoro si habrá sido publicado,[1] del cual solo conozco la versión manuscrita, cuenta que al siguiente día, 11 de febrero, se trasladó a París y que, recibido en la embajada por el presidente de la República, le invitó a presentarse en España —siempre en nombre de Miaja—, a lo cual Azaña se negó. El día 13, en el hotel Lafayette, sostuvo una entrevista con el general Vicente Rojo, quien le manifestó que la guerra había que considerarla perdida. El exjefe de Estado Mayor le entregó una carta dirigida al general Matallana, advirtiéndole de que el gobierno se trasladaba a Madrid con la «estúpida idea» (no queda aclarado si la frase pertenece a Rojo o al transcriptor) de resistir a ultranza, a pesar de que había aconsejado a Negrín lo contrario, y también le ponía en guardia contra los elementos que acompañarían al jefe del Gobierno en su traslado.

El capitán López tropezó con dificultades para el regreso; lo hizo vía Orán, pero no consiguió reintegrarse a zona republicana hasta el 23 de febrero. Existen indicios de que Rojo le envió a Matallana una carta por distinto conducto; pudiera ser duplicado de la que le entregó a López.

Pertenece el segundo testimonio a don José del Río, secretario entonces de la Agrupación de Unión Republicana en Madrid, y que pocos días después sería consejero de Instrucción Pública y Sanidad en el consejo de Casado.

En fecha que no puede precisar, que considera posterior a la entrada en Barcelona de los nacionales, pero que hay que suponer sería bastante posterior, pues al poco se celebraba Consejo de Ministros en Madrid, y por consiguiente, convendría situarla hacia mediados de febrero, fue invitado por un antiguo correligionario a un almuerzo al cual asistieron el coronel Adolfo Prada, subinspector del Ejército y el comandante Eduardo Medrano. Por la tarde y tras algunos tanteos verbales por parte de los militares, fueron a visitar al general Martínez Cabrera, antiguo jefe de Estado Mayor y en esa época gobernador militar de Madrid.[2] Los militares expusieron la imposibilidad en que se hallaba la república de defenderse con las armas, con las cuales no se evitaría la derrota y aumentaría el ya

excesivo número de víctimas, además de acentuar los sufrimientos de militares y civiles; ambos consideraban conveniente que los partidos políticos estuvieran informados de lo comprometido de la situación. Insinuaron que se estaba a tiempo de buscar alguna fórmula que evitara o paliara el desastre. Martínez Cabrera fue más explícito y formuló a del Río una pregunta concreta: «¿Cuál cree usted que sería la actitud de los partidos políticos si se formase un gobierno militar republicano para terminar la guerra?». A lo cual contestó el joven político, a quien la pregunta no le cogía desprevenido tras los anteriores circunloquios coloquiales: «Creo que los partidos políticos y las sindicales obreras responderían del mismo modo que cuando Franco se sublevó».

Del Río comunicó lo tratado y sus sospechas de que los militares prepararan algún golpe, a diversos amigos entre los cuales al presidente de Izquierda Republicana y también a González Marín y a Salgado, miembros influyentes de la CNT. Informó de la entrevista y de las conjeturas a que la misma le obligaba a Giner de los Ríos y a Antonio Velao, ministros ambos y presidente aquel de Unión Republicana, momentos antes de que se reuniera el Consejo de Ministros que bajo la presidencia de Negrín se celebró en el Gobierno Civil de Madrid. Supone del Río que los ministros nada le contarían a Negrín, pero en esas fechas debía hallarse cumplidamente informado de los manejos y conspiraciones que se tramaban a su alrededor. Resulta inevitable que al llegar a estos días se establezcan paralelos, salvando distancias, entre Negrín y Casares Quiroga en el período que precedió al 18 de julio de 1936. Para formular una diferencia radical entre ambos sería imprescindible hallar respuesta a la pregunta de si Negrín, en lugar de esforzarse por evitar la sublevación contra él y su gobierno, se disponía a dejarla estallar no para sofocarla sino para que le ofreciera ocasión de una salida menos catastrófica en lo político, y en lo personal garantizarse la evacuación.

Supone del Río que la firmeza con que respondió al general Martínez Cabrera pudiera haber disuadido a los militares de la oportunidad de que el golpe tuviera carácter exclusivamente militar. Considerando que la entrevista a que se refiere quien después sería miembro del Consejo de Defensa se celebró con posterioridad a la que sostuvieron Casado y Besteiro, y del Val, y a

otros tanteos que iba realizando el propio Casado, no parece que la suposición se sostenga con fundamento. Puede interpretarse mejor, como evidencia de lo escasamente coordinada que se hallaba entonces la conspiración, su falta de unidad orgánica, y que ponga de relieve que cada cual obraba un poco por su cuenta, en un deseo de terminar la guerra del cual todos participaban. Lo más probable es que Martínez Cabrera, Adolfo Prada y Medrano formaran parte de esa primera y difusa «conspiración», en la cual también se hallaría comprometido el almirante de la flota Miguel Buiza, y que más que conjura estructurada era compromiso previo.

En la noche del 5 al 6 de marzo vio del Río en los sótanos del Ministerio de Hacienda a los militares con los cuales se había entrevistado. A ninguno de ellos se le adjudicó consejería, y sí, como veremos más adelante, fueron designados para otros cargos.

Trabajoso resultará para el lector, de la misma forma que lo resulta para el autor, moverse en medio de esta confusión de fechas y contradicciones y sentirse forzado a una constante búsqueda, confrontación y eliminación de datos; tal es la agitación de colmena enloquecida que se produce en el bando gubernamental, más hondamente escindido que nunca. Los errores escritos, a los cuales deben sumárseles no pocos embustes, de los cuales solemos prescindir, lo invaden, contagian y embrollan todo. Momentáneamente vamos a situarnos de nuevo en el día 15 de febrero.

Al parecer, es esta la fecha en que el coronel Casado recibe de manos de los agentes del SIPM nacional la carta del coronel Fernando Barrón, que aquel ha exigido como credencial de los mentados agentes para asegurarse de la autenticidad de los representantes franquistas y de su comunicación con el cuartel general de Burgos. En las primeras entrevistas que mantuvieron al iniciarse el mes, se le ofreció a Casado que, a manera de prueba, se leería por la radio nacional cualquier mensaje que él mismo les dictara. Casado alegó que prefería una carta escrita de puño y letra de Barrón, con lo cual es de presumir que pretendía, al tiempo que convencerse de la autenticidad de los agentes, entablar contacto personal con un antiguo amigo a quien sabía bien situado en el

ejército franquista.

El coronel Fernando Barrón era uno de los jefes militares africanistas que había alcanzado mayor prestigio durante la campaña, prestigio que se había acrecentado al detener al frente de su famosa 13 División, «La mano negra», la ofensiva republicana del Ebro a las puertas de Gandesa. No suele aludirse a esta circunstancia, pero es presumible que se trataba de un militar de antecedentes liberales y republicanos, y pertenecía a la misma promoción de caballería que Casado.

Si Casado, paralelamente a obtener garantía de que trataba con auténticos representantes del enemigo, pretendía tender un puente amistoso hacia el coronel Barrón, esta segunda maniobra no iba a dar resultado positivo. Según dejó escrito después el teniente coronel Ungría, entonces jefe del Servicio de Información y Policía Militar, afecto al cuartel general del Generalísimo, «… el mensaje fue transmitido por uno de los medios eficaces que contaba nuestra quinta columna; Barrón fue llamado a Burgos y allí, bajo la alta inspiración del Caudillo, escribió la carta pedida por Casado, y en la que poco más o menos se repetían textualmente las* condiciones impuestas para el cese de las hostilidades…». El coronel Martínez Bande, a través de los documentos examinados en el Archivo del Servicio Histórico Militar, da a entender que se trata de dos piezas separadas: la carta, por un lado, y las que se han llamado «concesiones del Generalísimo», que nunca llevaron su firma, aunque como tales fueron presentadas a Casado por los agentes nacionales. En la documentación examinada por Martínez Bande se precisa que el día 15 le fue entregada a Casado la carta del coronel Barrón (que se limitó a ejercer de amanuense), y que las «concesiones» no le fueron transmitidas hasta cinco días después.

Estamos ante un conjunto de actuaciones no suficientemente aclaradas, de informes redactados por personas que, situadas en zona enemiga, y a despecho de la relajación que experimentaba el aparato represivo republicano, no dejaban de hallarse en peligro, y que obrarían bajo la presión de tensiones muy justificadas. En las versiones que circulan no siempre coinciden las fechas, como tampoco las circunstancias. Por el momento, quienes intervinieron personalmente en estas actuaciones reservadas han optado por guardar silencio y aquellos que formaban los eslabones más

importantes han fallecido.

Lo que puede considerarse cierto es que entre el 15 y el 20 de febrero el coronel Casado sabía que con quienes estaba tratando eran representantes calificados del enemigo y que las únicas condiciones que este aceptaba eran la rendición.

Por considerarlas del máximo interés transcribimos las mentadas «concesiones» tal como las publica el coronel Martínez Bande, pues en la versión de Casado se suprimen las tres primeras líneas y se introducen pequeñas variaciones:

> Tenéis la guerra totalmente perdida.
>
> Es criminal toda prolongación de la resistencia.
>
> La España nacional exige la rendición.
>
> La España nacional mantiene cuantos ofrecimientos de perdón tiene hechos por medio de proclamas y la radio y será generosa para cuantos, sin haber cometido crímenes, hayan sido arrastrados engañosamente a la lucha.
>
> Para los que depongan voluntariamente las armas, sin ser culpables de la muerte de sus compañeros ni responsables de otros crímenes, aparte de la gracia de la vida, la benevolencia será tanto mayor cuanto más significados y eficientes sean los servicios que en estos últimos momentos presten a la Causa de España o haya sido menor su intervención o malicia en la guerra. Los que rindan las armas, evitando sacrificios estériles, y no sean reos de asesinatos y otros crímenes graves, podrán obtener salvoconducto que les pondrá fuera de nuestro territorio, gozando entre tanto de plena seguridad personal.
>
> Ni el mero servicio en el campo rojo, ni el haber militado simplemente y como afiliado en campos políticos extraños al Movimiento Nacional, son motivos de responsabilidad criminal.
>
> De los delitos cometidos durante el dominio rojo solo entienden los Tribunales de Justicia.
>
> Las responsabilidades civiles se humanizan en favor de los familiares de los condenados.
>
> La España nacional ha establecido la redención de penas por el trabajo con disfrute de jornal para ayuda a los familiares de los penados. Nadie será privado de libertad por

> actividades criminosas más que el tiempo necesario para su corrección y reeducación.
>
> El nuevo régimen asegura el trabajo para todos los españoles sin desentenderse del dolor ajeno.
>
> A los españoles que en el extranjero rectifiquen su vida se les dispensará protección y ayuda.
>
> El retraso en la rendición y la criminal y estéril resistencia a nuestro avance, serán causas de graves responsabilidades que exigiremos en nombre de la sangre inútilmente derramada.

La lectura de este documento, al que el hecho de no estar firmado aún le restaba valor, no era como para animar a Casado ni a quienes tuvieran conocimiento de su texto. Primero, no dejaba lugar a dudas de que no se aceptaría ningún pacto y solo la rendición absoluta a la merced del vencedor. Segundo, al constar de manera expresa de que a quienes depusieran voluntariamente las armas, salvo si fueran responsables de la muerte de sus compañeros u otros crímenes, fórmulas ambas bastante vagas en que, por acción u omisión, podría incluirse a cualquiera, se les concedería «la gracia de la vida», ya presupone que en principio se consideraba que todos estaban incursos en pena de muerte, lo que no podía resultar tranquilizador. Tercero, la alusión a tribunales de justicia podía con fundamento suponerse que se refería a los militares, que no se caracterizaban por su benevolencia. Cuarto, debía inferirse que nadie iba a escapar de responsabilidades militares o civiles. Las promesas y garantías eran todas ellas muy vagas, salvo la entrega de salvoconductos para expatriarse, que, añadiremos, no se cumpliría después ni en un solo caso.

El punto más peligroso, por medio del cual se introduciría una cuña destinada a escindir sin remedio el bando republicano, auténtica lanzada en el costado, o puntilla, venía determinada por el último párrafo. No era tal concesión, era amenaza; el eufemismo de «graves responsabilidades» resultaba claro y conminatorio en el contexto del párrafo y en las circunstancias extremas en que se vivía. Desde aquel momento, Casado y cuantos leyeran el documento, si no habían perdido la lucidez o suponían que la redacción tenía como único objeto intimidarles, debían darse por

enterados de que la única opción era rendirse de inmediato sin esperar nada. Este último párrafo es como barrera interpuesta a la espalda de quienes iniciaban las negociaciones, barrera que les impediría cualquier retroceso y desencadenaría la definitiva aniquilación del bando gubernamental.

Si como «concesiones» no se acierta a dilucidar en qué consisten estas, a menos que se trate de «la gracia de la vida», como arma liquidadora parece eficaz este documento. Veremos como, a pesar de que Casado y —después, una vez constituido— los del Consejo pugnan y forcejean por arrancar alguna mínima concesión, que no conseguirán, están atrapados desde el principio en las redes tupidas del vencedor. Si en España no se produce una anticipación de Nuremberg es porque los principales dirigentes escaparon. La única personalidad de alto rango que les fue entregada por los alemanes terminó sus días, no en la horca, pero sí ante el paredón, y eso sin consideración a que se trataba de uno de los dirigentes más moderados.

En esta misma fecha, 15 de febrero, señalan algunos autores la visita de Líster a Negrín, y el comienzo por parte del jefe comunista de una serie de actividades y visitas, que tampoco conducirán a nada, pero que hay que situar en fechas posteriores, ya que el error proviene del libro *Nuestra guerra,* memorias del propio Líster. La llegada de jefes y comisarios del Ejército del Ebro, que desde Toulouse regresan a zona republicana con ánimo de apoyar a Negrín y a su política de resistencia, no tendrá lugar hasta algunos días más tarde. Tagüeña, cuyas memorias (*Testimonio de dos guerras*) parecen mejor documentadas y rigurosas que las de Modesto (*Soy del Quinto Regimiento*) y que las de Líster, señala el día 20 como el del aterrizaje en Albacete y traslado a Madrid. Esta fecha parece más razonable, puesto que el jefe del XV Cuerpo va detallando lo que sucede en Francia durante los días que median desde su paso de la frontera catalana. Y Tagüeña y Líster no se separaron durante aquellos días.

Hace Ramón Salas un pequeño estudio comparativo de las contradicciones en que incurren los jefes comunistas, y estas contradicciones descalifican la capacidad de su memoria hasta el

punto que queda en evidencia que los datos que dan deben ser manejados con tiento y prevención. Seguiremos preferentemente a Manuel Tagüeña, cuyo libro no se incluye en el estudio de Salas sobre las inexactitudes, y que por diversos motivos, englobados los de índole personal, nos merecen credibilidad. La aventura de estos jefes y comisarios de probada fidelidad al Partido y de capacidad militar notable (aunque quizá se les confiaran mandos superiores a su real capacidad), experimentados en la acción y dispuestos al sacrificio, aventura que acabará disolviéndose en la nada, tiene una significación que conviene sea inscrita en el contexto de algo que no llega a realizarse y que debe ser interpretado como síntoma de las perturbaciones que aquejan al organismo republicano y que si no la determinan, precipitan su ruina.

Para poner en claro la actuación final de esos jefes y comisarios, todos ellos comunistas fieles, disponemos de bastantes libros, pues la mejor explicación, aunque haya que salvar o interpretar posiciones personalistas, políticas, infrapolíticas, errores y embustes, nos vemos forzados a buscarla en los libros escritos por aquellos que continúan hoy o fallecieron en la ortodoxia y por los disidentes, cuya disidencia no contribuye a facilitar la tarea, antes al contrario, introduce un elemento más que induce al embrollo. Además de las obras que quedan citadas, hemos estudiado con detenimiento las de Castro Delgado, Jesús Hernández y Antonio Cordón. Hemos releído *El único camino* de Dolores Ibárruri, primera entre los dirigentes comunistas que acudió a la zona central desde Cataluña, en fecha que puede situarse entre el 5 y 6 de febrero, según ella misma nos cuenta. A pesar de que sus memorias estén publicadas en Moscú y en 1963, son de mucho interés los datos que proporciona y los comentarios con que los acompaña.

De la lectura de estos libros que, dejando aparte su carga política que llega a condicionarles, pueden calificarse de autobiografías de tono justificativo, se llega a unas conclusiones: la principal de ellas es que, a pesar de la desastrosa situación en que queda la república tras la pérdida de Cataluña y la destrucción de sus ejércitos, quienes aceptan trasladarse a la zona Centro-Sur lo hacen dispuestos a continuar la lucha con diferentes grados de entusiasmo y convicción y con diferentes propósitos. Los más aspiran a una «derrota honrosa», mediante repliegues ordenados, a

lograr la evacuación del mayor número de cuadros y militantes del partido, y a ganar tiempo para establecer una fuerte y articulada organización clandestina; y en segundo término, a la expatriación de otras personas comprometidas pertenecientes a diversos partidos y sindicales. Los veteranos del Ebro no podían equivocarse con respecto a las posibilidades de resistencia, aun contando con la todavía considerable potencia del ejército, y menos conociendo la penuria de aviones y el hecho de que el enemigo podía concentrar sus fuerzas contra los objetivos que el mando les señalara. La carencia de alimentos y lo insuficiente de los medios de transporte también les era conocido y en Francia se habrían informado de que el gobierno galo no permitiría el paso ni del armamento ni de los aviones. Tampoco podían confiar con fundamento en la llegada a los puertos del material soviético que quedaba en el país vecino. Traían, a mayor abundamiento, la doble y dolorosa experiencia de las derrotas en el Ebro y en Cataluña. Habían sido machacados, batidos, dispersados y vencidos. Y, sin embargo, regresaron: un gesto valeroso, alarde de fidelidad a la causa republicana y al Partido Comunista, que nadie debe regatearles. ¿Hubo quienes se quedaron en Francia? Para empezar, todos los no comunistas, salvo alguna excepción entre los que calificamos de negrinistas, pero aun entre los comunistas hubo muchos que no regresaron, sea porque el Partido les recomendó permanecer en Francia con cometidos un tanto discutibles, sea porque «perdieron contacto», lo cual resultaba fácil en aquellas circunstancias a quienes se les hacía duro el regreso, sea porque fueron internados en campos de concentración sin poner suficiente diligencia para eludirlos.

Si para entonces en las altas esferas comunistas se había decidido el abandono de la causa española, como algunos suponen sin que las pruebas que aportan sean suficientes, hay motivos sobrados para pensar que no ocurría lo mismo en las del PCE y parece demostrado que los esforzados jefes y comisarios del Ebro, que al primer requerimiento acudieron al punto de peligro y lucha, lo ignoraban.

Parece menos probable que la resistencia numantina fuese propósito firme desligado de actitudes propagandísticas internas y externas: ni Negrín ni los comunistas se proponían continuar la guerra de manera indefinida «hasta el último hombre y la última

peseta»; pero, habiendo hecho tanteos de paz sin resultados y no aceptando protagonizar la rendición (de ahí que Negrín no contestara al telegrama de Azcárate), es dable suponer que lo que pretendían era organizar una retirada, Jo más lenta y ordenada que se pudiese, en dirección a los puertos y en especial hacia Cartagena, con el fin de evacuar a cuantos resultase factible hacerlo, y salvar también la mayor cantidad de bienes transportables, los buques y la aviación. Y ganar tiempo por si entretanto se producían circunstancias internacionales que pudieran favorecerles. ¿Creían los integrantes de las distintas fracciones «casadistas», aunque sea anticipar el uso de esta denominación, que Negrín y los comunistas se proponían continuar la guerra como si nada hubiese ocurrido en Cataluña? Entre las incertidumbres, entre los encontrados propósitos y confundidos con los movimientos de odio y desesperación que se debaten y entrecruzan en las conciencias individuales y bullen en las colectivas, existe un propósito secreto: controlar la evacuación. Cada uno interpretaba a su manera los hechos que se avecinaban: más desesperanzada en los negrinistas y comunistas, y, a pesar de todo lo que queda escrito aquí, vagamente esperanzada en los «casadistas» en escala ascendente desde los libertarios y socialistas caballeristas hasta los militares profesionales. A pesar de que hoy no se conciba en qué motivos podían fundamentar su esperanza —salvo que fuese en promesas británicas, confianzas masónicas o en insinuaciones de benevolencias que quedaran incumplidas— parece indudable que hasta el propio Casado confiaba en alcanzar algunas condiciones favorables.

Los del Ebro se instalaron en la calle Lista, en dos edificios muy próximos entre sí de los ocupados por servicios del Partido. Iban, venían, hacían visitas, cambiaban impresiones, esperaban que se les otorgaran mandos, observaban cómo a su alrededor el derrotismo ganaba terreno, cómo latía la difusa conspiración, cómo cualquier resistencia iba a convertirse en pura ilusión. Sin embargo, confiaron hasta el último momento y permanecieron dispuestos. Los principales abandonaron Madrid y se trasladaron a Elda ¿Para estar cerca de la Presidencia del Gobierno y de los altos dirigentes? ¿Para escapar de Madrid, que en cualquier momento podía convertirse en un cepo?

Uno de aquellos jefes militares que regresaron de Cataluña expone con clara sinceridad los motivos que le impulsaron a hacerlo: «Fuimos a la zona Centro-Sur por disciplina del partido comunista, el único que para nosotros había dedicado todos sus esfuerzos a la guerra. Considerábamos que las unidades militares comunistas eran las más eficientes, en particular las del Ejército del Ebro, cuyo espíritu de cuerpo fue excepcional. Mientras durase la guerra nuestro deber nos obligaba a seguir combatiendo donde fuera por una causa que creíamos justa… Solo teníamos una esperanza muy remota en un cambio en la situación internacional que salvase a la República de la derrota, pero después de Múnich no había a la vista nada que lo justificase. Al contrario, sabíamos que las potencias occidentales iban a reconocer al general Franco. Estábamos convencidos de que los vencedores no darían cuartel. No quedaba otra cosa que terminar dignamente la guerra, no capitular en ningún caso y luchar hasta el fin replegándonos para poder evacuar por mar y aire a la mayor cantidad de personas comprometidas, tarea muy difícil pero no imposible. Pensábamos que aunque éramos solo un puñado de hombres, si se nos daban puestos claves podíamos asegurar el cumplimiento de esos planes… Por mi parte, volvía a España convencido de los grandes peligros de la misión, pero nunca dudé en hacerlo. Sentía la gran responsabilidad de haber mandado a la muerte a miles de hombres, lo que me obligaba a no rehusar lo que consideraba para mí un honor…».

Regresaron de Francia dos subsecretarios, los coroneles Cordón y Núñez Mazas, que lo eran del ejército de Tierra y de Aviación respectivamente; también Hidalgo de Cisneros, Francisco Galán, coronel que procedía del antiguo ejército y había tenido mando en el del Este, Enrique Castro Delgado, miembro del Comité Central, y su ayudante Climent. Los demás procedían del Ejército del Ebro y eran los siguientes: Juan Modesto Guilloto, Enrique Líster y su jefe de EM, teniente coronel Manuel López Iglesias, militar profesional, el teniente coronel Joaquín Rodríguez, que en Cataluña mandaba la 11 División, el mayor Ramón Soliva de la 45 División y su comisario José Sevil; todos ellos, salvo Modesto, pertenecían al V Cuerpo. Del XII, además de su jefe Etelvino Vega, regresó Francisco Romero Marín, teniente coronel de milicias, que había estado al

frente de la 34 División. Del XV Cuerpo y con Manuel Tagüeña lo hicieron su comisario José Fusimaña Fábregas, el jefe de la 35 División Pedro Mateo Merino, el mayor López Tovar, de la 42 División y el capitán Francisco Gullón, jefe de información del EM del mismo cuerpo.

Todavía en los últimos días llegaron a Alicante por mar, con la esposa de Modesto, el jefe de EM del XV Cuerpo, mayor Luis Gullón y el capitán Loríente, jefe de Organización y Servicios. Su incorporación tardía hace que se les excluya del grupo, en tanto que este podía constituir la reserva de Negrín frente a los capituladores.

¿Se hallaba, en verdad, Negrín dispuesto a entregar los puestos militares clave? O, por el contrario, ¿temía que si iniciaba una reorganización militar, en la cual predominaran los comunistas, se desencadenara una verdadera sublevación que, de otra parte, Negrín consideraba adormecida? En cualquier caso, resulta evidente que Negrín, aun consciente de lo que estaba ocurriendo, tampoco se atrevía al cambio que podía convertirse en detonante de la rebelión o no, pero que, al dar el poder militar a los comunistas, a él le colocaría a su merced.

Entre los casadistas se daba por seguro que el presidente preparaba lo que ellos calificaban de golpe comunista y eso les servía de estímulo para agruparse y disponerse a asestar por su parte el contragolpe.[3]

Más adelante trataremos de explicar el debatido asunto de los ascensos y nombramientos, que constituye el supuesto nudo de «la conjura comunista», y que ha comenzado a ponerse en claro, si bien su verdadera intención y alcance aún sean cuestionables.

Durante la semana que corre del lunes 20 de febrero al domingo 26 se manifiesta gran agitación y nerviosismo en todos los ambientes políticos, militares y sindicales de Madrid y Valencia principalmente. Los nacionales han difundido por los frentes vagas esperanzas de paz, que contribuyen a mermar la ya escasa moral de una mayoría de los soldados republicanos.

Los libertarios están convencidos de que los comunistas se disponen a apoderarse de todos los resortes del poder, en connivencia con Negrín y los negrinistas y la noticia de que han

llegado a Madrid los jefes y comisarios del Ejército del Ebro será considerado como confirmación de las sospechas. En estas fechas se señalan diversas reuniones de elementos confederales y del Comité Peninsular de la FAI.

El miércoles 22 muere en Colliure el poeta Antonio Machado; en la tremenda resaca de la guerra unos y otros se habían olvidado de él. Lo utilizaron como un arma más de guerra y por el momento les resultaba inútil o innecesaria esa arma y el poeta quedó marginado en el sálvese quien pueda.

Algunos sitúan en esta semana la recogida de *Mundo Obrero* por parte del jefe del Ejército del Centro y los incidentes que se siguieron a la recogida y a la divulgación en forma de folleto del artículo que la había provocado. Casado cuenta que ocurrió el día 13, pero la fecha no tiene apenas importancia, salvo como dato curioso, porque marca el rompimiento público con los comunistas. Continúa Casado manteniendo entrevistas preparatorias y ocurre que el coronel Domingo Moriones, que manda el Ejército de Andalucía, denuncia a Matallana que Casado conspira, y como uno de los que con Casado conspira es precisamente Matallana, este le advierte a su vez a Casado de que conviene extremar la prudencia.

Modesto y Líster se van entrevistando con diversos jefes militares: Miaja, Menéndez, Matallana, Martínez Cabrera… y con otros que, como Barceló, son miembros del PCE. Idas y venidas, visiteo, tomas de posición, exploraciones, disimulos…

En el campo contrario se produce un hecho importante: el general Franco envía a Chamberlain un telegrama tranquilizador —sin duda conoce por Mr Hodgson los escrúpulos de conciencia británicos— dándole seguridades de que no se ejercerán represalias y añadiendo que su patriotismo, honor y generosidad serían las mejores garantías de una paz justa. La principal importancia del hecho radica en que los escrúpulos británicos se disiparon y que el telegrama fue utilizado por el gobierno de Su Majestad para justificar el reconocimiento de Burgos. Considerado desde hoy y a la luz de acontecimientos posteriores, cabe la sospecha de que alrededor de la palabra «represalia» debió de producirse algún equívoco.

Entre las actividades de los libertarios, la más importante, por lo que tiene de conspiratoria y resolutiva y porque se reflejará en los

acontecimientos que van a producirse, es la reunión que tuvo lugar en fecha no fijada hasta el presente, pero en los últimos días de febrero, en la calle de Miguel Ángel, 29, en el local del Sindicato de Espectáculos Públicos. Este pleno, al cual asistieron dos centenares de militantes caracterizados, se prolongó durante siete horas; concurrieron quienes ocupaban puestos de mando en el ejército —Cipriano Mera entre otros— y secretarios de los sindicatos, periodistas y cuantos en la CNT, la FAI o las JJLL tuvieran significación orgánica o sindical. Fue la última convención libertaria y en ella se expusieron ideas y propósitos, se formularon planes y se consiguió el clima vibrante de las grandes ocasiones. Quien sin grandes precisiones mejor nos lo deja entrever es José García Pradas, la más brillante pluma entre las confederales de entonces y que vivió aquellos días con el apasionamiento agresivo con que escribía, el mismo que ha dejado impresas y firmadas las más violentas diatribas contra Negrín, arremetidas que se hacían eco de rumores o chismes, que suponemos exagerados, pero que transparentan la situación de intransigencia y crispación que dominaba a todos. Transcribimos unas líneas de García Pradas referidas a aquel pleno: «… Analizamos con detenimiento la situación de la zona, y la vimos tan desastrosa, que en ella nos pareció imposible, no solo resistir sino también hacer la paz. Convinimos todos en la necesidad de organizar con ritmo de lucha, con pasión de combate, nuestras fuerzas y las ajenas, para evitar que entre la guerra a muerte —de que muchos hablaban como si fuese posible el suicidio de un pueblo— y la paz honrosa —en que algunos empezábamos a pensar— apareciese el caos, el clamor iracundo de las muchedumbres abandonadas o vendidas, el horror de una catástrofe militar seguida por el descoyuntamiento de nuestra retaguardia, que en unas horas podía enloquecer de pánico y desesperación como pasó en Málaga, en Santander, Asturias, en la misma Cataluña». El principal acuerdo que se tomó en este pleno fue la creación de un Comité Regional de defensa «al cual habrían de quedar supeditados férreamente los demás…». Era la versión actualizada del clásico comité revolucionario con plenos poderes; los libertarios se disponían de nuevo a la lucha revolucionaria, si bien con las cautelas que el momento exigiría y aceptando las alianzas necesarias. Por unanimidad fue elegido Eduardo Val como

secretario; los demás elegidos fueron Benigno Mancebo, Melchor Baztán, González Marín, Manuel Salgado, Manuel Amil y el propio García Pradas. «Las facultades de aquel comité que, en atención a las circunstancias nacía con carácter ejecutivo, eran extraordinarias», añade el autor de *Cómo terminó la guerra de España.*

De un pleno, que tiene que ser el mismo, nos da una versión en la cual se aportan nuevos detalles, pero con variaciones, Gregorio Gallego, que por entonces desempeñaba la jefatura accidental del EM de la 50 División. Comienza por reducir a la mitad el número de asistentes, que evalúa en un centenar y da bastantes nombres (Rafael Gutiérrez Caro, jefe de la 14 División, Luzón, que mandaba la 70 Brigada, Feliciano Benito, comisario de Mera, Gallego Crespo, secretario de la Confederación Regional del Centro, Manuel López, secretario del Subcomité Nacional, el más alto de los dirigentes de la zona Centro-Sur, Juan López, el exministro). De lo escrito por Gregorio Gallego se deduce que el pleno se celebró por iniciativa de Val. Se dio cuenta de la visita a Francia de los tres comisionados, cuyas gestiones conocemos, pero fueron eludidos algunos extremos. Una de las cosas que se dijeron es que Amil había sorprendido una conversación entre dos militares comunistas en el avión que les traía a España en que daban como seguro un golpe consistente en destituir a todos los mandos militares no comunistas. Esta declaración «sacudió a los reunidos como una descarga eléctrica», pero entra en lo posible que se tratara de una intervención para conseguir ese efecto. Hubo discusiones agrias en distintos momentos y en especial cuando Manuel Salgado, que propugnaba como todos una firme oposición a cualquier dictadura —franquista o negrinista-comunista—, hizo una alusión a «una paz honrosa». Dice Gallego que se acabó rechazando por abrumadora mayoría cualquier género de dictadura y que se dio un amplio voto de confianza a los comités del movimiento libertario para establecer compromisos o alianzas con las fuerzas antifascistas. No menciona la elección del Comité de Defensa a que alude García Pradas. ¿Se trataría de dos plenos distintos celebrados con muy pocos días de diferencia?

Mucho más preciso es lo que el mismo autor cuenta que sucedió por la tarde, terminado el pleno, cuando Eduardo Val convocó en el local del Comité Regional de Defensa a los militares que habían

asistido. Allí les dio cuenta de las actividades de Negrín y sus entrevistas y de cómo los altos jefes militares y los dirigentes políticos consideraban que se había llegado a los límites de la resistencia. Y que añadió «… pero si Negrín se lía la manta a la cabeza y entrega el poder militar a los mandos comunistas que perdieron la batalla de Cataluña después de haber machacado a la CNT y a los catalanistas, recibirá la respuesta que merece, aunque luego tengamos que lamentarlo todos». Terminó Val recomendándoles que permanecieran alertados y que escucharan el parte de guerra de la noche y que si oían a continuación que se había constituido una Junta de Defensa «para luchar contra Negrín, apoderaos del mando de las unidades y destituid o encerrad a los negrinistas sin la menor vacilación…».Esta versión se da aquí a título informativo, pues se refiere a algo acontecido muchísimos años atrás y se corre el peligro de que a los recuerdos verdaderos se superpongan algunos otros procedentes de relatos posteriores, de lecturas, de otros hechos. Las unidades del IV Cuerpo no necesitaban apoderarse del mando, puesto que el superior lo ejercía Cipriano Mera, y entre los reunidos había jefes de División y de Brigada. Queda, además, la incógnita sobre la fecha del pleno y la reunión, pero parece extraño que con cinco o seis días de anticipación se cursaran órdenes tan precisas. No puede, sin embargo, descartarse de manera categórica.

En un día tampoco concretado, que probablemente sería el 23 de febrero, se reunió en Madrid el buró político del PCE. Asistieron a esta reunión Dolores Ibárruri, Pedro Checa, Vicente Uribe, Manuel Delicado, Isidoro Diéguez, Ángel Álvarez, José Palau y estuvieron también presentes José Moix, miembro del Comité Ejecutivo del PSUC (Partit Socialista Unificat de Catalunya) y Arturo Jiménez, secretario de la organización comunista de Madrid. Con grandes titulares se publican en *Mundo Obrero* del día 26 los acuerdos tomados: «Para terminar la guerra salvando la independencia de España y la libertad del pueblo y excluyendo toda represalia, la resistencia y lucha del Ejército y el pueblo español pueden continuar y continuarán». Se destacan en negritas «los tres puntos que comprenden: la independencia de nuestro país, la libre disposición del pueblo y la exclusión de toda represalia una vez liquidada la guerra». Son, pues, los tres puntos de Figueras, cuyo

alcance no llega a entenderse, pero de los que entonces nadie se preocupaba de explicar o de inquirir el verdadero significado. La incongruencia del momento en que se vivía autorizaba a insistir, sin concretar si las alusiones a una paz posible eran ofertas o peticiones, o el derecho al pataleo que se arrogaban los que se sabían vencidos. ¿Se trataba de aferrarse a la voz que aún podía emitirse y a la palabra que era posible imprimir, sin atender a que una y otra no guardaran demasiada relación con las circunstancias de todos conocidas? Cuando se escribe: «exclusión de represalias» ¿qué significa? ¿Que de triunfar la república ofrece una actitud benevolente? («Si me sacas del pozo, te perdono la vida»). ¿O que era condición que se exigía para rendirse, aunque a semejante posibilidad no se aludiera? La declaración del buró político del PCE empieza así: «El Partido Comunista declara que sería un gravísimo error querer ocultar la gravedad extrema de la situación. La pérdida de Cataluña, del Ejército y del material de guerra que se encontraba en aquella zona, constituye para la República un golpe muy duro, que cambia profundamente, agravándolas, las condiciones de nuestra lucha por la independencia y la libertad de España. Pero la situación se transformaría en catastrófica si los dirigentes, las organizaciones y los partidos, si el Gobierno, si los jefes del Ejército, perdieran la serenidad y la confianza en sí mismos y en la capacidad combativa y espíritu de sacrificio de los soldados y del pueblo, y se orientasen, no hacia la resistencia sino hacia el abandono de la lucha y la capitulación». El manifiesto es largo y comprende cinco apartados, el último de los cuales se titula: «¡En pie de guerra el Partido!».

La alusión o réplica de los comunistas a quienes conspiraban, directamente o no, y se inclinaban hacia la capitulación más o menos encubierta, era clara como exponente de una voluntad de resistencia, pero si se analiza desapasionadamente queda en un manifiesto teórico, proclamación de principios imposibles ya de poner en práctica. Nadie pensaba con alegría en la capitulación —la voluntad común hubiese sido aplastar al enemigo, derrotarlo, aniquilarlo—, lo que ocurría es que no veían posibilidad de continuar la resistencia con garantía de éxito. Muchos de los autores que después escribieron contra el Consejo de Defensa y cubrieron de injurias a quienes lo formaron o colaboraron con él, cuando hacen

balance de los efectivos y reservas con que todavía contaban, exageran su importancia y cuantía para, unas páginas después, o antes, cuando les conviene para sostener cualquier argumentación —frente a los nacionales, pongamos por caso—, los reducen y minimizan hasta que, sin advertirlo, acaban por justificar lo mismo que combatían con sañuda actitud acusatoria.

IX

Los libros que tratan de este período de la guerra, lo mismo que las historias generales, están de acuerdo en que Negrín reunió en el aeródromo de Los Llanos (Albacete) a los principales jefes del ejército republicano de tierra, mar y aire. La nómina de quienes asistieron a aquella reunión coincide en los diferentes autores, pero sobre la fecha las discrepancias son muchas. Si estableciéramos un cuadro con las distintas fechas, comprobaríamos dos cosas, primera, que los que se equivocan son la mayoría, en razón de su misma discrepancia, y segunda, que muchos autores se han limitado a copiar a otros sin entrar en averiguaciones ni consultas. La importancia de fijar la fecha de esta reunión viene determinada porque es el momento en el cual Negrín se sabe desatendido y comprueba de manera inequívoca que con los altos mandos de los ejércitos, la flota y la aviación cualquier intento de resistencia resultará baldío. A ese mismo convencimiento podemos suponer que habría llegado antes como resultado de las diferentes entrevistas que en privado iba sosteniendo con los jefes, juntos o separados, entrevistas que cabe pensar que sean causa de la confusión cronológica a la que hemos aludido.[1]

Fuese el 26 o el 27 de febrero, y particularmente me inclino por esta segunda fecha que creo es la exacta, tuvo lugar la reunión convocada por el presidente del Consejo y ministro de Defensa. Asistieron a ella el general José Miaja Menant, jefe supremo del Ejército, el también general Manuel Matallana Gómez, que mandaba el Grupo de Ejércitos de la Región Central, el coronel —o general, porque acababa de ser ascendido— Segismundo Casado López, jefe del Ejército del Centro, los generales Leopoldo Menéndez López y Antonio Escobar Huertas, que mandaban los

Ejércitos de Levante y Extremadura, y el coronel Domingo Moriones Larraga, jefe del de Andalucía. Concurrían, asimismo, el general Carlos Bernal García, como jefe de la base naval de Cartagena, el almirante de la flota, capitán de navío Miguel Buiza Fernández-Palacios, y el jefe de la zona aérea Centro-Sur, coronel Antonio Camacho Benítez. No fue convocado, o no asistió a la reunión, se ignora por qué causas, el jefe de la Aviación republicana, general Hidalgo de Cisneros, que era entre todos el único comunista en el sentido activo y verdadero. Él mismo en sus memorias no habla de la reunión de Los Llanos. Si algunos han criticado a Negrín porque no convocó junto a los jefes militares a los altos mandos del comisariado, nadie que recuerde se ha interesado en averiguar por qué no fue citado o no asistió a la reunión Hidalgo de Cisneros.

Como con posterioridad se ha desbarrado sobre infidelidades y traiciones, acomodando los calificativos a posiciones partidistas dentro del campo republicano, conviene dejar constancia de que la totalidad de los jefes convocados eran, sin excepción, de probada lealtad republicana y con una brillante hoja de servicios que les había ascendido a aquellos mandos.

El único que en el primero de estos aspectos pudiera ser discutible sería el general José Miaja, jefe del Mando de la Defensa de Madrid y exaltado más que ningún otro por la propaganda, en especial por la comunista, que después le convertiría en blanco de sus ataques y trataría de destruir el mito. De Miaja se ha repetido, y parece que con fundamento, que perteneció a la UME (Unión Militar Española) y existe un testimonio de cómo se presentó donde se guardaba el fichero, que conservaban los republicanos, y se llevó «como recuerdo» su ficha y la del entonces coronel de EM Vicente Rojo. Este hecho parece ser cierto —y pudiera no serlo— pero pasados los primeros días en que mantiene posiciones no demasiado firmes, sus servicios a la causa republicana fueron eminentes. Puede argüirse que sus méritos militares fueron exagerados y se le reprocha un exclusivismo egoísta en el manejo de las fuerzas y material que de él dependían, su resistencia a obedecer cuando se le ordenaba ceder tropas cuya presencia se hacía necesaria en otros campos de operaciones, como si a Miaja le interesara más su éxito personal que la marcha general de la guerra. En el momento en que se celebra la reunión de Los Llanos, y a despecho de que su estrella

había iniciado el declive, acababa de nombrársele teniente general y era, cara al exterior, el más prestigioso de los militares gubernamentales y el más popular en la España republicana.

El jefe de la base de Cartagena, lo mismo que Miaja, era ya general cuando se iniciaron las hostilidades. Procedía del arma de Ingenieros y se le conocía por su republicanismo. El ministro de la Guerra, general Castelló, le nombró subsecretario y le dio el mando de la columna de Somosierra. Afirma Modesto que allí comenzó y terminó su historia militar y quizá tenga un punto de razón, pues los demás cargos que desempeñó estuvieron relacionados primero con la organización de las brigadas mixtas e internacionales en Albacete y después con el transporte. Solo en enero de 1939 se le había designado para la jefatura de la base principal de Cartagena.

El general Matallana era uno de los más brillantes componentes del ejército popular, y así estaba considerado hasta tal punto que, incluso quienes después se convirtieron en sus enemigos, demuestran hacia él cierta deferencia y los más suelen tratar de disculparle a pesar de que en el último episodio su actuación fue clara y eficaz. Cuando se inició la sublevación militar era comandante de Infantería, diplomado de EM, y sus antecedentes digamos familiares hicieron que se desconfiara —o que no se confiara— de él. Durante la defensa de Madrid Vicente Rojo le encomendó una de las secciones de su Estado Mayor, y cuando al entrar Indalecio Prieto en el Ministerio de Defensa el entonces coronel Rojo pasó a dirigir el Alto Estado Mayor recién creado, quedó Matallana como jefe de EM del Ejército del Centro. Pasó después a la jefatura del EM del Grupo de Ejércitos y, al perderse Cataluña y ser nombrado Miaja jefe supremo del Ejército, le fue otorgado a Matallana el mando de la Agrupación. Habiendo empezado la guerra de comandante y sin ser empujado por ningún partido político, lo rápido de su carrera da idea de su competencia y de la devoción que le inspiraba la causa a la cual servía.

En agosto de 1938 ascendió a general Leopoldo Menéndez, la misma fecha que Matallana. Hijo de un general, pertenecía a una familia que dio a la causa republicana cuatro jefes. El más conocido fue Arturo, que se distinguió en política y era director general de Seguridad cuando los sucesos de agosto de 1932. En la confusión de los primeros días del alzamiento, fue apresado en un tren que se

detuvo en Calatayud, fue conducido a Zaragoza y de allí a Pamplona, donde fue fusilado sin formación de causa. Era Leopoldo comandante de Infantería y diplomado de EM, y mandaba el 18 de julio el batallón de la guardia presidencial. Actuó como jefe de EM de Hernández Saravia en Andalucía, pasó a mandar el XX Cuerpo de Ejército y ejerció el cargo de comandante militar de la plaza de Teruel el poco tiempo que permaneció en manos gubernamentales. Se distinguió al frente del Ejército de Maniobras cuando, desbordadas las líneas republicanas en Aragón, la lucha se trasladó a Levante. Fue, asimismo, distinguida su actuación cuando consiguió detener el avance franquista hacia Valencia en los días anteriores a la batalla del Ebro y desde aquellas fechas mandaba el Ejército de Levante. «Polito» le llamaban sus amigos y compañeros; su adhesión a la causa gubernamental no deja el menor resquicio a la duda.

Antonio Escobar Huertas, que mandaba el Ejército de Extremadura, era persona cuya adhesión pudiera tener un punto conflictivo pero nadie podría ponerla en tela de juicio. Es el coronel Ximenez de*,*

L'espoir

hombre de orden y de «derechas», como se le podría calificar usando terminología de la época, católico practicante, marchó al frente de la columna de la guardia civil que en Barcelona tardíamente se puso de manera activa de parte del Gobierno, y participó en la lucha callejera.[2] Terminada la guerra Escobar fue fusilado en Barcelona por los nacionales. Había ascendido a general de la guardia nacional republicana (nombre que se le dio a la guardia civil) en el año 1937. Su lealtad era indiscutible.

Al ser designado Segismundo Casado para mandar el Ejército del Centro, le sustituyó en el de Andalucía el coronel Domingo Moñones Larraga, que pertenecía al cuerpo de Ingenieros. Desde los primeros días se distinguió en los frentes de la Sierra donde mandaba un batallón formado por soldados del regimiento de Ferrocarriles, del cual era teniente coronel segundo jefe; esta unidad formaba parte de la columna del coronel Castillo. Más adelante sustituyó a Asensio en el mando del frente del Guadarrama. Fue jefe de la 2 División y, ya ascendido a coronel, del I Cuerpo de Ejército. Estaba en posesión de la Medalla del Valor y tenía el título de

marqués de Oroquieta.

En cuanto al coronel Antonio Camacho Benítez, jefe de la Aviación de la zona Centro-Sur, era uno de los tantos oficiales de convicciones republicanas que había en el arma de Aviación y que, además, permaneció fiel al Gobierno. Porque, si calificar de republicano en fases avanzadas de la guerra tiene significación definitoria, refiriéndose a épocas anteriores, incluso al momento de la sublevación militar, se presta a equívocos. El 18 de julio era Camacho teniente coronel y jefe del aeródromo de Getafe; tomó parte activa en cuanto a sofocar el movimiento insurreccional de Madrid. Con Prieto fue subsecretario del Aire, y si es cierto que se afilió al PCE, lo hizo por influencia de su amigo Ignacio Hidalgo de Cisneros, impelido por circunstancias del momento más que por convicciones. Su posterior conducta vendría a demostrarlo, pero su lealtad a la causa republicana nadie la ha puesto en duda.

Uno de los personajes más notables que acudió a aquella reunión fue el almirante de la flota, capitán de navío, Miguel Buiza, que a pesar de pertenecer a una familia andaluza derechista, se había caracterizado siempre por su republicanismo. Fue uno de los oficiales —no muy numerosos, pero más de lo que suele suponerse— del Cuerpo General de la Armada que permaneció fiel al Gobierno. Había ejercido al principio la jefatura de la flota y más adelante fue sustituido por González Ubieta, el que acababa de rendir Menorca como se ha explicado. Cuando la batalla de Cataluña andaba muy avanzada, y en ocasión dolorosa y difícil para él (su esposa, embarazada, se había suicidado, víctima de una aguda depresión), fue requerido para reasumir el mando.

Hemos hecho un esbozo biográfico de quienes participaron en aquella histórica reunión tan ligada a la terminación de la guerra y a la forma en que ese final iba a producirse. Ninguno de los militares convocados a Los Llanos podía resultar sospechoso, ni entonces ni ahora, de no haber servido a la república y a su gobierno con total entrega. Del jefe del Ejército del Centro nada añadiremos a los datos que sobre él tenemos expuestos. De su republicanismo tampoco puede dudarse. Acusarle de que Franco después le recompensó son ganas de negar la evidencia y calumniar. Cualquiera ha podido comprobar lo contrario hasta hace pocos años en que falleció.

Las versiones que sobre esta reunión o consejo de guerra poseemos no son coincidentes pero, a través de un crecido número de alusiones, estudiándolas convenientemente y descartando aquellas que están escritas para demostrar *a posteriori* algo que le conviniera al autor, podemos deducir con fundamento que las cosas ocurrieron así. Hacia las doce comenzó la reunión que había convocado el jefe del Gobierno. Hizo este, en primer término, una exposición de las tentativas de paz iniciadas en distintas ocasiones y por diferentes cauces y del nulo resultado de las mismas. Se refirió al encargo que en los últimos días de la retirada de Cataluña hizo a los representantes de Inglaterra y Francia para que sus respectivos gobiernos lo transmitieran a Burgos y resaltó que tampoco habían tenido respuesta. Siguió exponiendo la posibilidad de que el Gobierno francés permitiera el traslado de las armas y aviones a la zona republicana para llegar a la conclusión de que, aunque la situación fuese apurada y él mismo deseara la paz como todos los españoles, el único camino que les quedaba frente a la intransigencia del enemigo era continuar la guerra.

Terminada esta larga exposición, se retiraron a almorzar. Algunos que han escrito al respecto afirman haber asistido a esta comida; en cualquier caso, fue muy restringida en cuanto a comensales. Los jefes reunidos no tuvieron ocasión de cambiar impresiones entre sí, cosa que debía entrar en las intenciones del anfitrión.

Por la tarde, Negrín fue otorgando la palabra a cada uno de los convocados para que expusiera el estado de las fuerzas a sus órdenes y su personal criterio con respecto al momento y al porvenir. Existen contradicciones sobre la actitud adoptada por alguno de los presentes, pero parece probable que quien hizo una más larga exposición, erigiéndose en portavoz de los compañeros, fue el general Matallana. El jefe de la Agrupación de Ejércitos se mostró contrario a la prolongación de la guerra, que consideraba posible durante algún tiempo, pero que vendría a empeorar la situación frente al enemigo y a aumentar el número de bajas y destrucciones. Comentó la desmoralización que entre los combatientes y la población civil había originado la derrota de Cataluña y la pérdida de aquel territorio, de las industrias, del potencial humano, de las fronteras con Francia, y el grave

quebranto que todo ello suponía, agravado por la circunstancia de que Franco estaba acumulando efectivos para emprender una nueva ofensiva con la que confiaba poner fin a la guerra. Se extendió sobre la penuria de armamentos y en particular sobre la insuficiencia de los medios de transporte, que mermaban la eficacia combativa de un ejército que, si todavía era numeroso, se hallaba mal dotado y abastecido. Resulta aventurado interpretar si aquella exposición y las que a continuación harían los demás jefes eran una última advertencia a Negrín, presiones encaminadas a que gestionara la rendición, o se trataba de preparar por anticipado la justificación de las iniciativas y responsabilidades que varios de los allí presentes se proponían asumir.

De la misma opinión fue Menéndez; dio detalles, por lo que a su ejército se refería, suponiéndolo en condiciones de aguantar la ofensiva enemiga durante cierto tiempo, pero considerando que cualquier sacrificio resultaría estéril. Con sobriedad y en la misma línea se expresó el general Escobar, y Casado desarrolló parecidos puntos de vista, que ya en conversaciones privadas con Negrín le había manifestado la imposibilidad de proseguir la lucha con los efectivos de que se disponía, carentes de medios para aliviar la situación alimenticia y superar las penurias de vestuario y calzado, con las cuales los soldados venían obligados a enfrentarse. Parece que el general Bernal aludió a la situación particularmente tensa de Cartagena, donde temía se produjeran desórdenes, y Moriones, que días antes había avisado a Matallana de que Casado conspiraba, no añadió nada de interés, si bien no se mostró disconforme con sus compañeros sobre la urgencia de buscar la manera de llegar a una paz. Por parte de Camacho, se hizo un recuento de los escasos recursos en cuanto a número de aviones y de la menguada industria aeronáutica de que se disponía desde la pérdida de Cataluña, con lo cual llegaba a la conclusión de la inutilidad de enfrentarse con la potente aviación que el enemigo pondría en juego tan pronto comenzara la temida ofensiva.

La actitud más decidida fue la de Miguel Buiza, quien expresó que hablaba en nombre de la oficialidad y tripulaciones de la flota. Le habían expuesto de manera clara que, de no negociarse la paz de inmediato, los buques se harían a la mar y abandonarían las aguas jurisdiccionales. Algunos autores afirman que precisó que el plazo

que daba para tomar esa decisión terminaría el día 4 de marzo. Suele comentarse que el presidente le interrumpió para advertirle que su obligación hubiese sido la de fusilar a quienes le manifestaron aquellos propósitos de deserción en masa, a lo que Buiza replicó que, si era cierto que así debía haber procedido, no lo hizo porque él también estaba de acuerdo. Buiza se quejó, asimismo, de que los buques en Cartagena estaban mal defendidos contra las incursiones aéreas del enemigo. Este último punto era verdad solo en alguna medida, pues a las defensas antiaéreas de la base naval, que eran buenas, habría que sumarle la de la artillería antiaérea de los buques.

Después de haber dejado sentada su opinión Buiza, Bernal o Camacho, que no hay acuerdo sobre quién lo hizo en último lugar, se cuenta que Miaja exclamó airado que a él, jefe supremo del Ejército, era al único a quien no le habían solicitado su opinión. Negrín, a quien entra en lo posible que se le hubiese olvidado, le contestó que precisamente le reservaba el último lugar, dada su categoría superior. Entonces Miaja, a quien se advertía molesto y nervioso, aseguró que, a pesar de todo lo expuesto, él era partidario de resistir hasta el fin. Semejante afirmación dejó a los demás extrañados, pues contradecía cuanto con ellos había comentado y los acuerdos convenidos con algunos. Casado ha hecho después ásperas críticas de la actitud de Miaja, pero tampoco le concedió demasiada importancia, pues no contaba con su cooperación activa para el golpe que venía preparando y estaba convencido de que no iba a resultarle difícil hacerle aceptar los hechos consumados.

La actitud de Negrín se manifestó en consonancia con los rasgos dominantes de su personalidad. Después de haberles escuchado, prescindió de las opiniones que habían expuesto; ni se esforzó en refutarlas ni en aportar nuevos argumentos. Consideró lo manifestado por Miaja como resumen —irrisorio resumen— de las opiniones de los demás y como única válida. Volvió a insistir en los mismos argumentos, y en lo que para él resultaba más importante y es que, habiendo ofrecido la paz y negándose Franco a considerar sus ofertas, no les quedaba otra salida que continuar la guerra dando sensación de firmeza y confiando en que el enemigo pudiera cambiar de actitud o que en el campo internacional se produjera una nueva crisis que condujera a la generalización de la guerra.

Con ese pequeño discurso, que no guardaba relación con cuanto los altos mandos habían expuesto ni con la verdad de la situación, Negrín dio por terminada la asamblea.

Algunos autores que se ocupan de estos hechos tomando partido, le reprochan a Negrín no haber destituido allí mismo a los militares, incluso el no haberles arrestado. Resulta aventurado interpretar cuál era el estado de ánimo y las auténticas intenciones de Negrín. En cualquier caso, la idea de un arresto hay que descartarla, puesto que, encontrándose en un aeródromo, es decir, bajo jurisdicción militar de uno de los presentes, podía temer que la conspiración, de ser cierta, se resolviese allí mismo como reacción defensiva y que resultase él el arrestado. Por idénticas causas juzgaría peligrosa una destitución fulminante. Y tal como estaban las cosas, no podía prescindir, en un golpe de genio, de los militares de más limpia ejecutoria republicana; si lo hacía —como pensaba hacerlo con respecto a algunos— sería recurriendo a procedimientos más sutiles que no trascendieran con peligrosa evidencia a las tropas ni al público. Tampoco resulta totalmente imposible que en lo íntimo se sintiese de acuerdo con la postura adoptada por aquellos militares que conocían la verdadera situación y que supiera estaba atrapado un vez más entre sus deseos de negociar una rendición, en que se salvara la honrilla —o el honor si se prefiere—, y la intransigencia mostrada por el enemigo que exigía que nada fuese salvado.

Antes de dispersarse en dirección a sus respectivos puestos de mando, algunos de los reunidos debieron reafirmarse en sus acuerdos. No hay noticias de que Escobar y Moriones entraran en ningún plan conspirativo, tampoco el coronel Camacho. Pudo ocurrir que se le informara a Bernal y se ignora lo que pudieron hablar con Miaja, aunque no sería de extrañar que las relaciones con él quedaran tirantes; desde luego no fue avisado por Casado de los propósitos insurreccionales que en aquella fecha estaban avanzados en su trama.[3]

X

Si en ese día, que suponemos el 27 de febrero, los altos jefes militares se declaraban casi unánimemente en favor del cese de las hostilidades, por una paz que era virtualmente rendición, en el campo internacional se producía un hecho capital, que no por esperado y temido debió de ejercer menor influencia desmoralizadora entre los escasos partidarios de la resistencia, haciendo excepción una vez más de los comunistas más firmes, quienes, para decirlo con frase de uno de sus enemigos ya muerto entonces, formaban una minoría inasequible al desaliento. Inglaterra y Francia tomaron públicamente el acuerdo de reconocer al gobierno de Burgos, lo cual equivalía a romper las relaciones con la república. No aciertan, pues, quienes afirman que las relaciones internacionales habían mejorado para los republicanos; el acuerdo de ambos gobiernos, al que seguiría el de otros muchos, cerraba las puertas exteriores al de Negrín, y Franco dejaba de ser aquel militar faccioso con quien se mantenían contactos vergonzantes. Incluso la ayuda de la URSS, si es que en la voluntad de Stalin estaba el seguir dispensándola, que no parece que así ocurriera, se hacía tan difícil que podía calificarse de imposible. Y lo mismo Negrín que quienes se encontraban reunidos con él en Los Llanos por azar de fechas sabían que sin ayuda exterior la resistencia no era factible. Si las democracias daban ese paso definitivo en «el caso español», tampoco era de creer que previeran una contienda generalizada en el horizonte inmediato de las relaciones europeas, pues reconocer a Franco y romper con los gubernamentales era privarse de una eficaz cabeza de puente en la península y de un ejército entrenado, y con respecto a Francia, garantía de seguridades en su retaguardia y, para ambas potencias, la posibilidad de contar con bases ventajosas

en el Mediterráneo, principalmente la de Cartagena. Y si calculaban que entraba en lo posible que llegara a producirse una guerra, se conformaban con que en España estuviera asentado un gobierno que no les fuese hostil, y para ello se habían asegurado la neutralidad de Franco cuando la crisis de Múnich. Juzgar los hechos posteriores sin prestar atención a lo que este doble y meditado reconocimiento significaba es especulación carente de solidez.

El gobierno de Estados Unidos utilizó el pretexto de que deseaba realizar consultas personales para retirar a su embajador cerca de la república. Mr Claude G. Bowers, que vivía en San Juan de Luz, era decidido partidario de los gubernamentales, como se deduce de la lectura de su libro *Misión en España,* que publicó después y cuyos datos hay que considerar con suma reserva en razón a su apasionado partidismo que no disimula y que llegaba a ofuscarle. Como él mismo cuenta, se le llamó a Washington con la intención de quedar con las manos libres para reconocer a Burgos. Todavía, a pesar de que después los acontecimientos iban a precipitarse, las posibilidades de guerra entre los países totalitarios y las democracias eran problemáticas y distantes y un enfrentamiento entre la URSS y Alemania impensable. Tenía que producirse antes el acuerdo entre ambas potencias que posibilitaría, por paradoja, la iniciación de la guerra que sería mundial.

El domingo 26 de febrero, Pablo Azcárate, a quien ya se había anunciado que al día siguiente Gran Bretaña reconocería el gobierno de Burgos, sostuvo una larga conversación con lord Halifax en el domicilio privado de este. «Fue mi último y supremo esfuerzo —declara— para conseguir que el gobierno británico pusiera en juego los recursos de que, sin duda, disponía, para imponer a las autoridades rebeldes una cierta moderación en las ya inevitables represalias de que iba a ser víctima nuestro pueblo. Para precisar mis argumentos llevaba escrita una carta, especie de testamento que le entregué en propia mano y en la cual mencionaba especialmente los tres puntos siguientes: 1.°) abstención de represalias, 2.°) suspensión inmediata de hostilidades, 3.°) facilidades navales para la evacuación de personalidades comprometidas». Como declara el propio embajador Azcárate, no consiguió de lord Halifax más que corteses palabras «… pero —añade— salí de la entrevista convencido de que no podíamos poner

la menor esperanza en la acción del gobierno británico como elemento moderador…».

El día 28 el reconocimiento fue objeto de un debate en la Cámara de los Comunes. El jefe de la minoría laborista, Clement Attlee, que se había mostrado en todo momento decidido partidario de los republicanos y había visitado España en unión de otros parlamentarios, atacó con dureza al Gobierno conservador. Le contestó el premier —Chamberlain, el de Múnich— quien leyó un documento que había recibido de Burgos y que en opinión suya podía considerarse tranquilizador. Su texto era el siguiente: «La España nacional ha ganado la guerra y el vencido no tiene más que rendirse incondicionalmente. El patriotismo, la caballerosidad y la generosidad del Caudillo, de las cuales ha dado tantos ejemplos en las regiones liberadas, así como el espíritu de equidad y justicia que inspira todos los actos del gobierno nacional, constituyen firme garantía para todos los españoles que no sean criminales. Los tribunales de justicia se limitarán a procesar y juzgar a los autores de los crímenes, aplicando las leyes y los procedimientos existentes antes del 16 de julio de 1936 y dentro de los límites fijados por ellos. Si prolongando una resistencia criminal los jefes rojos continúan sacrificando más vidas y vertiendo más sangre exclusivamente en sus propios intereses personales, y como el gobierno nacional y el Caudillo están exentos de todo espíritu de represalias, lo único que conseguirán será provocar el aplazamiento de esa demencial resistencia y agravar sus propias responsabilidades». El debate en los Comunes fue largo y apasionado, pero la decisión estaba tomada y los votos calculados. Edén se inclinó a favor del reconocimiento. El resultado fue de 344 votos a favor y 137 en contra. Leído hoy el documento redactado en Burgos, que sirvió de argumento decisorio para los ingleses —o para los conservadores—, no deja de causar extrañeza que así sucediera, pero conviene insistir en que, si no se deseaba el triunfo de Franco y que las simpatías con que allí contaba eran escasas, sí se deseaba que terminara la guerra y que las relaciones hispano-británicas no salieran demasiado deterioradas. Cuando acabaron las hostilidades los británicos experimentaron un alivio por haber conseguido que las consecuencias de la tragedia española no les hubiesen alcanzado.

El reconocimiento por parte del gobierno francés implicaba mayores claudicaciones, pues llevaba implícita la «devolución» a las autoridades de Burgos de cuanto había en Francia y pertenecía al «gobierno español». Entre otras muchas cosas había un importante depósito de oro en Mont Marsan, pendiente de restitución al Gobierno español, que los franceses se habían resistido a entregar a los republicanos; además, armas, buques, obras de arte, edificios, elementos de transporte… Francia solicitaba el *placet* para nombrar embajador al mariscal Philippe Pétain.

Como consecuencia de este doble reconocimiento, espaldarazo de las democracias, entablaron relaciones diplomáticas con Burgos Yugoslavia, los Dominios Británicos, Australia, Grecia, Paraguay, Bélgica y, en plazo relativamente corto, casi todos los estados del mundo que no lo hubieran hecho antes, salvo la URSS y México.

En la España nacional se consideraba que tanto Inglaterra como Francia se habían mostrado a lo largo de la guerra partidarias de «los rojos», y que les habían prestado considerable ayuda, por lo cual se les reputaba casi enemigas. En el ámbito menos público de la diplomacia, los contactos marchaban por caminos más contemporizadores, lo mismo que ocurría en cuanto a las relaciones económicas. A Francia tuvo que hacérsele duro el reconocimiento; las gestiones que llevó a cabo el enviado oficioso, senador Bérard, fueron trabajosas y se vio obligado a aceptar en bloque las exigencias de Burgos, que no fueron pocas. Días antes del reconocimiento, el 23 de febrero, *Solidaridad Nacional* de Barcelona, y quizá otros periódicos también, publicó unas declaraciones de Franco, en las cuales, tras de decir «De todos los españoles yo soy el que más desea el fin de la guerra, pero solamente aceptaré una rendición incondicional del enemigo…», añadía: «La prensa de los países vecinos se hace ella misma cómplice de estos crímenes y estos saqueos. Debería, al menos, dar una muestra de buen gusto, guardando silencio. Las expresiones adulatorias que hoy me dirigen me son más indiferentes que las infamias de ayer». Y luego: «Esta prensa es exactamente tan cobarde como todos aquellos a quienes antes ensalzaba».

Los que lucharon en favor de la república, se han mostrado unánimes al acusar a Francia e Inglaterra como principales culpables de su derrota.

Que el presidente de la República iba a dimitir de su cargo no era secreto para nadie desde que abandonó Cataluña por las trochas fronterizas de La Bajol en los últimos días de la retirada. Su permanencia en la embajada española de París planteaba una situación singular, puesto que se trataba del jefe de un Estado extranjero en viaje no oficial y había llegado a firmar decretos. La situación resultaba incómoda para el gobierno» francés, que se preparaba a reconocer a Franco. Sirviéndose del embajador Mr Henri se hizo saber al presidente Azaña la necesidad en que se hallaba el gobierno francés de reconocer a Burgos desde el mismo momento en que lo hiciera Inglaterra, y oficiosamente le recomendaba que dimitiera antes para evitar que pareciera que era Francia quien venía a rematar a la república española. Azaña, que ya tenía más que decidida la dimisión, manifestó que no podía moralmente adelantarse al reconocimiento oficial. Desde ese momento se supo la fecha de la dimisión presidencial tan pronto como las democracias entablaran relaciones con Burgos, con lo cual la renuncia, en sus aspectos legales y aún morales, quedaría mejor justificada.

El 25 de febrero se presentó en la embajada el ministro de Hacienda Méndez Aspe para solicitar al presidente que firmara dos decretos: por el primero de ellos enajenaba todos los bienes muebles e inmuebles del Estado español situados en el extranjero, a una sociedad anónima; por el segundo, se cedía a la Unión Soviética la propiedad de los buques españoles surtos en puertos rusos. Se negó Azaña a firmar el primero de los decretos, pues lo consideraba carente de validez legal y le repugnaba aparecer como liquidador de un patrimonio que pertenecía a la nación española fuera cual fuera la naturaleza y hasta la legalidad jurídica del Gobierno que la representara. Sobre la cuestión de los buques prometió la firma por considerar que, hallándose los barcos en puertos soviéticos, la URSS no los devolvería jamás y a cambio podían conseguirse pequeñas ventajas económicas, que redundarían en ayudas a los refugiados españoles que se hallaban en Francia.

Como extraoficialmente había sido advertido de que el reconocimiento tendría lugar el día 27, decidió trasladarse a una villa que había alquilado en la Alta Saboya, en Collonges-sur-Salève, muy próxima a la frontera suiza y a Ginebra, donde se hallaba

instalada su familia.

Al día siguiente, domingo 26, cuando acababa de llegar por ferrocarril de París, y recién instalado en la villa, se presentó un emisario de Méndez Aspe con el decreto preparado para la firma; el presidente lo firmó. La prisa del ministro de Hacienda provenía de que también estaba enterado de que el reconocimiento era inminente y, como consecuencia, la dimisión de Azaña.

Aquella misma tarde llegó un segundo emisario, procedente asimismo de París, portador de un telegrama dirigido por Negrín al presidente, al edificio de la embajada que acababa de abandonar: por orden de Méndez Aspe este telegrama no le fue entregado hasta después de que firmara el decreto de enajenación de los buques. Conminaba Negrín, en nombre propio y en el del Gobierno, al presidente de la República para que se presentara en Madrid y ofrecía su dimisión si es que se consideraba oportuno el relevo. De no atender al requerimiento, le hacía culpable de cuanto pudiera ocurrir. El telegrama le podía haber sido entregado la noche anterior en París, pues el mensajero se trasladó a Collonges en el mismo tren en que lo hizo Azaña.

La carta de dimisión la redactó poco después, lleva fecha del 27, y no se hizo pública ante la prensa extranjera hasta el martes 28. El cuñado de Azaña, Cipriano Rivas Cherif, que es quien narra estos hechos y fue testigo de los mismos, adelanta de un día estas últimas fechas. El texto de la dimisión, que primero le fue enviado al presidente de las Cortes por telegrama (que hemos de suponer cifrado), y que veinticuatro horas después fue comunicado a la prensa internacional, era el siguiente: «Excmo. Sr. Presidente de las Cortes: Exmo. Sr. Desde que el general en jefe del Estado Mayor Central, director responsable de las operaciones, me hizo saber delante del Consejo de Ministros que la guerra estaba perdida para la República sin remedio alguno, y antes de que como consecuencia de la derrota, el Gobierno aconsejara y organizara mi salida de España, he cumplido con el deber de recomendar y proponer al Gobierno en la persona de su jefe, el inmediato ajuste de una paz en condiciones humanitarias para ahorrar a los defensores del régimen y al país entero, nuevos y estériles sacrificios. Personalmente he trabajado en este sentido cuanto mis limitados medios de acción permiten. Nada de positivo he logrado. El reconocimiento de un

gobierno legal en Burgos por parte de las potencias, singularmente Francia e Inglaterra, me priva de la representación jurídica internacional necesaria para hacer oír a los gobiernos extranjeros con la autoridad oficial de mi cargo, lo que no es solamente un dictado de mi conciencia de español, sino el anhelo profundo de la inmensa mayoría de nuestro pueblo. Desaparecido el aparato poético del Estado, el Parlamento y representaciones superiores de los Partidos, carezco dentro y fuera de España de los órganos de consejo y acción indispensables de la función presidencial. En estas condiciones, me es imposible conservar, aun de nombre, el puesto que no había renunciado porque esperaba aprovechar este lapso en bien de la paz. Pongo, Pues, en manos de Vuestra Excelencia, mi dimisión como Presidente de a República, rogándole a Vuestra Excelencia que se sirva darle el trámite necesario. Collonges-sur-Salève, 27 de febrero de 1939».

Añade Rivas Cherif que el presidente, tras haberse hecho pública la dimisión, le comentó: «Ahora verás por qué tenía tanto empeño don Diego en que no dimitiera yo la Presidencia, aunque no volviera yo a Madrid en modo alguno. No quería verse en el trance en que ahora se ve. No irá a Madrid tampoco, claro es; y legalmente no hay otro presidente que él, mientras no se elija —¿cómo y de qué manera?— mi… sucesor». El comentario era acertado. Martínez Barrio ni deseaba regresar ni regresaría. Cuando el Gobierno, que se reunió en Madrid —probablemente el miércoles 1.° de marzo— comunicó a Martínez Barrio que, como presidente de las Cortes, era sucesor automático del presidente de la República y, por tanto, nuevo presidente, y que se ponía a sus órdenes, el político sevillano les contestó: «Tuve conocimiento del acuerdo adoptado ayer en Consejo de Ministros según el cual se indica mi nombre como substituto del señor Manuel Azaña. Al cumplirse los trámites reglamentarios, el Gobierno ha pensado, naturalmente, en reunir las Cortes, de acuerdo con lo que indica la Constitución y el reglamento de la Cámara, para que ante ella se dé cuenta de la dimisión del Sr. Manuel Azaña y se pueda designar presidente interino que ha de ser el de las Cortes. Ante las Cortes se ha de presentar la promesa de fidelidad a la Constitución, para tomar posesión del cargo. El gobierno republicano comunicó la decisión del señor Azaña al pueblo español, y nada tengo que decir de su nota, si no es darme

por enterado de la misma. Los trámites se están cumpliendo legalmente, como lo han sido en todo momento, aun en aquellos más difíciles». Como queda suficientemente claro, Martínez Barrio daba largas; sabía que los trámites no podrían cumplirse, pues entre otras cosas era preceptiva la elección de compromisarios y el cumplimiento de unos plazos incumplibles.

La dimisión del presidente de la República causó gran impresión en toda España, penosa para unos y moderadamente optimista para sus enemigos, que la consideraron signo revelador de la inmediata descomposición final. Las que nos interesan son las reacciones que produjeron dentro del campo republicano, ya que, de hecho, aquella dimisión representaba el fin de la legalidad gubernamental. Aunque no se haya estudiado convenientemente, todo permite suponer que la subsiguiente actitud de Negrín vino influida por la dimisión, y que a los «casadistas» les insufló un último impulso que estimularía a los menos resueltos al proporcionarles un argumento legalista. En las masas combatientes y en los civiles, el efecto resultaría altamente penoso, decepcionante, la sensación de hallarse descendiendo los últimos escalones del vía crucis de la derrota. La determinación de Casado estaba tomada, la fecha aún no decidida, y los representantes del SIPM nacional le apremiaban a que se decidiese a actuar, mientras que Casado les iba dando largas. La dimisión de Azaña no fue, pues, en cuanto a la sublevación casadista, motivo resolutivo; pero la situación que se creaba sí debió influir para acelerar el proceso.

En zona republicana se daba a entender que Martínez Barrio era el nuevo presidente pero, aunque sea anticipándonos a los hechos, ya hemos anunciado cuál fue la reacción del presidente de las Cortes. Unos días después —el 3 de marzo— reunió en un restaurante de París —Laperousse, en el Quai des Agustins— a la Diputación Permanente de las Cortes, salvo a los comunistas y a Pórtela Valladares, que se excusó por enfermedad; con respecto a aquellos, se pretextó que no habían podido ser localizados. Asistieron a la reunión: Palomo, Baeza Medina, Fernández Clérigo, Vargas, Santaló, Valentín Ferres, Araquistain, Prat, De Gracia, Lamoneda, Albornoz, Pascual Leone, Jáuregui, Sapiña y Zugazagoitia. Seguiremos lo que este último ha dejado escrito en su calidad de testigo presencial. Tras leerles el texto de la dimisión de

Azaña, de la cual tenían noticia por la convocatoria, Martínez Barrio comenzó por acumular los impedimentos legales, que eran muchos. El presidente de las Cortes sustituiría al de la República pero aquel debía ser sustituido por el vicepresidente; en el plazo de un mes debían convocarse —en ocho días— elecciones de compromisarios y antes de treinta días más celebrarse las elecciones que debían ser por sufragio universal, directo y secreto, y al Tribunal de Garantías Constitucionales competía el examen y la aprobación de poderes de los compromisarios… La mayoría de los diputados pretendían que la sustitución, o sucesión, se producía de manera automática, como paso previo a lo demás, para lo cual invocaron el precedente del propio Martínez Barrio sucediendo al depuesto Alcalá Zamora cuando la disolución del Parlamento anterior. Nadie se atrevía a exigir una votación, porque estaban convencidos de que, en tal caso, apoyándose en argumentos legales, Martínez Barrio dimitiría. «Don Diego —escribe Zugazagoitia— comunicó que se iba a dirigir telegráficamente al señor Negrín notificándole el acuerdo, adelantándole su pensamiento y pidiéndole el suyo para, con la respuesta del jefe del Gobierno, fijar definitivamente su decisión». El acuerdo que proponía y la decisión personal eran que solo se trasladaría a España si disponía de plena autoridad para poner fin a la guerra y se le garantizaba completa libertad de movimientos para orientar sus gestiones en tal sentido. Además, y para frenar impaciencias y posibles presiones por parte de los reunidos, exigía que le acompañara un representante de cada una de las minorías parlamentarias, y aún aludió, aunque diciendo que no le era necesaria su compañía, a la totalidad de la comisión de la Diputación Permanente. Entre los presentes estaba Fernández Clérigo, segundo vicepresidente de las Cortes, pero este, que por si llegaban a producirse nuevas dimisiones no deseaba asumir el cargo que Martínez Barrio dejaba vacante, dijo que a quien correspondía asumirlo era a don Luis Jiménez de Asúa, que no estaba en París o no asistió a la reunión; y para complicarlo más, se recordó que para la tercera vicepresidencia se hallaba designada Dolores Ibárruri, y que de producirse dimisiones en cadena podía llegar a la presidencia de la República. Propuso, pues, Martínez Barrio la consulta a Negrín, pero de sobra se les alcanzaba a todos (y el comentario no es de Zugazagoitia) que no podía aceptar el jefe del

Gobierno las condiciones que se le imponían, pues su posición al respecto reiteradamente expuesta, era terminante.

Entonces se llegó a una fórmula transaccional que aliviaría el ánimo de los reunidos y se redactó el siguiente comunicado al Gobierno: «La Diputación Permanente de las Cortes ha conocido la dimisión presentada con fecha 27 de febrero último por su E. el Presidente de la República, acordando, vista la imposibilidad de momento de reunir el Parlamento pleno, darse por enterada. Declara asimismo, ante la eventualidad de que el señor Presidente de las Cortes acepte la presidencia interina de la República, previa la presentación de la promesa constitucional, que llegado tal caso se dispone a colaborar en la obra política que por medio de su gobierno marque, si tiende exclusivamente a liquidar con el menor daño y sacrificio posibles y en función de un servicio humanitario, la situación de los españoles».

La república agonizaba entre legalismos que enmascaraban inhibiciones ante la convicción del hecho de que la guerra estaba perdida. A las personas que poseían buena información de fronteras para afuera, a los extranjeros o a quienes se hallaban ausentes de España (lo que venía a ser prueba de haber hecho definitiva elección), tanto la dimisión de Azaña como el texto que la acompañaba, las reservas a hacerse cargo de la sucesión por parte del presidente de las Cortes, así como la manera en que se formulaban —si es que la nota se hizo pública y se difundió—, la impresión que les causaría tuvo que ser grande. Las pretensiones de resistencia quedaban descalificadas y socavaría el ánimo de quienes las hubiesen formulado con intención de llevarlas a la práctica. Entre estos, la idea de controlar la evacuación, que nunca se halló descartada, iría cobrando más alto significado.

No recuerdo que se haya comentado la propuesta última de Negrín a Azaña: dimitir y ser relevado de sus funciones. Parece significativa y conviene relacionarla de alguna manera con lo que va a ser la actitud del jefe del Gobierno durante la última semana que antecede a su «relevo» definitivo y a su fatalista aceptación de los hechos. De otra manera resultaría incongruente o, por lo menos, desconcertante.

XI

La noche del 26 de enero, fecha en que las tropas nacionales habían entrado en Barcelona, el agregado militar de la legación española en Tánger, coronel Vicente Guarner, tuvo una importante reunión en Fez, en la mansión de un moro amigo suyo, en la cual estaban presentes representantes autorizados de muchas kábilas de la Confederación de Gomara, del Fagelomi de Ketama, y del jefe de Rani Hassan, con objeto de tratar de sublevar la confederación, interrumpir las comunicaciones de Melilla con Tetuán y asestar un golpe a los nacionales en su más lejana retaguardia. Había permitido llegar a aquel punto la labor llevada a cabo por el coronel Guarner con un grupo de españoles, árabes y hebreos que con él colaboraban y la cooperación de amistades con que contaba entre militares franceses situados en puestos clave, que simpatizaban con la causa republicana o que fueron sus compañeros cuando años atrás en Francia siguió los «Cours pour Officiers Superieurs». Había hecho Vicente Guarner gran parte de su carrera militar en África, era diplomado de Estado Mayor y conocía la lengua, los dialectos y de manera particular la idiosincrasia de los moros con quienes había tenido prolongado trato. Su último destino en África fue en un territorio alejado de donde ahora se desenvolvería, en el Sáhara español, pues allí desempeñó el cargo de secretario del Gobierno y fue al tiempo segundo jefe de las Tropas de Camellos. Los medios que se pusieron a su disposición en Tánger fueron escasos, tanto en lo económico como en los aspectos técnicos, en relación con la tarea que se le había encomendado.

La situación en Tánger era tan compleja que solo con entusiasmo y capacidad pudo desenvolverse en aquel medio en donde concurrían los más distintos y contrapuestos intereses

internacionales y donde se desarrollaban turbios manejos de cualquier índole. Aventureros, delatores, traficantes de drogas o mujeres, contrabandistas de armas, agentes de uno o más servicios secretos, informadores mercenarios y negociantes tirando a inescrupulosos, se entreveraban con los representantes diplomáticos y consulares, militares, autoridades de diferentes naciones y todo ello en el escenario de la complicada estructura política, administrativa y policíaca de la zona internacional. A unos diez mil ascendían los republicanos españoles que habitaban Tánger, escapados muchos de ellos de las plazas españolas de soberanía, del Protectorado y de Andalucía. Numerosos eran, asimismo, entre la colonia española los partidarios de los nacionales, por lo cual se producían choques, fricciones y algunos secuestros.

Hasta los últimos tiempos de la guerra la acción que desde Tánger se proyectaba sobre el Marruecos español fue de escasos alcances; de rudimentarios pueden calificarse los servicios que allí mantenía la república y, como consecuencia, resultaron inoperantes.[1] Nadie debió plantearse en serio que era una baza que podía jugarse a fondo con ciertas posibilidades de éxito o por lo menos de que fuese políticamente rentable.

El envío a África de Vicente Guarner, cuya actuación, de haber comenzado antes o de haberse prolongado la guerra pudiera haber alcanzado éxitos, sospechamos que se produjo un poco por casualidad a mediados de septiembre de 1938, a pesar de que el hecho de que al mismo tiempo fuese nombrado para ponerse al frente de la legación Juan Simeón Vidarte permite sospechar que quien promoviera o planeara la cosa desde arriba pudo tener en cuenta que tanto uno como otro podían movilizar ciertas influencias que no debieron pasar inadvertidas a la hora de los nombramientos. Acababa de fracasar por entonces un complot relacionado con una acción sobre la zona española de Marruecos, después de un alijo de armas en cabo Espartel que se llevó a cabo con éxito. En el fallido golpe de mano predominaban elementos (¿libertarios y UGT?) que desconocían el idioma y el carácter de los moros en general y de los que se habían enganchado para acompañarles, y por añadidura se había producido la defección de uno de los principales elementos con que se contaba, el xerif de los Darkauis. En el curso de la acción se habían producido dos muertos entre los policías indígenas del

tábor internacional. Gamo consecuencia de estos hechos se hallaban detenidos una treintena de hombres y dos de ellos condenados a muerte por el Tribunal Internacional, más otros tres que se hallaban escondidos en la legación española.

Por aquellas fechas el general José Asensio Torrado se hallaba desempeñando un puesto oscuro como asesor militar en la Dirección General de Marruecos y Colonias; probablemente a su iniciativa se debe la designación de Guarner, amigo suyo desde que estudiaban en la Academia Militar en cuyos dormitorios ocuparon lechos contiguos, pues el de Guarner se hallaba entre el de Asensio y el de otro alumno que después —entonces— sería famoso, Juan Yagüe. Pudo contribuir también a la elección la circunstancia de que entre los militares conocedores de las cuestiones marroquíes el que se hallara más «disponible» fuese Guarner, que dirigía la Escuela de Estado Mayor. La orden de incorporación fue perentoria y tuvo que trasladarse vía Londres para hacerse cargo de la plaza de agregado militar y jefe del servicio secreto. Para sustituir al ministro y cónsul general, que lo era Prieto del Río, llegó al mismo tiempo que Guarner el diputado socialista por Badajoz Juan Simeón Vidarte.

Gracias a la acción rápidamente iniciada se consiguió que las penas de muerte que pesaban sobre los dos españoles les fueran conmutadas y que hubiese que echar tierra al asunto del golpe de mano, pues Guarner consiguió involucrar en los hechos, con pruebas legales fehacientes, a un suboficial italiano, que estuvo implicado como agente doble.

Considerable fue la acción desplegada por Guarner en el corto espacio de tiempo de que dispuso; sirviéndose de amistades e influencias, de complicidades que le facilitaba su antiguo conocimiento de los marroquíes y de su personal habilidad, llegó a crear cierto malestar en algunos puntos de la zona. Entre otras cosas se sirvió de unas claves falsas, que por paradoja le producían al servicio algunos ingresos suplementarios, puesto que las «vendía», que manejaba para desconcertar por medio de noticias engañosas que emitía para que fuesen captadas por el enemigo. Sus esfuerzos culminaban con la reunión de representantes de las kábilas a que nos hemos referido.

Cuando en el mes de febrero el sultán de Marruecos reconoció al

Gobierno de Burgos, se cerró cualquier, posibilidad. Después de quemar todos los papeles, el día 2 de marzo de 1939 hicieron entrega de la legación a un representante de la administración internacional que, a su vez, la entregaría a las autoridades nacionales. Simeón Vidarte, Guarner y los demás funcionarios republicanos abandonaron el edificio entre camisas azules y brazos en alto; no se produjeron agresiones.[2]

Nada influyó cuanto queda relatado en la marcha de la guerra y lo traemos a estas páginas como vía de ejemplo de algo que pudo ser y no fue, de algo que los republicanos pudieron y debieron haber intentado desde el principio, utilizando a fondo armas y recursos económicos.

XII

Quienes han visto la justificación o por lo menos el motivo de la sublevación casadista en los ascensos y relevos —reorganización de mandos— decretada por Negrín, han escrito en general basándose en el recuerdo de unos hechos confusos, de rumores que circularon o de noticias lo bastante vagas como para que las contradicciones sean tantas que vienen a demostrar que más que originarse como reacción ante verdades comprobadas, existían *a priori* unos postulados que se utilizaban, y utilizan, para ajustar a ellos lo que se pretende demostrar.

Hasta hace poco tiempo existía un eslabón perdido en la confusión de gacetas, diarios oficiales y demás publicaciones, que venía a aumentar la confusión y avalaba por omisión afirmaciones esgrimidas según les convenía a unos y a otros, incluso para demostraciones contradictorias, de que los nombramientos, relevos, ascensos y demás, habían sido «secuestrados» y bloqueada su publicación en los diarios oficiales. También podía ocurrir que en la confusión de los últimos días, y en particular durante los hechos que se inician el 5 de marzo, esas publicaciones se hubiesen destruido, no llegando ningún ejemplar a las hemerotecas. Ramón Salas ha conseguido hallar el ejemplar del *Diario Oficial del Ministerio de Defensa* del día 3 de marzo de 1939 y ha transcrito decretos y órdenes con lo cual quedan aclaradas bastantes cosas y se hace posible un estudio de su conjunto y sacar las pertinentes conclusiones. Queda una incógnita; consiste en si al día siguiente, 4, se publicó o no ese *Diario* y, en caso afirmativo, si aparecieron en aquel número nuevas medidas de reorganización. Por el momento, lo mejor es limitarse al uso de la lógica en relación con los datos de que disponemos, que ya ponen en evidencia muchos errores.

¿Existieron más decretos de los cuales no se ha conservado prueba documental? ¿Se publicó el *Diario* el día 4? ¿En tal caso, llegó a distribuirse?

No deja de ser curioso que la mayor parte de esta reorganización se lleva a cabo: «Haciendo uso de las facultades que me han sido expresamente concedidas por el Excmo. Sr. Presidente de la República y de acuerdo con el Consejo de Ministros…», a pesar de publicarse varios días después de la dimisión de aquel.

Como parece interesante que este asunto de los ascensos y de la reorganización del ejército quede aclarada, y aun a sabiendas de que las conclusiones a que lleguemos no pueden ser consideradas definitivas, pero sí contribuirán a desechar malentendidos e interpretaciones partidistas, vamos a exponer un resumen de estas disposiciones aunque requiera cierta extensión.

Firmado todavía por Azaña y fechado el 12 de febrero en la embajada de París, aparece un decreto por el cual se asciende a tenientes generales a los generales José Miaja Menant y Vicente Rojo Lluch. Fue publicado en la *Gaceta* del día siguiente.

El 24 de febrero vienen sendos decretos firmados por Negrín, y publicados en la *Gaceta* al día siguiente. Por el primero se asciende a general al coronel de caballería Segismundo Casado López «atendiendo a los singulares merecimientos y labor realizada durante la presente guerra de independencia nacional». Por el segundo se crea el Comisariado General de Guerra, al cual quedan subordinados todos los comisarios de Tierra, Mar y Aire. Y se nombra para el cargo a Bibiano Fernández Osorio y Tafall, que seguirá desempeñando el Comisariado General de Tierra (el de Marina lo desempeñaba el socialista Bruno Alonso).

En la *Gaceta* del 1.° de marzo, con posterioridad a la reunión de Los Llanos, se publica el ascenso a general de Antonio Cordón García. Los demás ascensos y nombramientos se publicarán en el *Diario Oficial del Ministerio de Defensa* del día 3 de marzo; irán firmados por Negrín o por Cordón.

Fechado el 27 de febrero viene el ascenso a general del coronel de milicias Juan Modesto Guilloto.

Y por órdenes que están fechadas entre el 27 de febrero y 2 de marzo, siempre publicadas el día 3, se nombra secretario general del Ministerio de Defensa Nacional a Cordón, que sigue en su

puesto de subsecretario del Ejército de Tierra. Al gobernador de Cuenca, Jesús Monzón (comunista) se le hace secretario de la Secretaría General de Defensa. El coronel de Infantería Félix Muedra Miñón pasa a jefe de la sección de Organización de la Subsecretaría del Ejército de Tierra, y el también coronel Antonio Garijo, que igual que el anterior era diplomado de Estado Mayor, queda a las órdenes del inspector general de los ejércitos de Tierra, Mar y Aire. Los demás nombramientos pudieran ser de trámite o resultan hoy de difícil interpretación.

Con fecha 2 de marzo —publicado en la orden del 3— se nombra jefe de la base naval de Cartagena al coronel Francisco Galán, «del grupo uniformado de Seguridad». Y con la misma fecha cesa en su cargo, y queda a las órdenes inmediatas del ministro, el general Carlos Bernal, que ocupaba la jefatura de la base.

En la misma fecha el general Matallana pasa a ocupar la jefatura del Estado Mayor Central, vacante por ausencia del general Rojo. Y los que siguiendo el orden de publicación transcribimos son aquellos que en los libros aparecen con mayor frecuencia equivocados. Se nombra en las mismas fechas gobernador civil de Alicante al teniente coronel de Infantería, procedente de milicias, Etelvino Vega; comandante militar de Murcia al teniente coronel de Aviación Leocadio Mendiola Núñez, «sin perjuicio de su actual destino»; y de Albacete al también teniente coronel de Aviación Inocencio Curto. Los demás nombramientos, que parecen secundarios, afectan a una reorganización parcial.

En el mismo *Diario* y con igual fecha se publica una disposición importante: queda disuelto el Grupo de Ejércitos de la Región Centro-Sur y los «actuales ejércitos dependerán directamente de mi autoridad por intermedio del EM Central». Lo firma Negrín como ministro de Defensa Nacional.

Hay una nueva serie de ascensos fechados el 28 de febrero por los cuales se nombra coroneles a Emilio Bueno Núñez del Prado, José Pérez Gazzolo, Luis Barceló Jover, Joaquín Otero Ferrer, Francisco Galán , Rodríguez, Manuel Márquez Sánchez-Movellán y Aurelio Maúlla Jimeno; los últimos llevan fecha del 28 de enero en Figueras. También con la misma fecha y lugar, con antigüedad de septiembre, se asciende a coronel a Enrique Líster, y a comandante de Carabineros a Santiago Garcés Arroyo (que era el jefe del SIM).

Si se estudian estos ascensos y nombramientos, no se deducen pruebas ' terminantes de que en sí mismos representaran un golpe comunista, o por lo menos una reorganización a fondo que entregara el poder a los comunistas, ni siquiera una serie de destituciones que evidencie represalias por la actitud mantenida en Los Llanos por los jefes militares. En general, los nombramientos son de naturaleza ecléctica, sin excluir cierta tendencia hacia los comunistas, sea para recompensar servicios sea para satisfacer a unos y a otros. Si es cierto que se asciende a Modesto y a Cordón, comunistas notorios, también se hace lo mismo con Casado, cabeza, según público rumor, de la conspiración antigubernamental, y anticomunista público. A Líster se le asciende a coronel, pero ese ascenso ya le había sido concedido en Cataluña y no fue publicado porque se interrumpió el curso de gacetas y diarios oficiales en atención a que las circunstancias no las hacían factibles. Entre los ascensos a coronel, junto a Bueno y Barceló, comunistas o considerados como tales, se asciende a José Pérez Gazzolo, a quien se señala entre los conspiradores; y si Galán y Márquez militan en el PCE, los demás son de distinta significación política.

Las más importantes de las providencias que se adoptan son la disolución del Grupo de Ejércitos y el apartamiento del general Miaja, a quien se otorga el cargo de inspector general del Ejército, cuya misión queda un tanto indefinida. A Matallana se le nombra jefe del Estado Mayor Central, organismo que en la práctica no existe, pero desde el cual el general Rojo venía dirigiendo la guerra desde que fue creado. Como los jefes de los ejércitos, queda Matallana supeditado al ministro de Defensa, medida por otra parte lógica y que viene a restablecer las cosas como antes habían funcionado, ya que el mando excepcional que se le había otorgado a Miaja vino impuesto por el aislamiento entre la zona Centro-Sur y Cataluña, en donde se hallaban los mandos superiores y los centros de decisión militares y de gobierno.

Tanto del coronel Muedra Miñón como de Garijo se rumoreaba no solo que estaban contra el Gobierno sino que mantenían contactos con el enemigo, si bien pudiera ocurrir que esto último sea algo que se ha dicho después y haya sido repetido en libros de memorias. Conviene recordar que Miaja había desmentido unos rumores que pudieran relacionarse con estos jefes, a pesar de que

no daba nombres. En la nueva estructura Muedra queda supeditado a Cordón, que podía vigilarlo o neutralizarlo, y a Garijo se lo mantiene algo apartado al colocársele a las órdenes de Miaja.

Hasta aquí, por lo menos en cuanto a lo que se conoce, no puede hablarse con propiedad de ningún «golpe». Lo único que puede considerarse significativo es el nombramiento de hombres de confianza del Gobierno, dos de ellos decididos comunistas, Etelvino Vega y Francisco Galán para comandante militar de Alicante y jefe de la base de Cartagena respectivamente, y de Mendiola y Curto, que seguirían en sus mandos de Aviación, para comandantes militares de Murcia y Albacete, con lo cual se dibuja el cuadro geográfico de la posible resistencia dirigida a la evacuación.

Que la situación andaba torcida en Cartagena no era secreto para nadie; si respecto a la flota el Gobierno se sentía impotente —carecía de hombres de recambio y cualquier destitución podía prender la mecha— resultaba factible sustituir al general Bernal, cuya actitud quedó clara en Los Llanos, por persona de energía y confianza como lo era Francisco Galán. A Murcia y Albacete, retaguardia de la costa y en los aeródromos de cuya zona se hallaba concentrada la mayor parte de los pocos aviones útiles de que disponía el Gobierno —reserva también frente a la eventual evacuación—, se destinaba a dos hombres de fiar, que tenían allí sus mandos aéreos.

Esto es cuanto hasta el presente se sabe; los errores que han venido publicándose han sido muchos, intencionados o no, y se han barajado nombres como el de Tagüeña, quien ha escrito que si fue nombrado comandante militar o gobernador de alguna plaza nunca llegó a enterarse; y sin embargo permaneció en Madrid hasta la tarde del 5 de marzo, con lo cual quedaba tiempo sobrado para que se lo comunicaran por cualquier otro medio si el nombramiento no apareció en el *Diario.* Una de las excepciones en cuanto a errores en esta cuestión, es Dolores Ibárruri; da cuenta de ascensos y nombramientos, y no cita más que los principales de los que hemos anotado y aparecieron publicados en el *Diario;* comete una equivocación en la fecha, puesto que señala la del día 2, anticipándola de un día.

¿Se produjeron nuevos nombramientos? De haberse designado a Modesto como jefe del Ejército del Centro, que era un puesto clave

en aquellas circunstancias, o a Líster para el de Andalucía o Extremadura, de una manera u otra se sabría con certeza. En primer lugar, ellos mismos lo hubiesen declarado y la proximidad en que se mantenían con respecto al Gobierno permite suponer que, con publicación o sin ella, habrían intentado por todos los medios tomar posesión de sus nuevos cargos. A Modesto no le hubiese faltado colaboración dentro del Ejército del Centro para asumir la jefatura: tres de los cuatro cuerpos de ejército que lo componían estaban mandados por comunistas. Y en caso de fracasar hubiese tenido que ser apresado. Una cosa es sospechar que los mandos comunistas se sintieran más cómodos y seguros en Elda y otra pensar que de haber sido designados para hacerse cargo del Ejército del Centro o de Extremadura, se publicaran o no los nombramientos, hubiesen dejado de obedecer, salvando cualesquiera dificultades y riesgos, pues con ese fin habían regresado de Francia y eran todos ellos gentes de valor probado.

Mientras no se demuestre de manera documental que hubo una reorganización de mandos más amplia y significativa que la que conocemos, no podemos otorgar a los rumores o a los proyectos más que el valor que como tales les corresponde, que ya es algo. ¿Que los acontecimientos que se desencadenaron inmediatamente interrumpieron los designios de Negrín? Es posible, pero entra ya en el ámbito de las suposiciones, de aquello que pudo ser y no fue.

Aun manteniéndose el resto de los nombramientos y el conjunto de la reorganización en la órbita de las amenazas, las fintas, suspicacias y rumores, el revuelo que se armó fue considerable, y dio lugar a entrevistas, a comunicaciones y, al final, a la hora de tomar determinaciones y partido fue decisivo porque una de las mechas, la que provocará el estallido de la sublevación de Cartagena, se prende a raíz del nombramiento de Francisco Galán y su publicación, ni siquiera en el *Diario Oficial* sino en los periódicos locales.

Nada de extraño tiene que se produjera ese nerviosismo, fuese o no intención del Gobierno privar de los mandos directos a aquellos jefes que no le merecían confianza, pues la conspiración se hallaba avanzada y junto a la postura individual se alineaba el miedo. En los últimos momentos de una guerra —la idea de resistencia larga quedaba en palabrería— pueden producirse hechos sangrientos y

resolverse por procedimientos expeditivos viejas querellas, rivalidades políticas o humanas y hasta cuestiones personales. Y uno de los procedimientos expeditivos podía consistir en privar a personas o a grupos políticos de medios de evacuación, dejándoles entregados a la vindicativa justicia de un enemigo implacable que se adivinaba próxima.

Tampoco puede exigirse demasiada lógica y sinceridad. Quienes iban a intervenir en los sucesos actuaban con el apasionamiento propio de los momentos decisivos; casi tanto como lo que era cierto, tangible, interesa lo que cada cual creyera o sospechara, porque de ahí arrancaban los móviles que le impelían a la acción. El campo republicano se escindía en dos mitades irreconciliables, y quienes no habían decidido la elección tendrían que resolver con apresuramiento.

En las postrimerías de febrero y en los primeros días de marzo las actividades de los distintos grupos se intensifican. Predomina, sin embargo, cierto desconcierto que acompaña a la desconfianza y a la incertidumbre. La proximidad del fin inclina hacia el paroxismo o la depresión. Nadie acierta a ver claro cuál pueda ser la salida de la tensa situación, pues la zona central, a diferencia de Cataluña, carece de fronteras terrestres, y aunque es conocido lo catastrófico del éxodo catalán, no dejó de ser una manera de escapar, de librarse del enemigo, de salvarse de la previsible represión. El período de las inmolaciones heroicas ha caducado. El grupo más coherente, decidido y orientado es el de Casado y los que con él conspiran, militares o civiles, pues saben adonde van, o adonde quieren ir, o adonde creen que quieren ir; los problemas y riesgos consiguientes les inhiben de calibrar las consecuencias en su total dramatismo. Para actuar precisa ilusionarse y en gran medida lo consiguen. Hasta entre los comunistas se advierte cierto cansancio; a pesar de que los conspiradores no son precavidos, a pesar de que disponen de confidentes infiltrados entre ellos, tampoco se hallan suficientemente informados como para defenderse con eficacia. Saben que si la unidad antifascista se quiebra de manera definitiva, la derrota será rápida. En esos días la república se menoscaba en el frente y en la retaguardia y si los frentes se sostienen mejor es por

la inercia de tantos meses de guerra, porque la agitación política les alcanza solo como un eco y porque el soldado confía siempre en sus jefes, aunque lo haga con limitaciones. Sin embargo, se producen deserciones hacia la retaguardia y hacia el campo enemigo, y no solo de soldados de clara significación contraria sino de algunos veteranos, combatientes de significación antifascista cuyos nervios no aguantan más y buscan la escapatoria del sálvese quien pueda.

Frente a esta liquidación de la guerra, de cuya proximidad nadie duda, son los socialistas quienes se hallan más divididos. La mayoría está a favor de la «paz honrosa», de la capitulación atenuada, pero son muchos entre los cuadros medios y altos los que han seguido la política de Negrín y se mantienen en su obediencia y muy numerosos, asimismo, quienes en un momento u otro de la guerra han venido a engrosar las filas comunistas.

Wenceslao Carrillo, destacado líder muy afecto a Largo Caballero, va a erigirse en figura principal; al poco de terminar la guerra escribió un amplio informe manuscrito cuyo texto vamos a utilizar. Algunos años después, en una conferencia publicada en México en *Voces Socialistas,* repite con pequeñas variantes la versión; parece más fresca y exacta la primera.

El enlace entre el coronel Casado y Wenceslao Carrillo se hizo por medio de Orencio Labrador, quien fue a visitarle indicándole la conveniencia de que se pusiera en contacto con el jefe del Ejército del Centro. Era Orencio Labrador mayor de milicias, había mandado al principio de la guerra pequeñas columnas socialistas en los frentes de Toledo y Extremadura y más tarde estuvo al mando de la 62 Brigada Mixta; antiguo militante del PSOE, fue secretario de la Federación de Trabajadores de la Tierra de la provincia de Toledo, y pertenecía al ala caballerista. Durante los días de que nos estamos ocupando desempeñó una actividad importante, pues se entrevistó, por orden de Casado, con distintos jefes militares con mando en los Ejércitos de Andalucía y Extremadura, en labores de tanteo y con la finalidad de aunar voluntades.

Carrillo fue a visitar al coronel Casado, a quien apenas conocía pero de quien «tenía los mejores antecedentes». «Me informó de la situación —escribe Wenceslao Carrillo— y de la necesidad de apelar a medios heroicos si no queríamos que sobre nosotros cayera la responsabilidad de que el enemigo iniciara su ofensiva por distintos

frentes y se apoderara de todo, sin que pudiéramos salvar siquiera a los millares de personas cuya libertad y vida corrían grave peligro si caían en poder del fascismo…». Le relató después lo tratado en Los Llanos y la unanimidad de los altos mandos respecto a «que por medio de las armas no quedaba ya nada que hacer». En la primera versión mecanografiada no cita a Miaja; en la publicada después en *Voces Socialistas* le señala como discrepante de sus compañeros de armas, lo cual puede demostrar un olvido o el deseo de abreviar, y también que en 1945 se habían hecho públicas las incidencias de aquel consejo de guerra. La omisión carece de importancia y cabe la posibilidad de que Casado, en aquella primera entrevista, silenciase la extemporánea toma de posición de Miaja que, si bien le había indignado, no consideraba demasiado firme y atribuía —o atribuyó después— a miedo, expresión que parece exagerada e intempestiva y que pudiera venir dictada por el despecho. Consultó Casado a Carrillo sobre su parecer respecto a la constitución de un Consejo de Defensa con participación de los partidos políticos y sindicales, excluyendo «claro está» a los comunistas. Aconsejó Carrillo que hablara por separado a los representantes de los diversos partidos (que es lo que Casado venía precisamente haciendo), y, por su parte, al día siguiente dio cuenta de la conversación al Comité de la Agrupación Socialista Madrileña. Conviene advertir que las organizaciones políticas y sindicales se hallaban en cuadro desde la derrota de Cataluña y que la Agrupación Madrileña, por su misma situación geográfica, mantenía mejor cohesión. Los consultados se mostraron de acuerdo con la propuesta de Casado.

De nuevo le citó Casado para informarle de los ascensos y nombramientos que Negrín había enviado para su publicación en el *Boletín Oficial*. Y aquí nos hallamos una vez más ante la incógnita que hemos dejado sin resolver. ¿Existió una reorganización más amplia de la que conocemos? ¿Fue bloqueada en Madrid la publicación de alguno de los nombramientos? También pudiera tratarse de un argumento especioso, pero de indudable fuerza, que utilizara Casado en fase previa al golpe definitivo. Sigamos el texto de Wenceslao Carrillo: «Se le ascendía a Casado a General [hemos visto que este decreto se publicó en la *Gaceta* del 25 de febrero, dos días antes de la reunión de Los Llanos y, por tanto, antes de la primera entrevista Casado-Carrillo], pero se le quitaba el mando del

Ejército del Centro y se le daba al comunista Modesto, también ascendido a General. Se nombraron comandantes de las plazas más importantes a jefes militares de milicias comunistas, sustituyendo a los que no estaban de acuerdo con el Partido, y Jefe de la Base Naval de Cartagena a otro comunista muy destacado: a Paco Galán. Es decir se ponía en manos del Partido Comunista los mandos más importantes. Era un verdadero golpe de estado comunista…». En aquella entrevista, que debió tener lugar el 3 de marzo, Casado le ofreció un puesto en el Consejo que iba a formarse, pero antes de aceptarlo Carrillo reunió al Comité de la Agrupación Socialista Madrileña, que —siempre según él— le autorizó y ofreció su apoyo al Consejo en cualquier puesto que a alguno de sus miembros se les designara.

En la versión que publicó en *Voces Socialistas* introduce más noticias y matizaciones y se refiere a una reunión anterior a la primera entrevista con Casado, que tuvo «con elementos de la CNT en un domicilio que tenían en una de las calles próximas a la Castellana…». A esa misma reunión asistieron representantes de Unión Republicana e Izquierda Republicana y añade que también estaban Mera, que era quien llevaba la voz cantante, y su comisario político. Por anticipado se especulaba con la posibilidad de que por parte del Gobierno se destituyera a Casado. Pero esta referencia resulta un tanto confusa. También añade que Casado deseaba que el Consejo estuviese compuesto por civiles y que él sería el único militar para descartar así el que se atribuyeran interpretaciones equivocadas al golpe. Luego dice también que le preguntó en la segunda y definitiva entrevista si contaba con otros partidos y organizaciones y que Casado respondió afirmativamente detallando a Unión e Izquierda Republicana, al Partido Socialista, a todos los partidos y organizaciones sindicales y, naturalmente, la CNT y a título personal con don Julián Besteiro, que se había ofrecido para formar parte del proyectado Consejo.

Para conocer la marcha de la conspiración militar en estos días disponemos de datos incompletos y hemos de apoyarnos en lo que el propio Casado nos cuenta, a pesar de que algunos de sus errores quedan evidentes. Tras lo que ha publicado Martínez Bande en *Los últimos cien días de la república* sobre las primeras relaciones entre el SIPM y Casado, las cuales este silencia, hay que plantearse los

hechos relatados en *Así cayó Madrid* con alguna reserva. ¡Lástima que no contemos con suficientes referencias para conocer a fondo estos contactos, a pesar de que por lo que puede verse a través de la ventana solo entreabierta, se deduce que el coronel Casado trataba de ganar ventaja y tiempo para contrarrestar las presiones del SIPM que, en definitiva, emanaban del cuartel general del Generalísimo! Diríamos que ambas partes dialogaban, imperfecta e indirectamente, en distinto idioma; el resultado sería, tenía que ser, que se impusiera el más fuerte. Seguía Casado pensando en una capitulación en condiciones que permitieran salvar las vidas de los que él suponía comprometidos gravemente (que después tristes e irremediables experiencias demostrarían que eran mucho más numerosos), y en que quedara a salvo el honor del ejército derrotado. Desde el otro lado se decía, por ejemplo: «Si Jefe Madrid se entrega no combatiremos; si no lo hace lo tomaremos por la fuerza, que no nos preocupa. Si el jefe del Centro no puede hacerlo y sí facilitar el paso por un sector del frente, nos interesan solo aquellos que dejen envuelto al Ejército de Madrid…». Aluden también Martínez Bande, La Cierva y otros autores a un informe acompañado de un plano, que el general Matallana hizo llegar al cuartel del Generalísimo «en previsión a que fallaran los planes de Casado», y en el cual se señalaban como frentes más convenientes para el ataque de las fuerzas nacionales los de Guadalajara, meseta de Ocaña, y Ademuz-Torrebaja en Teruel. Se supone que iba destinado a evitar una ofensiva generalizada y frontal, que causaría gran número de bajas, pues nada autoriza a sospechar que a Matallana le moviera otro interés que el de aminorar sufrimientos y evitar nuevas muertes, mutilaciones, heridas y destrozos. Este informe llegó al cuartel general el 5 de marzo, y como las comunicaciones entre ambas zonas funcionaban con relativa eficacia, a través de las líneas del frente, cruzando el Tajo cerca de Torrijos, o por los montes de la Alcarria, puede colegirse que sería entregado por Matallana en los primeros días de marzo, momento en que debió producirse cierto desánimo entre algunos de los militares comprometidos. Sería importante, si existen medios de dilucidarlo, averiguar si aquel informe y plano procedían efectivamente del propio general Matallana, es decir, si existen pruebas terminantes de que va avalado con su firma o puede

establecerse la paternidad de otra manera indubitable. Porque pudiera ocurrir que procediera de subordinados suyos, de personas allegadas a, o de, su Estado Mayor establecido en la «posición Pekín», que era el noviciado de los jesuitas de Torrente (Valencia).

Existe una versión no publicada y digna de crédito de que, en los días anteriores a la llegada de Negrín a Alicante, Matallana sostuvo una conversación con los consejeros soviéticos, a quienes el jefe de la Agrupación expuso lo desesperado de la situación. Los consejeros le comunicaron que esperaban órdenes de Moscú con respecto a cierto proyecto que consistía en una retirada de las tropas hacia Cartagena y su zona, destruyendo a lo largo de ese repliegue industrias, vías y estaciones del ferrocarril, centrales eléctricas, puentes, depósitos y cuanto pudiera ser de utilidad al enemigo. Con ello podía conseguirse una defendible cabeza de puente en espera de «acontecimientos futuros». Estas manifestaciones, sobre las cuales Matallana no consiguió mayores precisiones, produjeron gran preocupación en su ánimo, pues abandonando el territorio con tan sistemáticas destrucciones ya no se trataba de defender intereses españoles sino prevenir la estrategia de un posible conflicto armado internacional, en el cual la nación sería convertida de nuevo en escenario de guerra. Le repugnaba, además, aquella política de tierra quemada que acabaría de arruinar una porción considerable de España. Matallana meditó sobre cuál pudiera ser la solución que evitara semejante catástorfe en caso de que la URSS ordenara poner en ejecución el plan cuya propuesta debía haber partido de los mismos consejeros. Al parecer no comentó esto con Casado y se limitó a mantenerse vigilante; en conversaciones privadas con sus colaboradores admitió que, de llegarse a ese caso extremo, preferible sería dar paso a las tropas de Aranda. Cuando se produjo la crisis de la reorganización del ejército ¿pudo temer Matallana que el plan soviético iba a ponerse en marcha? El «contraplán» Matallana, más o menos madurado, o una derivación del mismo ¿pudo ser transmitido a los nacionales por algunos miembros de su EM? Además del «puente» que los agentes del SIPM tenían establecido en el Ejército del Centro, que iba a parar al teniente coronel Bonel, en Torres de Esteban Hambrán (Toledo) ¿existía alguna otra comunicación a través del ejército de Levante? Se conoce otro canal que por la provincia de Guadalajara llevaba al

teniente coronel Ortoneda.

Que estas comunicaciones con el ejército con quien todavía estaban enfrentados eran síntomas de debilitamiento del republicano no deja lugar a dudas y los acontecimientos posteriores lo pondrían en evidencia. Por idéntica razón y en sentido inverso reforzaba la posición política y militar de los nacionales, que en estos días dejan totalmente de «respetar» al ejército enemigo, al cual en otras ocasiones, y con evidente error, tampoco habían valorado lo suficiente.

Volvamos a Casado que, insistimos, nada cuenta de las presiones que sobre él ejercían los del bando enemigo a causa de los compromisos que en principio había contraído. Manifiesta que el general Matallana le comunicó por teletipo, el 28 de febrero, que Negrín «había dado las órdenes oportunas, nombrando al general Matallana Jefe del EM Central y a mí [Casado] Jefe del Estado Mayor del Ejército de Tierra. Asimismo me comunicaba el ascenso a general del joven coronel Modesto, destacado miembro del Partido Comunista, designado para relevarme en la jefatura del Ejército del Centro». Añade después que ello produjo gran conmoción y nerviosismo en Madrid y que el socialista Girauta, director general de Seguridad, le confirmó al día siguiente que había malestar en «la población al enterarse de mi relevo» y que algunos diplomáticos le pidieron durante la noche salvoconductos para abandonar Madrid «atemorizados de que los comunistas se adueñaran de la situación y asaltaran las embajadas». Todo esto parece exagerado y tampoco se comprende qué motivos tendrían los diplomáticos para suponer que los comunistas iban a asaltar las embajadas; y si, como se sabe, se hallaba en ellas refugiado gran número de personas perseguidas, extraña manera de protegerlas hubiese sido pedir pasaporte y escapar de Madrid. Añade Casado que el gobernador civil le había comunicado que tenía aquellos nombramientos para publicar, pero que el propio Negrín le mandaba que los retuviera hasta nuevo aviso.

El 2 de marzo, por la mañana, Casado y Matallana se trasladaron a la posición Yuste (Elda) atendiendo a un requerimiento de Negrín. Allí —siempre según Casado— les informó de que pensaba

reorganizar los Estados Mayores Central y del ejército de Tierra, y que les designaba para estos cargos a Matallana y a Casado respectivamente. Ambos jefes le hicieron consideraciones razonadas sobre la imposibilidad material de establecer organismos tan complejos y le reiteraron la inutilidad de la resistencia que propugnaba el Gobierno.

Casado y Matallana se trasladaron desde allí a Valencia para entrevistarse con los generales Miaja y Menéndez. «Estuvimos hablando y discutiendo ampliamente para la eliminación del Gobierno, tomando el acuerdo de no demorar demasiado su ejecución, evitando que nos ganara la mano Negrín con el partido comunista, de cuyo plan estaba yo bien informado». Aquella misma noche, Casado regresó a Madrid «decidido a no perder tiempo».[1]

Afirma Casado que el golpe negrinista-comunista estaba planeado para el 1.° de marzo y que se aplazó hasta el 3, pero que no se «atrevieron a lanzar el plan por completo». Expone un cuadro con los ascensos y nuevos mandos y comete errores, pues se refiere al *Diario* del día 3 y precisa que «fueron los siguientes»: los ascensos a generales de Modesto y Cordón (pero Cordón lo fue en la *Gaceta* del 1, antes pues de la visita de Casado a Negrín); el ascenso de Líster a coronel (pero silencia que el verdadero ascenso de Líster a coronel era muy anterior; admitamos que pudiera ignorarlo); calla, asimismo, que los ascensos fueron varios y que entre ellos figuraba el de Pérez Gazzolo, uno de los jefes de EM del Ejército del Centro, persona que era muy adicta a Casado y que gozaba de su personal confianza. Entre los nuevos mandos cita a Cordón, «promovido a Jefe Supremo de los Ejércitos de Tierra, Mar y Aire» (lo que se publicó en el *Diario* fue: secretario general del Ministerio de Defensa Nacional). Después da como promovido al cargo de jefe del Ejército del Centro a Modesto, a Líster del de Levante, y del de Extremadura al «teniente coronel Campesino» (debe tratarse de Valentín González, a quien se apodaba de aquella manera, pero no en los decretos), que por aquella época estaba ya en desgracia. De Tagüeña afirma que se le designó jefe del Ejército de Andalucía, al teniente coronel Vegas (Etelvino Vega) comandante militar de Murcia (lo fue de Alicante) y a Francisco Galán jefe de la base naval de Cartagena. Hable de la disolución del Grupo de Ejércitos, la cual fue cierta, si bien ese «Grupo» era en aquel momento la totalidad

del ejército de Tierra republicano, por lo cual mantener la Agrupación como tal equivalía a duplicar la organización militar. Añade que se nombraba a Matallana jefe del Estado Mayor Central, pero no aclara que los ejércitos existentes quedaban a las órdenes directas del ministro de Defensa, por intermedio precisamente del EMC, con lo cual virtualmente podía considerarse que a Matallana se le daba un puesto equivalente al que tuvo en la anterior y más vasta organización el general Rojo.

Casado señala este día, viernes 3 de marzo, como aquel en el cual da el paso definitivo.

El cuartel general del Ejército del Centro estaba situado en la que llamaban «posición Jaca», finca conocida como la Alameda de Osuna, a la salida de Madrid hacia Barcelona y en las inmediaciones de Barajas. Allí informó a su jefe de EM y a los jefes de las secciones que iba a constituirse el Consejo Nacional de Defensa para sustituir a Negrín y su Gobierno. El hecho en sí, el proyecto, debían tenerlo suficientemente comentado. «Les entregué instrucciones muy concretas y medidas de seguridad a tomar en previsión a la actitud agresiva que probablemente adoptarían el Partido Comunista y las fuerzas militares que siguieran sus consignas». Fue el mismo día 3 por la mañana, según Casado, cuando lanzó la voz preventiva para el movimiento que iba a poner en acción. Aprovechando las visitas cotidianas que le hacían, previno y dio instrucciones al general Martínez Cabrera, gobernador militar de la plaza, al director general de Seguridad, Girauta, y a Pedrero, jefe del SIM del Centro.

Pero la entrevista más importante la sostuvo con Cipriano Mera, que debió comparecer aquella mañana en su domicilio convocado por el propio Casado. Era Mera, como es sabido, jefe del IV Cuerpo de Ejército, «única gran unidad que me era leal y en cuyo jefe tenía confianza absoluta. Le informé y le di orden de que estuviera alertado». Ya nos habíamos anticipado a emitir algunos juicios sobre Cipriano Mera, uno de los jefes más destacados entre los procedentes de milicias, de esas personalidades singulares con que el pueblo español, el verdadero y desdichado pueblo español, irrumpe de cuando en cuando en la historia. No ha tenido, ni es de esperar que tenga Mera biógrafos idóneos y afortunados por razón de su adscripción libertaria; tampoco la propaganda le fue tan propicia al encumbramiento como les ocurrió a otros. Había nacido

en 1896 y, aunque joven, los escasos retratos que de él se publicaron le muestran envejecido, con el rostro arrugado, trabajado por esfuerzos, privaciones y desvelos, encendido por los ideales que le animaban. Procedía del ramo de la construcción y fue dirigente de su sindicato que, en aquel Madrid escasamente industrializado, era el más importante y el de cepa más auténticamente proletaria. Sofocada la sublevación militar en Madrid y los cantones, Cipriano Mera, con Feliciano Benito, Teodoro Mora, David Antona y otros anarcosindicalistas fueron a combatir a los rebeldes de Alcalá de Henares y después a Guadalajara, más o menos integrados en la columna del coronel Puigdengolas. Luego pasó Mera a la columna del teniente coronel Del Rosal, de composición básica libertaria, de la cual llegó a ser jefe político cuando el comisariado no había sido aún implantado. Fue uno de los primeros, por lo menos entre los libertarios, que comprendió a despecho de sus antiguas convicciones antimilitaristas la necesidad de que las columnas fuesen militarizadas. Al mando de la 14 División —cuatro brigadas de cuatro batallones cada una— se distinguió en la batalla de Guadalajara. Fue nombrado más adelante para mandar el IV Cuerpo de Ejército en el cual permaneció hasta el final de la guerra. Era su jefe de EM el ingeniero Antonio Verardini. Las unidades del IV Cuerpo pueden considerarse modélicas dentro del ejército popular y atendiendo a los medios de que dispuso. Cubrían un amplio frente en las provincias de Guadalajara y Cuenca, el extremo este del Ejército del Centro hasta su •enlace con el de Levante.

Consciente de que la guerra estaba perdida y de que prolongar la resistencia contribuiría a exigir nuevos sufrimientos al pueblo y a acrecentar sin justificación el número de víctimas, confió en Casado y se erigió en su mejor auxiliar y brazo derecho armado. Pero como hombre que era tan austero como leal, antes de comprometerse de manera definitiva con la conspiración se creyó obligado a una postrer tentativa y, como los guerreros antiguos, a «desnaturarse» para no comprometer en la empresa su sentido de la lealtad. Sin renunciar a sus ideales anarquistas, se hallaba volcado a la actividad militar y, a partir de la última fase de la batalla del Ebro, se dio cuenta de que al ejército republicano le faltaban reservas y que en tales condiciones no podía ganar la guerra. Con fecha •6 de

septiembre dirigió un escrito al ministro de Defensa quejándose de las actividades que miembros del PCE llevaban a cabo en el seno mismo del ejército y del trato discriminatorio en favor de los comunistas con respecto a otras fracciones políticas tanto en la distribución de mandos militares como en el comisariado. Recibió acuse de recibo y promesa de que se abriría una información, pero nada se remedió. También le afectaron en forma negativa la manera con que Negrín desatendió a los dirigentes del Frente Popular que trataron de entrevistarse con él lo mismo en Madrid como en Valencia y la postura frente a los representantes del movimiento libertario cuando sobrevino el ya relatado incidente con motivo de la presencia del argentino Gründfeld. Después vendrían los encuentros con Casado, las conversaciones con otros anarcosindicalistas y la asistencia a reuniones de carácter conspirativo.

En fecha no determinable, pero hacia los últimos días de febrero, pidió por medio de su superior jerárquico, el coronel Casado, audiencia al ministro de Defensa. Le contestó Negrín que él mismo iría a visitarle en el cuartel general del IV Cuerpo, que estaba en Alcohete, un antiguo sanatorio antituberculoso en la provincia de Guadalajara. Por la mañana se presentó en el citado puesto de mando, acompañado del coronel Casado y de un oficial de órdenes o ayudante, el mayor Julián Soley, que antes había sido ayudante de Modesto. Les hizo pasar Cipriano Mera a su despacho, pero excluyó a Soley, que vestía de paisano, alegando que se trataba de una reunión de jefes; Negrín nada objetó al veto. Se reunieron, pues, Negrín, Mera, Casado y el comisario del IV Cuerpo, Feliciano Benito. Comenzó Mera por referirse a la denuncia hecha tantos meses atrás y le entregó nueva copia a Negrín; acto seguido, utilizando fórmulas del mayor respeto, entró en la materia principal. Lo hizo exponiéndole su pensamiento con sencillez y claridad, manifestándole que en su calidad de socialista debería estar convencido de que los comunistas querían apoderarse de los mandos del ejército para dar la impresión ante el mundo de que eran ellos quienes habían resistido en todo momento y hasta el final, tratando de que socialistas, republicanos y anarquistas aparecieran como agentes provocadores o «traidores a la revolución». Añadió: «Si para que España se salve es necesario que

se sacrifiquen los hombres más caracterizados de los partidos y organizaciones, yo me presto, desde este momento, poniéndome a su disposición». Siguió exponiendo que consideraba grave y equivocado, «rayano en la traición», exigirle al pueblo resistir cuando no existían posibilidades y medio para ello, y que los que tanto hablaban de resistencia iban, entre tanto, colocando valores y bienes a buen recaudo en el extranjero y habían hecho salir a sus familiares, mientras que aquellos otros que sostenían la necesidad de poner fin a la guerra —se refería a él mismo— tenían su familia no solo en España sino alojada en los mismos domicilios que antes, «bien conocidos de amigos y enemigos». Se refirió a los combatientes internados en Francia y al material de guerra que allí quedó, señalando que de ninguna manera podía confiarse en que el Gobierno francés devolviera nada ni dejara reincorporarse a los combatientes, pues lo que deseaban las democracias era la victoria de los fascistas. Y añadió que los únicos que vendrían de Francia ya lo habían hecho: los jefes comunistas. Terminó exponiendo lo deficiente y menguado de la alimentación que recibían los soldados, cuya moral iba en descenso y aludió «a la desorganización del propio Gobierno».

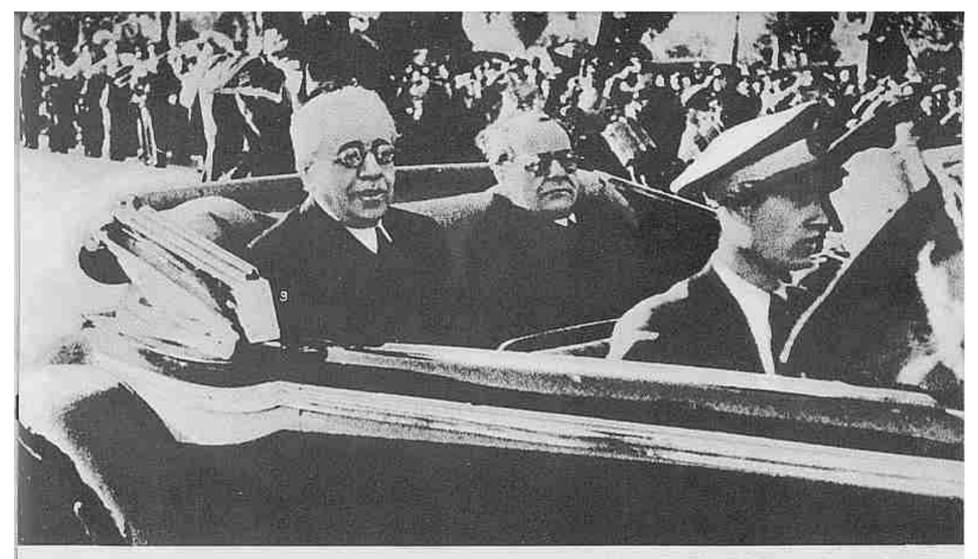
Escuchaba Negrín con silenciosa atención, pero a Mera le parecía que no se interesaba por lo que estaba exponiéndole y, mucho menos, que le emocionara. Respondióle Negrín que a él, como ministro y presidente, tanto respeto le merecía quien cumplía su deber en el extranjero como el que lo hacía en la retaguardia o en los frentes; que estaba llevando a cabo gestiones activas para que los hombres y el material retenidos en Francia volvieran a España; que en varias ocasiones había iniciado tentativas de paz, incluso por mediación del Gobierno británico, y que no habían dado resultado. «Así es, Mera —terminó—, que ahora más que nunca tenemos que hacer frente a la situación».

La entrevista duró cerca de un par de horas y, antes de terminarla, Mera le dijo a Negrín: «Señor Ministro —porque se dirigía a él como a ministro de Defensa y jefe supremo del ejército— he podido demostrar en el curso de esta guerra, y muy particularmente desde que me incorporé al Ejército de la República, ser un miliciano y un militar disciplinado en todo momento, y cumplí las órdenes de mis superiores hasta este mismo instante. Lo

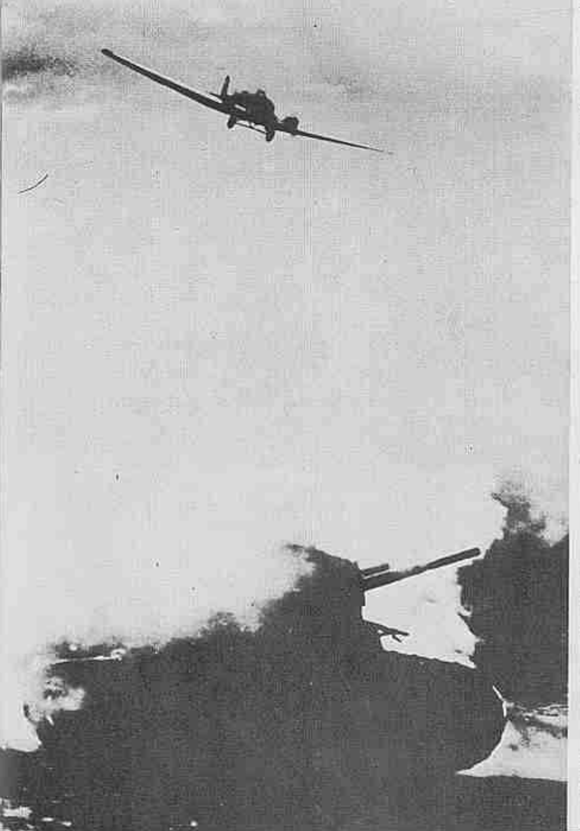
que no le puedo asegurar, señor Ministro, es que siga obedeciéndole en la misma forma en que lo hice hasta aquí». Con esta última frase había pasado el Rubicón moral. Negrín nada le contestó.

En los comedores se reunieron los que habían asistido a la reunión con los jefes y comisarios del Cuerpo de Ejército; también comió con ellos el ayudante de Negrín. Por la tarde visitaron el frente, que constaba de dos líneas más una tercera de resistencia, todo ello en perfecto orden. Negrín, a quien debía haber impresionado que aquel jefe de Cuerpo de Ejército, que tres años antes era albañil y dirigente obrero, le expusiera aquellas verdades que él sabía de memoria pero no podía confesar, cuando regresaban a Guadalajara, le dijo: «Si todos los jefes militares hubieran trabajado como usted, otra cosa sería en estos momentos». A lo cual Mera replicó: «Ya no es hora para ver quién hizo bien y quién mal, hay que enfrentarse con la realidad y evitar que se derrame más sangre». Negrín y Casado regresaron a Madrid; Mera y su comisario al puesto de mando.

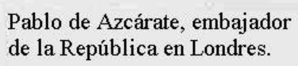
Cuando el 4 de marzo Mera se entrevistó con el jefe del Ejército del Centro y fue requerido para disponer los preparativos para el golpe que iba a producirse, su jefe natural ya no lo era el ministro de Defensa, lo era el coronel Casado.



Azaña junto a Negrín.

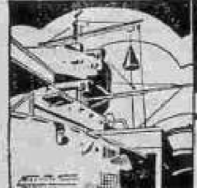


Avión nacional ataca a un tanque republicano



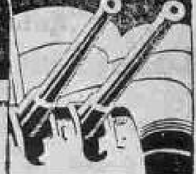
Pablo de Azcárate, embajador de la República en Londres.





LA ARMADA





Organo del Comisariado de la Flota :: Portavoz de los Marinos de la República ::

Epoca 2.ª (Año II)-:-Cartagena 25 febrero de 1939-:-Redacción: Muralla del Mar, 7-1.º-Izqda.-Tel. núm. 1.052-:-Núm. 105

La vergüenza de Mahón

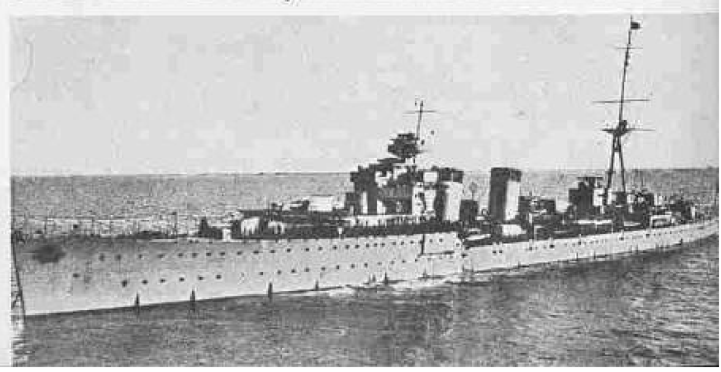
Hemos callado lo ocurrido en Mahón, porque, sin duda, el Gobierno, obedeciendo a razones de conveniencia de política internacional, no ha querido publicarlo, pero como Menorca tenía y tendrá siempre una íntima relación [...] *Flota-y el representante de Franco, en cuya entrevista, no hubo acuerdo ninguno, porque el Jefe republicano no admitía más tratos ni más órdenes, que las de su Gobierno legítimo; pero al volver a la Plaza y dar cuenta a sus* [...]

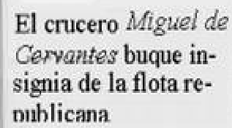
Esta traición, producida por uno de sus fuertes, obligó al Jefe republicano a ponerse al habla de nuevo con el crucero inglés, a cuyo bordo seguía el representante de Franco, conviniendo, al fin, en resignar el mando y la [...] *en nombre del Gobierno de Su Majestad Británica protesta enérgicamente de lo ocurrido ante el Comandante Militar de Palma, y !pásmense los lectores; El Comandante Militar de Palma, responde—palabras del ministro in-*

La noticia de la rendición de Mahón se publica con retraso en Cartagena y se comenta.



El *Jorge Juan* navegando ante el castillo de Galeras.





El crucero *Miguel de Cervantes* buque insignia de la flota republicana

XIII

Por si los resultados no fuesen elocuentes de suyo, vamos a tratar de estudiar desde dentro cuáles fueron durante estos días la actitud y las actividades de los dirigentes comunistas. De hacer caso de los alegatos de aquellos que iban a enfrentárseles, les hallaríamos unánimes, organizados, dispuestos a hacerse cargo del poder mediante copo de los mandos militares, siempre de acuerdo con el presidente del Gobierno, incluso con el resto de los ministros que, con reservas mentales o no, parecían dispuestos a decir amén.

Los comunistas, que han dejado al respecto copiosa literatura memorística —no siempre de fiar en cuanto a ciertos datos, afirmaciones de índole política o juicios sobre personas— se expresan en este caso con unanimidad, por lo menos en el fondo, y proporcionan una visión opuesta a la que recibimos de los casadistas. Para informarnos podemos desplegar un amplio abanico de memorias, que van desde las escritas por comunistas ortodoxos, que murieron o continúan fieles al Partido, a las de los disidentes más exaltados o de aquellas personas ponderadas y rigurosas, como Tagüeña; incluso puede recurrirse al testimonio de un socialista negrinista que escribió un libro curioso, pero de arriesgado manejo, *Los vencedores de Negrín,* o a lo que relata otro socialista de difícil clasificación, Álvarez del Vayo.

MODESTO: En un día, que casi seguro es el 3 de marzo, aunque no lo precisa de manera explícita, Negrín le comunica su ascenso a general, y Modesto le pide: «Deme usted la orden de relevar a Casado». «Todavía no estoy decidido —le replica Negrín— si le daremos a usted el mando del ejército del Centro o del Ejército de Maniobra». A continuación le solicitó Modesto que no publicara su nombre en el *Diario* del Ministerio, asegurándole que para actuar le

resultaba suficiente una orden verbal. Le recomienda Negrín que tenga paciencia, pues dos días después piensa dirigirse al país (por radio) para «aunar voluntades y llamar al pueblo», y añadió: «En cuanto a su actuación, se va a decidir entre hoy y mañana en el Gobierno, lo mismo que la de todos los demás». Un miembro del buró político, Vicente Uribe, que era ministro de Agricultura, manifestó a solas a Modesto: «No quieren dar el mando del Ejército a un comunista».

CORDÓN: Refiere que Negrín le pidió que redactara él mismo una orden nombrándose secretario general del Ministerio de Defensa y comenta que consideraba el nombramiento más honorífico que práctico y en aquel momento inútil, pero que Negrín insistió. Dijo Negrín que lo mismo Miaja que Casado «debían ser removidos de sus cargos, pero con cautela» y el día siguiente, que «había pensado los nombramientos por etapas». Miaja para inspector general a las órdenes directas del ministro; Matallana, jefe del EM Central; Garijo quedaría a las órdenes de Miaja y a Muedra le haría jefe de la sección de Organización de la Subsecretaría. «Sobre los empleos de otros jefes dijo que pensaría qué destinos podía darles», y añadió a manera de comentario que podría crearse un ejército de maniobra, del que Modesto sería jefe, y darle a Líster el mando del de Andalucía. «Aprobó seguidamente los nombramientos de comandantes militares para algunas ciudades». Cita a Vega, a Francisco Galán y a Mendiola y Curto, pero equivoca las plazas de estos dos, trocándolas. De la conversación transcrita se infiere que estos últimos nombramientos se hicieron a propuesta de Cordón y que Negrín se limitó a aprobarlos.

LÍSTER: De lo que cuenta puede deducirse que él hizo diversas gestiones para obtener mando efectivo de tropas, pero que Negrín le iba dando largas. Atribuye al ministro de Defensa actitudes pasivas, que llega a sospechar estuvieran orientadas a facilitar el golpe de Casado. Estas conclusiones son posteriores a la época en que los hechos se desarrollaban.

HIDALGO DE CISNEROS: No hace alusión a los ascensos y su actitud, tal como él mismo nos la describe, más parece defensiva. Hace hincapié en la entrevista que sostuvo en La Alameda de Osuna con Casado y asegura que este le propuso sumarse a la conspiración prometiéndole ventajas para los militares profesionales y

confesándole que contaba con el apoyo de Gran Bretaña, etc.

Dolores Ibárruri: Alude a un Consejo de Ministros en el cual Segundo Blanco, secundado por González Peña, Paulino Gómez, Tomás Bilbao y Velao «atacaron duramente a Negrín por los propósitos que le atribuían de destituir a Casado del mando del Ejército del Centro», pero atribuye esta actitud de los ministros a maquiavelismo del propio Negrín, tendente a demostrar que, excepto los ministros comunistas, los demás tenían confianza en Casado. (Omite a Giner de los Ríos, probablemente por olvido). Cuando alude a las órdenes de reorganización del ejército lo hace con arreglo a las que nos son conocidas y fueron publicadas y si también confunde las plazas de Mendiola y Curto, el lapso carece de importancia. Termina por acusar a Negrín de retener junto a él a los jefes militares del PCE, sin llegar a otorgarles mandos, pero esta acusación puede estar concebida, como en el caso de otros autores, con posterioridad a los hechos. Sería una interpretación tardía, determinada por consideraciones políticas posteriores.

Castro Delgado: En una prosa deshilachada, y poco apta para un libro testimonial, no se ocupa de las combinaciones de mandos ni de lo que cuenta se deduce que participara de actividades conspirativas de índole comunista: la impresión es que se hallaba desconcertado y que trataba de informarse y mantener contactos de índole personal.

Jesús Hernández: Cuando se refiere a la designación de Miaja como inspector general, a la disolución del Grupo de Ejércitos y demás cambios, lo atribuye a que el buró político ejercía presiones sobre Negrín, pero él no intervino ni declara haber sido testigo de esas presiones. Afirma que los del Frente Popular «veían, con sobrada razón, en aquellas disposiciones, un auténtico golpe de estado del Partido Comunista…». A los nombramientos publicados en el *Diario* del Ministerio les atribuye intenciones de provocación política, incitación a la rebeldía y al desacato y afirma que fueron los que encendieron la mecha. Hay que considerar en qué circunstancias y con qué intención escribió Hernández *Yo, ministro de Stalin en España.*

Álvarez del Vayo: No habla en concreto de otro nombramiento que del de Francisco Galán «motivado por las noticias inquietantes que recibíamos», y añade algo que, partiendo de un ministro,

merece ser tomado en consideración: «… y uno o dos cambios cerca de la residencia del Gobierno, que la amenaza de un ataque por sorpresa hizo necesarios».

EDMUNDO DOMÍNGUEZ: Este autor produce la impresión de manifestarse mucho más anticasadista al escribir *Los vencedores de Negrín,* en 1940, que lo fuera en el momento en que los hechos se produjeron. Se refiere a una serie de viajes, conversaciones y movimientos y a la indignación que los nombramientos produjeron al presidente de la Agrupación Socialista y de la Casa del Pueblo de Murcia y al propósito que manifestó de oponerse al nuevo comandante militar. También da cuenta de la reacción de Gómez Egido contra las disposiciones oficiales.

TAGÜEÑA: El testimonio de este militar, que entonces pertenecía al PCE, resulta del mayor interés, porque ninguna consideración de disciplina política le podía inclinar, en el momento de escribir, a interpretaciones partidistas o a voluntarios olvidos. No escribe como lo hacen algunos «conversos» o anticonversos rabiosos y, por añadidura, o su memoria era notable o conservó notas escritas que le ayudaron después a la redacción. En *Testimonio de dos guerras* proporciona bastantes detalles de su actuación durante los días que precedieron al golpe casadista. Una vez que Modesto y Líster abandonaron Madrid, quedó él como el más caracterizado y con superior mando de entre los que regresaron de Francia; fue él quien oficiosamente ejercía la jefatura del pequeño grupo, manteniendo cierto enlace con Modesto por intermedio del teniente coronel López Iglesias. Estuvo, asimismo, en contacto con Domingo Girón, secretario de la organización comunista madrileña, quien le confió un fichero en el cual constaban los afiliados al Partido dentro de las Fuerzas Armadas, fichero que Tagüeña estudió, por si había que hacer frente al esperado golpe casadista. Como militar y hombre de acción, lo que le proponía a Girón era adelantarse a Casado, deteniéndole. Alude Tagüeña a los nombramientos, pero solo a aquellos que conocemos por el *Diario Oficial del Ministerio de Defensa* y dice que Casado retardaba su publicación. Visitó a Barceló en su puesto de mando de La Pedriza y fue bien recibido por este; lo señala porque la impresión que recibe Tagüeña del ambiente de Madrid es que les era hostil y que incluso miembros del Partido les esquivaban, como si la llegada de los mandos del Ebro les hubiese

contrariado. También Casado le invitó a almorzar y nos relata la entrevista. La mañana del 5 de marzo le despertó Girón. «Me dio una serie de explicaciones confusas sobre una comisión de jefes comunistas con mando en las unidades de Madrid que se iba a encargar de tomar todas las medidas en caso de sublevación. Venía a comunicármelo y a recoger el archivo que yo guardaba para entregárselo a los nuevos organizadores. De esta manera yo quedaba relevado de mi papel de consejero oficioso». En otro testimonio escrito —que no figura en las memorias— se refiere a una corta entrevista con Negrín, que les recibió en grupo en el palacio de la Presidencia al poco de su llegada, es decir, en la tercera década de febrero; hizo de ellos algunos elogios y les manifestó «que iba a utilizarlos pero no dijo cómo». También se entrevistó Tagüeña con La Pasionaria en los primeros días, y con Manuel Delicado, que era uno de los máximos dirigentes comunistas; fueron contactos que casi pudieran calificarse de protocolarios. Mantuvo alguna relación con Pedro Checa, secretario de organización del Partido, pero este último también se marchó a Levante. Togliatti y Stepanov no se hallaban en Madrid. Añade Tagüeña; «Para los que habíamos venido de Francia era imprescindible recibir puestos de mando para poder intervenir de alguna forma en la crisis que se avecinaba; no tenía sentido regresar a España para ser simples espectadores».

Del examen de estos escritos no puede inferirse que los comunistas preparasen un golpe; sus medidas y gestiones, que carecían de planificación, unidad y eficacia, eran de índole preventiva. Ningún síntoma conduce a la evidencia de que los jefes de los ejércitos fuesen a ser sustituidos por comunistas. Es posible que llegaran de Francia con esa esperanza, pero todo se resolvió con alimentar esas esperanzas mediante fórmulas vagas que se disolvían en dudas y dilaciones. No puede descartarse que a causa de esas vacilaciones y aplazamientos se les anticiparan los casadistas. En todo caso, la actitud dubitativa de Negrín, a quien hay que suponer bastante informado, autoriza a suponer que permitió que los hechos se desarrollaran por impulso de su propia dinámica. A Casado, a quien todos coincidían en señalar como dirigente de la conspiración, no llegó a privársele de mando, y en cuanto a Miaja, da la sensación de que unos y otros apenas se preocuparon de él.

Volvemos a donde estábamos: a los nombramientos y sus consecuentes destituciones circunscritos a la base naval de Cartagena y a las provincias que la rodean, que incluyen el puerto de Alicante y otros de menor importancia, más algunos aeródromos. Mejor que a la organización de una defensa numantina parecen encaminados a asegurarse el control de las evacuación frente a los nacionales, cuya ofensiva se esperaba, o contra los promotores de una eventual sublevación en Madrid y Valencia.

Nos hemos referido a la presencia en Madrid de unos agentes franquistas que actuaban en conexión con el SIPM, organismo integrado en el Estado Mayor nacional. Suele citarse a la llamada «quinta columna», aludida de manera especial por los escritores republicanos de entonces y de ahora. Esa quinta columna era entidad algo fantasmal y difusa; podía considerarse que formaban parte de ella un alto porcentaje de quienes vivían en zona republicana en conflicto íntimo con la situación que por razones geográficas, militares y hasta políticas, les correspondía vivir. Existía otra quinta columna más restringida, arriesgada y activa, que se había ido estructurando en algunas ciudades bajo dominio gubernamental, con conexiones en los organismos del Estado, en los partidos políticos y más en las organizaciones sindicales, en el ejército, con mejores infiltraciones en la retaguardia que en los frentes, y en muy diversos lugares. Procedía en su base de una reorganización lenta, espontánea y en ocasiones un tanto confusa, de gentes, por lo general jóvenes, procedentes de antiguas fracciones de acción —falangistas en primer lugar y tradicionalistas, monárquicos y japistas— a las cuales iban sumándoseles nuevos reclutas, que habían tomado conciencia política después del estallido del conflicto, o a quienes las circunstancias extremas impulsaban a aceptar el riesgo, y otros que por cualesquiera causas se integraban en las filas clandestinas. Formaban parte también de la quinta columna algunos militares retirados y personas de edad madura. Calificarles de «patriotas», excluyendo por tanto de esta denominación a cuantos luchaban en el bando contrario, sufrían y morían frente a las «fuerzas de la invasión y sus colaboradores», parece hoy fuera de lugar. Sin embargo, esa misma autocalificación

de «patriotas», tanto tiempo empleada y monopolizada con significado excluyente, puede servir para explicar el espíritu que a los más de los quintacolumnistas animaba. No nos proponemos hacer aquí un estudio de la «quinta columna», de su génesis, existencia y extensión, contingencias, eficacia y martirologio a lo largo de la guerra, trabajo que resultaría difícil y expuesto a errores, dadas la naturaleza clandestina y las dificultades en medio de las cuales aquella lucha se desarrolló. Resultaría de utilidad, pero hasta el presente se carecen de datos solventes para semejante empeño, como faltan noticias para poner en claro las cuestiones relativas a los servicios secretos en ambos bandos y las infiltraciones guerrilleras. Lo mismo ocurre en cuanto a quienes en zona nacional se esforzaban en empeño opuesto a los miembros de la quinta columna, y asumían idénticos o mayores riesgos en la lucha por sus ideales.

Cuando llegó el momento a que ahora nos estamos refiriendo, la organización falangista, que era la que predominaba y se había «institucionalizado», pues la mayoría de sus dirigentes eran antiguas jerarquías de FE, que habían absorbido a miembros de otras ideologías afines y también a «conversos», había llegado en Madrid a un grado de perfección y eficacia notables, considerando las dificultades con que se desarrollaba. La organización tomaba el nombre de «milicias», pero más que tales milicias o grupos clandestinos dedicados a acciones militares en la retaguardia enemiga, eran un organismo vasto, bastante estructurado, infiltrado en los organismos gubernamentales para cumplir distintos fines.

Había puntos en que la penetración resultaba particularmente eficaz, como por ejemplo en el CRIM (Centro de Reclutamiento Instrucción y Movilización), en Sanidad y en Intendencia. Gracias a los apoyos con que se contaba en el primero de estos organismos, podía destinarse a los miembros de las «milicias clandestinas» a aquellos puestos en que mejores servicios prestaran a la organización, o excluirles, en la medida de lo posible, de los lugares de mayor peligro, protegiéndoles y manteniendo así unas fuerzas de reserva. Por medio de los servicios de la Sanidad Militar se conseguían considerables ventajas, especialmente en cuanto a «enchufar» a los falangistas al darles de baja por enfermedad, convalecencias, o por inútiles para el servicio de armas. En el

manejo de la Intendencia se consiguieron, igualmente, ventajas, y de allí salieron dinero y alimentos tan necesarios en aquellos momentos de extremada penuria; y tabaco, que llegó a constituir una palanca poderosa. La penetración era vasta y ramificada, se extendía a muy diversas actividades con acento sobre aquellas que en un momento pudieran resultar más interesantes, como los transportes en general y el metro en particular, la Telefónica, y las oficinas municipales, donde se falsificaban gran número de cartillas de racionamiento. Con mayor peligrosidad los tentáculos se extendían hasta la policía[1] e incluso al SIM, con lo cual se perseguía el logro de una cierta impunidad para los más comprometidos. La situación, desde que la zona Centro-Sur fue aislada, favorecía a la acción clandestina de los falangistas, y a medida que la guerra avanzaba hacia su final y se advertía con mayor claridad quién iba a resultar vencedor, la persecución perdió virulencia, las complicidades se multiplicaban y la casi impunidad de que se disfrutaba llegó a ser elemento de peso en la supervivencia y desarrollo de las milicias clandestinas.

Manuel Valdés era el único representante de la antigua Junta Política de FE que quedaba en Madrid y en calidad de tal asumía una jefatura teórica y, hasta cierto punto, práctica. De la cárcel Modelo había pasado a la prisión de Porlier, de esta a la de Duque de Sexto, y por último al Hospital-Prisión (antiguo Niño Jesús), cuyo director médico formaba parte de la organización clandestina y le cedía su propio despacho para que sostuviera entrevistas. Funcionaba un comité directivo y el contacto se hacía por medio de enlaces. Llegaron a organizarse varias legiones —se calculan en cinco— cada una de ellas de tres banderas que comprendían tres centurias. Los datos pueden ser un tanto vagos y aun fluidos, puesto que el control no podía ser riguroso, y una vez terminada la guerra debió producirse alguna confusión. De uno de los jefes de aquel Consejo Directivo se sabe que utilizó diversos nombres falsos, que acababan siendo conocidos por el SIM que, sin embargo, ignoraba su verdadera identidad: en los últimos tiempos utilizó su nombre propio —Pío de Miguel Yzurzun— que se hallaba libre de sospechas.

Existen unos grupos intermedios que trabajan en favor de los nacionales; sus esfuerzos iban dirigidos a la terminación de la

guerra. Estaban compuestos por «gentes de orden», militares y civiles, algunos de ellos procedentes de la antigua FUE, otros pertenecían a la Cruz Roja, demócratas desengañados, extranjeros, posiblemente hubiera entre ellos masones. Se desconoce el verdadero alcance de algo de lo que pudo hacer en Madrid, en la época a que nos referimos, el mayor de los hermanos Kennedy, Joseph Patrick, que moriría en un ataque aéreo contra las plataformas de lanzamiento de las V-2 alemanas durante la segunda guerra mundial. El primogénito de los Kennedy, lo mismo que su padre, embajador de los Estados Unidos en Londres, era partidario —o sentía simpatías— por el bando franquista; probablemente Joseph se ocupó únicamente de informarse a fondo para tener enterado a su padre, pero se sabe que mantuvo contactos con miembros de la quinta columna y que se entrevistó con Manolo Valdés. Los quintacolumnistas se relacionaron con cuáqueros y otras personas de tendencias pacifistas, como los miembros de la Cruz Roja Internacional, con funcionarios diplomáticos y consulares. No parece imposible, aunque nada sobre el particular se haya revelado, que en los últimos meses, y entreveradas con una propaganda derrotista generalizada, se hicieran una serie de promesas o de insinuaciones, que después no serían cumplidas por los vencedores, que usarían de extremado rigor salvo en algunos casos individuales. Tema tan sutil y desconocido resulta difícil de abordar fuera del terreno de las hipótesis, por carencia de datos; no es posible averiguar si, en caso de haberse formulado esas promesas, procedían de iniciativas individuales o se utilizaban como un arma más de combate para acabar de debilitar y dividir al enemigo. Más me inclino por la primera suposición que por la segunda.

Una vez atenuados los extremismos iniciales de la guerra y con ellos la animosidad persecutoria generalizada que iba quedando reducida a casos muy aislados o a ser ejercida por servicios institucionalizados, paralelamente disminuía el miedo, y resulta comprensible que los contactos entre personas que militaban en ambos bandos se multiplicaran: catedráticos y alumnos, antiguos miembros de la FUE y de FE, profesionales, funcionarios, familiares, excompañeros de armas que no la habían interrumpido o que

reanudaban la amistad, camaradas ocasionales de cautiverio, razones de oriundez o paisanaje. En las redes clandestinas se producían infiltraciones periódicas del SIM, pero en los últimos tiempos resultaban cada vez menos peligrosas y llegaban a detectarse.

Treinta y dos meses de guerra siempre muy próxima, la mayor parte de ellos con frentes situados en el mismo casco urbano o en los arrabales, los bombardeos y cañoneos cotidianos, las privaciones de todo género, el hambre, la carencia de medicinas y de servicios, los edificios destruidos, las familias evacuadas de otras regiones y comarcas y de los barrios más castigados del propio Madrid, persecuciones y delaciones, los muertos y parientes de ignorado paradero, los prisioneros, los encarcelados, la paralización de la vida en sus aspectos más gratos, familias escindidas por causas políticas, el miedo, las humillaciones y las necesarias hipocresías, enfermedades que elevaban la mortandad a cifras aterradoras, los que dormían en las estaciones del metro, mutilados, heridos, la alteración de costumbres voluntaria o forzada que ocasionaba desasosiegos individuales o familiares, las ilusiones perdidas, frustrados anhelos de justicia, la ruina económica, recelos, las rivalidades, suspicacias, dobles juegos, los deseos de venganza, las parejas deshechas, aquellas que se construían sobre angustiosa provisionalidad, la incertidumbre, convivencias forzadas, la cotidiana lucha por sobrevivir, la fatiga extrema, crisis religiosas o antirreligiosas, los desengaños, la constante presencia de la muerte como realidad o amenaza… todo ello y mucho más formaba una amalgama trágica y deprimente que llevaba a situaciones límite y alteraba y confundía cualquier ley, costumbre o norma de convivencia, quebraba o arrinconaba la moral tradicional que, bien o mal, con distintas gradaciones e interpretación, había servido de guía individual a los españoles, y sufrió en Madrid la más violenta de las crisis. En ese clima febril, que despertaba en unos entusiasmos esperanzadores, arrastraba a otros a buscar salidas desesperadas que igual podían conducir a la acción violenta que a la depresión y renuncia, iluminaba en los más la resignada aceptación de lo que viniera como presunto alivio de unos males ciertos, opacas o brillantes esperanzas de que el final se acercaba. Los hechos se precipitaban y, aunque parezca paradójico, militantes

o partidarios de ambos bandos, igual que quienes mantenían actitudes fluidas u oscilantes, los madrileños todos estaban inmersos en la misma vorágine. En el inmenso campo de cultivo en que Madrid y la zona republicana entera se habían convertido, los microscopios se habían hecho trizas y aquellos situados más allá de las trincheras o de la frontera estaban empañados, y muchos de ellos, demasiados, todavía siguen con las lentes turbias.

En estos primeros días de marzo sufren una escisión personal y geográfica las dos ramas que van a producir resultados insurreccionales o que van a catalizar haces de conspiraciones más o menos convergentes; la cívico-militar de Casado en Madrid tomará camino distinto a la que capitanea Miguel Buiza, asistido por la mayoría de los miembros de la flota, que va a convertirse en detonador de los sucesos más confusos de la guerra. La sublevación cartagenera se anticipará veinticuatro horas a la de Casado y se produce con independencia, si bien la huida de la escuadra republicana y su internamiento influiría en el movimiento casadista, en la precipitada partida del Gobierno y en el final mismo de la guerra.

Habla Cordón en su libro *Trayectoria* de una reunión con Negrín, presumiblemente en Elda, a la cual dice que asistieron Miaja, Matallana, Casado y el jefe de la flota. «En un aparte, Negrín me recomendó que no dijese nada del nombramiento, ya acordado, de Miaja para el cargo de Inspector General». Esta reunión la sitúa el 2 de marzo. Afirma que Miaja (lo que resulta paradójico cuando solo tres días antes había manifestado lo contrario ante los miembros allí reunidos) y Casado «*continuaron* con sus informes la ofensiva moral que habían ya comenzado contra el presidente… en el sentido de demoler el criterio de Negrín sobre la posibilidad y necesidad de resistir». Cuenta que le exageraban sobre la inminencia de la ofensiva nacional y sobre la cuantía del material que concentraba Franco en vistas al inmediato ataque. Y así sería, pues mucha exageración parece, si no hay error por parte de Cordón, cuando afirmaron que «solo en un día habían llegado a las líneas enemigas del frente del Centro ciento setenta y ocho trenes…». Va enumerando algunos de los demás puntos tratados de importancia

secundaria —variaciones sobre el mismo tema— relativos a las gestiones de paz, que a Casado le parecía que apremiaba comenzar en horas y no en días, y añade Cordón que Buiza insinuó: «quizá los militares pudieran hacer algo tratando directamente con los militares contrarios», y que Negrín le atajó, alegando que no podía autorizarlo ni creía que tuviera eficacia porque «una gestión de ese tipo echaría por tierra los esfuerzos que el Gobierno hacía; fueran cuales fueran las dificultades que se estaban atravesando, también en el aspecto de las relaciones diplomáticas». No queda aclarado qué significa esta última frase, puesto que sabemos que aquel día ya estaba reconocido oficialmente el gobierno de Burgos por Francia e Inglaterra, y no resulta creíble que Negrín abrigara esperanzas sobre las gestiones encomendadas en los últimos días de Cataluña a los que todavía eran entonces representantes de aquellas potencias.

De esta entrevista no hay otro testimonio, que yo sepa, que el aportado por Cordón. Parece probado que ese mismo día, 2 de marzo,[2] el almirante Buiza convoca una importante reunión a bordo del crucero *Cervantes* a la cual asisten mandos y comisarios de la flota. A pesar de que la distancia entre Cartagena y Elda no es considerable, resulta sospechoso ese don de ubicuidad, más aún considerando que Casado y Matallana, que son los que probablemente acudieron a la cita con Negrín, iban a trasladarse después a Valencia para entrevistarse con Miaja y Menéndez, y que Casado regresó a Madrid aquella misma noche. También, y para acabar de complicar las cosas, algunos autores (por ejemplo, Álvarez del Vayo) sitúan en este día el almuerzo Casado-Hidalgo de Cisneros en la Alameda de Osuna. Resulta difícil creer que en un mismo día Casado almorzara en Madrid, se entrevistara en Elda con el jefe del Gobierno y otros militares, se trasladara a Valencia para nuevas entrevistas y regresara a dormir a Madrid; y eso si espigando con mayor detenimiento no hallamos quién le asigne alguna otra actividad en la misma fecha. Ni las carreteras ni los vehículos de entonces ni los controles, que suponían detenciones, autorizaban a semejantes rapideces. Hidalgo de Cisneros, que se muestra muy indeterminado en cuanto a fechas, no la precisa en este caso. Lo importante es que lo que se trató en el almuerzo fuese cierto; nada cambia que ocurriese un día antes o después. Lo extraño es que manifestándose Casado de manera tan inequívoca sobre sus

propósitos y contactos, ni Hidalgo de Cisneros atribuyera demasiada importancia a lo que le proponía ni aquellos a quienes comunicó lo tratado en el almuerzo adoptaran medidas rápidas y eficaces, a menos que no estuvieran inmersos en un fatalismo perezoso, entregados a un *menfoutisme* liquidador, que retardara y atenuara las reacciones.

Pero esa reunión del día 2 entre Negrín, Casado y Matallana en «Yuste», que parece ser cierta, y la posterior entrevista en Valencia entre ambos militares con Miaja y Menéndez, resultó importante, porque si en ella se convino definitivamente actuar contra el Gobierno es evidente que no se concretó la fecha, ni quedó absolutamente coordinada. Parece demostrable que, por lo menos en Matallana, y probablemente más acentuado en Menéndez, se produjo un movimiento de desánimo que, como explicaremos, desencadenaría consecuencias de diversa índole en el planteamiento de la derrota final y sus tremendas secuelas.

Podría decirse que, a partir de ese momento, la sublevación cartagenera y la madrileña se escinden y toman rumbos distintos, paralelos o, mejor aún, divergentes.

Traslademonos a Cartagena para ocuparnos de la flota y del almirante Buiza. Como hemos escrito, y el acuerdo entre diversos autores es unánime, Miguel Buiza, durante la reunión de Los Llanos le dio a Negrín algo que encaja en la calificación de ultimátum. O se entraba en negociaciones resolutivas con Franco o la flota abandonaba la guerra. Hay autores que precisan que ese ultimátum fijaba un plazo: cuatro días. ¿Fue así o ese plazo se ha «descubierto» después, de acuerdo con la marcha de los acontecimientos? Excesivo parece que Buiza se atreviese a concretar con semejante precisión y dudoso que ante apremio tan evidente no se hubiese decidido Negrín a actuar con mayor energía o esforzado para convencer al marino por procedimientos suasorios reiterados. Tres ministros fueron a Cartagena para efectuar gestiones en ese sentido. Dos de ellos —González Peña y Paulino Gómez— de filiación socialista, pues socialista era el comisario general de la flota y socialista un elevado porcentaje de los demás comisarios. El otro ministro que fue a Cartagena, Segundo Blanco, debió ser elegido

porque la CNT también contaba con afiliados entre el comisariado político, mandos secundarios y marinería.

En 1944 y en México, Bruno Alonso publicó un libro, *La flota republicana en la guerra civil española,* bastante desconcertante en cuanto se relaciona con este último período de la guerra. Según él mismo declara en el prólogo, es respuesta a otro libro que no nombra, pero la alusión resulta transparente, *La escuadra la mandan los cabos,* de Manuel D. Benavides, a quien acusa de filocomunista. [3]

El libro de Bruno Alonso resulta en algunos aspectos desconcertante, porque desconcertante era la actitud del comisario de la flota, por lo menos juzgada desde hoy y desde el cómodo asiento del espectador. Pero lo que atrae la atención de quien lo lea es que aquella conducta fuese reflejada cinco años después, cuando el libro fue editado, con sinceridad que nos atrevemos a calificar de ingenua, porque las contradicciones entre la palabra y la conducta el hombre político tiene que advertirlas y disimularlas —en particular cuando no se hace imprescindible ponerlas en evidencia— o, en caso contrario, le debe al lector una explicación de cualquier orden, sin excluir el psicológico, para que, si esas contradicciones no quedan plenamente justificadas, que la actuación pasada se manifieste por lo menos coherente.

De seguir el texto de Bruno Alonso registraremos paradojas difíciles de conciliar. Se refiere, por ejemplo, a una visita que recibe «uno de aquellos días» (es de suponer que los últimos de febrero) de una «nutrida comisión de oficiales que vino a exponerme sus propósitos de abandonar el puerto con la flota, dada la desmoralización existente en tierra», y que manifestaban obrar en nombre de todos los demás. Entonces, según nos cuenta, les dijo que haría formar a la dotación en cubierta, y que, «si por desgracia la dotación pensaba como ellos» tendrían que fusilarle a él y, en caso contrario, «ordenaré que los fusilen a todos en aquel mismo momento». Siempre según Bruno Alonso, los oficiales se arrepintieron, él les perdonó y el incidente, así resuelto, contribuyó a elevar la moral. Más adelante se ufana en transcribir el texto taquigráfico de su discurso correspondiente a un acto público, celebrado en el teatro de Cartagena el 27 de febrero, añadiendo que fue muy felicitado por Buiza, los comandantes y comisarios de los buques y otros asistentes. Dejando de lado algunos tópicos

circunstanciales, lo que se demuestra es que cuanto sostuvo en aquel discurso sucedió de manera opuesta solo cinco días después. Al resaltarlo no se trata de formular una acusación contra él ni contra nadie, y sí dejar constancia de que la medida extrema que adoptaría la flota días después estaba prácticamente decidida.[4] Escribe Bruno Alonso —y en su discurso de aquel día aludió al mismo hecho— que en Cartagena y en otros lugares levantinos se estaban extendiendo pasaportes en favor de las personas influyentes y sus familias, lo que significaba que deseaban situarse en condiciones ventajosas para abandonar España. Tras el texto del discurso añade a manera de comentario: «Aunque durante algunos días la moral de la población de Cartagena se había vigorizado bastante por el acto público del 27 de febrero, pronto volvió a decaer». Hagamos un inciso para precisar que entre el mitin y el estallido de la sublevación solo transcurrieron cinco días, plazo demasiado restringido para que esas alteraciones, de la moral pública se produjeran. «En tierra una obsesión domina a todos y elimina toda consideración de tipo político o moral: obtener un pasaporte. Esta inquietud pasa de la base a la flota y embarga el ánimo de muchos, aunque el sentimiento del deber y la disciplina se mantienen firmes… Los comisarios son asediados en sus barcos. Las dotaciones comentan la escandalosa conducta de tierra. Ordenamos a nuestros amigos que sin vacilar corten cualquier desfallecimiento o brote de indisciplina, y de nuevo escuchamos a algunos mandos que sería conveniente la salida de la flota antes de que la hundan en el puerto o no pueda salir luego. Nuestra réplica enérgica y la afirmación que hice a un comandante de que llegaríamos a sublevarnos contra los jefes si alguien intentaba sacar la flota, pusieron término a estas manifestaciones desmoralizadoras».

Como el diputado socialista por Santander y antiguo obrero metalúrgico era persona recta y sin dobleces, le citamos aquí para evidenciar cuál era el ambiente en Cartagena, en tierra y a bordo y, asimismo, que las palabras se pronunciaban con intención de insuflar seguridad, mantener la disciplina y evitar que prosperaran iniciativas particulares de deserción de uno o varios comandantes de unidad, intentos que se habían manifestado en días anteriores. Nada permite dudar, sin embargo, que el almirante Buiza tenía al corriente de sus propósitos abandonistas, que eran públicos, a su

comisario.

El 2 de marzo se celebró a bordo del *Cervantes,* que era el buque insignia, una reunión de mandos y comisarios presidida por Buiza. Esta es la lista de los asistentes, que ignoramos si ha sido publicada:

Jefe del EM de la Flota, capitán de navío don José Núñez Rodríguez. — Jefe flotillas de destructores, capitán de corbeta don José García Barreiro. — Jefe de EM de estas flotillas, capitán de corbeta don Gregorio Gómez Meroño. — Jefe de la segunda flotilla de destructores, capitán de navío don Manuel Núñez Rodríguez. — Comandante del buque insignia *Cervantes,* capitán de navío don Diego Marón. — Comandante del crucero *Libertad,* capitán de navío don Eduardo Armada. — Comandante del crucero *Méndez Núñez,* don José Luis Barbastro, capitán de fragata. — Comandante del destructor *Lepanto,* capitán de fragata don Federico Vidal. — Comandante del destructor *Almirante Valdés,* capitán de fragata don Juan Oyarzábal. — Comandante del destructor *Almirante Antequera,* capitán de fragata don Ricardo Noval Ruiz. — Comandante del destructor *Almirante Miranda,* capitán de fragata don David Gasea. — Comandante del destructor *Gravina,* don José Ruiz de Ahumada. — Comandante del destructor *Escaño,* capitán de fragata don Luis Núñez de Castro. — Comandante del destructor *Jorge Juan,* capitán de fragata don Luis Abarzuza. — Comandante del destructor *Ulloa,* capitán de fragata don José Figuera. — Comandante del destructor *Sánchez Barcaiztegui* capitán de fragata don Alvaro Calderón. Advirtamos que estos empleos eran habilitados y que en la flota republicana los grados habilitados duraban lo que duraba el mando y estaban condicionados a su ejercicio. Damos, asimismo, los nombres de los comisarios que asistieron a la reunión. Junto a Bruno Alonso estuvieron: el del *Cervantes,* Bernardo Simó; del *Libertad,* Pablo Toucet; del *Méndez Núñez,* Juan García; del destructor *Lepanto,* Ángel López; del *Almirante Valdés,* Luis Molinuevo; del *Antequera,* Ildefonso Torregrosa; del *Miranda,* César Barona; del *Gravina,* Nicolás Furió; del *Escaño,* Antonio Bolufer; del *Jorge Juan,* Víctor Salvador y del *Ulloa,* Alejandro Rodríguez. Salvo algunos cambios que se produjeron, estos serían después los marinos y comisarios que conducirían los buques al internamiento.

En esta reunión Buiza expuso su postura y lo que había manifestado en Los Llanos al jefe del Gobierno y ministro de

Defensa. Aconsejó que se mantuvieran en la disciplina y en la obediencia, pues se había dado un plazo al Gobierno para que contestara cuál era la situación real y legal tras la dimisión del presidente de la República y, asimismo, para iniciar unas auténticas negociaciones de paz. De no hacerse así, la flota abandonaría Cartagena y se refugiaría en puerto neutral. Aunque no hubo, naturalmente, votación, una parte mayoritaria de los comandantes de buques, todos ellos del Cuerpo General, se mostraron partidarios de entrar en relación con el enemigo para pactar la rendición. Uno de los marinos, que no estuvo de acuerdo, escribe años después el siguiente comentario: «Se dio el caso pintoresco de asistir los comisarios, los que tenían la obligación de garantizar la adhesión al Gobierno, pero no hubo ninguno que le pareciera mal que se pusiera un plazo al Gobierno para resolver la situación…». Este mismo oficial supone que del resultado de esta reunión se informaría al Gobierno, dado que al día siguiente el ministro de Gobernación, Paulino Gómez, se presentó en Cartagena y que, de manera inmediata, se nombró a Galán jefe de la base. Más probable parece lo primero que lo segundo, puesto que el nombramiento de Galán fue publicado en el *Diario* del día 3 y su motivo, aparte de controlar Cartagena y en lo posible la flota, venía dictado porque Negrín y con él otros —¿quizá los comunistas?— sospechaban, con evidente error, que el general Bernal era la cabeza de la conspiración cartagenera, cuyo estallido se consideraba inminente y con mayores probabilidades de llevarse a cabo que el de Casado.

El ministro socialista Paulino Gómez se traslada a Cartagena el día 3 con órdenes de Negrín. Es recibido correctamente, pero en el camarote del segundo jefe de la flota y comandante de los destructores, José García Barreiro, se produjo un altercado con este, en presencia de Bruno Alonso, que se esforzó en templar gaitas. Manifestó el marino que se hacía necesario «tratar directamente con Franco, ya que la guerra estaba perdida. Enérgicamente le respondió el señor Gómez que había que luchar hasta el fin, y que, en definitiva, el gobierno no toleraba coacciones de los militares». Aludió Barreiro a que el Gobierno estaba desprovisto de autoridad legal y constitucional a causa de la dimisión de Azaña y «la conversación subió de tono». Esta es la versión de Bruno Alonso, testigo directo. Otros autores lo matizan, precisando que cuando el

marino se quejaba de los bombardeos que sufría la escuadra y del cansancio que producían los sufrimientos de la guerra, le replicó el ministro que no tenía derecho a quejarse desde un cómodo camarote, que en último extremo eran quienes estaban en el frente los que podrían hacerlo.

Al día siguiente, 4, se trasladó a Cartagena, también por orden de Negrín, Bibiano Osorio y Tafall, recientemente nombrado comisario general de Defensa, republicano adicto a la política del jefe del Gobierno y en buenas relaciones con los comunistas, persona, pues, que como la propia designación venía a corroborar, era de plena confianza. Fue el mismo día cuando se publicó en la prensa local el nombramiento de Galán y la destitución —o cese— del general Bernal. Estaba informado el Gobierno de que el nuevo jefe de la base, comunista notorio, hallaría dificultades en su gestión y que hasta se resistirían a entregarle el mando, puesto que nadie se recataba de hablar de ello, y se buscaban aliados entre quienes estuvieran de acuerdo para oponerse a Galán y llegar a sublevarse para evitarlo. De igual manera era conocida por Negrín la actitud de la flota y su propósito de abandonar la lucha.

La misión encomendada a Osorio y Tafall era un tanteo previo a la llegada de Galán, a quien precedió solo de unas horas; le correspondía averiguar si el nuevo jefe necesitaría imponerse por la fuerza, para cuya eventualidad se habían tomado las medidas a que luego nos referiremos. Osorio y Tafall estuvo brevemente reunido con el general Bernal, quien después le hizo acompañar por su oficial de órdenes al crucero insignia.

Cuenta Bruno Alonso cómo se desarrolló la entrevista entre el almirante Buiza, el comisario general de Defensa y él. Como de costumbre, se erige en protagonista y el papel del almirante queda minimizado. La reunión debió desarrollarse como la explica Bruno Alonso, si bien para interpretarla conviene tener presente la carga de subjetivismo con que escribiría después. «Acudió enseguida a la capitana, donde le esperaba acompañado del Almirante. Manifestó deseos de conocer nuestra posición, la que le expusimos sin reparo. Después de haber hablado el Almirante, le dije que no conocíamos otra actitud que la del cumplimiento de nuestro deber. Sin duda no le bastó esta declaración al auxiliar del señor Negrín, ya que nos pidió que le aclaráramos el significado de estas palabras, o sea, lo

que entendíamos por cumplimiento del deber. A tal impertinencia repuse que estaba desprovisto de autoridad, sobre todo moral, para hablarnos en aquel tono. Muy serio invocó su calidad de comisario general de Defensa, por lo que le dije que por ese camino no prosiguiera, pues solo en plan de amigos y compañeros lo tolerábamos, pero no en otro, tanto a él como al propio Negrín, pues hacía mucho tiempo que ni existía jefe de Estado ni Gobierno de ninguna clase, pues el Gobierno solo era Negrín, y nadie sabía en dónde se hallaba…». Hay otro testimonio de quien oyó parte de la conversación, y otro, aún menos directo, que también describe la entrevista como borrascosa; aquel admite que quien más alzaba la voz era Bruno Alonso. Un poco calmados los ánimos, Osorio y Tafall abandonó el buque y la ciudad; se dirigió primero a Murcia y después a «Yuste» a dar cuenta a Negrín del resultado de la gestión y de las impresiones recibidas. En Murcia coincidió y se entrevistó con Galán y es más que posible que la entrevista estuviese convenida de antemano, a pesar de que Galán no lo confesaba. Las impresiones que pudo darle tenían que ser pésimas. Hay otra versión de quien considera que, de acuerdo con la hora en que Osorio y Tafall abandonó Cartagena y aquella en que Francisco Galán se presentó, tuvieron que encontrarse en un punto próximo a esta plaza y no en Murcia.

Tenemos que dar un pequeño salto atrás para intentar la explicación de unos sucesos tan complicados, que nadie ha mostrado interés en contarnos con sinceridad, antes al contrario parecen haberse aplicado, cuando no a la tergiversación, a dejarlos en la penumbra.

Después del consejo de Los Llanos, Negrín, presionado por los comunistas, se decidió a actuar y era Cartagena la plaza que ofrecía mayores peligros para el Gobierno y, paralelamente, aquella que le merecía mayor interés. La posición de Buiza, que había hablado en nombre de la flota, no ofrecía dudas y se sabía que mandos y comisarios le apoyaban. En la base, tanto el general Bernal como los marinos se inclinaban por una paz inmediata y se sospechaba o temía con certidumbres de evidencia que podía existir una conspiración articulada en la cual estarían implicados el coronel del

regimiento de Artillería de Costa n.° 3, Gerardo Armentia y el comandante del regimiento naval (infantería de marina), y con ellos una proporción crecida de jefes y oficiales. No contaba el Gobierno con fuerzas que le merecieran confianza y Cartagena no representaba solamente el papel de eje sobre el cual se apoyaba cualquier teoría de defensa de la zona hasta conseguir una ordenada evacuación; era también plaza y puerto decisivos en cuanto a la conservación y utilización de la flota como único medio para poder llevarla a cabo con seguridad. La flota permanecía casi intacta y si la moral combativa era baja, se mantenía en compensación la disciplina en los buques en un grado tan alto que hubiese resultado impensable en los primeros días de la guerra. Acordó Negrín actuar sobre Cartagena y la primera providencia fue nombrar a Galán jefe de la base. El día 3 por la tarde se cursó al Ejército de Levante la orden de alertar a la 10 División, que se hallaba reorganizándose y de descanso en la provincia de Valencia, y que se pusiera de inmediato en movimiento una de sus brigadas, la 206, que en camiones debía desplazarse a Cartagena. Al mismo tiempo se movilizaron algunos tanques y blindados de la base de Archena (Murcia). Todas estas fuerzas tenían un carácter marcadamente comunista, y se les destinaba a apoyar a Galán para el caso de que encontrara resistencias.

Tuvo que partir esta orden del ministro de Defensa, aunque después son varios los que se han atribuido la iniciativa; y como la 10 División estaba agregada —o pertenecía— al Ejército de Levante, fue el general Menéndez quien la acató y no podía ocultársele el propósito de tan rápido desplazamiento.

La 10 División había sufrido muchas bajas en la ofensiva de Extremadura y sus unidades se hallaban desparramadas por la provincia de Valencia. Mandaba esta división Víctor Frutos, teniente coronel de milicias, que ha dejado escrito un libro, *Los que no perdieron la guerra,* cuyo capítulo dedicado a este suceso de Cartagena apenas podemos utilizar dada la inexplicable cantidad de errores que acumula en media docena de páginas. Comienza así el correspondiente capítulo: «Es con ayuda de mi escasa memoria y un gran esfuerzo de concentración que deseo reconstruir los últimos días vividos en España. Si algunos errores u omisiones cometo…». Entre otras muchas inexactitudes, considera que ocurrió antes la

sublevación de la «junta casadista» que el levantamiento de Cartagena. De afirmaciones político-partidistas mejor no comentar puesto que a él atañen. Vamos solo a fijarnos en un detalle, con respecto al cual pudiera confiarse que no debiera fallarle la memoria y es que fue citado por el general Leopoldo Menéndez; supone que eso ocurrió después del golpe de Casado; con eso justifica narraciones rocambolescas para salvarse de ser arrestado en el cuartel general de Levante. Y disipada la inicial desconfianza, añade: «… recibí la orden de dirigirme inmediatamente a Cartagena y conquistarla inmediatamente para la República, impidiendo, si era posible, que zarpara la flota y contribuyendo a que se mantuviera en su puesto el coronel Galán». La memoria le fracasa en todos los detalles que da a continuación y que culmina en afirmación tan extraordinaria como esta: «La 206 brigada se lanzó a la conquista de la ciudad, cooperando con la 11 brigada, mandada por el comandante Rodríguez…». La 11 Brigada, que formaba parte de la 35 División, no la mandó nunca Rodríguez y desapareció como tal unidad el 9 de febrero al cruzar la frontera francesa; en cuanto a la 11 División, que es la que mandó Rodríguez, pasó la frontera y se disolvió en la misma fecha, pues sus componentes quedaron internados en Francia. El teniente coronel (que tal era su graduación) Joaquín Rodríguez fue uno de los jefes que vino de Francia a la zona Centro-Sur e intervino en contra de la sublevación de Cartagena en la forma en que se explicará. Para nada nos sirve el relato de Víctor Frutos salvo, quizá, para admitir, y aún con reservas, que fue Leopoldo Menéndez quien le dio personalmente la orden de dirigirse con su división a Cartagena.

De fuentes que merecen crédito sabemos que quien transmitió el mandato de trasladarse a Cartagena y ponerse allá a las órdenes del jefe de la base (que cuando llegara se suponía lo sería ya Francisco Galán, instalado en la Capitanía o en pugna con quienes se le opusieran), fue el jefe de Operaciones del EM del Ejército de Levante, comandante Francisco Ciutat. Esta orden de partida afectaba a la Brigada 206, que mandaba el mayor de milicias Artemio Precioso. Las otras dos brigadas fueron alertadas; no llegarían a Cartagena hasta tres días más tarde.

Nos estamos extendiendo en detalles que tendrían en sí mismos interés secundario; pero ocurre que la intervención del general

Leopoldo Menéndez, autorizando o mandando el desplazamiento de una unidad comunista, merece ser comentada. Menéndez, Matallana, Casado, y posiblemente Miaja, se habían comprometido con Buiza para dar un serio ultimátum al Gobierno el 4 o el 5 de marzo. El nombramiento de Galán y la orden de desplazar una unidad a Cartagena, hechos que se produjeron con casi simultaneidad, debió producir un movimiento de desánimo, por lo menos de vacilación, entre los jefes de Levante. Las escasas noticias que al respecto se poseen son algo más que conjeturas. ¿Fue Menéndez quien vaciló? No está demostrado; quizás esa vacilación no pasó de considerar, él u otro cualquiera, que en vista de las disposiciones tomadas por el Gobierno se hacía indispensable un nuevo cambio de impresiones entre los jefes o proponer un nuevo aplazamiento. Lo cierto es que cuando el almirante Buiza, el día 4 por la mañana, se enteró de que Galán había sido nombrado jefe de la base, se puso en comunicación radiotelegráfica con Matallana para conocer el resultado del ultimátum cursado a Negrín, cuyo dilema era o entrar rápidamente en negociaciones o destitución fulminante. La respuesta cifrada que Buiza recibió fue la siguiente: «Encontrándonos desatendidos por una parte del Ejército y habiendo surgido otras dificultades, queda sin efecto el acuerdo de oponerse a Negrín y, en consecuencia, le relevamos a usted del compromiso contraído. La flota puede obrar de acuerdo con su criterio». A despecho de su tono que parece terminante, el mensaje resulta ambiguo y en cierta medida se diría invitación a que la flota se subleve y cumpla las amenazas que había formulado el almirante ante el jefe del Gobierno. La conspiración, si de tal puede calificarse, andaba muy adelantada: las calderas de los buques estaban encendidas y las tripulaciones a bordo.

Aquella misma mañana Bruno Alonso había publicado en el semanario de la flota *La Armada* una alocución que no sé si les fue leída a las tripulaciones o, como él mismo dice, «los marineros han leído la alocución emocionados y se mantienen firmes en sus puestos». El texto se reproduce íntegro en su citado libro y no resulta demasiado claro; comprende una serie de altisonancias mezcladas con exhortaciones a la unidad y la disciplina dentro de la flota y a que todos se mantengan atentos y confíen en el mando, para terminar así: «Los cañones de nuestra flota valen por toda una

plaza, y la bandera que arbolan es bandera de combate, y lo mismo que al izarle la rendimos nuestro honor, al arriarla se hace con el mismo honor ¡y derechos! Razonemos como siempre, pero ¡ojo al disco! y donde falle el razonamiento que estén preparadas las armas». ¿Qué significa en puridad este párrafo? ¿Que los marinos reclaman su derecho a arriar bandera de combate (a internarse en puerto neutral) y que defenderán con las armas ese derecho? Parecería la interpretación más justa, pero los acontecimientos se precipitan y, aunque la alocución está fechada el día 4, es obvio que debió redactarse el día anterior. Y fue en la mañana del 4 cuando se publica en Cartagena el nombramiento de Galán y a continuación recibe Buiza el mensaje de Matallana; ambos hechos alteran el panorama.

El nombramiento de Galán cayó como una bomba en Cartagena: los jefes navales y militares temieron que viniera con facultades para fusilar a los más contumaces. Algunos aseguran que llegaba con esa orden para aplicársela a Buiza, Bruno Alonso, Bernal y también a Vicente Ramírez, jefe del Estado Mayor Mixto de la base. Otros suponen que la lista era más larga y aun hay quien la cree más restringida. Que lo cierto sea que la orden que recibió Galán fuera de contemporizar no modifica el influjo que su llegada ejerció sobre los acontecimientos, pues los comprometidos creyeron y temieron. Los marinos de la flota se apresuraron a dirigirse a Miguel Buiza, exponiéndole «la necesidad urgente de salir de Cartagena antes de que la catástrofe fuera definitiva y alcanzara a todos». Conviene advertir que entre los marinos del Cuerpo General, entre los comandantes de los buques, había algunos partidarios de Franco, aunque los más hubiesen servido a la república con lealtad profesional. También había un auténtico agente infiltrado, sobre el cual solo recaían leves sospechas de carácter político-personal que inclinaban a la desconfianza. En la actividad de presionar para abandonar Cartagena es probable que estuvieran todos tácitamente de acuerdo. La respuesta del almirante, apoyada por el criterio del comisario, consistió en exigir que se mantuviera la serenidad y la confianza, pues la posición de los que estaban a bordo podía considerarse privilegiada; Galán carecía de jurisdicción en los buques.

Buiza y Bruno Alonso desembarcaron para dirigirse a la

Capitanía de la base donde todos andaban metidos en cabildeos, acuerdos y desacuerdos; se entrecruzaban o se mantenían, concéntricas entre sí, diversas pequeñas conspiraciones, comunicando a los conjurados y a los vacilantes un grado de nerviosismo y confusión justificados por lo extremado de las circunstancias políticas, es decir, colectivas, y también por las individuales que de aquellas derivaban. Seguiremos a Bruno Alonso, aunque de nuevo prevenimos contra su yoísmo; cuando quiere decir «nosotros» y leemos impreso «yo», convendría interpretar «él (Buiza) apoyado por mí». Transcribimos el texto: «… bajamos a la Base a entrevistarnos con el general Bernal, al cual encontramos acompañado de algunos jefes que están tratando de lo que ha sucedido. La decisión de casi todos los que están reunidos es opuesta a aceptar a Galán como jefe de la Base, pues creen que con esto los comunistas asesinarán a sus enemigos y evitarán que la guerra termine en condiciones que permitan la salida de la zona Centro a las personas más responsables y comprometidas. Pese a que carecemos de jurisdicción sobre la Base, y nuestra autoridad es de índole moral solamente, creo conveniente intervenir para pedir que hable quien en realidad tiene mayor autoridad y responsabilidad en tierra, o sea el general Bernal. Este manifiesta que no proyecta sublevarse y que entregará el cargo al señor Galán cuando este se presente. En vista de estas manifestaciones declaro que, puesto que contra la flota no hay nada, y el jefe de la base no pone reparos a que Galán tome posesión del cargo, nada tenemos que oponer, y que solo en el caso en que Galán intente algo contra la flota, sobre la que carece de jurisdicción, le replicaríamos en forma adecuada…». En cierta medida la flota se viene a quedar al margen de la querella, si bien desistió de zarpar y se mantuvo atenta a los acontecimientos de tierra. A esas mismas horas ya se daba por cierto, o se rumoreaba, que dos brigadas venían a Cartagena, pues así se lo habían comunicado a Bernal al tiempo que le anunciaban el relevo. La venida de esas dos brigadas —que de momento era solo la 206— fue una de las principales causas que provocaban la agitación y desasosiego entre los mandos de la base y de las unidades militares de Cartagena. Fue aquella tarde cuando Osorio y Tafall visitó la base y la flota.





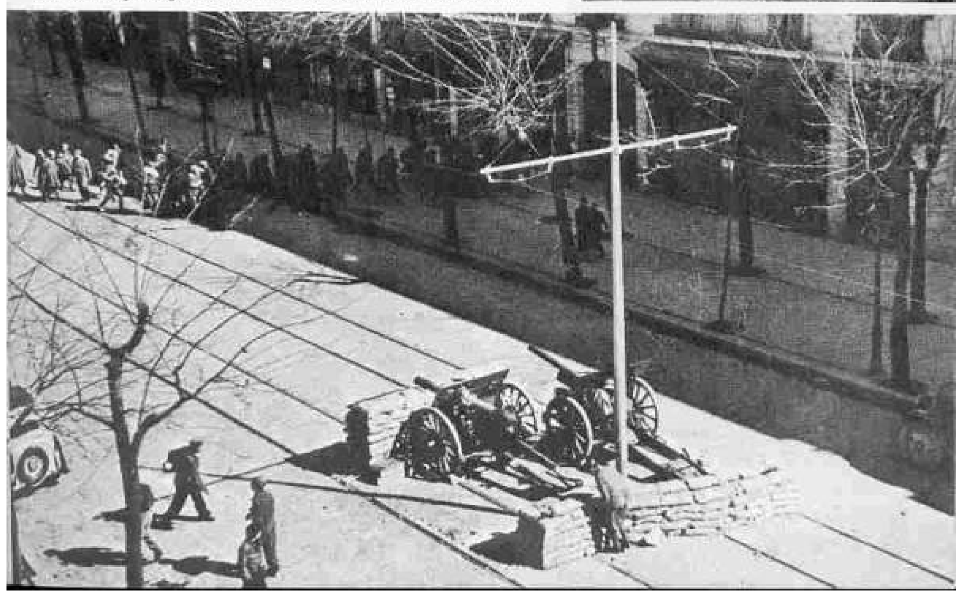
Arturo Espa.

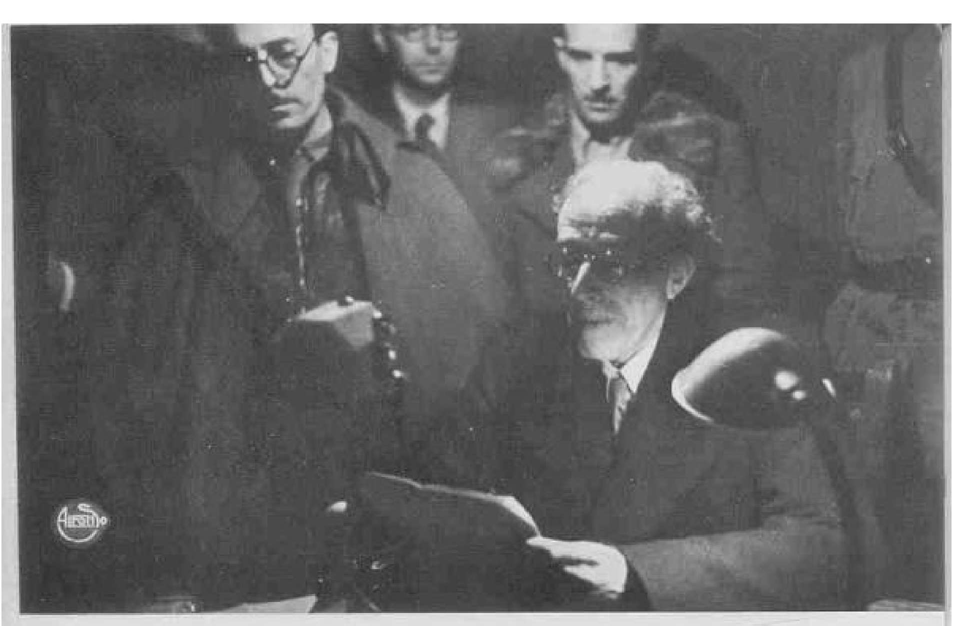
Artemio Precioso.



Fachada de la Capitanía de la base de Cartagena después del asalto.

Cañones y tropas en la calle de Serrano de Madrid.





Constitución del Consejo Nacional de Defensa: detrás de Casado y Besteiro, Manuel Salgado y García Pradas en atuendo civil.

Copia autorizada (fragmento) del documento que el Consejo de Defensa envió al "Gobierno Nacionalista" por medio de los emisarios que se trasladaron a Gamonal.

Séptimo: Concesión de un plazo de veinticinco días para la expatriación de cuantas personas quieran abandonar el territorio nacional.

Octavo: Que en la zona en litigio no hagan acto de presencia tropas italianas y moras.

Noveno: En caso de ser aceptado este proyecto por el Consejo quedan designados para [illegible] parlamentar al adversario, el Consejo de Defensa y el General Jefe del Grupo de Ejércitos.

Madrid 11 marzo 1939

Como Secretario del Consejo Nacional de Defensa certifico:
Que el presente documento es original y consta literalmente en el libro de actas del C. N. de D. como propuesta de Paz al Gobierno Nacionalista.
Madrid 26 marzo 1939
[illegible]

XIV

He empleado trescientas páginas para explicar en otro libro[1] los sucesos que en aquellos días tuvieron lugar en Cartagena, y su complejidad y confusión son tantas que resultan difíciles de esquematizar o resumir. Trataremos por el momento de dar una idea de qué eran o en qué consistían esas conspiraciones entretejidas de dobles juegos y disimulos basta enredar la madeja. Comencemos por aclarar que con la paralela conspiración de Casado-Matallana las conexiones eran débiles y que con el radiotelegrama recibido por Buiza acababan de romperse. El estallido de ambas se produjo, pues, de manera independiente. Otro débil hilo de relación entre ambas conspiraciones pasaría por el general Bernal, pero al enterarse este del nombramiento de Galán para sustituirle, ese hilo quedó quebrado y las presiones que desde distintos ángulos se hicieron sobre el viejo general no bastaron para convencerle. En su criterio, la guerra estaba definitivamente perdida y cualquier subguerra solo serviría para aumentar el número de víctimas. Franco iba a ser el único vencedor, y en conversaciones privadas manifestó Bernal en más de una ocasión que lo que más deseaba era que no le fallaran las piernas en el momento de enfrentarse con el pelotón. Añadiremos que al general Bernal tan extremosa circunstancia le fue ahorrada.

Las distintas conspiraciones cartageneras, que de ellas hay que hablar en plural, participaban de un principio común: que la guerra estaba perdida y que convenía buscar una paz inmediata. En este punto estaban de acuerdo una abrumadora mayoría de marinos, militares y paisanos. Cuando el día 4 apareció en los periódicos el nombramiento de Galán, se consideró —o se temió— que el *putsch* comunista se había puesto en marcha y que el Gobierno, de acuerdo

o coaccionado por ellos, se disponía a aplicar la mano dura. Entonces llegaron a un acuerdo sobre una posición precisa: resistirse a entregar el poder a Galán. La debilidad de esa coincidencia básica consistía en que el general Bernal se negaba a insubordinarse. Y no es que no estuviera de acuerdo con los demás, pero lo consideraba tan inútil como peligroso; y esa postura venía reforzada por la ausencia de noticias de los generales de Valencia y porque por teletipo le habían anunciado que dos brigadas se dirigían a Cartagena.

Intentaremos establecer un cuadro de las distintas conspiraciones que, sin apenas clandestinidad, coincidían o coexistían en la plaza. La conspiración más «elevada» y menos extrema se centraba en la Capitanía de la base (habían contado con que Bernal se colocaría al frente) y tenía como cabezas visibles a Vicente Ramírez, jefe del Estado Mayor Mixto de la base, al coronel Norberto Morell, jefe del Arsenal, y a Semitiel, jefe de Servicios Civiles de la base (una especie de gobernador civil para el territorio cartagenero). Esta rama conspirativa, la más moderada en sus propósitos, enlazaba con la propiamente militar en la cual estaba comprometido el coronel Gerardo Armentia, que mandaba la artillería de costa, y a la cual daba su conformidad el comandante García Martín, jefe del regimiento naval n.° 1.

Otra línea conspirativa, conectada con las anteriores, pasaba por el jefe de EM de la base, Fernando Oliva, capitán de navío condecorado por el hundimiento del *Baleares* y uno de cuyos hermanos, también oficial de marina, había sido asesinado durante la represión a pesar de que él se hallaba al servicio del Gobierno. La posición de Oliva no aparece suficientemente clara o definida; podría afirmarse que era antinegrinista y anticomunista y, como Armentia, partidario de ir a una paz inmediata. Pero Oliva mantenía concomitancias con un grupo de marinos: José María de la Puerta , Emilio Rodríguez Lizón, Luis Núñez de Castro, Federico Vidal, Luis Abarzuza… algunos de ellos de tendencias nacionales mejor o peor encubiertas, y con militares como Vicente Trigo y otros.

La actitud de Buiza, apoyada por Bruno Alonso, contaba con el beneplácito de la mayoría de los mandos de la flota, de los comisarios y de la marinería. Pero a pesar de su posición

independiente ambos enlazaban con Vicente Ramírez, Morell y su grupo. Ya sabemos que cuando se enteraron del nombramiento de Galán se personaron en la base y allí averiguaron que Bernal se inhibía, pero Vicente Ramírez les dio garantías de que ellos sí se opondrían al relevo. Podrían citarse nombres de bastantes oficiales más, adheridos a esta conspiración que mantenía dentro de la ortodoxia republicana, un tono casadista «*avant la lettre*» por calificar de alguna manera la tendencia pactista. Quedaban fuera de esa ortodoxia algunos de los marinos del grupo de Fernando Oliva, determinados mandos de los buques y un corto número de oficiales de la base y del regimiento de Artillería.

En medio de la general confusión coexiste una tercera conjura, que es la que acabará imponiéndose y dará carácter inesperado a la revolución cartagenera. El motor de ella es un personaje singular, que pudiera ser calificado, sin desdoro, de pintoresco. Hará las veces de organizador —o desorganizador— y se convertirá en fulminante de uno de los episodios más novelescos de nuestra guerra, episodio que, por desgracia, degenerará en tragedia y ocasionará elevado número de víctimas. Se trata de un sargento de Artillería, Calixto Molina, exjefe de la guardia municipal, republicano demócrata y, al parecer, masón, que fue evolucionando en sus convicciones y que desde los inicios de la contienda se acercaría a los grupos de Socorro Blanco que funcionaban en la clandestinidad. Los dirigentes de estas organizaciones, que se llamaban «falangistas» pero que no llegaron a enlazar con la zona nacional ni con los grupos específicamente falangistas de Madrid, se mantenían en espera de que se les presentara ocasión de conectar con los nacionales, para intervenir si los hechos se mostraban propicios se hallaban a la sazón detenidos por el SIM. La organización había sido desarticulada, pero Calixto Molina consiguió reorganizarla en alguna medida, favorecido en sus propósitos por la general convicción de que la guerra tocaba a su fin.

Calixto Molina, que era cartagenero, había servido durante la guerra a las órdenes directas del coronel Armentia, a quien conocía de antes y con quien le unía amistad por encima de diferencias de carácter y de graduación militar; a esta relación no debían ser ajenos lazos masónicos que provenían de épocas anteriores a la

guerra. El sargento Molina trataba con el segundo jefe del Regimiento, el comandante Arturo Espa Ruiz, uno de los muchos militares que formaban en el ejército popular contradiciendo sus más íntimas convicciones, y que, al igual que otros, suponía a Calixto Molina enlace de una organización clandestina de cierta importancia. A su vez, Espa mantenía relaciones con diversos militares de Artillería que o formaban parte de la conspiración o se inclinaban a ella por distintos motivos, y con antiguos compañeros expulsados del ejército por considerárseles desafectos. Con anterioridad Espa le había insinuado al propio general Bernal que el regimiento de Artillería «se hallaba presto a cualquier acción en bien de la Patria». Andaba Calixto Molina de acuerdo con miembros de la llamada «quinta columna» que, más o menos organizada, contaba con cierto número de comprometidos entre los cuales predominaban los elementos muy jóvenes, muchos de ellos «enchufados» en las baterías de costa, el parque de Artillería y el regimiento de Armas Navales, o en el arsenal, y otros tan jóvenes que ni siquiera habían alcanzado a ser movilizados. Contaba, asimismo, con un corto número de hombres de acción, militares o paisanos, exguardias civiles, policías, etc. Junto a algunos como él desengañados, había fervientes franquistas y no pocos que pretendían en el último instante hallar ocasión para congraciarse con los vencedores, incluso aspiraban a formar parte de ellos.

Detenidos en la cárcel del partido, a disposición del SIM, se hallaban los dirigentes de un grupo de Socorro Blanco, que venían recogiendo fondos y auxiliando a quienes sufrían persecución y a sus familiares. Por lo común se trataba de personas procedentes de las derechas o de las capas liberales mesocráticas. Esos dirigentes eran un odontólogo que, movilizado, prestaba servicios en la infantería de Marina, el doctor Antonio Bermejo, el director de la Caja de Ahorros, Antonio Ramos Carratalá, el funcionario de Hacienda, Antonio Rosique, Sabas Navarro y algunos más, que habían ido sucediéndose en la dirección, a causa de traslados relacionados con la guerra.

Hacia el mediodía del día 4 de marzo se presentó en Elda, en la «posición Yuste», el teniente coronel Francisco Galán, que había

sido convocado urgentemente por Negrín y que ignoraba su nombramiento, por lo cual se presentó vestido de paisano. De las memorias de Antonio Cordón se deduce que el nombramiento de Galán fue hecho por él, si bien con el beneplácito de Negrín. Era capitán de la guardia civil y se hallaba retirado el 19 de julio de 1936; hermano de Fermín Galán, que se sublevó en Jaca y fue fusilado en diciembre de 1930 en compañía de García Hernández, protomártires ambos de la república del 14 de abril. Miembro del PCE, Francisco Galán fue instructor de las MAOC y se incorporó al frente de Somosierra al comenzar la guerra al mando de un batallón de milicianos. Estuvo en la sierra a las órdenes del general Bernal, a quien ahora iba a sustituir; ascendido a comandante mandó la 22 Brigada Mixta, y ya teniente coronel la 39 División. Peleó en Teruel y, trasladado al frente de Vizcaya, hizo la campaña del Norte llegando a mandar Cuerpo de Ejército. En Aragón y en la batalla de Cataluña estuvo al frente de los Cuerpos de Ejército XI y XII, respectivamente. Tras la retirada a Francia regresó a la zona Centro-Sur con otros militares y comisarios comunistas.

Sobre la entrevista que sostuvo con el jefe de Gobierno hemos de seguir su testimonio personal, publicado en el periódico de Buenos Aires *España Republicana* y confirmado en cartas dirigidas a varias personas, y también al autor de este libro a quien facilitó muchas precisiones sobre su intervención personal en los sucesos de Cartagena. Cordón, que asistió a la entrevista, escribe que almorzaron los tres juntos y mezcla algunas noticias confundidas sobre la actuación de la Brigada 206. Jesús Hernández, que según el testimonio de Galán también estuvo presente en la entrevista con Negrín, no solo no alude a ella sino que afirma que llegó a Elda después del estallido de la sublevación. El testimonio de Galán es terminante: «… Le acompañaban [a Negrín] el General Cordón, Secretario de Defensa; Jesús Hernández, Comisario Político de la zona Centro-Sur, y Palmiro Togliatti, dirigente antifascista italiano exiliado en París, incorporado a la dirección del Partido Comunista de España. El Dr. Negrín al recibirme, expresó: —Estamos en presencia de una sublevación contra la política de resistencia del Gobierno que presido. Los focos están en Madrid y Cartagena. Salga inmediatamente. Sobre las nueve de la noche encontrará en el control de la ciudad una Brigada Mixta que enviaremos en su apoyo

y que el Gobierno pone a su disposición. Le aguardará el Comisario de Ejército, Osorio y Tafall, a quien he enviado a la Base para informar al Jefe de la Flota, Almirante Buiza, sobre la decisión del Gobierno en el sentido de retirar del mando de aquella al general Bernal. Hice presente al doctor Negrín que me hallaba en traje civil. —No importa, replicó, el hábito no hace al monje. Esté a las nueve a la entrada de la ciudad. Con Brigada o sin ella, entre para vivir la sublevación que estallará a las 11 de la noche. Infórmeme inmediatamente. —De acuerdo, respondí. —¿Alguna orden, señor Presidente? —Sí ¡ningún derramamiento de sangre!… Negocie, negocie y negocie. Nos queda poca retaguardia y la Flota Republicana es indispensable».

Galán se traslada a Murcia desde donde telefonea a Bruno Alonso, a quien conocía personalmente, y lo hace en tono amistoso apelando a la unidad entre republicanos. Le corresponde en parecido tono Bruno Alonso pero hace la salvedad de que la Base y la flota son independientes. Sea en Murcia o a la entrada de Cartagena se entrevista con Osorio y Tafall, quien le informa del resultado de la gestión y le predice que va a tropezar con dificultades.[2] Llegó Galán al control situado a la entrada de Cartagena a una hora difícil de situar, pero entre 8 y 9,30 de la noche. No halló a la Brigada 206 que él creía que estaría esperándole en aquellos alrededores. Sabemos que la orden de traslado fue dada el día 3; si, como pretenden algunos, la orden a la brigada hubiese sido dada desde Elda y aquel mismo día, resultaría disparatado suponer que hubiese podido llegar. Entró Galán en la ciudad acompañado de un ayudante, al parecer oficial de milicias, que le había sido asignado sobre la marcha. Aseguran otros que también iban con él dos escoltas. Se presentó en Capitanía y según un testigo presencial lo hizo antes de la cena y fue anunciado al general Bernal que le recibió de inmediato. De su llegada fueron prevenidos Morell y Semitiel, que requirieron la presencia de Vicente Ramírez. Estos y otros oficiales entraron en el despacho del jefe de la base. Afirma por su parte Galán que llegó durante la cena y precisa que estaban a los postres, que tomaban arroz con leche y que les fue servido té o café. Parece que, de una u otra manera, estuvieron reunidos con Bernal y Galán Vicente Ramírez, Norberto

Morell y José Semitiel, y también Oliva. Lo cierto es que antes de la cena, durante o después de la cena, sin solemnidad y un poco de sopetón, Bernal le dijo a Galán que se considerase jefe de la base, que él se retiraba y que pernoctaría fuera del edificio en un pueblo de los alrededores, tal como lo venía haciendo de costumbre, en casa de su hija. En ese momento el general Bernal desaparece de la escena y no vuelve a intervenir en nada más.

De la disparidad de versiones lo que resulta interesante, puesto que lo demás son detalles, y difícil de elucidar, sería llegar a la convicción plena de si Artemio Precioso, que mandaba la Brigada 206 y que se adelantó a sus fuerzas, se entrevistó o no con Galán en el edificio de la base. Diversos testigos no coinciden y Galán lo niega. Parece demostrado que el mayor Precioso recibió la orden de que sus tropas no entraran en la ciudad y que acamparan, por lo menos un batallón, en el cabo Palos donde tenían que esperar instrucciones. La orden le fue dada por el general Bernal cuando todavía era jefe de la base por no haberse efectuado la transmisión de poderes. La duda está en si Galán se mostró de acuerdo en que la brigada se alejara o no dio su aquiescencia. Imposible decidirse ante versiones tan contradictorias pero, detalles aparte, todo confirma que Galán se presentó en la base sin agresividad ni amenazas y que esa actitud conciliadora facilitó al traspaso de poderes sin que Ramírez, Morell y Semitiel reaccionaran de acuerdo con lo convenido entre ellos y con otros miembros de la marina y del ejército dispuestos a apoyarles.

La sublevación de los artilleros y de la infantería de marina había sido convenida para las 11 de la noche; las reservas con que circuló el horario no serían suficientes cuando Negrín en Elda lo sabía. ¿Creyó Galán, engañado por la actitud de Bernal y de Vicente Ramírez y los suyos, a quienes suponía las cabezas, que había abortado la sublevación? Así era, pero solo con respecto a esas cabezas visibles, a quienes Galán ganó la mano por efecto de la sorpresa y la actitud conciliadora y sin hacer entrar en juego la brigada, sea por aceptar la orden de Bernal de no acercarse a la ciudad sea, como otros autores y actores pretenden y Galán niega, por haberles él mismo mandado mantenerse al margen.

Estaba el ayudante de Bernal poniendo al nuevo jefe de la base al corriente de las cosas cuando Fernando Oliva, pistola en mano y apoyado por un pelotón de infantes de marina de los que hacían la guardia en el edificio, penetró en el despacho y arrestó a Galán, que no tuvo ocasión de defenderse ni de reaccionar. La sublevación acababa de estallar. Fue encerrado en un despacho sin teléfono, a cuya puerta quedó de guardia uno de los soldados.[3]

Eran las 11 de la noche aproximadamente y en la Capitanía de la base Oliva había tomado la iniciativa. A continuación procedió al arresto de Ramírez, Morell y Semitiel, a quienes encerró junto a Galán. La causa de este segundo arresto vino motivada porque no habían cumplido el compromiso contraído y porque le reprocharon su actitud violenta con res pecto a Galán. En los planes de Oliva entraba que la base se uniera a la sublevación que en aquellos momentos empezaba a generalizarse en distintos puntos de la ciudad.

Una sección de artilleros (que otros ascienden a batería a pie), mandada por el brigada Luis Montes, se ponía en camino desde el cuartel de San Antonio hacia la cárcel, en la cual el director, Pedro Bernal, les estaba esperando para darles entrada y poner en libertad a los presos políticos para facilitar lo cual había concedido permiso a los soldados que no le merecían confianza de entre aquellos que montaban guardia en la prisión. Con los artilleros van el sargento Molina y un agente, Juan Alajarín, a quien aquel ha «ascendido» a jefe superior de Policía. En Los Barreros ha sido alertado un paisano quintacolumnista, el oficial de telégrafos José Garrido, para que sitúe guardias de paisano, por lo general muchachos muy jóvenes, en las entradas de la ciudad; está provisto de un cierto número de fusiles, que distribuye entre los sublevados.

Las celdas de la cárcel son abiertas, y presos y artilleros se ponen en marcha en dirección al parque de Artillería, sólido edificio situado en el casco urbano, en los límites de su parte antigua con el ensanche.

También en el parque se ha iniciado la sublevación dirigida por el capitán Cayetano Serna, al cual se le han incorporado otros oficiales, como el capitán Meca, expulsado del ejército por desafecto, que había sido encarcelado y perseguido. Cuando llegan los presos la confusión es grande, como grande es el entusiasmo de

algunos de los reunidos. Corre la voz de que la guerra ha terminado y de que está representándose el último e incruento acto, lo cual atrae muchas voluntades vacilantes. Del parque han salido antes patrullas de artilleros para establecer guardias en distintos puntos y en especial en los accesos a la ciudad. A otras patrullas se les ha asignado la misión de detener a quienes pudieran oponerse a la sublevación.

Calixto Molina se va a buscar al coronel Armentia para traerle al parque, pues con el pretexto de que para no levantar sospechas convenía que, como solía hacer los demás días, permaneciera en su domicilio, ha conseguido manejar él en los primeros momentos cuanto se refiere al parque y al regimiento de Artillería. Por parte de los artilleros sublevados se le considera a Armentia como cabeza de la sublevación, pero Calixto Molina le sabe republicano convencido y ha venido disimulando ante él las verdaderas intenciones que le animan, en la confianza de que ante los hechos consumados logrará convencerle.

También el comandante Arturo Espa ha venido disimulando ante el coronel que sus intenciones van más allá de oponerse a Galán y derribar al Gobierno de Negrín y, asimismo, confía en que Calixto Molina consiga atraérselo. Durante el día ha tomado sus medidas, ha establecido diversos contactos y, al entrar la noche, se ha trasladado al puesto de mando de las baterías de costa, en Cabo de Agua, y allá se ha instalado. Le ayudan en sus propósitos los comandantes Macián, Faguás y Payá y varios oficiales, suboficiales, cabos y artilleros. A las 11 de la noche comienza la sublevación en las baterías de costa, y Espa consigue hacerse con el control de todas ellas, que se ponen a sus órdenes. En la de Cenizas (dos pieza del
38,10
) el capitán Ávila, cuando advierte lo que ocurre reacciona y arresta al comandante Faguás: pero esta batería queda neutralizada.

En el cuartel de Armas Navales la situación es confusa aunque puede considerársele sublevado. Por la ciudad se extiende el bulo de que la guerra ha terminado y las patrullas de artilleros, paisanos armados, guardias y policías comienzan a practicar detenciones. Los oficiales, jefes y marinos que van encontrando o han arrestado en sus domicilios son enviados al parque de Artillería. La consigna de

esta noche es «Por España y por la Paz»; pero, paralelamente, comienza a exigirse otra consigna de carácter inequívoco: «¡Viva Franco! ¡Arriba España!». La confusión crece, pero no suelen producirse choques pues cada cual acepta el papel que le ha tocado representar. Sin embargo, empiezan a sonar aquí y allá los primeros disparos, que desencadenan recelos y alarma.

La única unidad ajena a la sublevación y que se mantiene en la obediencia del Gobierno es el 7 Batallón de Retaguardia, cuyo jefe, que es a su vez comandante militar de la plaza, ha sido detenido en la Comandancia y más tarde trasladado al parque. Algunos de sus soldados forman a título individual entre los rebeldes.

El comandante Portuau destituye al coronel intendente Francisco Bosch y se hace con el mando de la Intendencia de la Armada, situada en un edificio muy céntrico (donde antes de la guerra se hallaba, y ahora también, la Jefatura o Capitanía de la base). Se subleva el arsenal, o se le considera unido a la sublevación, a las órdenes de Lorenzo Pallares, coronel de Artillería de la Armada.

En poco tiempo los miembros de las distintas sublevaciones paralelas, o equívocamente convergentes, se han apoderado de los principales centros y edificios, de las baterías de costa, y dominan en las calles. La verdad es que no aciertan a organizarse, pues no existe un plan previo, ni siquiera mínimos acuerdos, lo cual hace que cada grupo obre por su cuenta y, eso sí se muestran unánimes en detener y encarcelar a quienes consideran enemigos, si bien tampoco usan de rigor.

Cuando el coronel Gerardo Armentia llega al parque de Artillería se enfrenta a un panorama que le sorprende y desagrada. Allí la sublevación es patente; en su despacho se hallan instalados paisanos de filiación «fascista» y advierte la presencia de oficiales sobre cuya significación no le cabe duda, puesto que habían sido expulsados del ejército o habían estado presos, como el capitán Meca y el comandante Cifuentes. El desorden es considerable, pues además van presentándose patrullas que traen detenidos. Junto a los artilleros hay reunidos militares de otras armas, marineros, guardias, carabineros, paisanos armados, policías y, a pesar de que a los detenidos se les concentra en una nave, no se sabe en algunos casos quién figura como sublevado y quién está preso.

Unánimemente se reconoce como jefe a Armentia, quien acepta la jefatura de acuerdo con lo convenido y se apresta a tomar algunas providencias como son telefonear a Arturo Espa y tratar de coordinar la acción. Supone que la colaboración de elementos que le consta son pronacionales es consecuencia inevitable de esta etapa postrera y, como las noticias que tiene son que militares y políticos partidarios de la paz inmediata van a formar un Consejo o Junta que elimine al Gobierno y a los comunistas, considera que Cartagena se ha anticipado pero que un movimiento de características semejantes va a producirse en las distintas guarniciones y plazas republicanas. Al enterarse de que en la Capitanía de la base no se han sublevado, que a Galán le han sido transmitidos los poderes y que la flota tampoco se ha hecho a la mar para lanzar un ultimátum al Gobierno, se indigna y telefonea a Espa para que apunte las piezas que dominan el puerto, y por consiguiente, los buques, para que en caso de comprobar actitudes de deslealtad a lo pactado, se disponga a abrir fuego.

A los buques van llegando marineros que han sorteado las patrullas sublevadas «Por España y por la Paz», y en especial un confidente, que, según cuenta Bruno Alonso, le informa de que se ha encontrado con los presos que se dirigían al parque de Artillería. Como consecuencia de estas noticias, Buiza telefonea a la base desde el *Cervantes* utilizando un hilo telefónico que tienen tendido, pues el buque insignia está atracado no lejos de la Capitanía. Se producen vacilaciones y ni Galán, ni Ramírez ni Morell se ponen al aparato y tampoco el interlocutor aduce razones convincentes para justificar esta anomalía. En razón de la sospecha que le asalta, Buiza amenaza con que si no responde alguno de los nombrados, apuntará los cañones y disparará sobre la base. Bruno Alonso refuerza la amenaza del almirante y, según escribe, fija el plazo en tres minutos.

Ante lo conminatorio de la actitud del jefe de la flota y las complicaciones que crea con su intervención, Fernando Oliva, cuyo espíritu se encuentra conturbado, se entrevista con los arrestados, les expone la situación y entre todos convienen que lo mejor será llegar a un acuerdo. Por el teléfono habla Galán con Buiza, quien retira la amenaza, y sin darle demasiadas explicaciones, consigue calmarle. Hablarán también Bruno Alonso y Vicente Ramírez.

Manifiestan que se han producido algunas anormalidades pero que están en vías de llegar a acuerdos y soluciones.

A partir de este momento declina la estrella de Fernando Oliva, de quien algunos de los que estaban allí presentes suponen que quedó arrestado, pero sin rigor —como lo habían estado los otros hasta ese momento—, y la confusión se hace aún mayor, agravada por la escasez de alumbrado que impone el peligro de ataques aéreos y por la vastedad del edificio. Vicente Ramírez, que pasa a dominar la situación, releva al jefe de la guardia y nombra para cumplir esas funciones al ayudante del general Bernal. Lo cierto es que en el edificio han entrado personas ajenas a los servicios que en su interior funcionan, que en el refugio quedan cierto número de detenidos como consecuencia del golpe de Oliva y que nadie sabe quién manda allí.

Poco después de iniciarse la sublevación se produce un hecho importante: el comandante de la Brigada 206 y su comisario, que después de su visita a la base quizá se han entretenido en el interior de la ciudad, son detenidos a la salida de la misma por una patrulla de insurgentes que montan guardia en un control periférico. Mientras son conducidos por una pareja de artilleros para ser entregados y encerrados en una casa de las inmediaciones habilitada al efecto, Artemio Precioso, al amparo de la oscuridad, logra escapar y burla a sus guardianes que abren fuego contra él. Corre desorientado a través de los campos, camina varias horas y consigue llegar al aeródromo de Los Alcázares, donde confía en recibir auxilios y al tiempo informar de que ha estallado la sublevación en Cartagena. Sobre la naturaleza de lo que en la ciudad sucede no le quedan dudas, pues estando detenido en el control ha oído la singular consigna: «Por España y por la Paz».

Cuando ya avanzada la noche, paralelamente a la consigna de «Por España y por la Paz» circula la de «¡Viva Franco! ¡Arriba España!»; como consecuencia de una llamada que se les hace desde la plana mayor del regimiento de Armas Navales, se subleva el destacamento que el mismo tiene en La Aljorra. Y mucho más cerca de Cartagena, en Los Dolores, ocurrirá un hecho que influirá en el carácter de la sublevación y, al mismo tiempo, hará que la

abandonen algunos de los conspiradores o de elementos que la habían aceptado. Una patrulla de la cual forman parte militares, marinos y paisanos, y que al parecer manda un oficial de marina que algunos identifican como el teniente de navío Federico Vidal, se apodera de la estación de radio conocida con el nombre de Emisora de la Flota Republicana. Sus emisiones eran muy populares en toda la zona gubernamental y también conocidas de los nacionales por las burlas que de ellas había hecho en sus charlas el general Queipo de Llano. Hacia la madrugada desde sus micrófonos comienzan a lanzarse vivas a Franco y a prorrumpir en gritos, vivas y consignas del más puro cuño nacionalista, notificando que Cartagena se ha puesto a las órdenes de Franco; después se pide que sus mensajes sean retransmitidos a las demás emisoras nacionales y se solicita ayuda. Utilizando un viejo disco, que alguien llevó a la emisora, se hizo sonar la música de la que se llamaba Marcha Real.

Cabe imaginar que no serían muchos quienes a esa hora en que la radio no emite de costumbre estuvieran a la escucha, pero algunos serían advertidos, mientras que otros, alarmados o curiosos, buscaban en el aire cualquier noticia de cualquier emisora que les orientara. Quienes escucharan las inusitadas voces, el himno y las noticias que se transmitían, dominados por la emoción propia de quien va a enfrentarse con situaciones decisivas, alegres, desolados o asustados, deberían comunicárselo a amigos y familiares.

Una de las baterías de la DCA, emplazada en las cercanías de la emisora, se colocó al primer requerimiento que se le hizo de parte de los sublevados.

En la base, donde Galán ha pactado con el grupo de Vicente Ramírez, se decide enviar emisarios al parque de Artillería para tantear a Armentia y conseguir salvoconducto y el santo y seña que permita ir al encuentro de la brigada comunista para pedirles que se mantengan fuera de la ciudad y al margen de los sucesos. Los emisarios comprueban en el parque que, junto a los artilleros de «Por España y por la Paz», se hallan paisanos armados y algunos oficiales que en su día fueron expulsados por desafectos, y que el ambiente se presenta confuso y mal definido. No consiguen entrevistarse con Armentia, y se les facilita la consigna de los artilleros, pero alguien les recomienda que, en caso necesario, empleen la otra, «¡Viva Franco! ¡Arriba España!». De regreso a la

base dan cuenta de lo oído y observado, en vista de lo cual desisten de comunicar con la Brigada 206, y centran su interés en la situación del parque.

Acompañado de otros oficiales de la base, Norberto Morell, jefe nominal del Arsenal, se traslada al parque de Artillería. El grupo de «parlamentarios» de la base se entrevista con el coronel Armentia, a quien acompañan oficiales y paisanos que componen algo así como un consejo o estado mayor. Morell les conmina a que retiren las patrullas y pongan en libertad a los presos republicanos y les anuncia que Galán está dispuesto a dimitir con tal de que se restablezca el orden. Exige Armentia que la flota se haga a la mar de acuerdo con lo convenido y reitera sus amenazas contra los buques. Los reunidos no se entienden y nadie pone todas las cartas sobre la mesa. Consultan por teléfono a Vicente Ramírez y se acuerda que, mediante garantías, este vendrá al parque. La presencia de Ramírez tampoco consigue aclarar las cosas; se discute, se trata de intimidar a los del parque con la amenaza de que la llegada de la «brigada comunista» provocará derramamientos de sangre… En menos de doce horas la posición de Ramírez ha dado un giro rotundo; se diría que ahora se ha convertido en portavoz del Gobierno, lo cual contribuye a radicalizar las posiciones de los del parque. Ramírez acaba de pedir que se «aplace» la sublevación y cese la amenaza de la artillería de costa sobre los buques. Interviene Calixto Molina; propone que quede en el puerto uno de los buques (algunos dicen que dos) de la flota para que puedan evacuar las personas más comprometidas. Insiste Armentia en los plazos perentorios exigiendo que la flota zarpe… La actitud de Calixto Molina y de alguno de los paisanos que tercian en la discusión alarma a los de la base y Ramírez pretexta que tienen que regresar para consultar con los mandos de la flota.

Con Ramírez se trasladan a la base Adonis y el capitán Meca, que viste uniforme de artillero porque no ha podido proporcionarse uno de oficial, y en el parque queda Norberto Morell en calidad de rehén. Vicente Ramírez, que al llegar a la base ha entrado en su despacho donde probablemente se encuentra Galán, sale diciendo que ha comunicado con Buiza y entrega al capitán Meca un mensaje dirigido a Armentia en el cual se precisa que la flota está dispuesta a hacerse a la mar y a conminar al Gobierno para que gestione

inmediatamente la paz.

A la vista de este mensaje, decide Armentia trasladarse a la base y le acompañan el capitán Meca y, en calidad de escolta en un segundo coche, Bermejo, Ramos y algunos más, todos ellos armados. Según unos, el coronel se traslada para hacerse cargo del mando, según otros para perfeccionar los acuerdos, y lo hace en cualquier caso con garantía personal de Buiza de que no será arrestado, pues desconfía de Vicente Ramírez y de los demás de la base cuya actitud ha cambiado.

Al llegar al edificio hacen pasar al coronel,que se reúne con Ramírez, Galán y con Morell, que ha regresado del parque,y también con Semitiel, que se muestra interesado en trasladar ala base,por si hubiese que distribuirlos, cuatrocientos pasaportes que tiene en su domicilio. Hay testigos que afirman que asistieron a esa reunión el coronel García Martín, jefe del regimiento de Armas Navales, y Fernando Oliva. Es una reunión entre republicanos más o menos disidentes; se excluye de ella a los paisanos «falangistas», quienes después contarán que trataron de detenerles, si bien sin mayores tropiezos consiguieron regresar al parque.

Ramírez, que ha endurecido su posición, presiona sobre Armentia. Al advertir que la situación se deterioraba, Galán, que se muestra conciliador, se pone en contacto por teletipo con Negrín y le ruega que nombre jefe de la base a alguien que pueda ser aceptado por las distintas facciones republicanas. Primero por teléfono y más adelante por teletipo responde Negrín —o quizá en su nombre Cordón— que ya está hecho el nombramiento: Antonio Ruiz. Este, que ya en los comienzos de la guerra ocupó el cargo de jefe de la base, se había trasladado el día anterior a Elda y, erigiéndose en portavoz de los más moderados entre los oponentes, planteó al jefe del Gobierno la situación de Cartagena, sugiriéndole que se buscaran rápidas soluciones. En vista de que la gestión de Galán no daba resultado, de que las noticias que llegaban de Cartagena no eran tranquilizadoras y de que tampoco se sabía nada de la Brigada 206, decidieron en Elda que era preferible sustituir a Galán por Antonio Ruiz, marino del Cuerpo General, de probado republicanismo, que había sido hombre de confianza de Indalecio Prieto y que ocupó el puesto de subsecretario de Marina.[4]

Entre tanto y en ausencia de Armentia se ha formado en el parque algo que podría llamarse comité revolucionario —o mejor, contrarrevolucionario— que tampoco tomaba medidas eficaces, lo que hubiese resultado difícil considerando la diversidad de posiciones y actitudes que representaban las distintas fichas puestas en juego sobre el tablero de la sublevación. Como consideraban que el coronel se hallaba secuestrado en la base, telefoneaban amenazando con asaltarla. También comunican a Arturo Espa que permanezca alerta y que no acate las órdenes del coronel, pues se halla sometido a presiones y no obra por libre iniciativa. En efecto, Armentia, a quien la actitud pactista de los reunidos, la renuncia de Galán y, posiblemente, también el giro cada vez más franquista que la rebelión del parque va tomando, han debido de influir, había telefoneado a Espa para comunicarle que dejara en suspenso la orden dada por él mismo de abrir fuego contra los buques si a determinada hora no habían abandonado la rada. Y añadió «que la cosa estaba a punto de solucionarse». Espa le replicó que la rebelión del regimiento había ido demasiado lejos y que él no se hallaba dispuesto a rectificaciones de conducta. Como consecuencia de esta respuesta, Vicente Ramírez, que era amigo de Espa, se pone al teléfono y trata de convencerle de que deponga su actitud y, como no lo consigue, poco después llama al comandante Macián y le ordena que destituya a Espa, por la fuerza si es preciso. Pero las baterías permanecen firmes en su actitud de rebeldía.

Durante la noche se han ido sucediendo algunos hechos que conviene encajar en el complicado rompecabezas. Desde una de las baterías han avisado a Espa y este ha comunicado la noticia al parque, sin otorgarla suficiente atención, de que por la carretera de Murcia avanza hacia Cartagena una caravana de camiones con los faros encendidos. El aviso se reitera, pero en el parque no se toman, o quizá no pueden tomarse, medidas, y lo curioso es que al día siguiente el hecho parece haberse borrado de la mente de todos, pues nadie sospecha que tienen enfrente a la 206 Brigada, cuyo desplazamiento hacia Cartagena conocían algunos desde que en la mañana del 4 le fue comunicado al general Bernal.

Por la misma carretera, y sin tomar precauciones, se dirigía hacia la ciudad una docena de blindados enviados desde Archena para apoyar a Galán y operar en combinación con la brigada de

Artemio Precioso. De estos blindados seis se han adelantado rebasando los controles; son sorprendidos por las guardias sublevadas, que se apoderan de los vehículos y apresan a sus tripulaciones.[5]

En las calles de la ciudad se producen algunos tiroteos, paqueos más bien, que no se sabe de quién proceden y a quienes se proponen hostilizar. Elementos sublevados van cercando, sin extremar el ataque, el local del PCE situado en la céntrica plaza de San Francisco, junto al edificio de la Telefónica. En el local del partido están reunidos el Comité Comarcal y algunos militantes. Los policías, a quienes se había encargado hacerse cargo de la Telefónica, pretextan que esa misión corresponde a la fuerza pública uniformada, y solo después de amanecer los sublevados entran en la central.

Cuenta García Pradas que aquella noche mantuvo desde Madrid una conversación telefónica con Miguel P. Cordón, director del diario *Cartagena Nueva,* órgano de la CNT. Aquí, a diferencia de Madrid y otros puntos, los libertarios no intervenían en ninguna de las diversas conspiraciones a que nos hemos referido. El resto de las noticias que da sobre Cartagena no son aprovechables por ser solo aproximadas y porque contienen demasiados errores. Lo que es cierto, y confirman otros testimonios, es que el periodista Cordón, que había mantenido contacto con Madrid, cuando se dio cuenta del significado de la sublevación trató de escapar y ante un control que intentaba forzar fue muerto a tiros.

Sobre cuanto aconteció en aquella noche frenética del 4 al 5 de marzo, en que todo son acuerdos y desacuerdos, idas y venidas, amenazas y discusiones, en aquella noche delirante en que nadie sabe qué terreno pisa ni lo que los demás piensan o se proponen, si es que alguien es consciente de sus propios propósitos, y en que resulta imposible dilucidar de dónde y de quién proviene la amenaza, quién cumplirá su palabra y quién no, y en qué consiste la palabra empeñada, existen diversos testimonios publicados en los que se dan diferentes versiones. Los mejores testimonios los he recogido de manera oral y recurriendo a la lectura de declaraciones, informes y otros documentos que fueron redactados con diferentes fines en épocas próximas a los sucesos. Las variantes se refieren principalmente al orden en que se suceden los acontecimientos, a

los horarios casi nunca posibles de establecer, a si estuvo o no presente tal o cual persona, y a la importancia que cada cual otorga al papel que representó, sin olvidar que, cuando se trata de informe o declaraciones, debe ser tenida en cuenta la finalidad con que fueron redactados. Las discrepancias afectan más a hechos individuales que a los colectivos. No hay que escandalizarse de que así ocurra; todos obraban impulsados por el apasionamiento y bajo el influjo de circunstancias extremas y extraordinarias. Mucho se habló y actuó y es aceptable que, como consecuencia de lo que después iba a producirse (para unos la expatriación, para otros el triunfo, para bastantes el enfrentamiento con inesperadas decepciones y la obligación de dar cuenta de conductas anteriores, para muchos cárceles, juicios o persecuciones), se afectara el ánimo y la memoria de los protagonistas, comparsas y testigos, y que la unanimidad no se produzca. Un crecido número de cartageneros permanecieron insomnes ¡y de qué modo! aquella noche y la siguiente, y la siguiente… Preferiría que no se entendieran torcidamente estas observaciones porque sobre los sucesos principales existen escasas dudas.

XV

A pesar de que la dinámica de los sucesos de Cartagena y de sus elementos casi novelescos nos arrastre, no podemos desentendemos de lo que de manera simultánea ocurría en Madrid y en la localidad alicantina de Elda, convertida por el azar de una elección personal en diminuta y casi inoperante capitalidad de la agonizante república. Aunque los hechos se produjeran con independencia, no dejaban de relacionarse e influirse de alguna forma, pero si nos valemos solo de los testimonios escritos resultará difícil establecer esa intercomunicación. Lo que estaba acontecimiento en Cartagena o en la flota repercutía, sin embargo, en Elda y Madrid y lo de Madrid sobre Elda y Cartagena. Aun a trueque de romper el ritmo narrativo, conviene que nos traslademos a otros escenarios; ¿los principales?, probablemente sí.

Como ha quedado escrito, el día 3 se inician por parte de Segismundo Casado los actos previos al movimiento insurreccional que, para él y para quienes van a apoyarle, no es tal, como suele ocurrir con todos los movimientos insurreccionales, pues quienes los promueven suponen que los gobiernos que se aprestan a derribar no representan al país y carecen de sustancia legal y apoyo popular. Y aquí no entramos en análisis de la razón que en este caso pudiera o no asistirles.

Las entrevistas de Casado y las diversas gestiones que se llevaban a cabo, por poco eficiente que fuese el servicio de información gubernamental, no podían pasar inadvertidas en Elda. El jefe del Gobierno, que tiene a su alrededor un aparato reducido que ni remotamente se asemeja a los órganos de una rudimentaria administración, trata aún de evitar el choque sin poner en ello una voluntad decidida ni tomar medidas enérgicas que todavía estaba a

tiempo de adoptar siempre que aceptara aumentar el poder comunista. Lo que sin demasiado entusiasmo pretende Negrín es neutralizar a Casado y frustrar el golpe o descabezarlo. El día 4, según Casado —y nosotros sospechamos que fue el 5—, transcurre en una pugna entre Casado y Negrín, tratando este por distintos medios, sin excluir los más burdos, que el jefe del Ejército del Centro se traslade a Elda, desplegando Casado todo género de artimañas para quedarse en Madrid sin colocarse en rebeldía abierta, pues el momento del golpe es él quien quiere elegirlo. En sus memorias magnifica Casado este estira y afloja y pretende que Miaja, Matallana y él, pues también los otros dos habían sido convocados a Elda, iban a ser secuestrados o eliminados físicamente.[1] Sostienen los negrinistas que, cuando Casado sugiere a Negrín, telefónicamente, que el consejo de Ministros se celebre en Madrid, lo que pretendía era atraerlo a una celada. Sin descartar que pudieran existir en el trasfondo propósitos semejantes, más digno de crédito parece que lo que pretendía Negrín era reunir junto a él a los tres jefes para tenerlos neutralizados; no tanto para atacarles físicamente sino para evitar que ellos le atacaran a él. ¿Que entonces hubiese puesto en marcha la segunda parte del plan de nombramientos? Entra en lo posible, pero ninguna prueba se aporta al respecto salvo el testimonio de alguno de sus partidarios expresado con mucha posteridad a los hechos. ¿Que Casado y Miaja estaban convencidos de que corrían peligro si acudían a la convocatoria? Desde luego; y de ahí que ninguno de los dos se trasladara a Elda.

Como Casado se escudaba detrás de su enfermedad y de la inconveniencia de abandonar Madrid, Negrín llegó a enviarle su avión personal, pero Casado, que se afirmaba en una actitud de desobediencia solapada, no mostró empacho en hacer que regresara a Levante de vacío.

Poco después del mediodía Casado se reunió con los ministros en el Gobierno Civil de Madrid, en donde se hallaban a la espera de la llegada del avión presidencial, que efectuaba un segundo viaje, pues el Consejo iba a celebrarse en la «posición Yuste». Las presiones para con seguir que Casado se trasladara a Elda con los ministros aumentaban; Negrín volvió a mandárselo por teléfono, y el ministro de Obras Publicas, Velao, y Bernardo Giner de los Ríos,

que lo era de Comunicaciones y Transportes, insistieron en que acatara la orden del presidente del Consejo.

Sobre el verdadero estado de ánimo de los ministros son escasas las noticias que nos han llegado. Cuenta Casado que ese día (que yo supongo el 5) igual que dos días antes lo hiciera en un hotel, cambió impresiones por separado con varios de ellos; no lo hizo con el comunista Uribe, que no se hallaba en Madrid, ni con Álvarez del Vayo ni con Méndez Aspe que, como Giral, debía hallarse en París; tampoco con Moix, por tratarse de un miembro del PSUC catalán, y comunista por tanto. Afirma Casado que aquellos con quienes conversó de manera confidencial reconocieron que Negrín les prohibía hablar a solas con él, que estaba loco y que les arrastraba al desastre…[2] Más bien debían hallarse inquietos, pues tenían noticias de lo que Casado, con quien les unía algún grado de amistad y con casi todos ellos lazos masónicos, preparaba. Pero confiaban en que, como venía sucediendo hasta aquel momento, se aplazaría el golpe o que no llegaría a producirse. Trataban de evitar un rompimiento brusco y salirse de la mejor manera de la apretada situación en que se hallaban: constreñidos entre la amenaza del enemigo, el clamor popular, la imposibilidad de lograr mínimas condiciones de paz y la presión comunista que venían soportando desde que el Gobierno se formó.

Les advirtió Casado que no iría con ellos a Elda porque la gravedad de la situación le impedía abandonar la capital y aun afirma García Pradas que llegó a insinuarles que tampoco ellos se trasladaran a Elda.

Explica Casado a continuación que en el momento en que abandonaba el Gobierno Civil recibió comunicación telefónica de su jefe de Estado Mayor informándole de que acababa de recibir noticias gravísimas de Cartagena. Y añade que, ya en su puesto de mando, le informó «de que la Flota se había sublevado contra el Gobierno Negrín y, parece ser que había abandonado Cartagena haciéndose a la mar» —y luego: «… las noticias eran confusas, pero informaban que la población civil, de acuerdo con la Falange, había consumado un golpe de mano y tenía la plaza en su poder». Estos extremos es imposible que le fueran comunicados el día 4 por la tarde; sabemos, sin lugar a dudas, que los sucesos de Cartagena comenzaron a las 11 de la noche y que la flota no zarpó hasta el

mediodía del día 5. Casado, como hacen otros, incurre en errores que inciden sobre la explicación de los hechos y obligan a replantearse a cada paso no solo la mecánica de esos hechos sino cualquier consecuencia que pretenda deducirse de la concatenación entre ellos. Más adelante añade: «Inmediatamente entré en relación telefónica con el Grupo de Ejércitos, pero allí también las noticias eran contradictorias y confusas. Traté de hablar con el jefe de la Base Naval y no lo pude conseguir».

La posibilidad de que la reunión de Casado con los ministros se celebrara el 5 en vez del 4 debe ser admitida aunque solo sea porque la fecha del 4 debe ser desechada. Los ministros que se trasladaron a Elda en avión —o a Monóvar—, tan pronto llegaran a la «posición Yuste» debieron iniciar el Consejo. Si los ministros del Gobierno y el propio coronel Casado no se enteraron de la sublevación de Cartagena hasta la tarde del día 5, mal andaban de información; desde la madrugada una emisora tan popular como la de «La Flota Republicana» estaba lanzando proclamas franquistas y llamadas a las estaciones nacionales.[3]

Entre lo que relata Casado referido al día 4, parece ser cierto que «en vista de la situación» —los ascensos y nombramientos publicados— decidió el momento en que la sublevación iba a iniciarse para lo cual previno a los demás que estuvieran dispuestos para las 8 de la noche del *siguiente día* «con arreglo a las instrucciones que se habían dado con anterioridad». Es de suponer que en esta fecha no le patine la memoria.

Sobre lo que durante ese día 4 acontecía en Elda disponemos de escasas noticias válidas y, las más, indirectas. A través de lo que Galán ha escrito conocemos la entrevista que sostuvo Negrín con él y sabemos que en ese momento estaban con el jefe del Gobierno Cordón y Jesús Hernández (aunque este parezca que lo olvidó después) y el todopoderoso Palmiro Togliatti —Ercoli para muchos, Alfredo para los más— hombre poco dado a la exhibición. Por Galán nos enteramos de que Negrín y sus acompañantes estaban preocupados porque temían se produjeran sublevaciones en Madrid, Cartagena y otros puntos. Aunque las informaciones en que se basaban no podían ser optimistas, tampoco parece que les permitían prever la inminencia del estallido en Cartagena ni el carácter de la sublevación que se le superpuso (ante una rebelión de signo

«falangista» no cabía el «negociar, negociar y negociar»), y tampoco la pérdida de la flota que, a la hora del balance, fue la más grave de las consecuencias.

Transcurrió el día 4 en Valencia, sin que dispongamos de muchas noticias concretas de lo que ocurriera. Allí estaba por la mañana Jesús Hernández, que se entrevistó con miembros del PCE; y sabemos que de los acantonamientos salieron a primera hora los batallones de la 206 Brigada Mixta. En los cuarteles generales de la Agrupación y del Ejército de Levante hemos supuesto, a la vista de los hechos, que se produjo vacilación o desánimo y estamos informados de que al general Miaja conocer su nuevo destino le llenó de irritación. Solo Menéndez iba a permanecer en su puesto. Eco de ese algo que ocurre en Valencia es el radiotelegrama que le llega a Buiza en Cartagena. Casado no les tenía informados de sus propósitos con la puntualidad y precisión que parecerían normales; tampoco de la fecha en que iba a sublevarse. ¿Por qué? Nadie lo ha puesto en claro ni se lo ha planteado siquiera; ni habría que excluir como motivo el que hubiese decidido asumir el papel de protagonista único y que desconfiara de Miaja, para lo cual no le faltarían razones. ¿Pensó por su parte Miaja en sublevarse y hacer que Casado y los demás se vieran forzados a seguirle? He apuntado antes la posibilidad de que en Levante se hubiese establecido algún tipo de relación secreta con el ejército nacional sin que pueda precisar a qué escalón.

La lectura de los últimos números de *Mundo Obrero* nos ilustra sobre cierto grado de nerviosismo y del deseo de enmascararlo con una fingida firmeza que decrece. «El pueblo y el ejército se sienten hoy más firmes y serenos que nunca. Resistiremos a la pretensión de imponernos una paz de oprobio y exterminio. Queremos la paz, pero ha de ser una paz española, honrosa. Hasta que lo consigamos, lucharemos. Somos fuertes, tenemos la razón, la ley y centenares de miles de españoles dispuestos a mantener en alto la dignidad y el orgullo de un pueblo jamás sometido a una invasión extranjera». Estas frases se publicaron en el número correspondiente al día 3 y con las conclusiones finales después de enunciar la dimisión de Azaña y la sustitución por Martínez Barrio. Al día siguiente, *Mundo Obrero* ha quedado reducido a una sola hoja; continúan las protestas de firmeza, de unión entre todos los antifascistas, de fidelidad al

Gobierno y de voluntad de resistencia; pero se alude a dificultades, a traición, a rendición. Uno de los titulares de ese día: «Para organizar una resistencia inquebrantable, unidad de todo el pueblo junto al Gobierno». Y copiamos del editorial: «… ayuda al gobierno, unidad sin recelos, y vigilancia inflexible contra las maquinaciones de los agentes del enemigo. Así resistiremos y apresuraremos la paz española que todos anhelamos».

El último número de *Mundo Obrero* (por lo menos el último que se conserva en la Hemeroteca Municipal de Madrid) apareció el 5 de marzo. En grandes titulares se resaltaba: «El doctor Negrín hablará mañana a todos los españoles», «¡Todo el pueblo atento a la voz de nuestro Gobierno!». Al igual que venía haciéndose en estos días, se aludía a los tres puntos de Figueras y se amenaza a los que califica de bulistas. «Todo el pueblo contra los bulistas», «A la cárcel los que quieren quebrantar nuestra resistencia».

Aquel discurso de Negrín, que se anunciaba para el día 6 y que no llegó a pronunciarse, es un enigma al cual unos atribuyen suma importancia mientras que otros no se preocupan de aludirlo siquiera. Los diarios lo venían anunciando. Los que afirman que Casado adelantó el golpe con la intención de que no se pronunciara no aclaran suficientemente el porqué. Nada excluye la posibilidad de que se tratara de un discurso formulario con alusiones a la paz y a los tres puntos de Figueras. ¿O esa alusión de *Mundo Obrero* a los tres puntos podría interpretarse como recordatorio dirigido al jefe del Gobierno para que se abstuviera de pasar esa raya en el camino de las ofertas de paz? Porque hay quienes afirman, ignoro con qué fundamento, que lo que Negrín iba a ofrecer en su discurso era la rendición a cambio de facilidades para la evacuación de quienes desearan expatriarse. De ser esto cierto, estaría en contraposición con la política que seguía, con otras manifestaciones y propósitos, pero en la confusión y frenesí de aquellos días resulta arriesgado rechazar de plano la posibilidad de que acaeciera lo más insólito.

En fecha reciente se ha dado a conocer un testimonio de Sócrates Gómez, hijo de José Gómez Osorio, socialista, entonces gobernador civil de Madrid, quien, basado en el recuerdo de lo que le contara su padre, afirma —lamentándose de no poder aportar

ninguna prueba— que durante la posterior revuelta de Madrid fueron sustraídas del despacho de su padre, en el Gobierno Civil, dos hojas manuscritas de tamaño holandés en las cuales Negrín había escrito el texto de ese discurso, que —siempre según el testimonio de Sócrates Gómez— se proponía leer desde los micrófonos que había pedido le instalaran para el día 6 en el Gobierno Civil. Ese texto lo conocía el gobernador y se lo reveló a su hijo al comprobar el secuestro de los papeles, hecho que atribuía a los comunistas que durante los sucesos posteriores asaltaron el edificio. En esas hojas manuscritas, le dijo, el presidente del Gobierno proclamaba que la guerra estaba perdida, que debía darse por concluida, y, en términos que no dejan lugar a dudas, no quedaba otra alternativa que el «¡sálvese quien pueda!». Nadie conocía el contenido de aquel texto o guión, ni siquiera los ministros, a quienes Negrín, según le había confesado a Gómez Osorio, solo pensaba darles cuenta una hora antes de leerlo ante el micrófono. En la actualidad Sócrates Gómez, que estuvo a favor del Consejo de Defensa, quiere demostrar con ese testimonio que si el Consejo fracasó en su tentativa de paz-rendición, conseguida por caminos incruentos y hasta honorables, tanto o más catastrófico hubiese resultado el final que Negrín habría dado a la guerra veinticuatro horas más tarde.

Analizando este testimonio tardío, no dejan de observarse anomalías. ¿Qué necesidad —por ejemplo— tenía Negrín de escribir su discurso, y más siendo corto y terminante, si podía improvisarlo? ¿Y si lo que deseaba era leerlo, acaso no podía redactarlo con media hora de anticipación? ¿Por qué, si lo había escrito, tenía que dejarlo en manos de Gómez Osorio, de quien sabía estaba disconforme con la política de resistencia, y entregárselo, además, sin meterlo en un sobre y cerrarlo o lacrarlo? ¿O es que lo que se proponía era precisamente que se enterara de su contenido? Como no existen motivos para dudar de la palabra ni de la memoria de Sócrates Gómez ni de lo que en aquellos días le contara su padre, como hay que aceptar que manifestara que pensaba pronunciar «aquel» discurso y mantenerlo en secreto incluso ante los miembros de su gabinete, se llega a la conclusión de que entregarlo con tanta anticipación a alguien que quedaba en Madrid era un hecho absolutamente incongruente. Lo único que autoriza a suponer es

que tratara de disponer de una coartada, que no podemos imaginar ahora con qué fines preparó y a quién iría destinada o a qué frustrado doble juego que la precipitación y magnitud de los acontecimientos daría al traste.[4] Pudo también ser finta encaminada a desconcertar a los conjurados o a desanimar a algunos de sumarse a la eventual sublevación porque ¿a qué sublevarse si el resultado iba a ser el mismo?

XVI

En una finca de Los Dolores vive un comandante del servicio de Estado Mayor, Vicente Lombardero, a quien la guerra había sorprendido durante su permiso estival; se resistió a prestar servicio en el ejército popular, por lo cual al principio fue algo perseguido; pero en estos días vive en su finca un tanto olvidado. En diversas ocasiones ha sido requerido para unirse a conspiraciones y «socorros blancos» sin que haya aceptado compromisos, por parecerle actividades peligrosas e inoperantes, y porque tampoco deseaba colaborar con militares que habían aceptado servir al Gobierno, a muchos de los cuales él supone tibios y oportunistas. Vecino suyo es un general de Infantería de Marina retirado, Rafael Barrionuevo. Ayer, día 4, fueron requeridos por enlaces que les mandó el comandante Arturo Espa, pero Lombardero no se decidió, y solo hoy, cuando ha oído por la emisora de Los Dolores palabras que le garantizaban el significado del alzamiento (o el significado que él suponía, influido por la tónica de la emisión), se ha resuelto a actuar. Como las noticias que le llegan le obligan a conjeturar que la sublevación carece de jefe representativo, decide con algunos amigos y el general Barrionuevo trasladarse a Cartagena en el único medio de transporte de que disponen: una lenta tartana.

Las vanguardias de la 206 Brigada se han detenido en El Albujón, donde han acampado provisionalmente, mientras que algunos oficiales en coches han ido adelantando hasta comprobar que los sublevados ocupan la entrada de la ciudad. No se han producido choques.

En la base la situación en la mañana del 5 continúa fluida. Han llegado a unos acuerdos y aguardan a que se presente Antonio Ruiz que, como hemos dicho, se ha quedado a dormir en una finca de las

afueras sin presentarse en su nuevo destino ni avisar de sus intenciones. La situación de Fernando Oliva es de arresto formulario, pues tanto él como los que le apoyaron gozan de moderada libertad de movimientos. En un despacho apartado permanece el consejero soviético, dos telegrafistas de la misma nacionalidad y el intérprete; un plantón de infantería de marina que han colocado ante la puerta no se sabe si les mantiene discretamente arrestados o los escolta para garantizar su seguridad en medio del desorden. Con los rusos está semioculto un miembro del PCE a quien habían designado para informar a Galán, pues pertenece además a los servicios especiales de la flota; pero al producirse los arrestos por parte de los parciales de Oliva se ha visto forzado a buscar refugio en la cámara de los soviéticos, como lo hubiera hecho en cualquier otro lugar, a pesar de que el consejero no ve con buenos ojos su comprometedora presencia.

La llegada al parque de Artillería del general Barrionuevo y del comandante Lombardero marcan un cambio en la situación, que la ausencia del coronel Armentia ha hecho que se mantenga más incierta y expectativa que actuante. Por iniciativa de Lombardero se proclama a Barrionuevo jefe de la base en representación de Franco. Poco después se iza en el mástil la bandera nacional, se toman medidas de seguridad con respecto a los detenidos y algunas otras encaminadas a prever una eventual defensa del edificio.

Calixto Molina, que ha desencadenado la sublevación de carácter franquista, se desentiende de lo que ocurre en el parque y en la ciudad y se marcha a Cabo de Agua, al puesto de mando de Espa. De la organización sanitaria del edificio, donde se han producido los primeros heridos, se encarga Antonio Bermejo. La ambigua heterogeneidad de quienes se agrupan entre los muros del parque facilita que sea admitida la jefatura de Barrionuevo y que se reconozca a Lombardero como jefe de Estado Mayor de la rebelión (o de la base).

Algunas tropas del regimiento naval han salido de madrugada aparentemente sublevadas, pero en el cuartel la situación es casi normal; los soldados suponen que están sublevados o que se ha terminado la guerra. Incertidumbre y rumores son las notas dominantes y a la hora en que las compañías han sido requeridas para formar en el patio muchos han aprovechado para «camuflarse»

por distintas dependencias. De las dos compañías, una se ha dirigido al arsenal, la otra a la estación del ferrocarril.

Poco antes de amanecer y tras recorrer una considerable distancia, el mayor Artemio Precioso llega al aeródromo de Los Alcázares; le comunican que el jefe se ha trasladado a Madrid, pero atendiendo a la gravedad de las circunstancias que expone le proporcionan un coche con chófer para que se reintegre a su puesto. Así puede reunirse con las vanguardias de su brigada que se encuentran acampadas y en espera de órdenes. El principal problema que se le plantea consiste en que la información recogida por las propias experiencias y por las exploraciones de los jefes de batallón resultan insuficientes para adoptar resoluciones extremas. Ignora el alcance de la sublevación que ha estallado en la plaza y la importancia de las fuerzas que la apoyan. Por evadidos de la ciudad miembros del partido y del interrogatorio de algún prisionero no les resulta posible formarse idea de lo que verdaderamente sucede y menos aún de la actitud de los buques de la flota. Si la guarnición de Cartagena se ha sublevado en bloque, penetrar en la ciudad no resultará fácil, y el solo hecho de intentarlo exigirá precauciones y tanteos previos. Las emisiones de La Flota Republicana contribuyeron a desconcertarles. Tampoco es admisible que, de la noche a la mañana, la guarnición entera, la escuadra y los habitantes de la población hayan cambiado de bando.

El comandante de la 206 Brigada se pone de acuerdo con el jefe de los blindados de Archena, cuya primera experiencia ha sido catastrófica, para ir tanteando al enemigo y presionándolo. Divide las fuerzas en tres líneas de ataque para ir combatiendo a las baterías de costa: primero las del frente derecho, más próximas y accesibles, y a continuación, por envolvimiento, las del izquierdo. La columna central, que se suponía que iba a avanzar con mayor lentitud para eludir el peligro de cerco, se destinaba a forzar la entrada a la ciudad por Los Dolores y recuperar la emisora.

En Elda se tomaron algunas providencias, una de las cuales fue mandar que de Murcia acudieran pequeños contingentes de guardias de asalto, y, probablemente por iniciativa de Cordón y de los comunistas, envió el Gobierno al «frente» de Cartagena a un jefe

de probada energía y capacidad, el teniente coronel Joaquín Rodríguez, que en Cataluña había mandado la 11 División y que pertenecía al PCE. Esta circunstancia ha dado lugar a muchos equívocos —ya nos hemos referido a ello— entre quienes han escrito sobre las fuerzas que atacaron a los sublevados de Cartagena.

Un grupo de composición heterogénea dependiente de los sublevados del parque se decide a atacar el local del PCE pero lo hace sin suficiente resolución ni energía. Y si una patrulla se ha apoderado de la Telefónica, la central de Telégrafos no la ocupan. En las calles se producen algunos tiroteos, pero continúan dominadas por los insurgentes de las dos consignas, que actúan como aliados sin que entre ellos se produzcan incidentes; a lo sumo pueden darse actitudes de recelo. En el cuartel de Antigones, donde se halla el 7 Batallón de Retaguardia, y en sus alrededores se mantiene una zona pasivamente «gubernamental». El comandante Lombardero, que actúa en nombre del general Barrionuevo, telefonea a los distintos edificios oficiales para comunicar que este se ha hecho cargo del mando de la plaza en nombre del general Franco. En el arsenal, Lorenzo Pallarás acata su autoridad y, como era de suponer, en Cabo de Agua hace lo mismo Arturo Espa. En la Capitanía de la base la noticia, que se suma a la reiteración de las amenazas contra los buques de la flota, contribuye a avivar el desconcierto y a que entre Oliva y sus partidarios renazcan las esperanzas de salir de la situación en que se encuentran.

Regresa al parque el coronel Armentia y se enfrenta con la bandera roja y amarilla izada del asta principal y, antes de llegar a su despacho, encuentra a Vicente Lombardero que le interroga sobre su posición exacta. Ya hemos dejado constancia de que Armentia es un militar de convicciones republicanas, y responde desabrido que la consigna «Por España y por la Paz» resulta por sí misma bastante explícita. A Lombardero la respuesta le parece ambigua, y le confina en un despacho contiguo a la coronela, donde Armentia queda retenido, mejor diríamos arrestado, junto con algunas otras personas de calidad. Pero el coronel Armentia era portador de una importante noticia a la cual en el momento, quizá por no creerla cierta, no se prestó suficiente atención: que la flota había decidido abandonar el puerto.

Ante una de las puertas traseras del cuartel de Armas Navales se presenta un sargento de aviación al mando de una compañía incompleta; el sargento es portador de una bandera plegada. Procede de Los Alcázares y puede conjeturarse que su presencia deriva de la alarma transmitida por Artemio Precioso. Tras una breve discusión con el capitán de guardia, el sargento de aviación le pega tan fuerte culatazo de pistola que el capitán cae muerto. La puerta les es franqueada. Al llegar al patio despliega la bandera y la hace ondear mientras que en la otra mano empuña la pistola. Alternando vivas con amenazas, manda que formen la banda de música y los infantes de marina que quedan en el cuartel. Como consecuencia de la decidida actitud del sargento y de los soldados de Aviación, que llevan las armas dispuestas, se reúnen la banda de música y corto número de infantes, y todos juntos salen formados por la puerta principal con la bandera republicana desplegada y a tambor batiente.

Durante el día anterior, sábado 4, y en demostración de que la flota no iba a zarpar, se permitió desembarcar a los marinos francos de servicio; a su regreso algunos fueron detenidos por patrullas de artilleros y conducidos al parque, mientras que los que consiguieron eludir la vigilancia llevaron a los buques la noticia de lo que en tierra estaba sucediendo. A partir de aquel momento nadie dormía a bordo y los oficiales se mantenían atentos a cuanto ocurría. El mando iba recibiendo conminaciones y amenazas para forzarle a que zarparan los buques, pero el *Miguel de Cervantes* seguía en contacto telefónico con la base. Cuenta Benavides que quien primero llevó a la flota la noticia de que la sublevación derivaba hacia el franquismo fue Federico Vidal, comandante del destructor *Lepanto* hasta pocos días antes, en que se hizo sospechoso de querer escapar con su navío. Horas más tarde, un radio transmitido desde el *Ulloa* al crucero insignia decía: «Comisario del *Ulloa* al mando flota. Por un miembro de esta dotación se ha visto al que era comandante del *Lepanto* dar instrucciones en compañía de un grupo de falangistas y decir que había tomado la emisora de la Flota».

Sobre el mando de la escuadra ejercen presión los oficiales quintacolumnistas, que difunden la alarma entre las tripulaciones. Las noticias que se filtran desde la ciudad, las noticias que se escuchan por radio, las amenazas de las baterías, unidas al

desasosiego que va en aumento, favorecen los propósitos de aquellos oficiales. El deseo de hacerse a la mar, con mayor o menor grado de vehemencia, es casi unánime entre el personal, desde los comandantes de buque hasta los marineros, sin excluir a los comisarios; la diferencia consiste en que, mientras hay quienes desean dirigirse a puerto neutral con el propósito de internarse, otros prefieren mantenerse fuera del alcance de las baterías de costa y esperar allí el desarrollo de los acontecimientos o poner proa a otro puerto republicano. Bastantes familias de los marinos, de los que prestan servicio en los buques y también en la base, subalternos de tierra, mujeres, paisanos, van acudiendo al puerto, muchos de ellos portando maletas. Ha llegado el momento de utilizar aquellos pasaportes que fueron distribuyéndose entre el sigilo y el escándalo.

Uno de los marinos que pudo influir en el ánimo de Buiza sería el jefe de su Estado Mayor, José Núñez Rodríguez, que tenía tres hermanos sirviendo en la marina nacional. La intención de esos marinos que venimos calificando de quintacolumnistas, aparte de motivaciones individuales que no faltan, es la de privar a la república de sus buques y evitar un enfrentamiento final entre ambas escuadras. Expresamente o no, obran de acuerdo con quienes en tierra trabajan en el mismo sentido; las intenciones son paralelas o convergentes. La flota republicana, a pesar de que su capacidad combativa ha mermado por efecto de la desmoralización de sus tripulaciones, permanece casi íntegra. Los elementos negrinistas o comunistas están en minoría y el hecho de hallarse a bordo comunica a todos la seguridad de que no serán atrapados por el enemigo en el último momento. De ahí que son los menos quienes se han ocupado de obtener pasaporte; si acaso lo han gestionado para miembros de su familia; y no todos.

Desde las 2 de la madrugada se están reactivando las calderas. Hacia las
8,30
de la mañana se celebra reunión de mandos, y es probablemente entonces cuando se les ordena estar dispuestos para zarpar en el caso de que así lo disponga el mando de la flota, al cual todos, sin excepción, acatan.

Buiza se esfuerza para conseguir que la serenidad se mantenga; a las

10,15
horas radia a todos los buques: «Listos a las órdenes del mando. Aquí la normalidad es completa. Aquí no ocurre nada. La flota está a las órdenes del Gobierno». Lo de hallarse a las órdenes del Gobierno debe interpretarse como eufemismo, motivado por el carácter que la sublevación ha tomado. El comisario del *Almirante Ulloa,* cuyo comandante había sido capturado por los artilleros rebeldes, se mantenía vigilante y a las
10,50
horas radia: «Avisen al EM a ver si han oído a la Emisora de la Flota trabajando con la emisora de Cádiz y una alocución dirigida a los marinos de la flota»; a cuyo mensaje contestan escuetamente: «Enterado de todo. Muy bien». En seguida insisten desde el *Ulloa,* «Ha habido un pequeño tiroteo por la parte de la muralla»; y nuevamente responden desde el *Cervantes.* «Mucha tranquilidad que no es nada de particular, nada más que Infantería de Marina que se ha sublevado». Y a las
11,20
horas se llama desde el *Libertad* al *Cervantes,* «Una emisora local ha radiado. Se concede un plazo de quince minutos para que icen bandera blanca, abriendo en caso contrario fuego contra ella …».

Pocos minutos después de emitirse este último radio cinco trimotores Savoia penetran por mar y comienzan a bombardear el puerto. Puede suponerse con fundamento que las tripulaciones de los aviones eran italianas, «legionarias» se les llamaba, pues Salas Larrazábal no reivindica este importante servicio para los aviadores españoles.[1]

A este bombardeo unos testigos le atribuyen mayor importancia que otros, pues la intensidad de cualquier acción no deja de resolverse en apreciaciones subjetivas. La influencia del bombardeo tuvo que contribuir a inclinar el platillo de la balanza. El destructor *Sánchez Barcáiztegui* fue seriamente alcanzado; también lo fueron el *Gravina* y el *Lazaga,* y sobre si lo fue el *Alcalá Galiano* no existe acuerdo entre distintos autores. El *Sánchez Barcáiztegui* emitió por radio: «Este barco está ardiendo»; y el *Gravina:* «Necesito médico urgente. Sin novedad en material», y poco después: «Dos heridos,

uno leve y otro grave que van para el *Cervantes* por no tener médico a bordo». Cayeron algunas bombas en el arsenal. La aviación legionaria hizo dos pasadas y fue contraatacada por los antiaéreos de los mismos buques; de la DCA existen dudas sobre si dispararon una o dos baterías. Una sería la de Los Dolores, por haber llegado hasta ella fuerzas de la 206 Brigada Mixta; de haber otra que lo hiciera, pudo ser la del cabo Negrete.

La acción aérea dispersó la pequeña columna del sargento de Aviación, que desembocaba en los muelles a los sones del Himno de Riego. Unos soldados regresaron a su cuartel, otros se unieron a los sublevados y bastantes se esfumaron. Terminado el ataque, todavía consiguió reunir algunos músicos; pero si algo práctico se proponía, no lo consiguió.

Los momentos que siguen son de mucho nerviosismo en los buques y en tierra. La tripulación del *Sánchez Barcáiztegui* desembarca en el arsenal, y el comisario tiene que ser trasladado en camilla. Los del arsenal, unos sublevados y otros no, vacilan, pero dejan paso libre al comandante Álvaro Calderón, que tomará el mando del *Ulloa;* tratan de impedir el paso a subalternos y marineros y al fin acceden a que quien lo desee embarque en los restantes buques. Los que prefieren seguir en Cartagena se quedan en el Arsenal. El crucero *Libertad,* radia: «Según la Emisora local dice lo siguiente. Se concede un plazo improrrogable de quince minutos para que los buques salgan del puerto. De lo contrario serán intensamente bombardeados por las baterías de costa. Ante conminación baterías de costa mando *Libertad* pide instrucciones».

Una pequeña reacción se manifiesta como consecuencia del bombardeo, pero es breve y no influye en los acontecimientos. Se cursan órdenes de formar una columna de marinería con objeto de desembarcar en la ciudad, no se sabe bien con qué objetivo. Pensar en atacar a las baterías de costa, dadas las distancias a que se hallan del puerto todas ellas, parece excesivo. Bruno Alonso en su libro concede demasiada importancia a este propósito no realizado. ¿Acaso tenían ánimo los marineros para combatir lejos de los buques prestos a soltar amarras? La columna que se hubiese formado era de efectivos escasamente superiores a una compañía y, por tanto, incapaces de decidir la lucha en una ciudad en que una brigada entera prosperaba con tanta parsimonia. Desde el *Cervantes*

se cursa este radio: «Jefe flota a mandos buques. Preparen diez hombres armados por destructor y cuarenta por crucero listos para salir a tierra». Pero, casi inmediatamente, otra orden: «Babor y estribor de guardia».

A las 11,35 horas radia el mando: «Que no salga ninguna patrulla de ningún buque a tierra».

De la base habían enviado emisarios en busca de Antonio Ruiz, a quien todos suponían portador de alguna solución. Fue su ayudante quien dio con su paradero y para llegar ambos a la base se vieron obligados a utilizar la consigna «Por España y por la Paz», con lo cual el nuevo jefe iba comprobando la extensión de la rebeldía; si consiguió pasar fue porque el ayudante conocía el santo y seña. Al llegar a la base le mostraron el teletipo de Negrín y él afirmó que no había recibido órdenes, ni siquiera instrucciones concretas. Fue informado de la situación en la ciudad y en las baterías y no fue capaz de aportar soluciones o de tomar medidas que la remediaran o aliviaran. Las condiciones internas de nuevo se deterioraban sin que a nadie le quedaran ánimos para luchar contra nadie. Estaban todavía en el edificio los Galán, Ramírez y sus aliados de última hora, mientras que Fernando Oliva, utilizando el teléfono, se ponía a las órdenes del general Barrionuevo.

Vicente Ramírez abandona el edificio de la Capitanía de la base para dirigirse al *Cervantes,* las noticias que allí le transmite al almirante Buiza son que se hallan rodeados y que Antonio Ruiz no ha aportado ninguna solución. Terminado el bombardeo, marineros y paisanos han corrido hacia los buques. Circulan los más alarmantes bulos, incluida la noticia verdadera de que tropas republicanas están a las puertas de Cartagena; pero la verdad se distorsiona al añadir que llegan perseguidas por unidades nacionales que han roto los frentes y avanzan motorizadas.

El ataque aéreo se interpreta en el parque de Artillería como respuesta del mando nacional a los requerimientos de la Emisora de la Flota Republicana. Barrionuevo previene a Espa de que si a las 12,30 no han zarpado los buques, las baterías de Fajardo y del castillo de San Julián abran fuego sin necesidad de nueva orden. Y el mismo

general comunica a continuación a la base el más conminatorio ultimátum, que esta vez resultará decisivo. La resistencia se ha quebrado cuando, precisamente, « 206 Brigada está iniciando su aproximación a la ciudad y sus patrullas se corren hacia las baterías. Parece que unos y otros hayan olvidado la proximidad de estas tropas, las únicas cohesionadas y combativas.

En el planteamiento de esta situación suelen omitir los comentaristas que la flota, casi por unanimidad, estaba dispuesta desde antes a hacerse a la mar, incluso a internarse en puerto neutral; y que si ahora retrasan su salida, resistiéndose a zarpar y desafiando las conminatorias amenazas de que son objeto, es a causa de la situación en que prevén quedaría la plaza, entregada a una sublevación fascista, y también a cierto grado de compañerismo hacia quienes se mantenían en la ortodoxia republicana, fuese o no de carácter gubernamental. Pero en los buques la situación, según ellos la veían, comenzaba a hacerse difícil. La ciudad, en poder de los enemigos más implacables, pedía auxilio a los nacionales, los lazos con el gobierno estaban rotos desde dos días atrás, las baterías amenazaban desde posiciones aptas para cumplir la amenaza que se prolongaría hasta que los buques se internaran muchas millas mar adentro, la aviación enemiga había hecho su primer raid que podía ser inicio de una serie ininterrumpida y acababa de poner fuera de combate a uno de los destructores, mientras que la reacción de las piezas antiaéreas había resultado casi nula.

Telefoneó Buiza a la base su decisión de zarpar, recomendando que se apresurasen quienes desearan acogerse a los buques.

Un oficial de EM de la flota, que no se identificó, establecía comunicación telefónica con Arturo Espa insistiendo una vez más en que no debían amenazar a los buques y en particular en momentos en que estaban a punto de tomarse decisiones trascendentales. En vista de que el comandante Espa mantenía el ultimátum para las
12,30
, ese oficial le exigió palabra de honor de que las baterías tampoco dispararían una vez que los buques abandonaran la ensenada. Espa le dio seguridades a condición de que llevaran las piezas de a bordo enfundadas y los sirvientes se mantuvieran alejados de ellas.

El efímero jefe de la base, Antonio Ruiz, telefoneó al parque y

habló con Barrionuevo para pedirle que no se disparara contra los buques, al tiempo que le anunciaba que la flota zarparía en breves momentos. La respuesta de Barrionuevo fue que se atenía a la palabra empeñada. A continuación, Antonio Ruiz con Morell, Semitiel y varios oficiales de la base, abandonaron el edificio de la Capitanía y se dirigieron en coches al muelle en que estaba atracado el crucero *Miguel de Cervantes.* A Francisco Galán no le quedó otro recurso que incorporarse al grupo. La base pasó de nuevo a poder de los sublevados, que permitieron que marchara todo aquel que quisiera hacerlo. Solo algunos de los que permanecían arrestados no pudieron embarcar, pues en medio de la confusión nadie se había acordado de ellos.

A las
12,08
horas, desde el crucero insignia *Cervantes* se cursa la siguiente orden al jefe de la Segunda Flotilla de Destructores a bordo del *Lepanto:* «La Segunda Flotilla que se ponga en movimiento». La flota íntegra se dispone a hacerlo.

Desde la batería San Leandro, emplazada en el muelle de Santa Lucia se advierte la iniciación de la maniobra y se lo comunican con alborozo al comandante Arturo Espa. Después de quince horas de tensión se produce un relajamiento: el primero de los objetivos se ha conseguido.

Los buques maniobran con apresuramiento que engendra dificultades. La ensenada se cubre con el humo de las chimeneas. Han olvidado retirar la red de cables que cierra la boca para impedir la entrada de submarinos enemigos. Las órdenes rápidas, escuetas, se van cumpliendo con acelerada disciplina, a pesar de las dificultades que suponen para las unidades atracadas en la dársena del Arsenal.

Han embarcado personas civiles, que se calculan entre cuatrocientas y seiscientas, y miembros de la marina no pertenecientes a las dotaciones. A los muelles han llegado para despedir a los que marchan familiares y amigos; algunos todavía creen que la escuadra puede regresar a puerto, pero son los menos.

Cuando los que abandonan la base se presentan en el muelle, el

Cervantes está a punto de desatracar y Buiza y Bruno Alonso les apremian para que suban a bordo. El tiempo urge y los destructores se mueven hacia afuera. Galán cae en una corta vacilación; hace dieciséis horas que llegó a esta ciudad para imponer su autoridad en nombre del Gobierno o para pactar con el fin de impedir la salida de la escuadra y ahora su destino se halla unido a quienes a él se oponían. Está convencido de que los buques de la flota son el único territorio que se mantiene «republicano». La voz de Miguel Buiza le saca de su ensimismamiento repentino y al requerimiento del almirante asciende por la escalerilla cuando comienzan a soltarse las estachas. Bruno Alonso y Buiza le estrechan la mano y le acogen con cordial camaradería. Allí están reunidos, frente a idéntico destino, Francisco Galán, Norberto Morell, Semitiel, Antonio Ruiz. José Núñez, jefe del EM, recibe a Galán con acritud que desea hacerse patente.

Las aguas del puerto baten por efecto de las hélices y por las maniobras de los cascos grises y zarandean los botes en que los rezagados tratan de ganar los buques. En el muelle se agita la bandera que el sargento de aviación se obstina en tremolar, pero desde a bordo nadie la distingue o responde al símbolo. Un amigo destacado allí por Barrionuevo observa las maniobras y espera a que los últimos navíos doblen el malecón de La Curra para cerciorarse de que al flota abandona Cartagena, y corre al parque a comunicarlo. Sobre los depósitos de combustible de La Algameca se levanta una columna de humo negro y espeso; las conducciones de petróleo han sido alcanzadas por las bombas de aviación.

Queda registrado entre los mensajes que se cruzan entre los buques, un patético interrogante que lanza por radio el *Cervantes:* «Diga si está en ese buque (el *Ulloa*) el hijo de don Bruno». Y desde el destructor la respuesta tranquilizadora: «El hijo de don Bruno está a bordo del *Ulloa*».

La flota se adentra en la mar y de Portman zarpan las lanchas rápidas lúe tienen allá su base. El capitán que manda la batería de Las Cenizas y que, sin demasiados conflictos, se ha mantenido al margen de la sublevación, devuelve la libertad al comandante Faguás, a quien mantenía desarmado y semiarrestado, y desciende con otros a la ensenada de Portman. Como las lanchas ya no estaban han intentado poner en marcha al petrolero *Campilo* y lo

han conseguido tras no poco esfuerzo. Se disponen a evacuar en este buque algunos oficiales, marinos y paisanos y familias que han quedado en tierra; pero al poco de iniciarse la navegación, desde las baterías les hacen un disparo preventivo, que obliga al *Campilo* a regresar a Portman. El capitán de Las Cenizas, unos pocos oficiales y algunas mujeres abandonan la costa utilizando uno de los botes del *Campilo* provisto de motor. A pesar de lo arriesgado del empeño, llegarán a la costa africana.

Del arsenal de Cartagena ha zarpado el submarino*,*
C-4
que se puso en marcha sin esperar a su comandante Eugenio Calderón y, como consecuencia, fue a dar contra el muro del espigón. Pero Calderón, que se hizo allí mismo cargo del mando, consiguió sacar al
C-4
del apuro y ponerlo en ruta; siguiendo a los buques llegará a su destino con veinticuatro horas de retraso. Diversas embarcaciones menores abandonaron el puerto, y mientras que algunas de ellas, al no conseguir alcanzar a los buques, regresan, otras se internan mar adentro.

En el parque de Artillería la noticia de que la escuadra se alejaba de la costa se recibió con enorme júbilo y algazara, que se exteriorizaba en vivas, abrazos y enhorabuenas. Muchos de quienes estaban allí contra su voluntad, o por lo menos en conflicto con sus auténticas convicciones, se adhirieron a aquella exteriorización de un júbilo que parecía más entusiástico de lo que en verdad era. Se procedió al nombramiento de alcalde de la ciudad, se confirmaron como jefes de la base, del arsenal, del regimiento de Armas Navales y del edificio de intendencia de la Armada, a Fernando Oliva, Lorenzo Pallarás, al comandante Portuau y a Julio Fuentes; se izaron algunas banderas nacionales y los más creyeron que la situación estaba decidida y que para afianzarla no tardarían en llegar auxilios de los nacionales. Con independencia y en desconexión con los demás, el batallón de Retaguardia n.° 7 se mantenía en la obediencia gubernamental, actitud que por el momento tenía carácter más simbólico que práctico.

El jefe de la 206 Brigada que, a solicitud de un oficial de máquinas de la flota que se le había presentado, medía las

posibilidades de emprender una acción rápida, destinada a impedir la salida de la flota, presenció primero el ataque de la aviación y poco después cómo los buques se adentraban en la mar. Usando de prudencia los batallones de la 206 iban mejorando sus posiciones y, tras vencer una resistencia escasa, se habían apoderado de la Emisora de la Flota Republicana de Los Dolores, cuyas instalaciones fueron dañadas por parte de los sublevados antes de abandonarlas. Pronto advirtieron los mandos de la brigada que, a pesar de las barricadas y de que en algunos puntos les recibían con tiroteos, los sublevados carecían de verdadera organización militar; las patrullas, formadas en su mayoría por muchachos demasiado jóvenes, se mostraban poco inclinadas a la lucha en cuanto comprobaban que iban a enfrentarse con tropas resueltas. No obstante, y como se producían excepciones, los soldados de la 206 extremaban las precauciones para asegurar el avance hacia las baterías de costa y la penetración en el casco urbano.

Considerando la nueva situación y atendiendo a que el coronel Armentía es uno de los que han trabajado con mayor denuedo para alejar a la flota, el comandante Lombardero se dirige al despacho donde permanece arrestado, y le requiere e invita a reintegrarse a su puesto. De nuevo, pues, queda como jefe del Regimiento y, por consiguiente, del parque y las baterías.

Patrullas de carabineros que se han enviado desde el parque a la Telefónica y a prestar otros servicios se han disuelto o han desertado. Las tentativas de asalto al local del Partido Comunista se saldan con un fracaso; se trata de un sólido edificio, tras cuyos muros se han encastillado los que allí se hallaban reunidos. Tampoco el ataque ha sido enérgico. Continúan los paqueos; y de los choques periféricos, que están cambiando la situación, apenas llegan noticias al parque cuyo aislamiento se acentúa. Vicente Lombardero trata en vano de organizar militarmente la plaza.

Dos horas después de que la flota diera la orden de marcha, se cursa el siguiente radiograma: «SBD de Cartagena a Burgos a las 14 h 20. Viva España. Arriba España. El general Barrionuevo al Generalísimo Ejército Español. Me hago cargo en nombre de VE y del Ejército mando plaza Cartagena. Tropas guarnición, ejército y marina están sumados ejército salvador patria. Escuadra abandonó puerto rumbo desconocido. Ampliaré inmediatamente». Cinco

minutos después, se emite un nuevo radio: «SBD de Cartagena a Burgos a las 14 h 25. El general Barrionuevo jefe de Cartagena al Generalísimo. Ruégole se haga demostración aérea con aviones ese ejército sobre plaza Cartagena baterías antiaéreas no dispararán. Escuadra roja salió este puerto esperamos llegada escuadra nacional».

Ambos radiogramas, y en particular el último, fueron redactados con exceso de optimismo.

La principal fuente histórica de que disponemos de lo que en Burgos ocurría en relación a estos hechos, son las memorias del almirante don Juan Cervera Valderrama que, contra la costumbre general de los mandos nacionales, descorre algo el velo sobre la sublevación de Cartagena y la fracasada operación a que dio origen. Las noticias que nos interesan, son aquellas que se refieren a cuanto sucedía en el cuartel general del Generalísimo y a los posteriores movimientos del ejército y la marina nacionales. La versión que escribe de los sucesos internos de Cartagena adolece de muchos errores. O nunca se llevó a cabo una investigación a fondo o sus resultados no los tenía a la vista el almirante Cervera en el momento de redactar sus memorias.

El domingo, 5 de marzo, el almirante Cervera, jefe del EM de la Armada, aprovechaba la calma matutina para ocuparse de «arreglos orgánicos», cuando le fue entregado un despacho urgentísimo transmitido por la estación de San Fernando. Eran las 11,30 horas[2] y el texto el siguiente: «Se ha captado emisión radio Cartagena poniéndose a las órdenes Generalísimo al grito de Arriba España. Continuamos escucha».

Como el Generalísimo de los ejércitos de Tierra, Mar y Aire se hallaba en Burgos, en el palacio de la Isla, donde tenía instalado su cuartel general, hacia allí se encaminó el almirante Cervera para dar cuenta de tan importante noticia y recabar instrucciones.

Desde algún tiempo atrás se venían recogiendo informes relativos a ciertas anormalidades que se producían en la plaza de Cartagena y en la flota republicana, lo cual unido a los informes que trasmitían desde Madrid sobre las actividades y propósitos de

Casado, permitía pronosticar un final súbito a la guerra, en previsión de lo cual se habían tomado algunas precauciones.

Con anuencia de Franco, tenía el almirante Cervera destacado en la flota republicana a persona de la cual recibía informaciones, cuya frecuencia y alcance no estamos en condiciones de evaluar.[3] Tampoco sabemos si esas noticias que en el cuartel general tenían sobre la situación en Cartagena y en la flota, provenían de esa fuente informativa; nos inclinamos a creer que sí.

Desde el primer instante atribuye Franco importancia a las noticias que venían recibiéndose por distintas estaciones. No tardó en recibirse el primer mensaje de Barrionuevo, que debía interpretarse como confirmación directa y aclaratoria de las demás noticias.

Entretanto, ya se habían estado estudiando las posibilidades de acudir con presteza en auxilio de los sublevados de Cartagena. El radiograma de Barrionuevo en el cual comunicaba que la flota había abandonado la base naval, venía a plantear un nuevo problema: el del destino de los buques. No porque infundiera temor un ataque desesperado y por sorpresa sino por el riesgo de que esa desesperación de los marinos republicanos les impulsara a hundir las naves o a embarrancarías y, aun peor, a conducirlas a puertos de la URSS.

La idea de una operación de desembarco había entrado siempre entre las posibilidades estratégicas. Al final de la ofensiva de Cataluña se pensó en embarcar tropas en Barcelona y en los puertos del sur de la provincia de Gerona para trasladarlas a Port de la Selva. Si no se llevó a término fue en razón de la rapidez del avance por tierra durante los últimos días de la ofensiva. Antes aún, y para apoyar a las tropas de Yagüe cuando rompieron el frente, se había dispuesto el desembarco de cuatro batallones en las calas y playa de Hospitalet del Infante, operación que se suspendió porque las unidades republicanas, que corrían el riesgo de ser copadas más al norte, no opusieron apenas resistencia desaprovechando las importantes fortificaciones previstas al efecto y cuya existencia debió motivar la idea del desembarco a retaguardia.

En marzo de 1939, y aprovechando las experiencias y el material habilitado para aquellas empresas anfibias y los transportes de tropas a Mahón, se hallaban dispuestos en el puerto

de Málaga buques, y en la plaza y su entorno hombres prevenidos para un eventual desembarco en Águilas. Y en Castellón la 83 División, que mandaba el general Martín Alonso, debía estar preparada para embarcar en los transportes atracados en el Grao y en Vinaroz con objeto de dirigirse a Valencia. Un batallón de Infantería de Marina reforzaría la división de Martín Alonso y dos el eventual desembarco en Águilas. En Málaga iba a concentrarse una división entera, pues en caso de hundimiento de los frentes se acudiría a Levante por tierra y mar.

El mando había cursado instrucciones para que a partir del día 4 de marzo, «todas las fuerzas deberían estar en condiciones de trasladarse de Castellón a Valencia y de Málaga a Almería, a las pocas horas de recibir ta orden».

Fuertes temporales de lluvia habían encharcado los caminos; podía preverse que esta contingencia dificultaría el traslado de las unidades al Grao de Castellón, y aun pudiera retrasarlo de algunas horas, pero se aponía de suficientes buques para el embarque rápido. También algunos barcos destinados a las tropas concentradas en Málaga se hallaban en Cádiz; aun así la operación podía realizarse con la celeridad requerida. En las bases de Mallorca se concentraba la llamada Escuadra de Bloqueo, la cual formaba parte el crucero *Canarias,* la mejor unidad con que contaban los nacionales. Y añadiremos, a título de curiosidad, que en aquellas fechas se cumplía el aniversario del hundimiento del *Baleares,* gemelo del *Canarias,* en el combate naval del cabo Palos.

Con el Generalísimo se reunieron el general Martín Moreno, jefe del Estado Mayor, y el entonces coronel Antonio Barroso, jefe de la Sección de Operaciones, además del almirante Cervera Valderrama.

Escribe el citado almirante en sus memorias: «Desde el despacho del Generalísimo cursé las órdenes para colocar frente a Cartagena las divisiones acampadas en Castellón y en Málaga. Con mucha rapidez se trasladaron a Castellón los tres minadores para embarcarlas según plan…». Y añade más adelante: «… y dada la premura y aun a conciencia de contravenir principios técnicos de concentración y convoy, ya que no era de temer una agresión del enemigo dividido y destrozado moralmente, ordené que los transportes fueran saliendo inmediatamente que estuvieran listos previniendo al almirante Moreu, que el *Canarias* y los destructores

disponibles se trasladaran a toda fuerza frente a Cartagena para cubrir la recalada de tanto barco cargado de tropas y material».

La operación de auxilio a los sublevados de Cartagena, que podía por sí sola decidir o precipitar el hundimiento del enemigo, se había puesto en marcha desde el cuartel general de Burgos. No se comprende por qué durante tantos años los libros «nacionales» han guardado cerrado silencio o han tergiversado, al minimizarla, la operación sobre Cartagena. De las órdenes cursadas a la aviación no poseemos noticias y conviene dejar constancia de que, aunque intervino, lo hizo en corta medida. No hay informes de que el arma aérea prestara una cooperación efectiva a los sublevados ni de que cubriera la operación naval. Queda sin aclarar el porqué de esta ausencia.

Según el conde Ciano, no siempre merecedor de confianza, se le avisó para que interceptara a la flota republicana al paso por el canal de Sicilia, por temor a que pretendiera internar los buques en Rusia, lo que para los nacionales representaría su pérdida definitiva. De esta gestión nada cuenta Cervera. La navegación desde Cartagena al Mar Negro hubiese planteado problemas de combustible de muy difícil solución. De ser cierto que se hubiese contemplado esa posibilidad, quedaría en evidencia una vez más la pobreza de información psicológica de que se adolecía, pues nada autorizaba a suponer que Buiza y los marinos fueran a dirigirse a la URSS, único lugar al cual podía tenerse la certeza de que no harían rumbo.

En ambos bandos los servicios de información funcionaron con deficiencia, a pesar de las enormes posibilidades y ventajas que ofrecía el carácter de la guerra; y la sutileza, salvo excepciones, no caracterizaba a los altos mandos.[4] El odio al enemigo, que en los nacionales se doblaba de desprecio, había conducido a simplificaciones cuyo esquematismo constituiría una rémora en muchos casos y que se compensaría por ser compartido y actuante en ambos bandos. Había «rojos» y «fascistas», con la agravante, en el primer caso, de aquellas erróneas matizaciones aplicadas sin discernimiento: marxistas, separatistas, masónicos, etc. ¡A cuántos errores conduciría aquella ignorancia despectiva y la rabia niveladora de que era exponente!

La actitud que adoptó el cuartel general frente a los sucesos de

Cartagena queda resumida por el almirante Cervera y, a pesar de que no lo escribe de manera expresa, puede suponerse que fuese la del propio Franco: «… que la aventura era dudosa y que había que apoyarla con máxima urgencia».

Aplacada la euforia de los primeros instantes y el entusiasmo proveniente de haber conseguido comunicar por radio con los nacionales, caen los sublevados en una atonía confiada. Los medios de que disponen son escasos, su organización nula, y en vez de aplicarse a superar la gravedad de la situación, optan por esperar a que de fuera les lleguen soluciones.

Del arsenal han enviado a Capitanía fusiles, municiones y granadas de mano que les habían pedido; el transporte lo ha hecho el teniente de navío Guitart de Virto, que se ha presentado en un coche a la puerta del arsenal. Al regreso ha sido tiroteado y, salvando el riesgo, ha conseguido meterse, y con él la mercancía, en el edificio de la base. Con Fernando Oliva se hallan el capitán Vicente Trigo, que era ayudante del general Bernal, y entre los marinos Ricardo Noval Ruiz, Francisco Guitart y el nombrado Ramón Guitart de Virto.

Haciendo cábalas, intercambiando comentarios y solo en relativa armonía, permanecen en el parque Barrionuevo y Armentia y con ellos Lombardero, el comandante Cifuentes, el capitán Meca y el grupo de paisanos «falangistas». Continúan ignorando la presencia de los batallones de la 206 Brigada, que les está comiendo el terreno tras desmontarles las defensas periféricas, pues a media tarde son muchos los artilleros y paisanos que han sido hechos prisioneros o dispersados de aquellos que montaron guardias y efectuaron servicios de patrulla. Entre los detenidos en el parque se producen actos de insubordinación; mientras algunos pretenden contemporizar con quienes les han arrestado, hay otros que, más firmes en sus convicciones o mejor informados de lo que pasa en las afueras y en el resto de la zona republicana, se manifiestan en contra de la situación allí imperante. Uno de los conductores de los blindados ha difundido la noticia de que fuerzas de choque gubernamentales se disponían a atacar la ciudad y las baterías y cabe suponer que exageraría sobre los efectivos de esas fuerzas. Lo

que empieza a resultar evidente es que la guerra no ha terminado, que el Gobierno da señales de vida y que se dispone a operar sobre Cartagena. ¿Y si la flota —comentan o razonan— no hubiese huido y se limitara a esperar fuera del alcance de las baterías de costa el resultado de un contraataque gubernamental dispuesta a cooperar con él y regresar a puerto?

Por medio de la estación de TSH del arsenal, con la cual se comunican por teléfono, han vuelto a emitir con destino a Burgos, a las 16,29 horas, el siguiente texto: «El general Barrionuevo Jefe de la plaza de Cartagena al Generalísimo Franco: Esperamos urgente desembarco tropas nacionalistas. Ruégole encarecidamente acuse recibo».

A las 17,30 horas se cursa por parte de los nacionales la anhelada respuesta, que desde el arsenal se apresuran a transmitir al parque: «Ordeno escuadra nacional tome contacto. Envío importantes refuerzos. Ante caso posibles envíos fuerzas rojas, tapone accesos a Cartagena destruyendo puentes que las detengan, aspillerando casas, dando tiempo y espacio llegada tropas. Reciban todos los españoles el saludo de España nacional. Arriba España». Y a continuación este otro radio: «Comunique noticias seguridad fondeadero y prepare práctico».

La emoción con que se reciben estos dos mensajes es grande; de nuevo los ánimos se levantan. El comandante Lombardero los lee en voz alta a los reunidos, y repite su lectura lo mismo ante los defensores del edificio como ante aquellos quienes permanecen detenidos. La balanza vuelve a inclinarse en favor de los sublevados. Ocurre que las previsiones «ante el posible envío de fuerzas rojas» no se toman; tampoco resultaría ya posible hacerlo porque esas fuerzas, aunque escasas, operan dentro del casco urbano.

Un recuento de los efectivos de que se dispone para la defensa ha venido a poner de manifiesto escaseces agravadas por el hecho de que las patrullas que se envían al exterior no suelen regresar y que con los hombres se pierden armamento y dotación de municiones. Tres de los blindados que han salido a operar en las

afueras también se han perdido y aún se perderá un cuarto enviado a la Capitanía de la base para trasladar dos cajas de munición.

Resulta que los fusiles suman solo ciento treinta y que no hay más que cuatro ametralladoras, una de las cuales procede del cuartel del regimiento de Armas Navales. Se ordena economizar la munición, pues se dispone de escasa reserva. Existe en el parque un taller de cartuchería, pero corresponde al calibre ruso, el
7,92
, y no puede ser utilizado para los mosquetones españoles, que son el armamento de los artilleros y de los demás concentrados en el parque.

Tampoco hay provisiones y los hombres allí reunidos son muy numerosos. Nadie se ha preocupado del abastecimiento y requisa mientras podía circularse por las calles, y a cada momento van haciéndose más peligrosas las salidas. Es el parque un edificio antiguo, de sólida fábrica, pero de escasa altura; en sus contornos las casas nuevas que se fueron edificando lo dominan. Desde las ventanas de los pisos superiores pueden batir los patios y no dejan de hacerlo desencadenando inquietudes y miedos.

A las
18,10
horas, Barrionuevo contesta a Burgos: «Recibo con gran emoción radio que me comunica que escuadra nacional se dirige a Cartagena, participándole puede entrar desde luego en el puerto y proceder desembarco. Todas baterías de costa y defensa antiaérea sumadas movimiento. Arriba España. Viva España».

A las
18,17
horas, desde Burgos formulan una pregunta que pudiera estar relacionada con lo que el conde Ciano cuenta en su *Diario:* «Díganme qué cantidad de combustibles llevaban los barcos escuadra roja al hacerse a la mar». A las
18,37
horas, se cursa respuesta: «Al salir los barcos escuadra roja iban llenos de combustible». ¿Tenían noticias fehacientes de que era así? Esta afirmación ¿procede de Barrionuevo o del arsenal donde podían estar mejor informados al respecto?

Aproximadamente a la misma hora una tanqueta irrumpe en la

plaza de Prefumo ante el edificio de Intendencia; las puertas que los sublevados han cerrado, saltan al segundo cañonazo. En el interior se halla la guardia, reforzada por algunos paisanos; nadie acierta a defenderse y escapan por la parte trasera del edificio, cruzando el jardín y la calle Real para ganar la puerta principal del arsenal. Tras unos momentos de vacilación por parte de los que se hallan al interior y de angustia por parte de los que esperan, la puerta les es franqueada a los fugitivos de Intendencia.

La moral, que en el arsenal no es elevada lo mismo entre jefes y oficiales que entre infantes y marineros, dada la heterogeneidad de quienes allí se han reunido y a causa también de las malas condiciones de defensa que presenta tan vasto recinto, se resiente de la llegada de estos refugiados, heraldos de que al enemigo lo tienen en el mismo centro de la ciudad, al otro lado de la muralla. La elevación y solidez de esos muros son la única garantía; las puertas son, asimismo, resistentes. Por los montes que dominan el recinto han sido vistas patrullas enemigas que avanzan con precaución hacia el castillo de Galeras y que han disparado sobre el arsenal, como si de avisos o ganas de amedrentar se tratara. De una compañía de infantería de Marina que Pallarés ha enviado a combatir esas infiltraciones, no se ha tenido más noticias: sus hombres han desertado.

Con pretexto de averías, que intencionadamente fueron exageradas, permanece en el arsenal el submarino*,*
C-2
armado con una pieza de 76 mm. El submarino dispone de una emisora de TSH, que un ingeniero está apresurándose a componer porque los aparatos de radio sí era cierto que se hallaban averiados.

Para tranquilidad del comandante Espa, que continúa en su puesto de mando de Cabo de Agua, y que es la persona entre los sublevados con quien se siente ligado el coronel Armentia, este le lee los mensajes recibidos de Burgos. A estas horas el coronel Armentia, que ha sido desbordado por los acontecimientos y por las personas que le rodean, y que sigue creyendo que la guerra se desgrana en sus últimos acontecimientos, acepta los hechos tal como se presentan. Su único deseo es que la guerra termine, que cese el derramamiento de sangre y el enfrentamiento entre hermanos de nación y armas. Mientras está hablando con el puesto

de mando de las baterías una voz le interrumpe y, prodigando insultos, conmina a los del parque y a los de las baterías a que se rindan en diez minutos. Tanto Espa como Armentia quedan sorprendidos por la intromisión amenazadora de esa voz, que se identifica a sí misma como del «jefe de las fuerzas de ocupación de Cartagena».

Repuesto de la sorpresa, la preocupación de Armentia crece. Esa voz solo puede provenir de la centralilla telefónica del Gobierno Militar y es por medio de esa centralilla como enlaza el parque con el puesto de mando de las baterías de costa. Por lo tanto, el enemigo, cuya identidad militar se ignora, se ha apoderado del edificio del Gobierno Militar de la plaza y, lo que es peor, Espa queda incomunicado con las baterías del frente derecho. Puede recurrir a las señales ópticas y para hablar con el parque telefonear a la base, desde donde pueden hacerlo al parque, y viceversa. La comprobación de este contratiempo le preocupa más a Armentia que al resto de los allí reunidos, que todo lo confían a la llegada de auxilios nacionales. Lo que resulta evidente es que el Gobierno existe y que lo demuestra atacándoles.

Al atardecer, dos blindados de la escuela de Archena, que operan en combinación con una compañía del Batallón 822 de la brigada de Artemio Precioso, se presentan en la Muralla del Mar y abren fuego contra el edificio de la base, desde cuyo interior se les responde con energía. Los muros de la Capitanía son sólidos y la potencia de los cañones de los blindados escasa, dado su pequeño calibre; la eficacia de los impactos se aminora como consecuencia de la trayectoria oblicua con que se ven forzados a batir la fachada del edificio.

Los defensores de la base han distribuido sacos terreros en las ventanas y, alarmados por la presencia de los blindados, amontonan tras la puerta los catres con somier de los dormitorios, con los cuales forman una eficaz barricada, tanto contra los proyectiles de los cañoncillos como contra un eventual asalto de la infantería, si las puertas fuesen derribadas.

Ante la nueva situación, Fernando Oliva telefonea a Espa; le pide que dispare contra la zona que le precisa para batir a los atacantes.

De Elda ha llegado el teniente coronel Rodríguez; allí se había

entrevistado con el general Cordón y, posiblemente, con Jesús Hernández. Le ha sido otorgado el nombramiento de «Jefe de las fuerzas que operan sobre Cartagena». Investido de tal carácter se pone en contacto con Artemio Precioso, que hasta ese momento obraba por iniciativa propia.[5] Con Rodríguez ha llegado Virgilio Llanos, antiguo socialista y apuntador teatral de profesión civil, con un brillante historial político-militar desde que al principio de la guerra participó en el desembarco de Mallorca hasta que en Cataluña luchó como comisario del XII Cuerpo. Virgilio Llanos, que era también miembro del PCE, quedó agregado a la 206 Brigada, mientras que Joaquín Rodríguez, cuya misión era más amplia, estableció su puesto de mando alejado del teatro de las operaciones. Las otras dos brigadas de la 10 División, la 207 y la 223, se habían puesto en camino para cooperar, si resultaba necesario, con las tropas del mayor Precioso.

XVII

Cuando el domingo 5 de marzo, a las siete de la tarde se reúne en la «posición Yuste» Negrín con sus ministros para celebrar Consejo, tienen que estar informados, mejor o peor, del alcance de la sublevación de Cartagena, de su inesperada derivación y de que la flota se ha hecho a la mar, se ha alejado de las costas españolas y de que nada se sabe de sus propósitos.

A la salida de Madrid los ministros tenían que haber recibido alguna noticia, aunque fuera apresurada e imprecisa, de la sublevación de Cartagena. Negrín estaría mejor informado, pues durante las primeras horas de la noche anterior había recibido las visitas de Osorio y Tafall y de Antonio Ruiz, y algo más tarde había mantenido contacto por teletipo —y quizá por teléfono— con Francisco Galán, que es de suponer se mostraría explícito. Es aceptable que ignorara lo catastrófico de la situación, pero no resulta creíble que aquella mañana no le llegaran noticias de que la Emisora de la Flota Republicana estaba controlada por los franquistas. A pesar de que el aparato gubernamental en Elda era pura entelequia, alguien debía mantenerse a la escucha de las radios nacionales, y por lo menos una emisión desde Bilbao aludía a la situación en Cartagena, si hemos de creer a una emisora alemana que fue captada desde los buques de la flota. Negrín, Cordón y los demás dispondrían de informaciones más precisas. Santiago Garcés, jefe del SIM, estaba en Elda y en Cartagena dirigía el SIM local un exoficial de máquinas apellidado Frutos, que por cualquier procedimiento tuvo que informarle, pues no hay constancia de que sufriera arresto. Estaban enterados en Los Alcázares, que se mantenía fiel al Gobierno, y en la central de la Compañía Telefónica, que solo tardíamente fue ocupada, y estaba aún la

oficina de Telégrafos. A mayor abundamiento, a la hora de comenzar el Consejo se había ocupado el Gobierno Militar de Cartagena y hay que suponer que algún informe transmitiría Artemio Precioso. Por último, enviados precisamente desde Elda, llegaron al campo de operaciones el teniente coronel Rodríguez y el comisario Virgilio Llanos.

El temario de aquel último Consejo de Ministros, que se prolongó muchas horas, aunque con interrupciones, y que podría decirse se disolvió antes de terminar, fue el siguiente: en primer lugar, el presidente dio cuenta de la reunión que en Los Llanos tuvo con los altos mandos militares y, al parecer, y a pesar de las opiniones que manifestaron y nos son conocidas, dejó entender a los ministros que los militares no romperían el compromiso de lealtad. A continuación se pasó a analizar la situación, lo cual significa que Negrín expuso a los ministros cómo él la interpretaba, o como deseaba que los otros creyeran que la interpretaba.[1] Insistió en que en Francia había mucho material de guerra que, desembarcado en puertos del Atlántico procedente de la URSS, atravesó por el Mediodía utilizando los canales en dirección a Marsella y a la frontera de El Perthus, lugares en los cuales se hallaba retenido. ¿Podían creer los ministros que el Gobierno francés, que había reconocido a Franco doblegándose a satisfacer todas sus exigencias, iba a arriesgarse a enviar por vía marítima aquel material? ¿Podían creer que el transporte resultaría fácil sin protección naval y aérea? El jefe del Gobierno hizo alusiones a la posibilidad de que estallara un conflicto generalizado, que viniera a dar sentido y utilidad a la actitud de resistencia que en aquel momento parecía irracional. Es de suponer que los ministros, por su parte, comunicaran a Negrín una opinión equivocada, por optimista, con respecto a la actitud del coronel Casado, de quien se habían despedido pocas horas antes en Madrid.

Lo que resulta indudable es que en aquel Consejo no se otorgó suficiente atención a la sublevación de Cartagena ni se le atribuyó la importancia que merecía; tampoco a la que en Madrid iban a desencadenar momentos después Casado y Besteiro y que nadie suponía —¿por qué?— que la flota iba a internarse en puerto neutral.

Hemos empleado antes el término «desolador» para expresar el

modo como la sublevación de Cartagena ha quedado reflejada en los libros publicados por algunos de quienes entonces se hallaban reunidos en Elda. ¿Qué cuenta Modesto? Que en la mañana del día 4 le llamó Negrín pidiéndole que trajera consigo al teniente coronel Rodríguez, y que a las 8,30 horas de esa misma mañana estaba el jefe del Gobierno en compañía de Vicente Uribe y Osorio y Tafall cuando le anunció la sublevación de Cartagena. Hasta aquí podríamos concluir que se trata de un error de veinticuatro horas, y que Modesto se refiere al día 5. Lo peor es cuando añade que Negrín le anunció que la flota se había hecho a la mar, lo cual, a la hora que precisa, resulta imposible, aunque se acepte el error de las veinticuatro horas. Pensemos que, o bien equivoca la hora además del día o que las noticias tuvo que dárselas Negrín en dos entrevistas distanciadas varias horas una de otra.

Escribe Cordón que el día 5 le llamó por teléfono el gobernador de Murcia comunicándole que en Cartagena había estallado una sublevación y que pocos momentos después volvió a telefonearle para rectificar alegando que se trataba de una falsa alarma. Pero que a las 5 de la mañana del día siguiente (el día 6 según sus cuentas) le confirmó la noticia. También pudiera ocurrir que Cordón se equivoque un día en sentido inverso al de Modesto, y que la primera llamada del gobernador se produjera el 4 muy a última hora y la segunda en la madrugada del 5. Añade detalles discutibles por no decir erróneos; por ejemplo, que preguntó a Matallana en Valencia por la Brigada 206 y que esta unidad todavía no se había puesto en camino. Dice, además, que Negrín le informó de que los sublevados, aparte de comunicar con los fascistas, lo habían hecho en clave con el Ejército del Centro y que ellos captaron esa comunicación, pero que no consiguieron descifrar la clave. Esta afirmación, escrita años después, presenta inequívoco carácter de propósito político al involucrar a Casado en los hechos de Cartagena, y en particular de los que revisten carácter fascista. Quien siga atentamente la trama de los sucesos de Cartagena y de las personas que en ellos intervienen llegará al convencimiento de que esa comunicación no se produjo. Sabemos que Buiza estableció contacto en clave, pero con Valencia, y está archidemostrado que el

almirante no tuvo ningún contacto con «fascistas». En *Trayectoria* queda en evidencia que, o bien la memoria le fallaba a Antonio Cordón con respecto a los acontecimientos de Cartagena o que no llegó a enterarse de lo allí sucedido, pues afirma que al día siguiente (el 6 según su cuenta) regresó Osorio y Tafall de Cartagena y manifestó que la sublevación estaba casi reducida. Según confiesa el propio Cordón, hasta después de terminada la guerra no se enteró de que la flota «se había ido para no volver».

Jesús Hernández vuelve a equivocarse cuando afirma que el día 4 la bandera de los nacionales ondeaba sobre los fuertes de Cartagena y que había huido la escuadra. En el mejor de los casos, yerra de un día. Después explica que no encontró a Negrín en la «posición Yuste», ni a La Pasionaria, Uribe, Togliatti, ni a Stepanov y que solo estaba presente Cordón, a quien califica con despectiva dureza. Es poco creíble cuanto explica a continuación, salvo al referirse a la fatiga de Negrín, por lo demás comprensible. A la pasividad ajena opone su ejemplarizante actividad y clarividencia.

Una breve alusión imprecisa, en la cual ni siquiera se habla de la escuadra, cuya huida (o como quiera calificársele) fue el hecho de mayor envergadura, es el único testimonio que aporta Enrique Castro Delgado.

En cuanto a Tagüeña, que se hallaba en Madrid, nada supo hasta el la 6 por la mañana en que llegó a Elda. Alude a un ultimátum lanzado desde la flota al Gobierno en apoyo del Consejo, y como ese ultimátum no Parece que se produjera, cabe suponer que recogió la noticia de algún falso rumor que circularía entre los medios gubernamentales o comunistas de Elda. A lo largo de su *Testimonio* nos tiene acostumbrados a una actitud de veracidad y de exactitud en las fechas; vivió en Madrid un día 5 lo bastante accidentado como para que no parezca ilógica su ignorancia de lo que estaba ocurriendo en Cartagena.

Al coronel Casado le hemos dejado enredado en contradicciones de fechas; más adelante vuelve a referirse a Cartagena, pero no con mejor acierto; pues, tras una explicación no convincente y solo aceptable en líneas muy generales,[2] comete un error que resulta excesivo para no hacerse sospechoso de intencionado. Afirma que el *5* de marzo solo se hizo a la mar la flotilla de destructores y que al día siguiente, el 6, «en el puerto estaba concentrada casi toda la

flota y, entre otros, los cruceros *Libertad, Miguel de Cervantes,* y *Méndez Núñez,* los contratorpederos *Churruca, Ulloa, Alsedo, Antequera, Lepanto, Miranda, Valdés* y *Alcalá Galiano,* diez submarinos y varios buques más». Aparte de los diez submarinos que se saca de la manga, del equívoco entre destructores y contratorpederos y de añadir el *Alsedo* del cual no hay otras noticias, en aquellas horas la flota íntegra, formada por la totalidad de los buques que se hallaban en disposición de navegar, hacía tres horas que lo hacían rumbo a Bizerta. ¿Se trata, por parte de Casado, de una lectura errónea de los mensajes cruzados entre los buques? ¿Quiere demostrar algo, aun prescindiendo de la verdad? Y en tal caso ¿qué pretende demostrar?

Del conjunto de estas lecturas, y abriéndose paso a través del laberinto con que se envuelven los hechos, se llega a una conclusión: que siendo la marcha de la flota uno de los acontecimientos que originarían en el futuro más graves consecuencias apenas se le atribuyó importancia, y que la sublevación de Cartagena, a despecho de lo que tenía de significativo y peligroso también fue menospreciada, salvo por quienes allí se encontraban. ¿Nadie se plantearía la posibilidad —que fue evidencia— de que la flota no iba a regresar a puerto republicano? Así parece, y en tal caso demostraba desconocimiento de lo que estaba ocurriendo, o menosprecio. De la escasa importancia que se atribuyó entonces a todo aquello tenemos nueva prueba considerando que, a pesar de los años transcurridos y comprobadas las consecuencias que se derivaron, en el momento de redactar sus libros de memorias los autores nombrados, y aun otros, no se preocuparon de poner un poco de orden, siquiera fuese cronológico, en sus recuerdos y que ni uno de ellos se inclina a sacar consecuencias, excepto las que se relacionan con acusaciones o insultos dirigidos a los demás.

Hay que pensar, sin embargo, que en las mentes mejor organizadas tuvo que representar un rudo golpe y que influiría a la hora de las decisiones últimas. Daremos solo dos nombres —Negrín y Palmiro Togliatti— sin excluir que pudiera haber más. Fuesen cuales fuesen sus recónditos propósitos —cada cual los suyos propios— ninguno de ellos hubiese abandonado tan pronto la partida y el plan para dominar las provincias mediterráneas y los

buques. Con parcialidad o sin ella hubiesen organizado mejor la evacuación, puesto que algunos sostienen que Negrín, sin armas pero con «bagajes», proyectaba continuar la guerra desde el extranjero en un plano primordialmente político. Y al decir «bagajes» queda claro que me refiero a fabulosas riquezas convertibles en dinero, cuando no eran ya moneda contante y sonante. No resulta simpática la evasión de España de tan considerable riqueza, quedando dentro de sus límites geográficos un pueblo empobrecido a quien alimentar; millones de españoles, fueran de los vencedores o de los vencidos, quedarían sometidos a terribles privaciones, con el agravante de que las riquezas no contabilizadas y repartidas en pocas manos se prestan a más injusta distribución. Aunque a riesgo de salirme de la línea narrativa, no debe rehuirse el comentario y conviene interrogarse sobre qué era presumible ocurriría dentro de España con respecto a los bienes materiales y a las fuentes para lograrlos, que quedaban en poder de los vencedores. Si es cierto que se contribuía a agravar los sufrimientos del pueblo español en aquellos años de miseria extrema por el hecho de evacuar aquello que he calificado de «bagajes» debe uno plantearse en contrapartida otra pregunta: ¿Acaso no se habían destruido también industrias y edificios, puentes y ciudades, pueblos y puertos, hundido buques, talado árboles, arruinado los medios de transporte y sacrificado los ganados…?

XVIII

Mientras que Cipriano Mera en su puesto de mando de Alcohete —un sanatorio antituberculoso próximo a la carretera de Guadalajara a Cuenca, entre aquella capital y Horche— iba tomando las providencias necesarias para que la sublevación contra el Gobierno y su derrocamiento subsiguiente se desarrollara de acuerdo con lo previsto, en Madrid el día 5 de marzo, hacia la 1 del mediodía, Casado recibió y comunicó las últimas órdenes a Eduardo Val y a Salgado. Una de ellas, que Val resolvió según costumbre dentro del mayor secreto, consistía en avisar al general Leopoldo Menéndez y a otros jefes de Valencia de la hora del golpe. Acababan de llegar a Madrid procedentes de Valencia tres miembros del recién nombrado Comité Nacional de Defensa Libertario: Juan López, José González Barberá y Avelino González Entrialgo, este último secretario de Defensa del Comité Nacional de la CNT. Habían venido a Madrid para averiguar el alcance de lo que se estaba proyectando, a cuyo efecto tenían convenida una entrevista con Casado. Eduardo Val fue a buscarles y les dijo que había órdenes de que se trasladaran inmediatamente a Valencia, pues habían sobrevenido acontecimientos que exigían su presencia en aquella ciudad. Les acompañaría Melchor Baztán, quien tenía severas instrucciones de Val de guardar silencio sobre lo que aquella noche iba a acontecer hasta que no se hallaran próximos a su destino.[1] Baztán debía servir de enlace con Menéndez, de lo cual se deduce que era al general Menéndez y no a Miaja a quien Casado informaba de la hora exacta en que la sublevación antigubernamental iba a producirse. Es de suponer que la comunicación se haría extensiva a Matallana, pero a este no podrían anunciárselo porque en algún momento de aquella tarde se trasladó a Elda en automóvil.

En el IV Cuerpo tomaba Mera sus disposiciones, pues él y sus hombres iban a erigirse en brazo ejecutivo de cuanto estaba gestándose. Lo primero que hizo fue «neutralizar» a los elementos que podían perturbar sus propósitos. Al gobernador de Guadalajara, José Cazorla, al jefe de Policía, al comandante militar y al secretario del PCE, Vicente Relaño, se les convocó al puesto de mando; allí mismo quedaron en calidad de arrestados. Al mismo tiempo se cursaron instrucciones para que los agentes del SIM vigilaran a la población civil y que la extremaran en los locales del Partido Comunista. Durante aquella noche se detuvo a algunos miembros de las JSU, a los cuales se les ocuparon pistolas y bombas de mano, que declararon les habían sido facilitadas en el PCE.

En ausencia de su jefe se ocuparía del mando del IV Cuerpo el mayor de milicias Liberino González[2] que, convocado por Mera, llegó al puesto de mando a las 8 de aquella noche procedente del suyo en la 12 División. Entre las instrucciones que recibió de Mera había una que iba a resultar decisiva: la constitución en caso de necesidad de un cuerpo de maniobra, formado con tropas de la reserva, para marchar sobre Madrid. Otras de las medidas consistían en ejercer vigilancia sobre el jefe de la 17 División, el mayor Francisco Valverde López, militar profesional, a quien se le suponían inclinaciones comunistas y extremar la vigilancia hacia su comisario, Alonso, afiliado al PCE, y sobre algunos otros elementos que consideraban sospechosos.[3] Con estas medidas la absoluta obediencia del IV Cuerpo a las órdenes que emanaran de su jefe, estaba asegurada y también la tranquilidad en su zona de influencia y próxima retaguardia.

Los tres hombres de la sublevación antinegrinista, los que no solo van a hacer posible la constitución del Consejo de Defensa sino que además van a encarnar su dispar espíritu son Casado, Besteiro y Mera. El primero es quien planea el golpe y lo dirige en todo momento, quien ha tomado contacto previo con los nacionales y sabe adónde va o adónde quiere ir; que luego yerre es otro cantar. Besteiro confiere al movimiento insurreccional categoría política y ética —su ética, claro— y es la personalidad más destacada del Consejo. También se equivocará al evaluar el ánimo de sus

enemigos a imagen del suyo propio y al suponer que la paz a que aspira asimilaría de alguna manera, aunque fuese marginal, a los vencidos, por lo menos a los mejores de entre ellos. Representa Mera el brazo armado, el brazo derecho, y aportará una parte considerable de la fuerza militar que permitirá resistir el embate comunista y vencerlo. Terminada la batalla se retira a su antiguo puesto de mando. No está conforme con la rendición; había propuesto una solución un tanto numantina sobre la cual había tratado previamente con Casado. Al mando de su Cuerpo de Ejército y sin inmiscuirse en funciones políticas de última hora termina la guerra no como anarquista sino como disciplinado militar, su segunda naturaleza.

Se trataba de tres individualidades muy distintas entre sí pero las tres representativas. Si Casado convocaba a los antiguos jefes militares y a algunas personas de orden no comprometidas, Besteiro catalizaba a los demócratas, republicanos o socialistas, a despecho de que estos últimos se hubiesen distanciado de él o le hubieran combatido antes de comenzar la guerra; Cipriano Mera era encarnación viviente de los obreros anarcosindicalistas y de algunas minorías revolucionarias no afectas al PCE.

En la conocida biografía de Julián Besteiro, Andrés Saborit describe las últimas horas que el líder socialista pasó en su chalet de Chamartín de la Rosa el día 5 de marzo. «Besteiro abrigaba aquella mañana una preocupación aún más intensa de la que sentía a diario y a veces la dejaba traslucir, pese a su serenidad portentosa y a su carácter amable y sencillo. Por radio se informó del movimiento estallado en Cartagena, bastante confuso en sus orígenes y aun en sus finales. Aquel nuevo suceso aumentaba la gravedad de la situación». Aquí se plantea un interrogante: la principal fuente de Saborit para la redacción de estos párrafos tiene que ser el testimonio de la esposa de Besteiro o de algún familiar; ¿añade por su cuenta, por suponerlo probable, lo de que oyó por radio las noticias de la sublevación cartagenera? ¿Daría la noticia la radio madrileña, a pesar de que ningún otro testimonio lo corrobore? ¿Lo escucharía de una radio nacionalista, o de la propia Emisora de la Flota Republicana? Sigamos con el relato de Saborit: «Después de comer advirtió a sus familiares que necesitaba estar solo. En la casa había lumbre en el comedor, alrededor de cuya camilla se agrupaba

la familia con los íntimos de costumbre. Besteiro no quiso hablar con nadie. Meditaba algo y esperaba el desenlace de esa meditación en su despacho, con sus libros y sus papeles personales. Con ellos pasó las horas hasta que su esposa le anunció la llegada de don Rafael Sánchez-Guerra, ayudante del coronel Casado, con una misión delicada de carácter urgente y confidencial. Los dos se aislaron en el despacho. Al rato Besteiro encargó a su esposa oyera una radio que daba noticias de la guerra, para, entre tanto, subir a su habitación y preparar algo. Bajó con el abrigo negro sin abrochar, el sombrero flexible que dejaba ver el conjunto de su noble cabeza con el pelo rizoso, casi blanco; entreabrió la puerta pequeña de su despacho, y diciendo "adiós" sin solemnidad ninguna, salió con el señor Sánchez-Guerra. Era casi de noche. El auto se alejó velozmente de aquella casa que no volvió a pisar jamás».

García Pradas, que fue testigo de excepción —y hasta un poco actor— de los sucesos de aquella noche, nos cuenta que Besteiro debió llegar alrededor de las nueve de la noche y precisa que le acompañaban Wenceslao Carrillo y el republicano Miguel San Andrés; es posible que coincidieran a la entrada del Ministerio. A Carrillo le había convocado Casado aquella misma tarde. En la calle de Alcalá, en los sótanos del Ministerio de Hacienda, que habían sido habilitados y fortificados al principio de la guerra cuando allí estuvo instalado el puesto de mando del general Miaja, se hallaban en aquella hora, además del coronel Casado, que pasaba parte de su tiempo tumbado en un catre y cubierto con una manta si bien de uniforme y con botas de montar, el gobernador militar de la plaza, general Toribio Martínez Cabrera, el coronel Adolfo Prada Vaquero, el teniente coronel López Otero, el comandante general de Artillería Piñeroa, Gutiérrez de Miguel y algunos otros jefes militares. Por parte de los libertarios se hallaban presentes Val, Salgado, González Marín, Amil, García Pradas. Cipriano Mera se presentó el último, acompañado de su comisario político —ingeniero en su vida civil— Antonio Verardini.

A la llegada de Besteiro pasaron a reunirse con Casado aquellos que iban a formar parte del Consejo; lo hacían por vez primera, pues hasta aquel momento solo habían sostenido entrevistas parciales. Allí se discutió la distribución de «carteras», extremo

sobre el cual se había tratado en reuniones previas de unos con otros. Era deseo unánime que Besteiro asumiese la presidencia, pero él declinó de nuevo pues sostenía que hallándose vigente el estado de guerra y siendo el militar el único poder de carácter legítimo, quien debía presidir el Consejo era un militar y apuntaba al coronel Casado. Este lo aceptó con reservas y a título provisional en espera de que, una vez despejada la situación, el general Miaja se les uniría. Consideraban todos que el general resultaría más idóneo ante propios y extraños para asumir la presidencia de aquel Consejo al cual prestaría el prestigio y la popularidad que su nombre representaba ante el común de los republicanos y en el extranjero.

Entre las versiones —no totalmente coincidentes— sobre lo que ocurrió en aquellos momentos está la de Edmundo Domínguez, socialista-negrinista, que era comisario del Ejército del Centro. Al año siguiente publicó en México un libro, *Los vencedores de Negrín,* fechado en Orán en mayo de 1939, un par de meses después de lo que venimos narrando. Domínguez asume una actitud decididamente agresiva contra el Consejo de Defensa, con el cual, sin embargo, colaboró, aunque de acuerdo con su testimonio lo hiciera con reservas mentales. Su versión adolece de algunos errores posiblemente intencionados y se atribuye un papel de cierta importancia aunque solo sea a causa de las objeciones que según él opuso a los reunidos a la hora de los nombramientos relacionados con las representaciones del PSOE y UGT. De acuerdo con su versión, llegó allí momentos después que Cipriano Mera y un poco caído del cielo.

De quienes iban a ocupar consejerías se hallaban ausentes José del Río, que en Albacete se reunía con miembros de la ejecutiva para decidir la representación de Unión Republicana, y Antonio Pérez García, que no iba a ser designado en firme hasta el día siguiente en representación de la UGT. Además de la presidencia provisional, Casado asumiría la Consejería de Defensa, Julián Besteiro la de Estado, de Gobernación el socialista Wenceslao Carrillo; González Marín, de la CNT, era designado para Hacienda y Economía, por Izquierda Republicana San Andrés iría a Justicia y Propaganda, y otro libertario (FAI), Eduardo Val, se ocuparía de Comunicaciones y Obras Públicas. Del Río iba a ser nombrado consejero de Instrucción Pública y Sanidad y Pérez de Trabajo.

Cuenta Domínguez que se produjeron dificultades, pues los representantes socialistas no habían sido elegidos de acuerdo con los reglamentos y estatutos internos, y declara que fue él quien puso pegas a las designaciones hechas por Casado, Besteiro y Carrillo; los demás testigos no aluden a estos incidentes, ni siquiera a la presencia de Edmundo Domínguez. Las representaciones socialistas eran un tanto irregulares desde puntos de vista reglamentarios, pero algo semejante sucedía con los designados por los demás partidos y organizaciones. Nadie, después, las recusó; hay que considerar que la mayor parte de los dirigentes y un «¿evado porcentaje de militantes de todas las organizaciones se hallaban en Francia y no resultaba factible evacuar consultas ni proceder con escrúpulos reglamentarios. Wenceslao Carrillo, en el documento mecanográfico a que me vengo refiriendo, fechado el 4 de mayo de 1939, declara que tenía el acuerdo del Comité de la Agrupación Socialista madrileña.

Los mensajes que iban a radiarse ya estaban redactados. La principal fuerza que debía acudir a Madrid, la 70 Brigada, estaba retrasándose. La misión que se había encomendado a sus hombres consistía en dar guardia a los edificios oficiales del centro de Madrid: Ministerio de la Guerra, Palacio de Comunicaciones, Gobernación, Telefónica, Banco de España, Dirección General de Seguridad… casi todos ellos de sólida fábrica, aptos para la defensa en caso de que fuesen atacados, contingencia que no era descartada. Este retraso impacientaba a los reunidos y, en particular, a Cipriano Mera de quien había partido la orden de traslado de aquella brigada. Había además anunciado Mera a Liberino González y a otros jefes que estuvieran atentos a la radio a las 10 de la noche. Liberino, impaciente, telefoneó a Mera para preguntarle qué ocurría; este le recomendó calma y que se mantuvieran a la escucha. En atención a las circunstancias y a que no se tenían noticias de la 70 Brigada, Casado y los demás decidieron retrasar la hora de radiación de los manifiestos que, en lugar de a las 10 como se había previsto, se haría a las 12 de la noche. Era aquella la hora en que acostumbraba a leerse ante el micrófono el parte cotidiano de guerra y los madrileños y los habitantes de toda la zona se mantenían a la escucha; la emisión era esperada incluso en el extranjero. Proclamando a esta hora la constitución del Consejo

Nacional de Defensa se conseguía la máxima audiencia.

La brigada que mandaba Bernabé López, con efectivos probablemente muy incompletos, llegó después de las once de la noche. Habían tropezado con dificultades rutinarias para conseguir los medios apropiados de transporte. De inmediato ocuparon los lugares convenidos y una de las compañías, la del capitán Septien, reforzó la guardia del Ministerio de Hacienda, cuyas puertas se cerraron de manera definitiva. En el interior se retenía, desde un par de horas antes, a los periodistas nacionales y a algunos corresponsales extranjeros que habían acudido a hacer la información. En los sótanos, debido a la escasez de espacio y al amontonamiento de personas, no resultaba posible guardar ningún secreto, y era obligado prever que nadie, por malicia o celo profesional, anticipara la noticia.

Poco antes de las doce de la noche se trasladaron al despacho donde se hallaban instalados los micrófonos de Unión Radio Madrid y de Radio España; iban decididos y resueltos a dar un paso importante ante la historia, paso que sabían arriesgado en lo político y en lo personal. Estaban convencidos de la razón y justicia que les asistía. Parece que los más tranquilos eran los libertarios; así lo declara un testigo que no les profesa simpatía. A Besteiro, que era la figura principal, y a Casado, que actuaba de jefe, les seguían los demás: consejeros electos, militares, políticos, periodistas, dirigentes sindicales, y con ellos, a contrapelo, el comisario del Ejército del Centro y vicepresidente de la Ejecutiva de la UGT, Edmundo Domínguez. Un capitán de Carabineros, Augusto Fernández Sastre, hacía las veces de locutor —*speaker* que se llamaba entonces—. ¿Se llegó a leer el parte de guerra aquella noche? El parte correspondiente al 5 de marzo no registra operaciones de interés, algunos bombardeos sobre puertos del Mediterráneo y una localidad alcarreña. Entre los testigos de aquel acto se producen algunos desacuerdos sobre el orden en que los discursos se pronunciaron. El testimonio que debería ser más clarificador, el de Segismundo Casado, apenas merece ser tenido en cuenta, pues no alude siquiera a la alocución que él mismo pronunció y tampoco a la de Mera. Parece que el locutor anunció en

primer lugar a don Julián Besteiro, añadiendo que, dada su personalidad relevante, no necesitaba presentación. Besteiro, cuyo discurso traía escrito en unas cuartillas, se sentó ante el micrófono instalado sobre una mesa; le alumbraba un simple brazo portátil. Junto a él, cubierto con un capote militar, Casado permanecía en pie. Salgado, García Pradas y otros estaban igualmente en pie. El fotógrafo Alfonso hizo de la escena una fotografía impresionante, a mi entender uno de los mejores documentos gráficos que se consiguieron durante la guerra, aparte de los relacionados con los frentes de batalla. La fotografía de Alfonso habla por sí sola; su expresividad es tanta que parece trucada en un estudio donde los personajes posaran bajo los focos.

Este fue el discurso que pronunció don Julián Besteiro:

> Conciudadanos españoles: Después de un largo y penoso silencio, hoy me veo obligado a dirigiros la palabra por un imperativo de la conciencia, y desde un micrófono de Madrid.
>
> Ha llegado el momento en que irrumpir con la verdad y rasgar la red de falsedades en que estamos envueltos, es una necesidad ineludible, un deber de humanidad y una exigencia de la suprema salvación de la masa inocente e irresponsable.
>
> ¿Cuál es la realidad de la vida actual de la República? En parte lo sabéis; en parte lo sospecháis o lo presentís; tal vez muchos, en parte al menos, lo ignoráis. Hoy, esa verdad por amarga que sea, no basta reconocerla sino que es preciso proclamarla en alta voz para evitar males mayores, y dar a la actuación pública urgente toda la abnegación, todo el valor que exigen las circunstancias.
>
> La verdad es, conciudadanos, que después de la batalla del Ebro, los Ejércitos Nacionalistas han ocupado totalmente Cataluña, y el Gobierno republicano ha andado errante durante largo tiempo en territorios franceses.
>
> La verdad es que, cuando los ministros de la República se han decidido a retornar a territorio español, carecen de toda base legal y de todo prestigio moral necesario para resolver el grave problema que se presenta ante nosotros.
>
> Por la ausencia, y más aún, por la renuncia del Presidente de la República, esta se encuentra decapitada.

Constitucionalmente el Presidente del Consejo no puede sustituir al Presidente dimisionario más que con la obligación estricta de convocar elecciones presidenciales en el plazo improrrogable de ocho días. Como el cumplimiento de este precepto constitucional es imposible en las actuales circunstancias, el Gobierno Negrín, falto de la asistencia presidencial y de la asistencia de la Cámara, a la cual sería vano dar una apariencia de vida, carece de toda legitimidad y no puede ostentar título alguno al respeto y al reconocimiento de los republicanos.

¿Quiere decir esto que en el territorio de la República exista un estado de desorden? El Gobierno Negrín, cuando aún podía considerarse investido de legalidad, declaró el estado de guerra, y hoy, al desmoronarse las altas jerarquías republicanas, el Ejército de la República existe con autoridad indiscutible y la necesidad del encadenamiento de los hechos ha puesto en sus manos la solución de un problema gravísimo, de naturaleza esencialmente militar.

¿Quiere decir esto que el Ejército de la República se encuentra desasistido de la opinión civil? Aquí, en torno mío, se halla una representación de Izquierda Republicana, otra del Partido Socialista, otra de la
U. G. T.
y otra del Movimiento libertario.

Todos estos representantes, juntamente conmigo, estamos dispuestos a prestar al Poder legítimo del Ejército Republicano la asistencia necesaria en estas horas solemnes.

El Gobierno Negrín, con sus veladuras de la verdad, con sus verdades a medias y con sus propuestas capciosas, no puede aspirar a otra cosa que a ganar tiempo, tiempo que es perdido para el interés de la masa ciudadana, combatiente y no combatiente. Y esta política de aplazamiento no puede tener otra finalidad que alimentar la morbosa creencia de que la complicación de la vida internacional permita desencadenar una catástrofe de proporciones universales, en la cual, juntamente con nosotros, perecerían las masas proletarias de muchas naciones del mundo.

De esta política de fanatismo catastrófico, de esta sumisión

> a órdenes extrañas, con una indiferencia completa ante el valor de la nación, está sobresaturada ya la opinión republicana toda. Yo os hablo desde este Madrid que ha sabido sufrir y sabe sufrir con emocionante dignidad su martirio; yo os hablo desde este «rompeolas de todas las Españas» que dijo el poeta inmortal que hemos perdido, tal vez abandonado en tierras extrañas; yo os hablo para deciros que cuando se pierde, es cuando hay que demostrar, individuos y nacionalidades, el valor moral que se posee. Se puede perder, pero con honradez y dignamente, sin negar su fe, anonadados por la desgracia. Yo os digo que una victoria moral de ese género vale mil veces más que una victoria material lograda a fuerza de claudicaciones y de vilipendio.
>
> Yo os pido, poniendo en esta petición todo el énfasis de la propia responsabilidad, que en este momento grave asistáis, como nosotros los asistimos, al Poder legítimo de la República que, transitoriamente, no es otro que el Poder militar.

Habló don Julián Besteiro en tono digno, apropiado a las circunstancias, sin desplantes ni disimulos, reflejando el espíritu que le impulsaba a dar aquel paso. Parece que al terminar se le saltaron las lágrimas.[4] A manera de información suplementaria que viene a demostrar cómo pueden enturbiar los sentidos y sentimientos la pasión política, transcribimos lo que comentan sobre el comportamiento de Besteiro en ese momento crítico de su historia, en el sesenta y ocho año de su nacimiento, dos testigos distintos. Así lo vio García Pradas: «Se acercó al micrófono don Julián Besteiro, encorvado físicamente por la edad y el sufrimiento…, le temblaba la voz de emoción y de fatiga; la cana melena le caía sobre las arrugas de la frente serena, de profesor, y las muñecas descarnadas hacían sonar levemente los puños almidonados de la camisa. Pero allí había un hombre enérgico…». Por su parte, Edmundo Domínguez lo describe así: «… con voz entrecortada, salpicando con saliva las cuartillas y tropezando con las palabras comenzó a leer el discurso…». Un tercer testigo, cuyo nombre desconozco pero que era redactor de la United Press, escribiría: «La voz firme de don Julián Besteiro…».

A continuación, Miguel San Andrés, de Izquierda Republicana,

leyó el manifiesto del Consejo, sin que su nombre fuera pronunciado, pues actuaba como portavoz de aquel:

> Trabajadores españoles. ¡Pueblo antifascista! Ha llegado el momento en que es necesario proclamar a los cuatro vientos la verdad escueta de la situación en que nos encontramos. Como revolucionarios, como españoles y como antifascistas, no podemos continuar por más tiempo aceptando la imprevisión, la carencia de orientaciones, la falta de organización y la absurda inactividad de que da muestras el Gobierno del Dr. Negrín. La misma trascendencia del momento que atravesamos, el carácter definitivo de los que se aproximan, hace que no pueda continuar ni un momento más el silencio y la incertidumbre, origen del más tremendo desconcierto que se deriva de la conducta suicida de un puñado de hombres que todavía continúa aplicándose a sí mismo la denominación de gobierno, pero en los que nadie cree, ni en los que nadie confía.
>
> Han pasado semanas desde que se liquidó con una deserción general la guerra de Cataluña. Todas las promesas que se hicieron al pueblo en los más solemnes momentos, fueron olvidadas; todos los deberes, desconocidos; todos los compromisos, delictuosamente pisoteados. En tanto que el pueblo en armas sacrificaba en el área sangrienta de las batallas millares de sus mejores hijos, los hombres que se habían constituido en cabeza visible de la resistencia, abandonaban sus puestos y buscaban, en la fuga vergonzosa y vergonzante, el camino para salvar su vida aunque fuera a costa de su dignidad. Esto es lo que no puede permitirse en el resto de la España antifascista.
>
> No puede tolerarse, que en tanto se exige al pueblo una resistencia organizada, se hagan los preparativos para una cómoda y lucrativa fuga. No puede permitirse que en tanto el pueblo lucha, combate y muere, unos cuantos privilegiados preparen su vida en el extranjero. Para impedir esto, para borrar tanta vergüenza, para evitar que se produzca la deserción en los momentos más intensamente críticos, es para lo que se constituye el Consejo Nacional de Defensa. Y hoy,

con plena responsabilidad de la trascendencia de la misión que nos imponemos; con la absoluta seguridad de la lealtad de nuestro pasado, de nuestro presente y de nuestro futuro, en nombre del Consejo Nacional de Defensa que recoge sus poderes del arroyo donde los arrojara el gobierno del Dr. Negrín, nos dirigimos a todos los trabajadores, todos los antifascistas, a todos los españoles, para, poniéndose al frente de los deberes que a todos incumbe, darles la garantía plena de que nadie, absolutamente nadie, podrá rehuir el cumplimiento de sus deberes y esquivar en la última pirueta arlequinesca la responsabilidad que le incumbe por sus palabras y por sus promesas.

Constitucionalmente, el Gobierno del Dr. Negrín carece de toda base jurídica en la cual apoyar su mandato. Realmente carece también de la tranquilidad y el aplomo, de la decisión de sacrificio que es exigible a todos los que, de una o de otra manera, pretenden ponerse al frente de los destinos de un pueblo tan heroico, tan abnegado como el pueblo español. En estas condiciones, al desconocer y negar la autoridad del doctor Negrín y sus Ministros para mantenerse en el poder, afirmamos nuestra propia autoridad de auténticos y genuinos defensores del pueblo español, de hombres que están dispuestos dando como garantía su propia vida, a que el destino de uno sea el destino de todos y a que nadie escape al cumplimiento de los sagrados deberes que a todos incumbe por igual.

No venimos a hacer frases. No venimos a jugar al heroísmo. Venimos a señalar el camino que puede evitar el desastre y a marchar junto con el resto de los españoles por ese camino con todas sus consecuencias. Aseguramos que no desertaremos ni toleraremos la deserción. Aseguraremos que no saldrán de España ninguno de los hombres que en España deben estar, hasta tanto que por libre determinación salgan de ella todos los que de ella quieran salir. Propugnamos la resistencia para no hundir nuestra causa en el ludibrio ni en la vergüenza. Para esto pedimos el concurso de todos los españoles. Y para esto, también, damos a todos la seguridad de que nadie, absolutamente nadie, escapará al cumplimiento

> de los deberes que le corresponden. «O nos salvamos todos, o todos nos hundimos», dijo el Dr. Negrín. Y el Consejo Nacional de Defensa se impone, como primera y última, como única tarea, convertir en realidad estas palabras. Para ello recabamos vuestro auxilio. Para ello exigimos vuestra colaboración. Y nos mostraremos inexorables con los que hurtan el pecho al cumplimiento del deber.

El discurso de Cipriano Mera, el más agresivo de los pronunciados ante el micrófono aquella noche, comenta García Pradas que fue él quien lo redactó. En cualquier caso, resultó una alocución muy propia de Mera que, de alguna manera, lo inspiraría o revisaría. Iba destinado a los combatientes libertarios y a los obreros de la misma tendencia para que advirtieran de manera fehaciente que ellos estaban también implicados en aquel golpe político-militar, que suponía la eliminación del Gobierno de Negrín y la integración de los demás antifascistas en un Consejo que los agrupaba. Leídos hoy estos discursos se hace difícil averiguar cómo pudo interpretarlos el radioescucha madrileño o de la zona republicana en general, pero hay que situarlos en el contexto de entonces, y lo que entendieron unos sería que se formaba un nuevo gobierno que iba a proponer la paz a los nacionales y que estos la aceptarían, mientras que otros lo interpretarían —a pesar de las palabras, a las cuales se atribuía valor secundario— como la iniciación de un camino que conduciría a una virtual rendición. Negrinistas y comunistas lo interpretarían como una traición y una amenaza.

Este es el texto del discurso de Cipriano Mera que, a pesar de que existen algunas dudas, nos atrevemos a situar en este orden:

> Trabajadores antifascistas: Españoles con dignidad. Un hijo del pueblo, carne de su carne y sangre de su sangre, militar porque desde julio de 1936 siente y cumple el deber ineludible de empuñar las armas para la defensa y la libertad de su patria, se dirige a vosotros con el corazón y la conciencia en los labios, para explicaros con toda sencillez la trascendencia de la actitud que con toda la responsabilidad asume en este momento histórico.

La derrota sufrida por las armas antifascistas en Cataluña me ha resultado, además de dolorosa, inexplicable, mientras no he tenido el convencimiento de que fue precedida por la traición de unos hombres dispuestos a vender a precio de oro y de orgía la sangre generosa del pueblo español. La traición aludida que nos hizo perder pedazos de nuestra Patria, que ha estado a punto de dar al traste con el movimiento obrero español y que ha puesto en peligro la dignidad del antifascismo que es nuestro interés moral de mayor valía, ha culminado en la actitud alevosa y criminal de Juan Negrín, gobernante indigno de los combatientes y de los trabajadores, cuya política personalista le ha hecho incompatible con los Ministros de su Gabinete y no tiene más finalidad que la de hacer un alijo con los tesoros nacionales y huir, mientras el pueblo queda maniatado frente al enemigo.

Durante las últimas veinticuatro horas ha sucedido todo lo que puede suceder donde hay gobernantes traidores a sus promesas, a su pueblo y a todos los principios ideológicos y morales. Esto nos ha creado una situación delicada, ante la cual, este militar que os habla con la emoción que le produce el recuerdo de su vida austera y dura de trabajador manual, piensa que solo se puede servir disciplinadamente a quien sirve a su Patria y que es indispensable enfrentarse con quien la roba, la vende o la traiciona. Las tres cosas ha hecho, como gobernante perjuro y desaprensivo, el doctor Negrín, y Cipriano Mera, albañil ayer y hoy uno de los Jefes del Ejército del Centro, pero siempre leal hijo del pueblo, al pueblo debe y quiere defender. Por eso se une a estos hombres de buena voluntad y de historia inmaculada, representantes del pueblo antifascista que constituyen el Consejo Nacional de Defensa y por eso también con toda su gente sobre las armas, y el pensamiento en la dignidad antifascista y de la Patria, os grita desde Madrid, desde este noble corazón del mundo: A partir de este momento, conciudadanos, España tiene un Gobierno y una misión: la paz. Pero la paz honrosa, basada en postulados de justicia y de hermandad. Estas palabras no son para vosotros sino para toda España. Sin humillaciones, ni debilidades, pero con la conciencia de nuestros actos,

> queremos la paz para España, pero, si por desgracia para todos, nuestra paz se pierde en el vacío de la incomprensión, también os digo serenamente que somos soldados y como tales estamos en nuestro puesto hasta sucumbir defendiendo la independencia de España.
>
> ¡Trabajadores y combatientes! ¡Antifascistas dispuestos a morir por el honor de nuestra causa! De cara a todos los traidores y todos los enemigos. ¡Viva la España invicta, independiente y libre! Todos en pie de guerra por la vida y el honor del pueblo que nos dio la misión de defenderle. ¡Viva su Consejo Nacional de Defensa!

Cerró aquel acto, que escucharían con asombro —alegrías, rabias, desesperación o alivio aparte— un elevado número de personas de ambas zonas y del extranjero, el coronel Segismundo Casado. La versión más autorizada de su discurso es la que aquí se transcribe, pues en su libro ni siquiera alude a que hablara, posiblemente porque el tono que empleó había dejado de complacerle, y, sin embargo, en el momento de pronunciarlo debía haberlo meditado y se reservó para él el último lugar, el que cerraba aquel acto trascendental:

> Españoles de allende las trincheras: Una vez más me dirijo a vosotros desde Madrid, quicio de la guerra, capital de la Patria y espejo de las virtudes españolas, fijándome poco en las ideas, los extravíos y las ambiciones que nos separan, pero mucho en el dolor que por igual sufrimos, y en el amor que no quiero suponer extinguido en vosotros, a este solar nativo que desde hace treinta y un meses estamos cubriendo de minas y de sangre.
>
> Soy lo que siempre fui y estoy donde siempre estuve. Militar que jamás intentó mandar a su pueblo, sino servirle en toda ocasión, porque entiende que la Milicia no es cerebro de la vida pública, sino brazo nacional. Quien os habla juró lealtad y leal a ella sigue; tenía la obligación de luchar por la libertad y la independencia de su pueblo y en defenderlas cifra su mayor orgullo. Desde el infausto día en que estalló la guerra, yo, como todos los militares no sublevados contra el

régimen que se dio a España, pacífica y legalmente, no he tenido que hacer abjuración alguna, ni he tenido que renovar promesas de lealtad. Me he limitado a cumplir mi obligación.

Y sin más títulos que este del deber cumplido, me dirijo a vosotros, compatriotas, con el dolor de España en el corazón y su nombre en los labios, para advertiros que el pueblo ha tenido conciencia y gallardía suficientes para buscar, en medio de los horrores de la guerra, el camino de la paz mediante la conciliación en la independencia y en la libertad.

Estos dos motivos de la guerra defensiva que sostiene la República, son los crisoles en que se funden todos los anhelos populares del lado de acá de las trincheras y así lo hemos proclamado tantas veces cuantas fueron menester y de modo rotundo y decisivo en ocasión reciente.

No luchamos por nada ajeno a nuestra voluntad y a nuestro interés de españoles. Queremos una Patria exenta de toda tutela extraña, libre de toda supeditación a las ambiciones imperialistas que van a devastar, otra vez, a Europa y capaz de regirse internamente con plena libertad. «No hay margen para otra política que la identificación absoluta con este intento supremo de defender la España no invadida, mientras llega el momento de la independencia en la libertad y en la seguridad». Altas palabras que tienen hoy por mandato todos los partidos políticos y todas las organizaciones obreras de esta zona. Altas palabras, compatriotas, que también a vosotros van dirigidas y que se quiera o no se quiera os han de obligar, tanto en conciencia como a los españoles del lado de acá de los frentes. Asimismo, no nos afectan únicamente a nosotros, sino a vosotros también os atañen en la misma medida, estas frases con que hemos expresado el dilema que tenemos delante y la decisión con que lo mira el pueblo. «O todos nos salvamos o todos nos hundimos en la exterminación y el oprobio». Nuestra suerte está echada y solo depende de nosotros mismos el salir del trance difícil, por nuestra voluntad y nuestra resolución común. Escoged, españoles de la zona invadida, entre los extranjeros y los compatriotas. Entre la libertad fecunda y la ruinosa esclavitud; entre la paz y el provecho de España o la

guerra al servicio de la locura imperialista. En nuestra zona no hay extranjeros. Para que el carácter de nuestra lucha no quede en dudas mal intencionadas, hemos prescindido de la ayuda que quisieron prestarnos algunos hombres de diversos países sin intervención de ningún Estado. Solo españoles hay en nuestro Ejército… Volved los ojos al interés patriótico. La mirada en España. Es esto lo que nos importa como base de cualquier aspiración que lícitamente podamos tener.

Nuestra guerra no terminará mientras no aseguréis la independencia de España. El pueblo español no abandonará las armas mientras no tenga la garantía de una paz sin crímenes. ¡Establecedla! No soy yo quien así os habla. Os dice esto un millón de hombres movilizados para la guerra y una retaguardia sin fronteras de retirada, dispuesta a batirse y luchar a muerte por la consecución de estos fines que son la paz.

Asegurar la paz de España y evitar que nuestro país se sumerja en un mar de sangre, de odio y de persecución que hagan imposible por muchas generaciones una patria española unida por algo más que la dominación extranjera, la violencia o el terror.

En vuestras manos, que no en las nuestras, están hoy la paz —necesaria para que España se recobre a sí misma— y la guerra —sangría que la debilita y la desbrava para ponerla al servicio del invasor—. Escoged, que si nos ofrecierais la paz, encontraríais generoso nuestro corazón de españoles, y si continuaseis la guerra, hallaríais implacable, segura, templada como el acero de las bayonetas, nuestra heroica moral de combatientes. O la paz por España o la lucha a muerte. Para una y para otra decisión estamos dispuestos los españoles independientes y libres que no tomamos sobre nuestra conciencia la responsabilidad de destruir nuestra Patria.

¡Españoles! ¡Viva la República! ¡Viva España!

Sin entrar en consideraciones sobre el fondo y la razón de este discurso, y ateniéndonos a la finalidad que perseguía, después de haber tomado contacto con el enemigo y conocer su posición, hay que considerarlo impolítico. Tuvo que ser escuchado en la otra zona

y si no lo fue en el cuartel general llegaría su texto taquigráfico hasta las más altas instancias. No resultaría aventurado suponer que el posterior trato que recibió Casado vendría influido por las manifestaciones que aquella noche hizo por radio, un medio de difusión multitudinario, que reiteró en posteriores declaraciones. Temía Casado aparecer como blando o entreguista ante los republicanos del frente y la retaguardia y muy en particular ante los anarquistas, que todavía no conocían sus contactos con el enemigo, por lo menos en su verdadero alcance. Creía —equivocándose una vez más, engañado por la propaganda— que en la zona enemiga su discurso iba a promover un estado de opinión pactista y rectificador de las duras posiciones manifestadas. Si laudable parecería esto último como íntimo deseo, resultaba tremendo error de cálculo político en quien desde aquel momento se erigía en jefe de un gobierno deseoso de liquidar la guerra. Tampoco puede dejarse de considerar que, fuese cual fuese el discurso que hubiese pronunciado, los resultados finales habrían sido idénticos; en apoyo de esta suposición viene la reiterada y nunca desmentida actitud de Burgos manifestando que solo aceptaría una rendición incondicional.

En 1940, poco tiempo después de los hechos que venimos narrando, dos autores ligados a los servicios nacionales en la retaguardia republicana, publicaron un libro: *Ocho días. La revuelta comunista,* en el cual se transcriben y comentan los discursos en tono desfavorable, y se añade: «… Por eso también han de pretender entablar "negociaciones", cuando por orden de nuestros mandos militares, los agentes nacionales en campo enemigo les habíamos hecho saber de una manera clara y terminante que solo se aceptaría la rendición sin condiciones, entregados a la magnanimidad del Caudillo». Y de este mismo libro, redactado con la violencia que se usaba en la época, copiamos el siguiente párrafo: «Tanto los unos como los otros, los comunistas como los partidarios de Casado, no tenían más motor para sus acciones que el miedo. A los unos este miedo les impulsaba a seguir defendiéndose de quienes venían a exigir estrecha cuenta, implacablemente, de tanta vileza y tanto crimen. A los otros, el mismo miedo a rendir cuentas de su actuación alevosa y ruin, les decidió a levantarse contra sus cómplices, esperando con ello hacerse gratos a España. Ni unos ni

otros pensaron jamás noblemente. Eran los de siempre. Fieras que viéndose acorraladas se despedazaron entre sí, con la desesperación de lo irremediable». En esta obra se hace algún elogio de Besteiro, a quien tratan con mayor consideración que a los demás. Ya sabemos que Besteiro sería condenado a una pena de prisión que, dada su edad, significaba morir irremediablemente en la cárcel, como así sucedió.

Terminado el acto de constitución del Consejo de Defensa, se fueron disolviendo los que en el mismo participaron; el paso estaba dado, cualquier retirada cortada. La tensión individual y colectiva se relajó.

A los periodistas se les autorizaba a abandonar el edificio y con apresuramiento se dirigieron a las redacciones y oficinas de prensa.

XIX

A partir de ese momento de nuevo se produce la confusión entre los distintos testigos que reflejan las reacciones del Gobierno y de quienes le acompañaban, que estaban reunidos en Elda y, al parecer, en la sobremesa de la cena. Habían interrumpido el Consejo de Ministros que, según todas las apariencias, pensaban continuar después del ágape, al cual asistieron personas ajenas al gabinete. Son varios los que en Madrid permanecieron junto a Casado durante las conversaciones telefónicas que siguieron al acto de constitución del Consejo, y que han escrito libros o manifestado su testimonio por otros medios. Asimismo son numerosos quienes estaban en Elda y hablaron por el cabo opuesto del hilo telefónico o escucharon las conversaciones, y después han dado su personal versión. Está lo escrito por Casado que, como protagonista principal, es quien más habló. Ni uno solo de los testigos coincide; pero aquí las discrepancias son de menos monta que en otros sucesos y apenas inciden en lo esencial. No debe causar perplejidad la diferencia de versiones; cuantos desde Madrid o Elda participaron en aquellos hechos como actores o testigos vivieron instantes de particular y justificada tensión emocional. Unos escribieron al poco tiempo de lo sucedido, otros lo han hecho muchos años después. Casi todos propenden a resaltar sus propias palabras, en caso de que las pronunciaran, y la actitud personal que adoptaron, y, como es de suponer, a acomodar diálogo, tono y circunstancias a lo que les parece más conveniente a sus antiguas y posteriores posiciones políticas, a sus amistades y enemistades y a los demás extremos por los que se muestran interesados. Muchos son los autores de libros sobre la guerra que se han limitado a seguir una de las versiones en curso y a darla por buena; otros han hilado algo más delgado al

compulsar dos o más versiones. Aparte de haber hablado personalmente por lo menos con cuatro de las personas que estuvieron presentes a uno u otro lado del teléfono (dos de las que sostuvieron diálogos) he procurado contrastar el mayor número de testimonios posibles y, conociendo la idiosincrasia de los personajes, permito dar, no como indiscutiblemente verídicas pero sí como aproximadas, las versiones de las distintas llamadas que entre los sótanos del Ministerio de Hacienda y la «posición Yuste» se fueron produciendo a lo largo de aquella noche. Como a pesar de la diversidad de detalles nada de lo sustancial cambia, los márgenes de error hay que considerarlos muy escasos.[1]

Estaban, pues, cenando o de sobremesa los ministros y otras personas, entre ellas el general Matallana, único de los tres —Casado, Miaja y él— que había acudido a la convocatoria, y jugaba o le hacían jugar el papel de discreto rehén. Hacia las 11 de la noche se había interrumpido el Consejo. Poco después de medianoche alguien entró a informar que por Unión Radio Madrid se estaba insultando al Gobierno y uno de los reunidos comentó que pudiera tratarse de una emisora facciosa que simulara ser la de la capital. Para comprobarlo se hizo telefonear al Ministerio de Hacienda. Aquí hay que preguntarse por qué, si deseabas telefonear a Casado, no lo hacían a su puesto de mando en la «posición Jaca» o a su domicilio. Nada excluye de que así lo hicieran y que en alguno de estos lugares les indicaran que se hallaba en el Ministerio de Hacienda.

Por conducto particular me fue dada una versión según la cual la llamada telefónica procedía de Segismundo Casado desde Madrid; según el informante, el primer diálogo lo sostuvieron Casado y Negrín. Es la misma versión de Max Aub en *Campo del moro*. Aun tratándose de una novela con personajes imaginarios, otros en clave y muchos con sus auténticos nombres, a pesar de que Max Aub utiliza las libertades que a la novela pueden permitírsele, en algunas escenas el autor utilizó testimonios directos que le mantuvieron informado. Lo que ocurre es que en el caso a que estoy refiriéndome el informante de Max Aub y el mío fueron la misma persona; no existe duda de que estuvo presente, si bien transcurridos tantos años la memoria pudo flaquearle. También a ambos se nos ha contado que Miaja se hallaba aquella noche en

«Yuste», presencia que no confirma ningún otro testimonio, antes al contrario, es negada de manera expresa.

Parece más probable que la llamada telefónica partiera de Elda y que no fuese el propio Negrín quien directamente se pusiera al aparato, que antes lo hiciera alguno de los ministros, posiblemente Paulino Gómez, si bien Álvarez del Vayo afirma que quien llamó para comprobar si se trataba de verdad de Radio Madrid fue el general Cordón. Da lo mismo.

Lo suficientemente demostrado es que Negrín y Casado sostuvieron una conversación telefónica hacia la 1 de la madrugada, que el presidente del Consejo le interrogó sobre si era cierto que se había sublevado y que el coronel Casado contestó afirmativamente. Sabemos que el diálogo fue corto y el tono seco, irónico por parte de Casado, despectivo o conciliador por la de Negrín. Las posiciones de ambos quedaron claras. El primer impulso de Negrín fue destituir a Casado, pero este le negó autoridad para hacerlo, tanto a él como a su Gobierno. También parece, puesto que son varios los que coinciden en este detalle, que Negrín daba a Casado tratamiento de general por haber sido recientemente ascendido; Casado le objetó con descortesía que no era más que coronel, porque su ascenso no había sido refrendado por el presidente de la República, lo cual era una manera de resaltar que el Gobierno se arrogaba prerrogativas que no le correspondían.

A lo largo de la noche y con penosas interrupciones impuestas por deficiencias del servicio telefónico (Elda era una pequeña ciudad y el edificio «Yuste» estaba apartado, aunque al instalarse el presidente se hubiesen tomado algunas providencias para mejorar los servicios, Madrid y el Ministerio de Hacienda tenían que comunicarse por medio de las empleadas de distintos centros telefónicos que enlazaban unos con otros), Giner de los Ríos habló con Besteiro, Paulino Gómez con Casado, Cordón también lo hizo con alguien, Segundo Blanco dialogó con Casado y, según algunos, lo hizo con su compañero Eduardo Val, mientras otros afirman que tanto Val como García Pradas se negaron a ponerse al aparato al requerimiento que aquel les hacía.

Los miembros del Consejo —Casado, que llevaba la voz cantante — trataron de atraerse a algunos ministros y les invitaron a presentarse en Madrid, significándoles que contra ellos no iba la

cosa. Los ministros no aceptaron la invitación. En algún momento, probablemente en la conversación de Negrín con Casado, a pesar de que algunos autores lo niegan, se propuso, sea directamente por parte del presidente o por persona interpuesta, una transmisión oficial de poderes del Gobierno al Consejo de Defensa recién instaurado. Y Casado, que deliberó con los consejeros y en particular con Besteiro, se negó a admitirla. Dos razones le movieron a esta negativa: considerar que el poder ni de hecho ni de derecho estaba en manos del Gobierno sino en las suyas, y porque deseaba mantener distancias y romper cualquier nexo, por leve que fuese, con aquel Gobierno y, por ende, con cualquier situación anterior y presentarse ante todos, y en particular ante Burgos, con un poder nuevo «limpio de culpas», que achacaría a los demás, y con carácter ampliamente representativo.

La noticia de la sublevación de Casado en Madrid produjo en Elda sorpresa y desánimo; quizás en la mayoría desasosegado alivio, pues se trataría de un alivio muy relativo el saberse liberados de cargas después de tantos meses de guerra; el desasosiego procedía del precio que se pagaba. El que otros fueran a pechar con el peso de la derrota no excluía la punzante realidad de esa derrota. Por otra parte, eran jefes con mando militar quienes se sublevaban y «Yuste» estaba protegido por una guardia de «guerrilleros».

Pretenden algunos que el Consejo de Ministros se reanudó, pero no parece que ocurriera así. Se cambiaron impresiones entre el presidente y algunos ministros y entre aquel y estos con militares, dirigentes del PCE y otras personas con significación política.

Bouthelier y Mora refieren que desde «Yuste» Santiago Garcés comunicó telefónicamente con Ángel Pedrero, jefe del SIM del Centro, pero que este no le atendió porque estaba de acuerdo con el Consejo. Pretendía Garcés que detuviera a los golpistas mediante un rápido contragolpe y en vista de la negativa de Pedrero recurrió, esta vez por teletipo, al secretario, que se llamaba Octaviano Sousa, y que era comunista o simpatizante. Como este último se hallaba ausente de Madrid, fue Pedrero quien recibió el teletipo y lo contestó diciendo que allí todos estaban de acuerdo con el Consejo, con lo cual fracasó la gestión de Santiago Garcés.

Por teléfono y teletipo se hicieron gestiones cerca de los mandos militares de otros ejércitos no sublevados aún, y aunque algunos

afirmen lo contrario, la impresión que recibieron Negrín, Cordón y los ministros fue desoladora. Quien se mostró más duro fue Leopoldo Menéndez, que amenazó de manera directa a los reunidos en Elda si no se ponía en libertad a Matallana y este se restituía de inmediato a Valencia. Con respecto a esta actitud del general Menéndez el acuerdo es casi unánime; poseemos además testimonio directo de miembros de su cuartel general que lo corroboran.

Manifiesta algún autor que Moriones y Escobar dieron su adhesión al Gobierno; no parece verosímil que así ocurriera. En el caso de Moriones nada puede afirmarse ni negarse con suficiente fundamento, pues el Ejército de Andalucía no hizo ningún movimiento en favor del Gobierno, pero su jefe fue relevado por el Consejo de Defensa. A pesar de no hallarse formalmente prevenido de que la sublevación fuera a producirse, Escobar obedeció al Consejo; su conducta posterior lo acredita.

Cuanto se relaciona con la presencia y actitud de Matallana en «Yuste», viene tocado de contradictorias imprecisiones. En general su conducta, vista desde fuera, es considerada como ambigua, pues se debatía entre sentimientos encontrados. Unos le tratan bien y otros, como Zugazagoitia, que no estaba presente, mal. Afirma Casado que fue él quien presionó a Negrín para que le dejaran en libertad. Los más se inclinan a que la amenaza, muy directa y terminante, provenía de Menéndez. Nada excluye que se ejercieran presiones paralelas desde Valencia y Madrid. No faltan quienes afirman que Matallana abandonó la «posición Yuste» cuando quiso y se aducen testimonios de despedidas lacrimosas.

Poseo una versión procedente del Grupo de Ejércitos, que merece crédito y que viene a corroborar que la gestión definitiva fue la de Menéndez. Cuando Matallana acudió al requerimiento de Cordón y Negrín, lo hizo con suspicacias. Y quedó convenido con uno de los jefes de su EM un lenguaje en clave por si le ocurriera algo anormal. Según contó después el propio Matallana, le comunicaron —¿Cordón?, ¿Negrín?— que los militares que en Los Llanos se manifestaron contrarios a la resistencia iban ® ser destituidos y reemplazados. Tuvo ocasión de telefonear al jefe de del Grupo y hacerle saber que se le retenía arrestado. En su EM decidieron comunicárselo a Menéndez quien, dejando un sustituto en su cuartel del Ejército de Levante, se había trasladado a la

posición «Pekín» en Torrente, donde pasó el resto de la noche para evitar quedara descabezada la Agrupación de Ejércitos, que es lo que podía sospecharse pretendía el Gobierno.

En algún momento de la noche telefoneó Menéndez y pudo comunicar con el jefe del Gobierno, a quien conminó a que pusiera en libertad a Matallana. Debió recibir una respuesta esquiva o desabrida porque le anunció que tenía detenidos a cuarenta rehenes cuyas vidas respondían de la del general, que solo consideraría libre en el momento en que se restituyera a su puesto de mando.

Hacia las 4 o las 5 de la madrugada Negrín cogió aparte a su ministro de Comunicaciones y Transportes y le encargó que, como en Monóvar no había aviones para trasladarse a Francia, ordenara al coronel Camacho que le proporcionara aparatos de Albacete (de Los Llanos) en donde tenía establecida la Jefatura de la zona Centro-Sur. Camacho solo pudo enviarle tres aparatos. Por lo que nos cuenta Hidalgo de Cisneros, él no intervino en este trámite y en cambio fantasea sobre el peligro de un ataque casadista que les amenazaba.

La decisión de pedir que le mandaran aviones desde Los Llanos presuponía la de abandonar el territorio republicano. Se hizo una última gestión para conseguir que el Consejo aceptase un traspaso de poderes encaminado a revestir de mínima legalidad la marcha del Gobierno. La gestión se llevó a efecto por medio del teletipo, y su texto castellano figura precisamente en la citada novela *Campo del moro*. En *Les batailles de la liberté* Álvarez del Vayo imprime un texto parecido, que cree es la única copia que existe del auténtico que se cursó. Pensé que habría más copias, procedentes del extremo opuesto del aparato, y he pugnado por obtener alguna, sin conseguirlo. Entre ambos textos existen varias diferencias. El que transcribe Del Vayo ¿es una traducción algo libre del español al inglés y de este idioma al francés?

Doy la versión de Max Aub cuya plena autenticidad no puedo garantizar, pero tengo motivos para suponer que es copia literal del teletipo, que le sería facilitada por don Bernardo Giner de los Ríos. Este es el texto:

> El gobierno de mi presidencia se ha visto dolorosamente sorprendido por un movimiento que no parece justificado ni

por las discrepancias en los propósitos que anuncia ese Consejo en su manifiesto al país, a saber: una paz rápida y honrosa sin persecuciones ni represalias que garantice la independencia patria, ni por la manera en que las negociaciones habían de iniciarse. Si impaciencias que en los no conocedores de la situación real de nuestras gestiones pueden justificar interpretaciones equivocadas de actos de gobierno, que solo ha buscado que se conserve el espíritu de unidad que informa su política, hubieran permitido aguardar a la exposición que sobre el momento actual iba hacerse la noche de hoy en nombre del Gobierno, a buen seguro que este infortunado episodio habría quedado inédito.

Si una inteligencia entre el Gobierno y los sectores que parecen discrepantes se hubiera establecido a tiempo, a no dudarlo hubieran aparecido borradas toda clase de diferencias. No se puede corregir el hecho, pero sí es posible evitar que acarree males graves a los que fraternalmente han combatido por un denominador común de ideales y, sobre todo, a España. Si la semilla del daño se depura a tiempo, puede dar frutos debidos. En aras de los intereses sagrados de España debemos todos deponer las armas y si queremos estrechar las manos de nuestros adversarios, estamos obligados a evitar toda sangrienta contienda entre quienes hemos sido hermanos de armas. En su virtud, el Gobierno se dirige a la Junta constituida en Madrid y la propone designe una o más personas que puedan amistosa y patrióticamente zanjar las diferencias. Le interesa al Gobierno, porque le interesa a España, que en cualquier caso toda eventual transferencia de poderes se haga de una manera normal y constitucional. Solamente de esta manera se podrá mantener enaltecida y prestigiada la causa porque hemos luchado. Y solo así podremos en el orden internacional conservar las ventajas que nuestras escasas relaciones aún nos preservan. Seguros de que al invocar el sentimiento de españoles esa Junta prestará oído y atención a nuestra demanda, le saluda, Negrín.[2]

Este teletipo no mereció contestación por parte de los del

Consejo de Defensa; habían jugado fuerte y no cedían en nada. Por si fuera poco, se debatían cuestiones personales, rivalidades políticas llevadas al paroxismo, viejas cuentas. La posibilidad de pacto apenas era imaginable, a pesar de que a uno y otro lado de la brecha quedaran individualidades fluctuantes.

Vamos a hacer un corto intermedio antes de trasladarnos de nuevo al lado opuesto del teletipo, a los sótanos del Ministerio de Hacienda, en aquella noche crucial de la guerra española, a cuyo largo se producía la crisis más aguda, la que precipitaría el final. Nos hallamos en los momentos supremos: lo que suceda hasta el llamado parte «de la victoria» será históricamente de orden secundario, aunque en lo personal, humano e incluso político, pueda revestirse de dramatismo y desesperación.

En la zona nacional muchos oyeron aquellas alocuciones y discursos inesperados; existirían también escuchas que los trasmitirían a los altos mandos y autoridades superiores. En todos ellos la impresión fue, o debió ser, unánime: la guerra había terminado, la descomposición del enemigo representaba el final de la resistencia. En los medios oficiales se consideró el golpe de Casado como episódico y se enjuició despectivamente, pero la convicción de que el final era inminente les afectó a todos: la victoria —porque no se trataba de acabar la guerra sino de alcanzar la victoria— se situaba a escasos días o semanas.

Existen tras el golpe de Casado unos aspectos mal dilucidados —¡todavía!— sobre los cuales el silencio no se ha roto más que parcialmente y, sin embargo, aquí y allá se perciben síntomas que merecen una alusión.

Conocemos la actitud de Julián Besteiro, que se acredita por su postura antes, durante y después del golpe y de la cual dará testimonio público en sus manifestaciones, escritos, en su propia entrega expiatoria, en el consejo de guerra a que fue sometido y hasta en su agonía y muerte. Deseaba terminar como fuese la guerra, acabar con la matanza y los padecimientos del pueblo español. Sabemos en qué puntos se equivocó. Republicanos y socialistas pretendían conseguir una solución pactada, un mínimo de condiciones que les garantizara la conservación de vidas y

legítimas haciendas; a quienes suponían pudieran ser reos o víctimas de rigurosos castigos aspiraban a que se les permitiera expatriarse. Creyeron también, con manifiesto error, que gozaría de validez el refrán de «A enemigo que huye, puente de plata». Como declararía con posterioridad Wenceslao Carrillo, querían evitar que la máquina bélica del enemigo se pusiera en marcha al desencadenar la anunciada ofensiva. ¿Miedo personal, cobardía, como aseguran Bouthelier y Mora, citados pocas páginas atrás? No lo parece. Esos mismos autores, que se vieron envueltos en peligros, sabrían que el miedo existe y actúa sobre el ánimo mejor templado y que puede convertirse en motor de determinadas acciones, pero también les constaba que no debe generalizarse y cabe la posibilidad de que lo hicieran por expreso deseo de ofender al enemigo. En cuanto al numantinismo, insisto, tampoco es prudente ensalzarlo hasta el grado de primera virtud.

Una tercera e importante fuerza entraba en aquel juego: los anarcosindicalistas de la Regional del Centro. Resulta evidente que ellos deseaban la paz como el resto de los españoles; pero en cuanto a llegar a ella por vías de rendición, se mostraban más suspicaces y exigentes con respecto a las débiles garantías que ofrecía el virtual vencedor y desechaban sus vagorosas «piedades». Exigirían, o deseaban exigir, condiciones claras y terminantes. Una vez dado el paso, cualquier retroceso resultaría impracticable; y lanzada al aire la palabra paz, en el frente y en la retaguardia habríanse disipado las posibilidades de levantar los ánimos para conseguir una reavivación del espíritu de resistencia desesperada. Eliminar a Negrín y a los comunistas para proponer la paz representaba en alguna medida entregarse a merced del enemigo, fortísimo como maquinaria militar y potenciado por una personalidad jurídica que, aunque ellos nunca llegarían a aceptar, lo estaba siendo por parte de las democracias. Y en la ayuda de la URSS resultaba obvio que no podían confiar a ningún precio. Parece que se proponían garantizarse contra el enemigo amenazándole con represalias.

Casado estaba situado en el centro: era cerebro y promotor del *putsch,* quien manejaba el conjunto de los hilos de la complicada trama. Habla en sus memorias de que en Madrid había almacenados explosivos, que podían producirse voladuras, que no podrían evitarse actos de desesperación que inducirían a asesinatos en masa,

destrucciones de edificios, industrias, obras de arte… Quien leyere el libro interpretará que esos desafueros quienes estaban inclinados a cometerlos eran los comunistas y que él, al eliminarlos, evitó tan horribles males. Jugar con esa amenaza era una de las bazas para obtener las dilaciones que imponía la rendición escalonada y presionar para mantener puertas abiertas a los más comprometidos. Sin embargo, hay indicios de que esas posibles represalias, esos rehenes a los cuales en forma imprecisa se aludía, los actos de desesperación anunciados, podían temerse de parte de los anarquistas y que algunos de sus dirigentes hubiesen deseado esgrimir la amenaza como garantía para ellos y los suyos; no parece que pensaran llevarla a vías de hecho. ¿Habían propuesto los anarquistas a Casado la preparación de algunas voladuras y la concentración de buen número de rehenes derechistas para que sirvieran de aval con respecto a las condiciones de rendición que se pactaran? Hace años que Cipriano Mera tenía redactado el borrador de unas memorias que es de esperar que se publiquen íntegras. En ellas puede darse respuesta rotunda a las sospechas que manifiesto. ¿Se trataba de un proyecto, de un estado de ánimo generalizado, que no llegó a concretarse de manera suficiente? ¿De un propósito que las circunstancias aconsejaron abandonar? Terminada la lucha con los comunistas, Mera se desentiende del Consejo y regresa a su puesto de mando en Alcohote. De la lectura de los testimonios más próximos a los episodios —Pradas, Guzmán, Casado— solo conjeturas pueden formularse; lo cierto es que nada de aquello sucedió.

A quien la idea, por ejemplo, de que se volaran las minas de Almadén o se fusilaran rehenes, o de que sin llegarse a cumplir tan tremenda decisión se especulara con ella, le horripile, tendrá que formularse una pregunta: ¿Qué destrucciones se llevaron a cabo implacablemente a lo largo de la guerra? Y otra, aún más inquietante: ¿Cuántos anarcosindicalistas fueron fusilados durante la guerra y cuántos lo serían después del 1.° de abril de 1939? Quienes luchan en un bando menosprecian los muertos causados al enemigo; que no se escandalicen demasiado si al enemigo le ocurre algo semejante con los propios.

Jesús Hernández relata sus andanzas, y con ello pone en evidencia el desconcierto de los miembros del PGE en sus instancias más elevadas, empezando por él. Solo excluye al enigmático y distante Palmiro Togliatti, a quien supone emisario de oscuros designios, y puede que simplemente cumpliera con la misión —al considerarse la guerra perdida— de procurar que las cosas ocurrieran con el mínimo quebranto para los escalones superiores del PCE, la III Internacional y, en definitiva, la URSS.

Escribe Hernández que el día 5 de marzo, por la tarde, se trasladó a Valencia con Enrique Castro Delgado y que visitaron a Miaja que se mostraba indignado por su nuevo cargo (que Hernández equivoca, puesto que era de inspector general) al acceder al cual quedaba desposeído de mando directo de tropas. Interpretando —por la actitud del general Miaja y por el ambiente que se percibía en la ciudad— que iba a suceder algo grave, convocó una reunión en la cual participaron Castro, Larrañaga, Delage y Zapiráin y decidieron que debían tomarse medidas para que las tropas que iban a permanecerles fieles —aquellas con mando del Partido— se dispusieran a desplazarse hacia Madrid y que los tanques, los blindados y grupos de guerrilleros estuvieran dispuestos para entrar en Valencia. Añade que Castro se trasladó a Elda para dar cuenta al buró político de estos acuerdos. En *Hombres made in Moscú,* Castro Delgado nos lo relata de otra manera, y sitúa esa reunión y el desplazamiento subsiguiente después y no antes, de la constitución del Consejo. ¿Equivoca Hernández la fecha? ¿Pretende hacernos creer que su clarividencia le permitió anticiparse a los acontecimientos y que, a pesar de estar advertida, la dirección del Partido no tomó las providencias más elementales para que abortara el golpe o colocarse en posición ventajosa para reducirlo?

Después de la proclamación del Consejo de Defensa, Hernández sitúa una segunda reunión (sin la presencia de Castro, que ha «despachado» a Elda), en la cual se hallan presentes Larrañaga, Zapiráin y Palau, secretario del PCE en Valencia, a los cuales se añadió Cimorra, secretario o ayudante del propio Hernández. Se dirigieron después a un palacete de la huerta valenciana en el cual tenía instalado su cuartel general el consejero militar soviético general Borov. Describe una escena muy viva: el general,

intérpretes, ayudantes y demás personal del séquito se afanan en destruir papeles y han encendido hogueras en mitad del salón. Abandonaba España, se marchaba. Requiere Hernández a Borov para que le dé consejos «técnicos», sobre cómo podría oponerse a Casado, arbitrar recursos, movilizar fuerzas. Cuenta que el asesor le miró asombrado y que le replicó que no deseaba dejarse atrapar, que a quien competía tomar decisiones era al Gobierno. «Me marcho ahora mismo —fueron sus palabras, según Hernández—, mi deber está cumplido. Esto ya no es asunto nuestro sino de los españoles».

Sigue relatando que estableció allí mismo, y tras la precipitada marcha de los soviéticos, un provisional puesto de mando, ya que el Grupo de Ejércitos (y se supone que las tropas de guarnición) estaban acuartelados. Comenzó a telefonear a los oficiales comunistas de las distintas unidades y a impartir órdenes, que no precisa en qué consistían. Telefoneó a Negrín, a quien halló en inconveniente estado de apatía y reunido con los ministros. En el transcurso de unas horas habló dos veces con Vicente Uribe, ministro de Agricultura, cuya respuesta era que el Gobierno se hallaba deliberando, sin concretar más, lo cual colmaba la impaciencia de Hernández.

Sin poder precisar si el hecho guarda relación con las medidas tomadas por Jesús Hernández, que por pertenecer al buró político y por su alta categoría en el comisariado gozaba de autoridad innegable dentro del Partido, en el pueblo de Benimamet, cercano a Valencia, en la plana mayor del XIV Cuerpo de Ejército (una unidad especial que acogía a los llamados guerrilleros), se hallaban reunidos el jefe de estos, mayor Domingo Hungría, Valentín González «El Campesino», que no tenía entonces mando de unidad, el mayor José Recalde Vela, jefe de la 47 División del Cuerpo de Ibarrola, y otros jefes, oficiales y comisarios. El ambiente era denso y se fumaba y consumía café con nerviosismo. En esta reunión se presentó un miembro del comisariado de la Agrupación de Blindados, Manuel González Bastante, cuyo puesto de mando estaba en Calabarra. Era portador de un sobre cerrado y la orden que había recibido el comisario-correo era la de comerse los papeles que

contenía el sobre en caso de ser detenido o interceptado en el camino. Sobre y orden procedían del comisario Luis Sendín, de la Agrupación de Blindados de la zona Centro-Sur, dotada de efectivos muy importantes.

En la reunión se discutía y planeaba la manera de hacer frente a la sublevación en Levante, pues el hecho de que el general Menéndez se hubiese trasladado (hecho que nos es conocido) desde su puesto de mando del Ejército de Levante, en Bétera, al de la Agrupación de Ejércitos, de donde Matallana se había ausentado, coincidiendo con otros informes y actitudes, resultaba para ellos demostrativo de que se sumaban a Casado y Besteiro. Después de esta reunión se hizo un recuento de los comunistas con mando en las distintas unidades y se acordó arrestar a cuantos militares procedentes del antiguo ejército no fuesen de absoluta confianza para los comunistas. En la Agrupación de Blindados se había producido en fecha reciente la sustitución de su jefe, el coronel Julio Parra, por otro militar que al parecer se apellidaba Navarro (sin muchas seguridades sobre este nombre); no se le designó sustituto al deponerlo sino que se hizo cargo del mando efectivo un comité de oficiales y comisarios.

La respuesta inmediata del general Menéndez fue la detención de Luis Sendín con amenaza de fusilarlo en caso de que Navarro (¿Ernesto Navarro Márquez, quizá?) recibiera algún mal. El puesto de mando de la Agrupación en Torrente se fortificó y hasta se colocaron alambradas.

En Madrid, y aparte de las conversaciones que se sostenían con la «posición Yuste» a lo largo de la noche y que han quedado relatadas, se reciben numerosas llamadas telefónicas de jefes militares que se adhieren, que envían enhorabuenas, que recaban órdenes. Llegan asimismo mensajes en parecidos términos de elementos políticos y sindicales. Puede decirse, en general, que la proclamación del Consejo es favorablemente acogida, salvo por los comunistas convencidos, militantes sinceros y por sectores negrinistas procedentes del socialismo o de los partidos democráticos.

En su calidad de consejero de Gobernación Wenceslao Carrillo establece contacto con los gobernadores civiles, que se ponen a sus órdenes, salvo el de Guadalajara —que sabemos había sido

arrestado—, el de Cuenca y el de Castellón —que evidentemente no residía en la capital de la provincia—, que aun siendo comunista hay quienes afirman que acató al Consejo y a Carrillo, si bien no puede determinarse con certeza porque a lo largo de la noche se mintió y exageró mucho.[3]

Pero la actividad más importante de Casado en aquella madrugada fue tantear la disposición de los jefes de los tres Cuerpos de Ejército que, con el IV de Mera, integraban el Ejército del Centro y le estaban directamente subordinados. Las versiones que tenemos proceden de Casado o de fuentes allegadas, por lo cual —y en particular la que se refiere a Barceló, que después sería fusilado— conviene aceptarlas con reservas aunque pudieran ser ciertas en líneas generales.

El I Cuerpo de Ejército estaba mandado por el coronel Luis Barceló Jover, procedente del antiguo ejército, que ingresó en el PCE pero que era de procedencia liberal e izquierdista y filiación masónica y que desde la sublevación de julio de 1936 tomó partido en favor del Gobierno y contra el alzamiento derechista. Le telefoneó Casado a su puesto de mando en La Pedriza preguntándole sobre su posición ante el Consejo recién establecido. Respondió Barceló que estaba durmiendo y que, en consecuencia, nada sabía. Casado tuvo que aclararle lo sucedido, añadiendo que en el Consejo de Defensa estaban integrados todos los partidos, a excepción del comunista. En *Así cayó Madrid* se afirma que el jefe del I Cuerpo de Ejército contestó: «Estoy con el Consejo e incondicionalmente a tus órdenes», y que Casado le mandó que preparara una brigada de la reserva por si llegaba a precisarse su empleo. En un diálogo con variantes, que transcribe García Pradas, viene a dar idéntica impresión: que Barceló se puso a las órdenes de Casado. Como sabemos, también estaba en el Ministerio de Hacienda Edmundo Domínguez y cuenta que no fue posible dar con el paradero de Barceló; y aunque no lo niegue explícitamente, deja entender que esa comunicación no llegó a establecerse, lo que equivale a impugnar que le prestara acatamiento.

A continuación telefoneó Casado al II Cuerpo, que tenía el puesto de mando en Chamartín y cubría las posiciones más próximas o situadas dentro del área urbana. El coronel Emilio Bueno y Núñez del Prado se hallaba en posesión del carnet del PCE,

que se había visto forzado a aceptar para cubrirse de antecedentes derechistas, pues parece que llegó a estar afiliado a la UME y que sus antiguas simpatías por Acción Popular eran conocidas. En África había mandado una *harka* y su situación personal durante los primeros tiempos de la guerra fue comprometida. Al requerimiento de Casado respondió con evasivas y añadió que se encontraba enfermo, para acabar declarando que «respondía del frente», con lo cual significaba que sus tropas no se retirarían de la línea para participar en enfrentamientos que él mismo durante la conversación calificó de «políticos». La versión de García Pradas es que otorgó a Casado su adhesión incondicional.

El coronel Antonio Ortega mandaba el III Cuerpo; cuando se inició la sublevación de julio del 36 era teniente de Carabineros y procedía de las clases de tropa. Había sido gobernador de Guipúzcoa y mandó en el Centro las milicias vascas. Siendo director general de Seguridad ocurrieron los desgraciados y turbios sucesos represivos contra el POUM y el asesinato de Andrés Nin, de lo cual y en alguna medida se le consideraba responsable.[4] Era miembro del Partido y estaba protegido en consecuencia por los comunistas. Ante el requerimiento del jefe del Ejército del Centro, su superior inmediato, quedó algo sorprendido y no se definió. Refiere Casado que se lamentaba de que no le hubiese prevenido de antemano sobre lo que se preparaba y que él le respondió que «hubiese sido una torpeza estúpida» por cuanto era público que pertenecía al PCE. Ortega le pidió tiempo para reflexionar y el jefe del Ejército del Centro le formuló una serie de advertencias si llevaba a cabo actos inamistosos. Coincide García Pradas en lo esencial: que Ortega se manifestó neutral. Sin embargo, Casado cursó órdenes al teniente coronel Hilario Fernández Recio, que mandaba la 13 División para que relevara a Ortega.

Después de este tanteo quedaba de manifiesto que la situación en el Ejército del Centro no era brillante ni desahogada. Aunque nadie se hubiese mostrado hostil, salvo Cipriano Mera ninguno se manifestaba partidario del Consejo de Defensa.

En las horas que preceden al amanecer ocurrieron los primeros incidentes y se iniciaban movimientos de tropas que se disponían a desencadenar el contragolpe.

Una incógnita, que hasta el presente no es posible aclarar, se

plantea. La rebeldía —relativa, precisemos, puesto que iba dirigida contra quienes acababan de rebelarse— de algunos mandos militares comunistas y de una mayoría de los miembros del Partido ¿fue una actitud espontánea provocada por el tono agresivo de los discursos y consecuencia de la preponderancia que en los hechos tenían los anarcosindicalistas cuyos movimientos de fuerzas advirtieron? ¿Es una reacción de autodefensa frente a posibles represalias libertarias, frente al temor de verse convertidos en chivos expiatorios, desesperado esfuerzo para evitar un peligroso marginamiento a la hora de la evacuación? Las unidades comunistas que se movilizan contra el Consejo de Defensa ¿lo hacen porque han recibido órdenes de Elda en tal sentido? De existir tales órdenes solo podían emanar de los altos dirigentes del PCE; en tal caso, ¿de quién? ¿Trataba quien impartiera esa orden de derrocar el Consejo o de entorpecer su actuación y ganar tiempo para que evacuaran los miembros del Comité Central y los demás militantes que se designara? Interrogantes y suposiciones se encadenan. ¿Es Barceló quien inicia la lucha contra Casado? ¿O es Ascanio quien obra por propia —o ajena— iniciativa? ¿Contribuyeron los guerrilleros con base en Alcalá de Henares, que obedecían a Hungría, a quien sabemos en Benimamet, a arrastrar a Barceló a proclamarse jefe del Ejército del Centro? También cabe conjeturar que los militares comunistas de Madrid a hora tan temprana han podido obrar «de oficio», en la confianza de que idéntica sería la reacción en las unidades de Levante, Andalucía y Extremadura.

Con independencia de que alguien pudiera cursar órdenes desde Elda, la «sublevación» comunista pudo ser espontánea, un arranque de fidelidad consecuente a posiciones sostenidas a lo largo de treinta y dos meses de lucha, un acceso furioso de amor propio entreverado de odio, incertidumbre, miedo, desesperación. Lo que ignoraban quienes en Madrid iniciaban el contragolpe es que los ministros y muchos dirigentes del PCE iban a abandonar España y, probablemente también, que en aquellos momentos gestionaban una transmisión legalista de poderes.

El jefe de la Artillería del Ejército del Centro ha ordenado que sean arrestados los jefes y comisarios que puedan actuar contra el Consejo. En la misma Comandancia es arrestado Domingo Girón, comisario del arma. Logra Girón escapar y se dirige al puesto de

mando del coronel Bueno, de quien es amigo. Allá el comisario Molina, socialista, le detiene fusil en mano y lo entrega a agentes del SIM, que se lo llevan arrestado. Pero enseguida se produce la reacción y es el propio Molina quien sufrirá arresto. Era Manuel Molina Comisario del II Cuerpo. El coronel Bueno se inhibe de estos enfrentamientos que tienen como escenario su cuartel general, o puede ser cierto que en verdad se halle indispuesto y que, sin haber sido sustituido en el mando de manera formal, careciera de autoridad. Los comunistas se han impuesto: el mayor Guillermo Ascanio, comunista convencido, al frente de tropas de la 8 División que manda, se pone en marcha hacia Madrid. A través de Fuencarral llega a los Nuevos Ministerios, ocupan los vastos edificios inacabados y algunos de sus hombres descienden por el paseo de la Castellana y calles paralelas hacia el mismo centro de la capital. Con Ascanio va el comisario de la 7 División, cuyo jefe, el mayor Zulueta, por orden de Casado iba a hacerse cargo del Cuerpo de Ejército en previsión de que Bueno flaqueara y que ya por este motivo había sido «neutralizado». Tropas del mayor Fernández Cortina, de la 42 Brigada de la 7 División, ocupan y quedan guarneciendo los Nuevos Ministerios y su zona, cubriendo la retaguardia y el enlace con la base: Chamartín.

Fuerzas de las que mandaba el socialista Gutiérrez de Miguel, es decir, de la 65 División, se negaron a enfrentarse con los comunistas y una parte de ellas se unieron a las de Ascanio, si bien en general mantuvieron una actitud equívoca. Valentín Gutiérrez de Miguel era un redactor de *El Socialista* que, lo mismo que Angulo, cambió la profesión de periodista por la de las armas; tenía el grado de mayor de milicias y había estado presente en los sótanos del Ministerio de Hacienda durante la lectura de los discursos.

En esa noche tan colmada de acontecimientos, que se desarrollan en escenarios varios y cuya ordenación en el tiempo apenas resulta factible, se produce otro suceso importante, más por su significación que por su valor intrínseco: el general Miaja telefonea desde Valencia al Ministerio de Hacienda, donde todos se mantienen insomnes y donde Casado, afectado por la úlcera gástrica y mantenido por un esfuerzo de voluntad y la tensión nerviosa que los acontecimientos le imponen, trata de descansar echándose algunos momentos.[5]

El general Miaja se encuentra bajo los efectos de la primera impresión; han transcurrido las primeras horas desde las alocuciones y Valencia permanece tranquila sin que se observen síntomas de que puedan producirse oposiciones al Consejo. Hay que aceptar la posibilidad de que Miaja se mantuviera a la espera de una situación favorable para encabezar él la rebelión, pero para decidirse a tomar la iniciativa hubieran tenido que ponérsele fáciles las carambolas. Telefonea a Casado y, en tono zumbón, que parece inadecuado al momento, le acusa de habérsele adelantado. Husmea el ambiente que se respira al otro lado del hilo telefónico y como lo advierte favorable y Casado, a quien le conviene utilizar el nombre de Miaja, le ofrece la presidencia del recientemente instaurado Consejo de Defensa Nacional, lo acepta y promete presentarse en Madrid durante la mañana que pronto apuntará.

En cautelosa operación de tanteo, Casado, quien como sabemos había efectuado días antes sondeos previos durante un almuerzo, telefonea a Hidalgo de Cisneros —¿a «Yuste»?—, a despecho de que le era conocida su vinculación al PCE. ¿Pudo suponer que la vinculación de Hidalgo no sería demasiado seria? ¿Pretendía intimidarle para inclinar su ánimo? ¿O es que Hidalgo de Cisneros no se mostró en ocasión del almuerzo aquel lo suficientemente terminante como escribe en sus memorias? Ocurre que en esas memorias no alude siquiera a la llamada de Casado en la noche del domingo al lunes. Según este último, la respuesta de Cisneros fue que para decidir una actitud definitiva debía ponerse en contacto con las unidades y cambiar impresiones con sus subordinados y Casado le contestó conminándole a que no se moviera de donde se hallaba. Corre otra versión distinta, que procede de Álvarez del Vayo; refiere que en Elda les habían cortado las comunicaciones telefónicas y que Hidalgo de Cisneros habló con Casado porque este le llamó para decirle que le había comunicado el gobernador de Alicante que las fuerzas aéreas se disponían a bombardear aquella plaza y que, gracias a una estratagema —prometer que iba a dar la oportuna contraorden—, Cisneros consiguió de Casado que repusiera las líneas. En esta versión parece que se deslizan algunos errores, porque, aparte de lo aducido por Álvarez del Vayo, nada permite suponer que fuera a producirse un bombardeo y tampoco hay noticias de que los teléfonos no funcionaran. El gobernador de

Alicante en aquellos momentos era el comunista Etelvino Vega, que no es probable solicitara auxilio de Casado. Lo más probable es que Cisneros mantuviera una actitud entre ambigua e inhibitoria como de quien ya estaba decidido a abandonar España.

Entonces fue cuando Casado decidió telefonear al coronel Antonio Camacho —el que estuvo en la reunión de Los Llanos— que mandaba la Aviación de la zona Centro-Sur. A pesar de que nominalmente pertenecía al PCE y estaba en posesión de su carnet, no se puso en contra de Casado. Hay quienes opinan que aceptó de inmediato la autoridad del Consejo, aunque más parece que por el momento se limitara a contraer el compromiso firme de no atacarle. ¿Fue antes o después de la conversación con Casado cuando facilitó los aviones al Gobierno para que se trasladara a Francia? Tampoco importa demasiado dilucidarlo, puesto que Camacho —se ha repetido por cuantos le conocieron— se comportó en todo momento como un caballero; y facilitar la marcha del Gobierno no sería signo de deslealtad, antes al contrario.

En el aspecto militar la situación no era favorable al Consejo; aparte de las tropas de la reserva del IV Cuerpo, solo contaba de manera segura con dos batallones de Retaguardia, que había aportado el general Martínez Cabrera, unidades de dudosa capacidad combativa —y con mayor motivo en aquellas circunstancias—, y las fuerzas de Seguridad y Asalto en las cuales se confiaba por principio. Fue también aquella madrugada cuando se presentó en el Ministerio de Hacienda el coronel Armando Álvarez, inspector general de estas fuerzas, que el 18 de julio era comandante en Madrid y que se había distinguido por su republicanismo y porque en todo momento se había opuesto a que actuara en las unidades de Asalto el comisariado, lo que había originado incidentes y presiones por parte de los comunistas.

El coronel Álvarez con los dos grupos de Asalto y unos batallones que, según Ramón Salas, procederían de las Brigadas 41 y 112, formó una agrupación de la cual tomó el mando directo. Instaló su puesto de mando en los sótanos del Ministerio de Hacienda. La actuación de esta agrupación sería decisiva en algunos momentos de la primera fase de la lucha y seguiría jugando importante papel hasta la liquidación del contragolpe comunista.

Calcula Ramón Salas que esta agrupación, llamada «Madrileña»,

y «Republicana» por otros, estuvo integrada por efectivos equivalentes a doce batallones, que aunque fueran incompletos, suponen un crecido número de combatientes. Como las tropas que en las páginas sucesivas vamos a ver entrar en juego son numerosas en cuanto a efectivos, podría imaginarse lo ocurrido en Madrid como una formidable y prolongada batalla, pues además se darán intervenciones de toda clase de armas ligeras, granadas de mano, morteros, carros, artillería y aviación. Del estudio de los sucesos, de la lectura de distintas versiones en libros y periódicos, en diarios personales y del interrogatorio de quienes se vieron implicados en la acción, o de personas civiles que asistieron a ella desde la calle, ventanas o balcones, se llega a la conclusión de que no fue un enfrentamiento continuo, que no puede hablarse de unas líneas de frente sino más bien de una toma de posiciones, desplazamientos de fuerza para dominar barrios, calles o encrucijadas, y ejercer desde puntos favorables el control de las personas que circulaban —y detenerlas en muchos casos—, pero que choques solo se producían en determinados momentos y situaciones límite. Hubo encuentros, por lo común cortos y esporádicos, algunos de extrema violencia, se asaltaron edificios, pero hablar de una batalla continua es inadecuado.

Otra unidad que se colocó desde los primeros momentos contra el Consejo de Defensa fue la 300 División, que aunque usaba el nombre y numeración de división era una unidad especial con efectivos muy reducidos que no sobrepasarían en su conjunto a los de un batallón. Tenía su base en Alcalá de Henares. Según documentos exhumados por el coronel Martínez Bande parece que Hungría dio orden a los guerrilleros, tanto a los de Alcalá como a los de las dos «divisiones» restantes que formaban el conjunto del XIV Cuerpo de Ejército (la 200 con base en Almadén y la 57, de Guadix) para que desplazaran contingentes a Levante —Villena, Sax y Elda respectivamente— con objeto de formar un cordón protector alrededor del Gobierno y custodiar el aeródromo de Monóvar. Al mismo tiempo, al Gobierno le quedaba expedita la salida hacia Alicante, ciudad de cuyo Gobierno Militar había tomado posesión el teniente coronel Etelvino Vega, hombre de acción y comunista resuelto.

Las órdenes a los guerrilleros las había transmitido el mayor

Hungría durante la reunión de Benimamet para prevenirse contra Casado, y es imposible averiguar si fue algo que se acordó entre los allá reunidos informalmente o provenían de más altas instancias. Nunca llegó a darse una coordinación eficaz en las medidas que se adoptaron por parte gubernamental; tampoco lo consiguieron los comunistas, pues en su seno no obraban de acuerdo. Martínez Bande facilita copia de un mensaje enviado desde Alcalá de Henares a Benimamet, del mayor Santiago Calvo a Hungría. Este es su texto: «Sublevado Estado Mayor del Ejército del Centro y constituida junta facciosa vamos a luchar contra ella de acuerdo con el Partido. Denme instrucciones». La hora de ese mensaje es las 11 de la mañana del día 6, pero a esa misma hora los guerrilleros ya se habían movido, interceptando la carretera general y cortando las comunicaciones telefónicas de Madrid con vastas zonas del territorio republicano. ¿De quiénes provenían esas órdenes del Partido? ¿De Girón, que antes de ser arrestado pudo tomar iniciativas, de Barceló, de Ascanio y Conesa? ¿O llegaron directamente desde Elda, donde los mandos comunistas ocupaban una quinta, bautizada con el nombre militar de «posición Dákar»? Nos hallamos ante parecidos interrogantes a los que antes se nos han planteado.

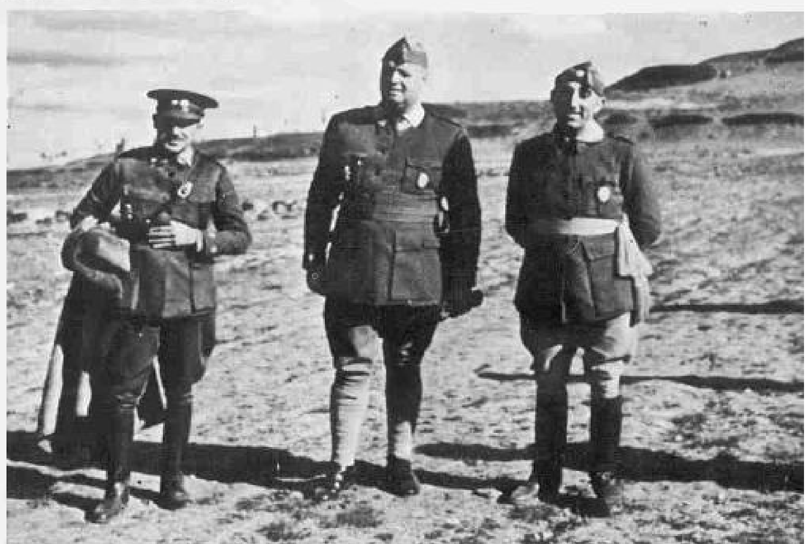
Resulta probable que algunos guerrilleros ya se hubieran desplazado previamente puesto que daban protección a la «posición Yuste». En cuanto a los de Almadén y Guadix no les resultó posible obedecer a las órdenes de Hungría; el general Escobar se puso de parte del Consejo y los neutralizó, incluidos aquellos que llegaron a Ciudad Real. Del Ejército de Andalucía era comisario Serafín González Inestal, militante de la CNT, quien tomó las medidas pertinentes para que nada ocurriera; rodeó a los guerrilleros con tropas adictas y dio orden de que el jefe compareciera en el cuartel general; allí se le retuvo arrestado. A pesar de que las unidades de guerrilleros eran tropas escogidas, bien pertrechadas y de composición comunista desde los mandos a la base, no les resultó posible operar en un medio hostil. Desde el primer momento y por parte de los comunistas se movilizaron, asimismo, los carros blindados que había en una base próxima a Alcalá de Henares, los de Daimiel en la Mancha y los de Calabarra en Levante, de cuyas respectivas actuaciones nos ocuparemos en su momento.

Los partidarios del Consejo de Defensa están dispuestos a la lucha a pesar de que no se habían planteado de antemano que llegaran a producirse tantas insubordinaciones. Mera comunicó a su sustituto, el mayor Liberino González, que formara la columna de operaciones convenida y que al frente de ella marchase contra Alcalá de Henares.



El coronel Ungría, del EM del cuartel general de Generalísimo, que dirigía los servicios de espionaje y contraespionaje y se entrevistó con los emisarios del Consejo Nacional de Defensa.

El coronel Luis González Victoria, el general Barroso y el comandante Carmelo Medrano.









Tres ministros del último gabinete de Negrín:
Velao, Giner de los Ríos y Álvarez del Vayo.



ÓRGANO DE LA CONFEDERACIÓN NACIONAL DEL TRABAJO

Año VIII — Número 1.155 — Madrid, lunes, 6 de marzo de 1939

el Organismo que sabrá defenderle y que salvará su destino histórico

Constitución y manifiesto del Consejo Nacional de Defensa

«Anoche se ha constituído en Madrid el Consejo Nacional de Defensa, que se hace cargo de la situación general de la zona abandonada a su suerte por el Gobierno que presidía el doctor Negrín. Este Organismo Supremo está integrado por el excelentísimo señor coronel don Segismundo Casado, en representación del Ejército Popular; por don Julián Besteiro, por don Wenceslao Carrillo, por don Miguel San Andrés y por Eduardo Val y Manuel González Marín.—El Consejo Nacional de Defensa inicia sus actividades dirigiendo al país el siguiente manifiesto:

DE PALABRA Y DE OBRA

EL MOVIMIENTO LIBERTARIO ANTE EL CONSEJO NACIONAL DE DEFENSA

Hacia el teniente coronel Cipriano...

Cabecera del diario CNT de Madrid correspondiente al 6 de marzo de 1939.







González Peña, Segundo Blanco y José Moix.







Paulino Gómez, García Barreiro y José Núñez.



CONSEJO NACIONAL
DE
DEFENSA

Don SEGISMUNDO CASADO LOPEZ, CONSEJERO DE DEFENSA, en uso de las atribuciones que me han sido conferidas por unanimidad del Consejo en pleno, nombro a Don Antonio Garijo Hernandez y a Don Leopoldo Ortega Nieto, Jefes del Ejército, para que con plenos poderes del Consejo, se trasladen al lugar o lugares que el Gobierno Nacionalista de España designe, al objeto de tratar la cuestión de entrega de la zona a cargo del Consejo y plantear las diversas cuestiones relacionadas con la misma.

Dado en Madrid a veintiuno de marzo de mil novecientos treinta y nueve.

CONSEJO NACIONAL DE DEFENSA
CONSEJERO DE DEFENSA

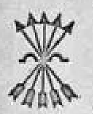
Documento acreditativo de su condición de parlamentarios extendido por el Consejo Nacional de Defensa a favor del coronel Garijo y el mayor Ortega cuando se trasladaron de Madrid a Gamonal (Burgos).







Cipriano Mera, Luis Barceló y Etelvino Vega.



FALANGE ESPAÑOLA TRADICIONALISTA
Y DE LAS J. O. N. S.

JEFATURA DE MILICIAS — MADRID

En virtud de las atribuciones que como Jefe de Milicias me corresponden, te nombro enlace del Mando

Madrid, 23 de marzo de 1939.

III Año Triunfal
¡Arriba España!

EL JEFE DE MILICIAS
P. A.

Camarada [illegible]

Credencial fechada en Madrid el 23 de marzo.

Jefes republicanos detenidos por miembros de la "quinta columna" alzan el brazo en la calle Alcalá de Madrid.

XX

Habíamos dejado a Manuel Tagüeña con otros militares y comisarios en el momento de abandonar Madrid, tras esperar sin resultado recibir alguna orden de Girón. Desde Elda les había requerido por teléfono López Iglesias, exjefe de EM del V Cuerpo. Creyeron ellos que se trataba de una convocatoria de Modesto, a quien reconocían como su jefe tanto por su superior graduación como por haber regresado juntos de Francia, y por haberlo sido en el Ejército del Ebro.

Llegaron sin novedad a la «posición Yuste» hacia las 6 de la mañana del día 6, sin haber sido inquietados por el camino y sin enterarse de lo sucedido. Tagüeña, que dejó a los compañeros dormitando en la furgoneta en que se trasladaron, penetró en el edificio. Allí comprobó que la orden de desplazarse a Elda no partió de Modesto, que se sorprendió al verle, sino que había sido iniciativa de López Iglesias, que se inquietaba por la suerte que pudieran correr los que quedaran en Madrid. Modesto, que en estos días confunde fechas y el orden de los acontecimientos, extiende su confusión hasta atribuirse la idea que no partió de él: había olvidado a los del XV Cuerpo. Con Modesto se hallaba el general Matallana (que aún no había abandonado «Yuste»), Santiago Garcés y algunos otros conocidos de Tagüeña. Le refirieron la constitución del Consejo de Defensa y le ilustraron sobre los nombres de algunos de los que lo integraban. En *Testimonio de dos guerras* confunde algunas de las noticias que pudieron proporcionarle sobre la situación en Cartagena; hemos de suponer que al informarle se excedieran en cuanto a optimismo, porque la situación en la plaza distaba de ser clara y pesaba sobre Cartagena la amenaza de un desembarco nacional; tampoco pudieron aludir al hundimiento del

Castillo de Olite, porque todavía no se había producido.

De uno de los aposentos de la quinta salió Vicente Uribe, que estaba reunido con Negrín y los demás ministros, saludó a Tagüeña y le encargó que llevara un mensaje a Dolores Ibárruri: que los ministros habían decidido abandonar España, pues la flota había enviado una comunicación amenazando con no regresar a puerto republicano si el Gobierno no se expatriaba y que se adherían al Consejo de Defensa. Esta última afirmación, que veremos no era cierta, debía ser pretexto improvisado sobre la marcha por el propio Uribe para justificar, en alguna medida, la determinación del Gobierno. No he hallado noticia de que los demás ministros se escudaran en semejante motivo, que los hechos iban a demostrar carente de fundamento.

Partió Tagüeña en busca de la «posición Dákar», que no estaba distante, y halló a Dolores Ibárruri, a quien le comunicó el mensaje; ella, demudada, exclamó: «¡Este es el fin de la guerra!». En «Dákar» se hallaban reunidos un buen número de dirigentes y personajes comunistas: Checa, Delicado, Líster, Hidalgo de Cisneros, el subsecretario de Aviación Núñez Mazas y algunos más. Irene Falcón, secretaria de La Pasionaria, les sirvió un desayuno a Tagüeña y a sus acompañantes y pudieron pasar a asearse y descansar en una casa próxima en la cual se hallaban alojados Rafael Alberti y María Teresa León.

Los ministros se trasladaron desde la «posición Yuste» al aeródromo de Monóvar: los aviones prometidos por Camacho no habían aterrizado todavía. Uribe, del PCE, y Moix, que militaba en el PSUC catalán y, por tanto, era también comunista, se trasladaron a «Dákar» y, en algún momento que no puedo precisar, lo hizo Modesto. La tardanza de los aviones puso nerviosos a los ministros y Negrín requirió a Álvarez del Vayo para que le acompañara; juntos regresaron a Elda y en «Dákar» se reunieron con los comunistas.

Cuenta Tagüeña que les cogieron aparte Dolores, Vicente Uribe, Checa y Delicado; y añade: «Trataron de convencerlos de que no se dieran por vencidos y continuaran en España». De este requerimiento, añadimos, no fue testigo presencial Tagüeña. La Pasionaria, que alude a la visita a «Dákar» de Negrín y Vayo, no habla de esas presiones y relata que trataron de que el Gobierno

hiciera una alocución al pueblo, lo que no pudo efectuarse por carencia de electricidad para los aparatos emisores de radio. Por su parte, Álvarez del Vayo sitúa en este momento la redacción y transmisión del teletipo que conocemos relativo al relevo de poderes. Lo más probable es que el teletipo se emitiera más temprano, y debe tratarse de una confusión con el mensaje que no consiguió radiarse del que habla Dolores Ibárruri. Lo que Álvarez del Vayo ha negado expresamente en carta dirigida al autor es que los dirigentes comunistas trataran de convencerles a Negrín y a él de que aplazaran la partida.

Con conocimiento o no de Álvarez del Vayo, algo debió tramarse en tal sentido, puesto que Pedro Checa, secretario de Organización del PCE y uno de los dirigentes de mayor inteligencia y agudeza política, convocó a Modesto, Líster y Tagüeña y les aseguró —y podía no ser verdad en términos absolutos— que como Negrín estaba a punto de cambiar de opinión con respecto a la marcha del Gobierno, se imponía tomar contacto inmediato con Etelvino Vega y asegurarse de que la plaza de Alicante permanecería en manos del Gobierno.

Vimos cómo estando situado el Gobierno en Elda y en la misma zona los principales dirigentes comunistas, se había tratado de asegurar la «retaguardia» de aquellas «posiciones», designando a Galán para garantizar la base de Cartagena y la permanencia de , los buques de la escuadra, a Etelvino Vega para dominar Alicante y a Mendiola y Curto para completar el entorno geográfico. Tras el fracaso de Galán y la marcha de la flota, el puerto y la ciudad de Alicante cobraban importancia relevante.

Hacia allí salieron Tagüeña y sus fieles, el capitán Francisco Gullón, jefe de la Sección de Información del EM del XV Cuerpo, el mayor Mateo Merino, que estuvo al frente de la 35 División en la batalla del Ebro y en Cataluña, el teniente coronel Francisco Romero Marín, que mandó la 34 División del XIII Cuerpo, que en Cataluña mandara Etelvino Vega, y algunos otros. Como iban provistos de las oportunas hojas de ruta, entraron sin novedad en Alicante.

El coronel Ricardo Burillo, comunista hasta que entró en conflicto con el Partido, era un viejo militar, más que por su edad por su estilo y hasta por su aspecto físico. Liberal y masón (Simeón

Vidarte confirma, entre otras, esta última filiación), desempeñaba en la época que nos ocupa la Jefatura de Seguridad y Orden Público de la región valenciana y se mostró anticomunista y partidario activo del Consejo; fue él quien se ocupó en Valencia de asegurar la toma de posesión de las nuevas autoridades. Consecuencia de su actitud iban a llegar a Alicante, ciudad en la cual los guardias de asalto desempeñarían importante papel en favor del Consejo.

Etelvino Vega llegó a posesionarse del cargo de gobernador militar, pero lo cierto es que apenas llegó a ejercerlo en su efectiva plenitud; desde su llegada estuvo rodeado de enemigos más o menos encubiertos.

Mientras los acompañantes quedaban en la furgoneta que les había traído de Madrid y Elda, Tagüeña, acompañado del teniente coronel Romero Marín, el que había estado a las órdenes de Etelvino Vega y más confianza podía inspirarle, entraron en el Gobierno Militar. Vestía Tagüeña uniforme nuevo, que acababa de confeccionarle un sastre de Madrid, que le daba aspecto de militar profesional, por lo cual, unido a que el no haber sido demasiado jaleado por la propaganda hacía que su físico fuese poco conocido (a diferencia de Líster, Modesto o El Campesino, le resultó fácil la entrada al edificio sin que repararan en él. Rodeado de un grupo de militares se hallaba el nuevo gobernador «con aire desconcertado». Del asturiano Etelvino Vega sí puede decirse que, a despecho de su graduación, había conservado aspecto miliciano. Hablaron en voz baja, pues la situación era equívoca: Vega aconsejó a Tagüeña y a Romero Marín que lo más conveniente era esperar y mantenerse dentro de los límites de la prudencia «para no provocar a los partidarios del Consejo», de quienes en aquel momento estaba prácticamente prisionero. Con forzada brevedad le pusieron al corriente de la situación y le anunciaron que se hospedarían en el hotel Palace, donde les tenía a su disposición por si los necesitaba.

En el hotel encontraron a otros oficiales del Ejército del Ebro, que con la esposa de Modesto habían llegado de Francia por vía marítima. Pronto oyeron una descarga y, alarmados, telefonearon a Etelvino Vega, que ya no se puso al aparato. Enviaron a Gullón a informarse y regresó con la noticia de que el centro de la ciudad estaba ocupado por guardias de asalto.

Las nuevas de la sublevación casadista en Alicante y la

consiguiente detención de Etelvino Vega llegaron a Elda por teléfono. Este contratiempo, cuya gravedad no se les escapaba, decidió de manera definitiva la marcha de Negrín, del Gobierno y de los otros dirigentes, aunque algunos que han escrito al respecto traten de disimularlo.

Varios aviones estaban en el aeródromo de Monóvar desde hacía horas y los pilotos daban muestras de intranquilidad, pues consideraban a los aparatos vulnerables contra cualquier ataque por aire o tierra. Idéntica inquietud dominaba a los ministros, desasosegados por la ausencia de Negrín y del Vayo; tomada la decisión y sintiéndose amenazados, lo único que deseaban era emprender el vuelo cuanto antes.

Tan pronto como se informó Negrín de la destitución de Etelvino Vega, se apresuró a trasladarse a Monóvar con Álvarez del Vayo y algunos dirigentes comunistas. No es de creer que esperara la respuesta de Casado a su último teletipo. Un testigo afirma que a la llegada al aeródromo se mostró precipitado: «¡Vámonos ya!», exclamó. La orden fue acogida con alivio por parte de pilotos y ministros. Los guerrilleros y los comunistas que estaban en la «posición Dákar», salvo alguno que quedara de enlace, se trasladaron también al aeródromo de Monóvar.

En el mayor de los aparatos partió Negrín y sus ministros y en otros dos aviones de menor autonomía de vuelo se dirigieron a Orán Dolores Ibárruri, el general Antonio Cordón, el diputado francés Jean Catelas, el matrimonio Alberti, Monzón, depuesto gobernador de Cuenca, el subsecretario del Aire Núñez Mazas y en opinión de algunos también lo hizo el búlgaro Stepanov, eminencia gris como Togliatti.

Los demás permanecieron en el aeródromo y fueron reuniéndose en uno de los hangares. Quedó en la «posición Dákar» Luis Delage, comisario del ejército del Ebro, para comunicar a los camaradas que fueran llegando que se encaminaran a Monóvar y a aquellos que no tenían posibilidad de conseguir plaza en los demás aviones disponibles, que procuraran alcanzar las unidades de la 10 División, que se hallaban en Cartagena o en camino hacia aquella plaza.

Durante el trayecto hacia Toulouse, recomendó Negrín a los ministros que se dispersaran al llegar, pues adujo que no resultaba conveniente que viajaran juntos hacia París; les convocó para un

Consejo que se celebraría el día 15 en la capital francesa.

La 300 División de guerrilleros dejó en Alcalá una pequeña guarnición, apoyada por los blindados que allí tenían su base, que el propio Calvo arrastraría a unirse a ellos o habrían recibido órdenes de Sendín en igual sentido, y siguió por la carretera avanzando hasta Torrejón de Ardoz sin hallar obstáculos. La 5 Brigada de Carabineros, reserva del XIII Cuerpo en San Fernando de Henares, fue aquí donde adoptó una actitud pasiva o se sumó a los comunistas. El avance continuó con mayor lentitud y cautela hacia uno de los principales objetivos: la «posición Jaca», puesto de mando del Ejército del Centro, en la Alameda de Osuna. Debieron suponer que desde aquel cuartel general se dirigían las tropas adictas al consejo de Defensa; hasta quizá creían que allí estuviera el propio Casado.

Cuando los guerrilleros llegaron a las proximidades de «Jaca» con cautela fueron tomando posiciones. Hubo algún parlamento con el coronel López Otero, jefe del EM de Casado, y la situación se mantuvo fluida pero dominada por los guerrilleros, hasta el anochecer.

Como Casado se impacientaba porque los teléfonos con su EM le habían sido interceptados y no podía comunicar con los jefes de servicios, envió un reducido grupo de hombres de su confianza capitaneados por Cipriano Mera en persona que lograron penetrar en la «posición Jaca» burlando la vigilancia que en sus inmediaciones ejercían los guerrilleros. Encontraron a los jefes del EM desmoralizados a causa de que los soldados encargados de custodiar el cuartel general —uno, dos o tres batallones según distintos comentaristas, lo que parecen muchos— mostraban una pasividad que evidenciaba que no se hallaban dispuestos a defenderlo con las armas. Mera aconsejó a los del Estado Mayor que huyeran, pero estos o no quisieron abandonar su puesto o no se atrevieron a hacerlo; la salida de aquella ratonera llevaba aparejados serios peligros, que Mera y sus hombres arrostraron, saliendo ilesos de la empresa.

Existen discrepancias con respecto a la ocupación de la Alameda de Osuna por parte de los comunistas; hay quienes la sitúan en el

martes día 7.

Fuera cual fuera el momento en que dieran el asalto definitivo al edificio, precisaremos, adelantándonos a los hechos, que allí iban a hacer prisioneros a cuantos se encontraban: a los coroneles López Otero y Pérez Gazzolo, al teniente coronel Amoldo Fernández Urbano, al comisario Peinado Leal y a algunos otros. Los condujeron al Pardo, en cuyo palacio el coronel Barceló había instalado una «nueva» jefatura del Ejército del Centro.

El Comité Central del PCE ocupaba un palacete de la calle Serrano en la esquina de Columela, local que había pertenecido a la Acción Popular de Gil Robles. Desde aquella mañana aparecieron ametralladoras emplazadas en los portales vecinos y se aspilleró el edificio. Diversos locales, entre los que merece destacarse el puesto de mando de la 7 División (Castellana, 54), quedaron convertidos en reductos que los comunistas disponían en el interior mismo de la población. Las fuerzas de Ascanio se corrieron hasta la plaza de Colón y hay quien afirma que alcanzaron la Cibeles. Algunas patrullas también se infiltraron calle de Génova arriba y, hacia el otro lado, por el barrio de Salamanca; su dominio de las calles no pasaba de relativo. A militares y transeúntes en general se le pedía la documentación por fuerzas adictas a ambos bandos, y se detenía por parte de comunistas y casadistas a numerosas personas que iban concentrando en distintos locales que unos u otros habilitaron como prisiones.

El mayor Liberino González se pone inmediatamente en marcha con las escasas fuerzas de que dispone: el batallón de reserva de la 90 Brigada, el de Ametralladoras de la 12 División y dos baterías del 11,43, y cae sobre Alcalá por la carretera de Guadalajara, es decir, por la general de La Junquera. Alegando que no querían que se derramara sangre, lo cual podía ser cierto, y con mayor fundamento tratándose de la propia, varios guerrilleros se adelantaron con objeto de parlamentar. Por mediación del SIM de Guadalajara recibió Liberino González una comunicación telefónica por la cual se le ordenaba suspender las hostilidades hasta cambiar impresiones con el coronel López Otero, jefe del EM de Casado, o, según otros, jefe de la 2.ª Sección. Todo hace suponer que era Cipriano Mera quien

hablaba a Liberino González desde el otro lado del hilo. Hacia las 11 de la noche se presentó en el puesto de mando de Liberino el mayor López Otero, «el cual se encontraba completamente decaído» y venía custodiado por un teniente de guerrilleros. Puede considerarse que los miembros del EM de Casado estaban prisioneros de los comunistas y que a López Otero lo utilizaban como rehén. El oficial de guerrilleros, que ejercía de parlamentario, pretextaba que cuanto venía sucediendo se debía a una equivocación, un malentendido, y que si aquella misma noche Liberino retiraba sus tropas, los guerrilleros harían otro tanto y dejarían libre la carretera hacia Madrid, además de restablecer las comunicaciones. Consultó Liberino con López Otero y este le recomendó que accediera al trato, si bien es de suponer que lo hacía bajo coacción.

El mismo día 6, a la caída de la tarde y en vista del aislamiento en que quedaba el Ministerio de Hacienda, Cipriano Mera había propuesto a Casado que él podía trasladarse al Ministerio de Marina, donde Pedrero disponía de unas líneas telefónicas reservadas que comunicaban con los frentes y con otros puntos, cuya utilización les permitiría romper el aislamiento. Con autorización de Casado y acompañado por Pedrero, se trasladó Mera en un automóvil conducido por un ayudante suyo, el capitán Artemio García, al Ministerio de Marina, a cuyo edificio llegaron tras de tomar las oportunas precauciones, pero sin ser atacados.

En el Ministerio de Marina se estableció un segundo puesto de mando: el de Cipriano Mera. Esas líneas telefónicas «reservadas» algunos se las atribuyen al SIM y otros a los servicios de aviación; personalmente me inclino por la primera atribución, pues en aquel Ministerio tenía sus oficinas centrales el Servicio de Información Militar. Casado alude a líneas telefónicas reservadas, qué dice puso a su disposición el delegado del Gobierno en la Telefónica, mayor de Ingenieros Domingo Olarte; sin duda se trata de las mismas líneas. Quien me consta que las utilizó fue Cipriano Mera; Liberino González en su informe ya hemos dicho que se refiere a una comunicación que le llegó por intermedio del SIM de Guadalajara.

Como se temía un ataque comunista procedente de Levante o de Extremadura en dirección a Madrid, con objeto de colaborar con las fuerzas comunistas que se enfrentaban al Consejo dentro mismo de

la capital y desde el Norte y el Este, se preocupó Casado de establecer un cordón defensivo. El mayor Rafael Calzada se encargó de taponar algunas carreteras del SE estableciendo compañías del 4 Batallón de la 35 Brigada en determinados cruces en dirección a Tarancón. Este batallón era de composición básica libertaria, pero Calzada, jefe de la División, pertenecía a las Juventudes de Izquierda Republicana.

También parece que se desplazaron hacia Tarancón fuerzas del SIM y ese fue el punto en que quedaron detenidas las unidades que, movilizadas por Jesús Hernández desde el Ejército de Levante, daban muestras de inquietud más que de agresividad activa contra el Consejo.

Un crecido número de madrileños que habían experimentado una sensación de alivio escuchando la radio la noche anterior quedaron desconcertados y desilusionados. El número de españoles que anhelaban la terminación de la guerra era muy superior al que calculaban o suponían los contendientes de ambos bandos. Durante el día 6 se oyó el estampido de cañonazos hacia la parte alta de la ciudad; los madrileños sabían que no procedían de los frentes de combate y empezaron a difundirse noticias sobre las dificultades con que tropezaba el Consejo; se advertía la presencia de tanques y tropas por las calles céntricas, el emplazamiento de ametralladoras en edificios y cruces, y hasta de cañones, signos que nada bueno presagiaban. Entonces volvió a cundir la intranquilidad.

El mismo día 6 (y no el 7 como algunos escriben) llegó a Madrid el ¡general Miaja procedente de Valencia. Entonces se dio cuenta por radio de la definitiva composición del Consejo de Defensa del cual se nombró presidente al propio Miaja.

En la calle Fuencarral se habían reunido por la tarde los miembros de la Comisión Ejecutiva de la UGT que residían en Madrid. Cuenta Domínguez que se oponían a tomar partido y en consecuencia se resistían a elegir a uno para que figurara en el Consejo de Defensa, pero recibían la presión unánime y decidida de los representantes de las federaciones nacionales y de los sindicatos socialistas de Madrid. Se consideró que el enfrentamiento armado resultaría más peligroso y que el Gobierno, al abandonar España, tampoco respaldaba la acción de quienes defendían una legalidad que comenzaba a ser discutible.

Acabaron por elegir a uno de los miembros de la Ejecutiva, Antonio Pérez García, antiguo obrero ferroviario, para que se hiciera cargo de la Consejería de Trabajo. En el acuerdo se incluía el compromiso de prestación de apoyo de la UGT al Consejo de Defensa; se hizo con reservas mentales, declara Edmundo Domínguez, tanto por su parte como por la de Rodríguez Vega, secretario general de la UGT. Aceptaban aquella situación y actitud como males menores, y confiesa Domínguez: «En esta reunión se manifestó la pasión más desorbitada contra los comunistas, y evitamos [se supone que los miembros de la Ejecutiva] que se acordase su expulsión de los Sindicatos».

Aquella misma noche el general Miaja se dirigió por radio a los madrileños y a los republicanos en general. Su nombre a la cabeza de los del Consejo aumentaba el prestigio de este, pero en lo militar la situación comenzaba a ser apurada. Estas fueron las palabras que los radioescuchas oyeron pronunciar a Miaja:

> Españoles: Hemos tomado la dirección de los destinos de la zona republicana, no por la violencia, puesto que en ninguna población en ella comprendida se ha dado un solo caso de oposición a la medida por nosotros tomada. Creo, y no quiero equivocarme, que hemos interpretado fielmente los deseos del pueblo español que desde hace tiempo se encontraba sin un Gobierno que la comprendiera. Sé que muchos ciudadanos se preguntan por qué no hemos tomado antes esa medida. Se pudo hacer antes, desde luego, pero la pasión de determinado partido político impedía hacer esto sin derramamiento de sangre, y esta fue la causa que nos obligó a esperar. Ya ha derramado bastante sangre nuestro pueblo español en la guerra para llevarle a una lucha interior entre partidos políticos. No hemos traicionado a nadie y de ello estamos orgullosos, pues no existía Gobierno a quien hacer traición, ya que el que se titulaba Gobierno de la República se encontraba en rebeldía con el Presidente de la misma. Solo hemos cogido un poder que estaba muerto para darle vida.
>
> Estamos satisfechos de la asistencia que el pueblo y el Ejército nos ha prestado y de la confianza que en nosotros depositó. Habéis puesto, una vez más, ante el mundo, el

> extraordinario sentir que de la responsabilidad tiene nuestro pueblo y nuestro Ejército; nosotros, ¡hombres todos de buena voluntad y de honor, llevaremos la tranquilidad a los hogares españoles con la paz; pero una paz digna como lo fue la guerra, pues en nuestra epopeya el honor de las armas republicanas queda cubierto con creces. Queremos que con la mayor rapidez posible se concierte esta paz, que otros pueblos que se dicen amigos del pueblo español, querían alargar prolongando esta lucha fratricida, en la que han caído millares y millares de hermanos nuestros por no haberse comprendido a tiempo. Nosotros esperamos que después de esta guerra, los españoles piensen en la paz y en la prosperidad de nuestra Patria y que no se dejarán arrastrar como lo fue en esta guerra nuestro pueblo, a una lucha en que la que ganen unos o ganen otros, es, al fin, la Patria la que pierde. Españoles: ¡Viva España!

Después del general habló por los micrófonos de Unión Radio el socialista Javier Bueno, el que había sido en Oviedo director de *Avance,* uno de los hombres de la revolución de octubre de 1934. A pesar de ser un poco largo su discurso, lo copiamos íntegro porque parece interesante que sea conocido y en especial estando informado el lector de algunas de las circunstancias a que alude.

> El profesor Besteiro, con su autoridad, plantea y resuelve en su alocución el problema de la ilegitimidad legal de esos flecos de Gobierno que movía de un lado para otro el aire de los acontecimientos de España. Se había llegado ciertamente en el camino de las falsificaciones, a etapas tan pintorescas como supone el estampar en disposiciones oficiales que el Presidente de la República había concedido expresamente al Jefe del Gobierno atribuciones que son inalienables por propia esencia del régimen.
>
> Pero lo peor era el fin a que se enderezaban tales falsificaciones; al fin de sostenerse un Gobierno cuyo Presidente de ninguna manera se avenía a presentar su dimisión de hombre providencial, a pesar de hechos como los que vamos a enumerar, sin ir en la enumeración más allá de la

caída de Barcelona.

El domingo 22 de enero, el Gobierno, en la referencia de un Consejo de Ministros, «hace pública su decisión de mantener su residencia en Barcelona».

El día 28 el doctor Negrín reaparece, después de una zambullida, y empieza su discurso con estas palabras «Españoles: ha sucedido lo inevitable. Hemos perdido Barcelona».

Lo inevitable era, pues, perder la ciudad en que el Gobierno anunciaba que iba a mantener su residencia. Dejemos lo que tiene el caso de ridícula fanfarronería y vamos a lo que tiene de peligroso engaño y de inconsciente juego con la credulidad de los españoles.

En el mismo discurso decía después el doctor Negrín: «Después de la caída de Tarragona pensé dirigirme al pueblo español para explicarle la realidad de la situación. ¿Sabéis por qué no lo hice? Porque no podía confesar mis inquietudes, no podía hacer nacer en los demás esperanzas e ilusiones que yo no compartía. En efecto, mi inquietud era que en las circunstancias en que nos encontrábamos, Barcelona podía difícilmente salvarse de caer en manos enemigas. Revelar mi preocupación podía significar acelerar su pérdida. No podía, pues, hacer que nacieran en vosotros esperanzas sin consistencia que no respondían a mis convicciones».

Sin duda habréis oído con atención lo leído. Grabadlo bien: el Jefe del Gobierno —habla siempre en personal— estaba seguro de la pérdida de Barcelona un mes antes. Esto ya es muy grave por lo que luego veremos. Pero aplacemos esta consideración para mirar hacia el más incomprensible de los desastres. El siguiente: sabiendo el Jefe del Gobierno desde un mes antes que Barcelona no tiene salvación, queda en los despachos ministeriales documentación trascendental, las emisoras de radio montadas; la evacuación se hace con la precipitación conocida.

No quiere el doctor Negrín hacer nacer esperanzas inconscientes, según dice. Pero aún el primero de febrero, afirma que se conserva Cataluña; que ha llegado material abundante y refuerzo de hombres; que está en condiciones de

fijar el enemigo en una línea; que se le fijará en ella; que allí será la liquidación definitiva de la guerra a nuestro favor. ¿Lo cree de verdad cuando lo dice? Entonces su fracaso como gobernante, como Ministro de la Guerra, como mero observador de acontecimientos que tiene delante, lo inhabilita para toda función seria. ¿O es que ha abandonado el remilgo de que se ufanaba al dar cuenta de la caída de Barcelona, y no le importa ya mentir francamente al pueblo? Probablemente no es nada; al menos nada explicable por sendas claras de la razón. El discurso de Figueras es la perorata de un vesánico. Tiene de loco Dios. La promesa de fijar la orientación del mundo desde las estribaciones de los Pirineos, es un espectáculo de clínica psiquiátrica.

Se pierde Cataluña; por lo visto a pedazos, según las previsiones del Dr. Negrín, y a pedazos cogiéndole desprevenido. Todo eso ¿qué es? ¿Puede la suerte de España estar en manos de un atacado de manía providencialista para quien la misión de un Jefe de Gobierno consiste en enfadarse con Francia e Inglaterra, y hacer llamamientos desesperados a una resistencia que ni sabe lo que es, ni cómo se organiza, ni qué fin concreto se propone? Porque los tres puntos de Figueras son de una vaguedad [*sic.*] y en ellos entra todo y política no es remontarse a conceptos generales que nadie puede rechazar, sino definir formas de aplicación.

Un cabo hemos dejado suelto. Decíamos al principio que era de suma gravedad el que el Jefe del Gobierno y Ministro de la Guerra diera por sabida con la anticipación de un mes la pérdida de Barcelona. Admitamos que por la superioridad de medios materiales del enemigo la caída fuera inevitable. El problema es técnico y no he de entrar en él. Pero en el terreno político se plantea una cuestión. La previsión de esa fatalidad, ¿qué influencia tuvo con [*sic*] la conducta política del Jefe del Gobierno y Ministro de Defensa Nacional? Ninguna, y esto es lo grave. Cuando se está en puesto de responsabilidad tal y los acontecimientos le amenazan a uno con tan dramática perspectiva, lo primero es dejar paso a quien pueda brindar mejor impresión, si la hubiera. Y cuando no la haya y sea necesario seguir en el puesto, el convencimiento del mal

necesario ha de imponer forzosamente actitudes que reduzcan al mínimum posible las consecuencias de lo inevitable. Una baza tan fuerte en nuestra guerra como la posesión de Cataluña, ¿podía dejarse perder pura y simplemente? Cuando se cuenta una plaza perdida, ¿no es algo tenerla, todavía, en las manos? Mucho había que hacer o, al menos, que intentar en ocasión tan grave. Pues bien; el Dr. Negrín, con imperturbabilidad inconsciente, se aferra a la monserga de la resistencia, una vez más, a sabiendas de que en Barcelona no servirá de nada. Y luego, para el resto de Cataluña, cree, por lo visto, que servirá; pero tampoco sirve. ¡Qué espanto de irresponsabilidad!

Y acá se viene luego con el viejo discurso, como si no hubiera pasado >nada. Y fijaos bien: lo que ha ocurrido es la pérdida de Cataluña. Pues como si no hubiera ocurrido se presenta, y como si lo ocurrido no le alcanzase de lleno a su gestión. Dispuesto a seguir perdiendo con indiferencia que hace pensar si perderá por cuenta ajena trozos de España, los unos a sabiendas, como Barcelona, y los otros desprevenidos, como el resto de Cataluña. ¿Había de encontrar hombres aquí que le permitieran continuar en su carrera desafortunada de loco, a caballo en el Poder? Había de conservar apariencias de legitimidad legal —de solo torpes apariencias llevaba viviendo meses— y subsistiría la necesidad de apearle, porque la legitimidad como intérprete del pueblo español, comprometida la tenía e irremisiblemente la ha perdido a consecuencia de la caída de Cataluña. ¿Cuál no sería la obligación de los hombres que aquí tienen la responsabilidad de la guerra y de la suerte del pueblo español, cuando el siniestro personaje que se les viene encima, además de Ministro es andariego y conspiradorzuelo en beneficio de otros, carece de toda legitimidad republicana, por más que quiera procurarse zurcidos?

No había más conclusión que la adoptada: la constitución del Consejo Nacional de Defensa. Difícil misión la suya. Nace entre la confianza del pueblo y es el tope de las posibilidades. Es decir, que más allá de él no hay nada ya; que tiene que llevar la guerra a término. Es la guerra lo que ha tomado en la

> mano y ha de seguir impulsándola hasta hacerla tropezar en la paz, digna, de independencia y de libertad que el pueblo quiere. Para esto hace falta una técnica militar y una orientación política. Lo que no había. Lo que hay desde ahora.

También el mismo día 6 (mejor que el 7, que algunos dan como fecha) llegó a Madrid el general Matallana, quien asumió el mando de las operaciones tratando de coordinarlas. Los primeros choques con muertos, heridos y prisioneros ya se habían producido y se estaban movilizando por ambas partes numerosos soldados. Mutuamente se acusan de haber sacado fuerzas de los frentes y de haber dejado desguarnecidos algunos sectores; no es cierto que esto ocurriera.

Por parte de un titulado Gabinete de Prensa se facilitó a última hora nota sobre una reunión del Consejo Nacional de Defensa, en la cual se resaltaba la adhesión de todos los gobernadores civiles y comandantes militares y se afirmaba existía tranquilidad en toda la zona. Se lamentaban de que en la capital «determinados elementos del Partido Comunista pretendan ocasionar alteraciones del orden público». A pesar del tono conciliador, se inserta que «se han adoptado medidas para aplastar toda posible alteración». Luego apela a la disciplina y al patriotismo de todos los españoles.

XXI

A las 12,08 horas del día 5 de marzo, el jefe de la Flota había emitido la siguiente orden: «La segunda flotilla que se ponga en movimiento», y, como sabemos, a continuación toda la escuadra republicana abandonó el puerto de Cartagena haciéndose a la mar. En la mañana del día 7 se internaba en la base francesa de Bizerta.[1]

Al comandante de uno de los navíos, que me ha proporcionado numerosos informes de palabra y por escrito, debo agradecerle, asimismo, que me facilitara entre otra documentación copia de los mensajes emitidos o recibidos por ultra-corta en los buques; suman en total ciento cuarenta y cinco. Comienzan a las 7 de la mañana del día 5 de marzo, cuando están atracados en los muelles de Cartagena y la relación termina a las 12,15 horas, cuando la flota navega por aguas de Argel rumbo a Bizerta. No resultó capaz de aclararme si la copia quedó incompleta o si las comunicaciones que a partir de aquella hora se cruzaron entre los buques lo fueron utilizando señales ópticas en consideración a la lejanía a que se hallaban del enemigo. También sería posible que faltara alguna orden relativa a rumbos, o que se hubiese deslizado algún error de copia, porque —y esto lo explico como anécdota— mientras una mañana me esperaba el aludido oficial trató de trazar los rumbos sobre un mapa y le condujeron tierra adentro.

En *Desastre en Cartagena* hago un análisis de estos mensajes y ahora que poseo el conjunto vuelvo a estudiarlos; son los mejores datos que tenemos, si bien conviene complementarlos con lo leído en otras fuentes o con lo oído de viva voz.

Durante las primeras horas de navegación la flota se aleja de la costa y se transmiten algunas indicaciones relativas al orden de los navíos, velocidades y sobre unas personas que se recogen de unas «lanchas», que no pueden ser otras que aquellas de la base de Portman a que antes hemos hecho referencia.

A las
17,07
horas, se alude a unos aviones que han sobrevolado la escuadra; su identidad se desconoce (y probablemente eran aviones republicanos que observaban a los buques). A continuación se cruzan preguntas y respuestas sobre personas ajenas a las respectivas tripulaciones que viajan en los buques.

A las
21,10
horas, un mensaje importante se capta de una emisora alemana:

> Bilbao. Domingo
> 9,30
> h de la mañana dio a conocer emisora republicana de Cartagena que parte flota roja habíase sublevado contra el Gobierno. Sensacional noticia fue seguida invitación población Cartagena a asociarse inmediatamente cuarteles marina ciudad uniéndose levantamiento. Emisora resonaron después himnos falange y gritos ¡Arriba España! y ¡Viva Falange! Posteriores emisiones radio que cayó poder nacionales comunicaron que parte de fuerzas navales estacionadas en Cartagena habíanse sublevado apoderándose primer ímpetu mayor parte ciudad, fuertes costa, Galeras, Moros y San Julián, además de baterías playas. Levantamiento participaron varios aviones nacionales que al principio fueron confundidos por aparatos rojos y dispararon sobre ellos, pero reconociendo error suspendieron antes de que emisora pudiera participar había sufrido daños. Plaza principal Cartagena reuniéronse miles personas comentaban entusiasmados repentina liberación. Conocida noticia, partió Cartagena parte flota hallábase Cádiz para apoyar un posible levantamiento. En Cádiz como en toda España nacional produjo enorme entusiasmo noticia atrevido golpe Cartagena. Todavía no

> puede saberse barcos nacionales llegaron a tiempo auxiliar eficazmente destacamentos nacionales sublevados, posteriormente emisiones radio Cartagena permiten afirmar que mayor parte fuerzas quedaron al lado republicano. Primero comunicó emisoras que destacamentos marina nacionales concentraban costa y Arsenal del cual desprendíase que no pudieron mantenerse ciudad. Artillería costa dirigió a todos barcos de guerra surtos puerto izar dentro de quince minutos bandera blanca, en caso contrario harían fuego contra ellos. Al parecer, barcos rojos no accedieron intimidación y algunos huyeron según dice emisora. Puerto hallábase concentrada casi toda flota roja, entre otros, cruceros *Libertad, M. de Cervantes,* contratorpederos *Churruca, Méndez Núñez, Alsedo, Antequera, Lepanto, A. Miranda, A. Valdés, Alcalá Galiano,* diez submarinos y varios buques auxiliares. En contraataque recuperaron republicanos emisora Cartagena. Once y media comunicó hallarse en poder rojos. Doce y media volvió a comunicar proseguía luchándose encarnizadamente así como alrededores. Según comunicó […] las luchas continuaban. Después hizo llamamiento emisora marina seguir leal republicanos.

Observará el lector que junto a noticias válidas se dan algunas inexactas; cabe suponer que la emisora de Bilbao, cuyas noticias resumía la radio alemana, había permanecido a la escucha de la Emisora de la Flota Republicana de Cartagena. Lo importante, puesto que los hechos verdaderos los conocemos de mejores fuentes, es la impresión que pudo causar en los mandos de la flota que, mientras navegaban, escucharon la noticia.

A una hora, que en la lista que poseo queda en blanco pero que debe ser la
1,25
del día 6, se dirige el *Almirante Antequera* al buque insignia: «Este mando renueva su absoluta adhesión al mando de la flota y enterado haberse constituido en Madrid el Consejo Nacional de Defensa en sustitución Gobierno Negrín, integrado por militares y civiles pundonorosos, entiende debe prestárseles la más cálida asistencia. Comandante y Comisario este buque a Jefe Flota y

Comisario General». Inmediatamente del *Cervantes* preguntan al *Antequera:* «Diga quién recibió eso». Y la contestación: «Está recibido de la Emisora de Radiodifusión».

En la copia que manejo se produce una cierta confusión en el horario que queda en blanco y en el orden que se repite el radiograma n.° 80. Sería presumible que estos mensajes vinieran detrás de los que vamos a copiar y a escasa distancia horaria. Estas anormalidades de transcripción apenas tienen importancia.

A
1,17
horas: «Mando *Libertad* a Mando Flota. Ruego me digan sí en ese buque han recogido alocución de radio Madrid explicando la formación de Consejo Nacional de Defensa presidido por Casado en sustitución Gobierno Negrín». Y esta es la respuesta del *Cervantes* que permite suponer la alteración en el orden de los mensajes anteriores: «No ha sido recibida esa alocución por haber estado con otra observación».

El mando del *Libertad* se dirige nuevamente al de la flota a las
2,06
horas: «Trasmitida por Unión Radio Madrid ha pronunciado una alocución el general Casado. Después habló Mera que calificó duramente a Negrín. Inmediatamente después se leyó un manifiesto anunciando la constitución de un Consejo Nacional de Defensa presidido por Casado con la colaboración de Besteiro, Wenceslao Carrillo y —no lo oí bien— Cipriano Mera. En el manifiesto se dice al pueblo la verdad de la guerra y se califica al Gobierno Negrín de traidor al pueblo y que tenía preparada la fuga. Apoyan al CND Izquierda Republicana, Partido Socialista, UGT y JJLL. Están excluidos los comunistas. Ya era hora. Anuncian que se constituían por encima del Gobierno, el cual parece que no ha dimitido todavía».

Poco después, a las
2,09
horas el *Libertad* anuncia al *Cervantes*: «Le está llamando cabo de Palos». Y el mensaje «urgentísimo» de la emisora de cabo de Palos al *Cervantes* dice: «Todo tranquilo con República». Su recepción está registrada a las
2,21

horas.

Pero el *Cervantes,* a las
2,47
horas, comunica a los buques: «Rumbo 80», y ese rumbo significa que sigan el mismo que llevaban.

La emisora del cabo de Palos insiste: «Por orden superior curso lo siguiente al *Cervantes:* Ven a Cartagena, todo tranquilo con República». Este mensaje se recibe a las
3,20
horas.

El *Cervantes,* es decir, Buiza, Alonso y el EM, cursan llamadas formularias y dan rumbos normales. A las
4,28
una emisora de Portman, que desde unos minutos antes llamaba a servicio urgente, comunica: «Ministro Defensa Nacional a Jefe Flota. Dominada situación en Cartagena sírvase reintegrarse a Base naval».

No ha llegado a averiguarse quién podía emitir desde cabo Palos, pero nos consta que a aquellas horas nada estaba tranquilo en Cartagena y que las baterías de costa seguían dominadas por Arturo Espa. Sabemos que a una hora indeterminada llegó al cabo Palos un destacamento de aviación procedente de Los Alcázares, y que esas fuerzas permanecían fieles al Gobierno. ¿Pudo ser el teniente coronel Rodríguez el inspirador de ese mensaje? ¿Pudo serlo otra persona relacionada con el Gobierno o los dirigentes comunistas? ¿Sería iniciativa de cualquier subalterno o del propio operador de radio? Es indudable que, fuese por iniciativa de persona importante o por iniciativa de un subalterno, la intención de quien radiara aquellos mensajes era conseguir que la flota regresara a puerto o se aproximara a la costa —quizá, en ese caso, hubiese tratado de llevarla a Alicante— y el último de los radiogramas viene a confirmarlo. No se emite por orden del Consejo; quien llama a la escuadra es el ministro de Defensa —Negrín— y no el consejero —Casado— que a esas horas carecía de comunicación con aquella costa. ¿Advertirían los mandos de la flota esa diferencia? ¿Contribuiría a aumentar su confusión? Lo cierto es que a partir de ese momento se van cambiando los rumbos y parece que se ha dispuesto el regreso. A las
5,44

horas se emite desde el *Cervantes* a todos los buques esta comunicación: «Formado nuevo gobierno formado por general Casado, Besteiro, Val, Rodríguez Vega, San Andrés, Carrillo y González Marín, de acuerdo todos estos con Menéndez y Matallana. Viva la República».

Al instante el *Ulloa* se dirige al *Cervantes:* «Las noticias recibidas esta madrugada de Madrid, Cartagena, que VE conoce creo que obligan a la flota a decidir también su posición en actuales circunstancias, creyendo necesario contestar a las llamadas urgentísimas de Portman y Palos hacen a la flota para tener más exacta información de la situación. Los bombardeos sobre Cartagena han dejado ayer a la Base, como usted habrá oído por la Radio de la Flota, sin petróleo, por lo tanto creo muy necesario para orientación de todos conocer su opinión». Hasta las
6,27
horas no contesta el *Cervantes* al *Ulloa,* pero entretanto, como observaremos por el texto, se ha recibido una comunicación del submarino
C-2
, que quedó averiado en el arsenal y cuyo aparato emisor estaban componiendo, y el arsenal se mantenía a esta hora en poder de los sublevados. El texto radiado desde el *Cervantes* es el siguiente: «Radio recibido a 6 horas del
C-2
dice: En Cartagena a las órdenes de Franco. Lo que demuestra que la base no está en poder de la República y en ese caso la opinión del Mando de la Flota es que esta no debe regresar a Cartagena. Con respecto de la adhesión de la ilota al gobierno recién constituido le manifiesto que el sábado pasado como recordará quedé en libertad de mi compromiso. Al amanecer se dirigirá la flota a Argel autorizándole a oponer cuantas objeciones tengan por conveniente hacer a esta determinación: conteste con la misma vía».

Poco después se capta, si bien de forma incompleta, una comunicación, conocida por el lector, que emite Cartagena: «De la causa del Generalísimo Franco, haga el favor, reciba: General Jefe Cartagena a Generalísimo Burgos, urgentísimo. Ocupadas por nuestras tropas las baterías defensa costa y antiaéreas, todo Arsenal, Parque Artillería y Jefatura Base además de otros lugares de mayor

importancia plaza está […] Infantería de Marina próximo Hospital […] urgente […] resistan puerto esperando […]». Es el mensaje emitido por el general Barrionuevo; se observa una pequeña variante en la frase final, que debió ser mal interpretada. Existe una diferencia horaria, pues en el Parque consta emitido a las
5,07
horas, y en la flota se recibe a las
6,28
horas. De no tratarse de error en alguno de los registros, pudiera tratarse de una retransmisión del mensaje de Barrionuevo captado y retransmitido por alguna emisora nacional y la frase de arranque así parece darlo a entender. También pudiera ocurrir que hubiese transcurrido esa hora y veinte minutos, que parece excesiva, entre el momento en que radiograma fue redactado en el Parque, transmitido por teléfono al arsenal y desde allí emitido por la radio.

De nuevo se cursan órdenes de cambiar el rumbo; ya no se regresa a Cartagena. La suerte de la flota republicana acaba de decidirse con ese cambio. El jefe de la flotilla de destructores manifiesta su «opinión» desde el *Ulloa* en el cual tiene su puesto de mando: «Recibido su radio, de acuerdo en absoluto, reciba mi inquebrantable adhesión». Poco después, del *Antequera* se comunica al *Ulloa:* «Este mando mantiene opinión de asistir al nuevo gobierno de la República». Y el *Ulloa* le replica: «Con la decisión del Jefe de la flota se le presta ayuda al nuevo gobierno en su misión que todos conocemos, esperando que ese buque como todos los de la flota mantengan su adhesión y confianza al Jefe de la flota». Puede interpretarse como una llamada al orden, casi como amenaza, basada en un razonamiento no demasiado sólido. Pero la indicación es acatada por el *Antequera.*

A las
7,20
horas emite el *Cervantes:* «El mando de la flota encarece a todos los buques que dado el próximo fondeo en un puerto extranjero se mantenga por las dotaciones de los mismos un perfecto estado de disciplina, uniformidad y corrección». Y empiezan a darse órdenes de colocación de los navío s, rumbos, velocidades, hasta que a las
8,36
horas se radia del mando a todos: «Por indicación de las autoridades

francesas la flota se dirige a Bizerta». Y de nuevo se cambian los rumbos.

Hacia las 10 horas se registra un mensaje recibido por TSH de Los Alcázares, que debe relacionarse con la posesión de las baterías de costa por parte de los sublevados, o quizá con la presencia de los buques de la escuadra nacional que empiezan a recalar en la costa. Este mensaje no lo comentan porque no saben de qué manera interpretarlo quienes han dado por prematuramente liquidada la sublevación y quienes ignoran que el *Castillo de Olite* y el *Castillo de Peñafiel* fueron parte ínfima de los buques nacionales que se concentraron ante Cartagena. El mensaje de Los Alcázares decía: «Viva la República, viva. No es conveniente que se aproxime a nuestras costas». Era una confirmación ante el mando, que había tomado la determinación de internar a los buques, de que algo anormal ocurría en la costa de Cartagena.

A las 11,45 horas solicita el *Cervantes* que cada buque dé cuenta del combustible que lleva; la hora que se indica para hacerlo es a las 12. Las distintas unidades van declarando en toneladas su reserva.

El último de los mensajes que consta en las copias es el que dirige el *Cervantes* a todas las unidades: «Cada buque diga el número de individuos no pertenecientes a la tripulación». Desde ese momento, las 12,15 horas, las comunicaciones entre los buques debieron hacerse empleando sistemas ópticos, puesto que navegaban por aguas territoriales francesas y había desaparecido el peligro de ser atacados o de que los mensajes fueran conocidos.

Los detalles de la llegada de la flota a Bizerta y los trámites que se siguieron vamos a suprimirlos para no extendernos más. Deseamos añadir que se entró en perfecto orden y las tripulaciones en el estado de disciplina, uniformidad y corrección que se les había mandado desde el *Cervantes.* Entre el último mensaje registrado y la entrada en la base naval transcurrieron unas veinticuatro horas, pues repetimos que el internamiento no tuvo lugar hasta el día 7, martes, cuando ya el Gobierno y otros dirigentes se hallaban en Francia. La navegación y los trámites fueron lentos y la base está

situada al fondo de un auténtico mar interior.

La última aventura de la flota y su internamiento queda suficientemente claro; sus episodios se transparentan a través de los radiogramas si estos se interpretan con la debida buena fe y teniendo en cuenta lo que acontecía en la península a esas mismas horas y días.

En el *ABC* de Madrid del día 7 se publica este despacho de la Agencia Febus: «General Jefe Grupo Ejércitos a Coronel Casado. Madrid. La flota en buen espíritu se encuentra a las órdenes de vuecencia. Lo que traslado para conocimiento». Lo considero apócrifo; en esta misma opinión abundan personas a quienes he consultado al respecto y que desde distintos puntos podían estar enteradas. Fue insertado sea por error entre los muchos que se cometieron o con la intención de levantar los ánimos a los partidarios del Consejo. Nada permite suponer que ese mensaje procediera del mando de la flota, ni nadie lo ha comentado tampoco en tal sentido.

Existen algunos aspectos que no quedan reflejados en los radiogramas copiados pero puede decirse que, en parte, derivan del contenido de los mensajes y son reflejo retardado de las tensiones que, manifestadas a lo largo de la guerra, se habían agudizado en las postreras semanas. A bordo de los buques se formó un estado de ánimo agresivo contra comunistas y negrinistas, que se hallaban en minoría y fueron arrestados; parece que a algunos se les había aislado con anterioridad. Bruno Alonso afirma que gracias a su intervención fueron liberados esos prisioneros. Cuenta Francisco Galán que él estuvo prácticamente arrestado durante la travesía y lo atribuye a malquerencia del jefe del EM de la flota con quien recordaremos cruzó unas palabras agrias al embarcar en el muelle de Cartagena. Tanto entre la marinería como en los más altos escalones, donde el conflicto se manifiesta más evidente y enconado es a bordo del *Miguel de Cervantes*. Atribuyéndose, como de costumbre, el papel de protagonista,. Bruno Alonso da una versión justificativa de por qué la flota se vio, obligada a internarse:

> Antes de adoptar ninguna decisión definitiva, estimo que debe intentarse un esfuerzo supremo, y, si es posible, volver a Cartagena. Así se lo comunico al Almirante, exponiéndole que,

a juicio mío, hay que pensar todas las posibilidades que puedan existir para regresar. El Almirante comparte mis inquietudes y deseos. Piensa como yo en la conveniencia, del retorno y a tal efecto reúne el Estado Mayor para examinar de nuevo la situación. Son muy pocas las razones que, al parecer, existen para que mis deseos sean viables. La principal es de orden político y sentimental:: arriesgarnos a perder la flota para intentar salvar a parte de los compañeros que han quedado en España. Misión de orden militar no parece haber, ya que, perdida toda Cataluña y Mahón, la situación del país, a raíz de este desastre, era caótica desde todos los puntos de vista, y la sublevación de Cartagena, seguida de la marcha del Gobierno, daban la impresión de que el desastre era definitivo. No se sabía todavía si la flota podría entrar en Cartagena, ya que oficialmente los informes recibidos parecían asegurar que el enemigo dominaba las baterías de costa. Pese a que la moral de las dotaciones no se había quebrantado hasta aquellos momentos, podíamos lógicamente temer que la presencia en los barcos de mezcla de 800 refugiados, mujeres y niños, afectara al sublime heroísmo que era necesario para que los barcos, al regresar, pusieran proa a la muerte. Todas estas consideraciones no dominaron mi ánimo, y a pesar de todo, insistí cerca del Almirante y del Estado Mayor, que en definitiva* eran quienes debían resolver, juzgaban aventuradísima la propuesta, que equivalía a arriesgar estérilmente la flota, y a los que en ella iban. Sin embargo, en un esfuerzo último se decidían a volver, si las reservas de petróleo permitían hacerlo. El Almirante ordenó revisar los tanques y calcular las existencias. Hecha la operación, los resultados eran los siguientes: había petróleo suficiente para regresar a Cartagena, o para llegar a Bizerta. Si Cartagena seguía en poder del enemigo y no se podía entrar en puerto, la flota quedaría a la deriva, sin petróleo y, por tanto, imposibilitada de navegar y a merced de lo que ocurriese. En estas condiciones el Almirante y el Estado Mayor asumieron la responsabilidad íntegra de ordenar que se pusiera rumbo a Bizerta. La decisión era gravísima, pero juzgué que era inútil oponerse a ella.

Prescindiendo de que en lo personal el comisario general de la Flota se cuida de sacudirse toda responsabilidad, hay que tener en cuenta algunos extremos que ya quedan explicados, y que se refieren al compartido deseo de dar por terminada la guerra, agravado por el desconcierto que, ante quienes tenían las responsabilidades de tomar determinaciones, debieron ocasionar los mensajes contradictorios que les llegaban desde tierra. Por una parte, consideraría Buiza que el golpe de Casado venía apoyado por quienes se habían comprometido con él, pero asimismo tuvo que pesar en su ánimo que en el momento en que lo habían convenido le dejaron en la estacada y ese despecho queda reflejado en uno de los radios. Sabemos que muchos de los marinos presionaban para que la flota se internara por razones personales o políticas que les agitaban en aquella ocasión precisa y extrema. Puede observarse el tono de los radios emitidos desde el *Ulloa* por García Barreiro, jefe de las flotillas. El jefe del EM, capitán de corbeta José Núñez Rodríguez, era uno de aquellos marinos y mantenía contacto personal y permanente con Buiza. Los demás comandantes, salvo el del destructor *Almirante Antequera,* se limitaron a acatar las órdenes en silencio. Y aún se da otro fenómeno; cuando a bordo de los buques se llega a la convicción —siempre relativa— de que el Gobierno ha sido derrocado y se oye por radio insultar a los comunistas, los de esta tendencia quedaron muy enfriados en sus entusiasmos, si es que los tenían, por regresar; nos referimos a la mayoría, no a individuos aislados. Afirmaba Francisco Galán que él se mantuvo en todo momento dispuesto al regreso, pero que su posición a bordo no era tenida en cuenta. Aún se da otra circunstancia relacionada con el hecho de haber admitido a bordo de los buques a numerosas mujeres, familiares en su mayor parte de las dotaciones. ¿Pensaban los maridos, padres o hermanos, cuando las mandaron embarcar, que la flota salía dispuesta a entablar combate? Apenas es admisible; estaban convencidos de que la marcha de los buques era definitiva y que abandonaban España y la guerra con las consecuencias que de la derrota inminente iban a derivarse. Esto se expone en líneas generales, admitiendo las excepciones individuales que se deseen, que alguna pudo darse.

Por los hechos que acaban de relatarse, se ha tratado con dureza a los marinos. Los comunistas son quienes llevan más allá los

insultos y achacan al internamiento de la flota la máxima responsabilidad. Reciben incluso acusaciones graves los marinos por parte de personajes cuyo comportamiento no fue distinto al adoptado por ellos. He dejado constancia, extendiéndome bastante, de los datos de que disponemos para enjuiciar los hechos, porque algunas veces para justificar e ilustrar acusaciones cuyo fondo es político, se han tergiversado aquellos hechos y los horarios, y la concatenación entre unos y otros se produjo y queda clara.

Consideremos, por ejemplo, que muchas horas antes de que los buques se internaran materialmente, el Gobierno y numerosos dirigentes del PCE habían abandonado el territorio republicano y cruzado fronteras que les situaban a salvo. Y utilizaron aviones, de los cuales no hay noticia que regresaran para evacuar las personas que su limitada capacidad permitía.

Sin pretender juzgar a nadie ni tampoco justificar a quien sea, hay un hecho cierto y es que la marcha de la flota y el no conseguir con los buques ningún tipo de comunicación que permitiera mantener esperanza de que regresaran a puerto republicano, tuvo que influir en la decisión de abandonar la lucha por parte de Negrín y los comunistas de Elda. Y otro aún más doloroso: los buques pudieran haber constituido en manos del Consejo Nacional de Defensa una importante baza para la negociación final o un medio seguro para evacuación de muchos millares de personas. No parece probable que la escuadra nacional se hubiese arriesgado a una batalla de resultados inciertos con el solo objeto de no privarse de ejercitar lo que ellos llamaban justicia y muchos califican de represalias. Marinos republicanos y tripulaciones, acorralados entre la espada y la pared, se hubiesen arriesgado a combatir en caso imprescindible. En el último momento, por su propia salvación, por la de sus familiares y por las muchas personas que hubiesen podido escapar a los pelotones de ejecución, a las cárceles. La pregunta sigue, pues, siendo la misma: ¿Podían o no regresar? Aquí queda constancia de los datos que poseemos.

XXII

Los sublevados de Cartagena no se enteraron de que en Madrid se había producido un golpe de estado que había derrocado al Gobierno. En el parque de Artillería disponían de un viejo aparato de radio solo apto para oír la emisora local y nadie debió prestarle tampoco demasiada atención, aunque hay quien afirma que unas palabras de El Tebib Arrumi, desde un emisora nacional a cuya escucha permanecía, les infundió ánimos.

Dejaron transcurrir la noche del 5 al 6 sin tomar ninguna iniciativa, confiando en la ayuda que desde fuera les llegara. Hubo paqueos y quienes se movieron por el interior de la ciudad para aislar las focos rebeldes fueron los atacantes, en particular los de la brigada de Precioso, que eran los mejor coordinados y los únicos que se movían bajo dirección militar.

Aviones nacionales sobrevolaron la ciudad sin que se les disparara de las baterías de la DCA. El ruido de los motores en la noche fue interpretado como augurio de inmediato auxilio, como una presencia activa o toma de posesión del cielo.

Desde las baterías que estaban mejor emplazadas al efecto se abrió fuego contra el paseo de la Muralla, lo cual debió dispersar o hacer que se replegaran a lugares resguardados los atacantes de la Capitanía de la base. Pero ese cañoneo nocturno —dieciséis disparos contó alguien— produjo efectos secundarios contraproducentes, pues inutilizó las líneas telefónicas de la base.

Los de Artemio Precioso paralizaron los ataques durante la noche, pero fueron coordinándolos para reemprenderlos al día siguiente. El comandante de Artillería Carlos Mira, que mandaba el grupo de Cenizas y que se hallaba de baja por un accidente de automóvil, fue suplantado en el mando por el comandante Faguás,

que obraba de acuerdo con Espa; y quedan relatados los incidentes que se produjeron. Carlos Mira, al advertir el cariz que la sublevación iba tomando, buscó contacto con las fuerzas encargadas de reprimirla, con la 206 Brigada, y se puso en movimiento para influir sobre sus antiguos subordinados y sobre el conjunto de los artilleros. Conocía la distribución de las distintas baterías y sus comunicaciones, y resultó un eficaz colaborador del mayor Precioso, que había iniciado la operación sin poseer planos ni mapas y desconociendo el terreno.

Durante el día 6, decisivo para la suerte de la plaza, se produjeron bastantes alternativas. La más importante es que buques de guerra y transportes nacionales, que consiguieron embarcar tropas con inusitada rapidez, fueron recalando en la mar de Cartagena. Hubo actividad por parte de ambas aviaciones, no suficientemente intensa para ser eficiente, y aparatos nacionales fueron atacados por la artillería antiaérea, con lo cual se repetían los equívocos que obligaban al mando nacional a recelar y a la adopción de precauciones dilatorias. También abrió fuego la defensa antiaérea contra aviones republicanos que atacaron un hidro nacional enviado en misión informativa.

El comandante Mira, que utilizaba como arma el teléfono para atraerse a los sublevados, combinó con las fuerzas atacantes el acoso a las baterías, que era la principal arma de que los rebeldes disponían. Consiguió reunir a algunos oficiales, suboficiales y artilleros para que colaboraran con él en caso de que se llegara a controlar alguna de aquellas baterías cuyo personal resultara abiertamente faccioso. La primera que consiguieron dominar fue La Parajola, que ocupa una posición ventajosa sobre el antepuerto y la mar abierta.

Los rebeldes continuaban en su actividad emisora; a las
8,35
horas del día 6, radiaban: «El General Jefe de la plaza al Generalísimo. Nuestro entusiasmo incólume reforzada esperanza próxima llegada de escuadra. Insistimos conveniencia pase repetidamente aviación nacional sobre esta plaza en misión vigilancia dando seguridad todo vecindario constituye heraldo llegada inmediata nuestros hermanos. Viva España. Arriba España». Y unos minutos después: «Ruégole que aviación vigile batería

antiaérea Los Dolores, ignorándose por qué causa haya podido disparar. Es urgentísimo desembarco».

Los elevados muros que rodean el arsenal seguían siendo su mejor defensa pero entre las heterogéneas fuerzas allá concentradas flojeaba la moral y desde las faldas de los montes dominantes les tiroteaban. Lorenzo Pallarés, ayudado por algunos de los más decididos, abrieron fuego contra los atacantes utilizando un cañoncito de 75 mm que artillaba el submarino.
C-2
Algunos de los disparos que llegaron a efectuar tuvieron la virtud de frenar o desconcertar a los atacantes, pero también sirvieron para convencer a Pallarés de que estaban batidos; tuvieron que abandonar la empresa que arrastró las últimas esperanzas de defensa autónoma —o autárquica— del arsenal.

Desde Cabo de Agua manda Espa hacer con heliógrafo señales destinadas a los buques nacionales que van apareciendo en el horizonte. Ninguno corresponde a los mensajes que se les cursa; suelen limitarse a responder: «Enterado».

A las
10,41
horas, se recibe en el parque nueva comunicación de Burgos: «Dígame urgentísimamente qué objetivos exactos le conviene bata aviación. Se va a bombardear Galeras. Dígame también qué partes del Arsenal tiene ocupadas y qué fuertes están en su poder. Tengan fe y confianza, llegan tropas». Desde el mismo arsenal, sin consultar con Barrionuevo, redactan la respuesta: «De Cartagena a Burgos,
10,55
horas. El General plaza Cartagena al Generalísimo. La situación se hace insostenible si no viene un rápido desembarco por encontrarse amenazado el Arsenal y con este la radio».

Durante la mañana dos mercantes artillados han puesto proa a la costa, y el *Canarias* patrulla en misión protectora. Cuando los buques se hallan a cierta distancia todavía, abre fuego La Parajola contra ellos, obligándoles a virar de bordo y adentrarse en la mar. La reacción de Arturo Espa es inmediata, y desde la batería de Aguilones, situada enfrente de La Parajola, al lado opuesto de la bahía, se empieza a disparar contra esta última, que también recibe fuego de la Jorel, emplazada en el cabo Tinoso.

Las piezas quedan apuntadas contra La Parajola para acallarla tan pronto vuelva a hacerse necesario, pero desde la batería de Aguilones ven correrse fuerzas hacia las baterías de Fajardo y Podaderas. Sabe el comandante Espa que carecen de fusiles, que solo existe en cada batería el armamento correspondiente a la guardia y aun dotado con escasa munición, lo cual hace imposible la defensa si son atacados por tierra. Había pedido fusiles al parque pero no le han llegado, pues el mensajero, que iba en coche, se esfumó. En el parque, como queda dicho, la munición idónea también escaseaba. Por heliógrafo trasmite Espa órdenes a la batería Jorel de cañonear las faldas del monte de Galeras y que después lo haga, salvo contraorden, contra las baterías de Podaderas y Fajardo. La situación en el frente derecho está deteriorándose por momentos, precisamente ahora que los buques nacionales han hecho acto de presencia y resulta imprescindible dominar el conjunto de las baterías de costa.

Todavía se cruzan algunos mensajes. A las 11,45 horas se emite desde el parque: «Con fe ciega llegada tropas hermanas esperamos. Conviene bata faldas Galeras y Atalaya evitando radio Arsenal que está nuestro poder. Arsenal lo tenemos ocupado por completo así como parque artillería. Observen batería Parajola que es dudosa así como batería antiaérea Los Dolores evitando pueblo».

A las 11,56 horas se capta nuevo mensaje: «Dígame si es nuestro castillo San Julián». Pero desde el parque se ignora cuál es la situación y los cañoneos que se han dejado oír les han desconcertado. Contesta Barrionuevo: «Suponemos que es nuestro castillo San Julián pero nos cercioraremos. Viva España. Arriba España». El castillo San Julián, situado entre el puerto de Cartagena y la rada de Escombreras, estaba en poder de los sublevados.

A las 13,51 horas otro mensaje: «Ruégole encarecidamente enviar aviación repitiendo bombardeo castillo Galeras en la misma forma que la vez anterior». Estos bombardeos y la amenazadora presencia de los

buques que van incorporándose a los ya concentrados, retardan el ataque definitivo contra el arsenal. A pesar de que la aviación nacional no se muestra muy activa, su sola presencia demuestra que ayuda a los sublevados y que en cualquier momento cooperará con un desembarco. Los batallones de la 206 Brigada apenas podrían oponerse a unos cuantos centenares de hombre resueltos que desembarcaran y se extendieran por las baterías para reforzar sus dotaciones, mientras otros se adentraran en la ciudad sumándose a los sublevados. Los soldados de Artemio Precioso están diseminados y, de desembarcar los nacionales, lo harían fuerzas de choque, combativas y bien pertrechadas. El signo de la lucha podría cambiar y decidirse en contra de la 206 Brigada.

En algún momento le han llegado a Joaquín Rodríguez, que ha instalado su puesto de mando a retaguardia, noticias directas de lo sucedido en Madrid, y, lo que es peor, en Elda y Monóvar. Podría afirmarse que las operaciones de Cartagena pasan a ser secundarias. El Gobierno se dispone a abandonar España o ya la ha abandonado y la flota no se sabe dónde se halla. Es la escuadra nacional, *Canarias* incluido, la que domina el mar. En el mismo centro de la república se ha planteado una crisis de mando y los miembros del Partido tampoco saben a qué atenerse. Están luchando por inercia y afortunadamente las tropas de Precioso, por hallarse enfrascadas en el combate, no han debido enterarse de lo que ocurre.

Crece, sin embargo, la intranquilidad en el arsenal; la presencia de buques nacionales sería una garantía, pero ocurre que apenas nadie parece dispuesto a defenderse con las armas. Por iniciativa directa se envía desde el arsenal el siguiente mensaje: «SBD de Cartagena a Burgos a las 14 horas 18. El Comandante Militar Cartagena al Generalísimo. Ruégole la urgencia de reforzar defensa este arsenal con desembarco de trescientos soldados pertrechados como mínimo no pudiendo suministrar comida probablemente desde mañana. Por comandante remolcador *R-12* habrá tenido información flota».

Por la mañana un remolcador partió del arsenal y se dirigió a la escuadra nacional. Llevaba indicaciones de que podía desembarcarse en Portman al amparo de las baterías. Corre la versión de que al mando del remolcador iba un antiguo cabo de

marinería, que fue identificado —o denunciado— y que, dada su actuación durante los primeros días, fue allí mismo arrestado por los nacionales. Sea cierto o no este episodio, se estudió la posibilidad de desembarcar en Portman, a cuyo efecto se destacó el minador *Marte,* que entró en la rada y requisó —de voz, pues no llegaron a poner pie en tierra— las barcas de los pescadores que se encontraban allá, a causa de que el desembarco no podía hacerse sin la cooperación de lanchas, a causa de la disposición de la playa. El único muelle practicable estaba interceptado, u ocupado, por el petrolero *Compilo* y no hallaban personal para poner en marcha sus calderas y retirarlo. No hay noticias del porqué no se improvisó una tripulación con oficiales y marinería nacionales. Cuenta en sus memorias el almirante Cervera que primero se pensó desembarcar en cabo Palos, «cosa nada fácil por falta de elementos, aunque visto después hubiese sido acierto para adueñarse sin gran dificultad de las baterías del puerto donde la tropa vaciló». Por parte de la escuadra nacional también se produjeron vacilaciones y demoras o se adoleció de falta de conexión entre los distintos escalones del mando. Es cierto que obraban a ojos cerrados, guiándose, y desconfiando al par, por mensajes en exceso optimistas; pero no hubiese resultado difícil ni en exceso arriesgado desembarcar unos cuantos hombres decididos —lo que luego se llamaría «comando»— que estudiaran la situación sobre el terreno y formaran una pequeña cabeza de puente. Los trescientos hombres que solicitaba Pallarés para asegurar el arsenal pudieron haber cambiado el signo de la lucha.

¿Qué fuerzas nacionales se movilizan por parte de Burgos? Comencemos por afirmar que fueron cuantiosas y que el embarque se lleva a efecto con ejemplar rapidez. Resumo datos entresacados de aquellos que proporciona el almirante Cervera, de un trabajo publicado en 1971 por J. M. Blanca Carlier y de cierto número de comunicantes directos que tomaron parte en la empresa. Me ayudo, asimismo, con el testimonio de un corto número de cartageneros —sublevados o contrarios a la revuelta—, pero aquí los recuerdos son menos precisos que sobre otros aspectos.

El mismo día 5, domingo, zarparon para Cartagena desde sus bases baleares los buques auxiliares *Mar Cantábrico,* insignia del almirante, el *Mar Negro,* jefatura de la División de cruceros, y

además el cañonero *Dato.* El *Canarias* también hizo rumbo a Cartagena. Los minadores *Júpiter, Vulcano* y *Marte* se desplazaron a El Grao de Castellón donde estaban embarcando tropas de la 83 División, perteneciente al Cuerpo de Ejército de Galicia. Mandaba este cuerpo el general Aranda y la división expedicionaria el general Pablo Martín Alonso.

A las 15 horas comenzaron los embarques en Castellón y Vinaroz de donde iban zarpando los buques a medida que las tropas embarcaban. Se hicieron a la mar los siguientes transportes: *A. Lázaro, J. J. Síster, Sebastián, Castillo de Gibralfaro, Castillo de Monforte, Castillo de Olite* y *Castillo de Peñafiel,* que llevaban a bordo, además de la infantería, artillería, municiones, víveres, ganado, servicios sanitarios, vehículos… Se calculan en unos 13.000 hombres. De Málaga a las
19,45
horas, zarparon el *Jaime II,* con 800 hombres a bordo, el *Cabo Huertas, Castillo de Mombeltrán, Dómine, Castillo de Montealegre* y *Castillo de Simancas.* Sumaban en su conjunto los de Málaga algo más de 5.500 hombres. No llegaron a zarpar el *Castillo de Madrigal* y *Castillo de Oropesa.*

A las 4 de la mañana del 6 de marzo zarpó de El Grao de Castellón el minador *Vulcano,* a bordo del cual embarcaron con otras fuerzas, la plana mayor de la 83 División y su general Pablo Martín Alonso. Hallaron plaza en el minador los componentes del Equipo 11 de Radiodifusión y Propaganda en los Frentes. El general había estado esperando que embarcaran las unidades de su división, cuyo traslado se había hecho con facultades, pues los caminos se hallaban encharcados por efecto de lluvias recientes.

Los demás buques se iban adentrando en la mar siguiendo rutas distintas que, en previsión de ataques enemigos, pasaban cerca de las Baleares. El *Vulcano* avistó aviación republicana y abrieron fuego contra ella; y antes de llegar al lugar de recalada dispararon contra otro aparato que volaba a gran altura, y que parece era nacional. En las primeras horas de la tarde, se unió al conjunto de los buques que se hallaban frente a Cartagena; ya estaban allí presentes tanto el *Canarias* como el *Mar Negro,* a bordo del cual se hallaba el almirante Moreno, jefe de la Escuadra de Bloqueo.

Los buques nacionales sufrieron un enérgico ataque de la

aviación enemiga que les puso en apuro, pero gracias a la reacción antiaérea, que fue, asimismo, vigorosa, se consiguió alejar a los aparatos sin sufrir daños ni bajas.

Desde Cabo de Agua iban haciéndoles señales ópticas, que se recibían en los buques, en las cuales se comunicaban noticias sobre la situación en las distintas baterías, la indefensión por tierra en que se hallaban y urgiéndoles a que desembarcaran.

Dos veces se reunieron el almirante Moreno y el general Martín Alonso; la primera a bordo del *Vulcano,* la segunda al día siguiente en el *Mar Negro.* De las memorias de Cervera Valderrama parece deducirse que el mensaje que voy a transcribir fue redactado durante la primera de estas reuniones en la tarde del día 6. Dice así: «Reunido con el general Jefe división 83 y falto aún de información sobre puerto de Portman, informo VE: 1.°) Durante todo el día hoy no me ha sido posible entablar relación con comandante militar de la plaza Barrionuevo. 2°) He sido hostilizado por fuego baterías costa de la plaza con tiro preciso. 3.°) Baterías antiaéreas Cartagena han dado señales de actividad sobre aviación nacional y no sobre roja. 4.°) Castillo Galeras me informan está en poder rojo y ha mantenido fuego con Castillo San Julián. Ante esta situación que modifica anteriores, considero como únicas soluciones: 1.°) Desembarco en el muelle de Cartagena Arsenal, solo posible forzando boca puerto, expuesto a perder algunas unidades, y forzando desembarco en el Arsenal sería bajo fuego armas automáticas de Galeras. 2.°) Desembarco en Porman, con la dificultad de escasez de medios, pues barcos no pueden atracar y solo se dispone de dos barcazas que he mandado reconocer. Según me informa mando división 83 el desembarco en Porman se realizaría por fuerzas ligeras que en raid sobre San Julián, operaría ocupar Galeras con apoyo aviación y escuadra, para facilitar entrada en el puerto resto convoy y desembarco arsenal. Ruego a VE resolución». No señala Cervera la hora en que fue cursado este mensaje ni tampoco da cuenta de la respuesta que recibió. Proponía Martín Alonso un desembarco parcial de fuerzas escogidas; ahora se ve claro lo que entonces no debió verse y que hubiera dado solución favorable a la operación que iba a frustrarse.

Continúa dejándose transcurrir el tiempo y produciéndose vacilaciones. La comunicación era difícil y tan complicada y

múltiple que en ocasiones parecen diálogos entre sordos.

La 206 Brigada forzó la entrada del arsenal por una puerta que comunicaba con La Constructora Naval, que alguien, desde dentro, debió abrirles. En ese instante, desbordados por todas partes, con tropas dispersas cuya voluntad de lucha era nula, algunos jefes tomaron la resolución de escapar en el submarino *C-2* que ya estaba reparado. Cuando el enemigo había penetrado en el interior del vasto recinto, y mientras iba ocupándolo por partes, embarcaron en el submarino, y entre quienes lo hicieron se hallaba el teniente coronel Lorenzo Pallarés.

Tuvo el comandante Espa noticia de que un submarino abandonaba el arsenal y navegaba hacia la mar libre en dirección a donde se hallaban concentrados los buques nacionales y temió que proyectaran una agresión por sorpresa, en previsión de lo cual mandó abrir fuego. Para escapar a los proyectiles el submarino realizó una falsa maniobra que le hizo sumergirse en mala posición y a punto de perecer estuvieron todos los que lo tripulaban. Los sublevados que quedaron en el arsenal fueron hechos prisioneros por los atacantes. Los fugitivos del sumergible, que por fin se hicieron con su gobierno, navegaron hacia Palma de Mallorca.

El orden exacto en que se fueron desarrollando hechos y operaciones —ataques de la aviación, cañoneo entre las baterías, pérdida de cada una de estas por parte de los sublevados, avances por tierra de los atacantes, defensa de edificios ocupados por los sublevados y posterior ocupación, comunicaciones entre la escuadra nacional y el cuartel general de Burgos— se presenta confuso y resulta imposible desentrañarlo con seguridad, a pesar de manejar testimonios de los tres frentes, o quizás a causa de ello.

En el parque quedaron sin electricidad y en el mayor aislamiento y a medida que iban transcurriendo las horas y no se producía el desembarco el desánimo cundía. Espa y los artilleros se esforzaban por conservar las baterías, no ya como medio ofensivo sino para evitar que el enemigo se apoderara de ellas y las utilizara para atacar a la escuadra nacional e impedir el desembarco. Pidió que le enviaran una lancha para trasladarse personalmente hasta los buques nacionales, pues por falta de comunicación las informaciones que poseían sobre la situación general eran

deficientes. Cañoneó los alrededores de Portman por si el enemigo había conseguido situar tropas en aquella zona y siguió insistiendo por heliógrafo sobre la urgencia del desembarco. También la aviación republicana bombardeó las baterías y la zona de Portman. Durante la noche se estableció un nuevo duelo artillero entre Aguilones y La Parajola, que desconcertaba a los que desde el mar lo observaban. Como consecuencia del cañoneo de Aguilones, La Parajola, controlada por los «gubernamentales», se vio obligada a cesar en su actividad cuando ya le quedaba una sola pieza útil y aun con los aparatos de dirección de tiro averiados.

La escuadra nacional pasó la noche fuera del alcance de las baterías de costa y al día siguiente estuvo patrullando a distancia del litoral. Nuevamente se reunieron los mandos y parece que se inicio un ataque conjunto, pero los buques sufrieron un nuevo y más peligroso ataque de la aviación republicana y de varias baterías cuyos proyectiles les forzaron a alejarse adentrándose en la mar. Eso ocurría en el momento en que parecía que se hubieran decidido, a destiempo, a iniciar el desembarco. Más tarde se cursaría a los buques la orden de regresar a sus bases de partida y comunicársela a aquellos que encontraran en el camino. En las últimas horas se habían incorporado más buques y algunos señalan la presencia de un pequeño destructor, el *Teruel*.

En las primeras horas del amanecer del día 7 la resistencia en tierra se hundió. Los ataques contra el parque se hicieron más activos. Posiblemente alguien abrió una de las puertas o esta fue forzada por los blindados; lo cierto es que los soldados de la 206 Brigada hicieron irrupción en el interior del edificio y capturaron a los que allí se hallaban sin que opusieron resistencia. El coronel Gerardo Armentia, que se hallaba en su despacho, al oír ruido en la planta baja amartilló la pistola y salió al corredor. En la escalera un capitán mutilado, Aureliano Rodenas, a quien acompañaba un soldado, intentó defender el acceso a la escalera utilizando unas bombas de mecha que habían improvisado en el parque; fue gravemente herido. Una patrulla con un capitán al frente subía por la escalera y al divisar al coronel Armentia abrió fuego casi a quemarropa. El coronel quedó muerto en el corredor. La versión muy divulgada de que el coronel se suicidó quizá provenga de que los prisioneros que salieron detenida de la «coronela» pasaron junto

al cadáver y le vieron con la pistola en a mano y un disparo en la cabeza. La creencia en un suicidio vino reforzar, porque pocos segundos antes Armentia había abandonado el despacho con muestras de nerviosismo y sin dar explicaciones de sus propósitos. El soldado, que fue testigo de todo lo sucedido, se salvó gracias a la confusión que se produjo.[1] Barrionuevo, Lombardero, el capitán Meca, Berjuejo, Ramos Carratalá y los demás paisanos liberados de la prisión de San Antonio fueron hechos prisioneros. En los primeros instantes se confundió a muchos de los que estaban en el parque como detenidos coa los sublevados; y se dieron casos de algunos que ingresaron en la primera situación y habían pasado durante el desarrollo de los acontecimientos a la segunda; pero esos trataron de que nadie lo recordara. No faltaron —tenía que suceder— los delatores, impulsados por el deseo de venganza, por el miedo o por imperativo de su naturaleza.

Las baterías de costa se perdieron una a una sin apenas posibilidad de hacer resistencia. En algunas se inutilizaron las llaves de fuego, en otras se consiguieron desviar las guías de tiro, pero las más cayeron en poder de los contrarios con las piezas en condiciones de ser utilizadas. Los pocos artilleros que acompañaban a Carlos Mira y alguno «sublevado» a la fuerza, que cooperaron con los atacantes, emplearon las piezas para alejar a los buques de la escuadra nacional durante el episodio que se ha narrado. Hay quienes afirman que no tiraban a dar, que el único propósito que les movía era conseguir que se alejaran los buques; otros creen que equivocaron la puntería. Los de la escuadra sostienen que les disparaban con amenazadora seguridad. Imposible dilucidar la auténtica verdad; podría ser una combinación de las diversas aseveraciones.

El día 7 de marzo por la mañana en todo Cartagena solo quedaba un reducto en poder de los rebeldes, el edificio de la Capitanía de la base; lo defendía un marino republicano condecorado con la placa del Valor, Fernando Oliva Llamusí.

La 206 Brigada se había apuntado un resonante triunfo, no solo reduciendo la sublevación de Cartagena sino evitando el desembarco de importantes contingentes nacionales que, de lograrlo, hubiesen acelerado el final de la guerra. Pero cuando Artemio Precioso se dispone al asalto de la base, el Gobierno lleva

muchas horas en Francia y tampoco pisan suelo español muchos de los principales dirigentes comunistas. El coronel Joaquín Pérez Salas, nombrado jefe de la base por el Consejo de Defensa, avanza por Mazarrón y está a punto de llegar a Cartagena. En esta plaza coincidirá con las demás brigadas de la 10 División comunista de Víctor Frutos, que se incorporarán cuando la lucha está decidida.

XXIII

En el aeródromo de Monóvar han tenido lugar hechos importantes —o significativos— a los cuales hay que dedicar atención antes de narrar el trágico epílogo del levantamiento de Cartagena que, militarmente, puede considerarse resuelto. Vamos a situarnos en las primeras horas de la noche del 6, y en las que van del 6 al 7, del lunes al martes. Conviene precisar fechas y aun horas porque diversos acontecimientos de interés se producen sin apenas conexión aparente, a pesar de estar relacionados entre sí. En Madrid llevan varias horas de luchas y pugnas y en gran medida los comunistas dominan la ciudad y han acorralado a los del Consejo de Defensa.

En el hangar del aeródromo de Monóvar va a desarrollarse la última —y por tal histórica— reunión del Comité Central del PCE en territorio español. Distintos testigos o actores hablan de ella; vamos a seguir a Tagüeña, que parece el más ecuánime, clarividente y verídico. La situación es tensa; nadie sabe dónde se halla el enemigo, y a pesar de que todos dan noticias optimistas sobre la situación en Cartagena, sabemos que a esas horas se mantiene frente a su puerto la escuadra nacional con fuertes contingentes dispuestos a desembarcar; en Alicante, tras la prisión de Etelvino Vega, la ciudad y el puerto están asegurados para los casadistas; por lo que respecta a los alrededores del aeródromo nadie conoce la situación. Los guerrilleros que lo rodean y dan guardia no serían capaces de resistir a un verdadero ataque. «¡Están informados los dirigentes de lo que ocurre en Madrid? ¿Lo ignoran? Nadie lo ha aclarado: Tagüeña, Líster, Modesto y Castro, que han escrito sobre esta reunión, lo ignoraban. La reunión fue más formularia que otra cosa, pues las decisiones estaban tomadas de antemano. En su

calidad de miembro de la Comisión Ejecutiva de las JSU, Tagüeña tuvo acceso a ella. Quien la presidía era Togliatti-Ercoli-Alfredo y el planteamiento fue el siguiente: que habiendo abandonado España el Gobierno, la única autoridad con carácter legal que quedaba era el Consejo Nacional de Defensa, por ilegal que fuera su ascensión al poder e insensatos sus propósitos de negociar la paz a cualquier precio; oponerse con las armas al Consejo era desencadenar una guerra civil dentro de la guerra civil, y los comunistas, campeones de la unidad, no podían arrostrar esa responsabilidad histórica; en consecuencia, la única misión que les quedaba consistía en salvar el mayor número posible de sus cuadros y dejar a Casado la responsabilidad de liquidar la guerra. Togliatti se dirigió a Modesto y a Líster —únicamente— y les preguntó si el Partido «había desaprovechado alguna ocasión de tomar el poder», a lo que ambos contestaron negativamente, tal como se les sugería y probablemente era cierto. A continuación se trató de la manera de evacuar, pues planteada la cuestión en aquellos términos, la marcha era la única salida posible y obligada.

Queda claro que la decisión de abandonar la lucha estaba tomada desde antes de convocar la reunión y que, oídas las palabras de Togliatti, a unos hombres cansados, desconcertados y que se sabían indefensos, solo les quedaba asentir, con lo cual se consiguió la esperada unanimidad. De haber propuesto continuar la lucha, informándoles de que en Madrid se estaba combatiendo, de que en Levante contaban con unidades dispuestas, y convenciéndoles de que su presencia resultaba necesaria y que en Cartagena una división comunista ganaba terreno, la unanimidad se habría producido en sentido inverso. Hubiese sido, hay que reconocerlo, un tremendo error político, puesto que la derrota era irremediable a corto plazo. Parece increíble que los más altos dirigentes del Partido pudieran ignorar, doce o catorce horas después por lo menos, lo que en Madrid estaba sucediendo; pero tampoco estaba enterado Jesús Hernández, a pesar de sus frenéticos movimientos.

Disponían solo de tres aparatos: dos bimotores de la LAPE, que volarían a Toulouse, y un Dragón, que podría aterrizar en Orán. La lista de aquellos a quienes se les reservaba plaza ya estaba establecida y fue Irene Falcón quien la leyó. Algunos autores describen ataques contra el campo de aviación por parte de fuerzas

adictas al Consejo y afirman que fueron repelidos personalmente por ellos. No parece que nadie les atacara ni siquiera que hubiese intención de hacerlo. La oscuridad y lo extremado de la circunstancia en que se hallaban provocó falsas alarmas. Manuel Delicado distribuyó algunas divisas extranjeras entre los que iban a expatriarse. Hubo un conato de incidente a causa de que los dos catalanes, que después de la pérdida de Cataluña habían acudido al Centro, no fueron incluidos en las listas: eran José Fusimaña, comisario del XV Cuerpo y Ramón Soliva, comandante de la 45 División del V Cuerpo. Fueron Líster y Tagüeña los que protestaron de aquella exclusión que consideraban injusta y fueron apoyados por otros de los presentes; a ambos catalanes se les incluyó en la evacuación. En el primero de los aparatos embarcaron Hidalgo de Cisneros, Modesto, Irene Falcón, el ministro Vicente Uribe, probablemente Moix y algún otro. En el segundo lo hicieron la mayor parte de los jefes y comisarios del Ejército del Ebro. Cuenta Tagüeña que casi todos abandonaron equipajes y pertenencias y que, en «represalia» a que la mujer de uno de los dirigentes hizo cargar dos maletas, ellos ocultaron al jefe de los guerrilleros que daban guardia al aeródromo; así, aquel capitán consiguió ser trasladado a Francia.

Quedaron en España Togliatti, Checa y Claudín para disponer la evacuación, Jesús Hernández, que se hallaba en la región levantina, el teniente coronel Joaquín Rodríguez, atento a la operación de Cartagena, muchos de los dirigentes madrileños, Larrañaga, encargado de organizar la resistencia clandestina una vez terminada la guerra, Etelvino Vega, detenido en Alicante y otros de menor importancia en el escalafón del PCE. Como se sabe, el secretario del Partido, José Díaz, llevaba algún tiempo en la URSS.

Resultaba evidente que los dirigentes del Partido daban la guerra por terminada y que la URSS se había «retirado». Sin embargo, en Madrid y otros puntos se luchaba con obstinación y riesgo y se mataba. Poco después del amanecer del 7 de marzo una elevada proporción de los principales miembros del Politburó y del Comité Central estaban en Francia o en Argelia.

Algunos de los que no habían tenido cabida en los aviones, por ejemplo Francisco Gullón, jefe de Información del EM del XV Cuerpo, trataron de dirigirse a Cartagena para buscar amparo en las

unidades comunistas. Los más consiguieron burlar cordones de seguridad que habían ido estableciendo los casadistas, pero Gullón fue uno de los que detuvieron. Fernando Claudín se acogió a la 206 Brigada y estuvo en contacto con el mayor Artemio Precioso del cual era amigo. Fue Claudín quien le informó de lo ocurrido en Elda primero y en Monóvar después, recomendándole la conveniencia de acatar, o simular que se acataba, al Consejo Nacional de Defensa para evitar enfrentamientos inútiles en que ellos llevarían las de perder. Además, convenía que las tres brigadas que formaban la 10 División quedaran acantonadas en aquella zona y que terminada la lucha —que casi lo estaba ya— contra los rebeldes cartageneros, si se alejaban los buques nacionales (lo que en el momento en que llegó Claudín era menos preocupante, puesto que las baterías se habían recuperado), lo indispensable era controlar los aeródromos y aparatos que hubiera en la zona, buques si quedaban, barcas de pesca y cualquier medio de evacuación que en su momento pudiera ser utilizado por los miembros del PCE.

Puede decirse que entre la madrugada del lunes 6 de marzo y el domingo 12, Madrid, ensimismado, se entrega a una dura pugna que se desarrolla en tres frentes distintos. Cuanto ocurre fuera de la capital y sus alrededores pasa a un lugar secundario.

Estos frentes son: el área de Madrid, sus calles, plazas y edificios en primer lugar, y en segundo los alrededores y frentes próximos; el tercer «frente» sería político. Si la ventaja militar se inclina primero en favor de Jos comunistas, el Consejo tendrá en su favor una precaria legalidad y el «echo cierto de que a los comunistas la marcha de los dirigentes del propio Partido y de los miembros del Gobierno les crea una situación singular que raya en el absurdo.

El día 7 los comunistas dominan posiciones ventajosas dentro de la capital, se han corrido por distintos puntos; controlan la Castellana abajo y la calle Alcalá, y con ayuda de artillería y blindados se afianzan en la plaza de Independencia. De una u otra manera llegan hasta Cibeles y parece que acercándose al Ministerio de Hacienda, sitúan fuerzas en la propia calle de Sevilla. Insistimos en que ello no significa que el dominio sea absoluto puesto que sabemos que hay edificios en esa zona ocupados por casadistas y

que el Ministerio de Marina, por ejemplo, es uno de sus reductos. Controlan los comunistas un importante nudo: la plaza de Manuel Becerra, y desde lo alto la vaguada del Abroñigal. Por el sur están en la glorieta de Atocha, la plaza de Oriente, con patrullas en Antón Martín y en las inmediaciones del teatro Real. En la periferia se han extendido por Canillejas y Ciudad Lineal.

La situación del Consejo es, pues, apretada y se radian nuevamente discursos. Aun a riesgo de excedernos y establecer un hiato en la narración preferimos dar los textos completos de las alocuciones para que el lector pueda, por sí mismo, formarse un juicio directo. Comienza el general Miaja y, como se verá, su actitud es conciliadora, probablemente tendente a «desarmar» al enemigo. No poseemos datos lo bastante precisos sobre la hora en que se radió su discurso, pero hemos de suponer que lo sería en las primeras horas, para crear ambiente favorable a la salida que proyectaba y que después relataremos, que tuvo lugar antes de las 10 de la mañana.

Este es el texto de la alocución de Miaja:

> Madrileños: me dirijo a vosotros con el corazón. Llevamos cerca de tres años de lucha, con un gran derramamiento de sangre. El Gobierno único que hoy tiene la zona de la República es el Consejo Nacional de Defensa.
>
> El motivo de la formación de este Consejo ha sido el querer terminar con la guerra de una manera o forma humana y honrosa, y esa es la única misión que tiene. No va contra ningún Partido, pues en esta lucha todos han dado cuanto podían y tenían. ¡Qué más podían dar que la vida!
>
> No queremos derramar sangre inútil, y yo lo único que deseo —os lo dice un hombre que con vosotros ha luchado y que se cree con autoridad moral suficiente para ello— es devolver la paz a los hogares españoles. Que la sensatez vuelva a todos, y yo os aseguro que esto pasará pronto. Hay quien lucha o piensa luchar por un Gobierno que no existe: el Gobierno Negrín. ¿No sabéis dónde se encuentra? En Francia. Todos debéis acatamiento al Consejo Nacional de Defensa, que se ha formado con la asistencia del pueblo y que controla todo el territorio nacional.

> ¡Viva España! ¡Viva la República!

Habla probablemente a continuación, aunque el orden siempre resulta difícil de establecer, don Julián Besteiro, y aunque pueda parecer paradójico, las palabras del profesor son menos diplomáticas que las del general y la actitud que reflejan más definida y resuelta.

> Soldados de la República: El Consejo Nacional de Defensa se halla firme en su puesto en Madrid. El Gobierno huidizo del Dr. Negrín no se sabe dónde se encuentra. El Consejo Nacional de Defensa quiere impedir que el Gobierno de la España republicana caiga definitivamente en poder del comunismo que tiraniza al pueblo. La lucha establecida es la lucha contra la tiranía comunista, y esa lucha ha sido establecida por iniciativa exclusiva del Partido Comunista, actuando desde las alturas del Poder e infiltrada en las filas de nuestras tropas.
>
> El Gobierno del Dr. Negrín, sin Presidente de la República, sin Parlamento, carece de toda base legal. El único Gobierno legítimo de la República es el Consejo Nacional de Defensa.
>
> ¡Pueblo antifascista! ¡Milicianos de la República! No os dejéis engañar por ningún género de equívocos. Aprestaos a defender el Consejo Nacional de Defensa, garantía de vuestra salvación contra el intento de implantar entre nosotros el despotismo terrorista que esclaviza al pueblo.

Breves fueron las palabras de Casado dirigidas primordialmente al pueblo de Madrid y a las tropas que en la ciudad o en sus alrededores estaban enfrentadas al Consejo. Observará el lector atento que incurre en una inexactitud, pues Jesús Hernández no había abandonado España; si por un lado la información era deficiente, tampoco se cuidaba de que Ja verdad «resplandeciera», y cuando convenía, la mentira podía utilizarse como otra arma cualquiera.

> Tengo la satisfacción de proclamar ante el mundo entero que reina la más absoluta tranquilidad en toda España, excepción hecha de Madrid, donde los comunistas,

> desesperados por los fracasos de última hora, engañaron a la tropa de algunos batallones y en criminal aventura pretenden dar un golpe de audacia, al mismo tiempo que sus execrables dirigentes, con «Pasionaria» y Jesús Hernández a la cabeza emprenden la más vergonzosa huida a Orán, sin despedirse del Gobierno, cuyos miembros se trasladaron en avión a Marsella.
>
> La perversidad de estas gentes, que pretendieron implantar el comunismo en España cuando esta se consideraba liberada, ha creado en la madrugada de hoy un estado de confusionismo, a las veinticuatro horas de haber experimentado una de sus mayores alegrías.
>
> ¡Viva España! ¡Viva la República!

De la misma manera que lo hiciera dos días atrás, Cipriano Mera volvió a acercarse a los micrófonos. Representaba Mera a los anarcosindicalistas, pero también a importantes fracciones del pueblo llano, a los obreros, que no podían desconfiar de hombres probados en la lucha sindical, que Mera exhibía como aval contra los bulos que los comunistas propalaban en aquel ambiente enfebrecido. Sus palabras fueron claras y tendentes a lo mismo, a demostrar al enemigo lo absurdo de aquella lucha cainita elevada al cuadrado:

> Inexplicablemente se ha creado un estado de confusionismo extraño hoy en vuestra invicta capital.
>
> Acusan algunos desaprensivos o locos al Consejo Nacional de Defensa de apoyar al enemigo.
>
> La verdades no se pueden ni se podrán ocultar jamás. Afirman, audazmente, que Negrín está en España. Pero ¿quién puede demostrarlo? ¿Habrá alguien que sea todo lo cínico que sería necesario ser para asegurar, bajo su fe de hombre, que lo vio en nuestra tierra desde que se constituyó el Consejo Nacional de Defensa?
>
> ¿Quién puede atreverse a tachar de colaborador del fascismo al salvador de Madrid, nuestro ilustre General Miaja, o al Jefe del Ejército del Centro, para el que tantas glorias cosechó, Coronel Casado? ¿O a Val? ¿O a Besteiro? Y a los

demás componentes del Consejo.

Hemos dicho y podemos demostrarlo, porque tenemos pruebas siempre de las verdades que decimos, que algunos de los principales dirigentes comunistas han huido cobardemente de España en avión; que Negrín se fugó, y esto ¡nadie!, ¡absolutamente nadie!, podrá desmentirlo.

Nuestra verdad nadie puede negárnosla y se abrirá paso como se la abren todas las verdades.

Que el pueblo madrileño no se deje engañar. El Consejo Nacional de Defensa recogió en la calle lo que el Gobierno abandonó al huir.

No defiende ni ampara idea particular alguna, ni el imperio de un ideal sobre otro; lo que pretende, únicamente, es que sean todos los partidos y organizaciones unidas en el Frente Popular los que gobiernen a España, y no una minoría que imponga su voluntad al resto de los españoles.

¡Madrileños! ¡Salvad hoy a Madrid!

El general Miaja, valiéndose del prestigio personal que conservaba indemne, o casi indemne, propone hacer una salida destinada a tomar un contacto personal con el enemigo y a convencerle. Pretende acompañarle el general Matallana, que no cree fácil una resolución militar de la situación tal como se le presentaba, pero le aconsejan que no lo haga, pues los ánimos están exaltados y si es de esperar que nadie ose agredir a Miaja, pudiera no ocurrir lo mismo con Matallana, quien es menos conocido y popular porque la innegable brillantez de su actuación militar ha ido acompañada de una notable discreción personal.

Acompañaron al general en esa misión su ayudante, teniente coronel Pérez Martínez y su secretario el capitán López, que habían llegado con él desde Valencia. También lo hizo, según algunos, González Marín, consejero de Hacienda y militante de la CNT. Consiguió Miaja un éxito inicial entre las tropas de carabineros —por consiguiente, hay que suponerlas más negrinistas que comunistas— que estaban muy próximas al edificio del Ministerio de Hacienda; el propio comandante que las mandaba se puso a sus órdenes y le acompañó por calle de Alcalá hacia Cibeles. Por la Cibeles pasó el general encabezando una extraña manifestación en

que se mezclaba un conjunto heterogéneo de civiles y militares con los soldados armados que habían roto la formación. El público que le acompañaba, los numerosos militares y las dotes convincentes de Miaja sumadas a su popularidad y a que muchos estaban muy predispuestos a poner fin a aquella situación absurda, permitió que fuera adelantando sin que nadie intentara detenerle ni atentara contra él. Subió más adelante en un automóvil pero, al acercarse a la salida de Madrid, topó con oposiciones que le anunciaban que la situación se iba haciendo peligrosa. Decidió entonces tomar por carreteras secundarias que él conocía muy bien y derivó hacia Vallecas y Arganda. Lo cierto es que abandonó Madrid, lugar peligroso para el presidente nominal del Consejo y, a partir de aquel momento, su actuación quedó oscurecida. ¿Es cierto que se proponía dirigirse a Levante y movilizar unidades para que acudieran en ayuda del Consejo? Tampoco en la zona del IV Cuerpo se sabe que hiciera nada útil, salvo que tratara de acogerse como a lugar seguro. Parece que pasó por Carabaña y parlamentó con el teniente coronel Antonio Ortega, quien a pesar de su condición de comunista, no había actuado contra el Consejo. ¿Destituyó a Ortega y le sustituyó por Recio? Tampoco parece demostrado, porque Ortega mantuvo su posición ambigua desde el principio al final, y con él su cuerpo de ejército. Es posible que el general Miaja sufriera en aquellos momentos alguna conturbación de ánimo que no se despejó hasta el final, lo que hizo que en adelante su actuación se viera desvaída. Ignoramos en dónde permaneció hasta que la lucha en Madrid estuvo decidida.[1]

Es muy posible que Miaja hablara con Ortega, porque ese mismo día se presentó en calidad de parlamentario en el Ministerio de Hacienda, trató con el coronel Casado y se pactaron condiciones de un alto el fuego que debía prolongarse tres horas para entre tanto intentar ponerle fin al conflicto armado. Las gestiones no dieron resultado.

Por parte de los comunistas se asaltó el local de la Agrupación Socialista Madrileña y allí mismo se dio muerte a dos militantes socialistas. También irrumpieron en el Gobierno Civil, que estaba en la calle Serrano, 114 (palacio Lázaro Galdiano), donde se hizo prisionero a Gómez Osorio y a su secretario Ortega; ambos fueron conducidos al Pardo. Fracasaron, en cambio, los intentos de asalto

al Comité de Defensa Libertario, situado en la prolongación de la calle Serrano (n.° 111), pues los atacados repelieron con energía las agresiones.[2] Entre otros edificios fue atacado un centro del SIM y se ejecutó a tres agentes, de los cuales se rumoreaba después que fueron enterrados vivos.

La lucha sería dura; comparando el número de muertos con el total de bajas, se llega a la conclusión de que se debía disparar a quemarropa, en ocasiones por sorpresa, y que se llevaban a efecto ejecuciones sumarias, sobre el terreno. En algunas unidades comunistas se hizo creer a los soldados que estaban combatiendo a un levantamiento quintacolumnista; si en casos determinados podía ser creído, es evidente que nadie resultara tan crédulo para aceptar que la Agrupación Socialista, el Comité de Defensa Confederal o el Gobierno Civil, pongamos como ejemplos, fueran lugares dominados por la quinta columna. Es posible que estos ataques se llevaran a cabo por unidades escogidas. Desconcierto en muchos casos hay que aceptar que lo hubo.

En *Cómo terminó la guerra de España* cuenta García Pradas un hecho que debió serle narrado entonces y al cual añadió algún ingrediente literario para aumentar el realce.[3] Se trata de la muerte de Emilio Fernández por los hombres de la escolta del mayor Fernández Cortina. Resulta difícil establecer si ocurrió en la mañana del 6 o en la del 7, porque la memoria de quienes pudieran hacerlo anda algo desorientada y de las circunstancias que concurren inducen unas a situarlo en una fecha y otras en la siguiente. Era Emilio Fernández jefe de la Sección de Servicios del EM del IV Cuerpo; se había trasladado a Madrid desde Alcohete sin que pueda saberse su exacta misión, aunque todo permite suponer que consistía en observar la situación de las fuerzas enemigas sobre el terreno. Había pernoctado —o velado— en el Comité de Defensa Confederal y a primera hora se trasladó, acompañado de un amigo que le servía de escolta y de un chófer a quien apodaban «El Campesino», al Ministerio de Hacienda. Allí informó, probablemente a Eduardo Val, de la situación en las zonas norte de la ciudad. Saliendo del Ministerio subieron por la Castellana, que estaba casi desierta. Desayunaron en casa del escolta, donde se

hallaba la hermana de Emilio Fernández, y después fueron a observar la situación en aquellos barrios. En la esquina de las Calles Bretón de los Herreros y Ponzano, un sargento detuvo el coche pistola en mano, y tras de saludar a Emilio Fernández, que iba de uniforme y ostentaba el grado de mayor, subió al estribo recomendándoles que se dirigieran hacia Abascal. Vieron algunos soldados apostados y que por la citada calle de Abascal marchaban tropas desplegadas en dirección a la Castellana, protegidas por tres tanquetas. Un grupo de oficiales y soldados, entre los cuales iba el mayor Fernández Cortina, detuvieron el automóvil. Ambos mayores, ambos Fernández, el confederal y el comunista, se conocían por haber mandado antes uno y otro batallones de la 70 Brigada. A Emilio y al escolta les obligaron a descender del coche; se cruzaron pocas palabras: «¿Conque tú eres uno de esos traidores?». Emilio Fernández había sido sorprendido y Cortina dio orden perentoria a los escoltas armados de naranjero que le acompañaban: rápidamente abatieron a aquel. En un arranque inútil y desesperado había desenfundado la pistola. De un disparo de máuser le remataron allí mismo. La columna siguió su camino pasando junto al cadáver, que quedó abandonado en medio de la calzada. Su amigo y escolta salvó la vida por verdadero milagro; fue obligado a seguir a sus aprehensores.

Emilio Fernández era un joven anarquista, que trabajó en su adolescencia como pinche del café Oriental, pero no tardó en entregarse de lleno a la acción revolucionaria abandonando cualquier otra actividad. Al principio de la guerra combatió en la Columna Del Rosal, y más adelante en el Batallón Francisco Ferrer. Era muy apreciado y considerado en los medios ácratas. Fue enterrado en circunstancias difíciles. Solo una muchacha —la hermana del escolta— acompañó el cadáver hasta el cementerio del Este, sentada en el pescante de la carroza fúnebre, junto al cochero. Marchaban al trote, botando sobre el adoquinado de la carretera de Vicálvaro; cruzaron entre fuerzas de ambos bandos tanto a la ida como a la vuelta y al paso de la carroza en algunos puntos se interrumpía el tiroteo.

También García Pradas cuenta cómo a la puerta del Centro de Instrucción Militar Libertario otro capitán comunista «fusilaba a otros dos compañeros» y se llevaba detenidos a un mayor de

milicias y a otro militante.

Los choques más importantes y que resultarían decisivos tuvieron lugar en Alcalá de Henares, a cuyas puertas hemos dejado al mayor Liberino González, al caer la noche del día 6, en cumplimiento de lo pactado con los guerrilleros de la 300 División. Según un informe que manejo, redactado por el propio Liberino González tres meses más tarde en un campo de concentración de Argelia, los hechos ocurrieron el día 7 de marzo, pero existen otros testimonios que los sitúan en el día siguiente, y aun en el 9. Lo cual hace que, por el momento, resulte difícil poner en claro las fechas, pues, para mayor complicación los diarios más que noticias contaban lo que les convenía a efectos propagandísticos. En este informe, dirigido por Liberino a su jefe, observo que se salta un día, el 8. ¿Permaneció completamente inactivo? No es de creer. ¿Se trata de una omisión en la copia por efectos de un descuido? Nuevas dudas caen sobre la fecha. Pero fuera exactamente ese día u otro vamos a copiar párrafos de ese informe: «El día 7, de madrugada, pude comprobar que no habían cumplido su palabra [los guerrilleros de Alcalá], sino por el contrario que lo que pretendían era ganar tiempo para encontrar material. Intento ponerme en contacto con el Ejército del Centro y no lo conseguí hasta las 12, en que se me ordenó que avanzase a toda prisa sobre Madrid, donde luchaban duramente las Fuerzas de Asalto contra los comunistas que ganaban terreno por ser en número muy superior. Agregué a mis fuerzas otras dos baterías, el tren blindado y el batallón de reserva de la 50 Brigada, preparé el asalto a Alcalá defendido por 500 guerrilleros y 10 tanques. Nuevamente los guerrilleros quieren parlamentar, les concedo un plazo de dos horas por no tener yo la artillería emplazada, a las 18 horas cumple el plazo, sin tener ninguna contestación se inicia el combate con poca resistencia, pues huyen desordenadamente hacia Torrejón; preparo una columna motorizada para ir sobre este punto. A las 21 horas recibo una orden de Madrid metiendo prisa por encontrarse este en mala situación, también me dicen que conmigo, por el flanco izquierdo, cooperan sobre Torrejón dos brigadas».

La lucha es terriblemente confusa y hay unidades cuya actuación

queda mal definida; así la 5 Brigada, que era de Carabineros, primero se puso a favor de los guerrilleros o, por lo menos, no se opuso a su tránsito; pero al día siguiente se uniría a las fuerzas de Liberino González cuando estas alcanzaron Torrejón de Ardoz.

Quien, en la medida que le resulta posible, dirige los combates por parte del Consejo es el general Matallana, encerrado, casi cercado, en el Ministerio de Hacienda. El coronel Armando Álvarez, que manda las tropas que se baten en las calles de la ciudad, sigue un cierto grado de coordinación, batiéndose primero a la defensiva y tratando más adelante de aislar a los núcleos comunistas que ocuparon las calles en la primera fase de la contrasublevación. Precariamente instalado en una zona cuyo dominio se mantiene en litigio por parte de ambos bandos, Cipriano Mera —que sale en misiones cuando debe hacerlo— dirige como puede la actuación de Liberino y su cuerpo de maniobra, que, al presionar por el Oeste de la capital, hace que los que se retiran presionen a su vez sobre el interior, donde quedan diversas islas que han resistido a los comunistas. Citaremos entre las principales el Comité de Defensa Confederal de la calle Serrano, que quedó desde el primer momento ampliamente rebasado, los Ministerios de Guerra y Marina (en el último de los cuales hemos dicho se hallaba Mera), el Palacio de Comunicaciones y el Banco de España, el de Hacienda, la Dirección General de Seguridad, en la calle Serrano, 35, en la cual Wenceslao Carrillo se había instalado junto a Girauta, el Comité Nacional de la CNT en la calle Miguel Ángel y otros lugares, entre ellos la mayor parte de los centros libertarios.

Una lucha activa y vibrante se desarrollaba por escrito, a pesar de que los periódicos o no aparecen o lo hacen en hojas reducidas, utilizando octavillas; pero mejor sirviéndose de la radio desde la cual se propalan noticias amañadas, se dan plazos para la rendición del enemigo y se practica lo que después sería calificado de guerra psicológica. El edificio de Unión Radio (calle Martínez de la Rosa) es asaltado y conquistado por parte de los comunistas. Y *Mundo Obrero,* que se convierte en una simple hoja de combate, se tira en una imprenta de la Ciudad Lineal y se distribuye donde y como se puede.

La intervención decidida y algo tardía de la aviación resulta enormemente decisiva, pues desmoraliza a los comunistas que

suponían la tendrían a su favor. Parece ser que los aviones no volaron sobre Madrid hasta el día 7 por la tarde. Hidalgo de Cisneros ha abandonado España y el coronel Camacho, comunista de carnet cuya actitud mientras el Gobierno permaneció en España fue neutral, apoyará después al Consejo y el coronel Cascón se dispone a intervenir de forma activa. Los aviones volaron bajo sobre los tejados de Madrid y Casado ha escrito que bombardearon la sede del PCE. Arrojaron numerosas octavillas favorables al Consejo y más adelante también bombas sin que pueda precisar si fue o no sobre la «sede central» a que Casado se refiere.

El tiempo trabaja en favor del Consejo, pero resulta difícil alcanzar una solución bélica en el interior de la capital y los intentos de negociación no dan resultado debido al ensañamiento —no a la intensidad— con que se pelea. Un ataque comunista contra el Ministerio de la Guerra y el Palacio de Comunicaciones para tratar de despejar la situación en Cibeles y, posiblemente, con intención de aislar al Ministerio de Marina, se salda con bajas y sin resultados.

La batalla decisiva es la que se libra el día 9 a orillas del Jarama. Volvamos al relato de Liberino González, elocuente en sus aspectos bélicos y psicológicos: «El día 9, a causa de que el IV Cuerpo de Ejército enlaza por la izquierda con el I, que se halla en su mayor parte sublevado, dispongo que la 71 Brigada reserva del IV, se traslade a cubrir el flanco izquierdo por donde ya empezaban a infiltrarse fuerzas de caballería. A las 5 horas se inicia el ataque sobre Torrejón con fusilería. Se encuentra resistencia y se hace preparación artillera, logrando apoderarnos del pueblo y quedando en nuestro poder 400 guerrilleros, 10 tanques y 4 blindados. No consigo tomar contacto con las fuerzas de mi flanco izquierdo. Ordeno la marcha sobre el puente de San Fernando, y a las doce horas consigo el contacto con las brigadas antes mencionadas, o sea, la 125 y 5.ª de Asalto. A las J3 horas recibo orden de que la 5.ª brigada de Asalto entre por Vicálvaro en Madrid a las órdenes del coronel Álvarez. En el puente de San Fernando encontramos fuerte resistencia, en el puente de carretera como en el del ferrocarril. Solicitamos puentes y no los hay; soltamos la aviación para que haga un bombardeo de exhibición, puesto que ellos tratan de convencer con sus charlas y con los folletos que abandonan en su

huida que el legítimo gobierno es el de Negrín. Estos folletos están firmados por el teniente coronel Bueno y el Comisario Conesa. A las 14 horas se efectúa el bombardeo, un kilómetro separado de sus trincheras. A las
14,30
horas recibo orden de suspender las hostilidades hasta nueva orden. Durante este espacio de tiempo los soldados confraternizan, comiendo juntos y charlando —momentos que los comunistas aprovechan para intentar atacarnos por las carreteras de Paracuellos, a nuestro flanco derecho. Se les sujeta sin ningún esfuerzo. A las 16 horas aterriza en el aeródromo de Guadalajara un aparato tripulado por el coronel Cascón, jefe de las fuerzas aéreas, el cual me dice que ataque sin ningún reparo, pues Madrid está en mala situación, y los comunistas, por engaños del coronel Ortega, quien sirve de intermediario entre ambos bandos, tratan de ganar tiempo. Es una situación difícil por haberse hermanado los soldados; se hace una fuerte preparación artillera y se efectúa el asalto con todos los jefes a la cabeza, entre ellos el coronel Cascón, para dar moral a la fuerza. Se consigue pasar el río causándoles muchas bajas, y capturando 4.800 prisioneros y varios cañones antitanques. Continúa el avance sobre el puesto de mando del Ejército del Centro [Alameda de Osuna, cerca de Barajas]. Durante el camino se encuentran núcleos de resistencia, y al llegar al puesto de mando se encuentra fuerte resistencia que es vencida a las 21 horas. Nos dedicamos a reorganizar las fuerzas. Se nos agrega la 83 Brigada y la 214 con dos baterías del
15,15
. Al finalizar el día tenemos 11.400 prisioneros».[4]

Quedó dicho que el coronel Barceló se había erigido él mismo, o había sido aclamado por los comunistas, jefe del Ejército del Centro y que dirigía las operaciones desde un cuartel general instalado en el palacio del Pardo. Comienza a advertirse que los hombres que le obedecían y que iniciaron con ímpetu y resolución la marcha sobre Madrid y que casi lo ocuparon, adolecen de falta de coordinación, lo que les hará ir cediendo posiciones ventajosas. Igualmente se ve que algunas unidades obran por iniciativa propia. Se cae en el equívoco cuando se califica de «comunistas» a determinadas unidades, cuando solo lo son algunos de sus jefes, comisarios y

cuadros selectos, mientras que en sus filas se da una alta proporción de soldados de reemplazo y de reclutas, sin entusiasmo por la nueva lucha que se les impone y en la cual se les compromete, cuando su único y verdadero deseo es que se ponga fin a la guerra. Si algunos pelean poseídos de rabiosa acometividad contra los que consideran responsables de una traición de los militares profesionales, de los demócratas y de los anarcosindicalistas ávidos de revancha, otros muchos no participan de ese frenesí defensivo-vindicativo ni les interesa siquiera combatir a esa hipotética «quinta columna», con quien han intentado identificar a los del Consejo los más extremistas, o los comisarios deseosos de avivar la capacidad ofensiva de sus hombres.

A los soldados de la Brigada 200, perteneciente a la 65 División, que estaba en la reserva del Cuerpo de Ejército del Centro y acampada en Buitrago, durante la noche del 6 al 7 les embarcaron en camiones y por Lozoyuela les llevaron a Villalba, donde pernoctaron. Los soldados estaban vagamente enterados de que en Madrid había conflicto, sin saber si se habían sublevado los comunistas o viceversa; ignoraban, asimismo, a favor de qué bando estaba su unidad. Al día siguiente pasaron por El Pardo y rodearon Madrid por el norte, eludiendo las carreteras principales y por Canillejas fueron conducidos hasta la Alameda de Osuna —«Jaca»—, cuya guarnición, que ya era «comunista», iban a reforzar. Quedaron acampados en la gran arboleda que rodea el edificio principal.

Cuando al día siguiente fueron cañoneados corrió la voz de que les iban a atacar tropas de Cipriano Mera; mientras algunos se aprestaron a la defensa, muchos buscaron la manera de despistarse o acogerse a los refugios. Oficiales comunistas reunidos en el antiguo puesto de mando del Ejército del Centro se mostraban desconcertados, pues los soldados arrojaban las armas y se abrazaban a los atacantes exclamando que no querían matarse entre antifascistas. Trataron de formar una o dos compañías entre oficiales, comisarios y veteranos de probada confianza, pero los de la Columna de Maniobra penetraron aquella misma noche. La confusión fue enorme; vagaban entre los árboles, se daban el alto unos a otros, pero no llegaban a dispararse. Por la mañana y a la luz, los de la Columna de Maniobra iban identificando a los de la

200 Brigada y a los demás soldados de unidades comunistas que se hallaban allí con anterioridad. Todos ellos vienen a sumarse al elevado número de prisioneros que Liberino cita en su informe. Una vez reunidos fueron evacuados a Torrejón de Ardoz.

Hemos señalado la escasa confianza que debe atribuirse a las noticias que se publicaban entonces, destinadas a crear estados de confianza entre partidarios y tibios, y de miedo y desesperanza en el campo enemigo. El diario *CNT,* cuyo director era García Pradas aunque en aquellas fechas no ejerciera el cargo de manera personal, constaba el día 10 de una sola hoja y aun de tamaño reducido. En sus titulares, que se referían al día anterior, publicaba: «El Ejército de maniobras ha vencido los reductos sediciosos, haciendo su entrada en Madrid entre el entusiasmo del vecindario». La segunda parte no era verdad pero sí la noticia de que los «sediciosos» se habían rendido en la «posición Jaca». También en los titulares se anunciaba que más de 14.000 «soldados, engañados por los mandos comunistas», habían depuesto su actitud. Y una afirmación que, a partir de entonces, se han lanzado unos a otros como pelota acusatoria: «Jamás encontró Franco aliados más eficaces que los sediciosos comunistas».

Las escaramuzas en el interior de la ciudad tenían carácter espasmódico, en ocasiones saltaban como chispas. En el mismo diario se narra uno de esos encuentros, cuya veracidad tengo comprobada por otras fuentes que la confirman con variantes de poca monta. Es algo que ocurrió, asimismo, el día 9: «A las 8 de la mañana un camión del Cuerpo de Tren ocupado por veintiocho comunistas iba a toda velocidad hacia el barrio de Arguelles: En la Glorieta de San Bernardo les dio el alto un retén de guardias que defendía la calle de Alberto Aguilera. Los del camión efectuaron una descarga matando a dos guardias e hiriendo a tres. Los guardias dispararon. Los comunistas bajaron del camión y se parapetaron en el bar "Tudor". Empezaron a disparar causando víctimas entre los transeúntes. Prestamente acudieron fuerzas leales entablándose un tiroteo. Un oficial ordenó el alto al fuego y les exhortó: "¡No es lícito ni humano que luchemos en las calles de Madrid entre nosotros mismos!". En vista de que a pesar del requerimiento los comunistas no deponían su actitud se dio el asalto con energía. Cayó el improvisado fortín y murieron algunos de sus ocupantes. Al

sacar a los que se hicieron prisioneros, el público quería lincharles, lo que impidieron las fuerzas leales». En otra versión se precisa que los comunistas eran carabineros y que se emplazaron ametralladoras en la boca del Metro y que desde el hospital de la Princesa se les hacía fuego. Pero en lo esencial nada cambia.

La zona en la cual se desarrolló este choque era la controlada por el Consejo de Defensa; los guardias eran, naturalmente, los del coronel Álvarez. Se ignoran los propósitos del piquete que se trasladaba en camión; quizás alguna operación de tanteo u hostigamiento que se saldó con derrota.

En la noche, probablemente del día 9, soldados de Fernández Cortina detuvieron en la parte alta de la Castellana a García Pradas y a Manuel Salgado, que se confiaron pasando por allá en coche. El primero de ellos había desarrollado intensa actividad propagandística y Salgado había sido colocado por Eduardo Val cerca de Pedrero, de quien los libertarios desconfiaban y a quien los socialistas sostenían. Fueron conducidos al cuartel de la 7 División donde los comunistas tenían presos a bastantes militares y paisanos, según García Pradas, con las manos amarradas a la espalda. Cuenta que después, acompañados de escolta armada y del propio Fernández Cortina, les llevaron a Chamartín, al puesto de mando del II Cuerpo; allí dice que vieron a Isidoro Diéguez, secretario del Comité Provincial del PCE de Madrid, al comisario Conesa y «a otros muchos comunistas entre los cuales se movía Bueno como un cuitado». Por fin, con otros prisioneros, les trasladaron al Pardo, donde tenía el puesto de mando Barceló y, según Pradas, también Ascanio, aunque más parece que el de este último se hallaría en Chamartín, aunque accidentalmente él pudiera hallarse en El Pardo.

En El Pardo según unos y en distintos puntos según otros, se fusiló a los componentes del Estado Mayor de Casado, apresados en la Alameda de Osuna, coroneles Pérez Gazzolo y López Otero y teniente coronel Arnoldo Fernández; también se fusiló al comisario Peinado Leal. Había allí gran número de detenidos, entre los que destacaban el intendente general Trifón Gómez, el gobernador civil y Gómez Egido, todos ellos del PSOE; estaban también presos Juan Sande García y Juan Miguel Ulecia, ambos del Ministerio de Marina, del cual el primero de ellos era delegado —regresaban de Cartagena y fueron apresados—, el comisario Molina, del II Cuerpo

de Ejército, los tenientes coroneles Plaza, Gallego y Viñal, los comandantes Fuenfría, De Buen y Torrazo y el jefe de la Comandancia de Carabineros, teniente coronel Fragua, los comisarios Augusto Vivero y Tomás Lapiedra y Rafael Henche de la Plata, alcalde de Madrid. Se calcula que en El Pardo estaban concentrados en calidad de prisioneros o rehenes, cincuenta y un jefes y unos doscientos oficiales, que se distribuían entre el palacio y el orfanato. Calcularon entonces que el PCE llegaría a hacer en Madrid unos 3.000 prisioneros.

Habían aspillerado las ventanas del palacio y disponían de tres piezas de artillería; les guiaba la pretensión de convertirlo en un foco de resistencia «como el Alcázar de Toledo». Los aviones de Cascón lo bombardearon.

La moral entre los jefes comunistas fue degradándose a medida que venían en conocimiento de que el Gobierno y buena copia de los altos mandos comunistas habían abandonado España, cosa que al iniciarse la lucha no había sucedido aún, y al mismo tiempo al comprobar que el contragolpe —si así quiere llamársele— no hallaba la esperada colaboración en otras guarniciones y cuerpos de ejército o que esa colaboración no resultaba efectiva. Añádase la evidencia, representada por octavillas, ametrallamientos y bombardeos, de que tenían en contra la aviación, arma en la cual ellos habían confiado. A despecho de haber conseguido acorralarlos, los del Consejo Nacional de Defensa aguantaban y por medio de la radio daban una cierta sensación de legalidad y firmeza que, si primero les exasperaba, más adelante les hizo vacilar. Por medio de proclamas y de las hojas de *Mundo Obrero* pretendían los comunistas levantar el espíritu popular, movilizándolo en su favor con alusiones a julio de 1936 y a noviembre; no se produjo la más pequeña reacción. El teniente coronel Antonio Ortega, cuya actitud fue la de actuar como intermediario, aunque se le acusara de frenar a los del Consejo en su acción militar, probablemente se dio cuenta de que los comunistas ni podían triunfar de pleno ni una victoria local iba a favorecerlos; y como mantuvo contactos con ambos bandos, debió contribuir a inclinar a los comunistas al abandono de la lucha. Ortega se esforzó luego por evitar las represalias posteriores contra quienes se habían enfrentado con aquellos que, de una u otra manera, representaban la única legalidad republicana.

XXIV

Cuando el alto mando nacional dio por cancelada la operación de desembarco en Cartagena, la suerte de los sublevados estaba decidida. Los batallones de la 206 Brigada se habían apoderado de la ciudad, conquistado el edificio del parque de Artillería y hecho prisioneros a sus ocupantes; hasta las baterías de costa habían sido reducidas. El comandante Arturo Espa, su ayudante Macián y Calixto Molina huían en una barquichuela a remos hacia el cabo Palos, en intento desesperado de acogerse a una pequeña batería que en aquel lugar estaba emplazada. El 7 Batallón de Retaguardia, guardias de asalto procedentes de Murcia, soldados de Aviación y unos cuantos artilleros estaban de parte del Gobierno, que probablemente ignoraban que había abandonado España. El coronel Joaquín Pérez Salas acudía con más tropas y debían estar llegando más batallones de la 10.ª División. El único foco de resistencia era el edificio de la Capitanía de la base donde permanecían encastillados unos cuantos sublevados. Desde las ventanas continuaban defendiéndose con cierto tesón, protegida la puerta por el parapeto que detrás de sus hojas se había formado con la inextricable red de los somieres castigados por el fuego de los cañones, que habían contribuido, paradójicamente, a reforzar la barricada. Por teléfono se había conminado a Fernando Oliva a que se rindiera y él se había negado. Escaseaban las municiones y en el monte de la Concepción, a espaldas mismas del edificio y dominándolo, tenían al enemigo acechando desde muy cerca.

Entonces ocurrió lo increíble: dos buques nacionales de los que habían embarcado tropas en El Grao de Castellón, el *Castillo de Olite* y el *Castillo de Peñafiel,* que se habían demorado en su ruta a consecuencia de su escaso andar ya que, por precaución, habían

dado un gran rodeo, venían navegando cerca de la costa en dirección a Cartagena. Lo hacían confiadamente, en la creencia de que el resto de la 83 División, más los buques de la escuadra, se hallarían en el puerto o en la rada. Mediaba la mañana y nadie había avisado a estos transportes, que carecían de instalación de radio, de que la operación se suspendía y que debían regresar al puerto de origen.

Había zarpado el *Castillo de Olite* a las
10,15
horas del día 6 de marzo. Llevaba a bordo dos batallones del regimiento n.° 29 de Zamora, el 2 lo mandaba el comandante Víctor Martínez, y el 3 el también comandante Fernando López Cantí. Iba a bordo un grupo de tres baterías del 100/17, una sección de Transmisiones, y el cuerpo jurídico del Ejército de Galicia, compuesto por treinta miembros que presidía el coronel Martín de la Escalera. El mando del conjunto de las fuerzas de Tierra correspondía al teniente coronel Hernández Arteaga. Componían la tripulación veinticinco hombres, que estaban a las órdenes de un alférez de navío apellidado Lazaga, si bien de la derrota y gobierno del buque se encargaba un capitán de la marina mercante militarizado cuyo nombre desconozco. Mientras las tropas permanecían a bordo, la máxima autoridad correspondía al alférez Lazaga en lo que a su cometido se refería. Con un error mínimo puede calcularse que en el *Castillo de Olite* navegaban 1.923 hombres.

Poco antes de llegar a Cartagena un hidro sobrevoló el buque balanceando las alas: si se trataba de un aviso nadie lo interpretó así. Una parte considerable de las tropas, equipadas para el desembarco, permanecían en cubierta. En las bodegas se transportaba gran cantidad de municiones.

Dobla el buque el islote de Escombreras y enfila la bocana; a popa lleva izada la bandera nacional. Desde la batería Parajola, que manda el capitán Martínez Pallarás, les ven navegar hacia el puerto. Lo inesperado del suceso origina una corta vacilación que da lugar a que el *Castillo de Olite* salga del campo de tiro de la batería. Constaba La Parajola de tres piezas, de las cuales dos habían sido inutilizadas por el fuego de contrabatería de Aguilones. La única pieza que quedaba, la tercera, también fue averiada en los aparatos

de dirección de tiro. Al advertir que Cartagena no está en poder de los nacionales y que ni en el puerto ni en el horizonte se divisan buques de guerra ni transporte, el *Castillo de Olite* gira en redondo. En la batería, en cuyo campo de tiro ha vuelto a entrar el buque, se produce cierta confusión; son pocos quienes desean, sabiendo que la guerra está terminándose, causar mortandad al enemigo; pero si aquellas fuerzas consiguen desembarcar, las baterías van a sufrir nuevos ataques cuya suerte puede serles adversa. Disparan —según testimonio de algunos, que otros niegan— dos tiros de aviso; el tercero barre la cubierta. En un intento desesperado trata el buque de protegerse con el islote de Escombreras, embarrancar en el freo, desembarcar a la gente como sea. Sobre la cubierta llevaban unos haces de tablas para que si el desembarco tenia que hacerse sin atracarse a muelles o a lugares apropiados, utilizarlos como flotadores. Las tablas saltan, se desparraman. La mayor parte de los soldados son gallegos y muchos no saben nadar. Parece que aún le alcanzo un segundo disparo de La Parajola cuyas piezas eran del
15,50
. El tercer proyectil penetró en las bodegas y originó una formidable explosión. Hay quienes suponen que esta tercera explosión pudo ser provocada deliberadamente para evitar que el buque cayera en poder del enemigo. El capitán, que estaba malherido, aún intentó alcanzar la costa, que estaba muy próxima, y embarrancar, aprovechando el movimiento del casco por efecto de la inercia. En el puente murió el comandante Víctor Martínez Morales, fue gravemente herido el comandante de Artillería Judel Peón. Parece que se produjo algún suicidio, si bien nadie presenció el hecho de manera inequívoca. Muchos se arrojaron al agua, otros fueron lanzados por efecto de la explosión; había quienes, no sabiendo nadar, no se decidían a hacerlo. El buque se hundía con rapidez y de popa; lo último que quedó emergiendo fue el palo de proa, junto al cual se arracimaban, desesperados, algunos supervivientes.

Un número bastante crecido consiguieron llegar a nado a distintos puntos de la costa y al islote de Escombreras, en el cual había un faro y una batería de poco calibre servida por unos cuantos artilleros. La farera (el titular del faro, su marido, se había sublevado en una de las baterías), Carmen Hevia, se esforzó notablemente, ayudada por los artilleros, en auxiliar a cuantos se

aproximaban a la isla. Algunos pescadores de Escombreras, que primero quedaron aterrorizados por la presencia del barco, por los disparos y la explosión, reaccionaron y en algunos botes colaboraron al salvamento. Un teniente del tercer batallón, Pedro Álvarez de Sotomayor, asistido por soldados de los que habían llegado a tierra, cogió una de las barcas varadas en la playa y se distinguió, asimismo, en el rescate de quienes se debatían entre las aguas. Muchos se hundieron con el barco, otros murieron por efecto de las heridas o porque estas no les permitieron ponerse a salvo, un crecido número se ahogaron o fallecieron por distintas causas. Se calcula que perdieron la vida unos 1.223 hombres. Los demás, unos 700, fueron hechos prisioneros; entre ellos el comandante López Canti, que había alcanzado la costa a nado.

Todo acaeció muy rápido y Escombreras era entonces un pequeño pueblo de pescadores situado a bastante distancia de Cartagena; no se disponía de medios para asistir a los prisioneros, que todavía no lo eran de manera efectiva, ni de material de cura, medicamentos; ni de agua apenas. El médico de Escombreras, ayudado por un practicante que acababa de huir de una de las baterías reconquistadas, improvisó un pequeño puesto de socorro y el capitán médico del 2.° Batallón, el único que quedó con vida, José María Díaz Flórez, con unos calzoncillos como única prenda de vestir, se unió al precario puesto de cura.[1]

El *Castillo de Peñafiel,* que navegaba a poca distancia de la costa y seguía la misma ruta que el *Castillo de Olite,* no llegó a entrar en la bahía de Cartagena. Fue blanco de un disparo de artillería que le alcanzó por estribor y atacado por aviones republicanos que le arrojaron bombas, pero con su artillería antiaérea, con ametralladoras y hasta con fusiles, se defendió con energía. Según algunos, derribó tres o más aviones. En el trabajo de J. M. Blanca Carlier se afirma que derribó tres aparatos en el primer ataque que sufrió y dos en una segunda agresión aérea, navegando ya de vuelta a la altura de Portman, y que aún alcanzó con su fuego a otro aparato sin derribarle. El comandante Espa, que navegaba a remo, fue testigo de esta lucha (confunde el nombre del buque y escribe *Castillo de Maqueda*) y dice haber visto derribar a cuatro aviones. Relata, en cambio, que los disparos que le hicieron al buque desde Aguilones fueron deliberadamente cortos para que les sirvieran de

aviso y se pusiera a salvo. De fuentes republicanas relacionadas con la aviación se niegan esos derribos. ¿Pudieran proceder los aparatos de aeródromos más distantes y no haberlo por tal causa averiguado mis informantes? En las bodegas del *Castillo de Peña fiel* se transportaba gran cantidad de gasolina; consiguieron salvarse gracias a repeler el ataque aéreo y a que la suerte les fue propicia. Sufrieron bastantes bajas.

Uno llega a la conclusión que, de haber desembarcado en Escombreras, como fuera, aun en virtud de improbable casualidad, las tropas que llevaba a bordo el *Castillo de Olite,* y de conseguir hacerlo en cualquier otro punto próximo las del *Castillo de Peñafiel,* habrían sido capaces de cambiar la situación. Solo unas horas antes se perdieron las baterías del frente izquierdo, mientras que las fuerzas republicanas que operaban en Cartagena debían encontrarse agotadas y las dos restantes brigadas de la 10 División estaban retrasándose, probablemente debido a dificultades de desplazamiento relacionadas con las circunstancias conflictivas en que se hallaba sumida la zona que tenían que atravesar.

Considero de mucho interés reproducir los comentarios del almirante Cervera sobre estos hechos, a pesar de que su claridad no sea tanta como uno desearía: «Se hicieron amargas conjeturas sobre estos dolorosos sucesos y cual ocurre frecuentemente, la fantasía enjuició a todos los que más o menos directamente intervinieron, y señalaron como responsables de un quebranto inherente a operación de tan gran envergadura y excepcional urgencia. Ni el Estado Mayor de la Armada pudo realizar labor más metódica y previsora, ni las autoridades desmayaron en su difícil ejecución. La premura del auxilio y escasez de material impuso que se utilizaran, para el transporte de tropas, los barcos que había a mano, algunos sin condiciones, desprovistos de estación radio telegráfica. Los movimientos de los transportes que tenían estación radio se conocían al detalle, tanto en los puertos de origen cuanto por las fuerzas navales que había preparadas para recibirlos y guiarlos. Así ocurrió con los primeros que pudo el almirante incorporarlos a su insignia, pero por muy doloroso que sea, no es extraño que esos dos vapores sobre los que se cebó la desdicha, careciendo de elemento moderno tan indispensable a pesar de las gestiones que se hicieron en Castellón para instalárselos de fortuna, recibieran la sorpresa de

encontrarse, al recalar, con el fracaso de la tentativa y la orgía de comunistas adueñados durante unas horas de las defensas del puerto. Bien disculpable es que el dolor acucie la responsabilidad; pero la verdad histórica tiene que oponerse al valladar de tantos quebrantos como registran las crónicas militares consecuencia de circunstancias, tiempo y oportunidad, fenómenos inevitables que laceran el alma de quien aguarda con esperanza el desarrollo feliz de sus decisiones».

Las bajas en Cartagena, aparte de las ya reseñadas con respecto al *Castillo de Olite* y algunas que se produjeron en el *Castillo de Peñafiel* de cuyo número exacto carezco de datos, fueron según las listas que se establecieron entonces, de dieciséis muertos en acción de guerra y poseo una relación nominal de cuarenta y cuatro prisioneros fusilados, más veinticinco cadáveres sin identificar, todos ellos de entre los sublevados, con dudas por mi parte por lo que respecta a estos últimos veinticinco muertos. No dispongo de relación ni evaluación de las víctimas que se produjeron entre los atacantes de la 206 Brigada ni de otras fuerzas «gubernamentales», pero las bajas fueron elevadas. Las represalias posteriores pudieron asumir en bastantes casos carácter de venganza. Los dirigentes de la sublevación, que fueron conducidos ante el jefe de la Brigada 206 (y alguno cree que también ante Joaquín Rodríguez), quedaron encarcelados. Salvó la vida el general Barrionuevo, a pesar de ser reconocido, y él mismo reconocerse jefe de la sublevación franquista y a que habían caído en manos de Artemio Precioso copia de los radios cruzados con Burgos. Salvaron asimismo la vida Lombardero, Pourtau, Meca, Cifuentes, Serna; y también Bermejo y Ramos Carratalá… si bien otros de los dirigentes civiles fueron ejecutados. Entre los supervivientes figuran los comandantes Espa y Macián, y Calixto Molina, que al llegar, o ser arrastrados por el oleaje, al cabo Palos, fueron aprisionados y conducidos al puesto de mando donde se les interrogó y se les dio trato de prisioneros de guerra.

Al atardecer fue asaltado el edificio de la base por fuerzas especiales de la 206 Brigada, que se apoderaron sin dificultad de sus dependencias. No falta quien afirma que en el último momento la base se rindió; considerando el tamaño del edificio y el desorden que se produjo, pudieron coincidir, superponiéndose, ambos hechos.

Fernando Oliva, Vicente Trigo y otros oficiales fueron apresados. El consejero soviético y sus ayudantes, el intérprete y aquel marino del Servicio de Información de la Flota, que el Partido había designado para colaborar con Galán, recobraron la plena libertad. Hasta el día 8, o quizás el 9 de marzo, no tomó el mando de la base el coronel Pérez Salas, que cortó inmediatamente las represalias y dejó la ciudad pacificada y en orden.

XXV

¿Qué ocurría, entretanto, en la llamada zona nacional? El coronel Casado, de quien había comenzado a desconfiarse o en quien nunca llegó a confiarse, se había decidido a dar el golpe; pero, como hemos comentado, el tono de las proclamas y el que él mismo empleó en la suya, debieron causar pésimo efecto. Los periódicos no se mostraron indulgentes con él y la radio mucho menos. Llegó a atacarse a Besteiro por el cual se sentía pequeña dosis de respeto. Existía expectación porque los hechos que se producían en Madrid aceleraban el final de la guerra. En previsión, el ejército tomaba posiciones de partida para emprender una ofensiva que, de no rendirse los republicanos, sería la última y decisiva. Las tropas se mantenían en actitud expectante y puede considerarse falsa la acusación de que permitieron el paso de unidades afectas al Consejo y de que quedaron desguarnecidos sectores del frente republicano sin sufrir hostigamiento por parte de los nacionales.

Por la Casa de Campo se llevó a efecto un tanteo; los republicanos —se trataba de un sector cubierto por unidades comunistas— resistieron y el ataque se saldó con pérdidas de cierta monta. En *Historia militar de la guerra de España,* Aznar hace una alusión de esta guisa: «… con ánimo de probar fortuna en un sector reducido, el general Saliquet, Jefe del Ejército del Centro, mandó tantear el frente de la Casa de Campo, por si la resolución de resistir estuviera agotada en los batallones rojos. Un desventurado episodio —cuyo esclarecimiento compete exclusivamente a la justicia militar — hizo que fracasara el sutil ensayo del general Saliquet, encomendada su ejecución al coronel Losas como jefe de la 16 División».

En el tomo XXXIV de la *Historia de la Cruzada Española,*

publicación oficiosa, se aborda con mayor amplitud este asunto. Se relata que «los confidentes de todas clases que entraban y salían en Madrid, los agentes que el propio Casado procuraba enviar al frente nacional, emisiones de radio y las noticias recibidas de los falangistas manileños» indujeron al mando a probar la solidez de las líneas republicanas, pues existía la sospecha de que no resistirían y abrirían el paso aliviando a la población de Madrid que «temía la explosión marxista de última hora y veía en peligro la vida de millares y millares de habitantes». «Sucedió algo —comenta a continuación— que, en otro plano, se pareció a lo acontecido en Cartagena». Explica cómo el general Saliquet «después de cambiar impresiones en el Cuartel General del Generalísimo» se decidió a llevar a cabo la operación. Dice que se encargó al coronel Losas esta operación «piloto» en un sector que flanqueaba la cuña de la Ciudad Universitaria. La operación se llevó a cabo a las 5 de la mañana del día 8, y sigue así el texto: «Las informaciones recibidas a última hora daban a entender que en frente de las fuerzas atacantes no había más que destacamentos débiles y que todos seguían la política del coronel Casado. La realidad fue muy otra». Las fuerzas que guarnecían aquel sector eran comunistas y resultaría interesante averiguar si el comentario de que «seguían la política del coronel Casado» figuraba en los informes que fueron enviados a los nacionales —lo cual supondría un fallo casi inexplicable— o es comentario del redactor de la *Cruzada* para justificar el fracaso de la operación. Más adelante, sin detalles personales ni nombres, se añade: «Antes del ataque se produjo un incidente doloroso, del que es preferible no tratar. La justicia militar se ocupó del asunto y lo resolvió con arreglo a su criterio. El caso es que el sector amenazado tuvo noticia exacta de lo que se preparaba, y, lejos de abrir camino, concentró un número crecido de armas automáticas. En muy pocas horas sufrieron los batallones de Losas crecido número de bajas…». Saliquet decidió suspender el ataque.

En una memoria del Estado Mayor del I Cuerpo de Ejército nacional, que cita Martínez Bande, consta: «Se decidió hacer un reconocimiento ofensivo para averiguar lo cierto del informe y aprovechar el momento, caso de no existir resistencia, para adelantar nuestras líneas del Manzanares». El informe a que se refiere es uno enviado desde Madrid por los agentes del SIPM, que

más adelante comentaremos. Y añade Martínez Bande: «El reconocimiento se llevó a cabo por fuerzas de las divisiones nacionales 16 (coronel Losas), 18 (Ríos Capapé) y 20 (Coronel Caso) que encontraron un enemigo perfectamente protegido y decidido a venderse caro».

Escritores anticasadistas pretenden por error, suspicacia o malicia, que este ataque se hizo para auxiliar a las fuerzas del Consejo que se hallaban en situación comprometida, y que el ataque nacional se combino con otro casadista en el sector de la estación del Norte. El episodio a que se refiere Aznar fue curioso y singular y parece que ocurrió de la siguiente manera. La noche anterior al referido ataque de tanteo, se produjo un incidente cuya naturaleza exacta se desconoce pero que no tenia nada de político, entre el coronel Ríos Capapé y el teniente coronel Ramón Lloro Regales, a quienes les unía el compañerismo y la amistad proveniente del hecho de venir juntos participando en la guerra desde África. El teniente coronel Lloro era de temperamento vivo y hay que sospechar que en aquella noche se bebiera algo más de lo normal, a causa de lo cual debió originarse el incidente que se saldó con un mamporro antirreglamentario. Parece que por esta causa el teniente coronel Lloro fue inmediatamente depuesto de su cargo y arrestado. Su reacción fue pasarse a las filas enemigas. Cuando a la mañana siguiente se iniciaron las operaciones, los nacionales sufrieron importante quebranto. Pocos días después entraban las tropas nacionales en Madrid y Lloro fue apresado, o quizá se entregó por propia iniciativa. Fue sometido a consejo de guerra y no fue fusilado, pues al parecer los compañeros y lo más probable es que el ofendido también, intercedieron por él. Permaneció unos años en prisión.[1]> A pesar de que algunos lo niegan, es más que probable que se pasara —admitamos que por descuido— con el parte de operaciones. Es posible que este intento de ataque, que fracasó, así como los fallos en el desembarco de Cartagena, contribuyeran a endurecer a los jefes del bando vencedor, que ya de suyo estaban endurecidos.

Para describir las operaciones sobre Madrid de la Columna o Ejército de Maniobra, como se tituló, vamos a seguir, como ya

venimos haciéndolo, el informe del mayor Liberino González, que declara que el día 10 distribuye sus hombres en cuatro columnas menores y una quinta formada por una brigada entera. Las indicaciones directas para planear las operaciones debía recibirlas de Cipriano Mera y quien dirigía el conjunto era Matallana de acuerdo con Casado. La penetración de las fuerzas de maniobra se combina con los movimientos de la Agrupación Madrileña del coronel Álvarez y con otras tropas que obran en la periferia, como las del mayor Calzada, y unidades que proceden del Ejército de Extremadura. En las primeras horas de este día se registra el paso de numerosos camiones vacíos por la calle Goya, posiblemente destinados al transporte de las columnas que iban a penetrar en la capital.

Las cuatro primeras columnas (subcolumnas) constaban de dos batallones con apoyo de artillería. La primera de ellas atacó por Vicálvaro y penetró, cruzando el arroyo Abroñigal, hasta la plaza Manuel Becerra, que domina parte del este de la capital y las vías de penetración en aquel sector. La segunda columna fue a converger con la primera penetrando por el barrio de Doña Carlota. La tercera lo hizo por el cementerio del Este. Atacó la cuarta por la Ciudad Lineal, pero encontró fuerte oposición comunista, apoyada por tanques y artillería y no cumplió la totalidad de los objetivos propuestos. Lo mismo le ocurrió más al norte a la quinta, cuya misión era apoderarse de Fuencarral, dejarlo guarnecido y bajar a Chamartín para juntarse allí con la cuarta. Consiguió apoderarse de Fuencarral, en donde dejó un batallón, pero no consiguió tomar Chamartín ni enlazar.

En este día se hicieron numerosos prisioneros; se registró un descenso de combatividad en las tropas comunistas de las cuales se pasaron y entregaron bastantes soldados.

Durante aquella noche los comunistas reaccionaron en este sector, movilizan la 99 Brigada y copan el pueblo de Fuencarral —nudo de comunicaciones con la Sierra— y hacen prisionero al batallón del Consejo que quedó guarneciéndolo.

Casado, que también maneja para su libro un diario de operaciones de Liberino González, da las fechas cambiadas y relata los hechos como sucedidos un día después. Así, el ataque de las columnas y toma de Fuencarral lo sitúa el 11 y la reconquista —o

cambio de mano— por parte de los comunistas en la noche del 11 al 12, cuando en el informe que yo poseo lo da como ocurrido 24 horas antes.

La 99 Brigada, que ataca Fuencarral por parte comunista, procedía de la sierra y pertenecía a la 69 División ¿Fue realmente sacada de la línea? Porque volvemos a la acusación a que nos venimos refiriendo.

Sin la popularidad de que disfrutaba Miaja ni ser tan conocido como Vicente Rojo, sin estar encumbrado por la propaganda comunista como lo estaban algunos jefes milicianos, al general Matallana se le consideraba como serio, responsable y eficaz. En las últimas horas de la tarde del 10 pronunció por la radio una alocución, de la cual la prensa del día siguiente reprodujo algunos párrafos. Primero habló Casado; el texto de Matallana, que consideramos de interés, es el siguiente:

> ¡Soldados del grupo del Ejército! ¡Españoles de la zona central! Muchos de vosotros no me conoceréis ni siquiera de nombre. No me extraña. Es la primera vez que durante la ya larga tragedia me dirijo a vosotros. Mis méritos son nulos o muy escasos, y durante la guerra no he hecho más que callar, trabajar y sufrir.
>
> Callar, porque mi obligación de militar, sentida honradamente, me impedía dirigirme públicamente a vosotros utilizando otro lenguaje distinto al de la verdad.
>
> Preferí el silencio y el exponer a aquellos que me debían oír y entender, lo que con toda claridad y energía repetidas veces hube de manifestarles, sin que a pesar de la nobleza y lealtad de mi conducta obtuviera nunca el más mínimo resultado.
>
> Trabajar, porque me debía a vosotros, soldados de los Ejércitos; porque sentía mi corazón con toda la honradez de mi conducta, todas vuestras fatigas, todos vuestros sacrificios, todas vuestras necesidades.
>
> Y en los días de frío, de agua y de lucha, he sentido sobre mi corazón la angustia de vuestros sufrimientos y el deseo vehementísimo de superarme, para aliviar vuestras fatigas. Podéis estar seguros de que vuestro jefe vivió todo el tiempo

con el pensamiento puesto en vosotros, porque lo exigía mi deber, mi cariño y mi agradecimiento, ya que sois vosotros los que me habéis proporcionado las únicas alegrías y satisfacciones de esta guerra.

Sufrir, porque sentía vuestros sufrimientos y los de la Patria ensangrentada, porque veía los campos de nuestra tierra convertidos en cementerios, porque, por todas partes, sonaban gritos de odio y de pasión y porque en valles y cumbres acechaba la muerte.

Tal ha sido mi vida, y con estos títulos y con el del cargo que ostento voy a abriros mi corazón y hablaros en estos momentos difíciles de nuestra guerra.

Muchas, muchísimas han sido las amarguras por las que yo he pasado en esta última etapa en que las circunstancias me ha puesto cerca de los directores de la guerra.

Nunca me ha preocupado la responsabilidad; si alguna vez flaqueaba mi voluntad, solo tenía que pensar en vosotros, soldados españoles, para comprender que mi obligación fundamental y única era velar por vosotros, y por eso, únicamente por eso, continué en mi puesto. Estimaba que mi deber era mantenerme con toda entereza y energía en defensa de vuestras vidas, de vuestros hogares y de vuestros deudos ante el anterior Gabinete Negrín. Era lo que yo, con toda lealtad, entendía debía hacerse.

No me preocupa en nada mi conducta, porque mi conciencia estaba limpia; pero lo que sí hondamente me preocupaba eran los nulos resultados de mi gestión; era la superficialidad con que se afrontaban los graves problemas de la guerra; la escasa importancia que se concedía a vuestras vidas; la falta de plan, el desconocimiento absoluto que los altos mandos militares teníamos de las intenciones del Gobierno; era la desorganización enorme de los órganos de la administración, que hacían pensar, con verdadero horror, cómo en las circunstancias tan difíciles como las que vivíamos podía pensarse en dirigir una guerra y un país en tales condiciones.

Era, por último, la seguridad absoluta, el conocimiento pleno de que nada se hacía; que el tiempo avanzaba y la

dirección política que el Gobierno aferraba a su criterio, acaso impuesto por sugerencias extrañas, iba a dar al caos y en la catástrofe más espantosa.

Estad seguros, os lo digo: el Gobierno Negrín no lo derribó nadie; se murió solo, envuelto en su fracaso. Después de la catástrofe de Cataluña, de la que mucho se podía decir, no podía vivir. Su prolongación era ficticia, y bastaba el más ligero chispazo para que desapareciera por completo. El Poder lo ha recogido el Consejo Nacional de Defensa, y a su lado, con todo entusiasmo, debemos agruparnos todos los españoles. Un español honrado os lo dice. ¡Soldados, pensad en España! No martiricéis más a este pueblo con querellas y pasiones. No empañar el honor de nuestras armas con situaciones de catástrofe. Volved todos a vuestros puestos de combate y esperad con dignidad de españoles el resultado de la guerra: que vuestra historia militar no sea empañada ni envilecida por las luchas internas; que así acaban las guerras cuando los jefes carecen del espíritu de sacrificio necesario para reprimir los ideales y posponerlos al ideal supremo de la Patria.

¡Soldados españoles! Por España y la República. ¡Cumplid mis órdenes!

¡Viva España!

A continuación se radió la noticia de que la columna de maniobra había entrado en la capital por la carretera de Aragón.

Las tropas de Liberino, que van recibiendo nuevos refuerzos, atacan después de una potente preparación artillera Fuencarral, y las tropas comunistas se desmoralizan y desbandan. Unos escapan hacia la Sierra, cuyo paso tienen libre, y otros se acogen a los edificios inacabados de los nuevos ministerios, en los cuales hay comunistas que se mantienen atrincherados.

Sin darles descanso, los de Liberino, que ya enlazan con las unidades de la Agrupación de Madrid, emplazan artillería en los altos del Hipódromo, cerca del Museo de Historia Natural, y se aproximan y hostigan por la acera izquierda de la Castellana y calles adyacentes al fuerte y aspillerado edificio que los comunistas defienden con ametralladoras y fusilería. La lucha es

particularmente dura y prolongada. En las primeras horas del amanecer del 12 (otros afirman que fue el día 11) se produjo un intenso cañoneo. Era el último bastión de la resistencia militar comunista y tuvo que rendirse; se hizo un elevado número de prisioneros.

También se les daba la batalla definitiva en el centro de Madrid y en los barrios periféricos, tomándoles algunos tanques que por su gran movilidad causaban desconcierto y zozobra. El día 11 se produjeron encuentros en la zona del Retiro y se emplazaron cañones en la plaza de la Independencia. El mismo día se rinde o evacua la sede del Comité Central y del Provincial del PCE situado en la calle Serrano esquina a Columela, una de las fortalezas que se ha mantenido en el centro mismo de la ciudad. Se entablaron conversaciones previas y bastantes de los que estaban dentro escaparon —o les dejaron escapar— por el portal que a la calle Columela. A partir de ese momento, Armando Álvarez se dedica a ir reduciendo los focos periféricos o a grupos que vagan un poco perdidos. El número de los prisioneros aumenta a cifras muy elevadas y es cuantioso el material de guerra que se recupera.

Resulta sintomática la actitud de la población civil, si se exceptúa a los individuos o grupos muy politizados que toman parte activa en la contienda o apoyan con énfasis a alguno de los bandos. El trabajo va abandonándose, pero por las calles se circula, pues los madrileños se dedican a la busca de alimentos que escasean de manera dramática; durante estos días el flaco abastecimiento resulta aún más difícil y peligroso. Funciona el Metro, aunque determinadas zonas quedan aisladas con los servicios paralizados. Durante los primeros días, venciendo dificultades, circulan algunos tranvías. Sufren averías o se interrumpen en determinados puntos los servicios telefónicos; por lo común se trata de cortes intencionados con el fin de privar al enemigo de medios de comunicación. Algo semejante ocurre con la electricidad. Circulan noticias verdaderas y muchos bulos, sin que nadie sea capaz de distinguir unos de otros. Las visitas entre familiares y amigos, cuando las circunstancias lo permiten, se intensifican, pues además de calmar inquietudes es un medio de conseguir información.

Cuando se produce algún choque, disparos de fusilería, ametralladora o cañonazos, o maniobran tanques con talante agresivo, los viandantes se dispersan, metiéndose en los portales o donde pueden; en cuanto terminan las escaramuzas la vida retoma su anémico ritmo. Aviones nacionales vuelan bajo, sin bombardear, en plan de observación: suenan las sirenas y unos acuden a los refugios y otros no.

Me he referido a un diario, correspondiente a esas fechas, escrito por persona que trabajaba en unas oficinas en calidad de «militarizado»; va anotando los sucesos, sus contactos, las noticias que circulan, la dirección de la cual procede el estampido de los cañonazos o la explosión de las bombas de la aviación casadista. Relata que el último día las tropas del Consejo se colocaron un brazalete blanco para distinguirse de los comunistas, detalle en el cual abundan otros autores. En algunos libros y novelas se describe el ambiente madrileño durante aquellos días; es el mismo o muy parecido al que refleja este diario. Los madrileños, acostumbrados a tantos meses de bombardeos y cañoneos y a la vecindad de los frentes, han perdido el miedo. Numerosas son las detenciones que se practican, con Secuencia arbitrarias; pero no suele ejercerse rigor con los detenidos salvo en casos aislados o cuando se trata de personas señaladas como enemigos probados. Refiriéndose al día 10 consta en el diario: «… como ignoramos completamente lo que está en poder de los comunistas y lo que pertenece al Consejo de Defensa, las fuerzas que se ven en la calle no se sabe si son leales o de las otras. Se dice que la calle de Alcalá, desde la plaza de la independencia, la tienen los comunistas, pero por la acera correspondiente a los números impares, hacen guardia fuerzas leales, de forma que entre ellos mismos el lío debe ser monumental». Hay ciudadano a quien en una acera le piden los unos la documentación y en la contraria los del bando opuesto. En el barrio de Salamanca la confusión es aún mayor y puede decirse que las fuerzas enemigas se mantienen unas frente a otras sin atacarse y controlando cada una su sector.

Los miembros de la «quinta columna» aprovecharon esas confusiones para desempeñar alguna actividad que resulta difícil de evaluar y que tendía a sembrar la confusión. Sus acciones eran por lo común favorables al Consejo. No hay que descartar la posibilidad

de que el desorden fuese aprovechado por algún elemento de las milicias clandestinas para arreglar cuentas pendientes con algún agente del SIM que se hubiese distinguido en servicios de confidente infiltrado. También se dedicaron a aprovisionar de víveres a los miembros de las centurias y se recogió armamento. Las noticias al respecto son vagas. A medida que los resortes del poder se aflojaban, y en estos días llegaron al colapso, los falangistas lograban mayores grados de impunidad; pero entre ellos mismos también se hallaba implantado el desconcierto.[2]

De nuevo Antonio Ortega sirve de mediador; los comunistas se mantienen al frente de sus tropas en los frentes y un elevado número de prisioneros siguen en su poder, de la misma manera que los del Consejo tienen muchos detenidos. Más que soldados, por ambas partes se retiene a dirigentes y oficiales.

El día 11, sábado (lo que viene a confirmar las fechas que yo supongo), se radia al mediodía a través del micrófono del cuartel general del Consejo Nacional de Defensa, lo siguiente:

> ¡Españoles! Los elementos sediciosos que se habían hecho fuertes en el edificio ocupado por los Comités Central y Provincial del Partido Comunista, se han entregado sin condiciones a las fuerzas del Ejército republicano, Guardias de Asalto y Carabineros. El Consejo Nacional de Defensa hace público el heroico comportamiento de las fuerzas citadas, que una vez más han rivalizado en el cumplimiento del deber. ¡Españoles! Madrid vuelve a la normalidad.

Tuvieron lugar parlamentos entre miembros de ambos bandos; se produjo un intento por parte de los comunistas para lograr un puesto en el Consejo de Defensa, y se intercambiaron las notas que copiamos, advirtiendo que el texto de las mismas procede de Casado:

> El Consejo dará por terminada la lucha en las siguientes condiciones:
>
> 1.°) Deposición de las armas, reintegrándose inmediatamente a sus fuerzas en el sitio que ocupaban el día en que se constituyó el Consejo de Defensa.

2.°) Entrega al Consejo de todos los militares y civiles que se encuentren detenidos por el bando sublevado.

3.°) Promesa por el Consejo Nacional de Defensa que se procurará sancionar los hechos sin apasionamiento.

4.°) Sustitución y relevo de todos los mandos y comisarios en la forma y por el procedimiento que estime mejor el Consejo Nacional de Defensa.

5.°) El Consejo Nacional de Defensa pondrá en libertad a todos los detenidos comunistas que no hayan cometido ningún hecho delictivo.

6.°) El Consejo Nacional de Defensa, una vez liquidado por completo este pleito no tendrá inconveniente en escuchar a los representantes del Partido Comunista.

Cuartel General, 12 de marzo de 1939. Por el Consejo Nacional de Defensa. El Consejero de Defensa, Segismundo Casado.

La respuesta del PCE fue la siguiente:

Hemos vivido seis días de lucha en Madrid, y el Partido Comunista considera que su prolongación sería un horrible daño para la Patria. Por eso ha decidido interponer su influencia para que cese el fuego, en atención al deber supremo de unir todos los esfuerzos posibles contra los invasores ante la inminencia de una ofensiva enemiga por cualquiera de nuestros frentes y teniendo en cuenta que el doctor Negrín ha creído conveniente abandonar España.

El Partido Comunista, que en ningún momento ha realizado actos ni ha albergado intenciones que se aparten de una línea política suficientemente conocida y consecuentemente practicada, declara hoy que sin la unidad de nuestro pueblo toda resistencia es imposible, y llama a todos los españoles a una concordia positiva y fecunda en interés de nuestra independencia y nuestra libertad.

Hemos conocido los acuerdos del Consejo Nacional de Defensa sobre las condiciones de una pacificación interior, que descarta toda idea de represalia. En estas condiciones no solo abandonamos nuestra resistencia al Poder constitucional, sino

> que los comunistas, en el frente y en la retaguardia, en los puestos de trabajo y de lucha, seguirán dando a la Patria, como hasta ahora, con su sangre y su vida, un ejemplo de su abnegado sacrificio, de su heroísmo y disciplina.

El día 12, muy temprano, se formó una expedición para ir a rescatar a los prisioneros que los comunistas retenían en El Pardo. Formaban parte de la expedición Antonio Ortega, el mayor Valentín Gutiérrez de Miguel y Rafael Sánchez-Guerra, ayudante de Casado. Una caravana de automóviles se presentó en el cuartel general de Barceló, que ya había abandonado el recinto. Hacia las 8 de la mañana, o poco más tarde, fueron liberados todos los detenidos, que regresaron a Madrid, donde en algunos puntos fueron recibidos con demostraciones de júbilo. El gobernador civil, José Gómez Osorio, que sería el último presidente del PSOE y que moriría fusilado por los nacionales, hizo las siguientes declaraciones a un periodista: «En mi larga historia de luchador proletario, no recuerdo trato como el que me han dado quienes dicen llamarse hermanos nuestros, durante los cuatro días que he estado bajo su dominio. Ni en los tiempos de la Monarquía, ni de la Dictadura, ni siquiera en los del triste Bienio Negro, han sido tratados peor que ahora quienes solo hemos cometido el delito de continuar fieles al poder constituido en defensa de los intereses del pueblo».

En los periódicos del día 13 aparece una nota en la cual se especifica: «Ayer se presentó a las autoridades el jefe militar del movimiento sedicioso, teniente coronel Luis Barceló, que durante aquel, y en la zona insurrecta, se había titulado jefe del Ejército del Centro». También empiezan a señalarse a los que suponen principales responsables: Ascanio, Diéguez, Cabo Giorla, y a los comisarios Conesa y Poveda.

La noticia referente a Barceló tengo motivos para considerarla apócrifa. Una versión que considero digna de crédito y que me facilitó don José Polo, que le defendió en el juicio posterior, precisaba que Barceló, de acuerdo con lo pactado con Ortega, se restituyó a su puesto de mando del I Cuerpo de Ejército. Dos jefes de artillería, que bien podían ser agentes del SIM, visitaron a Barceló requiriéndole para que les acompañara al Ministerio de Hacienda; cuando llegaron allí los militares desaparecieron y el

coronel fue detenido y se le condujo al Ministerio de Marina.

XXVI

Resulta dificultoso reconstruir cuanto aquellos días aconteció en el resto de la zona republicana, pues solo es conocido, y adoleciendo de imprecisiones, lo que sucedió en Madrid y Cartagena, y por lo que se refiere a esta plaza y su entorno, han venido ocultándose y tergiversándose los hechos, ignorándose por esta causa durante largos años. La importancia de las luchas en Madrid y la encarnizada pugna política y hasta personal que se estableció, la precipitación con que los últimos episodios de la guerra se suceden, el desdén y el desconocimiento de quienes han escrito desde el bando nacional hasta época reciente, y en gran medida la proximidad con que se produjo el fin de la guerra y los acontecimientos internacionales que la siguieron, ha dado ocasión a que graviten enormes zonas de oscuridad sobre los enfrentamientos que en diversos puntos del territorio se produjeron aquellos días hasta la efímera consolidación del Consejo Nacional de Defensa. La endeblez de los escasos testimonios que quedaron escritos, y la circunstancia de que en ellos, lo mismo que en las demás fuentes particulares a las cuales al autor le ha sido posible recurrir, se prodiguen confusiones, errores de fechas y orden en que se produjeron los acontecimientos, hacen que el conjunto de los testimonios requieran ser utilizados con previsión, parsimonia y escasa confianza.

Nos hemos referido a que la Aviación no se puso incondicionalmente a favor del Consejo con la rapidez que algunos suponen. Aparte de que había un elevado porcentaje de comunistas entre los mandos y mayor aún entre los jóvenes pilotos formados en la URSS, y de otras consideraciones ˆ orden político y personal que pudieron influir en las decisiones, existía un fuerte espíritu de arma

y una disciplina orgánica que funcionaba con mayor eficacia que en el ejército.

De Albacete había sido nombrado gobernador militar Inocencio Curto, cuando la combinación de mandos que fue interpretada como golpe de estado comunista. El gobernador civil, el republicano Vega de la Iglesia, acato al Consejo. Cuando el mayor de Aviación Curto fue a posesionarse el mando, encontró una decidida oposición que encabezaban el teniente coronel Botella, jefe de Intendencia, Justo Martínez Amutio, exgobernador de la provincia, entonces inspector de fabricación de la Subsecretaría de Armamento, y el capitán de los guardias de asalto. A las órdenes de Botella se puso el teniente que mandaba la escasa guardia de la Comandancia Militar. En Los Llanos, donde se hallaba el mando de la Aviación de la zona Centro-Sur, se mantenía la obediencia al Gobierno; parece ser que en esta actitud —por lo demás no ilógica— influía el comisario político llamado Valentín. A causa de la resistencia que se hizo al mayor Curto para que se posesionara de su cargo, se produjeron las primeras tensiones entre Albacete y Los Llanos. Los partidarios albaceteños del Consejo de Defensa mantenían contacto con David Antona, destacado militante de la CNT de la Regional del Centro, que ocupaba el cargo de gobernador civil de Ciudad Real. En esta última provincia, en Santa Cruz de Mudela, se hallaba la Jefatura de la 5.ª Región Aérea (Ciudad Real, Extremadura, Córdoba y Toledo), cuyo jefe, Enrique Pereira, que era considerado con recelo por los partidarios del Consejo, estaba resuelto a no atender más órdenes que aquellas que les llegaran de los mandos de Aviación.

En fecha que no resulta fácil precisar, pero que debió ser el día 6 (aunque pudo ser el 5, antes del golpe de Casado), los blindados con base en Daimiel y Tomelloso, media brigada compuesta por veinticuatro carros y tres baterías antitanques, habían recibido órdenes de que un cierto número de unidades se desplazara a Levante, según parece para apoyar a los nuevos mandos nombrados por el Gobierno. El mayor Velasco, socialista y comandante militar de Manzanares, que tuvo conocimiento de la orden, la comunicó a Albacete. Dada la filiación política del jefe de esta unidad y de la mayoría de los oficiales, se suponía que este desplazamiento súbito y militarmente injustificado formaba parte del plan comunista.

Algunas tropas heterogéneas se juntaron en Albacete donde no

existía guarnición propiamente dicha: una compañía de Asalto que estaba a las órdenes de la Subsecretaría de Armamento, artilleros de Chinchilla y Almansa, un batallón de Transportes, destacamentos de Asalto de Villarrobledo y Tomelloso, todo ello reforzado por dos antitanques del parque de Albacete, de donde también se consiguieron ametralladoras y morteros. Los carros que se aproximaban a Albacete (a Cartagena ya habían acudido uno o dos días antes los de la escuela de Archena) fueron interceptados antes de que alcanzaran la capital de la provincia sin que se produjeran luchas armadas. Unos quince de estos ingenios vinieron a engrosar las fuerzas del Consejo; otras unidades quedaron en la zona, en postura no de abierta rebeldía pero tampoco de obediencia al Consejo, y un cierto número, por fin, parece que pudieron desplazarse hasta Madrid y cooperar allí con los comunistas.

El día 6 —o quién sabe si el 7— se presionó sobre Los Llanos y se detuvo al comisario Valentín.

Si los elementos procomunistas de esta región estuvieron desconcertados, lo mismo les ocurría a quienes se pusieron de parte del Consejo, pues desde el día siguiente a su proclamación dejó de impartir instrucciones; las noticias sobre la situación en Madrid eran confusas, sin excluir las que se oían por radio, y las comunicaciones fueron tan escasas que puede afirmarse que permanecieron aislados.

En los locales del PCE de Ciudad Real se concentraron numerosos guerrilleros, guardias de asalto comunistas, jefes y oficiales de la misma ideología y los más destacados militantes. Disponían de armas y municiones, en abundancia, y de víveres. Los del Consejo trataron de rodearle, instalaron una ametralladora en la torre de la catedral y les instaron a deponer su actitud; no fueron atendidos en su conminación. Entre los días 7 y 12, ambos bandos se mantuvieron en actitud expectante y amenazadora. Existían dudas sobre la situación interna de unidades del Ejército de Extremadura pero no se produjeron choques. El último de estos días, y coincidiendo con el final de la lucha armada en Madrid,[1] David Antona, que había asumido el mando militar dentro de la provincia, ordenó el ataque llevando en vanguardia dos blindados provistos de cañones y batió el edificio comunista desde distintos puntos. Al poco de iniciarse el combate, los comunistas se rindieron

y fueron hechos prisioneros.

El general Antonio Escobar había manifestado su apoyo al Consejo pero en el Ejército de Extremadura y a distintos niveles había mandos comunistas. En la 47 Brigada se produjo una sublevación o motín que se saldó con la muerte del jefe, del comisario y el ayudante, los tres de filiación confederal, pero poco después el orden y la disciplina fueron restablecidos. El mando de la 5.ª Región Aérea mantuvo una actitud de aislamiento y se produjeron equívocos y tensiones. Pero desde el momento en que el coronel Camacho acató la autoridad del Consejo, no se dieron alteraciones de la disciplina. Ninguno de los aparatos de aquella región aérea intervino en enfrentamientos entre antifascistas.

Mayores repercusiones tuvo en el Ejército de Levante el conflicto entre el Gobierno y el Consejo primero, y entre este y los comunistas, después. El hecho de que una de las principales fuentes de información sea un libro publicado anteriormente en México y ahora en España contribuye mejor que a clarificar a añadir confusión sobre aquellos hechos. Jesús Hernández, una de las más prominentes figuras del PCE, al abandonarlo y enfrentarse con quienes habían sido sus camaradas, escribió *Yo fui un ministro de Stalin,* texto dirigido a demostrar lo que el autor se ha propuesto *a priori,* para conseguir lo cual se distorsionan los acontecimientos cuando resulta necesario o se someten a la acomodación de las interpretaciones, que restan a la obra un considerable porcentaje de sus valores históricos. De ahí que los datos haya que someterlos a comprobación rigurosa. Es un libro violento y polémico, en el cual las distintas piezas debían ajustarse P°r razones políticas y casi personales al esquema previsto.

A pesar de no haber sido advertido por parte de Casado hasta el último instante, Leopoldo Menéndez, que en principio estaba de acuerdo, adoptó sin vacilaciones una actitud de acatamiento a la autoridad del Consejo y de colaboración. Presionó con amenazadora energía sobre el Gobierno para que se liberara a Matallana, con quien le unían lazos de compañerismo y amistad. En Valencia el coronel Burillo actuó con prontitud, hizo algunos prisioneros, entre ellos Uribes, secretario del Partido en Valencia, se apoderó de los locales donde funcionaban órganos del PCE, y gracias a la rapidez de la acción no llegaron a producirse choques armados en el

interior de la ciudad.

En el Ejército de Levante, en el cual las unidades con mandos comunistas eran numerosas, la actitud de Leopoldo Menéndez en favor del Consejo no fue extremada ni rigurosa; sin menoscabo de mantener su posición, tendía a que no estallaran enfrentamientos internos, para lo cual supo mostrarse contemporizador y aun diplomático cuando la situación no exigía lo contrario. El principal foco de rebeldía comunista se produjo en el XXII Cuerpo, donde destituyeron a su jefe, el teniente coronel Juan Ibarrola; tomó el mando el mayor Recalde, jefe de la 47 División. El XXII Cuerpo estaba distribuido por Chiva, Requena y sus entornos; algunas de las unidades que lo componían interceptaron en el puerto de Contreras las comunicaciones entre Valencia y Madrid. La actitud fue pasiva y no se produjeron choques con las fuerzas del XIX Cuerpo, del coronel Vidal, a quien se encomendó la misión de vigilar a los hombres de Recalde. Parece que el XX Cuerpo, mandado por el teniente coronel Gustavo Durán, a quien se le consideraba comunista y debía serlo, se mantuvo en actitud pasiva, que era tanto como favorecer al Consejo.

La Agrupación de Blindados, cuyo comisario Luis Sendín sabemos había sido arrestado por Menéndez, se hallaba en estado de rebeldía. Desde el puesto de mando de Calabarra, que se habían apresurado a fortificar, se cursaron órdenes (no hay que descartar que se hiciera con anterioridad al arresto de Sendín) para mover tanques y blindados contra los del Consejo. A los de la 1 Brigada, acuartelada en la Masía del Poyo, les ordenaron que les enviaran para protección propia cuantos carros hubiera disponibles. A los de la 2 Brigada (tanques BT-5), que marcharan sobre Tarancón, y a los de Daimiel, 3 Brigada, que se desplazaran para unirse en Tarancón a los de la 2. Estos últimos serían los que escaparon a la vigilancia de las fuerzas adictas al Consejo, que lograron interceptar aquellos otros blindados que se dirigían a Albacete.

Precedidos de unos ocho tanques, pues otros quedaron en Calabarra, y con algunas fuerzas de a pie, marcharon sobre Torrente y llegaron a cortar las comunicaciones telefónicas, o se creyó que se las habían cortado al cuartel general del Ejército de Levante. No se

atrevieron a abrir fuego, pues una actitud de desconcierto dominaba a aquellos hombres que se habían colocado en rebeldía frente a sus mandos militares y que incluso les acosaban —sin atacarles—, pero que, al no recibir órdenes del Comité Central del Partido, no sabían a qué atenerse. Ni les llegaban órdenes; tampoco noticias de lo que estaba sucediendo en Valencia ni en el resto del territorio republicano. Optaron por regresar a la base de Calabarra y mantenerse allí en actitud defensiva y expectante hasta que Menéndez envió contra ellos guardias de asalto, algunos cañones y agentes del SIM. Tampoco entonces se produjeron choques armados y solo se dispararon algunos tiros. La moral de aquellos hombres, que se veían desatendidos, fue decayendo; comenzaron a producirse deserciones entre los soldados. La sublevación de la Agrupación de Blindados acabó disolviéndose al advertir los jefes más comprometidos la inutilidad de hacer resistencia armada y enterarse de que la autoridad del Consejo estaba imponiéndose en todos los lugares. No sería muy apretado el cerco a que se les tenía sometidos cuando consiguieron huir.

Explica Jesús Hernández que la destitución de Ibarrola fue consecuencia de órdenes dadas por él. Lo mismo afirma con respecto a movimientos de tropas que se produjeron en Levante; de ser verdad, no acertó a coordinarlos. Da cuenta de conversaciones sostenidas con el general Menéndez, quien le aconseja que deponga su actitud por inútil y contraproducente. Lo que deduce el lector es que Hernández acaba estableciendo su «puesto de mando» (algunos dicen que refugiándose) en el del XXII Cuerpo, en las proximidades de Requena.

El comunista italiano Ettore Vanni, director de *Verdad,* que se hallaba en Valencia aquellos días y cuya trayectoria política posterior es semejante a la de Jesús Hernández, sustenta opiniones opuestas sobre la actitud de la URSS respecto a España durante el último período de la guerra. Atribuye una gran influencia política a la delegación de la embajada soviética en Valencia, a raíz de la caída de Cataluña, y sostiene que los rusos eran los impulsores de la política de resistencia, si bien con el único objeto de ganar tiempo hasta conseguir acuerdos con la Alemania nazi. Pero de lo que cuenta se deduce que los soviéticos, nada más iniciado el conflicto, abandonaron la delegación y España. El mismo Vanni en su libro

Yo, comunista en Rusia narra algunos hechos ocurridos en aquellos días y alude a una gestión mediadora que desempeñó Julio Just, exministro republicano, entre los comunistas y el general Menéndez, que dio como resultado la excarcelación de Antonio Uribes y el permiso para publicar, previa revisión por parte de la censura, la prensa comunista. Habla de la llegada a Valencia de Rita Montagnana, esposa de Togliatti, portadora de órdenes superiores a las cuales debía ajustarse la actuación del Partido en España. Diversos autores hacen también alusión a la presencia de esta mensajera. Ocurre que mientras Ettore Vanni afirma que las órdenes eran de mantener la resistencia a ultranza, otros, y Hernández entre ellos, sostienen que las órdenes consistían en organizar el inmediato abandono de la causa republicana y la liquidación de la guerra.

En el Ejército de Andalucía la situación andaba más calmada. José María Galán se hallaba desposeído del mando del XXIII Cuerpo de Ejército a causa de la investigación que se seguía sobre desagradables sucesos ocurridos en el destacamento penal de Turón (Almería), ubicado en la demarcación de su mando; también lo estaban su jefe de EM y el director de aquel destacamento. Hemos contado cómo la «división» de guerrilleros fue neutralizada y su jefe detenido en Baza, cuartel general del Ejército de Andalucía. El coronel Moñones fue sustituido por el coronel de Ingenieros Francisco Menoyo, diputado socialista por Granada, que mandaba hasta entonces el IX Cuerpo. El XXIII, con puesto de mando cerca de Guadix, estaba bajo las órdenes del teniente coronel Juan Bernal Segura, quien en los últimos días de la guerra rendiría el Ejército de Andalucía a las tropas franquistas, y en el IX, con base en Jaén, Rodolfo Espa, primo del artillero de Cartagena, había sustituido a Menoyo Baños. En Andújar tenía su puesto de mando el teniente coronel Urbano Orad de la Torre, aquel que el 20 de julio de 1936 cañoneó el madrileño cuartel de la Montaña; mandaba la 20 División, una de cuyas brigadas tenía por jefe a José Aguirre, exsecretario de Largo Caballero, y las otras dos brigadas estaban mandadas por jefes afiliados a la CNT. A los pocos comunistas que había se les arrestó preventivamente en sus alojamientos. Conociendo estos datos y filiaciones a nadie extrañará que en Andalucía el contragolpe comunista apenas levantara eco.

Narra Jesús Hernández que el día 7 fue a visitarle al puesto de

mando del XXII Cuerpo el mayor Francisco Ciutat, jefe de Operaciones del Ejército de Levante, que «había estado en Elda y venía de Cartagena», lo cual no es imposible, a pesar de que nadie le nombra entre quienes se reunieron en Elda ni tampoco he hallado testimonio de su paso por Cartagena. Aunque algunos lo niegan, Ciutat pertenecía al PCE, y por ahí habría que buscar los motivos de la visita que hizo a Hernández. Ciutat le relató lo acaecido en Elda, la reunión del Comité Central y la evacuación en aviones, y también que Checa se dirigió a Alicante mientras Togliatti lo hacía a Murcia «donde al parece tenía instalado un pequeño aparato la Delegación Soviética». A continuación, según Hernández, le cuenta Ciutat algo que no parece ser cierto: «Había salido de Novelda para Cartagena, donde se encontró con un espectáculo dramático: miles de gentes de todos los partidos y organizaciones se disputaban todos los medios de navegación para salir huyendo hacia las costas africanas del Marruecos francés». Quien haya seguido con atención lo sucedido en Cartagena comprenderá que no resulta posible que, entre la noche que se reunió el Comité Central en Monóvar y la fecha que señala Hernández como aquella en que Ciutat le visita, nadie y menos un numeroso conjunto de personas huyera de Cartagena, porque estaba bloqueada por la escuadra nacional y por añadidura sometida a tensa vigilancia desde las baterías que descubrieron lanchas, remolcadores y hasta un submarino. No es cierto que en ningún momento se produjera un intento de evacuación de millares de personas; no llegaron a esas cifras ni cuando zarpó la flota ni siquiera en el último día puede hablarse de miles en plural. Carecería de importancia lo que relata, porque en su libro abundan los errores; pero a continuación explica que Francisco Ciutat le informa de que un tal Juárez y otro llamado Lucio Santiago «le mostró una cartilla de puño y letra de Togliatti —cuya copia había tomado Ciutat y que se apresuró a entregarme— en la cual el jefe de la delegación de consejeros políticos había escrito: “Todo está acabado. Hay que buscar un entendimiento con la gente de la Junta de Casado y ganar tiempo para evacuar a los camaradas más responsables y para esperar la llegada de barcos que ya se han pedido a Francia para llevarse al grueso de los camaradas más comprometidos”». Suponía Ciutat —siempre según Hernández— que ese mensaje de Togliatti habría sido enviado a los camaradas de

Madrid. De ser cierto ese escrito, justificaría en alguna medida las vacilaciones de los comunistas en los primeros días del enfrentamiento, durante los cuales en opinión de algunos pudieron haber aplastado a los del Consejo, lo cual tampoco hubiese resultado tan fácil. Conviene considerar, asimismo, que el desánimo que se apoderó de los comunistas sobrevino cuando el Ejército o Cuerpo de Maniobra atacó con brío y metió una cuña por el Este. Sin disponer de pruebas suficientes para sostener una negativa rotunda* el documento parece apócrifo, y eso aunque la actitud adoptada por los comunistas parezca coincidir en líneas generales con lo expresado en aquel supuesto papel.

Terminadas las operaciones en Madrid, el mismo día 12 se reúne el Consejo Nacional de Defensa. La magnitud de las consecuencias que se deducen del enfrentamiento armado entre las dos fracciones en que el bando republicano se ha escindido, se les aparece en toda su decepcionante realidad. Si el ejército se hallaba maltrecho y con la moral baja, la situación es ahora mucho peor. Los comunistas se han restituido a sus unidades y las unidades a sus lugares de acantonamiento, pero hay quienes se quitan de en medio para eludir represalias, otros que se encaminan hacia lugares ventajosos en previsión a que haya que evacuar, como serían los puertos de Levante y sus proximidades, y son numerosos entre los soldados aquellos que aprovechan la confusión para quedarse en sus domicilios o se ocultan en casas de personas amigas. La mayoría de los combatientes no espera más que la paz y en la mente de algunos ha arraigado la injustificada esperanza de que va a producirse algo semejante a un abrazo de Vergara atenuado. La economía de la zona y los suministros de cualquier especie, si eran pésimos ahora cabe calificarlos de desastrosos. Ni el ejército ni la población civil están en condiciones de resistir; nadie sabe lo que el futuro va a depararles en lo individual ni en lo colectivo, pero se aferran a una confianza semisonámbula de expatriación, cuyos riesgos y condiciones suponen que estarán mejor o peor previstos, puesto que de la verdad amarga de los campos de concentración franceses han llegado escasas noticias y de las malas noticias nadie desea enterarse. La prensa, cuya tónica es de signo rabiosamente

anticomunista y antinegrinista, contribuye a aumentar la conturbación de algunos espíritus.

Van a iniciarse las conversaciones de paz bajo el signo de la debilidad, con un ejército profundamente dividido y cuya potencial eficacia combativa, ya escasa, hay que considerar aún más mermada, con la economía deshecha, sin escuadra, sin el apoyo internacional de ninguna nación. Resulta inútil la polémica que aún hoy se prolonga, resulta vano el que unos atribuyan todas las culpas a los otros y viceversa; de la segunda república podría escribirse aquello de que «entre todos la mataron y ella sola se murió».

En el diario *CNT* del día 4 de marzo se publica un violento ataque contra el coronel Barceló, y a pesar de que fuentes libertarias sostuvieron que no se persiguió a los comunistas, en la prensa de aquel día aparece una nota de la Dirección General de Seguridad que induce a sospechas: «A partir de las 20 horas y hasta las siete de la mañana, quedan prohibidos los registros y detenciones. En casos urgentes, podrán efectuarse estas diligencias mediante una orden firmada por el Director General de Seguridad». ¿Aceptamos que pudiera tratarse de una medida preventiva y no consecuencia de hechos que ya se hubiesen producido? En estos días se publican relatos de lo sucedido, y también, sin comentarios, esta noticia: «Los españoles pueden ir a Méjico. Méjico, 13. La Embajada de España anuncia que el Gobierno mejicano ha ordenado que se facilite la entrada a los republicanos españoles que posean medios de existencia y documentos del consulado mejicano. Fabra». En unas declaraciones, Wenceslao Carrillo dice que ignora si se han producido ejecuciones y que tampoco hay noticias sobre el número de víctimas. Domínguez las evalúa en dos mil muertos, cifra que parece exagerada.[2]

Cuando el 12 se reúne el Consejo de Defensa tiene planteados muchos y graves problemas. El primero y más agudo son las negociaciones a emprender con el enemigo, finalidad para la cual se constituyó precisamente. En segundo lugar, se impone una reorganización del ejército y del apenas existente aparato estatal; el tercer problema consiste en la urgente necesidad de hacer frente a una desastrosa situación financiera y a la carencia de suministros. El cuarto, prever y preparar la evacuación.

Los consejeros estudian las bases sobre las cuales podría

aceptarse la rendición. Hace constar Casado que la sesión tuvo lugar «en un ambiente de cordialidad y comprensión». Todo, sin embargo, permite suponer que desde el primer momento se enfrentaron dos tendencias: la más realista, dirigida a hacer la paz a cualquier precio, representada por Besteiro y los republicanos, y la intransigente, partidaria aún de la resistencia —o de exhibirla como arma negociadora— de Eduardo Val, González Marín y, en menor medida, de Wenceslao Carrillo. Considerando las circunstancias en que se hallaban, esta última posición se reducía a no dejarse intimidar por la intransigencia del enemigo.

Resume Casado lo que se acordó entre todos: 1.°) Negociar la paz directamente con el enemigo, rechazando la intervención de potencias extranjeras como mediadoras. 2.°) Imponer al enemigo como condiciones mínimas: *a)* Garantía de independencia e integridad nacionales; *b)* Garantía contra toda clase de represalias; *c)* Garantía de expatriación para todos aquellos que desearan abandonar el territorio nacional. 3.°) Designar como representantes del Consejo en las negociaciones al general Casado, consejero de Defensa, y al general Matallana, jefe del Grupo de Ejércitos.

Basándose en estos acuerdos redacta el propio Casado el documento que servirá de punto de arranque a las negociaciones. Su texto es el siguiente:

> El Consejo Nacional de Defensa, expresión viva de la España republicana y constituido para actuar rápida y eficazmente en beneficio de la paz, tan anhelada por todos los españoles, no ha podido actuar hasta el momento en lo que constituye su misión fundamental y casi su única razón de existencia, porque elementos del Partido Comunista, con las armas en la mano, se han sublevado contra la Autoridad del Consejo, obligándonos a desviar la atención de nuestro tema, para atender el orden público.
>
> Afortunadamente, la sublevación ha sido enérgicamente sofocada y ha servido para poner de manifiesto, una vez más, que el Consejo cuenta con la adhesión de todos los españoles que desean una paz honrosa. Ha llegado, pues, el momento de reintegrarnos a nuestra misión y, en consecuencia, de dirigirnos al Gobierno nacionalista para presentarle los

principios que nosotros consideramos básicos para deponer las armas y terminar la guerra, siempre a base de aceptar el reconocimiento de los hechos consumados.

Estos principios son los siguientes:

I. Afirmación categórica y terminante de la soberanía e integridad nacionales.
II. Seguridad de que a los elementos civiles y militares, que han tomado parte honrada y limpiamente por entusiasmo o ideal en esta lucha, tan dura y tan larga, se les tratará con el máximo respeto a sus personas e intereses.
III. Garantías de que no se ejercerán represalias y que no se impondrán sanciones, sino en virtud de sentencias dictadas por Tribunales competentes con toda clase de pruebas, incluso testificales.
IV. Respeto a la vida, libertad y empleo de los militares profesionales que no hayan cometido delitos comunes.
V. Respeto a la vida y libertad de los militares de Milicias y comisarios políticos, que no hayan procedido criminalmente.
VI. Respeto a la vida y libertad de los funcionarios políticos [¿públicos?] en las mismas condiciones que los anteriores.
VII. Concesión de un plazo de veinticinco días para la expatriación de cuantas personas deseen abandonar España.
VIII. En la zona de litigio, no harán acto de presencia ni moros ni italianos.
IX. En el caso de ser aceptado este escrito, el Consejo Nacional de Defensa designa como representante al Consejero de Defensa y al General Jefe del Grupo de Ejércitos.

Madrid, 11 de marzo de 1939.

Por el Consejo Nacional de Defensa El Consejero de Defensa *Segismundo Casado*

Al siguiente día ha citado Casado a «los agentes nacionalistas», que son el teniente coronel Centaño y un acompañante joven. Les entrega el documento que ellos leen y comentan brevemente. Hacen constar los representantes del SIPM que la única misión que incumbiría a quienes se desplazaran a zona nacional consistiría en ponerse de acuerdo con los elementos que designara el cuartel general para «el acto de la entrega material de la zona y del ejército republicano, pues el Generalísimo exigió la rendición incondicional y esto en plazo brevísimo…». Aludieron a que se preparaba una ofensiva sobre Madrid y otros puntos y aceptaron el compromiso de hacer llegar los deseos del Consejo al Generalísimo así como el documento que les entregaba Casado. Cuenta este que manifestó a los agentes que no estaba dispuesto a la rendición sin condiciones y que se verían obligados, en caso de intransigencia, a continuar la lucha. Hizo alusión a la gran cantidad de explosivos almacenados en Madrid, al riesgo que significaba el estallido de un miedo o desesperación colectivos y dejó constancia de que por su parte se inhibía de cualquier responsabilidad que de estos hechos pudiera derivarse si llegaba a producirse por culpa de la intransigencia nacional. Esto es lo que Casado cuenta sobre la entrevista; probablemente esas veladas amenazas ya habían sido expuestas con anterioridad ante el propio Centaño y en algún momento se refirió también al riesgo de destrucción que podía correr el tesoro artístico. En esta fecha cuenta Casado que le fueron entregadas las «concesiones del Generalísimo», pero sabemos que obraban en su poder desde mucho antes.

Esa misma noche fue convocada nueva reunión del Consejo de Defensa, pero antes hizo Casado unas declaraciones a la prensa, que fueron publicadas al día siguiente. Manifestó entre otras cosas que el ejército republicano se opondría a «los invasores» mientras fuera necesario y que «es sabido por todo el mundo que no es nuestro propósito continuar la lucha, sino lograr una paz honrosa y dar así cumplimiento a los anhelos del pueblo…». Cuando le preguntan sobre las responsabilidades a exigir por los hechos de los últimos días, responde que los tribunales permanentes han comenzado su actuación. «Ellos tienen su código que sabrán aplicar…». Y señaló a Barceló como principal responsable.

Que la redacción de las «concesiones del Generalísimo» era sutil,

maliciosa y amenazadora lo comprendieron los consejeros tras un detenido análisis que comenta Casado. A mi entender, todavía se mostraron en exceso optimistas ante la frase «de los delitos cometidos durante el dominio rojo solamente entienden los Tribunales de Justicia», y al olvidar que el único código que se manejaba era el de Justicia Militar, y no prestar mayor atención a la recién promulgada Ley de Responsabilidades Políticas, que invalidaba otro de los apartados, aunque cabe la posibilidad de que Casado, al resumir lo tratado, pase por alto estos extremos.

Como vengo repitiendo en cada ocasión, partían Casado y los demás de un supuesto falso y carecían de información referida a la zona enemiga. Pensaban, en el momento de celebrar esta reunión, que demostrado su anticomunismo de manera activa y habiendo reducido el poder del PCE por la fuerza de las armas, en alguna manera podían equipararse a los nacionales para quienes el comunismo, según declaraban, era su enemigo Máximo. No tenían en cuenta que sin rigor semántico y con lamentable ignorancia política, como queda probado en numerosos escritos de entonces y aun de mucho después, para los nacionales, *marxistas* lo eran todos, sin excepción alguna.

Los días transcurridos entre el día 13, en que el documento del Consejo es entregado a Centaño, y el día 19, en que llega la contestación de Burgos por la misma vía, son de máxima tensión, rayada en la angustia, lo mismo para los consejeros que para el propio Casado, que es quien las sufre con mayor intensidad. Afirma él que este período fue de absoluto silencio por parte de Burgos, pero no fue así.

Las manifestaciones a la prensa de Casado, portavoz del Consejo ante los nacionales (por ejemplo, el consejero Pérez, de la UGT, nunca llegó a conocer la identidad de los agentes de Burgos, y a la mayoría de los otros debió ocurrirles algo semejante), tuvieron que desagradar, repeler, lo mismo que ocurriría con el lenguaje que se empleaba en prensa y radio, que a pesar de haberse atenuado seguía empleando el término «invasión», aludiendo a las «fuerzas extranjeras» y demás. El documento redactado por Casado produciría indignación y cabe la sospecha de que desde entonces —aunque la prevención viniera de más antiguo— en ciertos medios militares no se le tuvo simpatía. Resulta que a los «nacionales»,

como su nombre indica campeones de patriotismo, que emplean la palabra España para autodesignarse y excluyen de ella a cuanto supone el bando contrario, se les plantea por parte del enemigo vencido, a quien suponen agente de todo contubernio internacionalista, una condición básica: que se les garantice la «soberanía e integridad» de la patria. Prescindiendo de cualquier opinión que se tenga sobre intervención extranjera en ambos bandos, hay que aceptar que Casado obraba impolíticamente, sea por prurito de aparentar gallardía ante propios y extraños, que su condición de presunto vencido exacerbaba, sea por inconsciencia, o por suponer, con evidente error, que por la parte contraria sería aceptada la frase como tópico que desataría una respuesta de conciliador patriotismo. Esta exigencia por parte de quienes se consideraba que habían sobrevivido gracias a los apoyos extranjeros, de que ellos, los patriotas sin tacha, se comprometieran a garantizarles la integridad de la patria y su soberanía, provocaría una reacción de asombro y de furor. Esta reacción, intuida, se refleja en la noticia que da Martínez Bande sobre la respuesta a un requerimiento del SIPM cursado el día 16: «Casado y Matallana esperan impacientes el día y hora del viaje. Dicen tener todo ultimado». Y que originó la respuesta de Burgos de la cual dice Martínez Bande que «no puede ser más tajante y en ella se dice al Coronel que, en vista de sus declaraciones, se le recuerda que la rendición deberá ser sin condiciones y que no se debe hacer política a costa de España nacional, terminando así el mensaje: “Con el espíritu que se refleja en las manifestaciones expuestas *no envíe a nadie,* ateniéndose a las consecuencias”».

Este mensaje, que Casado silencia, debió ser causa de la alocución que pronunció por radio al día siguiente Julián Besteiro y cuyo texto taquigráfico reproducen los diarios del día 17. Conviene prestar atención al tono de esa alocución, porque algunos suponían que, al poner las cartas boca arriba y declarar públicamente que se ha ofrecido la paz, se desencadenarían reacciones en la zona enemiga en caso de que Burgos no accediera inmediatamente a firmarla. El tono de Besteiro es mesurado, y tras exponer que empeñados en sofocar la revuelta comunista se han distraído del objetivo principal, retardándolo, declara: «Es, además, nuestro deseo tener informada a la opinión pública del proceso de nuestra

actuación para el logro de esa anhelada finalidad». Y añade que en prueba de ello se sirve de la radio para que el mayor número de españoles conozcan los términos en que el Consejo Nacional de Defensa se ha dirigido al Gobierno nacionalista: «Ha llegado el momento de que este Consejo Nacional de Defensa se dedique por completo a su misión, y en consecuencia se dirige a ese Gobierno para hacerle presente que estamos dispuestos a llevar a efecto negociaciones que nos aseguren una paz honrosa y que, al mismo tiempo, pueda evitar estériles efusiones de sangre. Esperamos decisión». Como se ve, se ha resumido el primitivo comunicado suprimiendo el extremo conflictivo. Hay motivos para suponer que esta declaración de Besteiro tampoco debió satisfacer a los nacionales.

Durante estos días los del Consejo se entregan a una actividad reorganizadora que, a despecho de su inutilidad, quizá les descargue de la tensión de la espera. Se destituye a numerosos jefes, oficiales y comisarios, se nombran nuevos mandos, se instruyen causas. Al coronel Adolfo Prada se le designa jefe del Ejército del Centro. Mera, que se restituye a su puesto de mando en Alcohete, parece quedó defraudado porque se le había prometido o por lo menos insinuado por parte de Casado que sería nombrado para aquella jefatura con la misión específica de adoptar algunas medidas duras conducentes a presionar sobre el ánimo de los nacionales a la hora de la negociación. Pero el jefe confederal aceptó con disciplina las decisiones del Consejo, o de Casado, y se preocupó hasta el fin de mantener en orden su Cuerpo de Ejército, al cual se restituyeron Liberino González y las fuerzas que se emplearon contra los comunistas. Moñones aparece sustituido por Menoyo en el mando del Ejército de Andalucía sin que pueda precisarse la fecha en que se llevó a cabo el relevo. Al socialista Fernando Piñuela se le nombra comisario del Grupo de Ejércitos y se destituye a Edmundo Domínguez sin tomarle en cuenta que el día 8, y a propuesta del Consejo, habló por la radio pidiendo acatamiento al mismo por no existir en España ningún otro Gobierno. En el I Cuerpo de Ejército, el teniente coronel Juan José Gallego sustituía a Barceló, de quien había sido prisionero en El

Pardo; del II Cuerpo tomaba el mando el teniente coronel de caballería Joaquín Zulueta, mientras que Bueno pasaba a presencia de los tribunales militares. Sin tomar en consideración las actividades mediadoras de Antonio Ortega, este fue sustituido del mando por el coronel Hilario Fernández Recio.

Ascanio, Diéguez y Pertegaz escaparon de la represión, cambiándose de nombre y camuflándose en unidades comunistas del frente de la sierra haciéndose pasar por simples soldados. Se publica la muerte del coronel López Otero y de los tenientes coroneles Pérez Gazzolo y Urbano Fernández y del comisario de Transportes, Peinado Leal; pero hasta algunos días después no apareció la noticia de que habían aparecido los cadáveres enterrados en El Pardo.

Fueron sustituidos algunos gobernadores civiles y militares; se expulsó de la UGT a numerosos comunistas y miembros de las JSU. Quedaron sin ser removidos en sus puestos militares, comunistas como Toral, Ciutat y Durán, y también el comisario Mantecón que, aunque afiliado a Izquierda Republicana, era considerado como comunista. En el *Diario Oficial* del Consejo se promulgó el día 17 una orden por la cual se suprimía de uniformes y gorras la estrella de cinco puntas «por considerar innecesario su uso, toda vez que no tiene significación jerárquica». También se disuelve el SIM, a pesar de que durante el conflicto la actitud que en general habían adoptado sus miembros era favorable al Consejo y de que lo habían servido con eficiencia.

Por testimonio de García Pradas se conocen algunos extremos relativos a la actividad económica y financiera durante aquellos días; los explica a través de un informe que debe estar redactado por el socialista Trifón Gómez, intendente general del desaparecido Gobierno, quien, de acuerdo con el Consejo de Defensa, se trasladó a París el 17 de marzo. Preocupaba a los consejeros la manera de conseguir lo que por cuenta del Gobierno había comprado la sociedad Campsa Géntibus, pues deseaban que se transfiriera a España. Esta sociedad acababa de disolverse y sus pertenencias se habían traspasado a otra sociedad, concebida asimismo como tapadera legal, llamada Mid Atlantic. Los cuantiosísimos bienes que el Gobierno había situado en Francia y en otros países (de la URSS nada podía esperarse), se hallaban tan diluidos que resultaba

imposible, sin contar personalmente con Negrín, conseguir aprovisionamientos y buques para la eventual evacuación, cuya urgencia el Consejo estaba considerando con tanto interés en aquellos momentos.

Cuenta García Pradas que una vez en París, Trifón Gómez se entrevistó con Federico Luchsinger, director de la disuelta Campsa Géntibus, y que tanto este como dos consejeros de la misma y otros altos funcionarios le expresaron su adhesión en su calidad de mandatario del Consejo de Defensa. Pidió asesoramiento a dos juristas, uno de ellos el célebre Sánchez Román, y ambos fueron del parecer que al Consejo podía atribuírsele representatividad, mejor en aquellos países en que por haber reconocido el Gobierno de Franco, nada contaban legalmente Negrín y su gabinete. Sostuvo tratos con distintas personalidades que se mostraron de acuerdo con el Consejo, y cita entre ellas a Victoria Kent, Saborit, Amador Fernández, Belarmino Tomás… Por teléfono habló Trifón Gómez con Fernando de los Ríos y este le comunicó desde Washington que Indalecio Prieto le había manifestado «su absoluta identificación con nosotros» (con el Consejo Nacional de Defensa, se entiende). El día 18 de marzo Trifón Gómez sostuvo un cambio de impresiones con Méndez Aspe, ministro de Hacienda del gabinete Negrín, por cuyas manos pasaban gran parte de los hilos financieros, y narra que «se le presentó en plan de ministro en esta primera entrevista, y tuve que darle a entender que yo no era su Director General…». Aquella misma tarde tuvo una entrevista con Negrín a la cual también asistió Méndez Aspe. El exjefe del Gobierno se manifestó con cierta violencia verbal y le manifestó a Trifón Gómez que no había otro gobierno legal que el suyo. Por la noche celebraron una segunda reunión, en la cual, por haberse desfogado, el ambiente estuvo más distendido: «Se me formularon toda clase de ofrecimientos para el abastecimiento y la evacuación, sin concretar ningún proyecto de envíos, lamentándose de la falta de divisas, de los embargos de mercancías y de los saldos, de la situación de la Mid Atlantic Shipping C.° e incluso de la que atravesaban los propios ministros; en suma, que por poco me piden a mí divisas…». A Trifón Gómez le dieron buenas palabras para terminar desalentándole. Hizo numerosas gestiones siguiéndoles la pista a ingentes sumas de dinero y de productos que consideraba

imprescindibles para el abastecimiento de la zona o para convertirlos en moneda.

Lo curioso es que Álvarez del Vayo afirme que en materia de recursos prestaron desinteresadamente todo su apoyo, tomando como realidades las promesas que hicieron sin ánimo de cumplirlas. Si en otros puntos pudieran llegarse a admitir dudas sobre si se recibió o no algún tipo de auxilio, en lo tocante a buques destinados a la evacuación nada se hizo para facilitárselos no solo al Consejo sino a los antifascistas de todas las tendencias que deseaban —necesitaban— abandonar España. No pudiendo creerse que faltaran recursos económicos, podría admitirse que la premura de los acontecimientos y las dificultades en que se hallaban en Francia, les impidiera acudir en auxilio de quienes habían quedado atrapados en la zona Centro-Sur. Gobierno depuesto, Consejo Nacional de Defensa y ejército nacional triunfante, parecían ir conducidos de la mano de la fatalidad para representar el papel que a cada uno de ellos correspondería en la tragedia de Alicante, que fue la misma tragedia que se cumpliría en cada ciudad y cada pueblo de lo que en aquellos días eran últimos reductos republicanos.

Mientras esperaba la respuesta que debía llegar de Burgos, el Consejo de Defensa comenzó a preocuparse de millares de españoles que con paz negociada o sin ella necesitarían evacuar a corto plazo. Lo primero que según Casado pensaba evacuar era Madrid por ser el punto en el cual temía con más motivos que se produjeran destrucciones y matanzas. Después, y con arreglo a un plan trazado por el Grupo de Ejércitos, se preveía una retirada escalonada hasta los puertos del Mediterráneo. El plan de evacuación, no militar sino civil, proyectaban estructurarlo mediante la creación de una junta central, presidida por Matallana y con vocales que representaran a los partidos y las sindicales (omite Casado aclarar si se contó con el PCE y nada autoriza a pensar en una respuesta afirmativa). Subordinada a esta junta central se crearían en cada uno de los ejércitos otras que estarían presididas por sus jefes respectivos y con vocales de idéntica extracción que los de la central en cuanto a representatividad. Las juntas se encargarían de establecer listas que incluyeran a aquellas personas que por haberse comprometido

necesitaban usar de prioridad para la expatriación. Los ejércitos confeccionarían otras nóminas del personal militar y de los comisarios. Sin aludir a nadie directamente, precisa Casado que en el Consejo algunos se le opusieron alegando que resultaría desmoralizador y que su aplazamiento, que en los últimos momentos obligó a precipitaciones, anuló la eficacia. Es de suponer que la oposición provenía de los libertarios, pero a Casado se le olvida que, más que al hecho del aplazamiento de la constitución y funcionamiento de aquellas juntas, el fracaso de la evacuación hay que echarlo a la carencia de medios.

Hubo dirigentes libertarios que se entregaron a la concepción de proyectos fantásticos, que no debieron de pasar de elucubraciones desesperadas, como el de organizar columnas de militantes de confianza y de eficacia combativa que, mientras el ejército nacional avanzara, fueran introduciéndose en la zona nacional y actuaran sobre la retaguardia enemiga. Una vez más se especulaba con la posibilidad de provocar levantamientos populares, sin tomar en consideración que la época de las guerrillas que pudieran influir sobre los resultados de la guerra había periclitado. Desde hoy no se comprende cómo en más de treinta meses de guerra no se explotó en forma adecuada este procedimiento de lucha, en un país y situación tan propicios, no para desencadenar hipotéticos levantamientos masivos sino para hostigar continuamente al enemigo, entorpecer transportes, crear inseguridad, provocar un elevado número de sabotajes que obligaran a fijar importante cantidad de fuerzas. Otro tanto pudiera comentarse sobre los nacionales, que tampoco utilizaron las guerrillas. Tuvo que llegar el conflicto mundial para que un procedimiento de pelear que tiene nombre español y una tradición más que bimilenaria en el país fuese puesta en acción en tres continentes con resultados muy notables. Las experiencias en el bando republicano fueron incompletas y por lo común mal coordinadas con las operaciones militares normales, y por el bando nacional aún fueron menos las que se llevaron a cabo.

El día 18 de marzo envía el coronel Ungría al teniente coronel Bonel, en su observatorio y puesto de relevo de Torre de Esteban

Hambrán, el siguiente telegrama que copiamos de Martínez Bande: «Nuestro telegrama de 27 de febrero y anteriores han fijado única forma de entrega, o sea rendición sin condiciones, incompatible con negociación y presencia en zona nacional de mandos superiores enemigos. Para regular detalles materialidad entrega es suficiente venida de un jefe profesional con plenos poderes. Propaganda enemiga de radio y prensa acusa espíritu contrario a lo que ha de ser la rendición despertando nuestro recelo. Prolongación conversaciones carece fin práctico por no alterar lo más mínimo nuestros planes, cuya ejecución acarreará al enemigo catástrofe definitiva».

Al siguiente día —el 19— los agentes franquistas se entrevistaron con Casado y le expusieron las instrucciones cursadas desde Burgos. En *Así cayó Madrid* se limita Casado a comentar que no admitían su presencia ni la de Matallana y que exigían jefes de menor graduación.

Nueva convocatoria y reunión del Consejo de Defensa que, tras un debate formulario y con cierta satisfacción general, porque a despecho de la postura dura aceptaba Burgos la presencia de parlamentarios, son designados para cumplir esta función, el teniente coronel de EM Antonio Garijo y al mayor de caballería, diplomado de EM por la Escuela Popular de Guerra, Leopoldo Ortega. Desempeñaban respectivamente la jefatura de las secciones 2.* y 3.*, Información y Operaciones, del Estado Mayor de la Agrupación de Ejércitos, cuya desaparición decretada por Negrín en su discutida reorganización, había carecido de efectividad. Se trataba de dos jefes muy competentes y adictos a Matallana que fue, sin duda, quien hizo la propuesta para su designación.

A Garijo le avisaron en Valencia que se trasladara a Madrid y que allí se entrevistara con Matallana, quien en la primera conversación que sostuvieron se refirió a la misión que se le pensaba encomendar «si es que le interesaba». Respondióle Garijo que ignoraba cómo iban a reaccionar los nacionales y que aceptaría la misión si es que se le mandaba. También visitó Garijo a Casado, cuya salud, a causa de la úlcera, era precaria y pasaba echado y en descanso todas las horas que sus actividades le permitían.

Quienes acusan a Segismundo Casado de mero entreguista exageran. Hasta el último momento y sin fuerza alguna para

hacerse valer ante sus enemigos, se obstinó para conseguir «la paz honorable», cualquier acuerdo menos la rendición incondicional hacia la cual se le impelía con presiones a las que no podía oponerse. Usó de habilidades sin descorazonarse, utilizó fintas y astucias, insinuó auténticos chantajes políticos y demostró una obstinación que, al final, no pudo prevalecer en razón de la debilidad del ejército republicano y de la descomposición de la castigada retaguardia.

El día 20 redactó un documento que por su indudable interés reproducimos aquí, pero no en la versión de Casado sino en la de Martínez Bande que, como venimos repitiendo, nos merece mayor confianza:

> *Al Gobierno nacionalista:*
>
> El Consejo Nacional de Defensa acusa recibo al Gobierno Nacionalista de su contestación a la petición de paz formulada por el mismo. Cree, sin embargo, para la más rápida y humana liquidación de la guerra, hacer las declaraciones siguientes:
>
> El Consejo Nacional de Defensa parte del hecho real y concreto de que la guerra está ganada por el Gobierno Nacionalista; lo reconoce y acepta con todas sus consecuencias y a lo único que aspira es a evitar todo derramamiento estéril de sangre, a que la liquidación se haga con orden, a que puedan expatriarse aquellas personas que pudieran producir perturbaciones en esta zona y a tranquilizar a los que, por temor a las represalias, deseen marcharse y evitar así pueda repetirse el vergonzoso exilio de españoles de la zona catalana.
>
> Estima conveniente también hacer resaltar, no como mérito sino como realidad viva, que la batalla recientemente ganada al comunismo ha sido posible gracias al apoyo de otros elementos y organizaciones y al ambiente que en favor de la paz existe en nuestro pueblo.
>
> La defraudación de las esperanzas que todos han puesto en este Consejo, traería como consecuencia un resurgimiento del peligro comunista, al que tal vez se sumarían otros elementos que considerándose traicionados por nuestra acción, inspirada

en la noble causa de la paz, originarían hechos sangrientos cuyo alcance y volumen se hace difícil calcular y que, no por nosotros, que estamos dispuestos a entregarnos y morir, sino por la población en general, estimamos deben a toda costa evitarse.

A esto fundamentalmente obedecía la petición del plácet para trasladarse a esa zona el Coronel Casado y el General Matallana, al deseo ferviente de informar con toda honradez y lealtad de la situación y problemas de esta zona y al de solicitar dentro del marco de las concesiones hechas por el Gobierno Nacionalista, las aclaraciones que en nombre de los que nos han ayudado en momentos tan difíciles estimábamos necesario conocer.

Con la confianza puesta en que estos deseos serán bien interpretados y con el de servir honradamente a España, esperamos y solicitamos contestación a este mensaje, en el que reiteramos una vez más nuestro afán sincero de acabar rápidamente la guerra.

Madrid, veinte de marzo de mil novecientos treinta y nueve.

Por el Consejo Nacional de Defensa
El Consejero de Defensa
Segismundo Casado

Temas a tratar

Primero. — Los Jefes y Oficiales profesionales del Ejército, y una cifra muy estimable del personal de Milicias, sin acuerdo previo, han rechazado toda influencia comunista en la dirección de la guerra, y mediante una labor inteligente absorbieron en sus filas a todos los partidos políticos y organizaciones sindicales, lo que ha permitido asfixiar el golpe de estado bolchevique que tenía como designio desplegar como epílogo de la guerra un régimen de terror, que de haber prosperado hubiera asolado esta zona. Si se hubiera retrasado cuarenta y ocho horas la formación del Consejo Nacional de Defensa, el Partido Comunista hubiera llegado al hecho consumado.

Segundo. — No pretendemos imponer condiciones. Deseamos

el bien de España y que la entrega de la zona se verifique en las mejores condiciones posibles, evitando derramamientos de sangre. Deseamos que por el Gobierno Nacionalista se den facilidades de evacuación para los hombres que estimen deben abandonarla temporal o definitivamente. Si se accede a esta petición, la entrega se verificará en tales condiciones que no exista precedente en la historia y que será el asombro del mundo. El pueblo está en las mejores condiciones para que esta entrega sea una manifestación de cordialidad que permita la reconstrucción de España.

Si el Gobierno Nacionalista, por poderosas que sean las razones que le inspiran, no accede o facilita la evacuación de aquellas personas referidas anteriormente, honradamente tenemos que decirle que no podemos responder de la reacción que pueda experimentarse por las organizaciones políticas y sindicales ante una situación de miedo físico de estos hombres que desean expatriarse. Probablemente, a pesar del prestigio y de la solvencia que con el pueblo tiene el Consejo de Defensa, se perdería el control con el grave riesgo de que pudieran producirse daños verdaderamente irreparables de orden material y espiritual, precisamente en aquellas personas o cosas más o menos ligadas al bando Nacionalista o simpatizantes con el mismo en todo tiempo y lugar.

Esto no quiere decir que el Consejo Nacional de Defensa no trate, cualquiera que sean las circunstancias, de mantener a toda costa el orden público que considera para él cuestión de honor, interpretando el sentir general de la población de la zona y el suyo propio.

Tenemos a disposición del Gobierno Nacionalista gran cantidad de Tesoro artístico dentro de la zona. Si por incomprensión por parte de todos de los graves momentos que atravesamos, se produjeran hechos de violencia por las gentes que se consideran acusadas o defraudadas, es posible que fuera destruido este Tesoro artístico.

El Consejo Nacional de Defensa no pide sino que ruega al Gobierno Nacional, que la Capital de la República no tenga ocasión de presenciar el desfile de fuerzas extranjeras, pues entendemos que su conducta heroica y abnegada se merece

este honor, que agradecería de manera insospechada.

Tercero. — Consideramos que sería conveniente realizar la entrega por zonas o teatros de operaciones, para que esta entrega acuse como característica fundamental la organización y el orden (véase Plan particular).

Desconocemos si el Gobierno Nacionalista tendrá resuelto el problema del abastecimiento de la población civil y tropa de la zona republicana, pero si no fuera así, el Consejo Nacional de Defensa se esforzaría en ayudar a resolver este grave problema, empleando para ello los víveres que ya tiene adquiridos en el extranjero y que podrían transportarse a esta zona con relativa facilidad. Advertimos esto porque la zona republicana está totalmente esquilmada y, por lo tanto, necesita ser abastecida por importación tanto de harina como de legumbres y carne.

Los Jefes representantes de esta zona podrán exponer y facilitar cuantos datos necesite ese Gobierno referentes a dicho problema. Y pueden también exponer un plan de entrega que, naturalmente, se verificará a virtud de las rectificaciones que ese Gobierno estime pertinentes.

Cuarto. — Aseguramos al Gobierno Nacionalista que este Consejo tomó la decisión firme de llegar al trato directo con sus compatriotas, dispuestos a rechazar cuantas sugerencias se le hicieron por Potencias extranjeras.

Ahora bien, la evacuación a que antes se hace referencia nos plantea un problema de transportes. Francia accedería seguramente a recibir en Marsella y Oran refugiados españoles de esta zona en calidad de tránsito por un plazo de veinticinco o treinta días, siempre que se garantice al Gobierno francés la salida en el plazo fijado con destino a otros países. Por su parte Inglaterra seguramente facilitaría el transporte de los refugiados desde las costas francesas a los puntos de destino definitivos, pero para ello sería necesario el plácet del Gobierno Nacionalista.

El Consejo Nacional de Defensa se ocupa en estos momentos verdaderamente históricos de determinar y valorar sus créditos en Francia e Inglaterra, para salvarlos de la piratería del ex-Gobierno Negrín.

Madrid, veintiuno de marzo de mil novecientos treinta y nueve.

Por el Consejo Nacional de Defensa
El Consejero de Defensa
Segismundo Casado

Un sello en tinta: Consejo Nacional de Defensa.
Consejero de Defensa.

Este documento es resultado del contraste de las opiniones que se expusieron en nueva reunión del Consejo de Defensa, su resumen y plasmación por escrito, destinado a que lo llevaran a la otra zona los representantes designados. De su lectura se desprende qué es lo que se pretendía en cuanto a plazos y manera de llevar a cabo la rendición. Habían acordado los consejeros que a los jefes de EM que iban a trasladarse a Burgos no se les concedieran atribuciones decisorias y que actuaran como meros portavoces, encargados además de transmitir al Consejo —que reservaba para sí toda autoridad— las sugerencias que pudieran hacérseles.

Durante el día 21 se sostuvieron nuevas entrevistas con Centaño y se cruzaron telegramas dándole cuenta a Burgos de los nombres de los representantes designados por el Consejo, y se preguntaba lugar, día y hora para el traslado. Por la tarde, los agentes madrileños del SIPM recibieron este mensaje: «Mando nacional accede vengan avión Garijo y Ortega fines señalados telegrama 27 febrero y 18 actual. Viaje deberá efectuarse jueves 23 cruzando Somosierra y en vuelo directo a tomar tierra en aeródromo Burgos entre las nueve y las doce horas». Tras algunas aclaraciones que se pidieron, a última hora de la noche del día 22, el SIPM de Madrid comunicó a Burgos: «Consejo acepta rendición sin condiciones generosidad Caudillo y acucia al Servicio para abreviar plazos».

A Garijo le comunicaron que estaba oficialmente designado y que le acompañaría el mayor Ortega, informándole de cuál era exactamente su misión y el medio de transporte que emplearía. Fue provisto de una credencial que acreditaba a ambos «para que, con plenos poderes del Consejo, se trasladen al lugar o lugares que el Gobierno Nacionalista de España designe, al objeto de tratar la cuestión de entrega de la zona a cargo del Consejo y plantear las

diversas cuestiones relacionadas con la misma». En este documento, fechado en Madrid el 21 de marzo, firmado por Casado y con un sello de la Consejería de Defensa, se reconocía implícitamente la rendición. ¡Cuánto debió meditar Casado cada palabra de su redactado! En un portafolio llevarían los parlamentarios el escrito que ya conocemos y el plan de retirada estudiado y redactado por el propio Garijo con Ortega y Muedra, bajo la dirección de Matallana. A lo que parece, el plan estaba muy bien estudiado y estructurado, dirigido a evitar un desmoronamiento que sumiera en el desorden a la zona republicana.

En estos días, los miembros del Consejo y personas allegadas se ocuparon también de buscar, paralelamente a las gestiones que en París realizaba Trifón Gómez, algunos medios para la evacuación, que tenía que efectuarse en barcos extranjeros, puesto que barcos españoles bajo control republicano apenas los había por haber sido hundidos, apresados o averiados, y el resto se hallaban en puertos soviéticos, prácticamente embargados.[3] Por su parte, Juan López, secretario general del Comité Nacional del Movimiento Libertario, Celedonio Pérez, también de la CNT, y un socialista, marcharon a Francia acompañando al teniente coronel Carlos Romero, aquel que tanto se distinguió en la Casa de Campo en los días del ataque del general Varela contra Madrid, para intentar la recuperación de algunos valores de la República».

Citó Casado a los cónsules francés e inglés. El primero de ellos manifestó que su gobierno no podía acoger más refugiados en su territorio y que no estaba facultado para visar pasaportes; solo podría hacer excepciones en casos de personas seleccionadas. Besteiro, que asistía a la entrevista en su calidad de consejero de Estado y por ser la personalidad más conocida, colaboró con Casado para exponer lo apurado de la situación y propusieron que Francia admitiera quince mil refugiados en tránsito durante treinta días en Marsella y Orán. Paralelamente, Trifón Gómez negociaba con la representación de México en París y, probablemente, también con la de Chile. La respuesta definitiva no podía darla el cónsul quien tenía que trasladarse a París para recabar instrucciones; fijó un plazo de tres días, advirtiendo que en cualquier caso solo serían

admitidos quienes llevaran visados de otros países que se comprometieran a acogerlos de manera definitiva. La impresión de Casado ante la actitud correcta y fría del cónsul francés fue que los republicanos españoles no le merecían la menor simpatía. Ignoramos el resultado final de estas gestiones, porque los hechos se precipitaron. Si es cierto que al norte de África llegaron bastantes refugiados más parece que fue como resultado de los esfuerzos que en los últimos días realizaron sobre el terreno distintas personas, entre las cuales merece destacarse al socialista Rodolfo Llopis.

Besteiro y Casado recibieron al cónsul inglés en Madrid, a quien Casado, García Pradas y Del Río coinciden en llamar señor Milanés, y que quizá fuera un funcionario que quedara al frente del Consulado en la capital, porque, según parece, el Consulado General estaba establecido en Valencia y regentado por Mr Goodden. Al señor Milanés le solicitaron buques para realizar el transporte de los evacuados a Marsella y Orán y este contestó que no creía que el Gobierno de Su Majestad pusiera inconvenientes para realizar un servicio humanitario «en sus buques de guerra, a la sazón en aguas levantinas, pero con la autorización del Generalísimo Franco». Esta respuesta contribuyó a tranquilizarlos, puesto que con esa semipromesa quedaban ligados cuatro cabos, o así lo consideraban ellos dejándose llevar de un exceso de optimismo: Francia admitiría refugiados en tránsito, Gran Bretaña proporcionaría medios de transporte, México y algún otro país iberoamericano acogería a los exiliados y Franco no se opondría a la evacuación.

En un artículo publicado en la revista *Sábado Gráfico,* el autor inglés Michael Alpert, que ha investigado en documentos del Foreign Office que se han hecho públicos y en otras fuentes, nos presenta algo así como el revés de la trama. Desde que el Gobierno británico se había propuesto reconocer a Burgos, trataba por todos los medios de no enemistarse con Franco y de no realizar actos que pudieran aumentar su hostilidad hacia la Gran Bretaña, pues temían cuanto pudiera favorecer la preponderancia italiana en el Mediterráneo. En sentido inverso, en el Parlamento se veían presionados por aquellos que exigían que se ejerciera una protección sobre los republicanos, que les pusieran al abrigo de posibles represalias, pues ni las garantías que al respecto había dado Burgos ni cuanto había sucedido en las zonas conquistadas por los

nacionales parecía tranquilizador. Por parte del Gobierno Negrín se solicitaron gestiones de mediación, pero diversas causas habían hecho que el Gobierno inglés, que obraba con cautela, quedara descontento de los resultados y no se sintiera dispuesto a actuar oficialmente ni a contraer compromisos. Desde el 9 de febrero tenía solicitadas instrucciones Mr Goodden, en previsión de una derrota y el consiguiente hundimiento de la zona; la contestación que se le cursó el día 16 fue la siguiente: «En el caso de una rendición o derrota republicana, queda usted autorizado a proporcionar facilidades para la evacuación de miembros y funcionarios del Gobierno y sus familias si se lo piden, con tal que haya acomodación en barcos de Su Majestad después de la evacuación de ciudadanos británicos y si está usted convencido de que tales refugiados se encuentran en inminente peligro de sus vidas. Sin embargo, no debe usted dar garantía adelantada a ninguna persona individual en el sentido de que tal facilidad le será proporcionada, ya que el Gobierno español solo será animado a seguir luchando si cree que ellos y sus amigos podrán escapar al último momento».

Con posterioridad a este telegrama se producen dos hechos importantes: el reconocimiento por parte del Gobierno británico del de Burgos y la sustitución del que preside Juan Negrín por el Consejo Nacional de Defensa, con la consiguiente eliminación de los comunistas y la ascensión de Besteiro. En una intervención parlamentaria, el 8 de marzo, Chamberlain contesta en la Cámara a un interpelador que las autoridades nacionales consideraron negativamente la actitud inglesa cuando la evacuación de Bilbao y que el Gobierno seguirá las normas diplomáticas que le son propias, de solicitar el beneplácito antes de llevar a cabo la evacuación. Pero esa consulta ya estaba, por lo visto, formulada a Burgos y ni por parte del duque de Alba, entonces embajador en Gran Bretaña, ni por parte de Mr Hodgson se recibió contestación afirmativa. Cita Alpert unas manifestaciones que con posterioridad hizo el duque de Alba a sus amigos del Foreign Office: «… Franco no había puesto objeción a que unos barcos ingleses que se encontrasen más o menos permanentemente en aguas españolas recogiesen a unos cuantos refugiados, pero había gran trecho entre esto y organizar un convoy de barcos mercantes escoltados por barcos de guerra, lo cual se hubiera considerado como verdadero acto hostil».

Debe también tenerse en cuenta que el Gobierno nacional había decretado el bloqueo de las costas del Mediterráneo y que la escuadra del almirante Moreno se mostraba vigilante, celosa y activa en el cumplimiento de esa función.

Vuelve a citar Alpert a Mr Cowan (y no Cowen, como se le viene llamando), que no era cónsul en Madrid sino que formaba parte de la comisión que presidía el retirado mariscal Phillip Chetwoode, encargada de velar por el canje de los prisioneros, por los refugiados en las embajadas, y era quien representaba al mariscal en la zona republicana.[4] Denys Cowan, cuyas declaraciones sobre aquellas fechas hubieran podido ahora ser útiles, falleció en Londres en 1940 durante los bombardeos. Supone Alpert que sus entrevistas con Casado estarían relacionadas con los refugiados en las embajadas y es posible que así ocurriera si bien nada impide que fuese, paralelamente, miembro del Intelligence Service, pues el puesto que desempeñaba era muy a propósito para este segundo cometido. Nadie ha alegado evidencias en tal sentido y pudiera tratarse de rumores esparcidos de buena fe, o por el contrario con propósitos denigratorios, o de sospechas manejadas y expuestas por conveniencia y con escasa convicción. En los archivos británicos hay constancia de entrevistas de Mr Cowan con el coronel Casado los días 16 y 20 de febrero. El 13 de marzo volvió a visitar a Casado y Besteiro, pero aduce él mismo que «estaban demasiado ocupados para atender a mis asuntos». Dos días después se entrevistó con ellos. No cree Alpert que pudiera prometerles ayuda, pero no debe desecharse la sospecha de que además de su misión oficial desempeñara una segunda que no haya dejado rastro en los archivos oficiales exhumados, cosa que no pasa de hipótesis. Lo cierto es que Casado y otros miembros del Consejo evacuaron en buques británicos y se establecieron en Inglaterra.



JEFATURA DE FUERZAS AEREAS
CENTRO - SUR

ESTADO MAYOR

... SECCIÓN

N.º ...

Citese al contestar la Sección y el número del Registro

El Coronel Camacho me dá cuenta oficialmente de los siguientes detalles de las negociaciones que, personalmente le han sido facilitadas por el Excmo. Sr. Consejero de Defensa:

" Se han formado varias Juntas de evacuación de los Jefes, Oficiales y personal de tropa que desean abandonar el territorio nacional. El Arma de Aviación depende de las del Grupo de Ejércitos donde debe dirigirse la Jefatura de Fuerzas Aéreas entregando relación del personal del Arma que quiera marcharse. A este personal le será entregado el pasaporte, visado en forma reglamentaria y será llamado a Valencia, punto desde el que han de partir para el Extranjero.

A soldados y Cabos tambien les es aplicable la facultad de abandonar España, si bien en forma muy restringida y previo informe de que, efectivamente, les es necesaria su salida por haber cometido una falta o delito político.

Es necesario llevar al ánimo de los Jefes y Oficiales del Arma que aquellos que no se hubiesen manchado en sangre tienen absoluta garantía de que serán respetadas sus vidas y, aunque no de forma segura, por lo menos los empleos que ostentaban el 19 de Julio.

En cuanto a los jóvenes ingresados después de dicha fecha, que nada tendrán que temer, están garantizados en igual forma que los profesionales, no asegurando nada de su empleo por no comprometerme a exponer mi optimista impresión con respecto a este punto.

Deberá sustituirse el personal que se ha de marchar por el que deba quedar, sobre todo los mandos.

Deben quedar preparadas dos Escuadrillas de Natachas y una de Chatos con personal voluntario para quedarse en España. El Coronel Casado en estos instantes promete a Burgos la entrega de esas Unidades, por lo que conviene hacer presente al personal que las forma que, con sus aviones, han de quedar en la Zona Nacionalista.

Se atenderá con urgencia a la Primera Región Aérea para que el personal que quiera abandonar España pueda hacerlo antes de que se entregue al Grupo de Ejército la relación general del Arma, con objeto de ganar tiempo. Todos los Jefes y Oficiales deben expresar concretamente si desean salir o quedarse.

Los Jefes y Oficiales escapados de campo enemigo correrán la misma suerte que los demás que no quieran quedarse en España señalandose en la relación que se entregue al Grupo de Ejércitos el caso muy particular de ellos

P.L. a 27 de Marzo de 1939.-



Un importante y curioso documento que fue cursado a las Jefaturas de las Regiones Aéreas en los últimos días.

Melchor Rodríguez.



Ríos Capapé entrando en Madrid.



Cabecera del "ABC" de 2 de abril de 1939, con el último parte de guerra.

DIARIO ILUSTRADO. AÑO TRIGESIMOSEGUNDO. N.° 10.348

ABC

DIARIO ILUSTRADO. AÑO TRIGESIMOSEGUNDO. N.° 10.348

SUSCRIPCIÓN: MADRID, UN MES, 3,50 PESETAS. PROVINCIAS: TRES MESES, 12. AMÉRICA Y PORTUGAL: TRES MESES, 12,50. EXTRANJERO: TRES MESES, 30 PESETAS. REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: SERRANO, 61, MADRID. APARTADO N.° 43

PARTE OFICIAL DE GUERRA

«EN EL DÍA DE HOY, CAUTIVO Y DESARMADO EL EJÉRCITO ROJO, HAN ALCANZADO LAS TROPAS NACIONALES SUS ÚLTIMOS OBJETIVOS MILITARES. LA GUERRA HA TERMINADO.

Burgos, 1 de abril de 1939. Año de la Victoria.- El Generalísimo Franco.»

«La guerra ha terminado»

(De nuestro cronista de guerra en el A B C de Sevilla, señor Sánchez del Arco.)

Ha terminado. El estilo exacto, conciso, sereno y bello de los partes de guerra del Generalísimo culminan en este gran comunicado que firma S. E., documento histórico, piedra de cúspide y de base de la mayor obra que en España se ha realizado.

Desde aquel 5 de agosto de 1936 en que cruzaban el Estrecho de Gibraltar—el ancho de Tarifa—las unidades del convoy ma-

de esta gran frase militar—tan grande en su concisión—es la larga historia de sacrificios de un Ejército que jamás vaciló, que no era sólo fruto y forma de estratocracia, sino voluntad de pueblo, caliente tradición patria. Por esta razón se ha sostenido la guerra y se ha llegado a la paz. Empieza la primavera de España. Atrás queda el invierno de todo lo anterior, el frío de la fe caída, huracanes y tormentas. Llega la paz. Franco abre la puerta de oro.

Día de júbilo en todos los hogares. Las madres reprimieron el dolor de las entra-

Su Santidad Pío XII felicita al generalísimo Franco

Burgos 1.—Su Santidad el Papa Pío XII ha dirigido al Generalísimo Franco el siguiente telegrama: "Levantando nuestro corazón al Señor, agradecemos sinceramente,



Júbilo en la Puerta del Sol.

El coronel Prada (con gorro y chaquetón de cuero) se rinde con su E.M. al coronel Losas (con gorra de plato y chilaba).







El consejero Miguel San Andrés.

El general Miaja llega a París.



El coronel Camacho.

Un cura es recibido en Madrid.



XXVII

De Barajas y hacia las nueve de la mañana del día 23 de marzo, en un avión,
DC-4
que había pertenecido a la LAPE, despegaron en dirección al aeródromo de Gamonal los dos parlamentarios: Antonio Garijo Hernández y Leopoldo Ortega Nieto. Componían la tripulación el piloto señor Corrochano, copiloto, mecánico y un operador de radio. Acompañaban a los emisarios republicanos el teniente coronel José Centaño de la Paz y dos agentes jóvenes del SIPM, de cuya identidad no tengo plena evidencia. Ambos parlamentarios vestían de paisano.

Poco después, cruzando Somosierra por la vía que les habían indicado, aterrizaban en Gamonal (Burgos), no sin emoción, de índole distinta pero muy justificada en cuantos integraban tan singular expedición. Los parlamentarios fueron recibidos por un oficial aviador, que lo hizo con amable corrección. Era el teniente Ignacio Pombo, que poco antes de la guerra había efectuado por América uno de aquellos *raids* característicos de la época, tripulando una avioneta, y que a la sazón ocupaba el cargo de jefe del aeródromo. Les hizo pasar a uno de los hangares, una habitación donde había una mesa. Nada más descender del avión parece ser que uno de los agentes del SIPM se escabulló y Centaño y el otro de los jóvenes marcharon por distinto camino que los emisarios. A los parlamentarios les dijeron que aguardaran un momento en aquella sobria estancia. Los primeros que entraron fueron el comandante de EM Carmelo Medrano Ezquerra [1] y el comandante de Infantería del Servicio de EM Eduardo Rodríguez Madariaga, quienes les solicitaron las credenciales de las que

sabemos venían provistos. Entraron a continuación el coronel habilitado de EM José Ungría Jiménez y el también coronel de EM Luis Gonzalo Victoria, que por ser el más antiguo y de más alta graduación presidiría la sesión. Todos ellos pertenecían al cuartel general del Generalísimo. Se saludaron unos a otros con una leve inclinación de cabeza. Garijo y Gonzalo Victoria se conocían «algo de antes de la guerra». Parece ser que estuvo también presente otro comandante de Infantería, diplomado de EM, apellidado Erayalar Almazán, que había pertenecido a la legión y a quien también conocía Garijo, pero su nombre no figura en el acta ni nadie le alude; pensamos pudiera tratarse de un ayudante.

Planteó Gonzalo Victoria una cuestión previa: las conversaciones tendrían carácter secreto y no debía nunca trascender ni su celebración ni lo que en ellas se tratase para que no pudieran utilizarse como plataforma política en cualquier sentido que fuera.

Sobre la entrevista existen dos versiones que diríamos oficiales, que no difieren en lo esencial, a las cuales no podemos añadir más que algunos detalles de índole anecdótico y humano. Copiamos el acta redactada por el coronel Gonzalo Victoria, que figura en el archivo del Servicio Histórico Militar (reproducida por Martínez Bande):

> En Burgos a veintitrés de marzo de mil novecientos treinta y nueve —III Año Triunfal—, se personaron en el aeródromo militar de esta capital (Gamonal) los Jefes que al margen nominalmente se insertan, que forman parte de este Cuartel General, designados por S.E. el Generalísimo para recibir y oír a los comisionados del Ejército rojo, Jefes profesionales, Garijo y Ortega, cuya llegada en avión ha sido autorizada para el día de hoy según telegrama cursado por nuestro Servicio de Información en veintiuno del actual (anexo núm. 1) para darles conocimiento de las modalidades que impone el Gobierno Nacional de Burgos para la entrega y rendición sin condiciones del Ejército rojo.
>
> A las once horas aterrizó un aparato «Douglas», procedente de Barajas (Madrid). En él llegaron los dos emisarios citados, acompañados de tres agentes del S.I.P.M., que habían sido los encargados de establecer relaciones entre el Servicio de

Información Nacional y algunos miembros de la Junta Nacional de Defensa de Madrid.

Los emisarios fueron recibidos y acompañados desde el aparato por el Teniente de Aviación Sr. Pombo, Jefe del Aeródromo de Gamonal, el cual los trasladó a una habitación previamente preparada, donde iba a tener lugar la entrevista.

A esta habitación se trasladaron los Comandantes Medrano y Madariaga, miembros de esta Comisión, para la identificación de los emisarios, como lo hicieron a la vista de los documentos de que eran portadores Eran estos emisarios los titulados Teniente Coronel Don Antonio Garijo Hernández y el Comandante Don Leopoldo Ortega Nieto, procedentes el primero del Cuerpo de Estado Mayor y el segundo del Arma de Caballería y Diplomado de la Escuela Popular de Guerra.

Inmediatamente se avisó a los Coroneles Gonzalo y Ungría, los cuales se trasladaron donde estaban los emisarios y hechas las presentaciones, se procedió a tomar asiento alrededor de una mesa preparada al efecto, presidiendo el Coronel Sr. Gonzalo. Se les hizo saber por este, que se les iba a dar a conocer y entregar una copia de las normas para la entrega del Ejército rojo y ocupación total del territorio aún en su poder.

El Teniente Coronel Garijo, a esta indicación manifestó que traía un documento del Consejo de Defensa firmado por Casado, que entregaba en el acto, aunque una vez dado por enterado de aquella indicación, no tenía objeto, pues no se le ocultaba que venía en representación de un Ejército vencido, y en el documento citado se recogían algunas sugerencias que hacía el Consejo de Defensa, y también presenta juntamente con dicho documento otro que es un plan de entrega del Ejército y de la región no liberada por zonas, el cual por no responder a las normas que se le acababan de dictar consideraba carecía de interés, y no lo entregó.

El Teniente Coronel Garijo rogó, hecha la salvedad de que quedaba descontada la victoria del Ejército Nacional y la rendición del Ejército rojo sin condiciones, unas pequeñas aclaraciones respecto al documento que en seis de febrero [*sic*] le fue transmitido por el Servicio de Información y en el

que se trataba de la pauta a seguir por el Mando Nacional, en cuanto a los efectos de justicia se refería, para con aquellos que no hubieran cometido crímenes y depusieran sus armas. Dijo, que como ellos eran unos mandatarios y tendrían que contestar a cuantas preguntas les formulasen, como consecuencia de esta entrevista a los miembros de la Junta Nacional de Defensa, rogaba, si era posible, se les hicieran algunas aclaraciones respecto al texto del citado documento.

El Coronel Gonzalo le hizo saber los poderes que tenía y que se reducían exclusivamente a poner en conocimiento de los emisarios las normas para la ejecución de la rendición del Ejército enemigo.

Siempre dentro de la órbita del ruego, el Teniente Coronel Garijo hace algunas consideraciones respecto a la necesidad de aclarar aquellos extremos, ya que según palabras suyas «maneja un polvorín y no se trata de un mando que al igual que el nacional posee seguros resortes».

En el transcurso de la conversación, puso de manifiesto el efecto que había producido la reciente crónica de Justo Sevillano, que fue algo así como un «golpe de maza», ya que tanto la Junta Nacional de Defensa como la mayor parte de los que se encontraban en la otra zona, seguían con todo interés las emisiones de radio nacional. Rogaba se hiciese llegar al Mando la conveniencia de suavizar la propaganda, por estimarlo conveniente para los fines que se persiguen. Igualmente hizo notar el desagradable efecto producido con motivo de los bombardeos sobre Valencia, donde el día anterior se habían hecho de cincuenta a sesenta víctimas. Este efecto era tanto mayor, cuanto que la gente al constituirse la Junta Nacional de Defensa de Madrid, había llegado a hacerse la idea de que la guerra había terminado y estas acciones guerreras producían esas desfavorables sorpresas.

Cree el Teniente Coronel Garijo que si se desatara la ofensiva nacional pudiera ser catastrófico para la gente nuestra que está en la zona roja, e incluso para nuestro Gobierno, puesto que la gente tiene la idea de que la guerra había terminado y sería más difícil controlarla dispuesta a nuestro favor para el mañana (claro que este es el argumento

que esgrimía este Jefe para justificar el documento que traía de la Junta Nacional de Defensa de Madrid, exponiendo cómo podría hacerse la ocupación por zonas, empleando un tiempo no menor a 20 días o un mes, y que asegurase las comunicaciones para que los dirigentes rojos tuvieran tiempo de trasladarse a los puertos de Levante y embarcar para el extranjero).

Preguntó si la norma quinta del citado documento del seis de febrero, se hacía extensiva a las personas civiles y militares. Si el crimen era definido por su concepto jurídico con arreglo a nuestro Códigos anteriores al diez y ocho de julio de mil novecientos treinta y seis. Si la responsabilidad se consideraba en el sentido individual o en el colectivo. Insiste con frecuencia, que la Junta Nacional de Defensa de Madrid no tiene interés en salvar a los criminales.

Al solicitar aclaración a la norma segunda, presentó algunos casos como el de Toledo, Santuario de Nuestra Señora de la Cabeza, Cuartel de la Montaña. Como consecuencia de estas aclaraciones, respecto a la responsabilidad y normas de exigirla, el Coronel Ungría hizo notar que la presencia de los profesionales en el Ejército, había dado consistencia a este y habían permitido alargar la guerra; para justificar el Teniente Coronel Garijo la escasa actuación de estos profesionales, dijo «que creía que se había perdido por no haber dejado actuar a los profesionalesˆ ya que no eran tenidas en cuenta las propuestas que hacían» (palabras que no se recogieron para ser contestadas en atención a la desventaja en qué se encontraban los emisarios de la zona roja, con respecto a los de la nacional).

Consultó también si todos los Jefes, Oficiales y clases, soldados, etc., que depongan las armas se considerarán como presentados.

A la norma tercera, rogó aclaración para el párrafo «en el de que podrían obtener salvoconductos para marchar al extranjero» si podría entenderse como condicional o podría ponerse desde luego la palabra «obtendrán».

Lo que verdaderamente defendieron con tenacidad fue lo relativo a la facilidad de pasaportes a los que quisieran irse

fuera de España, y dijo que se trataba de gente que no tenía responsabilidad criminal, que se encontraban influenciados por un miedo físico.

El número de personas que solicitaría ese pasaporte, según el Teniente Coronel Garijo, oscila de cuatro a cinco mil; sin embargo el Comandante Ortega rectificó diciendo que quizás esta cifra se elevaría a diez mil.

Con carácter confidencial mostró una nota de puño y letra de Casado, en la que se hacía constar que Francia tenía material español por valor de cuatro mil millones de pesetas que querían camuflar para que no regresara a España. Igualmente dijo que el Consejo Nacional de Defensa de Madrid tenía solicitada la extradición del Doctor Negrín por cargos que se le hacían de delitos comunes y pedía la ayuda en este asunto a la España Nacional.

Terminada esta primera parte, que pudiéramos llamar de aclaraciones a las concesiones benévolas que S.E. el Generalísimo había prometido a los que no tuvieran sus manos manchadas de sangre y depusieran las armas contribuyendo a evitar nuevas efusiones, entregó el Coronel Gonzalo al Teniente Coronel Garijo el documento referente a las normas para la ocupación total por nuestras tropas del territorio enemigo (anexo número 5).

Leídas estas, el Teniente Coronel Garijo dijo que encontraba difícil llevar a cabo este plan, dada la psicología del Ejército enemigo, ya que no responderían posiblemente a sus órdenes ciertas unidades de matiz comunista.

Por otra parte estima muy perentorias las fechas de entrega de la Aviación en fecha veinticinco y la del resto del Ejército en fecha veintisiete, toda vez que la conferencia se estaba celebrando el día veintitrés. Que creía no dispondría del tiempo material para poderla entregar, aunque sus propósitos estaban de acuerdo con lo propuesto. Insistió Garijo que la ocupación total del territorio y rendición del Ejército podría hacerse con arreglo al guión que traía, indicando las zonas y etapas a seguir. Se le dijo que aunque el fin era el mismo, el medio no, y que era preciso atenerse a las normas que por escrito se le daban. Dijo entonces que lo

entregaría a la Junta Nacional de Defensa para que ella decidiera y pidió si era posible celebrar alguna nueva entrevista para dar cuenta del estudio de dichas normas.

Se le contestó que no se creía preciso una nueva entrevista, ya que al cumplimentar lo de la entrega de la Aviación el día veinticinco, en uno de los aparatos podrían venir en último extremo alguno de los dos emisarios para dar cuenta de lo que estimasen necesario y urgente.

Terminada la entrevista quedaron en el pabellón del aeródromo de Gamonal, donde se ordenó se les diera de comer, y los Coroneles Gonzalo y Ungría, con las notas tomadas por el Comandante Medrano, se trasladaron al despacho de S.E. el Generalísimo para darle cuenta de la entrevista, que volvió a reanudarse a las cuatro de la tarde, limitándose exclusivamente a contestar a las preguntas que habían sido motivo de ruego o consulta, casi todas favorables en sentido de clemencia, saliendo poco después los emisarios de la zona roja en el mismo avión que les trajo y marchó con ellos uno de los agentes del S.I.P.M., quedando los otros dos en Burgos.

La impresión que se obtuvo de esta entrevista era de que necesitaban a toda costa que la guerra terminase, que reconocían de manera taxativa que la victoria era del Ejército Nacional y que estaban dispuestos a rendirse sin condiciones, pero que no podrían llevar a cabo las normas que se les entregó para la ocupación total del territorio y entrega del Ejército enemigo, por falta material de tiempo, así como por no «controlar a todas las Unidades», ya que pensaban proceder a licenciamientos y desarmes, antes de poder hacer la entrega, lo que representaba un plazo no menor de un mes, con lo cual disponían de tiempo suficiente para realizar lo que estimaban vital y que fue el eje de la entrevista, que era el poder conducir a puertos levantinos a todos aquellos que solicitaban pasaportes para salir fuera de España y cuya cifra era bastante elevada.

Cumplida la misión que se confió por S.E. el Generalísimo a los Jefes relacionados al margen, se dio por terminada aquella, de cuya realización es fiel reflejo esta acta que

suscriben.

Luis Gonzalo

La versión de Casado, en la cual se advierten pequeñas equivocaciones, la daremos resumida más adelante, puesto que corresponde al acta de la reunión del Consejo de Defensa ante el cual el teniente coronel Garijo rendiría cuenta de su gestión.

Por considerarlo de interés, y aún no disponiendo de copia del plan militar republicano de rendición por zonas, transcribimos el que presentaron los parlamentarios nacionales, que figura también en el archivo y que damos según la versión del siempre citado Martínez Bande:

Normas para la rendición del ejército enemigo y ocupación de su territorio

La tranquilidad y menor daño de España exige que la rendición de las tropas del Gobierno y zona que controla este, se haga con la máxima rapidez y al mismo tiempo con la plena seguridad de nuestras fuerzas.

Al efecto se llevará a cabo en la forma siguiente:

I. *Día 25 del actual.* — La aviación de guerra enemiga se incorporará en vuelo a los aeródromos que se designarán, llevando los aviones su armamento y equipo completo, pero sin municiones ni bombas.

II. La rendición de las fuerzas enemigas se hará:

1.° A la hora H. del día D. se disparará en todos los sectores del frente tres salvas de artillería (o cohetes en igual número, si no hubiera posibilidad de hacer la señal en la forma anterior).

A esta señal por cada Brigada en línea del frente enemigo saldrá un grupo de emisarios, compuesto de un jefe y cuatro oficiales, enarbolando bandera blanca, y se encaminará a nuestras líneas.

Estos emisarios serán conducidos ante los Jefes de sector y serán portadores de datos completos de la situación de sus fuerzas, que con antelación suficiente deberán estar dispuestas según se detalla a continuación.

2.° Las fuerzas de primera línea se hallarán formadas por

Brigadas, a cinco o seis kilómetros a retaguardia de sus puestos de combate, sin armas y separadas a unos 500 metros de las vías de penetración.

3.° Las armas de estas Unidades (fusiles, ametralladoras, morteros), se concentrarán en edificios aislados cercanos a las líneas de penetración, debidamente custodiados.

Las fuerzas conservarán prendas de abrigo, plato, cubiertos, menaje de cocina y todos los elementos necesarios para la vida. Los furrieles y rancheros seguirán provisionalmente ejerciendo sus funciones.

4.° Los emisarios informarán de los medios pasivos de defensa que tengan sus líneas, levantando con anticipación o inutilizando las minas, tanto ante las trincheras como en las obras de fábrica de las comunicaciones, o señalando los sitios donde no haya podido hacerse.

5.° Inmediatamente saldrán de nuestro frente líneas de patrullas, a las que acompañarán los citados emisarios como guías. Con estas patrullas irán fuerzas de Zapadores para facilitar el avance (corte de alambradas, reparación de pasos, etc.). Estas patrullas rebasarán las líneas enemigas en toda su profundidad.

6.° Los Jefes, oficiales y comisarios se reunirán con separación de sus tropas y lejos de ellas, en edificios aislados.

7.° De las fuerzas de cada Brigada así dispuestas, se hará cargo una compañía del Ejército Nacional.

8.° Los depósitos de víveres y formaciones sanitarias continuarán con su personal, que se pondrá en concepto de prisioneros a las órdenes del de los correspondientes Servicios del Ejército Nacional, cuando se presenten.

9.° En los casos particulares, cuando no sea conveniente la concentración de las fuerzas enemigas a retaguardia, se hará la entrega por avance de estas, desarmadas y en hileras, por los lugares que se señalen, concentrándolas a distancia de cinco kilómetros aproximadamente detrás de nuestras líneas. Este caso es especialmente preceptivo para el frente de Madrid, entre el Cerro del Águila y Villaverde. Las fuerzas enemigas deberán llevar consigo elementos de abastecimiento para 48 horas.

III. Las fuerzas de reserva en segunda línea, harán su entrega en igual forma al llegar a su inmediación las patrullas nacionales, siempre seguidas estas por los emisarios. Como se ha dicho, formarán por Brigadas fuera de los grandes poblados, sin armas y separadas de sus jefes, oficiales y comisarios, y el armamento depositado en edificios aislados.

IV. *Material de guerra.* — Todo el material de guerra, aparte del armamento ya citado, se depositará igualmente, a ser posible, en locales cerrados próximos a las líneas de penetración.

Material de transporte. — Se conservará afecto al servicio de prisioneros el material indispensable para los aprovisionamientos de víveres. El resto, correspondiente al transporte de artillería municiones y otro específico de guerra, será aparcado en puntos determinados, donde se hará cargo de él, en depósito, un oficial del Servicio de Automovilismo de la División a cuyo cargo corra la custodia de los prisioneros.

De los depósitos de víveres y vestuario de las Grandes Unidades, se harán cargo de ellos los jefes de Intendencia de los Cuerpos de Ejército y Ejército, a cuyas órdenes quedará el personal afecto a los mismos en calidad de prisioneros.

V. *Zona de retaguardia.* — En las localidades de retaguardia se recogerán por los Comandantes Militares las armas a las fuerzas que en ellas hubiera, reuniéndolas en local convenientemente seguro en las afueras de la población, y entregarán el mando a un militar retirado o prisionero, si existiesen, o en su defecto, una persona de carrera, marcadamente afecta a la Causa Nacional, manteniendo a sus órdenes los elementos armados precisos, a título de conservadores del orden público. Por dichas autoridades provisionales se dictarán bandos, advirtiendo de las graves sanciones que se impondrán por las Autoridades Nacionales si se llegasen a cometer actos de represalias o violencias.

Se pondrán en libertad los prisioneros y detenidos políticos afectos a nuestra Causa.

En todos los servicios de población (comunicaciones, abastecimientos, luz, etc.) ha de quedar el personal necesario para su funcionamiento y si por huida de responsables

quedase alguno en peligro de interrupción, se mantendrá a toda costa, aun cuando sea a ritmo reducido.

VI. *Vías de comunicación.* — Los mandos militares del Ejército contrario tomarán las disposiciones convenientes para que toda carga o preparación de destrucción en las líneas de comunicaciones de todas clases (carreteras, ferrocarriles, energía eléctrica) se levante y dispondrán la protección conveniente para que nadie pueda llevarlas a efecto, especial mente en los puentes principales por los alrededores de Madrid y de las comunicaciones que cruzan el Tajo hacia Levante y en general, las que de Andalucía conducen hacia el Este.

VII. *Litoral mediterráneo.* — Las autoridades de Madrid deberán concretar el grado de obediencia que les prestan las fuerzas que guarnecen las poblaciones de la costa, para si responden de su absoluto control, proceder a la ocupación rápida de Almería, Cartagena, Alicante y Valencia, lo que aceleraría la normalidad de la vida nacional. En este caso deben aquellas autoridades tener órdenes precisas para que a la presentación de nuestros barcos, salga un remolcador con prácticos y rehenes, presentándose a las Autoridades Nacionales que lleguen y haciendo entrega de las Plazas.

Las fuerzas militares que en ellas hubiera, se concentrarán en las afueras, practicándose lo dicho anteriormente para las localidades del interior.

(Se tiene noticia de que en Cartagena hay recogida una importante riqueza artística. Se pondrá la debida custodia para evitar su desaparición o deterioro).

VIII. *Aviación.* — Entregada la Aviación en nuestros campos, nuestras Unidades del Aire prepararán la ocupación de los campos contrarios, atemperándola a la marcha de las tropas, pudiendo enviar en avioneta o avión de transporte comisiones y jefes para hacerse cargo del material.

IX. *Fábricas.* — Tanto las de material de guerra como las de producción de otro carácter, continuarán sus trabajos sin pararlos ni interrumpirlos, y en caso de que hubiera industrias colectivizadas, se deshará su organización, entregándolas a sus legítimos dueños o a técnicos de responsabilidad, si aquellos

faltasen.

X. *Recuperación.* — Todos los almacenes y depósitos han de quedar organizados, aparcados y custodiados hasta que se hagan cargo los Servicios correspondientes de Recuperación.

Los elementos de transporte de orden civil, de poblaciones y abastecimiento de localidades que no pertenezcan al Ejército, quedarán en el mismo empleo y servicio que en el momento tuvieran, castigándose con todo rigor la incautación o requisa por cualquier clase de autoridades o individuos que no sean los que preceptivamente tengan encomendada esta misión.

En Burgos a veintitrés de marzo de mil novecientos treinta y nueve. Tercer Año Triunfal.

Cuando a Garijo y a Ortega les fueron leídas estas «normas» o instrucciones, formuló Garijo las salvedades que creyó oportunas y a continuación expuso el plan republicano de entrega escalonada y por zonas. En ese momento, y aparte de consideraciones políticas y de la posición de inferioridad en que se hallaban los virtuales vencidos, se produjo un leve pique profesional, pues unos y otros habían trabajado en los respectivos planes. En un momento dado Ungría exclamó: «Entonces ¿nosotros vamos a tener que acatar lo que diga Casado…?». Detrás de los planes había dos posiciones antagónicas: los nacionales deseaban entrar triunfalmente en el territorio republicano ante un ejército vencido y desarmado (recordemos el último parte: «Cautivo y desarmado el ejército rojo…»), mientras que los militares republicanos pugnaban por una rendición acordada entre dos ejércitos, uno de los cuales iba sometiéndose al otro sin combate y constituyéndose prisionero de manera gradual y provisional.

Interesaba a Garijo que quedaran aclarados algunos extremos de las «concesiones» del Generalísimo y en especial las que se referían a la situación en que iban a quedar los militares, cuya suerte le preocupaba en su triple condición de parlamentario, por razones de compañerismo y por interés personal; a su pregunta le fue contestado que se les juzgaría de acuerdo con el Código de Justicia Militar. En ese momento hubo un roce o incidente, puesto que Garijo comentó que desde un punto legal y estricto los republicanos

no podían ser considerados rebeldes, pues habían permanecido en la obediencia del Gobierno, y que a los nacionales no se les había otorgado la condición de beligerantes hasta fecha muy reciente. A quien peor pareció aquella observación fue al coronel Ungría, quien replicó a Garijo que los militares de la zona republicana procedentes del antiguo ejército eran los culpables de que la guerra se hubiera prolongado. La contestación de Garijo fue que no aceptaba aquella responsabilidad, pues si los militares hubiesen puesto su pleno empeño y utilizado toda su capacidad profesional al servicio de la guerra, y de haber sido debidamente escuchados, los resultados pudieran haber sido distintos; además, adujo que obraron razones geográficas de todos conocidas y que en la guerra actuaron generales, jefes, aviadores, especialistas y hasta tropas de otras naciones; que se habían probado armas por unos y otros y, en consecuencia, el conflicto había tomado un estado que podía calificarse de internacional que, aun dirimiéndose sobre suelo español, venía a alterar los esquemas primitivos.

Este pequeño incidente verbal viene a quedar reflejado de alguna manera, y resumido, en el informe del coronel Gonzalo Victoria, que alude al mismo con caballerosa moderación.

Guando los representantes del cuartel general del Generalísimo se retiraron a dar cuenta del desarrollo de la reunión y de las aclaraciones que se solicitaban, Garijo y Ortega almorzaron en el mismo pabellón en que se celebró la reunión y parece que les acompañó el oficial aviador.

Después de las aclaraciones que se detallan en lugar oportuno, se consideró terminada la entrevista. Los jefes nacionales acompañaron a los republicanos hasta el avión. Solo uno de los agentes del SIPM de los tres que llegaron con los representantes republicanos regresó con ellos a Madrid; antes le habían interrogado a Garijo sobre si tenía especial inconveniente en que el teniente coronel Centaño permaneciera en Burgos, a lo que nada tuvo que alegar. En el momento en que el avión se puso en marcha, los oficiales que quedaban en tierra despidieron a los republicanos con el saludo militar.

A las 12 de la noche se reunió el Consejo Nacional de Defensa y el teniente coronel Garijo pasó a informar de su gestión en Burgos.

Hace Casado un resumen del acta de aquella sesión y de lo

expuesto por Garijo sobre aclaraciones a las «Concesiones del Generalísimo». A la primera de ellas se le aclaró que la palabra crimen no tiene otra acepción que la que jurídicamente tenía en la ley vigente antes del 18 de julio de 1936; que los apartados segundo y quinto se referían a militares y civiles respectivamente. Sobre la segunda de estas «concesiones», relativa a los militares, se le precisó que se establecieran cuatro grupos: primero, aquellos que no habían prestado servicio militar alguno; segundo, los que lo habían prestado voluntariamente; tercero, los que, habiéndolo prestado, habían cometido crímenes; y cuarto, los que habían cumplido su profesión por imperativo del deber. A esto habían preguntado los parlamentarios republicanos, qué se entendía por «sin ser culpable de la muerte de sus compañeros», y la respuesta fue que se consideraría culpables a quienes por congraciarse con la situación política del comienzo de la guerra habían hecho declaraciones o cometido hechos contra ellos. Manifestó Garijo que el Consejo de Defensa estimaría que se hiciera desaparecer aquello de «la benevolencia será tanto mayor cuanto más significados y eficaces sean los servicios que en estos últimos momentos presten a la causa de España, o haya sido menor su intervención y malicia en la guerra», pues podría incitar a cometer actos que comprometieran los buenos deseos que les animaban. Los nacionales dijeron que lo consultarían, pero aclararon que el militar profesional o de milicias sin responsabilidad criminal nada tendría que temer y que todos estarían en libertad, a excepción de los incursos en responsabilidad criminal sobre quienes entenderían los tribunales de justicia. «Sobre la concesión quinta —copio textualmente a Casado— nos pusieron el ejemplo de lo ocurrido en Barcelona, en donde se ha dado un mentís a la fecha de ingreso en las organizaciones, sin que para ello tuviera que pesar el haber estado afiliado antes o después del 18 de julio de 1936 a efectos de responsabilidades. Los delitos comunes, por lo que al personal civil se refiere, nada hay que temer, si no están incursos en aquellos». Sobre la tercera «concesión» les aclararon que, puesto que algunos tendrían que quedarse hasta el último instante atendiendo a sus deberes, de desear expatriarse les proveerían de salvoconducto. A la cuarta «concesión (aquellos que rectifiquen su vida en el extranjero) nada más podían aclarar por ser tema que se tenía en estudio. Comentaron que las penas y

multas dictadas por los tribunales tenderían siempre a no privar a las familias de recursos y que podían preverse amnistías. Añadieron que las posibilidades de amnistía serían ciertas y que, además, las penas podrían redimirse por el trabajo. Los representantes republicanos se quejaron de los bombardeos, concretamente de uno sobre Valencia que causó elevado número de víctimas, y asimismo de la propaganda y, de manera concreta, de un artículo publicado en el *ABC* de Sevilla. La contestación fue que no hicieran demasiado caso, pues algunas organizaciones se excedían en ese terreno; pero, a su vez, adujeron que los republicanos también debían atemperar el tono de su propaganda. En cuanto a los bombardeos quedaron en exponérselo al Generalísimo. Sobre el tema de la evacuación —seguimos la exposición de Garijo, según Casado— se interrogó a los parlamentarios del Consejo sobre la cifra de los que desearían expatriarse y se les calculó en unos diez mil «que al Generalísimo le parecieron pocos». Añade Casado a continuación: «Como teníamos presentes los documentos firmados por el general Casado, en nombre del Consejo Nacional de Defensa, se hicieron algunos comentarios sobre los mismos, pero les agradó el plazo que se solicitaba para hacer la evacuación, añadiendo que harían la vista gorda para no entorpecer la salida de los barcos y aún mejor podríamos darles aviso de salida, para que ellos advirtieran a la Flota nacionalista que no les molestaran en ruta». Precisó Garijo en su exposición que los nacionales demostraban interés en que los miembros del Consejo de Defensa se expatriasen, llegando a brindarse a poner un avión a su disposición. Sobre la localización de créditos republicanos en el extranjero se limitaron a tomar nota, y con respecto a la petición formulada por el Consejo de que no desfilaran en Madrid tropas italianas y marroquíes, dijeron que lo harían en la misma proporción que en el reciente desfile de Barcelona, pero tomaron nota «al parecer con interés». A continuación copia Casado las «Normas para la rendición del ejército enemigo y ocupación de su territorio», que ya conocemos, y añade que los representantes republicanos entregaron su propio plan y que lo comentaron. También les dijeron a los parlamentarios que, al saber que iban a Burgos, habían suspendido la ofensiva dispuesta y ordenada para el día 25, y sobre otros comentarios sobre temas ya conocidas añade: «… que nos podrían garantizar los

puestos necesarios para la evacuación y que el día 25, entre las 15 y las 18 horas, deberíamos hacer entrega simbólica de la aviación, como prenda de buena disposición para lograr la paz…».

El consejero José del Río, que representaba a Unión Republicana, en un trabajo titulado *Datos y documentos para la historia* hace algunas precisiones; por tratarse de un testigo directo dejamos aquí constancia de ellas. Con letra mayúscula, que emplea para resaltar lo principal, escribe: «Que el Generalísimo accedía a dejar libres dos o tres puertos para hacer por ellos la evacuación. Que cuando nuestros barcos hubiesen de salir se les avisara por medio de la clave convenida para dar ellos aviso a su escuadra a fin de no verse molestados en ruta y que el Generalísimo no ponía inconvenientes a que los barcos de Inglaterra hiciesen la evacuación».

Después de informar, el teniente coronel Garijo —a quien suponemos acompañaría el mayor Ortega, aunque nadie le nombra —, se retiró y a continuación el Consejo inició el debate. Besteiro se mostró bastante satisfecho; no le preocupaba demasiado que no quisieran firmar los enemigos ninguna de las condiciones que ofrecían porque para cumplirlas o no cumplirlas nada tenía que ver que las hubiesen firmado; y si después de hacerlo quedaban incumplidas, los del Consejo igualmente quedaban mal cara al pueblo por haberse confiado vanamente. Lo importante era que no se rompieran las negociaciones y avanzar derechos hacia lo principal; admitía, eso sí, la necesidad de lograr que todo quedara mejor aclarado. Opinaba González Marín que debían hacerse fuertes en que la retirada del ejército se llevara a cabo por zonas, pues en ello consistía la única garantía para la evacuación. Expuso que los aviadores se negarían a rendirse y que cada uno de ellos elegiría el punto de destino que le •conviniera. De peligrosa ambigüedad consideraba Wenceslao Carrillo la posición del enemigo; manifestó que la paz debía exigirse firmada y darse el documento correspondiente a la publicidad, al tiempo que se mostraba opuesto a la entrega de la Aviación sin contrapartida. El consejero Del Río abundaba en algunos puntos en la opinión de Besteiro y creía que las cuestiones de detalle carecían de importancia. En general se mostraba favorablemente impresionado por los resultados obtenidos, pero era partidario de que insistieran en la ocupación

escalonada del territorio. Casado, que en su libro al nombrarse se califica de general, expuso a los presentes que el plazo señalado para la entrega de la Aviación era tan perentorio que resultaba de imposible cumplimiento. Tampoco sería factible la entrega de las fuerzas de tierra y para el día 27 «sin razón que justifique la urgencia». Con Besteiro y Del Río estaba de acuerdo en que no era imprescindible la firma de un documento, puesto que tenían en su poder las «Concesiones del Generalísimo», que, añadimos nosotros, tampoco estaban firmadas. Del Río formula un comentario que resume la situación: «Indudablemente nos hallábamos ante un callejón sin salida».

Al siguiente día se celebró una segunda sesión relacionada con el mismo tema, a cuya sesión no alude Del Río. En esta reunión, en la cual estuvo presente Matallana, planteó Casado una cuestión previa, pues, según él, «en ese momento estaba en su despacho el duque de Frías, quien le visitaba a impulso de una imperiosa necesidad de informar personalmente al general Franco, inducido por el buen ambiente y el noble propósito de hacer la paz…». Concreta Casado que el duque deseaba trasladarse a Burgos «sin ninguna representación» para lo cual pedía autorización al Consejo, dejando en rehenes su familia y todos sus bienes. Siempre según Casado, él era partidario de que se le autorizara, pues podía predisponer al adversario en favor del Consejo, y la gestión tendría carácter extraoficial y por tanto a nada comprometía. Teniendo en cuenta este carácter, ni Del Río ni Carrillo veían en ello inconveniente; en cambio, Besteiro era de opinión contraria a «que las gestiones se lleven a cabo por personas que, por su diversidad representativa de la otra zona, pueden originar algún obstáculo». Sometido el caso a votación, dio el resultado de cinco votos a favor y tres en contra, que serían los de Besteiro y los libertarios. El duque de Frías pasó a zona nacional «por las líneas de la 18 División, cuyo jefe era el coronel Manuel Fontela».

¿Ocurrieron así las cosas? Todo permite afirmar que no. El propio duque de Frías parece que lo ha desmentido posteriormente, afirmando que fue requerido para aquel servicio.

A mayor abundamiento, Martínez Bande da a la luz documentos del Servicio Histórico Militar que complementan las manifestaciones del interesado. El duque de Frías pasó las líneas

«acompañado de otras personas» —agentes del SIPM de Madrid— por el sector del Cerro de los Ángeles y fue recibido por el coronel Antonio Uguet del EM del Ejército del Centro, nacional. Fue enviada la carta de la cual era portador el duque y también el siguiente mensaje: «Los señores que han traído este documento manifiestan deseos de ir mañana mismo a Burgos para dar su impresión respecto al estado de la zona y a conversaciones que han tenido ayer y esta mañana con Casado y que ellos juzgan muy interesantes. Ruego me diga si los envió a Burgos». La respuesta del cuartel general fue rápida y tajante: «S.E. el Generalísimo no ve necesidad de viaje a esta de portadores documento, pues su llegada no modifica absolutamente en nada sus propósitos». Supone Martínez Bande que lo que se debatió en el Consejo fue sabiendo todos que el duque era portador de una carta de Casado, pero quizá no ocurrió así y, *como había hecho* en sus relaciones iniciales con los agentes enemigos, tampoco en esta ocasión fuera explícito con sus compañeros. ¿Se trataba de un postrer intento de Casado para conseguir que prevalecieran algunos de sus propios criterios sobre la manera de llevar a cabo la rendición? ¿Era un deseo de entrar en relación personal con Franco y destacar su propio papel, realzándose, ya que los tratos por medio de emisarios consideraba que la oscurecían? La carta llevaba el membrete que ya usó en otra ocasión «Consejo Nacional de Defensa. Consejero de Defensa» y era manuscrita. Su texto era el siguiente:

> 25-3-39
> A S.E. el Generalísimo.
> Excelencia:
>
> Un deber de conciencia me impulsa a romper el protocolo y me dirijo a Su Excelencia abrumado por la responsabilidad que tengo sobre mí en estos momentos que juzgo decisivos para los destinos de España.
>
> Sabe Su Excelencia que existe en esta zona el anhelo de la paz. La necesidad urgente de asfixiar un golpe comunista que de haber triunfado hubiera desplegado un régimen de terror sin precedentes, y de otro lado el deseo de satisfacer los anhelos pacifistas del pueblo, me impulsaron a derribar a un Gobierno abigarrado con todos los vicios políticos

imaginables.

Me aventuré a ofrecer lo que creía honradamente que podía conseguir: evacuación de responsabilizados, a cambio de hacer una entrega pacífica por la cordialidad y la garantía de no restar al Gobierno Nacionalista nada de lo que existe en esta zona.

Es posible que defraudadas las esperanzas, la asistencia que hasta hoy me presta el pueblo se convierta no más tarde de mañana en un odio muy acusador, por creerme traidor a su deseos, dando la razón a los comunistas que mantenían la criminal consigna de resistir.

He tratado de servir a mi patria con la más absoluta dignidad y soñaba con que en plazo breve elevara su rango de manera notoria. Hoy sinceramente lo dudo, pues conocedor de esta zona, me preocupa la reacción que pueda experimentarse y la posibilidad de que desahuciado el Consejo de Defensa, se creará un estado caótico que retrasará extraordinariamente la obra de reconstrucción de España. Ruego a S.E. disculpa para esta conducta quizás irreverente pero inspirada en el ferviente deseo de servir a España.

Respetuosamente saluda a Su Excelencia su att. s. s.

Segismundo Casado

Una vez debatida la cuestión del pase de líneas del duque de Frías, se incluyera o no el asunto de la carta personal de Casado a Franco, los consejeros volvieron a ocuparse de los temas debatidos el día anterior. Por el resumen que nos hace el propio Casado, uno llega a la conclusión de que, salvo Besteiro y Del Río, los demás no se daban cabal cuenta de cuál era la situación en la zona republicana, ni conocían o tenían medida la idiosincrasia del enemigo a pesar de que no eran elementos de juicio lo que les faltaba. Aun situándose entonces, y no desde perspectivas posteriores a los hechos que iban a precipitarse, parece extraño que a cuestión tan capital como era la evacuación se le prestara en cambio atención tan secundaria en los debates y, lo que es peor, en las previsiones a corto plazo. Aplicara como aplicara Franco sus menguadas concesiones, no dejaba lugar a dudas que un elevado número de habitantes de la zona debía abandonarla. En estas

postreras fases de la guerra se advierte en los ánimos como una especie de flotación en ámbitos de irrealidad, como si se dejaran mecer por una seminconsciencia que, cuando los sucesos se cabalgaran alocadamente, proporcionaría a muchos un súbito y tremendo despertar.

En opinión de Besteiro, mientras se está debatiendo si deben o no exigirse firmas, se corre el riesgo de que todo se derrumbe y el enemigo penetre por donde mejor le acomode. Si no resulta posible que la Aviación se entregue en el plazo exigido, propone que se rinda Madrid para cumplir el «acto simbólico» que se les impone. González Marín, Carrillo y Pérez se muestran contrarios a entregar la Aviación si no antecede una firma. Con acento profético concretó Del Río lo que iba a suceder dos días después, que con exigencias y dilaciones se llegaría a un punto en que los nacionales lo tomarían como pretexto para romper los tratos. La discusión se prolongaba y Casado ofreció una solución para salir del callejón sin salida: que se radiara a Burgos un mensaje solicitando una nueva entrevista y advirtiendo la imposibilidad de que en el plazo señalado se entregara la Aviación. Y así se acordó y se hizo.

XXVIII

En los diarios del día 24 de marzo se publica la noticia de que el día anterior aparecieron los cadáveres de los coroneles Pérez Gazzolo, Amoldo Fernández Urbano y Joaquín Otero Gómez (se observarán algunas diferencias con respecto a las graduaciones y aun nombres) y también del comisario de Imprenta y Talleres del Ministerio de Defensa, Ángel Peinado Leal. En uno de los diarios que la publica, la noticia va seguida de la frase: «¡Justicia implacable!». Al día siguiente al dar cuenta del entierro se le describe como masiva manifestación de duelo, y así fue. Asistieron los miembros del Consejo, representaciones del ejército, partidos políticos, sindicales y un acompañamiento muy numeroso: el último acto público que tendría lugar en la zona republicana.

Unos días antes, en fecha que por el momento no puedo precisar por ignorarla, fue avisado el abogado José Polo, designado para la defensa de los coroneles Barceló y Bueno, que estaban encausados en el mismo sumario, para que se entrevistara con ellos. Era juez instructor un comandante de caballería; se les acusaba de rebelión militar por ser considerado el Consejo Nacional de Defensa único poder legítimo. Alegaban los procesados que ellos habían obedecido al Gobierno. Un tribunal compuesto por un magistrado y dos representantes de las Consejerías de Defensa y Gobernación respectivamente iba a fallar el juicio cuya vista se señaló para las 11 de la mañana en el Palacio de Justicia, en la sala de Audiencia, sección VI. Ante la urgencia del caso y los pésimos resultados del juicio que eran de prever para los encartados, la defensa buscó con premura un médico que certificara la enfermedad del coronel Bueno en el momento en que las tropas del II Cuerpo entraron en acción, certificado que incluía la imposibilidad de que su jefe hubiese dado

aquella orden.

La sesión fue pública y duró unos cuarenta minutos; los procesados contestaron a los interrogatorios, que ellos habían acatado las órdenes del Gobierno legal al cual consideraban legítimo, si bien, como es de suponer, Bueno se inhibiría en cuanto a responsabilidad escudándose en el certificado médico presentado. Informó el fiscal y a continuación lo hizo la defensa, que comenzó por manifestar que como abogado debía prescindir de posiciones político-personales; pero que de ser cierto lo que se decía, que los comunistas poseían listas para ejecutar represalias, que él figuraría en aquellas listas. Con ello pretendía impresionar, sin muchas esperanzas, al tribunal. Para desvirtuar la acusación aducía como argumento que hasta dos días después de estar detenidos ambos jefes procesados no había sido legitimada la legalidad del Consejo Nacional de Defensa, por lo cual mal podía hablarse de rebelión. Advirtió también el abogado que era sentar peligroso precedente juzgar delitos basándose en conversaciones telefónicas, alocuciones radiadas, en pasquines y proclamas y en un conjunto de pruebas cuya autenticidad era difícil de comprobar. El juicio se suspendió breves instantes; a continuación se leyó la sentencia: pena de muerte para Barceló y quince años de reclusión para Bueno.

Terminado el juicio, el abogado redactó un escrito de apelación dirigido al Consejo, escrito que no surtió efecto, pues transcurridos cuatro o cinco días de la vista, avisaron al letrado que se personara en la cárcel del SIM: a las tres de la tarde iba a ser ejecutada la sentencia contra Barceló. Como el Código ordena que las sentencias de muerte deben serle comunicadas al reo en presencia del abogado y no se había cumplido este requisito, Polo se negó a ir a donde se le mandaba, pero sometido a presiones y en atención a que lo mismo iba a ser fusilado, decidió asistir al reo. Es probable que la fecha de la ejecución fuese el 24, pues los diarios de ese día publicaron la siguiente noticia: «A las 11 de la noche [del 23] se ha reunido el Consejo Nacional de Defensa; en la reunión que duró hasta las dos y media de la madrugada, se estudiaron los expedientes de los encartados con motivo de la sublevación comunista». Es de creer que en esa sesión se aprobaran las sentencias capitales. En tal caso fue la primera de las dos reuniones en que se debatieron los resultados de la entrevista de Gamonal.

Barceló tranquilizó a su madre, que fue a visitarle, con piadosas mentiras, se despidió de su compañera, y rechazó ásperamente a Pedrero que se acercó a saludarle. Cuando se quedaron solos hizo a su abogado una porción de confidencias; la más importante es que se declaró rotundo antifascista y republicano, pero añadió que comunista no lo había sido de corazón. La conversación vino a propósito de la manera con la cual el abogado había iniciado la defensa. Añadió que, como buen masón, se sentía en cierta forma incompatible con la ideología y disciplina comunistas. Hizo observar al abogado que comandantes más modernos que él, como Hidalgo de Cisneros o Cordón, habían ascendido al generalato.

Cuando, llegado el momento, entró el juez, seguido de su secretario, le saludaron: «A sus órdenes, mi coronel». Y Barceló les puntualizó que él no era coronel, puesto que los últimos ascensos no habían seguido las vías reglamentarias. En dos coches salieron del Ministerio de Marina; en el segundo iba una escolta de agentes del SIM de paisano. Vestía Barceló de militar con chaqueta de cuero y tocado con gorra de plato. En el cementerio del Este, a la parte derecha de la entrada principal, frente a un talud en el cual se llevaban a cabo ejecuciones, estaba formado un piquete de soldados. Luis Barceló murió con dignidad y entereza al grito de «¡Viva la República!». Desfiló el piquete ante el cadáver y el juez anunció que el entierro tendría lugar al día siguiente.

A primera hora de la mañana siguiente, la viuda había vestido el cadáver con el uniforme reglamentario. En el acto del entierro estuvieron presentes la viuda y el abogado defensor, el juez, el secretario y algunos agentes del SIM, más dos desconocidos que resultaron ser hermanos de la misma logia a la cual pertenecía el difunto.

Al comisario José Conesa Briega (o Artega u Ortega), que unos dicen que lo era del II Cuerpo pero que debía serlo de la 7 División y sobre el cual nadie proporciona detalles, ni siquiera su nombre de pila y su segundo apellido sobre el que existen dudas, le dan como fusilado junto a Barceló; lo fue en circunstancias que desconozco, así como las referencias a su juicio, si es que se celebró. Wenceslao Carrillo, en el informe a que nos venimos refiriendo, puntualiza: «… convicto y confeso de haber ordenado los fusilamientos de los socialistas cuando el asalto de la Agrupación Socialista Madrileña, y

de ser uno de los dirigentes de la rebelión…». Hay quienes le responsabilizan de la ejecución de los jefes del EM del Ejército del Centro. Puede darse como cierto que no hubo más fusilamientos en virtud de sentencias de tribunales.

En el mismo documento escribe Carrillo: «El criterio del Consejo en materia de aplicaciones de penas fue el de que no se aplicara la de muerte más que en aquellos casos en que no se pudiera encontrar un atenuante que permitiera, por leve que el atenuante fuera, la permutación».

De nuevo Martínez Bande ha encontrado en el archivo del Servicio Histórico Militar documentos que vienen a desmentir a Casado, quien para nada alude a su existencia y redacción. Pudieran, sin embargo, haber sido el detonante que provocara el fracaso de la segunda entrevista en Gamonal; se trata de dos misivas que redactó personalmente y entregó a los parlamentarios para que llegaran a manos de Franco. Sin entrar a discutir la procedencia o improcedencia de las mismas ni a valorar las razones que le impulsaron a redactarlas, de los propios hechos se desprende que si la copa estaba ya demasiado llena, primero la carta de que fue portador el duque de Frías y a continuación estas dos misivas, la hicieron rebosar. Los escritos a que nos referimos fueron discutidos en la reunión que ha quedado explicada, de acuerdo con lo que cuenta Casado. Matallana se opondría a la primera redacción, que era una marcha atrás con respecto a lo tratado en la entrevista de Gamonal, pues se insistía en la entrega escalonada, en la evacuación y en la demora de varios días para completar ambas y en la firma de un documento precisando lo acordado; asimismo, se proponía, con el fin de evitar que los pilotos tomaran el rumbo que cada cual prefiriera, que los aparatos quedaran en los aeródromos republicanos. Ante la cerrada oposición de Matallana, y probablemente también de Besteiro y de los representantes republicanos, redactó Casado un segundo escrito más flexible: se solicitaba la firma de las «concesiones» y se ofrecía la entrega de solo una parte de la aviación el día 28, y posteriormente de la zona «en la forma en que se acordara». En otras condiciones hubieran podido ser válidas las razones en que se apoyaba esta

contraproposición; en las que estaban viviéndose, no lo fueron. Explica Martínez Bande que estos dos escritos de Casado, que no copia en los apéndices como hace con otros documentos, figuran en el archivo y que en ambos va estampada la firma del coronel Casado.

Durante la mañana del 25 de marzo Garijo y Ortega emprendieron el segundo vuelo a Gamonal que había sido autorizado previamente por los nacionales. Era el mismo día que les habían señalado para que se efectuase la entrega de la aviación. Fueron recibidos por el teniente Pombo y el ayudante de Ungría y, en el mismo local y con los mismos interlocutores, se inició la segunda de las entrevistas. Desde el punto de vista personal, el ambiente estaba más distendido que en la primera de las entrevistas. El tiempo era malo y en Burgos neviscaba.

Copiamos el acta que redactó el coronel Gonzalo Victoria en la cual se aprecia el tacto con que Garijo cumplía la difícil misión que se le había asignado. Uno llega a la convicción de que si se le hubiera dado un amplio margen de confianza, no se hubiese producido la ruptura. En el momento en que se interrumpen las conversaciones Garijo y Ortega estaban redactando un documento que se refería a las aclaraciones que se hicieron con respecto a las «concesiones», detallando aquellas que se referían a los militares. Antes de copiar el acta formularemos la observación de que la ruptura súbita se produce en el momento en que Luis Gonzalo Victoria comunica por teléfono (¿o quizá se desplazó en coche puesto que la distancia era corta?) con el general de Estado Mayor, que debía ser Martín Moreno o Vigón; pero, quien fuera de los dos, o bien tenía órdenes muy concretas, o consultaría, a su vez, con Franco. Es entonces cuando regresó con la noticia de que «se cortase la reunión y salieran en vuelo, toda vez que aún tenían tiempo de regresar». Como antes hemos apuntado, los escritos de Casado una vez conocidos en el cuartel general resultaron decisivos para que las conversaciones se dieran por terminadas.

Tampoco debe sorprender que Casado lo silencie; no se conoce hombre más vapuleado por sus enemigos —negrinistas, comunistas, a los cuales se han añadido algunos de los que entonces apoyaron al Consejo— tras el terrible fracaso con que se saldó su gestión, y más adelante se despacharon con reforzada saña; no era cuestión de que

él mismo añadiera leña al fuego.

El texto nacional del acta dice así:

> En Burgos a veinticinco de marzo de mil novecientos treinta y hueve —III Año Triunfal— se personaron en el Aeródromo Militar de esta capital (Gamonal), los jefes que al margen nominalmente se insertan que forman parte de este Cuartel General designados por S.E. el Generalísimo para recibir nuevamente a los emisarios del Ejército rojo, cuya llegada ha sido autorizada por S.E. consecuente a petición hecha por Casado (anexo 1) con el fin de dar cuenta del resultado de las gestiones anteriores.
>
> Los emisarios salieron a las 14 horas (hora de Madrid), es decir, con retraso, hasta tanto que recibieron la autorización para poder pasar por nuestro territorio, llegando aproximadamente a las
>
> 14,15
>
> de nuestra hora oficial a Burgos.
>
> Inmediatamente pasaron al mismo pabellón del aeródromo en que tuvo lugar la visita anterior.
>
> Garijo dio cuenta a la comisión presidida por el Coronel Gonzalo de que a la llegada a Madrid el día veintitrés se reunió la Junta en Consejo a las veintidós horas, estando en sesión hasta las cinco horas del día siguiente, tratando de los distintos puntos de la entrevista anterior y estudiando las normas, cuya copia se les había dado para la ocupación total del territorio y entrega del Ejército enemigo. (Se extendió en detalles pintorescos de la citada reunión: discursos con latiguillos, cafés, cigarros).
>
> Garijo hizo una pequeña exposición de la entrevista con los miembros del Consejo Nacional de Defensa de Madrid, a los que puso de relieve la buena acogida de que habían sido objeto por nuestra parte.
>
> Al preguntarle si la Aviación pensaba venir en la tarde de este día, mostró el mal estado del tiempo para poderlo realizar, así como el no tener en la mano a todos los aparatos, si bien hizo notar que el Jefe de las Fuerzas Aéreas, estaba dispuesto a ser él el primero que se entregase con el personal

de su confianza, pero no respondía de los demás aparatos, por el temor de que las tripulaciones una vez en el aire se expatriasen. Desde luego el citado Jefe de las Fuerzas Aéreas se comprometía a dar todas las órdenes, pero creía que no podían llevarse a cabo en la fecha indicada por dificultades de orden técnico, teniendo en cuenta la serie de aparatos que tiene «supermosca, mosca, chato, natacha, katiuska», así como el despliegue de estas fuerzas, que precisaban hacer escala los aparatos, para llegar a los campos que se habían indicado para tomar tierra en nuestra zona. (Aun cuando efectivamente el estado del tiempo no era bueno en Burgos, sin embargo ellos, los emisarios, hicieron sin novedad el vuelo de ida y vuelta, y de todas las explicaciones aducidas se vislumbra que la razón verdadera estribaba en la imposibilidad del Mando rojo en responder que sus órdenes fuesen obedecidas).

Hizo notar que todos estaban dispuestos a realizar los deseos de S.E. el Generalísimo y por entero a sus órdenes y rogaba, por haberlo así pedido el Coronel Casado, que las condiciones que tan benévolamente hacía S.E., en cuanto a responsabilidades, se tradujesen en *un documento para darles un carácter oficial y suscrito por persona que designasen las Autoridades Nacionales.*

Este documento no lo necesitaban los militares de la zona roja; era pedido por los políticos, ya que como conductores de masas, necesitaban darlo a conocer a su gente.

Dijo que el día veinticuatro por la tarde habían tenido una reunión los miembros del Consejo Nacional de Defensa de Madrid, redactándose el documento copiado en el anexo número dos, que el Consejo pensaba haber dado por cifrado.

A este documento se opuso el «General Matallana» por creer que era contrario a las gestiones realizadas por Garijo y Ortega Nieto, en la entrevista anterior, y no respondía a lo tratado por estos con las Autoridades Nacionales.

Hicieron ver al Coronel Casado a lo que se exponía con la redacción de este documento, que pudiera tener como consecuencia la ruptura de toda relación entre ambas zonas.

Ante tales argumentos dio Casado, como ampliación al anterior documento, otro igualmente suscrito por él (anexo

número 3) y que con aquel entregan en este acto los emisarios. En uno y otro documento se elude el concretar la aceptación de las normas que se les dieron en la entrevista anterior y en el primero aún se insiste en la entrega por zonas y ritmo lento que propusieron anteriormente. Se hace en uno y otro hincapié, en que se extienda un documento de capitulación firmado por alguna Autoridad Nacional, pues consideran que tal documento *les servirá de garantía para que el pueblo les siga ofreciendo su confianza incondicional.* Dice el segundo documento, más a tono de sometimiento que el primero, que cumplido este requisito puede iniciarse la entrega con el acto simbólico de paso en vuelo a Zona Nacional de una parte del Material de Aviación, pero a toda costa tratan de llevarse un documento firmado, para seguramente explotarlo después como tratado o acuerdo de paz.

Como prueba de las dificultades con que tropezaban para asegurar el paso completo de toda la Aviación enemiga a nuestros campos, nos da cuenta de que el día anterior (24) se produjo una deserción de tres aparatos de tipo «Dragón» que de Totana salieron con veinte personas.

Estos aparatos fueron puestos en marcha por amenazas de elementos comunistas al Jefe del aeródromo.

Insisten en sus buenos deseos de cumplir la normas, si bien hacen ver las dificultades con que tropiezan y dicen que los «Generales Matallana y Menéndez» y el Jefe de las Fuerzas Aéreas se entregarían personalmente en la zona Nacional como acto simbólico de la entrega, el día que se acuerde.

Se observa en el curso de la conversación que la lentitud en la entrega es función del temor de que una ocupación rápida por el Ejército Nacional impida la evacuación del importante número de gente que quiere irse al extranjero.

El Coronel Gonzalo dijo que se tomase nota de los puntos concretos expuestos por Garijo como consecuencia de su conversación con el Coronel Casado y que eran:

a) Asegurar la zona de la costa y comunicaciones que permita la evacuación de los que desean irse al extranjero.

b) La voluntaria presentación de la Aviación con su Jefe el

día veintiocho en los campos Nacionales.

c) Hacer constar la promesa y la buena voluntad del Ejército enemigo, por la presentación de los Generales Matallana y Menéndez en nuestra zona.

d) Lo referente a la celeridad y rapidez en el cumplimiento de las normas para la entrega y ocupación de la zona.

Rogaron los emisarios si se les permitía redactar los puntos que habían sido objeto de aclaración en el documento de seis de febrero y así se accedió; pero prolongándose la estancia de los emisarios más de lo que las circunstancias aconsejaban, debido al retraso grande con que hicieron su llegada, el Coronel Gonzalo se puso al habla por teléfono con el General de Estado Mayor del Cuartel General, explicándole a grandes rasgos el resultado de la entrevista, de la que no se deducía nada claro ni por lo hablado ni por los documentos entregados, que hubiera el propósito o por lo menos la posibilidad de cumplir las normas de entrega del Ejército que se les dio en la reunión anterior. A esto contestó el General de Estado Mayor que se cortase la reunión y salieran en vuelo, toda vez que aún tenían tiempo de regresar, puesto que lo único que se sacaba en consecuencia era su propósito de prolongar las conversaciones.

Así se hizo comunicándoles verbalmente la inutilidad de proseguir y regresaron los emisarios por vía aérea.

Luis Gonzalo

El tiempo era pésimo y Garijo preguntó si habían pedido el parte meteorológico, a lo cual le contestaron que se trataba de una ventisca local. Una sensación de frustración debió apoderarse de los parlamentarios republicanos. Garijo solicitó que, por lo menos, no quedara roto todo contacto, y de acuerdo con su propuesta, se le comunicó que quedaría un hilo reservado y que se servirían de la clave que ya había sido utilizada. El vuelo resultó peligroso pero el aparato ¡tomó tierra en Barajas sin novedad.

A las nueve y media de la noche se celebró reunión del Consejo de Defensa y Garijo rindió cuenta de la gestión y de su desarrollo. Casado, en la versión que da, afirma que son textuales las declaraciones de Garijo ante el Consejo, pero para nada alude a los

escritos mentados que, sin embargo, existen y se conservan; en cambio, hace hincapié en que las negociaciones se rompieron a la hora exacta —las 6 de la tarde— en que debía haberse entregado la Aviación. También precisa que fue el coronel Ungría quien anunció la interrupción de la negociación. Y añade unas palabras finales de Garijo: «Nuestra impresión es mala. Esta noche estarán a la escucha».

Cuando después de abandonar la sala Garijo —y suponemos que Ortega— comenzaron las deliberaciones del Consejo, debía dominar una atmósfera tensa y pesimista. Nos vemos forzados a seguir la versión de Casado, pues Del Río se muestra parco en explicaciones, si bien resalta que el Consejo se hallaba «prisionero de la grave situación que se había creado», y en efecto se le iban cerrando todas las salidas. Añade que la preocupación predominante era la de precipitar la evacuación.

Abrió la sesión Casado para manifestar que si la causa de la ruptura de las negociaciones había sido no haberse verificado la entrega de la Aviación, y puesto que los mandos estaban esforzándose para poder cumplirla lo antes posible, lo mejor sería solicitar de Burgos una ampliación del plazo. Besteiro, que no se explicaba lo ocurrido, se mostraba partidario de acelerar los trámites y ocuparse de la evacuación para hallarse prevenidos si el enemigo no se mostraba propicio a ampliar aquel plazo. Opinaba Wenceslao Carrillo que lo ocurrido debía atribuirse a presiones (aunque no lo especifica debe referirse a alemanes e italianos) y que, en caso de pedirse aclaraciones, debía hacerse «sin sometimiento, en tono digno, no sea que consideren que estamos asustados». No se oponía González Marín a que se reanudaran las negociaciones pero dando al mismo tiempo sensación de firmeza, y añadía «hay que decir al enemigo a lo que estamos dispuestos, que somos hombres de lucha», y «que se den cuenta de lo que seremos capaces de hacer los hombres acorralados». Hizo Del Río una llamada a la prudencia, a medir palabras y actitudes; se mostraba pesimista, pero creía imprescindible agotar todos los medios y, solo en caso de no conseguirse los resultados habría llegado el momento de dar pública cuenta de las gestiones que se habían llevado a cabo.

Se propuso imprimir los textos de las conversaciones y tenerlo todo dispuesto. En opinión de Julián Besteiro debía preguntarse a los jefes militares cuál era la real situación en los frentes y en los ejércitos, y esta proposición debía dirigirse a restar argumentos a los partidarios de la resistencia armada. En efecto, a esta consulta a los militares se opusieron González Marín y Carrillo. Lo único que se acordó en firme fue la redacción de un escrito en el cual se resumiera lo tratado durante las negociaciones entre los representantes de ambos bandos para darlas a conocer al pueblo; se aprobó, asimismo, que una vez consultado el mando de las fuerzas aéreas, se preguntara a Burgos en qué momento podían entregarse los aparatos. A las 0,15 horas del 26 de marzo, se dio por terminada esta sesión.

Aproximadamente una hora después se cursó al cuartel general de Burgos un radio que decía: «Mañana lunes se entregará Aviación. Rogamos fijen hora. Imposible hoy por servidumbres técnicas». Y a las 2 de la madrugada, nuevo radio: «Ampliamos radio anterior para manifestar que tal vez sea posible entregar aviación tarde hoy. Caso confirmativo se comunicará oportunamente».

Una alusión a posibles presiones internacionales sobre Franco, más explícita y matizada que la que sugiere Casado en boca de Wenceslao Carrillo durante la sesión del Consejo, la proporciona en su libro García Pradas, asegurando, además, que las potencias fascistas desencadenaron la guerra para obtener bases. Quizá fuera desahogo verbal del momento en que escribía, porque si el desencadenamiento de la guerra fue algo que ocurrió entre españoles, del final podría decirse algo semejante, aunque tampoco es como para quedar satisfechos de que así fuese. Cuando García Pradas escribía su violento e interesantísimo libro *Cómo terminó la guerra de España,* no se habían publicado los documentos secretos de la Wilhelmstrasse y aún tardarían algunos años en ser conocidos; lo lamentable es que después de poder ser consultados, muchos autores han seguido ignorándolos y apoyando sus afirmaciones en antiguas sospechas —que como tal podían parecer fundadas— o en afirmaciones gratuitas y exculpatorias.

Los distintos comités y subcomités en que se había ordenado —o descompuesto— el movimiento libertario, que tenían sus sedes en

Madrid y Valencia y que las circunstancias habían impelido a desentenderse de los órganos nacionales que se hallaban en Francia, mostraron cierta actividad en aquellos días, actividad que resultaba, y resultó, a la postre, inoperante. La actitud de los dos consejeros libertarios era reflejo, o coincidencia, con la de muchos dirigentes que deseaban dar sensación de dureza al enemigo y articular una defensa armada, que no contaba con apoyo popular ni siquiera entre las masas de la CNT. Unos grupos activos y, casi diríamos, al borde de la desesperación, formaban planes que no podían, ni podrían cumplirse. En los últimos momentos —si hemos de creer a García Pradas— el Comité de Defensa Confederai empezó a designar «a los compañeros que habían de dirigir las columnas destinadas a sublevar la zona contraria». Y cuando ya estaba todo perdido —más perdido aún— cuenta que Val le llamó para mandarle imprimir proclamas y manifiestos, dos o tres millones de octavillas, con objeto de que los aviones los lanzaran sobre zona nacional «de cara a la insurrección contra los invasores». Es dudoso que dos años antes, un año antes, esas acciones hubiesen podido resultar eficaces, pero en aquel momento carecían de sentido; no se intentaron siquiera llevar a término ni les quedó tiempo ni ocasión para hacerlo.

Refiriéndose a los últimos mensajes enviados por el Consejo a Burgos, dice García Pradas: «El Consejo dirigió a los fascistas dos comunicados engañosos, destinados a entretenerles unas horas…». Martínez Bande da como bueno el comentario de García Pradas, que utiliza como una justificación más a que se iniciara la ofensiva nacional sin esperar. La afirmación de García Pradas, persona vehemente en su manera de actuar y expresarse y que no formaba parte del Consejo, pudiera ser clasificada entre lo que venimos llamando desahogos verbales. No parece que el Consejo pudiera decidir por unanimidad recurrir a este tipo de artimañas que por añadidura resultaban inútiles e ineficaces, más aún cuando la supuesta demora no se había aprovechado ni se aprovechó en lo verdaderamente fundamental: la evacuación. Que esos mensajes se redactaron con el fin de engañar a Burgos parece afirmación carente de valor; lo que de ellos parece desprenderse es una patética llamada para evitar el derrumbe de las postreras y mínimas esperanzas, por conseguir mantener las cuales con tanta pugnacidad

venían manteniéndose los consejeros y en particular Casado desde el principio.

A las 3,04 horas de ese mismo 26 de marzo, recibieron en el Consejo este telegrama «urgentísimo»: «Ante inminencia del movimiento de avance en ambos puntos del frente, en algunos de ellos imposible aplazar ya, aconsejan que fuerzas rojas en líneas ante preparaciones artillería o aviación, saquen bandera blanca, aprovechando la breve pausa que se hará para enviar rehenes con igual bandera, objeto, entrega, utilizando en lo posible instrucciones dadas para entrega espontánea».[1] Todavía Martínez Bande transcribe un último mensaje del Consejo, pero lo sitúa antes del que acabamos de copiar y probablemente se trata de un error de orden, puesto que del mismo texto —y las horas vienen a corroborarlo— se deduce que es contestación al último telegrama de Burgos y consecuencia de la ruptura del frente, y no a la inversa. Casado lo silencia y su texto es el siguiente: «Este Consejo, que ha puesto de su parte (todo lo humanamente posible en beneficio de la paz, con la asistencia incondicional del pueblo reitera a ese Gobierno que la reacción que pueda producir la ofensiva constituye su preocupación fundamental y espera que, para evitar daños irreparables producidos por la sorpresa, permita la evacuación de las personas responsabilizadas. De otro modo, es deber ineludible del Consejo oponer resistencia al avance de esas fuerzas». Este mensaje llegaba a España nacional a las 8,16 horas, después de iniciada la ruptura de los frentes.

XXIX

Porque en el sector de Peñarroya-Espiel, a las seis de la mañana se ha iniciado la gran ofensiva, y tras una preparación artillera que dura media hora, se lanzaron al asalto tropas del Cuerpo de Ejército Marroquí y del de Extremadura. Antes de iniciarse el avance —o quizá la preparación artillera, que la cosa no queda clara en los distintos autores— el general Yagüe dirigió una alocución a los soldados republicanos que iban a sufrir la embestida «sin que se produjera la natural reacción», o «sin que manifestaran señales de rendirse».

El general Fernando Barrón, aquel a quien Casado se había dirigido por carta, que seguía al mando de la 13 División nacional, que es una de las que inician las operaciones de aquel día, escribe en un informe: «La zona de ruptura estaba al sur de la carretera de Hinojosa del Duque, a la altura de nuestras posiciones de Cabeza Mesada, y la dirección del ataque fue Santa Eufemia-Almadén. Lanzadas al asalto nuestras tropas apoyadas por los carros, se rompe el frente enemigo, no sin que este oponga resistencia de infantería y de artillería, que nos ocasiona unas cincuenta bajas, entre ellas el último muerto, el teniente Aramendía, que llevaba dos años combatiendo en el batallón 73. Ocupadas las alturas de la Encinosa, núcleo principal de las organizaciones enemigas de segunda línea, sobre las que se concentra furiosa su artillería, el avance es muy rápido, alcanzándose en el día el río Guadarramillas. Una columna motorizada que manda el coronel Rubio, formada por fuerzas de la 24 División y por tres unidades de la 13, rebasa a la infantería y ocupa Santa Eufemia sosteniendo combates con una brigada, último acto del jefe del Ejército rojo de Extremadura para contener lo inevitable».

La ofensiva final se inicia, y con el mayor ímpetu, como una flecha dirigida hacia Almadén, que se ocupaba a la mañana siguiente. Esto pudiera constituir indicio para suponer que los nacionales estaban mejor o peor enterados de aquellos proyectos vagos relativos a destrucciones en las minas de mercurio que pudo haberse esgrimido —y no se esgrimió— como arma concreta en las negociaciones.

Como queda constancia desde los comienzos de este libro, antes del final de la ofensiva de Cataluña estaba proyectando Franco esta nueva ofensiva destinada a poner fin a la guerra. Madrid, ante cuya tenaz resistencia tantas veces se había estrellado el ejército nacional, figuraba como uno de los objetivos, no como el único y principal esta vez. Una de las características de la guerra española, cuyo complicado entramado no se presenta de manera concreta sino diluida, es algo que estaba en el ánimo, y aun diría en el subconsciente de muchos, que no de todos: una lucha entre el campo y la ciudad, de las provincias contra las capitales, de los «burgos podridos» y de las pequeñas ciudades contra las mayores, de amplios sectores de agricultores —grandes y pequeños propietarios rurales— contra la supremacía ejercida por los industriales. Una pugna entre aquellas provincias y comarcas marginadas, contra Madrid en primer término, y contra Barcelona, Valencia y Bilbao. Insisto en que se trataba de corrientes subterráneas, intuitivas, fáciles de rebatir si se quiere, pero no por eso menos ciertas, que, a medida que la guerra avanzaba, y más en esta fase final, se iban diluyendo y que persistían cada vez más soterradas gracias al impulso inicial. A veces resulta difícil creerlo: no eran el odio y la rivalidad los únicos móviles; subyacía un extraño y desesperado amor —o contra-amor— fratricida, que impulsaba a configurar a los demás a imagen y semejanza de aquellos que se creían en posesión de la única, eterna, inmarcesible verdad y someterlos a ella por la fuerza, ya que por convencimiento no resultaba factible. Y en ese sentimiento conflictivo, turbio, paradójico podían mezclarse indistintamente quienes con la terminación de la guerra iban a disfrutar de irresponsable omnipotencia para gobernar sus latifundios perdidos y con ellos a los míseros que habían osado manumitirse a los que recuperarían sus industrias y mandarían con leyes dictadas por ellos mismos, a

quienes pensaban en satisfacer venganzas, beneficiarse con ascensos, disfrutar de cargos, sinecuras o simples y nutritivas influencias, ascender escalones en lo político, en lo económico y social, en los escalafones profesionales, todos aquellos que pasarían facturas abultadas o menos abultadas, con aquellos otros que habían obrado sin más impulso que el cumplimiento de deberes de carácter ético-religioso y atendieron, por sentirse obligados, en primera o sucesivas convocatorias, y aceptaban el riesgo sin esperar premio o beneficio práctico y con los que, aunque integrados entre los vencedores, formarían en las filas del «proletariado» de los triunfantes, se reintegrarían a una modesta o sobria vida civil con disfrute de alguna medalla, mínimas pensiones, migajas del botín, pases para el tranvía o tolerancia en unos exámenes extraordinarios, facilidades para el ingreso en cuerpos subalternos o buenas palabras prodigadas en millares de discursos.

Los nacionales habían conquistado Barcelona y ahora se disponían a entrar en Madrid. Un formidable ejército, el más potente que a lo largo de su historia hubiese habido en España, se hallaba desplegado en un amplio frente. ¿Quién iba a pensar en rendiciones por mínimas que fuesen las condiciones otorgadas al enemigo? Había que arrollarlo, vencerlo, dejarlo inerme a la merced del vencedor; había que humillarlo.[1]

Podía evaluarse en unas sesenta divisiones las fuerzas que, dispuestas a combatir si así se lo exigía el enemigo, desplegaban a lo largo de una línea quebrada que se iniciaba en Nules y que penetraba hasta cerca de Segovia y Toledo y las provincias extremeñas para, después, bordeando Granada, morir en Motril. Esta era su composición y despliegue:

EJÉRCITO DE LEVANTE (teniente general Luis Orgaz Yoldi): compuesto por el Cuerpo de Ejército de Galicia (general Aranda), de Castilla (general Varela), de Aragón (general Moscardó), de Urgel (general Muñoz Grandes), Agrupación de Albarracín (general Latorre) y Agrupación de Guadalajara (general Perales). Iba desde el Mediterráneo hasta el norte de Guadalajara.

EJÉRCITO DEL CENTRO (teniente general Andrés Saliquet Zumeta): compuesto por el Cuerpo de Ejército de Madrid (general Espinosa de los Monteros), del Maestrazgo (general García Valiño), de Navarra (general Solchaga), CTV (general Gambara) y de Toledo

(general Ponte); Agrupación de Somosierra (general Serrador), Agrupación del Tajo (general Múgica). Comprendía desde el norte de Guadalajara hasta el frente de Extremadura.

EJÉRCITO DEL SUR (teniente general Gonzalo Queipo de Llano): Cuerpos de Ejército de Extremadura (general Solans), Marroquí (general Yagüe), de Córdoba (general Borbón), de Granada (general González Espinosa) y de Andalucía (general Muñoz Castellanos).

Estaba, además, la Aviación, que mandaba el general Alfredo Kindelán y Duany y que sabemos que contaba en su totalidad con 529 aparatos (lo cual no significa que todos estuvieran dispuestos para la ofensiva); 177 formaban la aviación propiamente nacional, 128 la Legión Cóndor, que mandaba Von Richtoffen, y 224 la aviación italiana o legionaria del general Monti. Moderada sería la acción del arma aérea en aquella que se denominó «ofensiva de la victoria», y más moderada aún la de la marina de guerra, que apenas hizo más que algún servicio de transporte.

A diferencia del ejército republicano, era un ejército totalmente profesional; los mandos eran jóvenes en su mayoría, experimentados muchos de ellos en las campañas de África. Se trataba de un ejército en que la disciplina, la fidelidad y unas ideas firmes y arraigadas, de una cierta elementalidad, sustituían a las convicciones políticas en sus escalones medios y superiores. Había generales y coroneles con simpatías hacia la monarquía alfonsina o de tendencias tradicionalistas y podía haberlos inclinados hacia los nuevos postulados falangistas; los había católicos y tibios (sin que faltaran los masones), pero cualquier creencia, política o inclinación quedaba supeditada a la disciplina, motor de la maquinaria destinada a ganar la guerra. En los mandos superiores quedaban en activo algunos antiguos generales, entre los cuales el de mayor edad sería entonces Queipo de Llano, que contaba 64 años, luego, Saliquet con 62 y Orgaz con 58. Entre el conjunto de los mandos, incluidos Marina y Aviación, el decanato debía ostentarlo el almirante Cervera Valderrama, con sus 69 años; Kindelán tenía 60. Las edades de los jefes más distinguidos, aquellos que se hicieron a lo largo de las campañas y que mandaban las unidades más prestigiosas, arrojaban un bajo promedio: Aranda, 51 años; Varela, 48; Muñoz Grandes, 43; García Valiño, 41; Alonso Vega, 50; Gambara, 54; Yagüe, 47; y los coroneles con mando de división, que

eran numerosos, solían ser aún más jóvenes. El mando supremo de los Ejércitos de Tierra, Mar y Aire, lo ejercía un general —Generalísimo— de 47 años y su principal mentor político, Ramón Serrano Suñer, no tenía más que 38. Y como a falta de datos más precisos hacemos el cálculo entre la fecha del nacimiento y 1939, hay que suponer que en el mes de marzo una considerable proporción de ellos no habrían siquiera cumplido la edad que se les señala y habría que calcularles un año menos.

Si hiciéramos un análisis paralelo del ejército republicano la media de edad sería muy inferior, pero hay que considerar que el ejército popular se reorganizó sobre otras bases, que se dieron mandos de milicias hasta escalones superiores y que conviene tener presente en alguna medida la presencia de los asesores soviéticos. Por lo demás, estamos refiriéndonos ahora al ejército nacional, qué demostró en su conjunto mayor coherencia, disciplina y eficacia y que ganó la guerra. En cuanto a valor, espíritu de sacrificio y otras virtudes que, aunque enmarcadas en lo castrense, son de raíz humana, a nadie puede ocurrírsele hoy establecer comparaciones; pues, a despecho de las intervenciones extranjeras que son conocidas, la gran mayoría de los hombres en ambos bandos eran de parecida extracción, incluso regional, con carga hacia a un lado u otro por motivos geográficos pero sin exclusiones.[2] Y aún hubo muchos que por diversas causas pelearon bajo las dos banderas, y aquí la palabra bandera, singularizada, es pura metáfora, porque flamearon muchas banderas distintas en la guerra de España.

Cuando el potente ejército que se desplegaba desde Nules a Motril precipitó la agonía de la república, desde que empezó a moverse provocó el hundimiento del último de sus gobiernos, el más débil y desesperanzado, y con levísimo sostén legal. Afirmar, como se ha hecho después, cuando ha resultado conveniente para atacar a sectores políticos rivales, que el ejército republicano, de no producirse el golpe casadista —o de no producirse la sublevación comunista si argumentan los contrarios— se hallaba en condiciones de aguantar, son ganas de hablar. Y para hablar se ha llegado a aumentar la cifra de combatientes hasta hacer que superaran ampliamente la de los nacionales. Pudo, en todo caso, resistirse

algunos días y en determinados puntos, pero al final igual se hubiese producido la desbandada y derrota. Ni el armamento ni la falta de suministros y transportes ni la moral de la tropa permitían milagros. No los hicieron: como tampoco los habían podido hacer en Barcelona dos meses antes. En el año 1939 Barcelona no se defendió; tampoco pudo hacerlo Madrid.

Detrás de ese ejército poderoso y arrogante que se disponía a arrollar a sus enemigos ¿qué o quién había en realidad? Porque resulta que, entre odios irracionales, exageraciones y simplificaciones, entre admiración incondicional y censura previa, parece que son pocos quienes hayan acertado a contar la verdad, sea porque en su ceguera no supieron —no saben aún— verla, sea porque les interesó —y sigue interesándoles— desconocerla, mixtificarla, negarla, ocultarla. Nada, ya lo hemos señalado, resulta tan devastador como el odio, y más cuando es la pluma la que en él se moja. La lectura de libros antiguos y de periódicos o folletos puede arrastrarnos a la confusión y a muchos ha contribuido a desconcertar. Tras aquellos soldados arcangélicos y viriles con fusil y manta en bandolera, tocados con casco o boina roja, con camisas caquis o azules y capotes manta, tras las imágenes abarrocadas de Sáez de Tejada y sus epígonos ¿había un pueblo unánime, fraterno, justo, religioso, esperanzado, heroico, patriótico, trabajador…?. Tras ese mismo —otro ejército— compuesto y dirigido por extranjeros y mercenarios, ayudado por colaboradores españoles, traidores que hacían almoneda física y moral de la patria, tras los moros violadores ¿había un pueblo unánime y oprimido, tiranizado, vejado, torturado por un corto número de chacales sanguinarios, de explotadores, fanáticos e inquisitoriales? Mejor que las ilustraciones de los pseudotiépolos y las agresivas caricaturas de los contrarios, examinemos las fotografías, que se hicieron por millares, y en ocasiones no podremos distinguir a qué bando se refieren; y son bastantes las que andan publicadas con el pie confundido. Observemos esas fotografías y veremos que entre los soldados y los hombres y mujeres que constituían lo que muy pronto iba a dejar de ser retaguardia no suelen descubrirse ni arcángeles ni monstruos. En los frentes de guerra, en las ciudades y los pueblos, en los campos, había hombres mejor o peor alimentados, mejor o peor vestidos, de condición desigual en lo económico, en cuanto a mando

o grado de sumisión; los había diversos en ideas y capacidad adquisitiva, en hartura, en entusiasmos, en desánimo; había desequilibrios referidos a educación a nivel cultural. Sabemos, eso sí, que era crecido el porcentaje de aquellos que sufrían entre paredes o alambradas y los que esperaban angustiados en el mismo filo que separa la vida de la muerte. Pesaba la influencia extranjera, la de aquellos gobiernos y países que habían ayudado al triunfo que iba a cosecharse, que lo habían hecho posible; pero resulta comprobable por documentos fehacientes y por la historia posterior que España no estaba vendida de monte a monte, de río a río, de mar a mar. Agobiaba la acumulación de poderes que la guerra había venido a acrecentar en amplias zonas del país, poderes de que disfrutaban los estamentos históricamente más poderosos, entre los cuales destacaban el ejército, árbitro supremo, y la Iglesia, levantada en ardorosa cruzada en que se interferían influencias espirituales y materiales, actuando sobre las conciencias de los miembros del ejército y de la propia Jefatura del Estado, cuando para ello se les presentaba resquicio abierto. Habían surgido, casi de la nada, los falangistas, predicando con ímpetu una revolución nacional-sindicalista que nadie sabía con exactitud en qué consistía ni qué posibilidad tenía de implantarse, revolución paupérrima en logros que no fueran verbales, pues en lo social más se había tendido a destruir lo que la república hizo de positivo que a construir apenas nada nuevo. Estaban los tradicionalistas, fuertes en la guerra y con arraigos regionales, fanáticos y con ribetes inquisitoriales en lo religioso, confusos en doctrina, manipulados desde alturas nebulosas. Y contaban, y mucho, los otros monárquicos, románticos en sus fidelidades dinásticas pero pragmáticos en sus tradicionales avideces económico-sociales-paternalistas, que basculaban entre lo feudal en el campo y la explotación capitalista en las ciudades y zonas industriales. Y también detrás de esos soldados, nutriéndolos con su trabajo, engrosando las filas con sus propios hijos, muchos de los cuales morían, animándoles, contribuyendo a las suscripciones, rezando o no rezando, hay que contar a amplios sectores de la derecha española, antiguos cedistas y agrarios, muchos republicanos moderados, conservadores del conservadurismo, liberales conservadorizados, hombres de acción y hombres de paz,

burgueses, funcionarios, comerciantes y dependientes, labradores y algunos obreros y peones, y hasta, pocos, hombres del mar y de la mina y siervos de la gleba contagiados por esperanzas o entusiasmos. Y a todos los niveles, ya se da por supuesto, las mujeres.

Pronunciábanse muchas y grandes palabras de sonoridad histórica, gloriosa, que permitían ensoñados imperios, tierras de promisión, palabras de contenido real escaso y difuso. Se discurseaba, se cantaba, se vitoreaba; se escribía y hablaba por los descosidos y no siempre letras y voces eran iguales o por lo menos convergentes, pero a quienes más se les permitía hablar eran los que menos iban a conseguir. Y en ese inmenso, y ya definitivo, conglomerado que era la España nacional o franquista estaban entreverados los otros, los vencidos entre los vencedores, distribuidos entre trincheras enemigas-amigas y límites geográficos que eran los de Portugal y Francia por tierra, y por mar los del norte de la costa mediterránea desde Burriana a Port-Bou y por el sur desde Motril a Gibraltar, más el íntegro conjunto de las riberas atlánticas y cantábricas; esos «otros» callaban apretando labios y dientes o se disponían a incorporarse —de buena o mala fe — al vencedor, porque hasta la esperanza les iba a ser arrebatada.

En aquellos últimos días de la guerra, millones de españoles vivían esperanzados, fervientes, y las embriagueces podían también enmascarar desilusiones presentidas y no reconocidas, y egoísmos disimulados al acecho. El acercamiento hacia España nacional de las democracias, menos a contrapelo de lo que se suponía, la dirección que creían iba a tomar el mundo, los ensueños imperiales e inconcretos, el desfile de la Victoria celebrado, por añadidura y anticipado, en Barcelona, que movió a paso militar a ochenta mil hombres, las noticias optimistas que desbordaban cualquier capacidad de recepción ponderada, promesas de acabar en pocos días con la servidumbre atroz de la guerra, todo era propicio para mantener climas de exaltación que, no porque después los motivos hayan sido escamoteados o disminuidos en regateo, dejaron entonces de ser reales y operantes.

Si unos españoles vieron solo —y motivos no les faltaban— la implantación del Apocalipsis, otros creyeron en la implantación

triunfal del Paraíso, implantación que no solo no resultó cierta, es que ni siquiera era posible, porque los deseos sinceros, o menos sinceros, de justicias absolutas y perfectas resultaban incompatibles con ese vago anhelo de disfrute del justificado botín que anima a los vencedores y a aquellos que les acompañan.

De tuerto puede calificarse a cualquier historiador que pretenda escribir desde los vencedores o desde los vencidos; y si le hemos calificado de tuerto añadiremos que la visión del otro ojo también la tendrá alterada. Si los combatientes de un lado y quienes les apoyaban eran de una misma nación que los vencidos, cualquier historia parcial será falsa, inexistente, inconsistente, puro sueño. Quizá resulte más fácil escribirla así, y más provechoso para quien lo haga acomodándose a los ecos todavía sonoros, actuantes y poderosos en su peligrosidad.

XXX

Queda en páginas anteriores constancia de una alusión a deserciones de aviones republicanos, concretamente a tres de tipo «Dragón», que levantaron vuelo desde Totana (Murcia) con veinte personas a bordo, por efecto de un golpe de mano de elementos comunistas sobre aquel aeródromo. Hemos procurado ir recogiendo noticias aquí y allá y, como viene sucediéndonos, se observan discrepancias sobre fechas. De la marcha de esos tres «Dragones» y de media docena de avionetas de la escuela de Totana, tripuladas por aviadores jóvenes, hay constancia a través de un testigo que pertenecía a la II Región Aérea, en cuya zona la disciplina se había relajado más que en otras a causa de enfrentamientos entre casadistas y negrinistas-comunistas, que se reflejó por arrestos practicados sobre estos últimos. Pero, según ese testimonio, la huida de lo aparatos tuvo que producirse unos días antes. A causa de esta situación se impuso un relevo de mandos en la II Región Aérea (Santiago de la Ribera) y el teniente coronel Abelardo Moreno Miró fue destinado a otro lugar y a desempeñar distintas funciones y se hizo cargo de aquella zona el teniente coronel Enrique Pereira, que procedía de la V Región. Existe constancia, por testimonio solvente, de otra deserción de mayor importancia: una escuadrilla de «Natachas» tomó rumbo al sur después de que el aeródromo en que se hallaban fue asaltado por los comunistas. El nombre del aeródromo lo desconozco, pero pudiera ser el de Totana. De Los Alcázares escapó otro avión, motivo por el cual fue destituido su jefe.

Conviene recordar que el plazo señalado por los nacionales para la entrega de la aviación republicana finalizaba el día 25, sábado por la tarde y que, tras romperse las negociaciones, el Consejo envió

un mensaje comprometiéndose a hacer la entrega el 27, lunes, y que en nuevo comunicado se sugería la posibilidad de que se hiciera la misma tarde del 26. Para estudiar estas posibilidades el general Matallana telefoneó a Cascón, que había sustituido a Antonio Camacho en el mando de la Aviación de la zona, y se hallaba en Los Llanos.

Existen motivos suficientes para suponer que Palmiro Togliatti, Pedro Checa y otros dirigentes despegaron de Totana, por lo cual y en líneas generales vamos a seguir el relato de Jesús Hernández, pues de los dirigentes comunistas que han dejado libros escritos es el único, que yo conozca, que no despegó de Monóvar en fechas y circunstancias que nos son conocidas.

Con prudencia deben aceptarse las noticias que nos da Hernández; así, cuando en la última parte de su libro[1] transcribe una larga conversación con Checa, en la cual se prodigan acusaciones contra la URSS, contra Togliatti, Stepanov y algunos dirigentes españoles. Sin poderse negar rotundamente la autenticidad de tales diálogos, hay razones sobradas para considerarlos apócrifos, pues de otra manera se hace difícil admitir que el propio Hernández se trasladara poco después a la URSS y que Checa hiciera lo mismo. Es presumible que en esta conversación exponga Hernández criterios o conclusiones posteriores, su interpretación personal de la conducta que los soviéticos tuvieron con respecto a la república española, en particular en sus fases finales. Resulta curioso confrontar este diálogo con lo que, por su parte, cuenta Hidalgo de Cisneros de su visita a la URSS.

Después de esta conversación con Checa, relata que el 25 de marzo, fecha en que los nacionales exigían la entrega de la aviación, pero que, añadimos, no es fácil que fuera ese hecho conocido por él entonces, se hallaba en Cartagena, pues el buró político (no precisa cuál y nos ha contado antes que él mismo había fundado uno y que lo dirigía) le había encargado que se ocupara de la evacuación de los mandos comunistas. En Cartagena, según Hernández, no había ni una barca de pesca disponible. Habla de deserciones en masa, de caravanas por las carreteras y describe una situación que debe confundir con cosas que le contarían después, que pudieron ocurrir en los días posteriores a su partida. Averiguó que cerca de Murcia, sin precisar el punto, había una escuela de

aviación con tres o cuatro «Dragones», y en otro aeródromo —había muchos en aquella zona— localizó una docena de «Natachas» guardados por un centenar de soldados de Aviación que, como sus jefes y los pilotos, habían acatado la autoridad de lo que él llama la «Junta» y nosotros Consejo Nacional de Defensa. Mandó un comunicado a Valencia para que aquellos que desearan evacuar se pusieran en camino, y dice que fueron presentándose dentro de las cuarenta y ocho horas siguientes unos cincuenta camaradas con esposas e hijos. Cita entre ellos a Diéguez, miembro del Comité Central, a Uribes, diputado por Valencia y miembro suplente del buró, a Togliatti, Checa, Zapiráin, Palau y los dirigentes de las JSU (Claudín probablemente entre ellos, aunque no le nombra). Larrañaga, que les acompañaba, se había decidido que permaneciera en España para organizar la lucha clandestina, en cuyo trabajo le venía ayudando Checa. Según Hernández era él quien había planeado el golpe y formaron una caravana de coches, precedidos por hombres de la 10 División que ocupaban un camión con fusiles ametralladores, sorprendieron a los centinelas y se apoderaron del aeródromo. Alguno de los pilotos realizó de buen grado el servicio que se le exigía, otro lo hizo a punta de pistola. Parece que los dirigentes del PCE salieron en los «Dragones» y los de las JSU en los «Natachas». En esa misma expedición o en otra de semejantes características debieron abandonar España Artemio Precioso, Joaquín Rodríguez, Víctor Frutos y más militantes, oficiales y comisarios. Cabe la posibilidad de que Jesús Hernández no fuera el padre de la idea y que los aparatos estuvieran ya bajo «observación» de los militares comunistas que sofocaron la revuelta de Cartagena. ¿Levantaron vuelo durante el día 27 o al amanecer del 28? Por el momento parece difícil ponerlo en claro, si bien no tiene demasiada importancia. La ofensiva nacional se inició el 26; el 27 los frentes estaban desbordados, pero Hernández no pudo presenciar el éxodo que describe.

Ettore Vanni narra estos hechos con variantes y nombra a un comandante de Aviación, C. Ramos, del cual no hemos hallado otros antecedentes, que facilitó la acción de los fugitivos. En los datos comprobables incurre en errores, lo cual obliga a considerar que su testimonio debe ser utilizado solo cuando sea posible confirmarlo con otras fuentes, cosa que en diversos aspectos no lo

es. En cuanto a sus juicios de carácter político, sobre ser personales, ni siquiera sirven de ilustración sobre actitudes comunistas referidas a la época, porque fueron escritos cuando regresó de la URSS muchos años después y en él se había operado un radical cambio político que podía deformarle los recuerdos o influir en la manera de evocarlos. No dejan de tener interés las observaciones que hace sobre Togliatti por ser ambos de la misma nacionalidad y porque convivieron los días anteriores a la marcha. Comenta el desencanto y la sensación de abandono que le acompañaban y cómo tenía que andar ocultándose el hombre más poderoso del Partido, y cómo el 12 de marzo hizo que su mujer enviara a Francia un telegrama en clave: «*Envoyez pommes de terre*» —y patatas significaba barcos—, telegrama que no fue atendido por sus camaradas franceses. Es verosímil que los últimos días de Togliatti en España transcurrieran bajo el signo de la amargura y el desencanto, incluso de cierto temor a ser abandonado. Contaba entonces Palmiro Togliatti cuarenta y cinco años de edad; ¿hasta qué punto su experiencia española pudo influir en su posterior trayectoria política?

La rotura de los frentes, que anunciaba la gran ofensiva, es el toque de alerta que precipita el derrumbamiento final. El Consejo de Defensa, lo mismo que el ejército, ha vivido unos días de calma ilusoria y ahora ha de enfrentarse con la situación real: la agonía ante el irremediable final que de tan esperado parecía que no iba a producirse. A Casado le consta que cualquier resistencia es imposible y que de intentarse solo contribuirá a aumentar el número de bajas; pero, al mismo tiempo, y como consecuencia de la incomunicación con el enemigo, puede conservar tenue esperanza de que alguno de los puntos tratados sobre la evacuación será respetado, y esa evacuación, cuya puesta en práctica había sido descuidada, se presenta ahora como el problema más apremiante y casi único. Si los republicanos no oponen resistencia, si el ejército, que ya está disolviéndose, se disuelve, pudiera ocurrir que el avance de los nacionales, al desaparecer las causas que les impulsan a practicar la «guerra relámpago», se haga con menos rapidez por haber cesado el apremio.

Las emisoras nacionales desarrollan una gran actividad —lo que después se llamará guerra de nervios— y entre alocuciones y noticias emocionadas y apremiantes, radian las «Concesiones del

Generalísimo», que contribuirán a acelerar el proceso de descomposición del ejército derrotado.

Muchos jefes y oficiales, no todos, como algunos han escrito, abandonan sus puestos y se retiran a sus casas, tratan de ocultarse o de ganar el camino de la costa. Lo mismo hace un crecido número de comisarios. En otras unidades son los soldados quienes comienzan a dispersarse. Los abandonos en masa se inician al día siguiente de comenzar la ofensiva y se incrementan en los sucesivos. Permanecen en sus puestos algunos jefes, estados mayores y oficiales, que mantienen un cierto orden en sus unidades y se repliegan tanto de los frentes como de otros puntos de retaguardia. Habrá quienes se rindan con ciertas formalidades y hagan entrega de ganados y material y quienes se presentan al enemigo en situación ambigua entre evadido y prisionero.

Durante la tarde del 26 los consejeros deciden dar pública cuenta de lo ocurrido; es un postrer intento de justificarse por el fracaso de su gestión, por el hundimiento de sus esperanzas y, al mismo tiempo, medida encaminada a evitar que sobrevenga la catástrofe del desorden final y paroxístico, pues desorden y confusión resultan inevitables. Es José del Río quien hace ante el micrófono una detallada exposición, coloca las cartas boca arriba, y explica la marcha de las gestiones tal como la conocemos en la interpretación de Casado, que siendo la verdad podría alegarse que no es toda la verdad. Añade Del Río al término de esta rendición de cuentas: «La difícil situación en que la manera de proceder del Gobierno nacionalista ha colocado al Consejo Nacional de Defensa, no logrará apartarle del cumplimiento de su deber, por penoso que este sea. Queremos hacer constar que nuestra preocupación primordial en estos momentos está puesta en la evacuación de los ciudadanos de la zona republicana que deseen expatriarse y en evitar movimientos desordenados que nos serían gravemente desfavorables. Atentos a la consecución de esta finalidad, así como a hacer frente a las contingencias derivadas de la acción del adversario, rogamos a todos que no acojan iniciativas individuales ni acaten otras órdenes y disposiciones que las que procedan del Consejo Nacional de Defensa».

Arropando lo leído por el secretario del Consejo, hablaron a continuación algunas personalidades representativas de las que aún

permanecían en Madrid. Así lo hicieron Bruno Navarro por la UGT, Gómez Ejido por la Agrupación Socialista madrileña, González Marín (que Casado no nombra) por la CNT y, por último, el propio Casado. El tono general de estas alocuciones iba dirigido a dar sensación de confianza y solicitar apoyos para el Consejo Nacional de Defensa. La gravedad del momento era reconocida pero los discursos se deslizaban hacia la ambigüedad. Gómez Ejido decía en uno de los párrafos: «Estamos seguros de que Madrid tendrá el gesto elegante y heroico de saber perder y sabrá también recoger en una frase irónica la amargura de saberse vencido, para volver a renacer. Serenidad y no hacer caso de bulos que contribuyan a empeorar la situación». Trataba Casado igualmente de comunicar confianza —¿para qué?— a los radioyentes e infundirles seguridad en el Consejo, ocultando que se hallaban desbordados: «Puedo afirmar que no se ha producido en toda la zona leal ningún acontecimiento que sea contrario al plan concebido por nosotros al erigirnos en poder constituido de la España republicana». En otro párrafo añadía: «En ningún momento el Consejo se ha apartado de la idea para la que fue constituido y, por esa causa, podemos asegurar que todo se resolverá con arreglo a nuestros deseos, que no son otros —repetimos— que acabar la guerra pronto y llegar a una paz rápida para bien de España…».

Estas alocuciones radiadas si por una parte podían contribuir a que no se produjeran desórdenes, contribuirían asimismo a comunicar a muchos falsas esperanzas, induciéndolos a creer que se había llegado a una paz fraterna y al «aquí no ha pasado nada». Los madrileños y el resto de los habitantes de la zona republicana estaban habituados a escuchar las radios nacionales y su confusión sería todavía mayor, salvo en aquellos que esperaban con impaciencia la entrada de las tropas «suyas», pues a esos lo que dijera o dejara de decir cualquier portavoz del Consejo les sonaba a música celestial.

Al amanecer del día siguiente, lunes 27, se rompe el frente de Toledo y se ponen en marcha tres cuerpos de ejército, Maestrazgo, Navarra y CTV, sin hallar más que resistencias esporádicas, casi nada. Vuelan aviones a baja altura sobre Madrid y alguna batería antiaérea dispara contra ellos. La maniobra militar en una de sus direcciones tendía a dejar aislada la capital. Es el momento en que

los soldados abandonaron los frentes y muchos de ellos se acogieron al refugio que para ellos representaba la ciudad de Madrid. Hubo casos de confraternización en las trincheras, pero las tropas nacionales mantenían la disciplina aunque a oficiales y soldados les comiera la impaciencia. En puntos de los alrededores se concentraban camiones con víveres destinados a aliviar el hambre y las privaciones sufridas por la población civil. Numerosos soldados republicanos se pasaban a las filas nacionales y en particular quienes tenían sus familias del lado de allá de las trincheras. Cuenta Casado que dio órdenes a los jefes de los cuerpos de ejército del frente de Madrid de que no se opusieran a las deserciones, por cuanto resultaba inútil pretenderlo.

Nadie, o casi nadie, se enteró de que aquel mismo día el conde de Jordana firmaba, tras un prolongado forcejeo, el pacto Anti-Komintern, al cual estaban adheridos Italia, Alemania y Japón, pero con el compromiso de que la firma no se haría pública hasta más adelante. Tampoco se habían enterado los republicanos, y poco podía importarles, que tres días antes el mariscal Pétain, que entonces era para todos los franceses el héroe de Verdún, había presentado cartas credenciales al jefe del Estado español ni de las circunstancias que concurrieron en aquel acto. Ni supieron tampoco que la aproximación Francia-España levantó suspicacias en la Italia fascista.

El día 27 celebró el Consejo Nacional de Defensa la última de sus reuniones en Madrid. Por enfermedad del republicano San Andrés, que venía de días atrás, había sido nombrado para sustituirle Ramón Ariño, también miembro de Izquierda Republicana.

A última hora, y considerando lo apretado de la situación y que nada les quedaba por hacer, decidieron que los consejeros se trasladaran a Valencia para organizar la evacuación, pues aquellas juntas a que nos hemos referido se habían puesto en marcha. El coronel Casado y Val permanecerían todavía en Madrid y Julián Besteiro ha decidido quedarse hasta el fin, hasta que entre el enemigo. La salud del profesor era precaria y, sin embargo, daba señales de resignada entereza. Muchos han dejado escrito que le vieron en aquellos momentos y que le exhortaron a la marcha, y son diversas las respuestas que se le atribuyen. En conversaciones

particulares fueron también varios quienes me manifestaron haberse despedido de Besteiro en las últimas horas. Escribe Wenceslao Carrillo: «Encontrándose viejo y enfermo y habiendo perdido toda ilusión en el futuro del Socialismo no pensaba moverse de Madrid».

El día 27, Casado, en su calidad de consejero de Defensa hemos de suponer, dio orden al coronel Adolfo Prada de que rindiera el Ejército del Centro, un ejército apenas sin soldados que reducía el acto a simbolismo vagamente enlazado con las condiciones impuestas por el enemigo. El jefe de la 26 División nacional, que guarnecía el sector de la Casa de Campo y Ciudad Universitaria, respondió que se presentara al día siguiente a las 13 horas para el acto de la rendición. Al puesto de mando del coronel Losas, que había avanzado desde Móstoles a la primera línea, acudieron agentes del SIPM para dar cuenta de la situación en Madrid.

A las 7 de la mañana del día 28 recibía Cipriano Mera por teletipo la orden de Casado de trasladarse a Valencia. En su cuerpo de ejército no se habían producido apenas deserciones, o por lo menos con carácter de desbandada, y cuando recibió el teletipo ya había ordenado el repliegue de la primera línea. En el mismo sentido de que se dirigiera a Valencia recibió mensaje de Eduardo Val. Abandonaron el puesto de mando en dos coches hacia las 11 de la mañana; iban con Cipriano Mera, Liberino González, Rufino Estellés, que mandaba la Artillería, Antonio Verardini, jefe de su EM, José Luzón, comandante de la 23 División, Manuel Valle y Acracio Ruiz, ambos comisarios de División, y Feliciano Benito, que lo era del Cuerpo de Ejército. Poco después se personó el mayor Rafael Calzada y, por orden de Casado, mandó que se depositaran las armas y que cada cual tomara el camino de la retaguardia; deseaba asegurarse de que no iban a producirse resistencias desesperadas.

Con certeza no se conoce la hora exacta en que el coronel Casado abandonó Madrid; cuenta él que no lo hizo hasta que Prada rindió la capital al enemigo. Despegó en un avión de Algete (Guadalajara) en compañía de Eduardo Val y de otros cuyo nombre no precisa. Es García Pradas quien cuenta que él se trasladó a Valencia en el mismo aparato que Casado y nombra, incidentalmente, al general Matallana y a Salgado. El avión era capaz para treinta plazas; ignoramos si se ocuparon todas.

A la hora indicada, el coronel Prada Vaquero, su jefe de EM García Viñals, el mayor Francisco Urzáiz y el teniente coronel médico Manuel Medina Garijo, acompañados de una pequeña escolta formularia, se presentaron en las líneas nacionales. Tal como aparecen en fotografías que se sacaron del acto, el coronel Prada viste chaquetón de cuero y se toca con gorro militar sin borla (la borla rara vez la usaron los republicanos), mientras que el coronel Losas lleva gorra de plato y chilaba moruna. El recibimiento por parte de Losas se caracterizó por su extrema frialdad, y tras el acto de la entrega y un corto cambio de impresiones sobre la situación interna de la plaza, los oficiales republicanos pasaron a ser considerados prisioneros.

Numerosos madrileños se dirigían hacia la Casa de Campo y la Ciudad Universitaria para pedir que se acelerara la entrada de los nacionales pero el general Espinosa de los Monteros, que mandaba el cuerpo de ejército, esperaba órdenes superiores; además se estaban retirando minas.

En el interior de la ciudad, los miembros de la quinta columna, que se habían echado a la calle desguarnecida de enemigos, van ocupando algunos edificios. Aparecen banderas y colgaduras en ventanas y balcones; las más son banderas confeccionadas con trozos de otras republicanas despiezadas, o cosiendo tejidos de colores rojo y amarillo. Con carácter provisional y anuencia de los falangistas se hace cargo de la alcaldía un concejal anarquista, Melchor Rodríguez, que por haber ocupado el cargo de director general de Prisiones había salvado a numerosas personas de derechas y era conocido de ellas. Sus contactos benévolos con los presos y sus familias le otorgaban prestigio al tiempo que avalaban su recto proceder. Numerosas son las fotografías que se conservan de estas primeras horas «nacionales» de Madrid y de la entrada del ejército franquista para desmentir a aquellos que afirman que la población les hizo el vacío; obstinarse en volver la espalda a la realidad es táctica de avestruces.

Los miembros de las centurias falangistas abandonaron la clandestinidad de manera definitiva. A las 9 de la mañana de aquel día 28, Fernando Suárez de la Dehesa, que era subjefe de milicias, recibió la orden de Pío de Miguel, que lo estaba a las de Manolo Valdés, a quien podía considerarse ya jefe provincial, de que se

dirigiera a San Lorenzo, una de las cárceles del SIM, para poner en libertad a los presos. Así lo hizo, presentándose en el establecimiento penitenciario y preguntando por el director, a quien conminó a que desarmara a los oficiales de prisiones y librera a los detenidos, sin que el director opusiera resistencia. Pío de Miguel Izurzun se dirigió a la Dirección General de Seguridad, situada en la calle de Serrano, 35 y allí detuvo a la persona que en aquel momento ejercía la jefatura, conminándole a permanecer en el puesto hasta que entraran los soldados nacionales. Después, él y otros se dedicaron a recorrer los frentes próximos, exhortado a los pocos soldados que aún estaban allí, o a los que encontraban armados por el camino o en cualquier punto, a que abandonaran las armas y se marcharan a sus casas o se disolvieran en la población.

Aquellos que pasaron meses, o años, acogidos a la protección de las embajadas y legaciones extranjeras, salieron a la calle. Entre todos íbanse formando pequeñas manifestaciones, con o sin banderas, que recorrían las vías céntricas. En muchos edificios públicos, piquetes de guardias de asalto, que se acomodaban a la nueva situación, continuaron prestando servicio. Es esta mañana del martes, 28, durante las horas que preceden a la entrada de las tropas nacionales, uno de los momentos más intensos y contradictorios de la historia madrileña. Mientras unos abandonaban cárceles y escondites dominados por la alegría y el entusiasmo que les desbordaba, entreverada de sentimientos revanchistas, hay otros que se esfuerzan por cambiarse al platillo de la balanza que va a quedar como único válido momentos después. Y están otros todavía, los desesperados, derrotados, que tratan de escapar en automóviles y camiones, armados aún, dispuestos a abrirse paso a tiros camino de los puertos; han de ganar Valencia, Alicante, Cartagena, como sea. Y aún hay considerable masa de madrileños apenados, entristecidos, desencantados y temerosos —y hasta resignados— que basculan entre el terror y la esperanza de sobrevivir al nuevo calvario que les espera. Imposible resulta generalizar, porque hay aquel que, cansado de persecuciones y sustos, accedió a colaborar e incluso el que se excedió en el empeño y ahora no sabe a qué carta quedarse, ni si pesará más su antigua historia o su posterior trayecto, y aquel otro que siguió inverso camino y en un momento dado, al principio, en medio o al final,

asqueado, atemorizado o bajo influjo de la fatiga, cambió de bando, pero más en el interior de su conciencia o en conversaciones privadas que por medio de actos concretos y ahora demostrables. Y los soldados, oficiales y comisarios, los jefes republicanos, masones unos, pseudocomunistas que aceptaron un carnet que les protegía, apolíticos o derechistas antiguos que se vieron constreñidos a servir en el ejército popular hoy derrotado. Cualquier generalización conduce al error; un millón de madrileños suponía un millón de casos distintos, aunque podrían agruparse en cuatro o cinco grandes clasificaciones y a esas someras clasificaciones acomodaban sus actitudes externas, y aun internas, eludiendo matices.

Nos cuenta Eduardo de Guzmán, director del periódico libertario *Castilla Libre,* su salida de Madrid y cómo quedó indefenso en medio de la calle el viejo ácrata, luchador y periodista Mauro Bajatierra, que moriría poco después de manera violenta y no aclarada por las distintas versiones que de su muerte han circulado en letra impresa y de forma verbal.

En puntos aislados se producen algunos tiroteos; es el choque natural entre esa exaltación vindicativa a que nos hemos referido y la necesidad de abrirse camino a cualquier precio. Es también la pugna desesperada por conseguir medios de transporte que se desarrolla entre personas que habían por lo común andado listas de dedo y que las circunstancias en que han vivido los últimos meses —y algunos desde siempre— les han llevado a apreciar en poco la propia vida y en mucho menos la ajena. Los choques, sin embargo, son escasos, muy inferiores en número, importancia y consecuencia, a lo que podía preverse. Dos corrientes opuestas circulan por cauces distintos, paralelos y muy próximos, pero nada más. Es como si en esta mañana decisiva se hubiese establecido tácito armisticio entre enemigos irreconciliables durante el cual cada uno va a su avío.

Podríamos llenar centenares, millares de páginas relatando no solo lo que ocurre en Madrid sino en el resto de España, pero, insisto, nos limitaremos a generalizar por un lado y a exponer algún caso aislado a manera de muestra. Entre el ensimismamiento y sentimiento colectivos que pueden llegar a gregarios, los españoles, sin excluir a los de la zona nacional —si bien en muchos de ellos aquellos sentimientos se simplificaban— tienen conciencia de que asisten a un gran cambio, abierto para unos a delirantes esperanzas

y cerrado para muchos, vía ineludible hacia la desesperanza y el horror que presienten próximos a materializarse, y no yerran. Porque a la aventura directamente bélica hay que añadirle lo personal, que supone alternativas tremendas: muertes y salvaciones, reencuentros y separaciones, libertad o privación de la libertad, recuperación de la riqueza o de situaciones privilegiadas o condena a la miseria, mandar u obedecer, desposeído de derecho y recurso, disponer del provenir o perder cualquier posibilidad de preverlo, darse de cara con el amigo, con el hermano, vecino o pariente que luchó en bando opuesto, o con sus padres, su viuda, los huérfanos que dejó al quedar tumbado en un frente cualquiera, en una cuneta, junto al paredón, bajo las bombas. Y están los mutilados, aquellos que dejaron miembros en el camino o perdieron la integridad funcional, quienes por mala adecuación entre sus sentimientos y sus actos quedaron espiritualmente mutilados, quienes de cualquier manera estaban de antemano condenados a perder. Y había religiosos y monjas, que se entregaron al amor, a la sexualidad, incluso al matrimonio, como a algo que no sabían —inhibidos— si era mero ensayo, situación coyuntural, o toma de estado, antiestado, definitiva, y ahora se les presenta el momento de la decisión ineludible, dislacerante para la conciencia. De manera paralela, otras situaciones conflictivas se multiplican: matrimonios a quienes la guerra separó y el marido o la mujer se entregaron por amor, angustia, o por la fuerza de las circunstancias a nuevo emparejamiento, único o plural, hijos que nacieron demasiados meses después de la ausencia del padre, nuevas costumbres, malas costumbres, contraídas a lo largo de prolongadas separaciones que ahora saltarán a la vista, que herirán, sacrificios morales o complacencias que imponía la necesidad de supervivencia propia o de familiares, vocaciones puestas a prueba, votos quebrantados, casas y objetos perdidos, bienes mal adquiridos, vidrios rotos.

Entre alegría, desesperanza y temores, Madrid y España entera vibran en un alarde paroxístico que es culminación de treinta y dos largos meses de tensión angustiosa. Un sentimiento, el más generalizado entre vencedores, vacilantes y vencidos, unifica bastante a todos ellos: el deseo de supervivencia, la explosión vital que impulsa a gozar del presente o el porvenir más inmediato, a conservar la vida a partir de este preciso momento, a salvarse

puesto que hasta aquí se han salvado. Y consciente o subconscientemente, participan de ese deseo, por vías normales o torcidos vericuetos, incluso quienes buscan la escapatoria en la huida y hasta aquellos que dos días después se suicidarán en Alicante.

Existen contradicciones horarias sobre la entrada de las tropas nacionales en Madrid, pues para empezar había una hora de diferencia entre los relojes nacionales y republicanos. Quien afirma que entraron a una hora y quien a otra, si bien teniendo en cuenta los largos trayectos que recorrieron y que debían hacerlo a ritmo bastante lento, dependerá asimismo del lugar en que fuera cronometrado su paso, o si se refieren a su llegada al centro. Las primeras fuerzas que penetraron, y era honor que se les reservaba, fueron las que guarnecían la Ciudad Universitaria y Casa de Campo, aquellas que mandaba el coronel Losas. Si el acto oficial de la rendición tuvo lugar a las 13 horas, no pudieron ponerse en marcha más que en las primeras horas de la tarde. Pertenecían al I Cuerpo de Ejército, llamado de Madrid, a cuyo frente estaba el general Espinosa de los Monteros. Del oeste llegaba el propio coronel Losas, mientas que el coronel Caso, con la 20 División, lo hacía por los barrios del sur, cruzando el Manzanares y subiendo hacia la Glorieta de Atocha; Ríos Capapé, por las Ventas hacia la plaza de Manuel Becerra, entraba por el este. No hubo oposición; los partidarios de Franco y algunos que no lo fueron hasta el último momento los aclamaban: tremolaban banderas y daban vivas y mueras hasta enronquecer. Con las tropas, tras las tropas, llegaban camiones con víveres, los del Auxilio Social y Frentes y Hospitales, y doscientos miembros del Cuerpo Jurídico Militar. Se rompían retratos y arrancaban carteles, se hacían saltar rótulos de calles y edificios, se desmontaban barricadas, surgían curas y frailes repartiendo bendiciones y guardias civiles que habían conservado su antiguo uniforme. Los servicios de radiodifusión se habían adelantado a los soldados y se emitía desde antes de la llegada de las tropas dando órdenes, lanzando consignas, vivas, música de nuevos himnos y antiguos y de recientes marchas militares. Entre los que ensayaban el nuevo saludo, que en unas horas se hizo obligatorio aun antes de serlo, no faltaban soldados con uniforme republicano; unas conocidas pero siempre sorprendentes fotografías

dan testimonio de cómo un grupo de jefes, vestidos con sus uniformes, no se sabe si de grado o con escasa voluntad, levantan el brazo con la mano abierta. Empiezan a imponerse consignas para que quienes pertenecieron al ejército vencido

XXXI

Existen contradicciones horarias sobre la entrada de las tropas nacionales en Madrid, pues para empezar había una hora de diferencia entre los relojes nacionales y republicanos. Quien afirma que entraron a una hora y quien a otra, si bien teniendo en cuenta los largos trayectos que recorrieron y que debían hacerlo a ritmo bastante lento, dependerá asimismo del lugar en que fuera cronometrado su paso, o si se refieren a su llegada al centro. Las primeras fuerzas que penetraron, y era honor que se les reservaba, fueron las que guarnecían la Ciudad Universitaria y Casa de Campo, aquellas que mandaba el coronel Losas. Si el acto oficial de la rendición tuvo lugar a las 13 horas, no pudieron ponerse en marcha más que en las primeras horas de la tarde. Pertenecían al I Cuerpo de Ejército, llamado de Madrid, a cuyo frente estaba el general Espinosa de los Monteros. Del oeste llegaba el propio coronel Losas, mientas que el coronel Caso, con la 20 División, lo hacía por los barrios del sur, cruzando el Manzanares y subiendo hacia la Glorieta de Atocha; Ríos Capapé, por las Ventas hacia la plaza de Manuel Becerra, entraba por el este. No hubo oposición; los partidarios de Franco y algunos que no lo fueron hasta el último momento los aclamaban: tremolaban banderas y daban vivas y mueras hasta enronquecer. Con las tropas, tras las tropas, llegaban camiones con víveres, los del Auxilio Social y Frentes y Hospitales, y doscientos miembros del Cuerpo Jurídico Militar. Se rompían retratos y arrancaban carteles, se hacían saltar rótulos de calles y edificios, se desmontaban barricadas, surgían curas y frailes repartiendo bendiciones y guardias civiles que habían conservado su antiguo uniforme. Los servicios de radiodifusión se habían adelantado a los soldados y se emitía desde antes de la llegada de

las tropas dando órdenes, lanzando consignas, vivas, música de nuevos himnos y antiguos y de recientes marchas militares. Entre los que ensayaban el nuevo saludo, que en unas horas se hizo obligatorio aun antes de serlo, no faltaban soldados con uniforme republicano; unas conocidas pero siempre sorprendentes fotografías dan testimonio de cómo un grupo de jefes, vestidos con sus uniformes, no se sabe si de grado o con escasa voluntad, levantan el brazo con la mano abierta. Empiezan a imponerse consignas para que quienes pertenecieron al ejército vencido

depositen sus armas en determinados puntos y se concentren ellos mismos; se observan esfuerzos por reorganizar la vida civil.

Agencias extranjeras y algunos periódicos de zona nacional transmiten una noticia equivocada, confundiendo a Melchor Rodríguez, el anarquista que ocupa la alcaldía durante las horas de transición, con un concejal derechista. Y fue el propio Melchor Rodríguez quien por la mañana hizo un llamamiento a los funcionarios municipales expulsados, presos o en cualquier situación anómala para que se reincorporaran a sus antiguos puestos con el fin de que la municipalidad comenzara a funcionar. Minas en la Ciudad Universitaria, ruinas en la periferia y en todo Madrid, barricadas, defensas para las estatuas, y basura, ingentes cantidades de basura por las calles. Solo durante unas horas permanecieron las cárceles vacías. En cuanto a las embajadas, donde millares de madrileños salvaron la vida o la libertad, no volverán a llenarse: se acabó el derecho de asilo.

La noticia de que las tropas de Franco han entrado en Madrid corre por el mundo entero y despierta ecos contrapuestos; a nadie le dejará indiferente. En las ciudades de la zona nacional, en los pueblos, voltearon las campanas, las emisoras de radio convocaron a la población, se formaban manifestaciones que acudían al edificio público más caracterizado en cada lugar desde cuyos balcones, entre colgaduras y banderas, se lanzan encendidos discursos, en las catedrales e iglesias se entonaron multitudinarios tedéums,[1] se cantan los himnos y otras canciones, los soldados que estaban con permiso, los convalecientes, los heridos menos graves, los que ocupaban puestos en la retaguardia, las hermanas, las novias o esposas de los combatientes, las madrinas, los jóvenes todos de ambos sexos, incluidas muchas de las mujeres cuyos hermanos,

novios o maridos penaban en campos de concentración o cárceles, veían llegado el final de la guerra, el final del sufrimiento, del peligro de cada día, como si una losa comenzara a alzarse, y se entregaban a una exaltación de la camaradería, de la vitalidad juvenil que podía exteriorizarse en apretados contactos indiscriminados y escasamente furtivos. Estas manifestaciones venían celebrándose desde el principio de la guerra cada vez que se entraba en una capital de provincia o ciudad principal. Las hubo sonadas: Bilbao, Gijón, la reconquista de Teruel, Tarragona, y, sobre todas, Barcelona; pero Madrid las superó; era el final.

Durante unas horas se convertiría Valencia en capital de la república, pero en esta segunda ocasión lo sería de manera precaria, desesperada, inestable y extraoficial. El avión que procedía de Algete aterrizó en Manises. La situación ya en el mismo aeródromo se les mostró a los pasajeros tensa y embrollada. Aparte del ambiente general y de las noticias de radio, habían llegado oficios, fechados el día anterior, del EM de las Fuerzas Aéreas en los cuales se impartían normas confusas y precipitadas para la evacuación de jefes, oficiales, suboficiales y tropa, recomendando que aquellos que no hubieran cometido delitos comunes permanecieran en España, y añadiendo que a los que desearan expatriarse, de los cuales se establecerían listas, se les proveería de pasaporte y deberían concentrarse en Valencia.[2]

Casado, Matallana y los demás que les acompañaban se dirigieron a la ciudad y se instalaron en el edificio de la Capitanía General después de pasar por lo que fue Presidencia cuando el Gobierno se instaló en Valencia en 1936. En este último edificio se hallaban reunidas numerosas personalidades políticas y militares: los coroneles Antonio Camacho y Armando Álvarez, el también coronel Burillo, que en seguida se trasladaría a Alicante, el general José Aranguren, entonces comandante militar de Valencia, general «de antes de la guerra» cuya adhesión al Gobierno fue decisiva en los combates callejeros de Barcelona en julio de 1936. Durante la mañana había estado allí el general Miaja, que después de haber solicitado pasaje en un buque inglés, al no recibir respuesta inmediata salió con su séquito hacia Orán en un avión que tenía preparado, regalo que le había hecho el Negus de Etiopía.

Fueron reuniéndose con Casado los demás consejeros y

Matallana se trasladó al cuartel general de Torrente, donde aún se hallaba el general Leopoldo Menéndez, pues el Ejército de Levante se hallaba en línea por no haberse producido ataques en su sector.

En la calle de Grabador Esteve, n.° 4, estaba el Comité Regional de la CNT-FAI; su secretario de Defensa, a pesar de que tenía extendidos pasaportes para los dirigentes, se resistía a entregárselos y les exhortaba a continuar la resistencia. También se le presentaban militantes de Madrid y de otros puntos, pero él les animaba para que se incorporaran a los frentes y no se preocuparan tanto de la evacuación.

La llegada de los consejeros y la noticia de la rendición de Madrid y de la entrada en la capital de las tropas nacionales, acabó por descomponer la situación ya de suyo inestable. Los falangistas comenzaron a salir a la calle y nadie les hacía resistencia ni se oponía a sus exteriorizaciones; la fuerza pública —guardias y carabineros— adoptaron allí como en otros puntos una actitud pactista, que se limitaba a la custodia de los edificios públicos hasta que los vencedores les relevaran y aún confiaban en que el «relevo» no duraría más que lo que exigiera el propio descanso y las necesarias reorganizaciones.

Antes de abandonar Madrid, el Consejo Nacional de Defensa había hecho desesperadas llamadas a Inglaterra, Francia, a diversas repúblicas hispanoamericanas y hasta a los Estados Unidos, y en Valencia confirmó aquellos apremios sin despertar ningún eco efectivo.[3] Confiaban todavía en que los nacionales no se apresurarían a ocupar pueblos y ciudades y que el avance de los ejércitos, aún sin pacto válido que lo garantizara, no se llevaría a efecto con celeridad. Conocían, sin embargo, que salvo el Ejército de Levante que cubría el norte y el noroeste, nadie se interponía entre las fuerzas que venían quemando etapas y la ciudad de Valencia. Sostuvieron los consejeros una entrevista con el Comité Internacional de Coordinación, presidido por el diputado de la Cámara francesa Forcinal, que trataba de organizar la evacuación; pero fallaban los resortes del mando, de la administración inexistente y las comunicaciones se hacían por momentos más difíciles. Se elaboraban listas, se entregaban en distintas oficinas o a

personas que se decían encargadas, se emitían pasaportes; nada se coordinaba y faltaba el elemento principal: buques.

Había zarpado rumbo a Orán el vapor *Lézardieux* con algunos centenares de refugiados, y en el puerto de Alicante había dos buques, el *Maritime* y el *Stambrook*. Muchos fugitivos —que ya puede dárseles este nombre— se dirigían hacia Alicante porque corrían voces de que allí hallarían mejores condiciones y medios de embarque. Hacia Alicante partió el diputado comunista francés Tillon. Confiaban los del Comité de Coordinación en la llegada de los barcos que habían contratado o solicitado; los del Consejo confiaban, aunque posiblemente menos, pero las noticias se desplazaban de un lado a otro y comunicaban ciertos ánimos que pronto se manifestarían ilusorios.

De Madrid iba llegando más gente: Mancebo, Amil, Baztán y miembros de diversos comités. El mayor Martín Barrios se trasladó urgentemente a Marsella para apresurar el envío de los esperados buques; no se recibieron, ni hubo tiempo para ello, noticias de su gestión.

En la mañana del 29 se alteró la calma. Empezaron a entrar en la ciudad camiones con soldados que abandonaban los frentes; también en actitud pacífica llegaban carros de combate utilizados como simples vehículos de transporte. Los de la «quinta columna» y sus adheridos fueron aumentando en número y envalentonándose; se habían unido a ellos lo» demás partidarios de Franco, hombres y mujeres y niños. Comenzaron a verse falangistas portadores de banderas y algunos armados, ocupando camiones y coches. Lo que hacía que el ambiente se convirtiera en peligroso y tenso, pues en cualquier momento podían producirse incidentes y aun choques, que no se produjeron. Desde su personal punto de vista, García Pradas lo describe así: «… varios coches llenos de fascistas recorrían la ciudad en varias direcciones y entre los brazos tendidos en saludo a la romana surgía el grito de ¡Arriba España! y estallaba el estúpido clamor de ¡Franco, Franco! con garantía de ametralladoras. La ciudad entera, vacía de militares antifascistas y estremecida de miedo, se agazapó más aún, como si la fustigaran, y al instante, dio el salto mortal de la hipocresía —mejor dicho, de la

traición—; pasó de la República al fascismo, repitió los gritos de los falangistas, agitó la bandera rojigualda de los grandes desastres nacionales y quedó —como en presencia de bandoleros— manos arriba». Y sigue: «Las calles rebosaban de gente. El señoritismo trasconejado salió de sus escondites. La muchedumbre, loca, asaltaba los automóviles. Las pistolas falangistas hacían su aparición entre manojos de flores, y sobre los gritos amenazadores de ¡Franco, Franco, Franco!, a los que ajustó su paso, la quinta columna empezó a cantar: *Cara al sol, con la camisa nueva / que tú bordaste en rojo ayer…».*

Versiones por lo menos de dos testigos —Casado y Wenceslao Carrillo— coinciden en afirmar que durante aquella mañana se presentó en Capitanía el señor Font de Mora, ingeniero agrónomo de profesión, que se ofrecía a servir de puente entre las autoridades republicanas en quiebra y los falangistas que actuaban a la luz del día. Era una persona que venía avalada por los valencianos que acompañaban a los del Consejo. Había conferenciado previamente con los falangistas y entre todos decidieron mantener el orden público y evitar desmanes o que se produjeran choques sangrientos. Proponía, de parte de los dirigentes de la «quinta columna» que se nombraran por parte del Consejo nuevas autoridades —comandante militar y gobernador civil— que se hallaran desprovistas de la significación que para ellos tenían las actuales: el general Aranguren y el socialista Molina Conejero. Para mayor garantía de obrar de acuerdo ofrecían los falangistas designar ellos un secretario para ambos puestos. También proponían sistematizar y ordenar la concentración de personas responsabilizadas para facilitar su rápida evacuación. Y por último, deseaba Font de Mora que los consejeros se entrevistaran con los dirigentes falangistas a pesar de que la autoridad que estos pudieran ejercer era dudosa por carecer de medios para imponerla. Aunque Casado lo silencia, hay que suponer que sugirieron los nombres de las nuevas autoridades, pues el Consejo, tras rápido cambio de impresiones, contestó que podía ocupar el puesto de gobernador militar el ayudante de Aranguren, mayor de Asalto, Carretero, y gobernador civil se designó a un militante del Partido Sindicalista, José Sánchez Requena, que a propuesta de Miaja había sido nombrado subsecretario del Consejo y que habría mantenido contactos previos con los falangistas. Estos

nombramientos de transición merecieron el beneplácito de todos.

Los miembros del Consejo se reunieron con los «representantes de Franco», que lo eran por autodesignación, extremo este que ignoraban sus interlocutores o que, sospechándolo, no les interesó poner en claro. Puestos de acuerdo sobre las personas que iban a designarse, reclamaron los del Consejo que se retrasara la entrada de las tropas nacionales hasta que se hubiese completado la evacuación; aunque Casado dice, pero carece de fundamento, «hasta que se hubiese restablecido el orden». Declararon los falangistas que carecían de autoridad para ello, pero que si se les proveía de salvoconducto, se trasladarían al frente para tomar contacto con los mandos nacionales.

Antes creyeron oportuno dirigirse juntos a la emisora de radio para dar pública cuenta del acuerdo y recomendar calma a los valencianos y a quienes se hallaban en la ciudad, con el fin de evitar desórdenes que podían resolverse en inútiles derramamientos de sangre. Desde Capitanía se trasladaron a la emisora, situada en la plaza de Emilio Castelar, el coronel Casado, a quien acompañaban Carrillo y Eduardo Val, y el jefe de los falangistas, a quien Casado llama Santamaría, y de quien dice Wenceslao Carrillo que era jefe territorial de la Falange de Cataluña. Se trataba del escritor Luys Santa Marina (Luis Gutiérrez Santa Marina), uno de los principales dirigentes de FE en Barcelona desde su fundación, sublevado el 19 de julio y condenado a tres penas de muerte; había recorrido diversas cárceles, desde el castillo de Montjuich y el vapor *Uruguay* hasta el penal de Chinchilla, para cumplir viaje en Valencia donde había sido liberado. Es natural que a él no le mereciera confianza el general Aranguren.

En la plaza se movía «un hervidero de gente que a pie o en camiones —en opinión de Casado— parecían locos de atar». El propio Casado cuenta pequeños incidentes con el locutor, y Carrillo proporciona una versión más sobria: «Oímos la Marcha Real y vimos a los guardias de seguridad presentar armas cuando sonaban las notas del himno monárquico». Advirtamos que Carrillo emplea una terminología personal, pues la antigua marcha real había perdido su carácter. Sigue explicando Carrillo: «El coronel Casado pronunció ante el micrófono pocas palabras para aconsejar calma y serenidad…» y tras decir que Santa Marina habló a continuación en

parecido sentido, añade: «… salimos de aquella sala cuyo ambiente se nos hacía irrespirable». Los falangistas les saludaron brazo en alto.

De regreso a Capitanía y tras una corta reunión, decidieron marcharse, unos aseguran que hacia Alicante y otros que a Gandía, a tiro hecho. Resulta difícil poner hoy en claro de manera indudable las circunstancias de la evacuación de los miembros del Consejo y sus acompañantes, de aquellos que embarcarían en el destructor inglés *Galatea.* Unos lo atribuyen a que hallaron cortado el camino a Alicante por haberse sublevado la quinta columna y andar sus miembros estableciendo controles en pueblos del camino, otros porque les fue indicado que debían evacuar por el puerto de Gandía, y hay alguien que asevera que la tarde anterior se celebró una tenida en la logia «Verdad» de Valencia, mientras que otra persona, que de haberse celebrado pudo participar en ella, lo ha desmentido. Cualquier afirmación unitaria puede carecer de fundamento y pecar de incompleta; hasta el *Galatea* pudo llegarse por diversas causas y vías. De Segismundo Casado sí se sabe que en la noche del 28 al 29 le fue comunicado de manera privada por el cónsul inglés Goodden que al día siguiente se le autorizaba a embarcar en Gandía, y él debió comunicarlo por lo menos a los más allegados.

Cuenta Casado que llegaron a Gandía a las 4 de la tarde del día 29 y que era aquel el puerto donde se proponía embarcar. Allí se reunió con el diputado Forcinal y con otros miembros del Comité Internacional de Coordinación, que se hallaban gestionando el embarque no solo del Consejo y de los militares y civiles que les acompañaban sino de un centenar de personas más, entre las que había mujeres y niños, que se hallaban a la expectativa de evacuación. Goodden se hallaba a bordo del destructor, anclado fuera del puerto, realizando gestiones relacionadas con el embarque. Casado estuvo entre tanto comunicando con Ricardo Burillo, que se hallaba en Alicante, que le dijo que se habían juntado allí millares de personas esperando embarcar sin conseguirlo. Y añade que, en vista de la situación, propuso marcharse a Alicante, pero que le convencieron de que no lo

hiciera. Hacia las 6 el cónsul inglés (que había utilizado los aparatos de radiotelegrafía de a bordo para comunicar con su Gobierno, añadimos nosotros) desembarcó y le comunicó que se consentía en el embarque pero «con la condición de que si Franco nos reclamaba, tendría que entregarnos». A continuación cuenta las pugnas a que esta situación dio lugar, y cómo se resistieron a embarcar en aquellas condiciones. Relata que el general Menéndez y cuatro militares más subieron al buque en medio de las amenazas de los más exaltados que les reprochaban su insolidaridad. Equivoca Casado la hora en que Goodden le comunica que se autorizaba el embarque con garantía absoluta y añade que, en vista de eso, subió a bordo y que tuvo que dormir, a pesar de su precario estado de salud, en una colchoneta y sobre cubierta.[4] Las versiones de Wenceslao Carrillo difieren algo; escribo «versiones» porque aparte del ejemplar mecanografiado escrito un mes después de los hechos, dispongo de dos relatos más impresos y posteriores en algunos años, los cuales, he de suponer que por haber confiado a la memoria, presentan algunas variantes. Prefiero seguir la primera, que debe acercarse más a la verdad. Declara que se dirigió a Gandía con unos compañeros de Madrid porque es lo que habían acordado en Valencia. Que Casado, además de con el cónsul y los miembros del Comité Internacional, discutía con un marino inglés, a quien supone comandante del *Galatea* fondeado fuera del puerto. Que este marino le proponía a Casado que embarcara él y su Estado Mayor, que luego accedía a que embarcara también el Consejo con la condición de entregarlos si eran reclamados. Que hubo forcejeos en los cuales el papel protagonista pasa de Casado a él. Y que, por fin, sin condiciones y con promesa de que al día siguiente embarcarían todos los demás, ellos lo hicieron aquella misma noche. Contabiliza los que lo hicieron a la mañana siguiente en 190 personas. (El *Galatea* desplazaba unas 5.000 toneladas).

Resulta un tanto desconcertante la narración que de los hechos hace García Pradas; divergencias tan notables dan idea de que los que en ellos participaron debieron vivirlos en un estado de exaltación tan acentuado que exacerbaba el subjetivismo de cada cual. Según García Pradas, en Gandía los fusileros falangistas les barraron materialmente el paso y se refiere a una auténtica batalla entre soldados de la 25 División y los recién sublevados de Gandía.

Habla de otro buque inglés, el *Sussex,* enviado allá a petición del cónsul inglés para evacuar prisioneros italianos a Mallorca. Los hechos se complican mucho más que en otros relatos y se revisten de mayor peligrosidad: infantería de marina inglesa que desembarca con bayoneta calada y granadas de mano, amenazas, incidentes violentos con los militares que se proponen embarcar, pistolas desenfundadas… El *Galatea* no llega a Gandía hasta el día siguiente, noche en vela y armados ante la amenaza de ser atacados por quintacolumnistas locales (a Casado, en cambio, el «comandante militar faccioso», le había, según él, enviado provisiones para todos). Proporciona el director de CNT nombres de personas que se reunieron en el puerto y que es de suponer que embarcarían. Entre los libertarios los hay conocidos, como José Grinfeld (que será aquel argentino Gründfeld, de variada grafía), Pedro Falomir, Avelino G. Entrialgo; y cita asimismo a Gustavo Durán, Federico de la Iglesia, Francisco Ciutat e Ignacio Mantecón (que no era militar) como los que hicieron causa común con Leopoldo Menéndez en la cuestión del embarque y que fueron rechazados pistola en mano, en esta versión. Menciona a Julio Just, republicano que había ocupado el Ministerio de Obras Públicas, del cual añadimos por nuestra parte noticias suplementarias. En los últimos momentos abandonó Julio Just Valencia para dirigirse a Alicante, pero al llegar a Gata de Gorgo retrocedió Consciente de que seguir adelante se hacía peligroso dada la actitud que observaba en los pueblos del camino. Gracias a los buenos oficios de amigos ingleses pernoctó en Gandía. El exgobernador de Guadalajara y Albacete, Ernesto Vega de la Iglesia, miembro de Unión Republicana y elevado grado en la masonería, que siguió viaje a Alicante, fue allí hecho prisionero y sería después pasado por las armas. Consiguió Julio Just embarcar en el *Galatea* y de este buque inglés se trasladó a un destructor francés, el *Lynx,* que le trasladó a Port-Vendres. Asimismo, sabemos que el consejero de la UGT Antonio Pérez se trasladó a Alicante y que allí fue hecho prisionero. En Gandía, además de los nombrados embarcaron Eduardo Val y González Marín, Manuel Salgado y el mayor Calzada, que una vez cumplida su misión en el IV Cuerpo se unió a Casado que le nombró ayudante.

Muchas de las personas que se habían reunido en Valencia se trasladaron a Alicante, pasando por Gandía antes o después de los

embarques en el *Galatea* y les tocó seguir la suerte de los que se fueron concentrando en aquella ciudad y su puerto. El general Aranguren, que se hallaba lesionado en una pierna por una caída de caballo, no quiso abandonar España y permaneció en Valencia donde sería hecho prisionero; sometido a juicio, fue fusilado. Nos hemos extendido en esta evacuación por el puerto de Gandía, un episodio más de los que iban sucediéndose en aquellas fechas, por la especial significación de las personas que consiguieron embarcar, porque lo hicieron en buques de la armada inglesa y porque ha dado lugar a polémicas violentas que aún hoy no se han acallado.[5]

La noche, pues, del 29 al 30 de marzo, lo mismo Casado que los consejeros y algunos militares, entre los cuales no faltaban comunistas, pernoctaron a bordo del *Galatea,* y en la mañana del 30 llegaron a bordo las demás personas por medio de lanchas. Algunos dicen que se mantuvo contacto con el Comité Internacional de Coordinación con el fin de conseguir medios para los que se hallaban en los muelles de Alicante; si las gestiones se hicieron nada se consiguió. A Casado le trasladaron a la enfermería del *Galatea* y más tarde a un buque hospital, el *Maine.*

Abandonamos a Cipriano Mera y a sus hombres camino de Valencia a donde llegaron en la tarde del 28; antes se detuvieron en la Agrupación de Ejércitos en donde se entrevistaron con Matallana y Menéndez, y en el edificio de Capitanía se juntaron con los demás. Mera cayó en un profundo sueño hasta que a las 7 de la mañana le despertaron. Parece que fue el propio Casado quien decidió que se expatriara en un avión que se hallaba en el aeródromo de Chiva (campo de La Señera, según García Pradas) y de allí levantaron el vuelo hacia Orán. Con Cipriano Mera ocuparon las restantes plazas Liberino González, José Luzón y Antonio Verardini. Al aterrizar en Orán les condujeron a la prisión antes de trasladarles a un campo de concentración.

XXXII

La dispersión del ejército republicano se había iniciado al romperse los frentes el 26 de marzo. En los últimos días es cierto que había aumentado el número de las deserciones y, entre ellas, como más significativas, las dirigidas al campo enemigo, una vez alcanzado el cual los soldados invitaban a seguir su ejemplo a los compañeros de las propias unidades, sirviéndose de los altavoces nacionales. En aquellas circunstancias la propaganda se demostraba eficaz.

El avance del Cuerpo de Ejército Marroquí hasta Hinojosa del Duque, El Viso y otros pueblos, con la llegada de la 13 División hasta Santa Eufemia en la primera jornada, combinadas estas operaciones con la ruptura del frente por el Cuerpo de Ejército de Andalucía que alcanzaría Pozoblanco, más la acción complementaria de los generales Solans y Borbón, constriñen a las unidades republicanas del Ejército de Extremadura a rendirse, disolverse o retirarse, y ello ocurre desde el primer momento, sea de acuerdo con directrices superiores sea por iniciativa de los mandos secundarios. El día 27 los nacionales ocupan Almadén y sus minas y se rompe, más al norte, el frente de Toledo; todos los cuerpos de ejército inician o prosiguen el avance. El general Antonio Escobar tiene que replegarse a Ciudad Real; puede afirmarse que ha desaparecido el Ejército de Extremadura.

Una de las brigadas de este ejército, cuya identificación no hace al caso, queda a las órdenes del comisario por haberse ausentado el jefe militar. El primer día se retira en relativo orden, pues los soldados conservan el armamento individual, y marchan más o menos formados por trochas y carreteras. Todavía un capitán de batallón, afiliado al PCE, le pregunta al comisario si cree que Franco enviará a las Academias Militares a los oficiales procedentes de

milicias con el fin de que puedan continuar en el ejército. En camiones, a pesar de que en el Cuerpo de Tren se han producido muchas deserciones, llegan a Agudo, al este de Puebla de Alcocer y al norte de Almadén, pero ya estaban celebrando la «liberación».[1] El comisario, que todavía conservaba la mayoría de sus hombres, los dejó formados y armados en la plaza y entró en una taberna a inquirir noticias. Allí encontró a un capitán, a quién más que encuadrado en el ejército nacional, supuso por su aspecto preso recién salido de la prisión de Almadén; este capitán, que se había vestido su antiguo uniforme, se consideraba desde ese momento investido con la autoridad dimanante de Franco. Le comunicó que el ejército republicano había sido disuelto y que en consecuencia él mismo se haría cargo del armamento y efectos de la brigada. Tras un corto parlamento que el comisario dirigió a sus hombres todavía formados, allí mismo quedó disuelta la brigada. Desde Agudo, acompañado ya solo de un grupo de oficiales, se dirige a Piedrabuena, lugar donde el oficial del SIM hizo entrega de la documentación de la brigada a las nuevas autoridades. Los que ya pueden calificarse de fugitivos fueron despojándose primero de las insignias de mando y, a medida que las circunstancias se lo permitían, de los uniformes, que iban sustituyendo por prendas de paisano que les proporcionaban en los pueblos. En estos pueblos, que habían estado toda la guerra en la zona republicana, aparte de simpatías políticas que pudieran encontrar, se manifestaban movimientos de solidaridad hacia ellos por parte de las familias, y en particular de las mujeres, que tenían hijos, maridos o hermanos movilizados en unidades republicanas a quienes suponían perdidos como ellos, recorriendo otras tierras. El grupo que capitaneaba el comisario fue utilizando en su «retirada» hacia Madrid los más variados medios de locomoción, sin excluir camiones militares nacionales que les recogían y les iban acercando a su punto de destino. Toparon con requetés y estos les preguntaron, creyéndoles soldados vestidos de paisano, por sus jefes; por descontado se cuidaron de confesar que eran ellos mismos. Pasaron por Ciudad Real, Tembleque, Aranjuez, y en este último lugar fueron auxiliados por el pariente de uno de ellos acomodado en la nueva situación, que extremó su amabilidad hasta hallarles plaza en un camión del CTV que se dirigía a Madrid. Un control con guardia de moros

establecido en el Puente de Toledo puso fin a la aventura. Primero fueron concentrados en la iglesia de San Isidro y desde la hoy catedral, con unos trescientos prisioneros más a los que fueron agregados, les condujeron a Leganés donde quedarían internados.

El día 26, cuando ya el pesimismo cundía, llegó a Albacete una orden procedente del EM de la zona Levante-Andalucía para que cesara el trabajo en las industrias de guerra con recomendación expresa de que se conservaran las instalaciones y el material, al tiempo que se evitara cualquier acto de sabotaje. Ante la situación que se planteaba, quienes mostraban mayor miedo eran aquellos trabajadores, técnicos y especialistas que procedían del Norte o de zonas de las cuales ya habían sido evacuados a] ocuparlas los nacionales. Al día siguiente cesaron todos los trabajos; en algunas fábricas quedaron retenes de guardia hasta la llegada de las vanguardias enemigas para hacerles la entrega. Las dificultades venían de la carencia o escasez de medios de transporte, de la falta de intrucciones, o de que estas resultaban confusas cuando no contradictorias. Circulaban noticias sobre barcos que esperaban en los puertos, dispuestos a la evacuación, sobre buques que iban a llegar, o a no llegar. De Albacete, en dirección a Alicante, evacuó Justo Martínez Amutio y un grupo de los que con él trabajaban en industrias de guerra.

Cuando el general Leopoldo Menéndez solucionó las pugnas con los comunistas en el Ejército de Levante y su zona, y una vez afianzada la autoridad del Consejo Nacional de Defensa, un grupo de jefes, oficiales y comisarios de la Agrupación de Blindados decidió establecerse en la clandestinidad, y muy bien pertrechados y armados, se concentraron en una masía de los alrededores de Játiva. No carecían de víveres, de munición ni de granadas de mano, lo que les comunicaba cierta seguridad. Todos ellos eran militantes comunistas y, estando en principio de acuerdo, se dedicaron a hacer un análisis de la situación y discutir planes para el futuro, en cuyo panorama inmediato daban por descartada la pérdida de la guerra. Considerando que una guerra internacional era previsible a cortísimo plazo, planearon la constitución de un grupo autónomo de guerrilleros y eligieron las sierras de Archena como zona apropiada para sus futuras acciones. Recordaban que en aquellos montes se mantuvieron al principio de la guerra partidas

autónomas de «fascistas» que no podían ser apresados gracias a la protección que les dispensaban campesinos de la comarca. Asimismo proyectaban establecer contactos con otros grupos que pudieran irse formando… En audaz golpe de mano consiguieron apoderarse de la imprenta de campaña de la 40 División que se hallaba en Jérica. No llegaron a utilizarla porque los acontecimientos se produjeron con tal celeridad que no les daría tiempo ni ocasión. En Valencia establecieron contacto con Luis Sendín, que les recomendó trasladarse a La Unión, desde donde les dijo que serían evacuados y provistos de los oportunos pasaportes con visado de repúblicas iberoamericanas. Llegados a La Unión, un enlace les transmitió orden de encaminarse a Torrevieja al tiempo que les comunicaba que el encargado de la operación era el diputado por Cáceres y miembro del Comité Central, teniente coronel de milicias Pedro Martínez Cartón. Los que integraban el grupo procedente de «blindados» se mantuvieron en Torrevieja, lugar en que los falangistas ya comenzaban a arrancar carteles, borrar letreros, pegar nuevos carteles y pintar otros letreros. A su escondite les llegó una nueva orden: trasladarse a Alicante, y así lo hicieron.

Corroborando estas noticias, recogidas personalmente en México, puede aducirse el testimonio de un comunista argentino, Juan José Real, que publicó un libro titulado *Los que fuimos a España,* en el cual refiere idas y venidas relacionadas con la evacuación, utilizando el coche abandonado por un consejero soviético, que le prestó Luis Sendín. El autor del libro cuenta que se trasladó a Cartagena en busca de la 10 División, «que manda un argentino» (Víctor Frutos había nacido en Argentina, de padres españoles, y regresó a España a los ocho años…) y de allí a La Unión para entrevistarse con Pedro Martínez Cartón, su comisario y otros oficiales. Puede deducirse que La Unión fue uno de los puntos donde se concentraron elementos comunistas para ser evacuados, si bien en el caso que conocemos, las gestiones fracasaron. Era Martínez Cartón un luchador obrero santanderino que fue elegido diputado a Cortes por Cáceres y que peleó en los frentes desde los comienzos de la guerra; mandó la 16 Brigada Mixta, que asaltó el santuario de la Virgen de la Cabeza; después, la 52 División, de cuyo mando había sido relevado recientemente. En esta postrera

fase de la guerra Real le describe abatido: «A diferencia de todos, aquel estaba aplastado. —Por aquí no hay salida, nos dijo, se han ido los dirigentes y nos han dejado a nosotros los combatientes en la estacada». Lo mismo el argentino Real que Martínez Cartón consiguieron en Alicante abandonar España a bordo del *Stambrook* y desembarcar, tras fatigas y peripecias, en el puerto de Oran. El extremo abatimiento, sobre el cual insiste Real, puede haber sido exagerado a causa de posterior enemistad personal o política, o ser cierto, pues las situaciones desesperadas, doblemente difíciles para los comunistas, podían inducir a estados de ánimo depresivos. El grupo procedente de los «blindados» fue avisado demasiado tarde; cuando llegaron a Alicante el *Stambrook* había zarpado y allí averiguaron para aumentar su decepción que unos miembros de las JSU, que como ellos permanecieron ocultos en Torrevieja, fueron prevenidos a tiempo y consiguieron embarcar.

En el Ejército de Andalucía el coronel Domingo Moriones había sido sustituido por el militar socialista Francisco Menoyo Baños y era su comisario Serafín González Inestal, destacado militante de la CNT madrileña. Era el de Andalucía ejército en el cual predominaban los socialistas; la influencia del PCE no había pasado de moderada. A José María Galán le había sustituido en el mando del XXIII Cuerpo, el mayor de Infantería, diplomado de EM, Juan Bernal Segura, cuya carrera militar fue frenada desde el principio por haber sido clasificado como desafecto. El IX Cuerpo, cuya base estaba en Jaén, lo mandaba Rodolfo Espa Mora, militar profesional también de Infantería y diplomado de EM, a quien la guerra sorprendió de permiso en Murcia.

Una vez asegurado de que habían sido puestos en libertad los comunistas arrestados, tanto civiles como militares y entre estos José María Galán, Serafín González Inestal abandonó Baza con su familia tomando el camino de Levante. Cuando pasaron por Murcia ya había controles establecidos por elementos nacionales, pero le fue posible llegar hasta Los Urrutias, junto al Mar Menor, lugar en que su familia quedó alojada en una casa veraniega que poseía el general Carlos Bernal, dimitido como sabemos de la base naval de Cartagena. El comisario del Ejército de Andalucía todavía se detuvo en Los Alcázares, en donde sostuvo un cambio de impresiones con algunos aviadores republicanos que permanecían a la expectativa.

Al llegar a Alicante, se encontró Inestal con que el *Maritime* había zarpado inesperadamente; desde ese instante fue uno más de los que se integraron en la dramática confusión de la ciudad y el puerto.

En el cuartel general de Baza, entre los mandos del Ejército de Andalucía, predominaban los partidarios de hacer la entrega formal a las tropas de Franco, y con ese fin el mayor Juan Bernal pasó a parlamentar con los mandos del ejército nacional que cubrían aquellos frentes. Menoyo, que era coronel de Ingenieros y diputado del PSOE por Granada, se sintió aislado en el último momento, y a pesar de que un hermano suyo, también militar, había sido víctima de las matanzas de los extremistas que al principio dominaron en Mahón, desconfiaba de su suerte en caso de caer en manos del vencedor; eso hizo que abandonara en el último momento su puesto de mando y tratara de ganar Alicante en demanda de plaza para embarcar. Nadie sabe qué pudo sucederle, pero al día siguiente regresó a Baza fatigado y abatido por no haber encontrado franco el camino de Levante que, para él, hubiera sido el de la salvación. Fue posteriormente fusilado en Granada ¿por militar?, ¿como diputado? Carecemos de datos sobre el consejo de guerra a que fue sometido.

Comandante de la plaza de Almería era el teniente coronel de Artillería Urbano Orad de la Torre, a quien recientemente habían trasladado desde Andújar, donde mandaba la 20 División. Mantuvo su autoridad hasta el último momento y se negó a ceder el mando a un representante de la quinta columna que le requirió para ello. Hizo dos disparos de aviso contra el cañonero *Cánovas del Castillo* que el día 29 enfilaba la bocana. Los falangistas se habían apoderado de Telégrafos, del Gobierno Civil y de otros edificios públicos, a causa de lo cual se produjeron diversas tensiones. Orad de la Torre entregó el mando al comandante Antonio Burgos, quien lo pasó al capitán Cuesta, que había estado preso de los republicanos. Al llegar las tropas nacionales se hizo cargo de la plaza el coronel López Montijano.

Lo mismo que ocurrió en Madrid y Valencia, en muchas ciudades y pueblos antes de la llegada de las tropas se apoderaron de los principales edificios y dominaron en la calle elementos derechistas (por lo común aquellos que se habían organizado mejor o peor se denominaban falangistas) entre los cuales solían

predominar los presos que salían de las cárceles, dirigidos por militares profesionales que habían permanecido encarcelados u ocultos, incluso por algunos que habían prestado servicios a los republicanos, impelidos por circunstancias geográficas. También tomaban la iniciativa jefes militares que consideraban que su obligación era dar el relevo a los vencedores dentro de cierto orden; y no faltaban aquellos que lo harían por móviles oportunistas. Las fuerzas de orden público solían colaborar o acatar la nueva situación sin ofrecer resistencia, y lo mismo puede decirse de los miembros del antiguo Cuerpo de Carabineros.

En Murcia, durante la noche del 28 al 29 se celebró una reunión en la cual mantuvieron contacto algunos jefes militares, que no habían ejercido mandos en unidades combatientes, como el teniente coronel de Artillería Segismundo Álvarez Rodríguez-Villaamil, el comandante de Asalto Gregorio Mallén, los tenientes coroneles, también de Asalto, Francisco Rufete e Higinio Esteban y otros, con personas que acababan de ser puestas en libertad, guardias, antiguos falangistas y elementos de derechas. Aquella madrugada se apoderaron de la emisora de radio, de los Gobiernos Civil y Militar, abandonados por sus respectivos titulares, y subiendo a la torre de la catedral, donde los guardias que tenían establecido un puesto de vigilancia no ofrecieron resistencia, comenzaron a voltear las campanas, que pronto fueron contestadas por otros campanarios de parroquias y conventos. Puede considerarse que a partir de ese momento la ciudad de Murcia quedó por Franco a la espera de tropas que hicieran efectiva la ocupación.

El comandante Pedro Pourtau-Penne se hallaba preso en el seminario de Orihuela después que los soldados de la 206 Brigada entraran en el arsenal de Cartagena. El día 28 oyeron por radio que los nacionales habían entrado en Madrid y se apoderaron de algunos fusiles que, posiblemente, les fueron facilitados por los propios guardianes que vieron la partida perdida. Había en Orihuela una escuela de carabineros, cuyos 1.500 alumnos se constituyeron prisioneros; los expresos pudieron hacerse cargo de la población, colocando guardias en las carreteras.

Entre los miembros de las Fuerzas Aéreas la confusión fue grande, pues si se consiguió mantener la disciplina en algunas unidades, bases y aeródromos, la circunstancia de tener al alcance

de la mano el medio de escapar relajaba la voluntad de atender órdenes que venían de arriba. Hemos ido dando cuenta de algunas de las «deserciones», y en los últimos días aquellas fueron en aumento. Terminada la guerra serían restituidos por el Gobierno francés cincuenta y nueve aviones de distintos tipos que se hallaban en el norte de África, todos ellos procedentes de campos de aviación republicanos.

Si el contenido del oficio, que conocemos, enviado por la Jefatura de las Fuerzas Aéreas el día 27 resultaba demasiado optimista, hubo momentos en que sería advertido ese exceso de optimismo, y debió ocurrir en Valencia, cuando al derrumbarse los frentes el coronel Camacho, que había decidido emigrar, comprendió que los acontecimientos iban a precipitarse. Se hablaba de buques que debían atracar en los muelles de El Grao de Valencia, se hablaba de facilidades para la evacuación de los que desearan abandonar España, hubo distribución de pasaportes para quien lo solicitaba; pero la situación, tal como iba configurándose, desmentía cualquier afirmación esperanzadora.

Durante la mañana del 28, el jefe de la II Región Aérea abandonó en coche Santiago de la Ribera por la carretera de Valencia, ciudad desde la¡ cual había sido convocado por Luis Alonso, jefe a la sazón del EM de Aviación. En Orihuela ya se había iniciado la sublevación en favor de los nacionales. El coche en que viajaba en compañía de otro aviador y del chófer fue rodeado y ellos detenidos. Les condujeron al Ayuntamiento y allí les obligaron a entregar las pistolas, pero consiguieron salir con bien del trance y, vencidas algunas dificultades, continuaron el viaje. Un crecido número de vehículos dificultaba la circulación y cruzado Alicante y ya de noche, las dificultades se multiplicaban porque los numerosos coches que se dirigían hacia Alicante procedentes de Valencia no se preocupaban de bajar las luces. Hasta las primeras horas de la madrugada no consiguieron llegar a la calle Ciscar de Valencia, donde se hallaba instalada la Jefatura de la III Región Aérea. Encontraron allá a* muchos aviadores desconcertados por lo que estaba ocurriendo; no dieron ni con el jefe del EM ni con nadie que supiera informarles de la verdadera situación. Averiguó el jefe de la II Región Aérea que un grupo de aviadores entre los que figuraban Ananías San Juan, Carballeira, Fructuoso Salvoch, Mendiola,

Sospedra… habían estado allí pero decidieron marcharse en vista de que la situación se deterioraba y no se disponía de medios de evacuación. Habían asegurado que dispondrían de plazas en buques ingleses, pero como nada se concretaba, mientras unos permanecían a la espera de tan vagas esperanzas, otros optaban por buscar salidas; individuales. En Valencia se hallaban asimismo Aurelio Villimar, Manuel Cremades, Pérez Sánchez, Aragón y otros. El coronel Camacho mantenía* contacto con Casado y al fin fueron revocadas todas las órdenes: en vista; de que los buques no llegaban se autorizó para que los aviadores utilizaran sus propios medios y que aquellos que no pudieran embarcar en Alicante se concentraran en la II Región y evacuaran en los aparatos que hallaran disponibles. Como consecuencia de esta última orden, el coronel Camacho, Villimar y Villa emprendieron el regreso a Santiago de la Ribera con el jefe de la II Región. Encontraron, al llegar, que Máximo Conde, el oficial que desempeñaba interinamente la jefatura, les declaró que el aeródromo se consideraba «a las órdenes de Franco». Regresó Camacho en el mismo coche y logró alcanzar a tiempo Gandía, puesto que hemos visto embarcó en el *Galatea.* Los demás que se quedaron fueron posteriormente encarcelados; Villimar sería condenado a muerte y pasado por las armas.

Aviadores de los que permanecían en Madrid fueron asimismo convocados a Valencia, desde Albacete, adonde se habían trasladado. Cuando el día 28 comprobaron que allí se carecía de medios pidieron permiso al coronel Cascón para volar en los «Katiuskas»; se resistió primero a autorizárselo, pero luego telefoneó a Casado —o les dijo a ellos que así lo había hecho— y les permitió emprender el vuelo. Diez salieron en dirección a Orán, entre los cuales estaban algunos de los ya nombrados, Antonio Aragón, Salvoch, Ananías San Juan, y además, Antonio Morillo, Molina y Luis Alonso Vega. El coronel Cascón, que quedó en España, sería fusilado.

Desde diversos aeródromos consiguieron despegar aparatos, pero fueron bastantes los aviadores que optaron por permanecer en España; otros se vieron obligados a hacerlo por falta de medios para expatriarse. Entre los que quedaron figuraban indistintamente de los antiguos y de los jóvenes formados en Francia o la URSS, incluso uno de los que en los primeros días de la guerra abandonó Recajo

(Logroño) al darse cuenta de que el aeródromo quedaba en favor de los sublevados.

¿Cuántos buques consiguieron zarpar, con evacuados a bordo, de los puertos levantinos y con qué fecha lo hicieron? Muchas son también a este respecto las contradicciones que aparecen en los testimonios escritos; la imprecisión es nota dominante. El primer barco que lo hizo y del cual tengo noticias fue el *Stancoope,* que salió de Alicante, o quizá de Valencia; pertenecía a la flota de Campsa-Géntibus y la fecha sería a mediados de marzo. Evacuaron en ese buque bastantes socialistas, entre los cuales había dirigentes de las Federaciones de Industria. Como personaje destacado entre los pasajeros figuraba José Bullejos, uno de los fundadores del Partido Comunista de España, del cual fue secretario, y que tras haber entrado en conflicto con los nuevos dirigentes y ser expulsado en 1931, había reingresado en el PSOE. El *Stancoope* desembarcó a los refugiados en Orán y Bullejos tomó contacto con Rodolfo Llopis, que realizaba una importante labor relacionada con la evacuación al norte de África, apoyado por el diputado socialista por Argelia, Dubois, y por dirigentes locales de la CGT.

De El Grao de Valencia zarpó el *Lézardieux* con miembros de diversos partidos, sin excluir el comunista, y dirigentes de organizaciones obreras con sus familias. Parece ser que estaba fletado por el Comité Internacional de Cooperación [¿Coordinación?]. A pesar de que señalan diferentes fechas me inclino por creer que zarpó el 28 por la mañana. Uno de quienes evacuó en ese buque fue Ettore Vanni, que cuenta que su mujer quedó excluida a la hora del embarque y dedica muy duras calificaciones a sus compañeros y compañeras de aquel viaje. Explica que se produjeron tensiones por motivos políticos a causa de que los del Consejo ponían trabas a los comunistas y añade que fue Julio Just quien actuó como sensato mediador. El *Lézardieux* hizo rumbo a Marsella; a bordo iban Rita Montagnana, esposa de Togliatti, y Edmundo Domínguez.

El más famoso de estos buques y que logró salir con mayor número de fugitivos fue el *Stambrook,* de bandera inglesa, y lo hizo desde el puerto de Alicante, al parecer el día 28. Llevaba a bordo

unas tres mil quinientas personas y navegaba con agua hasta la misma línea de flotación. El embarque fue desordenado y se sucedieron durante el mismo numerosos incidentes; muchos consiguieron subir la escalerilla empleando la fuerza o la amenaza. Evacuaron personas de muy distinta significación política y entre ellos un elevado porcentaje de confederales. El escritor checoslovaco Arthur G. London, en un libro de desigual valor histórico titulado *¡España, España!,* precisa que el *Stambrook* desplazaba 960 toneladas y que había sido fletado por la Internacional Socialista por lo cual la mayor parte de los pasajeros pertenecían a este partido. Añade que en este vapor hallaron acomodo un grupo de interbrigadistas desmovilizados, cuyo responsable, el eslovaco Ladislao Holdos, era el antiguo comandante de la batería Gottwald. El embarque de los internacionales se halla documentado en diversas fuentes. Otros de los que consiguieron plaza en este buque fueron la mujer de Modesto, a quien acompañaba Francisco Gullón, del EM del XV Cuerpo y, como queda escrito, Martínez Cartón; también el coronel Mangada, Nicolás Giménez Molina, diputado del PSOE por Granada y comisario del Ejército de Extremadura, y José Serrano, que fue gobernador de Ciudad Real con Largo Caballero. Viajaron en pésimas condiciones y al llegar a Orán las autoridades francesas les prohibieron desembarcar hasta transcurridos bastantes días, en cuyo transcurso las deficiencias sanitarias fueron deteriorándose aún más y los pasajeros tuvieron que soportar todo género de penalidades físicas y morales.

La noche del mismo día en que zarpó el *Stambrook,* la del 28 al 29, estaba atracado en los muelles de Alicante un buque también británico, el *Maritime,* cuyo capitán, alegando que se trataba de un carguero, se resistía a admitir pasajeros. Afirman algunos, ignoro con qué fundamento, que desplazaba 9.000 toneladas, que parecen muchas.[2] Tras enconadas polémicas y en virtud de presiones que se le hicieron, aceptó admitir a un corto número de personas a bordo. El diputado socialista Ricardo Zabalza, secretado de la Federación de Trabajadores de la Tierra, fue uno de los que estuvieron a bordo y desembarcó para cumplir algunas gestiones (afirman unos que para ir en busca de los compañeros de la Federación que se hallaran en Alicante, mientras otros atribuyen el

desembarco a distintos motivos). De madrugada y en forma inesperada el *Maritime* se hizo a la mar; entre los escasos pasajeros figuraba Manuel Rodríguez, gobernador socialista de Alicante, algunos familiares suyos y diversas autoridades locales. Hay quienes atribuyen a Rodríguez la culpa de aquella salida precipitada, pero no hay que descartar que fuera iniciativa del propio capitán del buque. Evacuaron solamente, según cálculos que coinciden, entre treinta y cuarenta personas; pudieron haberlo hecho varios millares. Aun suponiendo exagerado el tonelaje que le atribuyen, y arriesgándose a una sobrecarga como la del *Stambrook,* podía haber trasladado a bordo a casi la totalidad de los que se concentraron en Alicante. Hizo rumbo a Marsella. El diputado Ricardo Zabalza, que vio desde tierra cómo el *Maritime* se alejaba, sería apresado y posteriormente ejecutado.

No he conseguido noticias suficientes de otro barco, en el cual evacuaron también cierto número de republicanos, que algunos autores estiman en setecientos: el *African Trade.* Debió hacerse a la mar, sea de Valencia, sea de Alicante, que las noticias no andan acordes, algunos días antes que el *Stambrook.* Parece que desplazaba unas 5.000 toneladas.

De la dársena de Cartagena salió el petrolero *Campilo* con unas quinientas personas a bordo; lo hizo poco antes del anochecer del día 29 de marzo. A continuación zarpó un bou que parece se llamaba *Tramontana* en el cual abandonaron Cartagena algunas de las últimas autoridades nombradas por el Consejo después de los sucesos. El *Campilo* arbolaba bandera nacional, puesto que Cartagena se hallaba ya en manos de los elementos franquistas y el bou, que parece arbolaba la misma bandera, la sustituyó por la francesa en alta mar, quizá porque con ella se sentía más protegido, o por escrúpulos políticos de los que iban embarcados.

Desde que fue nombrado jefe de la base el coronel de Artillería Joaquín Pérez Salas hasta los últimos momentos, se vivió en Cartagena en un ambiente tranquilo. Según de donde soplara el viento y se moviera la mar, el oleaje arrojaba a las orillas cadáveres, más o menos descompuestos y mutilados, de náufragos del *Castillo de Olite.* Diversos sublevados del 5 de marzo iban siendo puestos en libertad y cualquier tipo de represalia había sido cortado de raíz.

El 28 por la tarde, después de conocerse la noticia de la entrada

de los nacionales en Madrid, convocó Pérez Salas en la Capitanía a las autoridades y les comunicó que había que considerar la guerra perdida, pero les advertía que creía conveniente que se mantuvieran en sus puestos para evitar desórdenes ocasionales. Era el final de la dominación republicana en Cartagena; entre aquel día y el siguiente los sublevados del 5 de marzo volvieron a salir a la calle sin hallar esta vez oposición. Los elementos republicanos, y en particular aquellos que deseaban expatriarse, se retrajeron al arsenal donde permanecían armados y cuya puerta abrían y cerraban para quienes desearan entrar o salir. El petrolero *Compilo,* que nos es conocido por aquel frustrado intento de fuga desde Portman, se hallaba en reparaciones y aceleraron por todos los medios su puesta en condiciones de navegar.

Estando Madrid en poder de los nacionales telegrafiaron —telefonearon o comunicaron por cualquier otro medio— a Pérez Salas advirtiéndole que custodiara un importante tesoro que se hallaba depositado en el polvorín de la Algameca Grande. Eran claveros de ese tesoro Esteban Calderón, en su calidad de jefe del Estado Mayor Mixto de la base, el secretario del Banco de España, que debía ser Inocencio Moreno, y Marcial Morales, que sustituyó a Semitiel en la Jefatura de Servicios Civiles. Como lo mismo el teniente coronel Calderón que Marcial Morales habían decidido expatriarse, mientras que el funcionario del Banco de España permanecería en Cartagena, le hicieron entrega a este de sus respectivas llaves. El tesoro, que era importantísimo, quedó en orden y custodiado por una compañía o sección de Carabineros. Componíase aquel depósito de una parte considerable de las obras del Museo del Prado, de la catedral de Valencia, de la de Cuenca, de 517 lingotes de plata y de otros objetos, todos ellos de gran valor y convenientemente inventariados. Entre otras obras de paralela importancia había cuadros de Rubens y Tiziano. Todo ello fue recuperado pocos días después por los nacionales, según testimonio del entonces alférez del Servicio de Recuperación Artística, Luis Monreal de Tejada. Embarcado en el bou abandonó España Marcial Morales, uno de los claveros de aquel tesoro y lo hizo con veinte duros en plata que le regaló un amigo como único capital; algo semejante podría decirse del último jefe del Estado Mayor Mixto de la base que evacuaba en la misma embarcación.

Durante la noche del 28 al 29 el capitán que mandaba la guardia de los prisioneros del *Castillo de Olite* en Fuente Álamo se presentó a anunciarles que la guerra podía considerarse terminada; circularon, sin embargo, rumores alarmistas que indujeron a los prisioneros a pasar la noche alertados. A la mañana siguiente se pusieron en comunicación con el hospital de Murcia en donde estaban los heridos, que les informaron de que la ciudad se hallaba en poder de elementos nacionales. Decidieron entonces los oficiales dominar la plaza de Cartagena, para lo cual, con el armamento de la guardia y con otras armas que consiguieron, formaron una expedición con los soldados supervivientes. Hay otra versión que quiere que personas derechistas de Cartagena fueron a requerirles para que se presentaran en la plaza. Los del *Castillo de Olite* se desplazaron en coche y camiones, llevando desplegadas banderas nacionales; fueron bien acogidos. A su paso ante un cuartel formó la guardia y les presentaron armas. Después organizaron un desfile a cuyo frente marchaba una banda militar «republicana», y en el cuartel de Antigones se les obsequió con un copioso rancho extraordinario. Ocurría que los supervivientes del *Castillo de Olite* estaban confraternizando con aquellos que se sublevaron el 5 de marzo y que, por tanto, se consideraban «nacionales» a pesar de sus uniformes y de hallarse encuadrados en unidades republicanas. Aquella mañana se había presentado en la Capitanía Fernando Oliva y otros oficiales relacionados con la sublevación y se hicieron cargo del mando; el coronel Joaquín Pérez Salas quedaba relegado, aunque parece que permaneció algunas horas más en el edificio del paseo de la Muralla. A las 15,10 horas del día 29 el comandante López Cantí, que mandaba uno de los batallones que naufragaron, comunicó a Burgos haber asumido la autoridad en la plaza de Cartagena. Pero a aquellas horas el arsenal se hallaba todavía ocupado por republicanos armados con los cuales se estableció un acuerdo tácito. Solo al anochecer zarparon el *Campilo* y el bou sin que nadie les hostigara.

Desde la estación de Ocaña fueron llevadas a Cartagena tropas de la 4 División de Navarra; en uno de los primeros convoyes el 3 Batallón del Regimiento de Montaña de Flandes. Al llegar a la estación de Cartagena se encontraron con la sorpresa de que les

estaban esperando formadas «fuerzas rojas» junto a los supervivientes del *Castillo de Olite.* Las supuestas fuerzas rojas eran los artilleros sublevados casi un mes antes y la banda de música sería la del regimiento de Armas Navales, que actuó en forma tan contradictoria según quedó explicado. En los días sucesivos este batallón se dedicó a «recuperar», utilizando métodos que sin duda asombrarían y dolerían a quienes los custodiaban, el castillo de San Julián —en cuyo recinto los guardias fueron encañonados y desarmados— y el cuartel de carabineros de Escombreras. Un piquete de este mismo batallón detuvo y «desarmó» de un rifle, que conservaba en su poder, al coronel Joaquín Pérez Salas, que habitaba una casa de las afueras. Al ser encarcelado manifestó: «Cuando salí de la Base aún ondeaba en el edificio la bandera republicana…». En Cartagena se produce la situación paradójica de que tres órdenes distintos de fuerzas se atribuyen la «liberación»: los sublevados del 5 de marzo, los del *Castillo de Olite,* y tropas de la 4 División de Navarra. Por fortuna para los cartageneros, esas tres sucesivas conquistas de la ciudad pudieron llevarse a término sin nuevos derramamientos de sangre. Los consejos de guerra comenzarían después; pero esa es otra historia. Al coronel Pérez Salas sus subordinados le habían instado a que abandonara España y él se negó a hacerlo; su actitud había de pagarla con la vida.

De El Campesino que desde la batalla del Ebro no había vuelto a mandar tropas, suele contarse que escapó en una barca a motor desde Almería acompañado del jefe de la 14 División de Guerrilleros, mayor Domingo Hungría. De ser cierto debió ocurrir con bastante antelación a los hechos que ahora relatamos. En embarcaciones pequeñas abandonaron España gentes desde Santa Pola, Benidorm, Torrevieja y de otros puertos y playas. Se dan nombres de algunos bous, como *El Gavilán de los Mares, el Joven Maria,* de Águilas, y los foliados
V-24
y.
V-31

Personas de las que consiguieron huir en los barcos reseñados aluden a la presencia de unidades de guerra nacionales que intentaron interrumpirles el rumbo y de la intervención de buques de la marina inglesa que se interpusieron para evitarlo y con ello

que los fugitivos fueran apresados. Resulta difícil establecer la verdad y dilucidar si el estado de exaltación de quienes habían conseguido, siempre con incertidumbres, apuros y traumas morales abandonar una tierra que, de no hacerlo, podía convertirse para ellos en campo de concentración o cementerio, no les inclinaría a interpretar con pesimista fantasía la presencia de los buques nacionales y de las unidades extranjeras que patrullaban. Las memorias del almirante Cervera, que fue jefe del EM de la Armada, han sido publicadas en época reciente, pero su redacción data de los años posteriores a la terminación de la guerra: el prólogo está fechado en 1945. Por referirse a estos últimos episodios y a la evacuación copiamos estas líneas: «Desde que comenzaron los movimientos precursores de la liquidación, ordené que vigilasen la huida por mar de dirigentes que debían, en justicia, responder de la tragedia; pero la acción ciudadana fue muy débil y todo el empeño que se puso en luchar quedó vencido por un inexplicable sentimentalismo que se apoderó de las masas y de los intereses colectivos. Detener a los malvados, cerrar oídos a quejas de indeseables, descubrir la intriga y ayudar a la justicia son mitos para nuestra hidalguía; siguiéndose el aislamiento de la autoridad y de lo que significa fuerza y orden, para burlar la acción del poder público, agudo ingenio de la raza». No ha dejado de sorprendernos la primera parte de este párrafo por su abierta contradicción con lo prometido en las «Concesiones del Generalísimo». La segunda parte no queda bastante clara, pero servirá de muestra de cómo el subjetivismo dominó en cuanto a evaluación de los castigos que se impusieron y de la represión ejercida después de que la guerra hubo acabado. Se trata de un tema todavía difícil de exponer y enjuiciar, y sobre el cual la pasión humana y política se ha volcado con tanta violencia y apasionamiento (por lo demás justificados) que la verdad se encierra en inextricable laberinto.[3]

Continúa el almirante Cervera: «Multitud de embarcaciones de todas clases escapaban de puertos aún marxistas [*sic*]; unas para buscar amparo donde pudieran vivir sin la esclavitud de los puños cerrados, y otras para salvar dirigentes pistola en mano o con bolsas de oro robado a España. Ibiza y Palma eran el refugio de los primeros y Orán el de los otros…». «En Ibiza se entregó el cañonero *Tetuán* y en Palma de Mallorca el submarino

C-4
huido de Cartagena con los que habían sublevado el arsenal, algunos de ellos incursos en crímenes imperdonables para la justicia militar…».

XXXIII

En maniobra de gran alcance los nacionales fueron ocupando zonas y ciudades, encrucijadas y demás objetivos principales, sin apenas preocuparse de los restos del ejército enemigo, que no ofrecía resistencia. Fue una operación, o conjunto de operaciones, estudiada y planeada, entre cuyos proyectos probablemente figuraba el avance apresurado sobre los puertos levantinos para cerrar allí la tenaza. Avanzaban camiones en vanguardia y tropas en ferrocarril, pero una parte de aquel ejército, que quedaría anticuado en sus medios solo unos meses después cuando se planteara la guerra mundial, se desplazaba en agotadoras marchas a pie con armamento y equipo sobre los hombros del sufrido soldado, alabado siempre por su sobriedad y resistencia.

Hemos ido asistiendo a los últimos movimientos de los republicanos y con frecuencia nombrábamos el puerto de Alicante que se erigió durante cortísimo número de días en meta y espejismo de quienes buscaban la salvación más allá de las fronteras o no deseaban someterse al vencedor. ¿Por qué Alicante?, nos preguntamos. ¿De dónde salió la voz? ¿Quién llegó a suponer, y por qué causas, que llegarían a aquel puerto los buques necesarios? En dirección a Alicante salieron gentes de Madrid, de Ciudad Real, Cuenca, Albacete; hacia Alicante se desplazaron desde Andalucía y cuando, en el último momento, los generales Orgaz y Aranda y el coronel Alonso Vega se disponían a entrar triunfantes en Valencia, también sobre Alicante se efectuó el último repliegue de militares y civiles republicanos en tremenda caravana desesperada y esperanzada al par.

En Valencia quedaron los generales Matallana y Aranguren, como Besteiro, Prada y Martínez Cabrera permanecieron en Madrid

y Joaquín Pérez Salas en Cartagena; pero los más entre los dirigentes políticos y sindicales y también militares pusieron su esperanza en el puerto de Alicante. No es cierto, de manera generalizada, que los casadistas a su partida dejaran encerrados a los comunistas que habían encarcelado cuando los sucesos para entregarlos al rigor de Franco; si se dio algún caso, que pudo darse, se trataría de venganzas o arreglo personal de cuentas. Los nacionales iban a detener a Etelvino Vega, a Ascanio, a Domingo Girón, a Cazorla… pero ninguno de ellos, que yo sepa y contrariamente a lo que se ha dicho, estaban encarcelados. Es aceptable que de haber sido puestos en libertad con anticipación hubiesen conseguido escapar al extranjero, pero ¿no fue más elevado acaso el número de los que estuvieron con el Consejo que quedaron, asimismo, atrapados por carecer de medios de evacuación unos y por exceso de confianza otros? La lista de los que no hallaron salida sería larga: Burillo, Henche de la Plata, Gómez Egido, Carlos Rubiera, Pedrero, Menoyo Baños, Serafín González Inestal, Fernando Piñuela, Orad de la Torre, David Antona, Manuel Cascón, Eduardo Medrano, Máximo Franco, Javier Bueno, Eduardo de Guzmán, Rafael Zabala, Martínez Amutio, Vega de la Iglesia, Amil, Mancebo, Gómez Osorio, Antonio Pérez, Rodríguez Vega, Antonio Ortega, Melchor Baztán…

Lo ocurrido en el puerto de Alicante es uno de los actos más espeluznantes y deprimentes de la guerra y probablemente uno de los grandes errores políticos de los nacionales, azuzados por un deseo de justicia vindicativa, consecuencia del sino cainita que había presidido la guerra civil y de lo exacerbado de la propaganda que actuaba a manera de bumerán. ¿Qué hubiese ocurrido —sin embargo, se pregunta uno— de haber ocurrido a la inversa en el puerto de Vigo o en el de Huelva? Pero a esa pregunta no hay que contestar con voces de ahora sino con las de entonces y con sinceridad.

Muchas noticias se han difundido sobre lo ocurrido en los últimos días de Alicante, a través de relatos directos o indirectos. En una novela, *Campo de los almendros,* se dedican a este episodio numerosas páginas, basadas en relatos que le hicieron a Max Aub; pero el entreverar tramas más o menos novelescas, introducir personajes de ficción y reivindicar las libertades que al novelista

corresponden, hacen que el rigor de aquella narración quede diluido. Los que en Alicante estuvieron coinciden en muchos puntos y disienten en otros; no es extraño que así ocurra porque se trata de una situación límite y, salvo lo que se veía y tocaba, se impone poner lo demás en duda o cuarentena; tan confundidas andaban la verdad y la fantasía, la mentira piadosa y la ilusión falaz, el dato válido y la exageración, el postrer deseo de resaltarse a uno mismo y la naturaleza subjetiva de cualquier relato escrito en primera persona. También interviene la confusión de fechas en aquel larguísimo y angustiado día que incluía tres hojas del calendario. ¿Cuántos hombres llegaron a reunirse en el puerto? Los que estuvieron allí o tratan del hecho y hacen evaluaciones, disienten: apuntan cantidades que fluctúan entre los siete u ocho mil hasta los treinta y cinco mil. Nadie contó a los reunidos, que lo eran en número cambiante, pues hasta el último momento se les añadían los recién llegados; las cifras se dan un poco porque sí. Parece que lo más cierto es que sumaran entre doce y quince mil, que son muchos. De los autores franquistas nada útil apenas es posible deducir; un increíble desprecio hace que se soslaye el asunto o que se presente como arriesgada y meritoria operación militar; quizás existan datos oficiales sobre el numero final de los prisioneros, pero no se han dado a conocer.

Cuando en la madrugada del 29 escapó el *Maritime* se produjo general consternación entre las personas que empezaban a afluir a los muelles o se concentraban en Alicante. Se da el nombre del teniente coronel Muñoz Vizcaíno como gobernador militar de la plaza, no sabemos si lo sería por nombramiento oficial o por designación de última hora. En la Comandancia empezaron a congregarse militares y civiles, dirigentes de los partidos y de las organizaciones obreras, lo cual contribuyó a aumentar el natural desorden propio de las circunstancias. Alguien aseguró que de Argel habían comunicado por radio que venían barcos a recoger a aquellos que desearan evacuar, que uno se dirigía a Valencia, dos a Alicante y un cuarto a Torrevieja. ¿Se trataba de levantar los ánimos o era noticia cierta, aunque a la larga resultara engañosa? El coronel Ricardo Burillo era la máxima autoridad militar y algunos le atribuyen también el cargo de comandante militar, aunque más parece que actuara como delegado del Consejo Nacional de

Defensa. Trataba por todos los medios de mantener el orden, organizar la evacuación y dar sentido a las diluidas autoridades que se debatían entre la confusión y la carencia de noticias ciertas. Habíase formado una Junta de Evacuación compuesta por miembros de los diversos partidos; se hacían listas que de continuo había que corregir por la llegada de nuevos evacuados cuya personalidad o significación obligaba a darles preferencia. Hubo al principio piques políticos porque llegaban también numerosos comunistas armados y temerosos de recibir trato desfavorable. Las consecuencias de las luchas en Madrid y otros puntos eran demasiado recientes y en muchos hurgaba el escarmiento que les inclinaba al recelo o a la agresividad. Iban concentrándose vehículos de todas clases y hasta llegaron tanques y blindados. Guerrilleros, agentes del SIM, mandos militares y comisarios, miembros de comités nacionales, regionales, locales, soldados, carabineros, guardias, mujeres, niños; traían colchones, maletas, fardos. Algunos, más previsores, escondían en sus bolsillos o disimulaban entre esas pertenencias monedas y joyas, y entre los levantinos el azafrán se había convertido en instrumento de cambio frente a los azares de la expatriación. Los más iban cargados con provisiones de boca y ropas, mientras que otros se presentaban con solo lo puesto y acumulada el hambre del camino. Había entre ellos solidaridad e insolaridad, fraternidad y enemiga, ánimo y desánimo, propósitos de resistencia o de entrega como alternativas contrapuestas en caso de fracasar el embarque. Quien proponía crear una línea defensiva en las afueras para protegerse de posibles acosos hasta la llegada de los buques, quien proyectaba escapar en solitario.

Suele decirse que los cónsules de Inglaterra, Francia y Argentina, a los cuales hay quienes añaden el de Cuba y otros países, se esforzaron por crear una zona internacional; pero no parece hecho demostrable, aunque fueran requeridos para que lo hicieran ¿Podía tener algún valor legal la decisión de unos cónsules? Y en caso afirmativo ¿ante quién, tratándose de una medida unilateral? Los miembros del Comité Internacional de Coordinación ya hemos visto que pretendían conseguir barcos, pues aunque entre dudas y ante negaciones aún confiaban en que algunos llegarían; se distinguían en esta labor los diputados franceses ya nombrados Charles Tillon

(Trillon escribe alguno) y Forcinal, que se proponían retardar la intervención de las tropas nacionales, de las cuales llegaban noticias de que iban aproximándose.

A media tarde del día 30 el teniente coronel Muñoz Vizcaíno anunció que desde el aeródromo le telefoneaban anunciándole que iba a aterrizar el avión francés que cubría la línea Orán-Toulouse con dos plazas disponibles. Parece que una de ellas le fue ofrecida a Gómez Osorio, gobernador civil de Madrid y presidente, entonces, del PSOE, pero que él se excusó alegando que evacuaría el último. Al cenetista David Antona se le buscó sin dar con su paradero, mientras el tiempo apremiaba. Por dignidad, por pudor, por amor propio, ninguno de los presentes se arriesgaba a manifestar sus vehementes deseos de aprovechar aquella oportunidad que podía ser la última. Allí estaban Tomás Mora, comisario del Ejército de Extremadura, Gómez Osorio, Henche, Justo Martínez Amutio, exgobernador de Albacete, Rodríguez Vega, el coronel Fernández Navarro, que formó en Madrid uno de los cinco primeros batallones de voluntarios… Entonces el diputado socialista Pascual Tomás alega que su presencia en Francia puede resultar favorable a las gestiones relacionadas con la evacuación y el envío de barcos, y que colaborará con Trifón Gómez. Los reunidos, que observan el interés que manifiesta, acuerdan que sea él quien ocupe una de las plazas.

En la Comandancia Militar y un poco caído del cielo está presente un médico militar que prestaba servicio en los guardias de asalto, el capitán Luis Fumagallo, que tras haber vivido diversas aventuras en Madrid durante los enfrentamientos entre comunistas y partidarios del Consejo, se trasladó a Valencia y entrevistó con el coronel Burillo y otros militares, comprobando *de visu* las dificultades con que tropezarían para la evacuación. Había sido avisado por el teniente coronel Rúbert de que iba a salir de Alicante un buque, pero cuando llegó había zarpado pues se trataba del *Maritime.* En Alicante ha curado a una hija del alcalde de Madrid; Henche de la Plata, que unos días atrás fue trepanada a causa de una hemastoiditis. El teniente coronel Muñoz Vizcaíno le ha reconocido como hijo de un conocido médico militar que en otra época le curó y es quien le avisa de que permanezca atento, pues llegan dos plazas libres en un avión y son pocos los que tienen el pasaporte en regla. Fumagallo lo tiene, porque en Madrid y en los

últimos momentos visitó a Casado y a Besteiro, ambos enfermos, y por influencia de este último le visaron el pasaporte en «1 consulado francés. Mientras se discute sobre quién debe ocupar la segunda plaza y sin demasiadas esperanzas muestra su pasaporte y es de esta manera como el capitán Fumagallo, sin más equipaje que su título de médico que llevaba en previsión, abandona España en el último avión junto a Pascual Tomás. Le recomienda a última hora el coronel Burillo que establezca contacto con las autoridades francesas y que se esfuerce por conseguir ayudas para la evacuación. En Toulouse se entrevistaría con el exministro del Aire Pierre Cot y con pilotos franceses de las líneas regulares, que se ofrecen para volar entre Alicante y Orán tantas veces como todavía resulte posible hacerlo, con objeto de trasladar cuantos españoles el tiempo y las circunstancias lo permitan. No resultará factible llevar a la práctica este proyecto, al parecer por negativa del Gobierno francés. Y por falta de tiempo, añadimos nosotros.

Coinciden la mayoría de los autores en que, durante las primeras horas de la tarde del 30 de marzo llegaron a la entrada de Alicante las vanguardias del CTV que mandaba el general Gambara. Eran los italianos de la división Littorio. En novelas y memorias noveladas se reflejan una serie de versiones, no siempre coincidentes, relativas a entrevistas entre el general italiano y los miembros del Comité Internacional de Coordinación y de la Junta de Evacuación, según las cuales acordaron unos pactos que autorizarían a los republicanos a mantenerse en el recinto del puerto hasta que llegaran los buques esperados. Pretenden otros que se trataba de un engaño dirigido a desarmar a los que se hallaban impacientes, con el fin de evitar la lucha y hacerles así prisioneros sin sufrir bajas; y hay quienes aseguran que, al igual que ocurrió en Santoña, el mando nacional no admitió el pacto a que los italianos se habían comprometido sin autoridad para hacerlo. Se habla de barcos franceses e ingleses que se aproximaban al puerto y después se internaban mar adentro, se alude al bloqueo por unidades de guerra nacionales, y se acusa a la Mid-Atlantique de que después de haber enviado buques para la evacuación les cursaba contraórdenes radiotelegráficas… Resulta complicado, por no decir imposible, deshacer el enredo, tanto por falta de información verídica y solvente de fuentes republicanas como porque las explicaciones de procedencia nacional, hoy por

hoy, son todavía más confusas. Las que aportan testigos presenciales resultan contradictorias en muchos puntos y adolecen del defecto de basarse en observaciones directas desde puntos de vista sumamente restringidos, dadas las circunstancias, y apoyarse en rumores y suposiciones de segunda, tercera o cuarta mano, que corrieron en momentos en que la noticia era rumor y el rumor, las más de las veces, reflejo de deseos, resultado de optimismos o de la desesperación, o materializaciones de pesimismos justificados.

Cita Martínez Bande un informe del general Gambara, que tampoco parece demasiado explícito, pero de cuyos párrafos pudiera deducirse que existieron contactos entre el general italiano, los cónsules y la Junta de Evacuación. De haber existido no parece que el «pacto» pudiera ser extenso, concreto ni firme, puesto que de ser cierto que el puerto se hallaba bloqueado —y buques nacionales sí los había en las aguas exteriores— no podía pactar Gambara que entraran al puerto buques extranjeros, ya que ninguna autoridad tenía sobre la escuadra. Más bien se trataría de algo así como de un «alto al fuego» antes de haberse producido «el fuego», convenio por medio del cual no entrarían en acción los hombres de la división Littorio contra los que permanecían armados en los muelles. En un momento dado se recogieron muchas armas, según unos por imposición y bajo amenaza de los italianos, según otros por convicción ejercida desde dentro por parte de aquellos que consideraban insensata cualquier resistencia y temían con fundamento que un desesperado provocara al disparar una sangrienta reacción. El recinto del puerto se hallaba protegido por una larga barricada formada por sacos y vehículos, algunos de ellos blindados; daban guardia guerrilleros y agentes del SIM, guardia defensiva hacia afuera, y también hacia adentro. Junto a una mayoría masculina de combatientes y directivos políticos y sindicales, salvo contadas excepciones de segunda, tercera o cuarta fila, más un corto número de periodistas, como Navarro Ballester, director de *Mundo Obrero,* Eduardo de Guzmán, Aselo Plaza y algún otro, había también médicos, como el catedrático valenciano doctor Pesset, que era la figura más relevante entre estos, existía una proporción bastante crecida de mujeres y niños, casi todos ellos familiares de los allí concentrados. El secretario de Defensa del Comité Regional valenciano, en el último momento se había

trasladado a Alicante llevando consigo a su mujer y a su hijo; hallándose sin alimentos y a pesar de la autoridad que había ejercido hasta horas antes, solo consiguió un bote de leche condensada para su hijo a pesar de haber solicitado ayuda a miembros del Comité de Catarroja, que estaban bien provistos de comida. Entre las mujeres podían hallarse algunas militantes de las organizaciones femeninas, pero la mayor parte seguían a sus maridos en aquella incierta y trágica aventura.

Existen fundamentadas dudas de que fuesen los italianos los primeros que entraran en Alicante. Tres minadores llegaron al puerto; a bordo de dos de ellos iban embarcados los Batallones 122 y 123 de Infantería (Martínez Bande escribe 122 y 131). La documentación que manejo se refiere precisamente al 123 y a su compañía de Ametralladoras. Este batallón lo mandaba de manera accidental el capitán Manuel Hernández Expósito, y el día 29, al derrumbarse el frente de Castellón, fue trasladado a Artana y de allí a El Grao de Castellón en cuyos muelles embarcó en el minador *Vulcano.* El otro batallón iría probablemente a bordo del *Marte.* Solo al primero de ellos alude Eduardo de Guzmán, que también está de acuerdo en que atracó en los muelles el 30 por la tarde. Ambos batallones desembarcaron en el extremo opuesto a aquel en que se hallaban concentrados los republicanos, que era un malecón exterior y en el muelle de arranque de la parte norte. Las tropas transportadas en los minadores lo hicieron en el muelle situado al sur, y los soldados se corrieron por la orilla del Paseo, emplazando ametralladoras con el fin de aislar el puerto de la ciudad. Fue con posterioridad a esta toma de posiciones cuando, según mis informes, aparecieron los italianos de la Littorio. A estos unos les ven desfilar de manera aparatosa al son de músicas militares mientras que otros les sitúan a la misma hora, detenidos a la entrada y parlamentando, con los republicanos y los cónsules. Lo que parece demostrado es que se encargaron, o «también» se encargaron en cooperación con los soldados españoles del desalojo del puerto.

El informe a que me refiero, escrito por alguien que llegó a bordo del *Vulcano,* da precisiones que parecen aceptables. Dos batallones de soldados españoles quedarían menos fijos en la memoria de los presentes que varias divisiones italianas o ítalo-

españolas más dadas al espectáculo y la fanfarria. Los apoyos documentales que poseo son menos convincentes en cuanto a precisión de fechas si bien suficientemente probatorios con respecto a la presencia de esos batallones y de los buques minadores. Transcribo una noticia publicada en *El Pensamiento Navarro* del día 31 de marzo; más que como demostración de lo expuesto lo hago para ayudar a comprender hasta qué extremos, en la confusión del momento, realidades y fantasías andaban mezcladas: «De Alicante y Cartagena se recibían noticias de que la población esperaba en los puertos la llegada de barcos nacionales. En efecto, dos cruceros nacionales llegaron por la tarde a la primera de dichas ciudades con tropas de desembarco. Los jefes del Ejército y autoridades navales se hicieron cargo seguidamente de todos los servicios. En el momento de la entrada de los cruceros los barcos surtos en el puerto izaron la bandera nacional haciendo sonar las sirenas durante largo rato. Inmensa muchedumbre de personas congregadas en el puerto enronqueció de tanto dar vivas a España y a su Caudillo». Así se escribe la historia; le hallamos solo dos disculpas: que se refiere a sucesos ocurridos muy pocas horas antes y a muchos kilómetros de distancia y que las comunicaciones debían ser deficientes. Pero advirtamos que las noticias pueden tener ecos tardíos, y casi treinta años después, persona tan enterada como debiera serlo Luis Bolín, escribía: «El 30 de marzo los nuestros entran en Alicante, donde 15.000 rojos esperaban para entregarse». Ya no prorrumpen aquí en «vivas a España y a su Caudillo», pero si algo puede afirmarse, con independencia de simpatías o antipatías, es que los republicanos acorralados en los muelles de Alicante esperaron todo menos entregarse; si lo hicieron al fin fue porque se vieron constreñidos y sin alternativa posible y porque les forzaron a ello utilizando argumentos que eliminaban cualquier otra opción.

Las personas que se agolpaban en los muelles de Alicante eran de muy variada y dispar condición, pero formaban parte de un destino común y se hallaban batidos por idénticas corrientes de desánimo extremo, que podía, súbitamente, ante un rumor o noticia falsa o fundamentada, encenderse en esperanzador optimismo. Dicen los que allí estuvieron que el tiempo era frío como si la

ciudad quisiera desmentir su fama de placidez invernal. Por la noche se encendían hogueras y alrededor de ellas se calentaban y dormitaban los fugitivos cuyas ansias iban a quedar frustradas. En una ocasión llegaron a hacerse listas para un embarque inmediato; aquellos que los demás veían con envidia que se apartaban dispuestos a ocupar plaza en el buque imaginario «que estaba a punto de llegar», sintieron con mayor fuerza la frustración. Las hogueras, además de para calentarse, se utilizaron para quemar documentación comprometedora y otros papeles que con ellos llevaban algunos fugitivos, cuando advirtieron que eran prácticamente prisioneros.

Que en el puerto de Alicante se dieron un elevado número de suicidios no deja lugar a duda; todos los testimonios están de acuerdo. Edmundo Domínguez, que había evacuado días antes en el *Lézardieux* escribe, con letras mayúsculas, que fueron «cuarenta y cinco combatientes del ejército de la República», y parece difícil que pudiera contarlos con tanta exactitud; si acertó, sería por pura casualidad. Se conoce el caso de aquel que subió a una farola y permaneció mucho rato en lo alto, enloquecido, hablando en ¡tono apocalíptico; unos dicen que se arrojó desde lo alto contra los adoquines y otros que antes de caer se disparó un tiro en la cabeza; alguien me ha dicho que era un militante de la CNT de Benicarló. También del alcalde de Alcira cuentan que se degolló con una navaja barbera y corrió la voz que al hacerlo exclamó: «¡Ahora sí que tendré las manos manchadas de sangre!». Había quienes se arrojaban al mar y se ahogaban, otros una vez en el agua se arrepentían y pedían socorro; muchos se pegaron un pistoletazo. Hubo dos que se juramentaron y como, llegado el momento, el ánimo le flaqueara a uno de ellos, el compañero optó por «suicidarlo» antes de llevar el cañón de la pistola contra la propia sien. Del número, salvo Domínguez, nadie ha podido dar referencias exactas, pero fueron numerosos porque los deseos de suicidarse se contagian ante el ejemplo ajeno. Los suicidios de Alicante, ejecutados en público, podrían emparentarse con aquellos otros, más discretos, que se produjeron al otro cabo de la guerra, en su inicio y en la sala de suboficiales del cuartel de la Montaña; menores probablemente en número y distintos de significación, merecen parangonarse y poner todos ellos como ejemplo del

inmenso suicidio colectivo en que viene a resolverse una guerra civil.

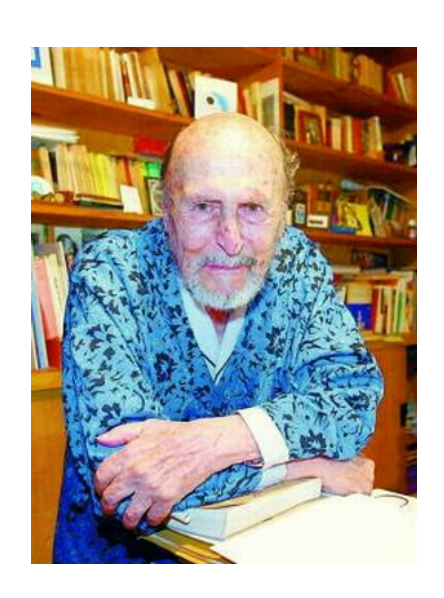
El día 31 se forzó, o convenció, a los refugiados del puerto para que se fueran entregando; habían desaparecido los italianos que fueron relevados por tropas españolas, que todos están de acuerdo en que demostraron una mayor dureza en el trato. Iban saliendo en filas y muchos eran registrados (quedaban muy pocos que conservaran armas que, o habían entregado o arrojado al agua) en personas y equipajes, siendo desposeídos indiscriminadamente de objetos de valor propios o ajenos, si bien los cacheos no podían ser sistemáticos y muchos pudieron conservar lo que llevaban. A la salida las mujeres iban siendo separadas de los hombres; aquellas eran conducidas a locales, por lo general cubiertos, cines u otros lugares.

Pocos eran los que al amanecer del día 1 quedaban en puerto, entre mil y dos mil los evalúan los testigos; no puede dilucidarse si eran los más obstinados o aquellos que por pereza o fatalismo demoraban la decisión final. Siguieron arrojándose al mar algunas pistolas que se conservaban, y joyas, y papeles. Durante la mañana los últimos abandonaban los muelles y se constituían prisioneros.

Fueron conducidos primero a unos campos de almendros que había en las afueras de la población, a otros les llevaron a la plaza de toros, a cuarteles y castillos. Comenzaba el cautiverio que sería duro para los de Alicante y que en muchos casos terminaría pronto ante los paredones.

El día 30 de marzo, el secretario de Estado del Reich, Weizsacker enviaba al embajador alemán en Roma el siguiente telegrama: «Salvo decisión en contrario del Führer, las autoridades militares tienen la intención, ahora que la guerra civil española ha terminado, de llamar a la Legión Cóndor lo antes posible. Como en varias ocasiones se ha tratado de retirar simultáneamente a los voluntarios alemanes e italianos, le rogamos entrar inmediatamente en contacto con el gobierno italiano y de preguntarle cuáles son al respecto las intenciones italianas».

Como es sabido, durante estos últimos días se hallaba Franco, por primera vez a lo largo de la guerra, retenido en cama a causa de una fuerte afección gripal. El último parte lo redactó después de que le llegara la noticia de que habían sido hechos prisioneros los últimos soldados de los muelles de Alicante. Lo redactó personalmente y, a través de un borrador, se conocen las correcciones que introdujo en su texto primitivo. A las 11,15 de la noche el locutor de costumbre, Fernández de Córdoba, leyó aquel parte que era el primero que, además de redactado por propia mano, venía firmado por Franco. Su texto no por conocido dejaremos aquí de reproducirlo: «Parte Oficial de guerra correspondiente al 1.° de Abril de 1939, III Año Triunfal. En el día de hoy, cautivo y desarmado el Ejército rojo, han alcanzado las tropas Nacionales sus últimos objetivos militares. LA GUERRA HA TERMINADO. Burgos 1.° de abril de 1939. Año de la Victoria, EL GENERALÍSIMO: Franco».



LUIS ROMERO PÉREZ (Barcelona, España, 1916-2009). Como escritor, se dio a conocer con la novela *La noria*, ganadora del Premio Nadal en 1951. Con *El cacique*, consiguió ganar el Premio Planeta en 1963. Parte de su producción fue en catalán, como es el caso de *La finestra* (1956), *El carrer* (1959) y *Castell de cartes* (Premi Ramon Llull, 1991).

También destacó como ensayista. En este campo, la guerra civil española y Salvador Dalí fueron dos de los temas que centraron en mayor medida sus trabajos. En el caso del conflicto armado, publicó *Tres días de julio*, aparecida en 1967. A esta le siguió *Desastre de Cartagena* (1971), *El final de la guerra* (1976), *Cara y cruz de la República* (1980) y *Por qué y cómo mataron a Calvo Sotelo* (1982).

Sobre la figura del pintor catalán Salvador Dalí, a quien el autor conoció personalmente en Cadaqués en 1952, su gran obra es *Todo Dalí en un rostro* (1975), que realizó en colaboración con el propio artista que, incluso, realizó varios esbozos e ilustraciones para esta obra. Completan el tema daliniano: *Aquel Dalí* (1984), *Dedálico Dalí* (1989) y *Salvador Dalí* (1992).

Notas

[1] «Se tejerá una historia oficial para los vencedores, y acaso una antihistoria, no menos oficial, para los proscritos», vaticinaba Azaña el 17 de junio 1937 en su cuaderno de La Pobleta. < <

[2] Parece ser que Negrín dejó escritas unas memorias que todavía permanecen inéditas. También en diversas ocasiones se ha hablado de unas memorias de Franco, si bien se ha hecho resaltando más que el valor histórico que pudieran tener, aludiendo a astronómicas cifras de derechos de autor que significan la confianza de que en el mercado mundial del libro puedan convertirse en un *best-seller*. Lo cierto es que, al ponerle punto final al presente volumen, ninguna de estas memorias ha sido publicada y ni siquiera tenemos garantía de que existan. Además, para juzgar de sus valores históricos, habrá primero que leerlas; interés, gran interés, lo tendrán siempre, pero no podemos juzgar de la importancia de un libro —importancia en el sentido de que pueda obligar a revisar todo lo escrito hasta entonces— sin conocerlo. < <

[3] Una última relectura del manuscrito me hace detener ante este párrafo sobre el cual en otras ocasiones quizá pasaba los ojos distraído. Muchos años, demasiados, llevo empleados en escribir este libro que se comenzó exactamente a raíz de la publicación de *Tres días de julio*. El lector que siga mi obra observará que *Desastre en Cartagena* (1971) es un paréntesis dentro del volumen que ahora tiene entre las manos. Diversas han sido las causas por las cuales el trabajo se ha prolongado: una de ellas sería la considerable acumulación de datos que constituyó la primera parte de mi labor y la comprobación inmediatamente posterior de que esos datos comportaban un crecido número de contradicciones y que había que afrontar la tarea de clarificar el material recogido; otra sería la elevada cantidad de libros que sobre el tema de la guerra se han publicado en los últimos años, que me ha forzado a conocerlos uno a uno, no todos quizá pero sí los que he considerado importantes y algunos que ni siquiera me lo parecían. Su lectura me ha llevado a comprobaciones, compulsaciones, añadidos, supresiones, algunas rectificaciones, etc. Añadiré, por último, que personas con quienes mantuve conversaciones, a veces en países lejanos, han editado sus memorias y que hoy son públicas algunas de las cosas que me manifestaron en privado. Pero, a lo que íbamos: el párrafo que ha motivado esta nota fue escrito hace bastantes años, y en un libro fechado en 1976 casi carece de sentido. Por ejemplo, la obra de Ricardo de La Cierva es hoy tan amplia y conocida que la referencia o alusión indirecta se ha vaciado de significación. Las posturas «altamente prometedoras» han alcanzado su plenitud; ahí están desarrolladas, y desarrollándose. Y de ello me congratulo. < <

[4] Quien revise los escalafones del ejército anterior a la guerra podrá observar un elevadísimo porcentaje de apellidos catalanes, paternos o maternos, entre generales, jefes y oficiales. < <

[5] El coronel Vicente Guarner ha publicado *Cataluña en la guerra de España* (Ed. Del Toro, 1975) en cuyo epílogo se toca ampliamente el tema desde un punto de vista distinto al mío pero coincidente. Se trata de un auténtico memorial de agravios muy digno de tenerse en cuenta por quienes quieran comprender algunos aspectos de la guerra. Vicente Guarner, cuyas relaciones con el Gobierno de la Generalitat son anteriores al 19 de julio de 1936, es persona que puede estar bien Informada y tener al respecto un criterio digno de audiencia. <<

[1] Que el alzamiento militar de julio de 1936 no es una sublevación marcadamente antirrepublicana, y menos monárquica, creemos que ha quedado sobradamente demostrado, no solo por el testimonio de quienes con seriedad se han dedicado al estudio de la conspiración y el estallido de la guerra civil sino por los propios documentos de la época de los cuales se dispone. Si de alguna manera hubiera que definirlo, y aunque parezca y resulte paradójico, podría decirse que iba encaminado a establecer una dictadura militar que «salvara» a la república, que consideraban estaba hundiendo el Gobierno del Frente Popular y la amenaza de una revolución extremista que venía anunciada por el estado prerrevolucionario en que se hallaba España. Como siempre, resulta erróneo echar mano de simplificaciones y más aún de frases de contenido político o sectario, aunque esas frases y simplificaciones tuvieron gran influencia en las tomas de posición de aquellas horas. La cabeza visible de aquel movimiento iba a ser el general Sanjurjo, pero parece demostrado que su jefatura sería más bien honorífica. A Sanjurjo se le califica de monárquico (y la sublevación de agosto del 32 tuvo este carácter, y ya conocemos su fracaso y escasa resonancia dentro del ejército), pero se olvida que su actitud fue uno de los motivos que dio vía libre a la proclamación de la república del 14 de abril. En la conspiración de Mola, la mejor vertebrada de todas las que convergían, la que iba a prevalecer y tenía ramificaciones en todas las guarniciones, la forma de gobierno se posponía, y precisamente «El Director» había cuidado mucho de que pudieran entrar en ella los militares auténticamente republicanos. El paso inmediato era un directorio militar dentro de la república. Los documentos que lo acreditan son de sobra conocidos. En la conspiración figuraban junto a militares monárquicos otros de probado republicanismo cuyos nombres y filiaciones son sabidos. Entre los militares que acataron al Gobierno los había también con historial monárquico caracterizado, que, salvo el general don Emilio Herrera y alguna otra excepción, se apresuraron a olvidarlo o a hacérselo perdonar. Conviene a este respecto conocer la redacción de los bandos que proclamaban el estado de guerra, que era el primer paso para ir al alzamiento; casi

sin excepción se redactan en nombre de la república, y si de alguno de ellos en publicaciones sucesivas han desaparecido alusiones o vivas ha sido en virtud de supresiones que se creyeron oportunas cuando las posiciones se habían radicalizado y de los primitivos propósitos apenas quedaba el recuerdo. Pruebas de esto también podríamos encontrar en las memorias inéditas del que fue ayudante del general Mola, Emiliano Fernández Cordón, por cuyas manos pasaron gran parte de los hilos de la conspiración. Por considerarlo altamente revelador como documento, a pesar de que personalmente estuviera en desacuerdo con el espíritu que las informaba y mucho más con la fraseología que en aquellas memorias se empleaba, traté de que fueran publicadas conservando aquel e introduciendo en esta pequeñas modificaciones que, sin variar nada, mantuvieran un mínimo de respeto hacia las personas, muchas de ellas ya desaparecidas entonces. Un pequeño incidente entre el comandante Fernández Cordón y el autor a causa de elogios que escribí en un trabajo referidos a la actitud del general Batet, hizo que los proyectos de publicación se malograran. Un ejemplar mecanografiado de estas memorias, que se conserva en el Archivo Histórico Militar, ha podido ser consultado por algunos historiadores. Entre los libros aparecidos últimamente es interesante lo que cuenta sobre el verdadero carácter de la sublevación y sus antecedentes Guillermo Cabanellas en *La guerra de los mil días,* libro que no puedo dejar de calificar de contradictorio, pero en el cual, entre algunos fallos que parece ser que su autor trata de subsanar, se aducen muchas y muy valiosas aportaciones. Solo se sabe que en los inicios de la sublevación aparecieran banderas «monárquicas» en Navarra y, muy restringidamente, en Burgos, por lo menos entre las ciudades principales en lo militar, en lo político y en lo demográfico. Que personas que permanecieron adictas al Gobierno del Frente Popular contra el cual iba directamente dirigida la sublevación, o militantes de partidos y organizaciones de extrema izquierda que se lanzaron a la calle para implantar una situación revolucionaria creyeran en el carácter exclusivamente «monárquico» o «fascista» de la rebelión, o en ambas cosas a la vez, ya que para ellos era todo uno, y que las alusiones a la república, los vivas incluidos, así como los signos republicanos, como podían ser bandera o himno de Riego, eran simples añagazas o fintas

engañosas, no autoriza después de tanto tiempo a esgrimir aquellas suposiciones como argumentos. En todo caso, aquella creencia equivocada puede ser considerada como exponente para el análisis de la reacción que el alzamiento provocó en personas u organizaciones. Lo mismo podría decirse en cuanto a quienes supusieron que una guarnición íntegra se alzó en armas, o que en su conjunto lo hizo la mayor parte del ejército, o que los sublevados dispusieron inicialmente de casi todo el armamento militar, del aparato gubernativo, etc. El desconcierto que siguió al caos de los primeros momentos y lo que en ellos llegó a suponerse por parte de algunas de las personas implicadas en los hechos no es argumento a defender más que en cuanto a lo *que se creyó, supuso y temió,* pero nunca a la verdad de lo que en realidad estaba sucediendo. Mucho contaron y cuentan los símbolos, pero suponer que millones de españoles se lanzaron a una guerra fratricida y feroz por una corona o un gorro frigio, o por una banda morada en la bandera, es minimizar nuestra propia historia. Pasado algún tiempo, cuando las posiciones se habían extremado, yo mismo califico de «republicanos» a los de un bando, y no porque la denominación la considere perfecta, sino solamente preferible a otras que se han empleado; pero en ningún momento nadie ha calificado a sus enemigos u oponentes de «monárquicos», ni siquiera en forma peyorativa y a pesar de bandera e himno. En la primera fase de la guerra la calificación de gubernamentales parece la más adecuada para designar a los que apoyaron al Gobierno, aunque haya que incluir en esa denominación a los anarcosindicalistas catalanes, a las demás fuerzas revolucionarias y a los nacionalistas vascos. < <

[2] Nadie puede con conocimiento de causa y un mínimo de honestidad negar que en España se produjeron intervenciones extranjeras en ambos bandos contendientes, tanto en el campo político y en sus dos vertientes, la internacional y las influencias y presiones internas, como en los suministros de material de guerra y otras ayudas, o en la aportación de combatientes a cualquier escala. No entra en los propósitos de este libro, ni siquiera de esta nota, proporcionar cifras —que seguirían siendo discutibles y discutidas— ni hacer estimaciones cuantitativas y cualitativas de las cooperaciones extranjeras. En cuanto a la palabra «intervención» algunos diccionarios le dan acepciones quizá demasiado restringidas; el buen juicio del lector suplirá las limitaciones idiomáticas. Lo que conviene tener en cuenta es que esas intervenciones, cooperaciones o ayudas, se produjeron en ambos bandos de maneras distintas, y que todos los españoles, republicanos o nacionales, consideraron tan justo y lógico ser ayudados por extranjeros en defensa de su indiscutible razón, que durante los años que duró la contienda nadie se preocupó de disimularlo u ocultarlo, antes al contrario, se resaltaba y exaltaba; el intervencionismo de los países amigos —hermanos— o de los partidarios de cualquier nacionalidad se convirtieron en uno de los temas favoritos de la propaganda. El insulto desaforado, la rabia, la acusación justiciera se reservaban para aquellas ayudas que recibía el enemigo, con el cual no se admitía el más remoto parangón.

Desde hace algunos años está investigándose con bastante seriedad sobre las ayudas que recibieron los nacionales de parte de la Italia fascista en primer lugar, y en menor escala cuantitativa de Alemania, y asimismo de otros países, entre los que destaca Portugal, cuya cooperación en soldados viene exagerándose con desmesura. Sobre la intervención italiana han aparecido recientemente dos libros importantes, uno de ellos *La aviación legionaria,* y el otro, más revelador aún, *La marina italiana en la guerra de España.* En ambos se sistematiza y ordena una serie de referencias que andaban dispersas y se amplían noticias; están escritos por Alcofar Nassaes. Sobre la intervención alemana el libro de Ramón Garriga *La Legión Cóndor* debe ser tenido en cuenta.

Sobre si la presencia de moros en las tropas nacionales puede o no calificarse de ayuda extranjera, difieren las opiniones en el plano legalista o teórico, sin que nadie discuta o regatee el hecho en sí, que es lo importante. Hemos advertido que no es esta para nosotros ocasión de proponer cifras que, por otra parte, no están establecidas aún con el conveniente rigor. Tanto para italianos o alemanes, como para interbrigadistas o soviéticos habría que tener en cuenta los muertos, heridos, mutilados, y, en particular, los relevos; las cifras, según se utilicen, pueden inducir a engaño, y si lo que se propone quien las maneja es eso, con mayor motivo. Además, los números por sí mismos no son otra cosa que un elemento a tener en cuenta.
<<

[3] Entre las contribuciones extranjeras quizá la más difícil de poner en claro era la del número, importancia y verdadera función de los siempre un poco misteriosos consejeros soviéticos, que prestaron en el campo republicano un tipo de colaboración que no tiene contrapartida entre las que recibieron los nacionales. Hay autores republicanos que en sus libros o memorias escritos después de la guerra han pretendido minimizar esas ayudas, o más tajantes aún, ignorarlas, que era tanto como negarlas. La presencia y misión de aquellos consejeros, que salvo excepciones pueden calificarse de auténticos combatientes —dejando aparte aviadores, tanquistas y a quienes figuraban en las plantillas de las unidades internacionales— fue puesta en claro, solo parcialmente, en el libro *Bajo la bandera de la España republicana,* publicado en Moscú y en castellano, creo que en 1967. En sus páginas ocho altos jefes del ejército soviético explican, de manera autobiográfica, sus experiencias en la guerra española; suelen proporcionar bastantes noticias, facilitar algunos datos y nombres, si bien suelen abstenerse de dar cifras, salvo algunas excepciones sobre la artillería. Y sin mostrarse demasiado explícitos, dejan entender cuál era la naturaleza y el alcance de su misión y la manera como la desempeñaron. Nada aclaran sobre de quién recibieron las órdenes de trasladarse a España, ni sobre si seguían manteniendo contacto con sus jefes de la URSS.

Dada mi escasa ilustración sobre los asuntos internos de la URSS, carezco de claves que aclaren el porqué de esta publicación tardía y reveladora. A este interrogante al cual no puedo dar respuesta, se añade otro: ¿Hasta qué grado son verídicos en sus manifestaciones y recuerdos? Tras una lectura atenta de la obra se observa que los antiguos asesores andan en ocasiones flojos de memoria, y que evidencian una, digamos justificable, tendencia a resaltar sus propios méritos, su eficiencia notable, y en proporción que se hace sospechosa, a alabar las excelencias en valor, capacidad y otras virtudes cívicas y militares, de todos los militantes del PCE que habían continuado dentro de la ortodoxia, con radical exclusión de los demás. Alguno de los consejeros, como el general de artillería N. Voronov, manifiesta tendencia a la exageración hasta autodescribirse como un *superman.* Las culpas de derrotas, fracasos,

o las limitaciones de los éxitos, suelen achacarse a los anarquistas o a los militares profesionales sobre cuya incompetencia se insiste. Por el contrario, es alabado el general Vicente Rojo, de quien cuenta el que después sería mariscal Malinovski y entonces coronel solo, que le dijo con ocasión de la operación de Brunete: —«¿No asumirían ustedes, los especialistas militares soviéticos, el trabajo de elaborar el plan de esta operación?». Y que él le respondió a Rojo: —«Permítanos no solo elaborar el plan de la operación, sino también realizar los trabajos preparatorios para la concentración de la tropa». En *España heroica* el general Rojo no nombra para nada a los rusos y afirma: «Los planes estaban estudiados de largo por el Estado Mayor de la Defensa de Madrid…», frase que podría prestarse a distintas interpretaciones. Nombra Malinovski a diversos generales, coroneles y otros oficiales soviéticos de los que no precisa la graduación militar, muchos de los cuales son conocidos por otras fuentes. En la primera época cita entre los principales al general Góriev, «nuestro agregado militar, que cumplía simultáneamente las funciones de Consejero militar del general Miaja». Y refiriéndose al general español comenta: «Y si el frente mandado por este general mantenía una defensa inexcusable, el propio Miaja no tenía nada que ver con ello». Interesante por poco conocido hasta que se publicó este volumen es lo que cuenta N. Kuznetsov, «agregado militar en la marina», en cuyo relato facilita algunos nombres, incluidos los de oficiales de la marina soviética que mandaron submarinos republicanos. Sin embargo, y a pesar de resaltar la ayuda prestada, se lamenta de que «por toda una serie de causas insuperables la Unión Soviética no pudo ayudar a la España republicana con sus barcos de guerra de superficie o submarinos».

Otros testimonios se refieren a los aviadores y tanquistas y a diversos extremos de la intervención soviética. No hay referencia alguna a las cuestiones de tipo policíaco y son muy escasas las que a lo político se refieren.

Quienes se interesen por las intervenciones extranjeras conviene que conozcan este libro pues, aunque incompleto y mal sistematizado por ser una pequeña antología de memorias muy restringidas en número y limitadas también en el tiempo, puede proporcionarles datos importantes —ya conocidos por historiadores y especialistas, como es natural— y algo del mayor interés: la visión

de conjunto que supera el dato. < <

[4] La superioridad nacional en cuanto a armamento es algo que se considera casi axiomático, salvo en algunos momentos de la contienda en que el Ejército Popular superó al enemigo. Los mismos nacionales estaban convencidos de ello por lo que podían comprobar en las distintas ofensivas. Y lo mismo ocurría con las reservas de hombres o de elementos motorizados. Pero conviene plantearse mejor la pregunta: ¿esa superioridad era relativa o absoluta? Porque Ramón Salas aporta datos muy dignos de ser tomados en cuenta que vienen a demostrar en varias ocasiones que un envaramiento de la organización del ejército republicano en sus más altas instancias, y el mando único en el nacional, pudieran haber influido en la utilización, en la concentración, del armamento y otros efectivos, haciéndolos doblemente eficaces. Es sabido que cuando los nacionales iniciaban una ofensiva en cualquier punto, o una contraofensiva, llevaban las mejores unidades, cuantas hicieran falta para los fines que se proponían, y asimismo la aviación, la artillería, los medios de transporte, dejando los demás frentes casi desguarnecidos, no solo porque ese era el criterio de Franco y de su Cuartel General sino porque nadie, ningún mando secundario, hubiese osado regatear fuerzas o material que considerara «propio», como sucedía en el campo republicano. Por otra parte, los nacionales dominaban las comunicaciones interiores, lo que les favorecía los rápidos desplazamientos; si observamos los mapas de la guerra comprobaremos que una de las primeras operaciones consistió en la juntura entre las zonas Norte y Sur, entre las tropas de Varela y la caballería de Monasterio, aun antes de haber consolidado posiciones en Andalucía y Extremadura, operación que resultaría decisiva; y más adelante, con considerable esfuerzo y sacrificio, se avanzó hacia el Mediterráneo para partir en dos la zona republicana. Las ofensivas que en Brúñete y Extremadura intentaron los republicanos con propósitos de romper la unidad territorial del enemigo, le hacían reaccionar vigorosamente, tanto como se requería para impedirlo. <<

[5] Con más amplitud, superior claridad expositiva y mejores datos que en las memorias del almirante Cervera Valderrama, hallaremos noticias sobre este extremo en *La marina italiana en la guerra de España* de Alcofar Nassaes, libro que ya hemos mencionado. <<

[6] No son desdeñables las ayudas que el Gobierno recibió de Francia al principio de la guerra en que tan escasos de material andaban ambos bandos, ni las que siguió recibiendo de esta nación, del Gobierno mexicano y de diversos países —Checoslovaquia, Inglaterra y hasta Alemania entre ellos— canalizada por medio de contrabandistas internacionales, no siempre escrupulosos y que fueron pagadas a más alto precio aún, por culpa de las irregularidades económicas que se produjeron en este comercio. La ayuda principal sería, sin embargo, la que se recibió de la URSS.
<<

[7] Por parecerme de interés histórico, y también por curiosidad personal ante personaje tan influyente como controvertido, he procurado desde hace años recoger el mayor número de testimonios orales y aun escritos de las personas que le conocieron y en especial si ese conocimiento no fue relación episódica. Entre aquellos que se mostraron más terminantes en sus juicios favorables destacaré a Álvarez del Vayo y a Pablo de Azcárate, y aun admirando algunas de sus cualidades políticas y su personalidad en cuanto a inteligencia, cultura y cierto grado de genialidad, señalaría a Juan Simeón Vidarte, que además le trató mucho, después de haber dejado de ser presidente del Gobierno, pero que, a mi entender, considera el conjunto de la figura política y humana con ciertas reservas. Sus principales enemigos han dejado testimonio en libros, y en conversaciones particulares se han mostrado en ocasiones más agresivos, aunque algunos de ellos dejaban traslucir diversos grados de admiración que, por paradoja, les hacía extremar la severidad. <<

[1] Véase capítulo IV, nota 2. < <

[2] Algunas de mis reservas sobre la potencialidad respectiva de las fuerzas en presencia deducidas de documentación de archivo proceden de observaciones directas, de conocimientos empíricos y limitados, de estimaciones a ojo de buen cubero que, a pesar de todo, me parecen puntos de referencia no desdeñables. Por vía de ejemplo, y como síntoma quizá no generalizable, voy a citar dos hechos: En un día indeterminado, alrededor del 27 o 28 de diciembre, la aviación republicana hace un alarde sobre los frentes donde se halla combatiendo el XV Cuerpo de Ejército (y quizá sobre otros). Los aparatos, más que en formación de combate, de exhibición, evolucionan cubriendo el cielo y hacen prorrumpir en vivas y exclamaciones optimistas a los más entusiastas, que llegan a aplaudir. ¿Cuántos aviones se concentran? «¡Cuarenta, cincuenta, sesenta, más? Evolucionan durante unos minutos, y al poco desaparecen para no volver a presentarse más que en mínimas y huidizas formaciones: el cielo quedará de nuevo en poder de la aviación nacional, legionaria, alemana o española, que precisarlo resultaba difícil desde abajo y se prestaba a interpretaciones erróneas. Durante aquellos días también, un batallón acogido al precario abrigo de un bosquecillo de pinos es sorprendido y atacado por la aviación nacional. Potentes e implacables bombarderos arrojan toneladas de su carga. Cuando parecía que el batallón había sido deshecho y los aviones se alejan, los soldados abandonan sus «refugios», que eran el simple cuerpo a tierra al amparo de alguna roca, un mínimo desmonte, o arrimar la cabeza a la base de un tronco Solo ha sido herido, en el dedo índice, el Miliciano de la Cultura; la lesión no es grave pero suficiente para ser evacuado a retaguardia. <<

[3] Polonia y Rumania se habían negado a permitir el paso de tropas soviéticas por sus territorios y de aviones por su cielo en caso de que la URSS interviniera en favor Checoslovaquia caso de producirse la agresión nazi. <<

[4] Resulta singular que en una enciclopedia tan prestigiosa y difundida como es el *Petit Larousse,* en su edición de 1963, de los ocho pequeños renglones que dedica a la ciudad de Barcelona, de los cuales más de tres se le van en el título, nombre de los barceloneses en español y francés y número de habitantes, dedique tres líneas a esta referencia: «Centro de la resistencia de los republicanos durante la guerra civil, bombardeada por los italianos en 1938, Barcelona no fue conquistada por Franco hasta 1939». En la edición de 1971 se suprime lo del bombardeo. Todavía resulta más singular la descripción de la Ciudad Condal y el resumen de su más que bimilenaria historia, si se la compara con los artículos dedicados a Madrid, Zaragoza… o a Dresde, en la edición de 1963, que en la de 1971 se le añadió al artículo de Dresde una corta frase: «La ciudad fue destruida en febrero de 1945 por los bombardeos de los aliados». < <

[1] Javier Rubio ha publicado en 1974 un libro, *La emigración española a Francia,* en el cual se ocupa ampliamente de la relacionada con la guerra española en sus distintos aspectos, tratando de llegar a aproximaciones válidas en cuanto a número. Es libro a recomendar a quienes les interese el tema, pues hallarán algunos datos que otros autores silencian, bien por no haberse interesado en investigarlos bien por no convenirles a los fines que se proponen al aludir a los exiliados. Aporta, por ejemplo, este autor el número de personas que durante el mes de febrero se repatriaron por la frontera de Irún, que fueron oficialmente 67.709, de los cuales 55.790 eran soldados del ejército republicano. Interesante también es la enorme proporción de refugiados que regresaron a España una vez terminada la guerra y a lo largo del año 1939, que viene a invalidar muchas de las cifras que estamos acostumbrados a leer. Hacer elogio de este libro no significa que consideremos como definitivas las cifras que en el mismo se dan. Por ejemplo, y sobre el número de combatientes del ejército de Cataluña de nuevo según sus cálculos, resulta un número excesivo con respecto a todas la: demás estimaciones, y probablemente con respecto a la verdad. Pudiera provenir de un error de sumar la cifra que transcribimos en esta misma nota referente a los que pasar por Irún a España nacional en febrero, a los refugiados que hay en Francia el 1 de marzo, cuando lo más posible es que en los cálculos franceses no se hubiesen todavía restado aquellos repatriados < <

[2] Para reforzar nuestra opinión sobre la inconsistencia de los números que acostumbran a barajarse y los motivos que nos inclinan a la desconfianza, daremos por vía de ejemplo datos publicados sobre combatientes y armamentos con que se inició la ofensiva nacional sobre Cataluña. Hemos espigado en algunos autores entre los más conocidos. En *Nuestra guerra* las cifras de Líster son las siguientes para los republicanos: 220.000 hombres, no todos ellos encuadrados en las unidades directamente combatientes (Ejército del Ebro, 80.000, y Ejército del Este, 90.000, que suman 170.000), con 250 piezas de artillería, 100 entre tanques y blindados, y 110 aviones. Con respecto a los nacionales estas son sus cifras: 400.000 soldados, 1.000 piezas de artillería, 600 aviones y 300 tanques. Su jefe inmediato, Juan Modesto, ha dejado escritas cifras distintas para ambos bandos: para los nacionales 350 baterías solo para las divisionarias y de Cuerpo de Ejército (lo que hacen 1.400 piezas, más las correspondientes a escalones superiores y a la reserva), y aparatos 1.500. Y los republicanos: de 160 a 170.000 hombres apoyados por 270 piezas, casi su mitad en mal estado, 124 aviones y 125 tanques. El mismo Modesto establece así la correlación de fuerzas, en favor de los nacionales: Infantería, 4 a 1 (lo que supondría para los nacionales unos 650.000 hombres…), tanques, 7 a 1 (o sea unos 875 tanques nacionales…), y aviación 8 a 5 (y aquí sí que se impone hablar de error porque la proporción no corresponde ni de lejos a los datos facilitados por él mismo). Y escribe a continuación: «… pero en el orden táctico…» y la superioridad numérica atribuida a los nacionales se dispara a cifras increíbles. Por su parte, el subsecretario del Ejército, Cordón, considera que la superioridad aérea nacional era de 5 a 1. Y para terminar, con datos del Archivo Histórico Militar, Martínez Bande escribe cifras distintas. Agrupación de Ejércitos de la Región Oriental (Cuerpos de Ejército del Este y Ebro), 140.000 combatientes, con 250 cañones, 120 aparatos, y 40 tanques más 60 blindados de dudosa eficacia bélica; y los atacantes, 250.000 hombres con 563 piezas de artillería y 469 aviones.

La disparidad de cifras es excesiva y conviene usarlas con sumo tiento. Un estudio más amplio de índole comparativa y a lo largo de

toda la guerra nos llevaría a conclusiones desoladoras. También en los documentos se deslizan errores, pues los estados de fuerzas no siempre reflejaban, por muy diversas causas, la verdad del campo de batalla, y existen diferentes maneras de evaluar. <<

[3] Junto a la frontera, unos días antes, se despidieron dos poetas: don Antonio Machado y Carles Riba. El poeta catalán era todavía joven, pero a Machado sufrimientos y zozobras, tanto como los años, le habían envejecido. Le mostró a Riba un reloj de bolsillo. «Ya ve, a mi edad, en qué circunstancias me encuentro. Es un recuerdo de familia… ¿cree que me darán algo por él…?». Ligero, ligerísimo de equipaje, Antonio Machado, que no era hijo de la mar sino de la tierra de la cual se expatriaba —Je expatriaban—, se disponía a emprender el último viaje. Cuando habían dado los primeros pasos para separarse, pues Caries Riba evacuaba en compañía de su mujer y sus hijos, preocupado por el estado de ánimo del poeta castellano, halló fuerzas para tratar de reconfortarle; se volvió hacia Machado y exclamó: «Don Antonio, a pesar de todo, ¡Viva la república!». Don Antonio le miró con tristeza y no contestó; se encogió de hombros y en su rostro, cuyo gesto siguió al movimiento del cuerpo, expresó sin palabras toda la desesperación, la melancolía y la indiferencia que en aquel momento, confundidas, le atenazaban. Sin palabras se expresó el poeta, sin palabras, imitando actitud y gesto, me lo contó el otro poeta años después. Ahora trato de explicarlo yo, y me quedo corto al escribirlo porque si dos altos artífices de la palabra recurrieron a la mímica, de resultarme posible, haría lo mismo. < <

[1] Resulta curioso comprobar que quienes con mayor seguridad afirman que Inglaterra, y Francia también, se mostraron favorables a los nacionales y contrarios a la república, son los mismos que con igual tesón consideran que la guerra española fue una anticipación, un primer acto, de la mundial que iba a seguirla. ¿Cómo pueden compaginarse ambas afirmaciones? Inglaterra y Francia favorecen a Franco de acuerdo con Alemania, Italia y Portugal, y contra los republicanos y su mejor aliado la URSS; esto ocurre en el primer acto. En el segundo y los que le suceden, Inglaterra, Francia y la URSS —también Portugal— se integran en un mismo frente contra Alemania e Italia… Algo falla en estos razonamiento: la URSS sí que firmó con Alemania el pacto germano-soviético. < <

[2] Pudiera citarse como excepción un libro titulado *Menorca liberada,* editado en 1941, que, aparte de dar una versión partidista propia del momento y que su enfoque es local, y más de Ciudadela que de Mahón, aporta bastantes datos y trascribe crónicas de corresponsales de guerra nacionales, y de algunas publicaciones extranjeras. En este libro, en que se citan muchos nombres, lo cual no deja de ser interesante, se tiende a demostrar que la «liberación» de Menorca fue debida a un impulso interior que cristalizó en la sublevación de Ciudadela y otras guarniciones de la parte occidental. Hemos ido señalando fechas y comprobado que desde bastantes días atrás estaba gestándose la rendición, y que el conde de San Luis y González Ubieta se habían entrevistado el día antes de comenzar aquel alzamiento. Eso no significa que se quieran restar méritos a quienes lo llevaron a cabo y a quienes se arriesgaron a trasladarse desde Pollensa con muy escasos medios. En los últimos choques se produjeron cuatro muertos y siete heridos. A mi entender, la suerte de la isla estaba decidida de antemano. <<

[3] Los titulados en su versión francesa *Archives secretes de la Wilhelmstrasse,* que fueron publicados por los aliados después de la derrota alemana, constituyen, referidos a la guerra española, un bloque documental de alto valor informativo y desmitificador. No han sido publicados en castellano a pesar de su importancia histórica. Por una parte demuestran la intervención alemana en el bando nacional y, por otra, queda esta intervención y las ayudas consiguientes reducida a sus verdaderas proporcione». Parece que al mantener estos documentos no destinados a su publicación, lo que les confiere mayor autenticidad, alejados del conocimiento del público español se haya propiciado la perduración de los mitos extremos y de opuesta intención y significado, ambos exagerados en menos y en más. La lectura de estos papeles es aleccionadora e invalida una porción de afirmaciones, convertidas en latiguillos, que autores que han escrito después de su publicación y difusión no han dudado en seguir sosteniendo. <<

[1] Contestación de Alvarez del Vayo a una de las diversas preguntas que le formuló el autor: «Personalmente y puesto que usted hace esa pregunta, sí, yo hice cuanto pude desde la caída de Cataluña para asegurar la continuación de la guerra en la zona central. Nosotros, el gobierno legítimo, no habíamos tratado de salvarnos, es decir, de salvar a España, a través de la guerra mundial. Pero yo estaba convencido de que la guerra mundial venía y de que defendiéndonos por unos cuantos meses, incluso por un año, que era posible en el territorio leal quedado a nuestra disposición e incluso si perdíamos Madrid, enlazábamos con una situación internacional enteramente distinta y ganábamos la guerra». < <

[2] Conozco el texto de una carta que quien tenía autoridad moral para ello dirigió al coronel Casado pidiéndole que suprimiera de su libro las alusiones que contiene sobre la vida privada de Negrín por considerarlas innecesarias y de mal gusto. < <

[1] Facundo Roca. El local pertenecía a la Delegación de la Infancia Evacuada. <<

[2] El entonces joven periodista José García Pradas, director del diario CNT de Madrid, escribió un interesante libro *Cómo terminó la guerra de España,* que, a pesar de su tono agresivo y apasionadamente partidista, resulta, casi diríamos, indispensable para conocer algunos aspectos de las últimas fases de la guerra que él vivió tan de cerca. Sitúa esta reunión de los delegados de las Regionales en Valencia algunos días más tarde, pues precisa que duró un par de días y que en el último momento les llegó la noticia de que Negrín y Álvarez del Vayo habían llegado a Albacete (que equivoca por Alicante), así como que antes un delegado de Cartagena les informó de la rendición de Menorca. Ello haría suponer que la reunión fue entre el 8 y 10 de febrero. Si aceptamos estas fechas, no es posible que se decidiera en esta reunión el viaje de Val, López y Amil a Barcelona ni tampoco que se entrevistaran en Toulouse con Segundo Blanco. ¿Fueron dos reuniones distintas a pocos días de distancia? Añade García Pradas algunas precisiones sobre lo que se trató en aquel pleno que fueron, aparte de la conveniencia de crear un Comité Superior del Frente Popular, variaciones sobre la necesidad de una Junta de Defensa, la de que se derogasen las órdenes dictada» por el Gobierno en Cataluña. A los reunidos no les agradaba que todo el poder quedara en manos de los militares y menos aún la movilización de nuevas quintas que provocaría mayor desorden, pues por un lado vaciaría de brazos las industrias que funcionaban, y por otro lado llevaría al ejército contingentes de soldados que ni siquiera podrían ser armados ni equipados. Aquellas medidas, consideraban, podían ser adecuadas en Cataluña, pero no en la Región Central cuya situación era distinta. No se pensó, por supuesto, en obedecer la orden de entrega de armas cortas ni se acató por parte del común de la población la de incautación de los receptores de radio en poder de particulares.

La movilización general decretada por el Gobierno hubiese diseminado a los hombres de la CNT al distribuirlos en distintas unidades militares; con ello, los anarcosindicalistas perdían la última fuerza directa y efectiva con que todavía podían contar. <<

[3] El argentino que asumía en este acto la delegación de la FAI se apellidaba Grunfeld, si bien en distintos escritos se dan distintas ortografías: Grüenfeld, Gersündfeld, Grinfeld… suponemos que se trata siempre de la misma persona. <<

[4] Para redactar todo lo referente a las gestiones de don Pablo Azcárate, acorralado entre las presiones del Foreign Office y el silencio de Negrín, he dispuesto de diversos textos que figuran en las memorias del embajador de España en Londres, con puntualizaciones y aclaraciones hechas por medio de larga correspondencia y de una entrevista que con don Pablo Azcárate mantuve en Ginebra. Me consta que para precisar mejor algunas de las aclaraciones mantuvo él consultas con Álvarez del Vayo. Fue el mismo señor Azcárate quien me manifestó que Negrín no quiso explicarle los motivos de su silencio y que a una pregunta directa y concreta respondió con evasivas y una sonrisa que daba a entender que se trataba de agua pasada. (Véase *Mi embajada en Londres,* Ariel, Barcelona, 1976). < <

[1] En el lapso transcurrido entre la redacción de estas páginas y la entrada en máquinas del libro, ha sido publicado en España *General Miaja, defensor de Madrid,* cuyo autor es Antonio López Fernández. Entre las páginas fotocopiadas (por cierto, de difícil lectura) que me entregó amablemente en la entrevista que sostuvimos en México y la actual redacción observo pequeñas variantes y, en particular, ampliaciones. Las variantes no son importantes; en el libro aparece como asistente también a la entrevista con Negrín y Álvarez del Vayo el ministro de Hacienda, señor Méndez Aspe, y que le dijeron que iban a trasladarse a España para hablar con el general Miaja. Se extiende en diálogos largos y relata un incidente muy violento que tuvo personalmente con Azaña. Lo principal es cuanto manifiesta a propósito de dos cartas que le entregó el general Rojo, que preferimos copiar: «En la carta dirigida al doctor Negrín le instaba que abandonara España con los ministros que le habían acompañado y que dejara a los militares profesionales hacer lo que correspondía en aquel momento, entablar negociaciones con el adversario. En la carta del general Rojo dirigida a los generales Miaja y Matallana, les decía que si el doctor Negrín no facilitaba la labor de los mandos militares del Centro para entablar conversaciones con los nacionalistas, como le había indicado en Francia antes de partir para la zona republicana, que sin ningún escrúpulo de conciencia lo fusilaran. Ellos han ido a España a cumplir instrucciones de la Unión Soviética, que no son otras que pelear en esta guerra hasta la total derrota, para poder esgrimir en su propaganda posterior que han sido precisamente los comunistas los últimos que han peleado en España». Hasta aquí el testimonio cuyo juicio valorativo nos abstenemos de emitir. ¿Leería personalmente López las dos cartas de las cuales fue portador? ¿Se interferirán en los recuerdos vivencias posteriores? ¿Conoció su contenido a través de comentarios poco rigurosos? En todo caso, el texto de ambas cartas está en total contraposición con las afirmaciones del general Rojo formuladas en *¡Alerta los pueblos!* sobre las cuales hemos llamado la atención. <<

[2] El general de brigada don Toribio Martínez Cabrera era comandante militar de Cartagena el 18 de julio de 1936 y permaneció fiel al Gobierno. A la entrada de los nacionales no abandonó España. Sometido a consejo de guerra, fue condenado a muerte y fusilado. El mayor de Artillería Eduardo Medrano Rivas se hallaba en Barcelona el 19 de julio y, al mando de una batería, cañoneó el edificio de la Capitanía General (División Orgánica) en donde se hallaba el general Goded. Después salió para el frente de Aragón como asesor militar de una de las columnas. Ejerció luego distintos mandos y al final el de la 33 División. Murió fusilado en los fosos del castillo de Montjuich a principios de 1941 o en las postrimerías de 1940. La suerte fue menos dura para el coronel Adolfo Prada Vaquero, que había mandado el Ejército de Asturias. Fue al coronel Prada a quien correspondió la ingrata tarea de rendir el Ejército del Centro en la Ciudad Universitaria. Condenado por consejo de guerra, fue puesto en libertad unos años después y actuó clandestinamente en política por medio de la Agrupación de Fuerzas Armadas Republicanas Españolas (AFARE). <<

[3] Resulta curioso comprobar una nueva similitud con aspectos que ocurrieron al principio de la sublevación de julio de 1936. Se especuló entonces, y después se ha venido haciéndolo, sobre que Largo Caballero, en contubernio con distintas fuerzas comunistas-judeo-masónicas-separatistas, etc., tenía fijada fecha —mediados de agosto— para desencadenar una revolución. Con ello la sublevación militar se convertía en un mero anticiparse al enemigo. Circularon y se dio amplia publicidad a ciertos documentos apócrifos y un tanto absurdos por ingenuos, cuyo texto no resistía un análisis serio, pero que llegaron a engañar a muchos, incluso, diría, a algunos de los que los pusieron en circulación. En 1939 también, los militares republicanos, con apoyo de los partidos del Frente Popular, van a sublevarse contra el Gobierno, pretextando que se trata de una contrasublevación. Las distancias entre ambos casos son evidentes, pero conviene señalar las coincidencias. < <

[1] De esta general confusión de fechas he participado yo mismo al suponer que el coronel Casado, que asistió a la reunión, haría constar el día exacto. La fecha que consigna en *Así cayó Madrid* es la del 16 de febrero. Pero poseo fotocopia de un documento anterior, en que el propio Casado escribe la fecha del 27 del mismo mes —¡once días de diferencia!—. Por esta última fecha me inclino sin que posea pruebas suficientes para fundamentar afirmaciones rotundas. Coincido con Modesto y Ramón Salas, también con Guillermo Cabanellas, mientras que autores calificados, como Ricardo de la Cierva, Seco Serrano, Payne y Hugh Thomas, sitúan la reunión el día anterior. Un día de diferencia no altera aquí nada esencial, pero otros autores dan fechas muy distantes en el calendario. El hecho de que Martínez Bande señale el 16 de febrero (probablemente siguiendo a Casado, como a mí me sucedió) hace suponer que en el Archivo Histórico Militar no debe haber antecedentes. Quizás algún día llegue a aclararse tanto la fecha como el verdadero desarrollo de la reunión sobre la que existen versiones dispares; no queda hoy ningún superviviente de quienes asistieron a la reunión de Los Llanos. Sostuve con el coronel Casado una prolongada entrevista, pero entonces yo daba todavía por buena la fecha que él dejó escrita en su libro y así no se me ocurrió interrogarle sobre este extremo, pues tampoco poseía la fotocopia a que me he referido, escrita de su puño y letra. Mis esfuerzos por conseguir una versión directa y desapasionada por parte del último superviviente, el coronel Camacho, no dieron resultado positivo por motivos personales que respeto y que me fueron expuestos con argumentos para mí confusos pero con amabilidad muy de agradecer. <<

[2] Se comenta la influencia que la decisión de la guardia civil pudiera tener en el resultado final de aquella batalla. Es aventurado afirmar que la decidiera; más bien podría afirmarse que dio la puntilla a los sublevados, que ya estaban batidos y desmoralizados. Lo que puede creerse con fundamento es que si cuando el general Goded requirió por última vez la cooperación de la guardia civil, esta se suma a los rebeldes, dadas las circunstancia en que se hallaban las fuerzas enfrentadas hubiese podido cambiar el signo de la lucha. La decisión no vino de Escobar, que fue disciplinado ejecutor, sino del general Aranguren que mandaba los Tercios de Cataluña. < <

[3] Ramón Salas ha encontrado un documento, que reproduce en *Historia del ejército popular de la república,* dirigido al jefe del Gobierno y fechado en Albacete, firmado por el coronel Camacho, en el cual, contestando a un requerimiento, hace amplia y detallada exposición de cómo se halla el arma de Aviación, su personal, industrias, servicios, combustible, etc., en aquel momento (precisa que prescinde en el recuento del material y de los aviones que pasaron a Francia desde Cataluña). Este documento, que parece anticipación de la entrevista de Los Llanos, pudiera ser, por el contrario, su antítesis. Cuando Negrín llega a Alicante piensa en entrevistarse con algunos de los altos mandos, actividad que hemos visto inició de inmediato. Bien por no prever hacerlo con Camacho, por lo menos enseguida, o por desear reunir los datos por escrito, le solicita el informe. La idea de reunirlos personalmente debió ser bastante posterior y la exposición oral del jefe de la Aviación de la zona sería un resumen más sencillo, menos técnico, sobre cuanto ya constaba en el informe que reproduce Salas. Entra en lo posible que la idea de la reunión le fuese sugerida por Casado; él así lo cree. <<

[1] Se burla Azaña en sus memorias de los intentos realizados hasta entonces en Tánger y desconfía de su efectividad. Por lo que cuenta, puede deducirse que lo disparatado no son los proyectos en sí, lo es la orientación que se les da y la extravagancia achacable a las personas a quienes se había encargado de dirigirlos y ejecutarlos. <<

[2] Tenía referencias muy vagas de este intento en Tánger y más adelante conseguí precisiones y referencias muy directas y amplias, que me han servido para redactar estas páginas. En 1975 el coronel Vicente Guarner ha publicado en España el interesante libro ya citado, *Cataluña en la guerra de España,* en el cual se cuentan estos hechos con mayores detalles y precisiones. < <

[1] El mentado capitán Antonio López Fernández publica en su libro algunas referencias relacionadas con las actividades de Miaja en estos días. Cuenta que el día 3 —debió de ser a última hora— se trasladaron a la posición Yuste los generales Miaja y Matallana y que con ellos iban el teniente coronel de Infantería José Pérez Martínez, ayudante de Miaja, y el comandante Benito que lo era de Matallana, además del propio López, que como queda dicho era secretario de Miaja. Precisa que a la entrevista asistió también el ministro de Agricultura Vicente Uribe. Matallana expuso a Negrín —en versión de López— la conveniencia de que abandonara España con «los miembros de lo que él llamaba su Gobierno» y que dejara vía libre a los militares para intentar una solución negociada, añadiendo que la situación era difícil para que en ella pudieran intervenir elementos políticos y en particular comunistas. Asimismo Matallana volvió a insistir en las penurias y escaseces y en la imposibilidad militar de hacer frente a la ofensiva que se preparaba. Se refiere luego a diversos piques entre los presentes, a actitudes de Negrín y frases «de descarado cinismo, etc.». Parece que el resultado final fue, según relata, que quedó en que estudiaría lo que le habían expuesto. Pero López comete a continuación un error al suponer que los ascensos y nombramientos fueran consecuencia de esta supuesta reunión celebrada en la noche del 3 al 4 en Elda, porque sabemos que la combinación de mandos fue publicada en el *Diario* del día 3.

Sigue contando López que en vista del nulo resultado de esta entrevista, que casi era ultimátum, y «sospechando que vendrían otros [cambios] más tarde», el coronel Casado se trasladó a Valencia y que allí acordaron que, bajo la presidencia de Miaja, se celebrara una junta de jefes en el mayor secreto «para proceder a la declaración de ilegalidad del gobierno del doctor Negrín y a la formación de un instrumento de Gobierno que permitiera entablar negociaciones de paz». Casado no pudo asistir a esa reunión porque le urgían obligaciones en Madrid, pero dio su conformidad a cuanto se acordara. Regresó a Madrid en la avioneta que le prestó el propio Miaja. Esa reunión cuenta López que se celebró el mismo día y que

asistieron a ella Miaja, Matallana, Menéndez y también el general Aranguren, comandante militar de Valencia y el coronel auditor de la Agrupación, señor Luna. «Los otros jefes de Ejército que no acudieron no fue por disconformidad, sino por la imposibilidad de asistir a ella; eran momentos muy difíciles para abandonar sus cuarteles generales; pero todos tilos habían prestado su aprobación en la visita que les hice en sus puestos de mando, en nombre del general Miaja, en la que se trató de los temas que esta junta debía considerar». Aquí debo hacer constar que de nuevo existe algún error, porque si el acuerdo de convocar esta junta se tomó el mismo día 3, difícilmente podían concurrir a ella, desde Baza o desde Extremadura, los generales Moriones y Escobar y menos haberles visitado el capitán López con aquel propósito; las visitas a que se refiere tuvo que efectuarlas antes, en todo caso.

¿Qué se hizo en aquella reunión? «Se redactó un documento que debía ser leído a las doce horas, en radio Madrid, por el cual se declaraba fuera de la ley al doctor Negrín y sus acompañantes y se nombraba un instrumento de Gobierno, compuesto exclusivamente por militares profesionales». Aquí se produce otro error de fechas, porque el día 4 (o el 5 si el acuerdo fue posterior a la medianoche) a las doce horas, nada se leyó por Radio Madrid, o es que Casado, que tenía diferentes propósitos, no hizo ningún caso de los acuerdos de aquella reunión secreta. Es de lamentar que López no publique la copia exacta del documento que se redactó; cabe suponer que se extraviara en la huida. Por lo demás, su interés es presentarnos siempre al general Miaja como primero entre los primeros y resulta evidente que en el relato, escrito muchos años después y fiado en la memoria, se deslizan algunas equivocaciones. Y aún más: actitud tan decidida no concuerda con el radiograma que veremos le fue enviado por Matallana al almirante Buiza en la mañana del día 4. También observará el lector que este relato no coincide con lo que queda anteriormente escrito siguiendo las memorias de Casado. Nos limitamos a hacerlo constar más a título de curiosidad que porque lo creamos ajustado a la verdad. < <

[1] Parece que sobre la admisión de policías en las filas clandestinas pesaba una prohibición, que debía ir dirigida a evitar que un ingreso indiscriminado favoreciera la infiltración de agentes al servicio del Gobierno. Las afiliaciones debían, probablemente, seguir cauces más exigentes. < <

[2] Insistimos en las dificultades con que se tropieza para poner en claro lo acontecido en estos días a la vista de las contradicciones que enfrentan unos relatos con otros y las dificultades para fijar las fechas o las personas que asistieron a una reunión, que actores y testigos parecen haber arrojado al fondo de un cajón números y nombres y vayan sacándolos al azar, sin preocuparse de que casen o no, ni siquiera con otras de su propio relato. <<

[3] «Un escritor versátil y venal —escribe—, muy dado a relatos folletinescos con pretensiones de historia, ha publicado un libro en el que con irresponsabilidad absoluta de los hechos, pretende referir los acontecimientos de la flota republicana. En realidad, el propósito de la obra es la exaltación y apología de un partido y la política a cuyo servicio está alquilado». <<

[4] ¿Se produce aquí otro error de fechas? El 27 fue la reunión de Los Llanos. De ser cierto que Buiza asistió al acto de Cartagena, tuvo que celebrarse este por la noche. < <

[1] *Desastre en Cartagena,* Ed. Ariel, Barcelona, 1971. Este libro ha sido generalmente citado a partir de su aparición por cuantos autores han tocado el tema. Después de su publicación he mantenido sobre lo escrito una copiosa correspondencia y he recibido mucha documentación complementaria. Se me han señalado algunos errores de los cuales, después de cotejos y nuevos estudios, acepto algunos y rechazo otros. Ninguno de ellos modifica nada sustancial y más bien se refieren a actuaciones individuales, a confundir un nombre o a llamarle crucero a un destructor. Numerosas son también las ampliaciones de datos que he recibido y algún día trataré de incorporarlos a una nueva edición. Entre los errores el más impotante es que equivoqué en un día la fecha del internamiento en Bizerta de la flota republicana, error al cual fui inducido por la declaración terminante de una persona de relieve que sobre otros aspectos me proporcionó material valioso. Guillermo Cabanellas en su libro *La guerra de los mil días* hace también elogios del libro, si bien dice que no doy las fuentes y que es un «relato novelado». He de suponer que no debió leer el largo prólogo que le precede, pues en sus veintiocho páginas doy algunas de esas fuentes y explicaciones sobre el porqué de esa forma literaria de escribir el libro y de las limitaciones que me impuse, para que la palabra «novelar» pudiera excluirse de cualquier juicio. He mantenido silencio sobre las personas que directamente me informaron porque algunas de ellas así me lo pidieron, pero del propio contenido puede deducirse que, de una manera u otra, la mayor parte de los «personajes» que intervienen en la acción (y algunos de los que son aludidos) me informaron, fuera de viva voz, fuera por correspondencia, o por medio de relatos o memorias que me fueron entregadas de algunos ya difuntos y otros vivos, que reforzaban su testimonio oral. Aun usando de la discreción que en cuanto a las colaboraciones que recibo me he impuesto, insisto en que la lectura del prólogo y un análisis del texto pueden resultar reveladores para quien le interese conocer las fuentes. <<

[2] Existen versiones contradictorias entre unos y otros de los actores y entre estas y las que dan diversos testigos. No afectan a lo principal de los hechos, pertenecen a los vericuetos marginales a los que tanta atención suelo prestar porque son esclarecedores. Algunas circunstancias no será posible ponerlas en claro. En caso de que se siguiera investigando sobre el episodio cartagenero, el hecho de que llegara a darse por buena alguna de esas versiones no significaría necesariamente que responda a lo que en verdad aconteció. Se observa confusión entre distintas personas que vivieron los sucesos en cuanto a precisiones horarias y el complicadísimo rompecabezas de hechos y conductas resulta en algunos ángulos difícil —imposible— de casar. Soslayaremos, Pues, esos que califico de «ángulos» para aplicarnos a lo principal y mejor clarificado. < <

[3] Cuentan que el capitán de Aviación Adonis acababa de avisar a Galán de que en el Parque de Artillería se habían sublevado, y hay quienes relatan la escena del arresto con pequeñas variantes, que no alteran lo sustancial. < <

[4] Al llegar a este punto se plantea una discrepancia. Los más testifican que en teletipo cursado desde Elda se afirmaba que Antonio Ruiz, nombrado nuevo jefe de la Base, había salido en dirección a Cartagena y era portador de instrucciones precisas. Por su parte, Ruiz negó ante mí que se le diera ninguna instrucción e incluso que se le comunicara el nombramiento de manera efectiva, hasta tal punto que se quedó a dormir en una finca en los alrededores de Cartagena, lo que los otros le reprochan. <<

[5] Uno de los blindados quedó averiado, otro parece que consiguió zafarse en retirada, y tres, cuatro o cinco, según distintos testigos, fueron conducidos al parque de Artillería. Estos blindados estaban dotados de un cañón de pequeño calibre, pero llevaban escasa munición, o al verse acorralados los sirvientes la inutilizaron o arrojaron. En el posterior desarrollo de los hechos veremos utilizar mal por parte de los rebeldes alguno de estos ingenios. < <

[1] El capitán López lo explica así: «A los que habían de ser relevados [pues considera que a los comunistas se les iba a dar el mando de los ejércitos] se les convocaba para la tarde del 5 en la “Posición Yuste”. El lector puede imaginarse que esta convocatoria era una emboscada para hacerlos detener en el cuartel general del doctor Negrín. A la cita debía asistir el general Miaja, general Matallana, coronel Casado, general Menéndez, general Escobar y coronel Moñones, todos ellos afectados por el cambio y de esta manera, mientras ellos hubieran estado reunidos en la “posición Yuste”, con toda tranquilidad habrían tomado posesión de sus cargos los nuevos mandos comunistas designados por el doctor Negrín. Dándose cuenta de esta maniobra, el general Miaja pidió a todos los mandos que no abandonaran sus puestos, con lo cual les imposibilitaba de asistir a esta reunión convocada en la “Posición Yuste”».

Sobre si las intenciones de Negrín eran o no apresar a todos los mandos carecemos de pruebas suficientes y la hipótesis es tan difícil de aceptar como de rechazar. Lo que sí nos parece es que Casado no necesitaba ninguna indicación del general Miaja para negarse, como lo hizo, a atender a la convocatoria y que de los militares citados el más próximo a Miaja, que era Matallana, fue precisamente el único que se trasladó a Elda. Carecemos de noticias sobre Escobar y Moriones, mientras que de Menéndez sabemos que pasó al puesto de mando de Matallana para que la Agrupación no quedara descabezada y eso se hizo por acuerdo directo entre ambos jefes. Una vez más el capitán López trata de resaltar el protagonismo de Miaja, que personalmente, y de acuerdo con los hechos, no vemos nada claro. Por el contrario, lo que se hace patente es que Casado se desentendió de él y ni siquiera le tuvo al corriente de lo que iba a hacer ni en qué momento, pues ya hemos visto que Miaja ignoraba cómo iba a constituirse el Consejo; lo que él proyectaba era, según el propio López, una junta exclusivamente militar. < <

[2] He tenido ocasión de conversar sobre esta reunión con dos de los ministros que asistieron a ella en el Gobierno Civil de Madrid, y ninguna consecuencia terminante he conseguido sacar. Con uno de ellos apenas habló Casado y él observó con recelo cómo hacía apartes con los ministros republicanos. Con el otro cambió impresiones en tono amistoso, pero deduje que el hecho de que no le declarara abiertamente que la sublevación iba a ser tan inmediata y el rompimiento tan absoluto, le hirió. No pude averiguar si podía concebirse alguna fórmula intermedia que hubiese relevado a Casado de aquel disimulo. < <

[3] En *Así cayó Madrid* le queda a Casado un claro, en cuanto a las actividades que desempeñó el domingo día 5 hasta que a las 7 de la tarde se trasladó al Ministerio de Hacienda; y ese día sí que le llegarían noticias de la sublevación de Cartagena. Dice, por ejemplo: «Desde las 5 de la tarde del día 4 hasta altas horas de la noche, estuve comprobando, con la ayuda de mi Estado Mayor, cómo se cumplían las órdenes dadas para la eliminación del mal llamado Gobierno Negrín y la constitución del Consejo Nacional de Defensa. Todo marchaba bien, pero eran pocas, confusas y contradictorias las noticias referentes a la sublevación de la Flota Republicana en Cartagena. Como es natural, este asunto me tenía muy preocupado. En la mañana del 5 seguimos trabajando en la misma forma. A las diecinueve horas…».

Poseo noticias directas del ministro de Comunicaciones y Transportes don Bernardo Giner de los Ríos. Su afirmación es terminante: la reunión con Casado en el Gobierno Civil de Madrid, a la hora del almuerzo, fue el domingo día 5. Casado, que como es sabido padecía una úlcera de duodeno, ni siquiera comió. El mismo Giner le había citado por encargo de Negrín «para llevármelo con todos los ministros a la Posición Yuste, que es donde se celebraría el último Consejo de Ministros en España, y a donde fuimos en avión desde Barajas a Monóvar…». (Comentamos por nuestra cuenta que el hecho de que Negrín encargara a Giner de los Ríos que procurara que Casado fuese con él a Monóvar, no es incompatible con que se le diera el mismo encargo a Velao, también republicano moderado). Siempre según Giner, en un aparte le manifestó Casado que lo mismo que Miaja había representado para los madrileños lo representaba él en aquel momento; y que, en caso de ausentarse, podrían plantearse situaciones conflictivas; pero que si Negrín insistía estaba dispuesto a trasladarse a Elda, «lo cual —pero el comentario de Giner es posterior en muchos años— era mentira». Los ministros abandonaron Madrid a las 3 de la tarde y se trasladaron a Barajas. < <

[4] Para que puedan advertirse las dificultades que se oponen a cualquier conclusión definitiva, copio aquí un párrafo de una carta dirigida al autor por Julio Álvarez del Vayo, aun a riesgo de que el lector pueda llegar a conclusiones distintas de las expresadas sobre el supuesto «golpe comunista» en este libro, pues por otra parte se hará cargo de cuán diferente era lo que Negrín declaraba a personas distintas como Gómez Osorio y el citado Álvarez del Vayo. Dice en la carta: «… De parte de Negrín, como yo se lo propuse días antes de sublevarse, obedeció a un error de cálculo. Negrín pensaba trasladarse a Madrid justamente el lunes, el día siguiente al levantamiento y encargar del mando de las tropas de Casado a Líster y a Modesto. Negrín hubiese preferido que hubiese sido seguido su llamamiento a ciertos jefes militares no comunistas que habían salido a Francia al caer Cataluña para reintegrarse a la zona central. Por diversas razones había ido retrasando hasta el último momento el dar el mando a los jefes comunistas, pero estaba ya decidido a hacerlo, solo que Casado se anticipó. Fue una cuestión de un día o dos». Esta es, naturalmente, la opinión de Alvarez del Vayo basada en lo que Negrín decía o daba a entender. De las memorias tanto de Modesto como de Líster se deduce, por omisión, que a ellos nada les había prometido en firme o anunciado. <<

[1] Alcofar Nassaes en La aviación legionaria en la guerra Española supone que los aviones italianos que llevaron a cabo este bombardeo eran Savoia
S-79
. < <

[2] Parece que en esta fecha el horario republicano adelantaba de una hora al nacional. Así, serían ya las 12,30 en Cartagena cuando la noticia llegó a Burgos; aproximadamente la misma hora en que la flota abandonaba el puerto. Resulta extraño que ninguna emisora nacional captara más temprano las emisiones de la de Los Dolores, que se había declarado nacional en hora muy temprana. No resulta arriesgado suponer que nadie permaneciera a la escucha de la Emisora de la Flota Republicana en horas en que acostumbraba a mantenerse silenciosa. Lo más probable es que solo se recogieran las últimas emisiones, antes de que fuera reconquistada por los gubernamentales, en hora que no es fácil precisar, pero que puede situarse algo después del mediodía. <<

[3] Un oficial de Marina se había «pasado» a los republicanos para actuar como agente infiltrado y esta circunstancia solo era conocida por dos o tres personas, una de las cuales era el almirante Cervera. En una caja fuerte y secreta se conservaba un acta de este hecho para que, en su momento, pudiera quedar todo debidamente aclarado, aun en caso de que las personas enteradas faltasen. El oficial que se encargó de este arriesgado servicio no era conocido por sus ideas políticas, pues se daba la circunstancia de que no había ejercido mandos directos y la marinería y los comités que actuaban en zona republicana carecían de sus antecedentes políticos; este hecho le favoreció al otorgarle cierto grado de impunidad. Doy esta noticia con las consiguientes reservas y me abstengo de hacer constar su nombre, pues carezco de datos oficiales confirmativos, que ignoro que hayan sido publicados; los que poseo han llegado a mí por vía particular e indirecta, provenientes de conversaciones entre oficiales de Marina en los primeros momentos del internamiento de la flota republicana en Bizerta; personalmente merecen crédito y lamento no se haya dado publicidad histórica a tan singular aventura < <

[4] Es imposible ahora y sin datos averiguar a qué escalón se desvirtuaban las informaciones, al dejarse perder o desaprovechar las matizaciones político-psicológicas que de tanto interés y eficacia habrían sido y que solo en algunos casos se aprovecharían con todo acierto. Había entre los agentes muchos que no se desprendieron en toda la campaña de su condición de meros «aficionados». Solían ser personas politizadas que ejercían el espionaje o el contraespionaje con riesgos físicos y morales evidentes, y esa misma politización, cuando procedía de fechas anteriores al inicio de la guerra, sería una barrera que impediría la filtración de sutilezas referidas al enemigo. En otros casos, esas mismas barreras aparecerían en escalones más elevados, muy elevados incluso, que supondrían carentes de fundamento —meras fantasías— o merma de celo las observaciones relacionadas con gradaciones referidas a un enemigo demasiado odiado para llegar a comprenderlo, con evidente perjuicio del servicio que realizaban. <<

[5] Cabe suponer con fundamento que fuera el propio Rodríguez quien interrumpiera la conversación entre el coronel Armentia y Arturo Espa, hecho que conozco a través de las declaraciones de este último. Los términos: «Jefe de las fuerzas de ocupación de Cartagena», retenido de memoria, y «Jefe de las fuerzas que operan sobre Cartagena» (que Espa no podía conocer) son bastante semejantes. Por otra parte, Rodríguez, a su llegada al teatro de operaciones, es natural que lo visitara y quizás se deba a una casualidad que, manteniéndose a la escucha, oyera el diálogo que le indignaría. También puede provenir de ahí la malevolencia con que muchos han tratado después a Armentia. No puede excluirse, sin embargo, que alguien utilizara el cargo militar de Rodríguez para intervenir en la conversación telefónica. < <

[1] Parece que en el Consejo se dieron algunas discrepancias; mientras Negrín se mostraba partidario de insistir en los tres puntos de Figueras para hacer una nueva oferta de paz, postura que era compartida por algunos de sus ministros (que serían Uribe, Álvarez del Vayo y, acaso, Moix) los demás pedían que las condiciones redujeran a exigir garantías contra las represalias y a que se permitiera embarcar a quien deseara expatriarse. <<

[2] Un ejemplo negativo entre varios que pudieran aportarse: la flota captó las noticias de Radio Bilbao muchas horas después, ya navegando; las noticias procedían de una radio alemana, como se deduce de los mensajes que Casado debió tener presentes al redactar su libro porque entonces habían sido publicados. < <

[1] Dos eran los motivos que impulsaban a Val a obrar de aquella manera con sus compañeros del Comité Nacional. El primero, mantener el secreto conspirativo y conseguir que los tres enviados se hallaran situados en Valencia cuando comenzaran lo« acontecimientos; en Madrid no necesitaban su presencia y en Valencia podían resultar útiles. Pero la segunda y principal era que el coronel Casado ignoraba que el Comité Nacional no estaba enterado de cuanto se tramaba, ya que, como dijimos antes, Val había dado a entender a aquel que la organización libertaria se hallaba de acuerdo y que él actuaba como su representante. No deseaba desanimar a Casado en aquellos momentos decisivos y hacerle dudar de que la CNT —los libertarios— le apoyarían en bloque. Si los recién llegados de Valencia hablaban con Casado, la posición personalista de Val, al ponerse en claro, por paradójica consecuencia, aumentaría la confusión. Y Val confiaba a pies juntillas en que los libertarios apoyarían el golpe con unanimidad y energía.

No hace falta añadir que después de enterarse de todo López y sus acompañantes se ofendieron, pues además de una cuestión personal que les dolía interpretaban que una Regional, como el, a del Centro, tenía la obligación de dar cuenta al Comité Nacional en hechos de aquella trascendencia. Por fortuna, según mis noticias, supusieron que la recomendación de Val se refería a los sucesos que se había desencadenado en Cartagena y que podían afectar a Levante.

Cuando llegaron a Valencia, Batzán —emisario de Val— les comunicó que Casado, apoyado por los demás, se sublevaba aquella noche, y les pidió que le llevaran al Cuartel General del Ejército de Levante (Torrente). También parece que era portador de una mensaje dirigido al coronel Burillo, que había sido comunista, pero que actuó en Valencia contra sus antiguos camaradas, de los cuales, hay que advertirlo, se había separado. La existencia de este último mensaje no está suficientemente comprobada. < <

[2] Contra lo que algunos autores suponen, probablemente influidos por la confianza que Mera le demostraba y por las resonancias ácratas de su nombre de pila, Liberino González González no era anarcosindicalista; procedía de la UGT, del ramo de la construcción, y de las JSU; y podía calificársele de «caballerista». Cuando la batalla de Guadalajara, sustituyó a Nino Nanetti en el mando de la 35 Brigada Mixta integrada en la 12 División. Luego pasó al IV Cuerpo, cuando lo mandaba Mera, y fue jefe de la 12 División. <<

[3] Anticipándonos a los hechos, aclararemos que el único que escapó a la vigilancia fue precisamente el comisario Alonso y que el mayor Valverde, a quien llamaban familiarmente Quinito, se mantuvo en la obediencia y acató al Consejo de Defensa cuando este se constituyó. Mera estimaba a Valverde, pero era precavido en extremo y, recurriendo a un vulgarismo, diríamos que no se casaba con nadie. < <

[4] Señalemos un error: Besteiro, siguiendo una creencia difundida entonces y que quizás estuviera inspirada por el propio Casado, afirma que el Gobierno de Negrín permaneció en Francia. Como queda dicho en lugar oportuno, no fue así y el único ministro que quedó en París y no hay noticia de que regresara a España, fue José Giral; a Álvarez del Vayo y a Méndez Aspe les hemos visto viajar entre ambas naciones y parece que González Peña permaneció unos pocos días organizando los viajes de las primeras personas que regresaron; los demás durmieron en Francia una o dos noches solamente. Quienes todavía siguen apoyándose en ese argumento lo hacen o por pereza de comprobar datos o por malicia partidista. <<

[1] La lectura, relectura y vuelta a empezar de los numerosos libros y otros trabajos que dan cuenta de estas conversaciones y de las circunstancias que las rodearon, aparte de las otras fuentes que manejo, me ha convencido de la inutilidad de transcribir los diálogos, incluido alguno de ellos sobre el que existe mayor acuerdo; y eso me ocurre a mí, que en *Tres días de julio* tanta afición mostré a esa manera de historiar que repudian los profesionales. Ocurre, y es conclusión a que estas lecturas me han conducido, que al iniciarse una guerra, quienes a ella se lanzan y aún en medio del desconcierto y el temor que puede asaltarles, lo hacen con ciertas dosis —variables— de optimismo o por lo menos de ilusionada esperanza; lo hacen bajo la influencia emocional de idealismos, de actitudes personales heroicas en muchos casos, dispuestos a sacrificios y con dosis de abnegación, también variables. En sus relatos próximos o alejados de los hechos, y sin excluir exageraciones o tergiversaciones, que también suelen darse, se sienten más inclinados a la verdad, y hasta diría que esos estados de espíritu favorecen a la memoria Cuando una guerra termina casi todos quienes en ella han participado se sienten inquietos La guerra nunca es como la imaginaron; todos se han desviado, se han frustrado en alguna medida, han usado de la crueldad, han abdicado en algo, en mucho o en todo; experimentan un íntimo descontento y vértigo por lo que atrás han dejado, por las destrucciones, muertes, sufrimientos. El negarlo, el tratar de ocultárselo a los demás y a uno mismo son maneras de acomodar la conciencia a los hechos, no los hechos a la conciencia.

Quienes ganan una guerra —y la española fue «civil», la peor— embriagados por el triunfo, se sienten un poco Dios, o suponen que participan de alguna manera de Su protección personalísima. La embriaguez del triunfo les anestesia y la venganza a que se disponen —eliminación física, sufrimientos, humillaciones e insultos con que cubren y van a cubrir al enemigo— la consideran como legítimo ejercicio de la justicia divina (y nunca mejor aplicado el término que en ocasión de la guerra civil española). Pero en estas páginas más que la actitud de los vencedores nos

preocupa da de los vencidos. La impresión de la derrota es tremenda, aniquiladora, inimaginable casi. Hay una voz interna —más agoniosa que la externa, la que se traduce en acción— de «sálvese quien pueda»; y eso exige disculparse ante los demás, ante la propia conciencia; y la razón se conturba, la memoria se extravía, y nadie apenas duda en verter contra los demás acusaciones que pueden llegar a calumnias, a embustes injuriosos, y que en el mejor de los casos suelen ser interpretaciones tocadas de subjetivismo exculpatorio. Cualquier guerra antes de comenzarse se imagina; a su final se ha vivido, se ha padecido, fue degradando día a día al combatiente de la trinchera y al de la retaguardia, a quien obedece y a quien manda. Ese desgaste, ese frenesí, se observa en los libros, en los relatos, en la versatilidad de los testimonios y en su inconsistencia partidista, en los errores que sin excepción apuntan a arrimar el ascua a la propia sardina, en la carencia de ponderación, en la insolidaridad y en las contradicciones. La experiencia puede hacerla cualquiera que lo desee; no daré títulos de libros, cada cual que los busque por su cuenta si desea comprobar mi aserto, porque deseo añadir que no me instituyo en juez y que si las lecturas comparativas producen cierta sensación desconcertante que participa de la náusea, hay que colocarse en el lugar de cada cual cuando vivía aquellos momentos y cuando después escribía sobre ellos. Solo participando, aunque sea a la distancia, solo tratando de entrar en la piel y en el alma de los demás puede llegarse a comprender que las cosas sucedieran como sucedieron y que luego se escribiera lo que se escribió. Mejor que ocultar el rostro bajo expresiones altisonantes y autoalabanzas personales o de facción, mejor que cubrir de insultos a los menos amigos y a los enemigos, mejor que tergiversar o improvisar es enfrentarse con ojo lúcido con la verdad, que por su misma naturaleza y por la confusión de que muchos se han esforzado en rodearla, no llega a ser absoluta, si bien podemos aún hoy aproximarnos a ella.

Por otra parte, estoy comenzando a sospechar que pretender que los políticos cuenten la verdad —la confiesen— no pasa de una pretensión relacionada con la moral pequeñoburguesa, considerada por muchos materia deleznable. <<

[2] Texto traducido del francés de *Les batailles de la liberté* de Del Vayo: «El gobierno que presido se ha visto dolorosamente sorprendido por un movimiento cuyos objetivos de una paz rápida y honrosa, libre de persecuciones y represalias, y la garantía de independencia del país (como los ha anunciado el manifiesto de la Junta en el país) parecen presentar ciertos fallos. Mi gobierno considera también que las razones dadas por la Junta para explicar sus actos son injustificables. Mi gobierno ha trabajado constantemente para mantener el espíritu de unidad que ha inspirado siempre su política, y toda falsa interpretación de sus acciones solo puede ser debida a la impaciencia de quienes no están al corriente de la verdadera situación. Si hubieran esperado la explicación de nuestra postura actual, que iba a ser dada esta noche en nombre del Gobierno, es seguro que ese desgraciado episodio no hubiera tenido lugar. Si las relaciones entre el gobierno y los que parecen estar en desacuerdo con él se hubieran establecido a tiempo, no existe duda alguna sobre que todas las divergencias se habrían allanado. Resulta imposible deshacer lo hecho, pero sí es posible evitar las graves consecuencias para quienes han combatido como hermanos por un ideal común y muy en particular para España. Si se extirpan a tiempo las raíces del mal, la planta todavía puede crecer sana y útil. Todos debemos depositar nuestras armas en el altar de los sagrados intereses de España y si queremos llegar a un acuerdo con nuestros adversarios, debemos evitar primero todo conflicto sangriento entre los que han sido hermanos de armas. Por ese motivo el Gobierno hace un llamamiento a la Junta que se ha constituido en Madrid, proponiéndole nombrar una o varias personas Que resolverán las divergencias dentro de un espíritu amistoso y patriótico. En interés del gobierno, así como en interés de España, todo traspaso de poder debe efectuarse en condiciones normales y constitucionales. Es la única manera de evitar que se mancille la causa por la que hemos combatido. Y solo de ese modo podremos salvaguardar las posiciones que nos dejan en la esfera internacional nuestras relaciones limitadas. Estamos seguros que, como españoles, los miembros de la Junta considerarán nuestro requerimiento». Vuelve aquí a presentársenos la posibilidad de que

Negrín en su discurso formulara una oferta de paz razonable, y, al mismo tiempo, se confirma la sospecha de que tratara de jugar con dos, o tres, barajas. < <

[3] Adelantándonos a los hechos, dejaremos constancia de que por cablegrama se recibieron en los días sucesivos numerosas adhesiones, entre las cuales destacaremos las de Nicolau d’Olwer, el coronel Asensio desde Estados Unidos y también el embajador en aquella nación, don Fernando de los Ríos, de Mariano Vázquez desde París, de Diego Abad de Santillán y… de Juan Ramón Jiménez, que estaba en Miami, adhesión que fue dirigida personalmente a Besteiro, según testimonio de Andrés Saborit. <<

[4] El coronel Ricardo Burillo Stholle, que también estuvo implicado en aquellos sucesos contra el POUM, como antes lo estuvo en el asesinato de Calvo Sotelo, y que había sido comunista, se manifestó en esta ocasión decidido partidario del Consejo de Defensa; más adelante aludiremos a su actuación. <<

[5] Hay quienes dicen que llamaron al general Miaja desde Madrid, pero no parece que ocurriera así. El capitán López escribe que fue él quien despertó al general, al oír los discursos de Madrid y que le comunicó lo que ocurría. Fueron ellos a continuación quienes telefonearon a Casado. < <

[1] Aprovecho la oportunidad para rectificar formalmente un error que cometí en mi libro *"Desastre en Cartagena* y que no estuve a tiempo de rectificar en la segunda edición, error al cual me he referido en nota anterior. Decía que el internamiento de la flota republicana en Bizerta ocurrió el día 6, contradiciendo lo que yo mismo había publicado en un trabajo en *La Gaceta Ilustrada* (30 marzo 1969) en el cual daba la fecha correcta, o sea, el 7 de marzo. Dos fueron las causas que me indujeron a ese error: la principal fue la carta que recibí de Francisco Galán refiriéndome que hizo casi todo el viaje sentado en una silla y que le parecía imposible haber resistido tantas horas en aquella postura, y más considerando el cansancio que le aquejaba cuando abandonaron el puerto. Su conclusión era que desembarcaron —o recalaron— en Bizerta el día 6. También en unas fotocopias que poseo de una publicación —cuyo título, fecha y lugar de edición desconozco—, cuyo autor es el señor Del Río, se da el último mensaje como emitido a las 12,15 horas del día 6, y a continuación se añade: «Poco después se procedió al desembarco…». Y casi cuatro horas antes se había radiado desde el *Cervantes:* «Por indicación de las autoridades francesas la Flota se dirige a Bizerta». Tampoco hay que extrañarse de que se me deslice un error cuando Bruno Alonso escribe que la entrada en Bizerta fue a las 11 horas del ¡día 11!, si bien pienso que podría tratarse de errata. < <

[1] La figura del coronel Armentia es muy controvertida, pero salvo algún autor suele ser tratada con general respeto y la reivindican desde distintos bandos. Un escritor dice que era el jefe indudable de los falangistas —y lo dice en sentido peyorativo—, lo cual no es cierto. A lo largo del texto he tratado de ir matizando su actitud y el laberinto físico y moral en que se vio envuelto. Sobre las circunstancias de su muerte me caben pocas dudas En primer lugar, el soldado que acompañaba al capitán Ródenas fue testigo presencial y aterrorizado del hecho, que me ha descrito con detalles que no ha olvidado, como que los componentes de la patrulla, a aquella hora incierta del amanecer, se alumbraban con unos farolones de petróleo que debían haber sacado del mismo almacén del parque. Aquel soldado, que escapó por pelos, es hoy un conocido industrial de Cartagena. Pero por casual coincidencia conozco la versión procedente del lado opuesto, la que dio el matador a sus compañeros de prisión cuando estaba en ella después de terminada la guerra. Se trataba de un capitán de milicias valenciano, cuyo nombre así como pueblo de origen se conocen. Al parecer, se alababa del hecho, lo que le fue afeado por alguno de sus compañeros de prisión que, habiendo conocido al coronel Armentia, sentía aprecio por él y creía que la calificación de traidor era injusta y ofensiva. < <

[1] El capitán López Fernández de esta salida del Ministerio de Hacienda dice que solo él acompañaba a Miaja y que el teniente coronel ayudante se les incorporó en la Plaza de Manuel Becerra, junto con otro ayudante, el capitán de Aviación Páramo, portador de un segundo coche. Fue en la Ciudad Lineal en donde les salió al paso un comandante de Carabineros y su comisario, que le prohibieron al general hablar con los soldados que forzaban a dirigirse a la Alameda de Osuna en forma que a Miaja le pareció que tendían una trampa. También afirma el capitán López que se les había ido cerrando camino hacia atrás pues lo cortaban con ametralladoras… Cuenta que el general engañó a los comunistas haciéndoles creer que iría a la «posición Jaca» a entrevistarse con Ascanio y los burló pasando muy cerca de las líneas nacionales. Las razones que da adelante de por qué Miaja no volvió a Madrid no parecen tan convincentes. Él mismo añade: «No faltó el rumor de nuestra “huida” y los comentarios consiguientes». <<

[2] En aquel edificio, un chalet de la familia Luca de Tena, se hallaba una mujer de indudable temple que, tan pronto oyó disparos por la ciudad, se dirigió hacia allí. Un autor la designa con las iniciales M. E. ; había alcanzado el grado de capitán en las milicias confederales. Su marido, que vino a España con ella, halló la muerte en una unidad del POUM durante un combate. Su identidad completa me fue facilitada por Cipriano Mera, pero respeto el deseo de la interesada, manifestado tantos años después, de que no figure aquí su nombre. <<

[3] La versión que se da aquí es de fuente directísima y, en lo esencial, coincide con la de García Pradas, si bien es más ajustada y se amplían algunos detalles. Creo que proporciona una idea bastante exacta y por vía de ejemplo incuestionable, de como se desarrollaron algunas acciones en aquellos días. < <

[4] Cuando ya estaba impreso el texto de este libro, he tenido ocasión de sostener un cambio de impresiones con uno de los protagonistas del paso del puente de San Fernando; se trata del entonces mayor procedente de milicias Germán Riera Condal quien mandaba el 2° Batallón de la 127 Brigada, de la 28 División del Ejército de Extremadura. Este batallón se incorporó a la columna de Liberino González y pasó en cabeza el puente. Lo que mandaba el mayor Riera, por lo menos teóricamente, eran los dos batallones de la brigada pero el otro, del cual se le otorgó el mando sobre la marcha, no llegó a presentarse en el punto en que la conjunción debía realizarse. ¿Confunde Liberino en su informe la 125 con la 127 Brigada? No sería imposible, pues mucha debió ser la confusión en aquellos momentos y el propio Riera no llegó a tener conocimiento de que formaba parte de la «Columna de Operaciones» ni de quién la mandaba y sus contactos fueron con un jefe militar profesional que supone sería el coronel Álvarez.

Resumo el relato del mayor Riera. El 8 de marzo se le mandó trasladar su batallón a Mora de Toledo y antes de llegar al citado lugar un motorista le transmitió la orden de que se hiciera cargo de la brigada entera porque a su jefe, el mayor Serra, le habían detenido en Almadén. Asimismo debía desarmar a una compañía de «guerrilleros» que se acuartelaban en Mora de Toledo. Usando de la diplomacia, una vez tomadas las medidas militares pertinentes, consiguió convencer a los guerrilleros de que se veía forzado a cumplir con lo que se le mandaba, con lo cual evitó un choque sangriento.

El día 9 por la mañana se trasladó con sus fuerzas al puente de San Fernando sobre el Jarama. Allí recibió la orden de cruzar el puente, pero en la orilla opuesta se hallaban fuerzas de carabineros que abrieron fuego y le causaron bajas a pesar de que previamente se había realizado una preparación artillera y un bombardeo de la aviación propia. Llevaba el batallón dos tanques pequeños que fueron destruidos por el fuego antitanque que se les hizo desde la orilla opuesta del río. Dada la estrechez del puente y las posiciones que ocupaban los comunistas-negrinistas la operación se presentaba

difícil e imposible de realizar sin sufrir muchas bajas. Cuenta Riera que a él se le ocurrió una idea que comunicó a diversos jefes que se hallaban reunidos en un improvisado puesto de mando, uno de los cuales debía ser Armando Álvarez. Reunió todas las banderas que pudo y les dijo que pasarían él y sus oficiales al frente de la tropa con las banderas desplegadas y sin disparar. La idea fue aceptada y en el momento de iniciarse vio con satisfacción que los jefes allí reunidos (probablemente además de Armando Álvarez, el coronel Cascón, Liberino González y sus estados mayores) formaron también a la cabeza. Consiguieron reunir muchas banderas y cruzaron el puente dando vivas a la república, lo cual desconcertó a los carabineros y a las demás fuerzas que ocupaban la orilla derecha, que no opusieron resistencia y se entregaron. Más difícil les resultó vencer la resistencia de la plana mayor de aquellas unidades, situada más a retaguardia con reservas, que no podían admitir —o no querían— el éxito incruento de los atacantes. Al fin, todos fueron hechos prisiones o por lo menos desarmados y disueltos. <<

[1] Se han hecho circular diversas versiones sobre la actitud que las gentes de Escombreras adoptaron con respecto a los náufragos, pero lo cierto es que los medios de que se disponía eran mínimos, la confusión mucha y cada cual comenta lo que a él le sucedió o pudo ver, actitudes que, unidas a la rabia que se ha venido profesando a quien se consideraba «enemigo», pudieran oscurecer la verdad de los hechos. <<

[1] En la primera redacción de este libro silenciaba los nombres de los protagonistas, que me eran conocidos; pero a raíz de la carta publicada en el n.° 20 de la revista *Historia y Vida* por don Fernando Cortés, en que se dan amplias referencias de este hecho, me creo autorizado a abandonar la discreción que me imponía. El episodio, por lo que aparecía como misterioso en los párrafos que he transcrito, e inusitado, llamó mi atención. No llevé a cabo una investigación en forma pero sí traté de obtener noticias de muy diversas fuentes. El nombre del teniente coronel (comandante creían algunos) Lloro Regales me lo facilitó, creo recordar, Ramón Salas hace bastantes años. Quien mejores detalles me proporcionó sobre este hecho, del cual yo le suponía bien enterado, fue Manuel Aznar, con quien lo comenté con amplitud. Algunos otros detalles los averigüé gracias a la carta a que me refiero publicada en *Historia y Vida.* Resulta curioso que ni el coronel Casado, ni Cipriano Mera a quienes interrogué sobre el particular, estuvieran enterados del hecho, que era verdaderamente notable y ambos estaban en aquellos días dirigiendo la batalla que se desarrollaba en Madrid. Lo consulté también con otro miembro del Consejo Nacional de Defensa, que creía podía tratarse de algunos agentes que pasaban por los frentes aquellos días. Pienso que el jefe del sector, que era comunista, debió retener al prisionero y ni siquiera daría cuenta del hecho al coronel Prada. El teniente coronel Ramón Lloro Regales falleció en su pueblo natal, en la provincia de Huesca, hace unos diez años. No puede negarse, a través de otros datos que de él se conocen, que era una figura singular. ¡Lástima que por culpa de aquel incidente perdieran la vida o fueran heridos demasiados soldados!

Como acotación marginal diremos que, en nuestra opinión, en el bando nacional se bebía más que en el republicano, comentario que no entraña ni reprobación ni encomio. Jerez y sus reservas de coñac quedaron en poder de los nacionales desde el Principio. También los soldados nacionales cantaban más, en especial en las últimas fases de la guerra. Muchas de las canciones eran las mismas en ambos lados de las trincheras, y solo se introducían las necesarias

correcciones en las letras respectivas por lo que afectaba a alabanzas o a insultos y a nombres geográficos. < <

[2] Entre los días 7 y el 10 se dan referencias a unos hechos oscuros relacionados con las actividades de los agentes del SIPM en Madrid, que no tienen otra comprobación que los mensajes que ellos enviaron, sin que puedan confirmarse en fuentes distintas ni existan mayores referencias.

Las primeras alusiones aparecieron en el ya citado libro de Bouthelier y Mora: «Las entrevistas que durante estos días celebró Matallana con los agentes del SIPM fueron verdaderamente angustiosas». Explican que Matallana les pidió (les «rogó», textualmente) que ocuparan Madrid los nacionales, pues no veía otra salida a la situación, y que preferían «echarse en brazos de la justicia de Franco, que presentían dura pero que sabían humana», que caer en manos de los comunistas. Añaden: «El Servicio de Información de Madrid comunica la situación y traslada a Sus Mandos los apremiantes y angustiados ruegos de los rojos para que las fuerzas nacionales ocuparan Madrid». Los nacionales contestaron a los agentes del interior y los citados autores copian el último de estos comunicados: «Decisiones o determinaciones Caudillo no dependen de Organización o personas relacionadas con Casado, sino de lo que convenga a España, que solamente él puede apreciar en cada momento. Actúen como hasta ahora y tengan fe en quien rige gloriosamente los destinos de España, cualquiera que sea el camino que elija para llegar a la paz». Este texto, cuyo redactado no deja de ser curioso, permite entrever que los apremios de los agentes fueron considerados excesivos.

Martínez Bande en *Los cien últimos días de la república* publica algunos de los mensajes llegados a Burgos desde Madrid «siguiendo el camino de siempre, a través del SIPM, con su cabeza principal, el teniente coronel Centaño». Y añade algo que parece importante: «Hasta qué punto correspondía su contenido a la exacta realidad es cuestión dudosa, porque debemos pensar que en aquellas angustiosas jornadas, en las que puede decirse que nadie sabía exactamente cuál era la situación general, toda deformación era humanamente posible y verosímil».

El día 7 se cursan desde Madrid dos mensajes por parte de los

servicios nacionales: «Comunistas luchan, preparen fuerzas ocupación y ofensiva. De un momento a otro pueden ocurrir hechos trascendentales que les obliguen a intervenir. Casado y demás piden muy urgente ofensiva nacional sector Hospital-Carabanchel y Parque del Oeste. Abrirán frentes. Servicio cree llegado momento ofensiva general todo Ejército Centro». Y otro mensaje, poco después, que también llega a Burgos: «Frentes parados. Rozas, Cuesta Perdices, Manzanares y Hospital, prácticamente desguarnecidos». Consecuencia de estos mensajes fue el intento nacional del cual Martínez Bande precisa que las bajas fueron cerca de doscientas. Y añade: «Indudablemente los informes enviados por el SIPM no eran correctos y no debe pensarse aquí sino en una apreciación defectuosa de la realidad, nunca en una traición, dada la situación dificilísima del Consejo…». No hay duda de que la información era defectuosa, pues ninguno de los frentes quedaba abierto y menos los que se citan, que estaban guarnecidos por comunistas. Observamos que aquí no se alude a Matallana y solo a Casado, pero de la redacción se deduce que la iniciativa de pedir que se abra una ofensiva procede de quien redacta los mensajes. Más adelante cita Martínez Bande un documento que redactaría posteriormente Julio Palacios; en él se precisa que dos agentes se pusieron al habla con Matallana y que recibieron tal impresión de impotencia y desorden que juzgaron procedente informar al otro lado que «sería oportunísima la presencia de las tropas nacionales en Madrid». Dos mensajes más, que parece fueron cursados el mismo día: «Momento óptimo para ofensiva Ejército Centro. Todo desengranado y en desorden. No se puede asegurar total apertura frente Madrid. Urge aprovechen caos», y: «Aumenta caos. Casado parece incapaz dominar situación. Peligro desconexión y matanzas. Ocasión inmejorable ofensiva».

La versión de Bouthelier y López Mora está escrita un año después de acaecidos los hechos, y sobre la actuación y los apremios del SIPM de Madrid planeaba la turbia historia de la ofensiva frustrada de Saliquet y todas sus implicaciones. Por lo que respecta al cuartel general de Burgos y su actitud, si la consideramos a la luz de estos apremios no podemos dejar de observar que los enfrentamientos de Madrid se superponen casi en el tiempo, con corto margen para digerir la amarga experiencia, con la sublevación de Cartagena.

[1] Las fechas en esta zona son todavía más confusas. La acción de Antona pudo Producirse también el día 11, y aunque nadie lo señale, pues las noticias son muy escasas, pudo influir en su decisión el haber tomado de alguna manera contacto con Madrid y conocer que la lucha en la capital estaba decidida o a punto de decidirse. < <

[2] Muchas y merecidas alabanzas de México hacen casi todos los exiliados como unánimes son las repulsas con respecto a la actitud que adoptaron los franceses; las razones que se aducen parecen incontrovertibles. Incluso después de los años transcurridos he podido personalmente advertir hasta qué punto los españoles de México están integrados y en Francia dominan los casos de inadaptación. Razones de lengua y otras no serán ajenas tampoco a estos resultados. Pero con respecto a la emigración republicana a México suele generalizarse echando mano de tópicos que convendría, históricamente hablando, someter a revisión. En su libro *La diàspora republicana* dedica Avellí Artís Gener muy bellas páginas a este asunto que tiene motivos de conocer a fondo. De este libro sacamos un dato: que durante el año 1939 entraron en el país 6.236 refugiados españoles, y este es precisamente el año que nos interesa, pues lo que ocurriría después estuvo muy ligado a la guerra que se declaró en septiembre de aquel año (en 1940 y 1941 fueron solo 3.375 los españoles que llegaron a México). Ya hemos visto en la noticia que origina este comentario que se autorizaba la entrada «a los republicanos españoles que posean medios de existencia y documentos del consulado mejicano». Ignoro si la exigencia de justificar la posesión de esos «medios» se llevó a rajatabla por parte de las autoridades consulares, pero ¿y los «medios de existencia» que esos 6.236 refugiados pudieran aportar en bloque? ¿Alguien se ha ocupado de contabilizarlos? Cualquier contabilización no se me escapa que sería teórica porque nadie sabe —ni sabrá nunca— a cuánto podía ascender la evaluación del fabuloso tesoro del yate *Vita,* una riqueza que iba a ingresar en México y que acabaría fundiéndose, igual que otras aportaciones que probablemente se hicieron de bienes materiales, aparte del otro tipo de riqueza, la puramente intelectual, de trabajo, la humana que hicieron los exiliados y que nadie regatea. Convendría reflexionar sobre estos puntos porque quizá lleguemos a la conclusión de que la generosidad del presidente Cárdenas fuera preferentemente del orden político-espiritual, pero que en lo material tangible, sin excluir lo más inmediato, esa generosidad fuese menor y la verdad es que cada refugiado entrara en México, no con un pan bajo el

brazo, sino con dos panes, y los brazos por añadidura. Y lo apuntado no significa que para los españoles que en México encontraron favorable acogida cuando en Europa todo se venía abajo, para los que allá fundaron nuevo hogar o consiguieron rehacer el maltrecho por la guerra, para los que hallaron trabajo, prosperidad y una patria de adopción, el precio colectivo y difuso pero no menos cierto, contante y sonante, no les preocupe, es más, que prefieran ignorarlo. < <

[3] En *La diàspora republicana* Avelli Artís-Gener enumera los siguientes buques como incautados por los soviéticos y que estaban en esas fechas en puertos de la URSS: *Cabo Quilates, Mano, Ciudad de Tarragona, Ciudad de Ibiza, Mar Blanco, Isla de Gran Canaria, Inocencio Figueredo, Cabo San Agustín,* y *Juan Sebastián Elcano.* Ignoramos si la lista es completa. Sumarían en conjunto unas 45.000 toneladas, a las que habría que añadir las que desplazara el *Inocencio Figueredo,* cuyo tonelaje no da Alcofar Nassaes, de cuyos datos hemos sacado la cuenta. <<

[4] En una obra tan bien documentada como lo es *Las Brigadas Internacionales de guerra de España,* de Andreu Castells, se cita a Mr Cowan, con este mismo apellido y coincidiendo en todo con lo que escribiría después Mr Alpert. < <

[1] El 17 de julio de 1936 el entonces capitán Carmelo Medrano se hallaba entre los reunidos en el pabellón de la Comisión de Límites de Melilla, donde a primeras horas de la tarde saltó la primera chispa de la sublevación militar. Todo sucedió con rapidez en medio de una enorme tensión, en ambiente reducido y con escasos personajes. Otro de los protagonistas del episodio, quien resolvió aquella situación comprometida y cuya actuación fue quizá decisiva en cuanto al desarrollo posterior de los acontecimientos, fue el teniente de la legión Julio de la Torre. En estos últimos días de la guerra mandaba como comandante habilitado la 9.ª Bandera de la Legión, encuadrada en la 17 División, y acababa de ser trasladado con su unidad a Valdemoro, al acecho de Madrid. El coronel Luis Solans Lavedan, jefe de mayor graduación y como tal de aquel aventurado episodio, era general y mandaba el Cuerpo de Ejército de Extremadura. < <

[1] ¡Qué sensación de dolorosa desolación causaría en el ánimo de Casado, de Besteiro y de todos los consejeros, la palabra «rojas» aplicada a las fuerzas republicanas, si es que les quedaba capacidad para la desolación o el dolor y si repararon en el valor de una palabra en tan amenazador telegrama! Esa palabra, que se empleaba sin discriminación y ha seguido empleándose muchos años después, podía tomarse como exponente de la barrera de incomprensión que separaba y separaría a ambos bandos. De nada había servido la lucha contra los comunistas, su eliminación del poder, ni siquiera el haber suprimido de todos los uniformes la estrella soviética de cinco puntas que el Consejo había decretado pocos días antes; los nacionales no entendían de sutilezas, el odio y el desprecio se extendía hasta las comunicaciones inalámbricas. Tampoco a los del bando republicano puede exonerárselos de idénticos reproches. Eran cara y cruz de una misma moneda. < <

[1] En un dietario publicado por Jorge Vigón, calificado monárquico que actuó como militar durante la guerra y hermano del general de EM Juan Vigón, se lee lo siguiente en el día 24 de marzo, siguiente a aquel en el cual habían viajado a Gamonal Garijo y Ortega, por lo cual no es de extrañar que hubieran podido llegarle noticias de su hermano que se mantenía tras los interlocutores nacionales: «Se habla de condiciones de paz, cosa que sienta mal a todo el mundo. Se respira cuando se sabe que no va a haber pacto. Sería, por lo menos, una raspa de la "tercera España" que pretendían; pero ya le buscarán las vueltas». Del mismo libro —*Cuadernos de guerra y notas de paz*— publicado en 1970, es esta anotación correspondiente al día 28 de marzo: «Han entrado en Madrid nuestras tropas. Nada de "Rendición de Breda"». La lectura de este libro produce la curiosa impresión de que en España nacional casi todo se pensara, tratara, y decidiera entre un pequeño grupo de amigos, elegantes caballeros todopoderosos, que se designan por sus nombres de pila. Algo de eso debió ocurrir; sospecho que no tanto. < <

[2] Para dar un ejemplo, el número de catalanes encuadrados en el ejército nacional lo evalúa J. M. Fontana en su libro *Los catalanes en la guerra de España* entre treinta y cuarenta mil y la cifra no parece demasiado exagerada. Téngase, además, en cuenta que para incorporarse a las filas nacionales había que sufrir una sangrienta criba, en los Pirineos o en los frentes, donde el número de bajas, imposibles de contar, fueron muy elevadas. < <

[1] Me refiero a la nueva edición de su obra *Yo, ministro de Stalin en España,* que fue publicada hace años con curiosas anotaciones de Mauricio Carlavilla, y ahora por Ediciones Del Toro en dos volúmenes, el primero de los cuales, que es el que cito, lleva por título *Yo fui un ministro de Stalin,* mientras que el que le sigue se titula *En el país de la gran mentira.* <<

[1] En un pueblo del norte de España, al conocerse la noticia de que la guerra había terminado, se formó una manifestación, considerable en cuanto a número y entusiasmo si se considera que entre sus habitantes contaba con un amplio censo socialista. Los manifestantes se dirigieron a la iglesia en donde el cura subió al púlpito y, tras un discurso encendido, terminó: «Y aunque nos hallemos en la casa de Dios, por una vez, gritad conmigo: ¡Franco, Franco, Franco! ¡Arriba España!», gritos que fueron estruendosamente coreados. «Y ahora —añadió— cantemos el Cara al Sol», lo que hicieron los presentes, que abarrotaban el templo y se hacinaban a las puertas, con el brazo en alto. Aquel cura había sido páter de la Legión y él, con unos pocos soldados y permiso de sus superiores, fue el primero que entró en el pueblo —su parroquia — cuando la campaña del Norte. < <

[2] «Es necesario —se decía en este singular documento— llevar al ánimo de los jefes y oficiales del arma, que aquellos que no se hubiesen manchado en sangre tienen absoluta garantía de que serán respetadas sus vidas y, aunque no de forma segura, por lo menos los empleos que ostentaban el 18 de julio». < <

[3] El ya citado Michael Alpert copia el siguiente cablegrama cursado aquella noche de Valencia a Londres: «Consejo Nacional de Defensa a Presidente del Consejo de Ministros de Inglaterra: London. Consejo Nacional de Defensa ruega a VE que ante situación angustiada proporcione a ese Gobierno medios de transporte marítimos para situar en Orán y Marsella diez mil españoles que es necesario expatriar; en nombre del noble pueblo español, enviamos a VE saludo su gratitud. La necesidad es de carácter urgentísimo». La redacción que copiamos se observará es algo confusa en cuanto a gramática pero clara en su sentido. < <

[4] Vamos a dar aquí la versión de los hechos que, basándose en el estudio de la documentación del Foreign Office, escribió Michel Alpert en *Sabado Gráfico:* «Había unos ciento cincuenta refugiados [sic.] en el grupo de Casado. Crecía la agitación entre ellos al acercarse la noche. Evidentemente Mr. Goodden, que no conocía a quienes estaban con Casado, no podía cumplir su proclama [suponemos errata por promesa] de dejarle embarcar. Y siguió comunicando con Londres.

A eso de las cinco de la tarde el Foreign Office cursa el mensaje que míster Goodden debe seguir sus instrucciones "de la manera más generosa posible". Le dice a Casado que se puede embarcar aunque "queda su destino final a disposición del Gobierno de su Majestad". Cualquiera que fuera el sentido de esta frase, Casado la interpretó como que le entregarían a los nacionales si estos se lo piden al capitán del *Galatea,* y embarca con grandes protestas. Aquella noche suben a bordo veinticinco personas, incluso Casado, el cual, muy enfermo, es transferido al barco-hospital *Maine.* La madrugada del día 20 [errata, pues era del 30] embarcaron ciento veinte personas más». < <

[5] Entre quienes embarcaron en el *Galatea* nombra también García Pradas a Acracio Ruiz y a Manuel del Valle, comisarios de división del IV Cuerpo En cuanto a Feliciano Benito, comisario de Mera, no figura en la lista de los que iban en el avión y puede tratarse de un simple olvido al anotar nombres; de no haber sido así, hay que suponer que embarcaría en el *Galatea.* <<

[1] Estos párrafos son puntual resumen del largo relato que me hizo pocos años atrás el comisario de una brigada, cuyo número y encuadramiento me facilitó. Atiendo a su ruego de silenciar su nombre y, en consecuencia, omitiré también las señas que permitan su identificación. Perteneció al PCE y su condición de comisario y de militante de aquel partido fue ignorada mientras le tenían preso. Sus hijos, primero niños y después cuando fueron creciendo oían tales cosas de comunistas y comisarios políticos que prefirió no revelarles que él lo había sido, con el fin de evitarles traumatismos psíquicos o que le juzgaran con malevolencia. Pasaron los años y prefirió mantener el silencio; contarles de mayores lo que de niños les ocultara era confesar un engaño. ¿Hará falta añadir que este antiguo comisario —próspero industrial cuando le conocí— me fue presentado por un viejo amigo suyo, persona derechista y de apellido conocido como vinculado a la derecha, y que durante la guerra sufrió persecuciones y encarcelamientos? Tuve la impresión, a pesar de que nada me dijeran al respecto, que por tumos se habían ayudado mutuamente y que a esa ayuda debían la oportunidad de reunirse vivos conmigo.

En cuanto al entrecomillado de la palabra «liberación» ha sido automático, quizá porque en el momento me ha venido a la memoria un chiste que como caso extraordinario, me permito contar al lector. Le preguntan en los años cuarenta a un preso político: —¿Desde cuándo estás tú en la cárcel? —¡Desde la Liberación! —responde cuadrándose. < <

[2] J. L. Alcofar Nassaes, en su libro *La marina italiana en la guerra de España* proporciona noticias sobre buques; pero por lo que respecta al *Maritime* nuestras dudas continúan porque, habiendo sacado los datos de fuentes distintas, en un lugar le atribuye las 9.000 toneladas y en otro 5.300. Nos inclinamos a creer que este último dato sea más verídico. Añadiremos que los barcos que participan salvo el *Stambrook* en la evacuación de manera tan poco brillante, o estaban comprados o fletados por sociedades de capital español, fueran de la nación que fueran. < <

[3] Nunca he dado por buenas, ni aceptables siquiera, las cifras que un historiador bastante objetivo, sin dejar de ser partidista, como lo es Gabriel Jackson, incluye en el apéndice D) de su libro *La república española y la guerra civil.* Es más, considero disparatadas algunas de las cifras hasta tal punto que no puede comprenderse que se incluyan en aquella obra. De ahí, digámoslo de paso, que no deja de causar asombro que al profesor Tamames le parezcan ponderadas. Para conocimiento general vamos aquí a resumirlas: 100.000 muertos en campos de batalla; 10.000 por incursiones aéreas; 20.000 por represalias políticas en zona republicana; 200.000 por represalias nacionalistas durante la guerra; 200.000 prisioneros «rojos» muertos por ejecución o enfermedades de 1939 a 1943.

No está en nuestro ánimo y se desvía del objeto directo de este libro comentar las cifras de los ejecutados en ambos bandos, ni tampoco la de los muertos en los campos de batalla, en las cuales también se aprecia error en el desglose, como sería señalar 20.000 muertos para todas las campañas, excluidas lo que Jackson considera grandes batallas: Madrid, Brunete, Teruel, Ebro, que englobarían toda la campaña del Norte, la de Aragón, el corte de la zona republicana, la ofensiva de Cataluña, las campañas de Andalucía y Extremadura, el cerco de Oviedo, los ataques contra Huesca, Santa María de la Cabeza, el hundimiento del *Castillo de Olite* y el del *Baleares,* la guerra de posiciones, etc.

Si estas cifras deben ser reputadas de erróneas, eso no equivale a afirmar que los castigos o represalias impuestas durante y después de la guerra por los nacionales puedan ser calificados de débiles o benignos, ni por su cantidad ni por su naturaleza. Pero de no poseer datos válidos, que no se poseen, mejor es abstenerse de dar cifras que oscurecen en lugar de aclarar tristes verdades. <<